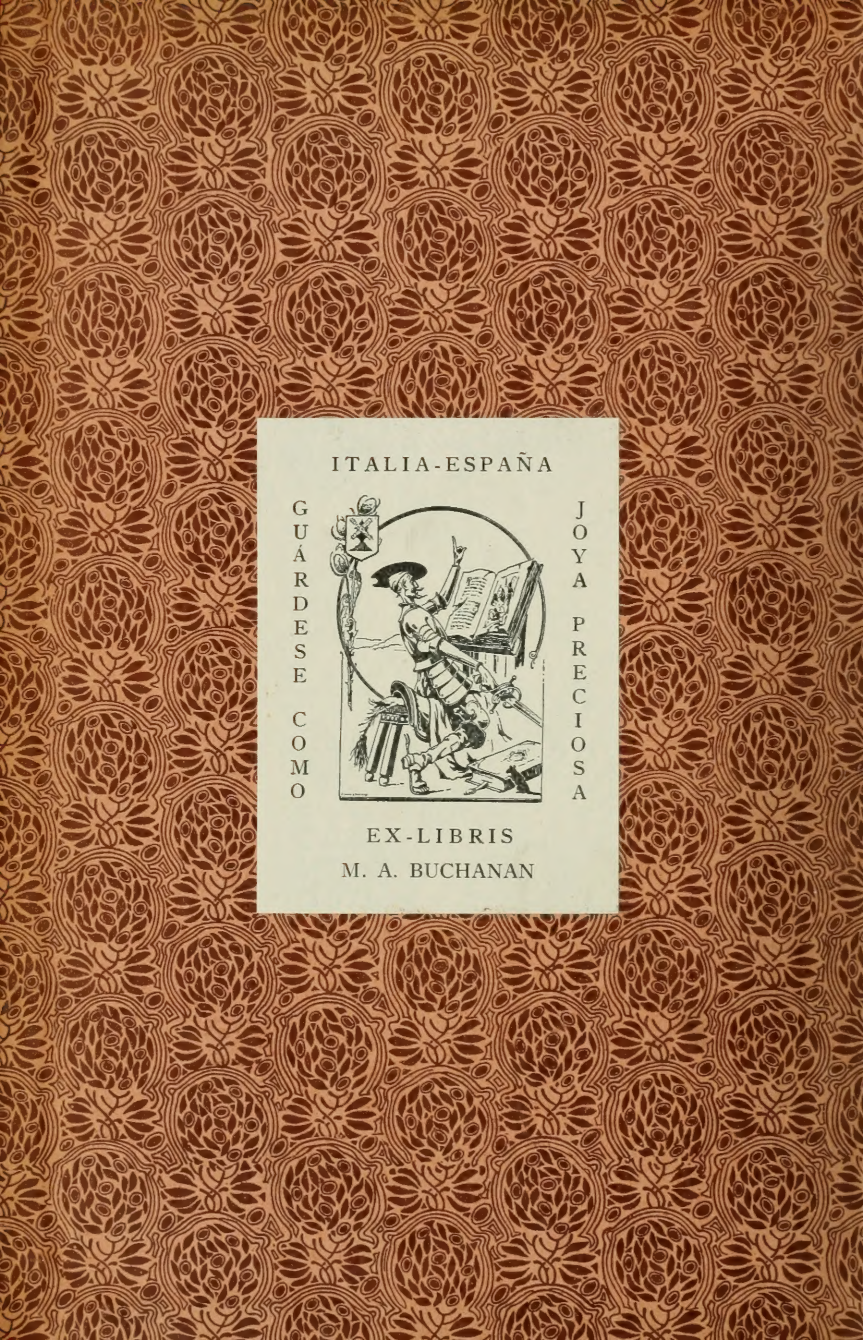
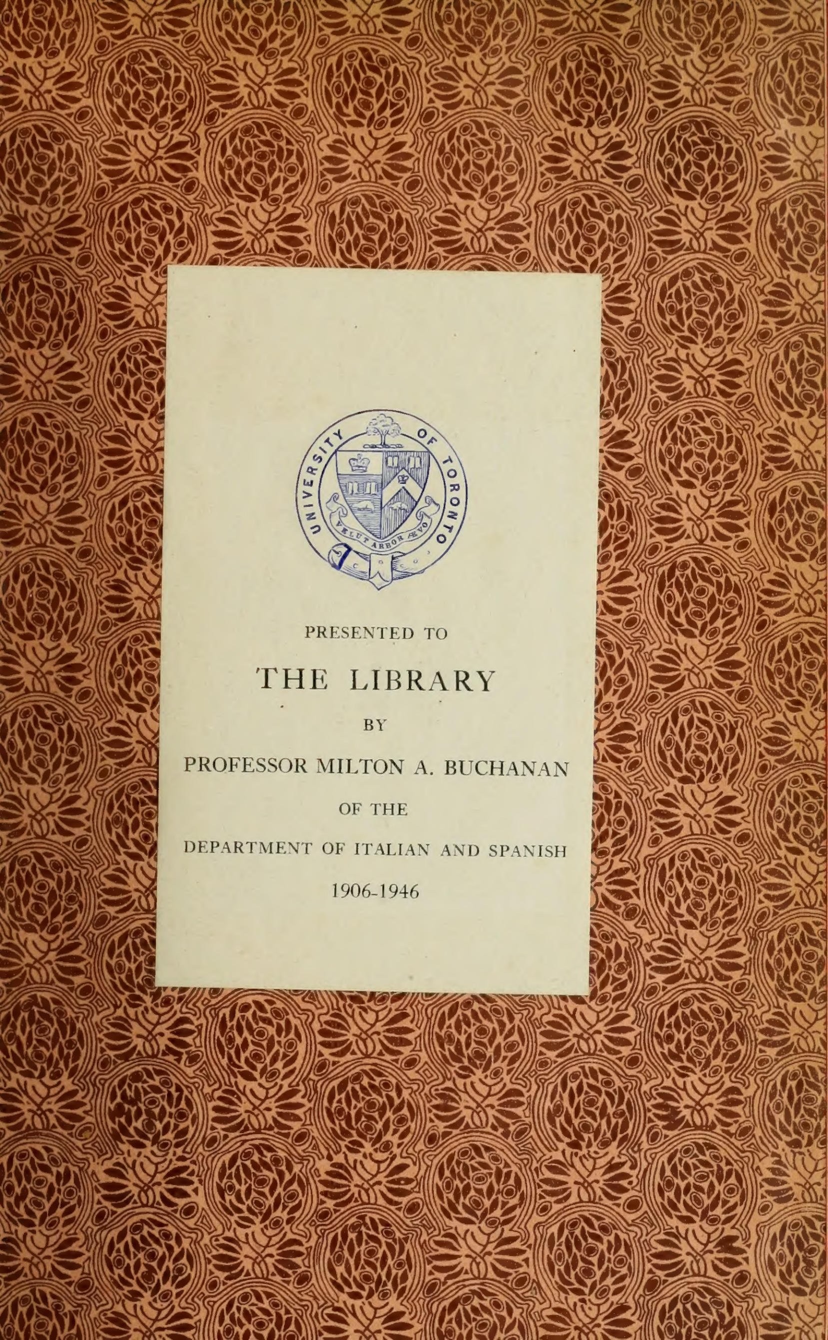



ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



# HISTORIA

DE LA

# POESÍA HISPANO-AMERICANA

POR EL DOCTOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Real Academia de la Historia.

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1911

# OBRAS COMPLETAS

DEL EXCMO. SEÑOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

# HISTORIA

DE LA

# POESÍA HISPANO-AMERICANA

# HISTORIA

DE LA

# POESÍA HISPANO-AMERICANA

POR EL DOCTOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Real Academia de la Historia.

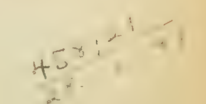
TOMO I

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1911



Madrid.—Imp. de Fortanet, Libertad, 29.—Teléfono 991.

«*Amissimus Romam, amissimus regnum, amissimus dominatum, tametsi non nostra, sed temporum culpa: veruntamen per hunc splendidiorem dominatum in magna adhuc orbis parte regnamus..... Ibi namque romanum imperium est, ubicumque romana lingua dominatur..... Apud nos, id est apud multas nationes, nemo nisi romane loquitur.*»

(Lorenzo Valla, en el prefacio de sus *Elegancias).*

# AL LECTOR

Para conmemorar el centenario del descubrimiento de América, acordó la Real Academia Española en 1892 publicar una Antología de poetas hispano-americanos, con introducciones sobre la historia literaria en cada una de las regiones descubiertas y civilizadas por los españoles en el Nuevo Continente. La Academia me encargó de este trabajo, que consta de cuatro volúmenes, publicado el último en 1895. Aunque la *Antología* recogió sólo piezas líricas, las introducciones contienen suficientes noticias sobre los poetas épicos y dramáticos para que puedan estimarse en conjunto como una historia bastante minuciosa de la poesía castellana en América. Acaso más adelante me anime á completarla con el tratado de la poesía portuguesa en el Brasil, para que la obra merezca con toda propiedad el título de *Historia de la poesía hispano-americana.*

De la antología de la Academia se excluyó á los poetas vivos, y sobre ellos ningún juicio se formula en las introducciones. Al reimprimirlas ahora formando cuerpo de historia, encierro el trabajo en los mismos límites que antes, salvo alguna que otra adición sobre autores que habían muerto ya en 1892, pero cuyo fallecimiento no había llegado á mi noticia. Proseguir más lejos mi tarea é internarme en la abundosa producción poética de estos úl-

timos años, hubiera sido empeño superior á mis fuerzas é incompatible con otros estudios que absorben por completo mi atención.

En el tiempo transcurrido, la aparición de varias obras importantes de bibliografía, biografía é historia literaria, las nuevas ediciones de las obras de algunos poetas antes inéditos ó no conocidos en su integridad, me han obligado á revisar escrupulosamente mi *Historia*, añadiendo bastantes noticias y rectificando algún juicio. De todo ello se dará razón en los lugares correspondientes.

Esta obra es, de todas las mías, la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa á muy poca gente, á pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad. En América ha sido más leída, y no siempre rectamente juzgada. Quien la examine con desapasionado criterio, reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos, cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos. No soy yo: es la Historia quien suscita á veces desagradables recuerdos. Pero no creo que los ilustres varones, de espíritu verdaderamente científico, que no faltan en América, han de mirar con ceño la simpatía razonada y libre de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños.

Madrid, Noviembre de 1910.

# ADVERTENCIAS GENERALES

Fué privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo á sí mismas, persistiendo á través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas á la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió á la lengua su nombre. Así la historia del helenismo abarca, en el orden geográfico, mucho más amplio espacio que el de la Grecia continental é insular, y en el orden de los tiempos también se dilata siglos y siglos después que la existencia política de Grecia ha terminado. Dondequiera que las colonias griegas llegaron, llegó su lengua, y la ciudad jónica ó doria, al transplantarse, conservó su cultura, como conservaba sus dioses tutelares y los ritos de su religión doméstica. Las conquistas de Alejandro difunden el helenismo por el Asia; la conquista romana se le asimila; el Cristianismo adopta su lengua como primer instrumento de su propagación entre los gentiles, y depura y transforma los elementos de la filosofía clásica; un nuevo imperio fundado entre Oriente y Occidente prolonga su agonía por diez siglos hasta los umbrales de la Edad Moderna, y ni siquiera las oleadas de la barbarie musulmana bastaron á romper el lazo espiritual que une la Grecia clásica con la Grecia que trabajosamente va renaciendo en nuestro siglo. Una es substancialmente la lengua, aunque en los modernos degenerada y empobrecida; lengua por la cual, sin solución de continuidad, se asciende desde los cronistas bizantinos hasta los Padres de la Iglesia y los filósofos alejandrinos; y desde éstos hasta los moralistas, historiadores y polígrafos de la época romana, los Plutarcos, Lucianos y Dionisios; y desde ellos hasta Aristóteles y Teofrasto, de donde ya es fácil el tránsito al período clásico por excelencia, al período ático, que recoge á su vez la hermosa herencia de los poetas, de los historiadores y de los filósofos de la Grecia asiática y de Sicilia. En rigor, el helenismo nunca ha muerto, no ya sólo en su espíritu, que es de esencia inmortal é indestructible, sino en las

mismas palabras voladoras que le sirvieron de instrumento y á las cuales parece haber comunicado algo de su juventud perenne.

Del mismo modo, la lengua latina, expresión altísima del derecho y de la vida civil, adecuada á la majestad de tanto imperio, y llamada por Dios providencialmente á preparar la unidad espiritual del linaje humano, más que por las artes de la conquista, por la comunidad de la ley, no sólo extingue y borra hasta los vestigios de las lenguas indígenas en la mayor parte de los pueblos sometidos á su dominio, exceptuados los de casta ó civilización helénica, sino que vive vida inmortal, ya como segunda lengua adoptada por la Iglesia, ya transformada, pero siempre fácil de reconocer, en las lenguas y dialectos que hablan los herederos de la civilización romana. Aun en tiempos relativamente clásicos, en la era inmediatamente posterior á la muerte de Augusto, el elemento itálico puro es ya secundario, y el latinismo, al hacerse universal y abrir las puertas de la ciudad á todas las gentes, cae en manos de españoles, de africanos, de galos, que le imponen hondamente su sello peculiar, tan diverso en los Sénecas, Lucanos y Prudencios, en los Apuleyos, Tertulianos y Agustines, en los Ausonios, Paulinos y Sidonios.

Dos lenguas hay, entre las que modernamente se hablan en el mundo, que pueden aspirar en cierto grado á esta misma singular excelencia de las lenguas clásicas. Entre las dos se reparten el número mayor de las gentes civilizadas, y con ambas puede darse la vuelta al planeta con seguridad de ser entendido en todas partes. Son las lenguas de los dos pueblos colonizadores que nos presenta la historia del mundo moderno: representantes el uno de la civilización de la Europa septentrional, del espíritu germánico más ó menos modificado, del individualismo protestante; el otro del genio de la Europa meridional, del organismo latino y católico: pueblo que en los días de su grandeza parece que sentía resonar en sus oídos, más enérgicamente que ninguno de sus hermanos de raza, el *Tu regere imperio populos, Romane, memento*. América es ó inglesa ó española: en el extremo Oriente y en los Archipiélagos de Oceanía también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas. La literatura británica enriquece su caudal propio, no sólo con el caudal de la literatura norteamericana, sino con el de la que ya empieza a cobrar bríos en Australia. Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo,

la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra.

Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma, nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó á resonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las repúblicas de la América española, cuando mal apagados todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y encarnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aún esta inofensiva comunicación de las artes del ingenio, no puede hoy menos de regocijarse con el resultado de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común á la integridad de la lengua patria, y por el culto de unas mismas tradiciones literarias, que para todos deben ser familiares y gloriosas. Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino que la Providencia reserve á cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas. La poesía hispano-americana es en verdad riquísima, pero la Academia ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente á lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela ó secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo, y por aquella doctrina técnica que, menos sujeta á error que las disquisiciones puramente metafísicas sobre el arte, conduce á resultados seguros aunque modestos en lo que toca á la forma exterior de las composiciones, dentro de cada tiempo, de cada género y de cada lengua. La Academia ni en esto ni en nada pretende imponer su fallo ni aspira á ningún género de autoridad no fundada en razón, pero se atreve á esperar que los conocedores de la literatura americana han de rechazar muy pocos de sus juicios, y han de poner

pocos reparos á la elección de las composiciones, porque muchas de ellas son ya realmente famosas y de mérito por nadie controvertido, y las que no llegan á tanto, ó se recomiendan por bellezas particulares, ó presentan algún aspecto de originalidad americana, ó, finalmente, son muestras las menos endebles que han podido encontrarse del desarrollo poético en algunos países que han sido menos favorecidos en esta parte, pero que no parecía bien que enteramente quedasen excluídos de este pequeño monumento levantado a la gloria de nuestra lengua común. Hemos procurado fortalecer é ilustrar nuestro juicio con el de los varones doctos de las diversas regiones americanas, ya por comunicación directa, ya en sus libros y estudios de crítica, y si alguna vez erramos será de buena fe, por deficiencia de noticias ó de gusto, nunca por perversión ó malignidad de la voluntad, ni por celo patriótico indiscreto y mal encaminado. Si alguna vez encontramos en nuestro camino reliquias de la lucha de otros tiempos, procuraremos que no se empañe en nosotros la serenidad del criterio histórico, sin olvidar nunca el carácter de lucha cuasi civil que tienen siempre las guerras de segregación entre individuos por cuyas venas corre una misma sangre: guerras terribles y asoladoras á veces en sus efectos inmediatos, pero que nunca dejan tras de sí los odios inexpiables que son nefando cortejo de la guerra extranjera.

Oportuno hubiera sido, y al principio así se pensó, que á esta antología de poetas hispano-americanos acompañase otra de prosistas. Pero de tal idea hubo que desistir, tanto por la imposibilidad material de reunir y ordenar en breve plazo los documentos necesarios, cuanto por ser mucho más facil presentar composiciones íntegras en verso que en prosa, si no había de darse á la colección el caracter de una biblioteca dividida en varios volúmenes. De las grandes obras de historia ó de ciencia, lo mismo que de las fabulas novelescas, no se forma cabal idea por capítulos aislados: sólo de la oratoria, de la crítica literaria, del cuadro de costumbres, hubieran podido presentarse muestras cabales y de moderada extensión, pero estos géneros no han sido hasta ahora los más florecientes en América, y el darles lugar preferente hubiera sido invertir el orden natural de las cosas.

El título mismo de nuestra obra muestra bien cuáles son sus naturales límites. Trátase sólo de la poesía *castellana* en América, quedando excluída con ello otra poesía no castellana de lengua, aunque pueda ser calificada de española en el sentido más tradicional y etnológico de la frase, es á saber: la opulenta poesía brasile-

ña, que es quizá la más americana de toda América sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa. Hoy parece algo decaída de su antiguo esplendor, pero le basta para su gloria con lo que de ella conoció y reveló á Europa Fernando Wolf en 1863 (1). No nos ha parecido bien ni retocar su trabajo, ni menos mezclar lenguas distintas en una misma obra.

Con mayor motivo aún, hemos debido prescindir de la poesía indígena en lenguas americanas, anterior ó posterior á la conquista. Extraños nosotros de todo punto al estudio del Nahuatl, del Otomí, del Tarasco, del Mixteco, del Maya, del Otlateco, del Quichua, del Aymara, del Guaraní y de tantas otras lenguas todavía más incógnitas y revesadas, nada hubiéramos podido hacer sino repetir superficialmente lo que han consignado en tratados especiales los que pasan por entendidos en estas arduas materias. Sea cual fuere la antigüedad y el valor de los pocos y obscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan (no sin sospecha las más veces de interpolación y aun de inocente falsificación literaria debida á los ocios de cualquier misionero ó de algún neófito de noble estirpe indiana) su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, ó más bien tan nula (fuera de pasajeros caprichos de algún poeta), que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes y relegándolos al estudio y crítica del filólogo. Así lo han hecho los críticos americanos, aun los más conocedores de las lenguas indígenas, y así lo haremos nosotros, prescindiendo de la erudición de segunda mano que hubiéramos podido granjear con pequeñísimo esfuerzo. La poesía americana de que vamos á tratar no es la de las elegías del rey de Tetzuco, Netzahualcoyotl, ni la del *Ollantay*, drama quichua no anterior al siglo XVIII, sino la que llevaron á América los colonos españoles y conservan sus descendientes. Si algo del americanismo primitivo llegó á infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de la literatura hispano-americana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo XVI, del culteranismo del XVII, de la reacción neoclásica del XVIII, del romanticismo del presente y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa.

(1) *Le Brésil Littéraire. Histoire de la Littérature Brésilienne..... Berlin, A Asher*, 1863. (Acompañado de una antología de poetas brasileños.)

Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras ó degeneradas, que para los mismos americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas ó los egipcios; ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles. Por eso lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la poesía política. Todos los demás géneros cultivados en Europa están representados allí por ensayos más ó menos felices, y aun por obras de mucho precio, que son bastante más que tentativas; pero hay en todo esto mucha labor de imitación ingeniosa y hábil, muchos versos que lo mismo podrían ser firmados en Madrid ó en París que en Buenos Aires, en México ó en Caracas. Hay gran número de autores americanos, aun de los más dignos de estimación, en quienes el americanismo no existe ó está latente; así como en muchos otros, que á cada paso le afectan, es cosa falsa y postiza. Tal cualidad, ó es innata ó no se adquiere con estudio: Bello y Heredia la encontraron dentro de una escuela académica, y todavía no es seguro que hayan llegado á ser tan americanos los muchos poetas que de propósito deliberado han querido pasar por aztecas, guaraníes y araucanos.

Fijados así los límites de nuestra *Antología* por razón de la lengua, ha habido que fijarlos también por razón del tiempo. Figuran en esta colección los poetas del tiempo de la colonia, lo mismo que los posteriores á la separación; pero una razón evidentísima de decoro literario obliga á prescindir de los autores vivos. Dolorosa ha sido para la Academia esta exclusión, puesto que precisamente algunos de ellos son de los que más honran actualmente la lengua castellana y de los que con más encomio mencionará la futura historia literaria; pero el sacrificio ha sido necesario, considerando que la censura de autores vivos, sujeta siempre en mayor ó menor grado al influjo de las pasiones contemporáneas, parece tarea más propia del juicio individual, rectificable siempre, que de una especie de fallo oficial y solemne, que debe estar exento aún de la más leve sospecha de parcialidad favorable ó desfavorable. Cada cual escribiendo en nombre propio puede abundar en su sentir, del cual él

solo es responsable; pero cuando una Academia habla, ha de hacerlo del modo más impersonal posible, aunque uno solo de sus individuos lleve materialmente la pluma por bondadosa delegación de sus compañeros. Sobre toda época literaria ya fenecida queda una resultante general en que convienen la mayor parte de los hombres de gusto; pero la literatura contemporánea es cosa ondulante y movible, en que á cada paso cambian las posiciones del artista y también las del crítico. No se cansó Sainte-Beuve de rectificar hasta la hora de la muerte casi todos los fallos que había dado sobre sus contemporáneos, y por el contrario, ¡cuán pocos tuvo que enmendar de los relativos á la literatura más antigua! Á los antiguos se les juzga con el mero criterio estético y por puras impresiones de gusto; respecto de los modernos, algo extraño al arte se interpone siempre, que les favorece ó les daña, que puede darnos la clave de algún rasgo de su talento, pero que con frecuencia perjudica para la apreciación serena y total. Por otro lado, es evidente que mientras un escritor vive y produce no puede ser juzgado más que de un modo incompleto. ¿Quién sabe hasta dónde pueden llegar las nuevas manifestaciones de su talento? ¿Quién sabe si el escritor aclamado hoy por magistral y clásico lleva en su espíritu algún germen vicioso que mañana le convertirá en corruptor del gusto y fautor de triste decadencia?

La más vulgar discreción aconseja, pues, en el caso presente, limitar el estudio á los muertos. Así será más breve, y podrá ser también más fructuoso. Sólo tememos que la distancia y lo difícil de las comunicaciones, privándonos de noticias exactas sobre algunos poetas, nos haga excluir, por suponerle en vida, á algún notable lírico que desgraciadamente haya pagado ya su tributo á la muerte. Para este caso solicitamos indulgencia, que fácilmente esperamos se nos conceda por ser tan involuntaria la falta.

Otra prevención debemos hacer sobre la materia de la presente Antología. Abarca sólo la poesía lírica, tomada esta palabra en su acepción más amplia y corriente, esto es, comprendiendo todos los poemas menores, así la oda, la elegía y el himno, como la sátira y la epístola, la fábula y la égloga, y aun los poemas descriptivos, narrativos y didascálicos cuando no son de mucha extensión. Sólo excluímos la poesía dramática y la épica, si bien de la segunda alguna vez presentaremos fragmentos, no haciéndolo con las obras teatrales por ser imposible que escenas aisladas den idea de ellas. Además, el teatro, fuera de los dos ilustres mejicanos Alarcón y Gorostiza, cuya actividad dramática se ejercitó principalmente en la

Península, apenas tiene historia en América, como fruto que ha de ser de un estado complejo de relaciones afectivas y de condiciones técnicas, las cuales es imposible producir artificialmente en pueblos nacientes y en sociedades nuevas. Á lo sumo podrá llegarse á ensayos de imitación como los de Pardo y Milanés, y á la farsa ó representación superficial y abultada de costumbres populares, como vemos en el peruano Segura.

Son en gran número las colecciones de poesías americanas publicadas hasta ahora, pero su mérito no está en razón directa de su abundancia. De cada región hay una por lo menos, y ademas varias generales, entre las cuales merece y obtiene el primer lugar en la estimación de los aficionados la célebre y ya rara *América Poética*, que publicó en Valparaíso en 1846 el argentino D. Juan María Gutiérrez, persona de buen gusto y de mucha lectura, aunque obscureciese sus buenas prendas un antiespañolismo furioso, que fué exacerbándose con los años. De esta disposición de su ánimo nacía también una especie de entusiasmo fanático por todas las cosas de América, que le llevaba á multiplicar con exceso el número de los genios, y á encontrar facil disculpa para lo mediano y aun para lo malo. Era, con todo, verdadero literato, y su colección contrasta del modo más ventajoso con la infelicísima de Cortés y con otras posteriores. Tiene, sin embargo, el inconveniente de su fecha ya atrasada, después de la cual han aparecido muchos poetas de mérito y han acabado de desarrollarse otros que allí sólo están representados por débiles muestras. Y además, el autor no estuvo informado por igual ni disfrutó de los mismos recursos bibliográficos para todos los países de América, y hay algunos, tan importantes como México, de que parece haber logrado pocas noticias.

Las antologías buenas ó malas que tenemos nos han servido sólo para el estudio de aquellos poetas que no han llegado á coleccionar sus obras, ó de aquellos otros cuyas colecciones no hemos podido conseguir en tiempo oportuno. Pero en lo tocante á los que no están en este caso y cuyas obras más ó menos completas tenemos á mano, hemos seguido nuestro propio juicio en la elección, habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y á veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas. Habrá en nuestro trabajo errores y omisiones, y no faltará de seguro quien por ellas nos zahiera y maltrate; pero no todas se nos deben poner en cuenta. Cualquiera puede ser erudito profundo en las cosas de su propia casa. Los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos, quizá de los más im-

portantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra trajo un período de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que por lo tocante á libros americanos, los más conocidos en España sean ó los muy antiguos ó los muy modernos.

Una sola advertencia para terminar estos enfadosos preliminares. Como nueva prenda del espíritu de fraternidad hispano-americana con que esta obra ha sido concebida, figuran en ella no sólo los poetas americanos que han escrito en América, sino también los que han pasado en España la mayor parte de su vida, y á quienes generalmente se incluye en la literatura peninsular, puesto que los mas de ellos hasta políticamente fueron españoles, así Ventura de la Vega, Baralt, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Heriberto García de Quevedo y el general Ros de Olano.

Y sin más prevenciones, entremos desde luego en materia, comenzando por el que se llamó Virreinato de Nueva España, y es hoy (aunque con territorio notablemente mermado) la República federal de los Estados Mexicanos, principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza.

# CAPÍTULO PRIMERO

## MÉXICO

Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta. Á los nombres venerables del primer arzobispo Fr. Juan de Zumárraga y del primer virrey D. Antonio de Mendoza, va unida la introducción de estos dos capitales elementos de cultura: la Universidad y la Tipografía. Ya existían el colegio de Tlatelolco para indios, y los de San Juan de Letrán y la Concepción para mestizos, cuando el Cabildo de la ciudad solicitó, y concedió el Virrey, licencia para que se fundase «una Universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades». Contribuyó Mendoza con rentas propias para los primeros gastos de la fundación, y aun llegó á designar maestros; pero la gloria de llevar á cabo el establecimiento de las escuelas corresponde á su sucesor, D. Luis de Velasco, que fué el encargado de poner en ejecución la Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Toro á 22 de Septiembre de 1551, por virtud de la cual la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas al año, comenzó á gozar los mismos privilegios y franquicias que la de Salamanca. Otra cédula de Felipe II, fecha en Madrid á 17 de Octubre de 1562, confirmó, y aun amplió estos privilegios, después que la Sede Apostólica, en 1555, había dado á la Universidad el título de *Pontificia*, concediendo el patronato de ella á los Reyes de España.

No cayó la semilla en terreno estéril, ni pasó mucho tiempo sin que la naciente Universidad, cuyos estudios se inauguraron en 3 de Junio de 1553, con inmenso concurso de gentes y asistencia del Virrey y de la Audiencia á las primeras cátedras, comenzase á dar muestras de actividad científica, dignas de los hombres nada vulgares que hicieron sonar en ellas su voz desde el primer día. El agustino Fr. Alonso de Veracruz, á quien tanto honra su adhesión á las doctrinas y a la persona de Fr. Luis de León, llevó al Nuevo Mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de Dialéctica, y en 1557 el primer tratado de Física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI, modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento. El Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, hábil y enérgico adversario de Fr. Bartolomé de las Casas, y uno de los más antiguos impugnadores de la trata de negros, «hombre doctísimo y en todas lenguas perfectísimo» al decir del Brocense, representaba allí la cultura jurídica, como catedrático de *Instituta*. Y finalmente, los estudios literarios, los llamados entonces de Gramatica y Retórica, tenían su patriarca en un benemérito humanista toledano, Francisco Cervantes de Salazar, que ya en España, y bajo los auspicios de Hernan Cortés, se había mostrado ingenioso moralista y florido cultivador de la lengua propia, continuando el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del Maestro Hernán Pérez de Oliva, hasta añadirle triple materia; glosando y declarando la curiosa novela alegórica del protonotario Luis Mexía, intitulada *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*; y traduciendo y adicionando algún opúsculo de Luis Vives, cuya dirección crítica parece haber seguido en sus estudios, y cuyos procedimientos dialogísticos para la enseñanza de la lengua latina venía a aclimatar en la Universidad americana. Para ella hizo imprimir comentados, en 1554, los coloquios ó manual de conversación de aquel grande humanista, adicionándolos con siete mas de propia cosecha, tres de los cuales vienen á constituir una interesante y animada descripción de la ciudad de México en los primeros tiempos de la colonia, y de la vida y ocupaciones de los moradores de ella; con raras noticias topograficas y de costumbres, que han servido de base á uno de los trabajos mas interesantes y ame-

nos del sabio y profundo historiógrafo mexicano D. Joaquín García Icazbalceta (1).

Á favorecer el desarrollo de los estudios y la comunicación de los estudiosos había venido, aun antes que la Universidad, la imprenta, que es gloria de nuestra raza haber introducido y propagado en el Nuevo Mundo, siendo México la primera ciudad que pudo ufanarse de poseerla. Zumárraga y Mendoza fueron sus benéficos promotores, y el primer oficial de ella un Juan Pablos, dependiente del impresor de Sevilla Cromberger, á nombre del cual están dados los privilegios de las primeras ediciones, porque él ponía el costo de la empresa. De 1539 parece ser el primer libro, esto es, la *Breve y Compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana*, del apostólico Zumárraga (2). De 1540 es, seguramente, el *Manual de Adultos*, del cual sólo restan dos hojas, en una de las cuales se leen unos dísticos latinos del burgalés Cristóbal de Cabrera: primer vagido de la poesía clásica en el Nuevo Mundo. No menos que 116 libros salidos de aquellas prensas en el siglo XVI han llegado á catalogar los bibliófilos, y sin duda hubo muchos más, que se consumieron y destruyeron por el uso continuo y la mala calidad del papel, como fácilmente puede observarse en los rarísimos ejemplares hoy existentes, incompletos casi todos, maltratados y sucios, consumidos por la humedad y la polilla, y á pesar de eso, buscados con afán y pagados en las ventas públicas á precios altísimos, que apenas alcanza ningún otro género de ediciones. Predominan, entre ellos, como es natural, los libros catequísticos y los de educación, las doctrinas y cartillas en lenguas indígenas, las gramaticas y vocabularios de estas mismas lenguas, mexicana, tarasca, zapoteca, mixteca y maya, preciosísimo fondo de la filología americana; pero no faltan obras de carácter mas general, las de Filoso-

(1) *México en 1554. Tres Diálogos latinos que Francisco Cervantes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año. Los reimprime, con traduccion castellana y notas, Joaquín García Icazbalceta;* en 4.° México, Andrade y Morales, 1875.

(2) Véase la magistral biografía que de este gran Prelado ha escrito el Sr. Icazbalceta: *Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico*; en 4.° México, Andrade y Morales, 1881.

fía del P. Veracruz; las de Teología de Fr. Bartolomé de Ledesma; las de Medicina de Bravo, Farfán y López de Hinojosa; las de Náutica y Arte militar del santanderino Diego García de Palacio, y algunas compilaciones legales como las *Ordenanzas* de Mendoza y el *Cedulario* de Puga.

Pero cuando atentamente se recorren las inestimables páginas de la *Bibliografia mexicana del siglo XVI* (1), de García Icazbalceta, obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna, llama la atención la ausencia de libros de amena literatura. Los diálogos de Francisco Cervantes de Salazar son quizá la única excepción importante que puede presentarse, y aun para eso, más que obra recreativa son un libro de ejercicios prácticos para estudiantes de Gramática. No sorprende, en verdad, la falta de libros de caballerías y otras invenciones novelescas, puesto que sobre ellos pesó algún tiempo en las colonias dura proscripción, y apenas podían entrar sino de contrabando los que se imprimían en la Península, según se deduce del contexto de una cédula de 4 de Abril de 1531, confirmada por otras posteriores, prohibiendo pasar á Indias «libros de romances de historias vanas ó de profanidad, como son de *Amadis* é otros desta calidad, porque éste es mal ejercicio para los indios, é cosa en que no es bien que se ocupen ni lean». Pero sobre la poesía propiamente dicha no recaía tal anatema, antes comenzaba á ser estimada y honrada por todo el mundo, y la Universidad, no sólo la acogía en sus aulas, sino que la daba entrada en sus festividades, así en lengua vulgar como en lengua latina. Pero es cierto que los mismos libros de los poetas clásicos usados comúnmente en las escuelas, iban de España, sin que apenas haya otra excepción que un Ovidio *(Tristes y Ponto)* de 1577 (2)

(1) *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte. Catálogo razonado de los libros impresos en México de 1539 á 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la Imprenta en México, por Joaquín García Icazbalceta;* en 4.° grande. México, 1886. Imprenta de Francisco Díaz de León.

(2) Por aquel tiempo se suscitó en México una cuestión análoga á la que en Francia, y en nuestros días, se ha llamado cuestión de los clásicos. El jesuíta italiano Vicente Lanuchi, primer profesor de letras humanas en el co-

y por lo que toca á la poesía vulgar, no hay en rigor ni un solo libro, puesto que nadie ha visto, y todo induce á tener por fabuloso el *Cancionero Spiritual*, de un P. Las Casas, *indigno religioso de esta Nueva España*, que se dice impreso en México por Juan Pablos, en 1546. La portada, única cosa que del libro sabemos, y en la cual se declara que contiene «obras muy provechosas y edificantes, en particular unas coplas muy devotas en loor de Nuestro Señor Jesu Christo y de la Sacratíssima Virgen María, Su Madre, con una farsa intitulada del Juicio final», tiene todas las trazas de ser una broma de algún bibliófilo maleante, para chasquear á sus compañeros con la estupenda noticia de un cancionero mexicano de 186 folios. Icazbalceta ha puesto de realce todas las inverisimilitudes, ó más bien imposibilidades, que se oponen á la existencia de tal obra, y por nuestra parte, sólo nos mueve á mencionarla el correr divulgada su noticia en libro tan autorizado y tan seguro en sus indicaciones bibliográficas como la traducción española de Ticknor.

Nos vemos reducidos, pues, á seguir los primeros pasos de la musa mexicana en los versos panegíricos y en las relaciones de fiestas: literatura, por lo general, de más curiosidad histórica que

legio de la Compañía, en México, se oponía á la lección de los poetas gentiles; pero su parecer fué desaprobado por los superiores de su Orden, mandando el General, en carta de 8 de Abril de 1577, que «*no se dejasen de leer los libros profanos, siendo de buenos autores, como se leen en todas las otras partes de la Compañía*, y los inconvenientes que V. R. significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren».

Á consecuencia, sin duda, de tal determinación, imprimieron los jesuítas de México en aquel mismo año su *Ovidio;* pero para satisfacer á los aficionados á los poetas cristianos, añadieron, al fin, algunos versos de Sedulio y otros de San Gregorio Nacianceno, traducidos del griego. El mismo año, y también para uso de las escuelas de la Compañía, se hizo una edición de los *Emblemas*, de Alciato.

En la enseñanza gramatical se usó generalmente el método del P. Manuel Alvarez, del cual se conocen ediciones mexicanas de 1579 y 1595, descritas por el Dr. D. N. León en sus adiciones á la bibliografía de Icazbalceta. Vid. *Boletín del Instituto Bibliográfico mexicano*, núm. 2. México, 1903, páginas 58-62.

poética. Son los más antiguos los que se contienen en el rarísimo opúsculo que Francisco Cervantes de Salazar publicó en 1560 con el título de *Túmulo imperial de la gran ciudad de México á las obsequias del invictísimo César Carlos V.* García Icazbalceta le ha reproducido íntegro en su *Bibliografía*, no sólo á título de ejemplar único, sino por considerarlo como monumento de la grandeza á que había llegado México en tan pocos años. Hizo la traza del túmulo Claudio de Arciniega, «arquitecto excelente, maestro mayor de las obras de México», y fué «obra extraña y de gran variedad para todos los que la vieron», porque iba llena de historias y figuras, «pintadas muy bien al natural, de lo que representaban», según «se comprendía y daba á entender» en muchas letras é inscripciones, unas en verso y las mas en prosa. No dice el Maestro Cervantes de Salazar los nombres de sus autores; pero como no las elogia al transcribirlas, podemos creer que todas ó la mayor parte fueran suyas. Si así fué, valía como poeta mucho menos que como prosista, aunque por versos de circunstancias no puede juzgarse á nadie. Los latinos son algo mejores que los castellanos, sin duda porque Cervantes de Salazar, como otros muchos humanistas, tenía más hábito de versificar en la lengua sabia que en la propia, si bien un crítico reciente califica de *ruda* su dicción latina (1). Lo único que importa advertir es que los pocos versos castellanos del *Túmulo* son todos de la escuela italiana: sonetos y octavas reales con algunos versos agudos, como solían practicarlo Boscán y D. Diego de Mendoza. Se ve que los humanistas del Nuevo Mundo no andaban rezagados, y que recibieron pronto las novedades literarias que por vía de Italia se habían comunicado á nuestros ingenios.

¿Y cómo no, si al parecer las llevó allí el mismo Gutierre de Cetina, uno de los patriarcas de la escuela italo-clásica? Dos veces, en el transcurso de pocos años, pasó á Nueva España aquel terso y delicado poeta sevillano, y allí encontró improvisa muerte, originada al parecer por un trágico lance. Es singular que en sus versos no haya quedado memoria alguna de América. Una sola hay en la

(1) Massebieau, *Les colloques scolaires du seizième siècle et leurs auteurs* París, 1878, pág. 199.

donosa *Paradoxa en alabanza de los cuernos*, pero pudo ser escrita sin salir de España, y tampoco nos autoriza para suponer que fuese comensal de Hernán Cortés, ni que escribiese la *Paradoxa* para ser leída en su Academia como algunos han supuesto (1).

(1) De las estancias de Cetina en Méjico nada se sabía con precisión, ni siquiera la fecha, cuando publiqué la primera edición de esta obra en 1893. Hoy no puede decirse lo mismo, en vista de la curiosísima nota con que me ha favorecido, honrando estas páginas, el insigne escritor sevillano D. Francisco Rodríguez Marín.

«Trabajando en el Archivo general de Indias por el otoño de 1905, una dichosa casualidad puso en mis manos el abultado testimonio de cierto proceso criminal seguido en la ciudad de los Angeles y terminado en la Audiencia de Méjico en 1554, contra Hernando de Nava, por heridas que causó á Gutierre de Cetina. Que este herido no era un homónimo del poeta sevillano, sino el mismo poeta, evidenciábalo desde luego la mención que en algunas declaraciones hizo de su tío Gonzalo López, procurador general de la Nueva España, y sujeto ya conocido como tal pariente del famoso cantor de los *ojos claros, serenos*, por cuantos hemos leído y saboreado la erudita introducción que escribió D. Joaquín Hazañas y la Rua para su edición de las *Obras de Gutierre de Cetina* (Sevilla, 1895). Y como concretamente nada se conocía hasta ahora de las estancias de Cetina en Méjico, ni aún el tiempo de ellas, sino lo poco y muy vago que dijo el pintor Pacheco en su *Libro de retratos*, tal circunstancia hacía subir de punto el interés de esta causa, amén de que toda ella está tan llena de lances raros y de peripecias extraordinarias, que más parece una novela judicial que un proceso real y efectivo.

Aunque me propongo darlo á conocer á los curiosos, extractaré ahora lo más interesante, ofreciendo con mucho gusto estas primicias para un libro de mi venerado maestro y querido amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo. No podían ir ellas á lugar en que estuviesen más honradas.

Por Febrero de 1554 Gutierre de Cetina, acompañando á su tío Gonzalo López, salió de la ciudad de Méjico hacia la de Veracruz á embarcar ciertas barras de plata para Castilla; mas al llegar á la ciudad de los Angeles, como ya fuese enfermo, se quedó en ella para curarse de sus calenturas. Quedó con él, para acompañarle y asistirle, un tal Francisco de Peralta y habitaron en la casa de Andrés de Molina, pared por medio con la casa del Doctor de la Torre, médico, casado con Leonor de Osma, una joven de veintidós años más alegre de lo que á su estado y buena fama convenía. En tanto que Cetina recobraba la salud, su camarada solía trabar conversación con la desenvuelta doctora, enterado de lo cual Hernando de la Nava, hijo de Bartolomé Hernández de la Nava, ya difunto, conquistador de los que habían pasado á Nueva España con Narváez, tomó unos infernales celos del Peralta; porque

Otros dos ilustres poetas castellanos del siglo XVI hicieron larga residencia en Nueva España, contribuyendo sin duda de un modo eficaz al desarrollo de las buenas prácticas literarias difundidas por las escuelas de Salamanca y de Sevilla. Fué el primero el madrileño Eugenio Salazar de Alarcón, que después de haber sido gobernador

es de advertir que la Osma y Nava sostenían relaciones amorosas de algún tiempo á aquella parte.

Sanó Cetina y, resuelto á esperar en los Ángeles el regreso de su tío, contrajo alguna amistad con Nava, con quien paseó algunas veces. Por las noches solía tomar una vihuela y dar música, con Peralta, á la mujer del sordo y ciego doctor, cosa que caía tan mal al otro despechado y celoso amante, que se propuso hacer con su rival una que fuera sonada; pero como de bueno á bueno no se atreviese con él, sin duda porque había heredado de su padre la pingüe encomienda de indios de Castil-blanco, pero no el valor con que éste acometió empresas para merecerla y ganarla, esperó á que llegase una noche muy obscura para ejecutar, á traición, su mal hecho.

Fué esta noche la del 1.° de Abril, domingo de Cuasimodo, del dicho año. Estando Cetina y su compañero en calzas y en jubón y con solas sus espadas á la puerta de su alojamiento, y pareciéndoles, pues no eran más de las diez, algo temprano para acostarse, pidieron á un negro una vihuela y acordaron dar una vuelta por la manzana de casas: «y hazía tan gran escuridad—dice Cetina en una de sus declaraciones,—que de muy cerca no se podia divisar vn onbre, y este declarante y el dicho francisco de peralta yendo por la dicha calle, aviendo pasado la casa donde vive el dicho doctor de la Torre, yba este declarante delante, y el dicho peralta yba tañendo vn poco atras, y este declarante vio llegando a syete o ocho pasos de la encrucijada de la calle de santo domingo dos bultos que le parecian ser de onbres, que estavan muy pegados a la esquina de vn corral donde suelen ençerrar harrias, e pareciendole a este declarante que eran onbres, se bolvio al dicho francisco de peralta que venia atras tañendo e le dixo: «pareceme que ay esquina»; e acabado de dezir esto, tornando a bolver el rrostro para justificarse mejor, le dieron á este declarante vna herida en el rrostro y en la sien e luego cayo en vn lodo e arroyo que pasa por la calle, e queriendose levantar este declarante para echar mano á su espada e defenderse, antes que se levantase llegó otro onbre e le dio otra cuchillada en la cabeça, de que este declarante tornó a caer tendido en el suelo e perdio el sentido.....» Con todo, repuesto algún tanto poco después, llegó á su posada. Fué Hernando de Nava, acompañado de algún su amigo, el autor del alevoso crimen, que cometió haciendo uso de un montante; mas no quiso dar tales cuchilladas á Cetina, sino á Peralta, y los confundió por la obscuridad de la noche; y cayendo en la cuenta de que

en Canarias, oidor en Santo Domingo y fiscal en Guatemala, pasó á la Audiencia de México, donde residió nueve años, de 1581 á 1589. El incomparable donaire y agudeza satírica de sus cartas en prosa, sacadas á luz en estos últimos años para universal regocijo por la Sociedad de Bibliófilos españoles, ha dejado en secundario lugar sus

se había equivocado, cargó muy luego sobre Peralta, que, ya apercibido, se defendió bien y no sufrió sino alguna lesión leve.

En cambio una de las de Cetina, la de la sien y el pómulo izquierdos, era tal, que el herido pidió confesión y se confesó con un fraile de San Agustín que le llevaron, «e traxeron—dice el mismo Cetina—al doctor de la torre e a vn viejo que se llama anton martin, çurujano, para que lo curasen, los quales vistas las heridas e la calidad dellas dixeron a muchas personas de los que alli estavan, donde este declarante lo pudo oyr e lo oyó, que no podia bivir hasta el dia, e ansy como a onbre muerto no le curaron las heridas ni se las cosieron, mas de solamente ponelle estopas y huevos e atarselas con paños, e otro dia siguiente visto el mal aparejo que avia de çurujanos para curarse embio a rrogar á vn fulano cortés vezino desta cibdad que le curase con el ensalmo, e ansi el dicho cortés truxo consigo un mançebo çurujano que le cosió la mitad de la herida del rrostro e le sacó dos o tres huesos pequeños della que estavan cortados e no cosió lo demas por causa de vn hueso que estava cortado e atravesado junto al ojo yzquierdo de manera que no podia salir, e ansi se a curado y cura cada dia con el ensalmo y está y a estado todo este dicho tienpo en la cama, de las dichas heridas». Declaraba esto Cetina á los diez y ocho días de ocurrido el lance.

Aunque era grande la influencia de la familia de Nava, era aún mayor la de los parientes de Cetina; así, á 11 del mismo Abril se nombró por la Audiencia de Méjico un juez pesquisidor que siguiese la causa, y luego, retraído Nava en el convento de Santo Domingo después de quebrantar su cárcel, al doctor Antonio Mexía, oidor de aquélla, quien le sacó por fuerza del asilo, y á 12 de Mayo siguiente dictó sentencia en que condenaba al criminal á ser degollado, cortándosele antes la mano derecha. Fué el proceso á la dicha Audiencia, la cual, habida consideración á que la jurisdicción eclesiástica procedía con censuras canónicas reclamando su retraído y moviendo pleito á la justicia real, modificó la sentencia para devolverle el reo, como se lo devolvió, pero después de hacerle cortar la mano derecha en la Plaza Mayor de Méjico, á 7 de Julio del mismo año de 1554.

Hernando de Nava aún vivía diez y ocho años más tarde; no así el desventurado Gutierre de Cetina, que, á juzgar por cierto pedimento que está al fin de los autos, murió antes de mediar el año de 1557. En efecto, por Junio de este año Gonzalo Galeote, pariente de Nava y contra quien habían resultado

méritos como poeta, aunque lo fué fecundísimo, y de un género muy personal y casi doméstico, raro siempre en nuestra literatura y más en la del siglo XVI. Su propia facilidad para versificar y la abundancia de su producción le perjudican: hay sin duda en la enorme cantidad de versos que encierra su *Silva de varia poesía* (1) (todavía inédita en su mayor parte), muchas cosas medianas é insignificantes, en que la soltura degenera en desaliño, y la ternura conyugal en prosaísmo casero; pero hay en la parte erótica, es decir, en los innumerables versos hechos «á contemplación de doña Catalina Carrillo, su amada mujer», un afecto limpio, honrado y sincero, muy

algunos cargos como acompañante de éste en la noche consabida, por lo cual había andado fugitivo y oculto, pidió que no se le molestase en el proceso que se había seguido «en rrazon que en la çibdad de los angeles se procedió contra hernando de nava diziendo aver cometido cierto delito contra la muger del doctor de la torre *e gutierre de çetina, difunto*, en el cual yo no soy en culpa.....»

Cetina no debió de quedar bien curado con el ensalmo y las estopas de una lesión tan grave como la que le infirió Nava, y probablemente moriría de las resultas de ella, quizá de un derrame seroso, acostándose, al parecer, bueno, y amaneciendo muerto, como Pacheco oyó decir en Sevilla años después.

Gutierre de Cetina, nacido hacia el año de 1520, gastó en la profesión de soldado algún tiempo de su juventud. Por 1542 estaba en Trento, donde frecuentó el trato de D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien prometió escribir al ausentarse el ilustre granadino de aquella ciudad. Cumplió su promesa desde Alemania, pasado el mes de Agosto del siguiente año, dándole cuenta, en larga y sabrosa epístola, del asalto y toma de Dura. Vuelto á Italia, en donde aún permanecía por Abril de 1545, no tardó mucho tiempo en regresar á Sevilla, ni en partir de esta ciudad para el Nuevo Mundo. Por documentos que hallé poco ha se prueba que Gutierre de Cetina, desde Tierra Firme, agasajó á su madre, Francisca del Castillo, enviándole, antes de 1548, cuatro esclavos para que la sirviesen. (Archivo de Protocolos de Sevilla, Gaspar de León, libro 3.º de 1548, fol. 2.447). Después de este tiempo hubo de volverse á su patria nuestro poeta «á la quietud de las Musas», como dice Pacheco, el cual añade que Cetina «estuvo retirado gran tiempo en un aldea fuera de Sevilla, á donde hizo gran parte de las obras que oi parecen suyas». Pero no tardó mucho en hacer segundo viaje á Nueva España, llamado por un hermano suyo.—FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN».

(1) Ms. de más de 500 hojas, existente en la Academia de la Historia.

humano y cien leguas distante de la monotonía petrarquista; y en la parte descriptiva mucho lujo y gala de dicción, y ciertos conatos de dar á sus paisajes color local y americano, sin rehuir los nombres indígenas, aunque sean tan ásperos como los de *Tepecingo y Tecapulco*, ó tan poco divulgados como *Milpa* é *Iczotl*:

Y con lustroso *iczotl* de tierra ajena
Dió al cuerpo un lustre de belleza tanta,
Que le dejó tan terso y tan polido
Como si fuera de marfil bruñido.

Y añade por nota marginal: «*Iczotl* es un pimpollo que hay en la Nueva España á manera de palmito, que tiene las cabezas de las pencas blanquísimas y lustrosísimas.» Hizo á su manera la *Grandeza Mexicana* antes que Bernardo de Valbuena, describiendo en octavas reales la laguna de Tenuxtitlán, poniendo en sus márgenes escenas bucólicas como la de *El Siglo de Oro*, y cantando las pompas de la ciudad y el floreciente estado de sus escuelas, en los tercetos de la epístola que dirigió al divino Herrera, y que éste no pudo contestar por haber muerto antes que llegase la carta á Sevilla. No compararemos la llaneza, muchas veces desmayada, de los metros de Salazar, con el bizarro alarde y espléndido atavío de los de Valbuena, que en lo meramente descriptivo no cede la palma á ningún poeta nuestro, pero siempre será curioso para la historia de la colonia cotejar las descripciones que en poco más de medio siglo hicieron en prosa y en verso estos dos poetas, cada cual por su estilo. Lo nota dominante en Salazar es una especie de realismo prosaico, que se complace en el detalle menudo y en llamar las cosas por su nombre sin perífrasis ni eufemismos retóricos. En este punto es casi un precursor del *Observatorio Rústico*, de Salas. Véase como muestra esta octava:

Allí bermejo *chile* colorea,
Y el naranjado *ají* no muy maduro;
Allí el frío *tomate* verdeguea,
Y flores de color claro y obscuro,
Y el agua dulce entre ellas que blanquea
Haciendo un enrejado claro y puro,
De blanca plata y varïado esmalte,
Porque ninguna cosa bella falte.

En lo más selecto y acendrado de sus versos siguió con preferencia la manera blanda y apacible de Garcilaso, como solían hacer todos los poetas madrileños, toledanos, complutenses, y en general todos los nacidos en ambas Castillas. No por eso dejaba de tener en gran predicamento y veneración el nombre del cultísimo Hernando de Herrera, cabeza de una escuela lírica, diferente, si no opuesta, y caracterizada principalmente por el especial carácter que imprimió al dialecto poético, con cierta rigidez majestuosa y enfática. Los escritos de aquel varón, tan gran teórico y preceptista como noble y robusto poeta, tenían en Nueva España muchos admiradores, y aun secuaces, siendo como era íntima y constante la comunicación entre México y Sevilla. De todo ello, así como de su propia estimación, da testimonio Eugenio de Salazar en la carta citada, hablando con el mismo Herrera:

Por eso con deseo acá se espera
De tu sabia Minerva el caudal rico,
Que de erudición llene aquesta esfera.....
La erudición de tus *Anotaciones*
Que tienen admirado el Nuevo Mundo
Con su elegancia y sus resoluciones:
Con su comento de saber profundo,
De todas Facultades muestra clara.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Bien mereció por cierto aquella rara
Musa de nuestro ilustre Garcilaso
Que tu fértil ingenio la ilustrara;
Que de sus cultos versos cualquier paso
Tú nos lo interpretases y expusieses,
Pues pasan tanto á los del culto Tasso,
Que con tu fino esmalte lustre dieses
Al oro de la rica poesía,
Y con tu clara luz la descubrieses:
Como en la honda mina donde el día
No entra, ni del sol alguna lumbre
Que muestre el metal rico donde guía;
Metida la candela que lo alumbre
Descubre luego la preciosa veta
Que hinca al centro desde la alta cumbre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y cual la linda Aurora que demuestra
La venida del día, y asegura
La luz que alumbra la carrera nuestra,
Así las obras tuyas que ventura
Hizo asomar al horizonte nuestro,
Prometen otras llenas de hermosura.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De tu caudal que ciencias mil abarca,
Nos traiga ya el Océano otra vuelta,
Antes del corte de la mortal Parca.
La presa ya del dulce néctar suelta
Que inunde y fertilice las arenas
Del Nuevo Mundo, con verdad resuelta.
Abre de tu saber las ricas venas,
Y de tu entendimiento y elocuencia
Salga el rico licor de que están llenas.

Á pesar de lo que pudiera inferirse de este curioso documento literario, no fué la de Herrera la influencia predominante en México, al paso que la de Salazar pareció robustecerse con la llegada de otro poeta, fácil y despilfarrado como él, aunque de vena mucho más varia y opulenta, que alcanzó, si bien con desigual éxito, á la épica, á la dramática, á la didáctica y á todos los géneros de lírica, desde el romance tradicional hasta la canción italiana. Era Juan de la Cueva, aunque nacido en Sevilla, una especie de disidente ó tránsfuga de la escuela poética de aquella ciudad, no sólo por la mayor libertad y ensanche de su doctrina literaria, análoga en varios puntos al romanticismo, sino también por su alejamiento habitual del artificioso lenguaje poético, reacción que exageraba hasta caer muchas veces en desmadejada trivialidad. No podemos fijar con exactitud la fecha de su viaje á Nueva España, á donde fué en compañía de su hermano Claudio, inquisidor y Arcediano de Guadalajara, pero por varias conjeturas nos inclinamos á colocarla entre 1588 (fecha de la impresión de sus *Comedias y Tragedias)* y 1603 (fecha de su *Conquista de la Bética)*, libros uno y otro cuyas dedicatorias arguyen la presencia del autor en Sevilla, así como la suscripción final del *Ejemplar Poético* nos muestra que en 1606 residía en Cuenca, seguramente muy entrado en años. Hay en la

voluminosa colección de sus versos manuscritos, existentes en la Biblioteca del Cabildo de Sevilla, y de la cual Gallardo ofrece amplios extractos (1), más de una composición destinada á archivar sus recuerdos de Indias. La más curiosa es, sin duda, una epístola al licenciado Laurencio Sánchez de Obregón, donde con gracia desenfadada y amenos colores, que fácilmente hacen perdonar la dureza y desaliño de algunos versos, nos pone delante de los ojos el espectáculo que á los suyos ofreció la ciudad de las lagunas. El pasaje es tan curioso, que aunque largo, merece transcribirse:

Á toda esta ciudad sois muy propicio,
Y la ciudad á mí, porque yo en ella
Á mi placer me huelgo y me revicio.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Consideráis que está en una laguna
México, cual Venecia, edificada
Sobre la mar, sin diferencia alguna?
¿Consideráis que en torno está cercada
De dos mares, que envían frescos vientos?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los edificios altos y opulentos,
De piedra y blanco mármol fabricados,
Que suspenden la vista y pensamientos:
Las acequias, y aquestos regulados
Atanores que el agua traen á peso,
De Santa Fe una legua desvïados...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mirad aquellas frutas naturales,
El *plátano*, *mamey*, *guayaba*, *anona*,
Si en gusto las de España son iguales.
Pues un chico *zapote* á la persona
Del Rey le puede ser empresentado
Por el fruto mejor que cría Pomona.
El *aguacate* á Venus consagrado
Por el efecto y trenas de colores,
El *capulí* y *zapote colorado:*

(1) *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos.* Tomo II, (vid. especialmente, pág. 647). En el tomo III está el artículo de Eugenio de Salazar, con extractos copiosos de la *Silva.*

La variedad de hierbas y de flores,
De que hacen figuras estampadas
En lienzo, con matices y labores;
Sin otras cien mil cosas regaladas,
De que los indios y españoles usan,
Que de los indios fueron inventadas.
Las comidas que no entendiendo acusan
Los *cachopines* y aun los *vaquianos*,
Y de comellas huyen y se excusan,
Son para mí los que los hacen vanos;
Que un *pipián* es célebre comida,
Que al sabor dél os comeréis las manos.
La gente natural, sí, es desabrida
(Digo los indios) y de no buen trato,
Y la lengua de mí poco entendida.
Con todo eso, sin tener recato,
Voy á ver sus *mitotes* y sus danzas,
Sus justas de más costa que aparato.
En ellas no veréis petos ni lanzas,
Sino vasos de vino de Castilla,
Con que entonan del baile las mudanzas.
Dos mil indios (¡oh extraña maravilla!)
Bailan por un compás á un tamborino,
Sin mudar voz, aunque es cansancio oilla.
En sus cantos endechan el destino
De Moctezuma, la prisión y muerte,
Maldiciendo á Malinche y su camino.
Al gran Marqués del Valle llaman fuerte
Que los venció; llorando desto, cuentan
Toda la guerra y su contraria suerte.
Otras veces se quejan y lamentan
De Amor; que aun entre bárbaros el fiero
Quiere que su rigor y fuego sientan.
De su hemisferio ven la luz primero
Ausente, que se ausentan del *mitote*
En que han consumido el día entero.
De aquí van donde pagan el escote
Á Baco, y donde aguardan la mañana
Tales que llaman al *mamey camote.*

De tales humanistas y poetas recibió México la iniciación literaria, así como del admirable prosista, autor del *Guzmán de Alfara-*

*che*, Mateo Alemán, que en 1609 imprimió allí su *Ortografía Castellana* (1). La cosecha fué en breve tiempo tan abundante, que ya en 1610 podía escribir el dramaturgo Fernán González de Eslava: «hay más poetas que estiércol». A un solo certamen de 1585, solemnísimo á la verdad, puesto que lo autorizaron con su presencia siete Obispos juntos para el concilio provincial mexicano, concurrieron nada menos que *trescientos* poetas, según refiere Bernardo de Valbuena, que fué uno de los laureados, y que no se harta de encarecer «los delicados ingenios de aquella florida juventud, ocupados en tanta diversidad de loables estudios, donde sobre todo la divina alteza de la poesía más que en otra parte resplandece» (2). México empezaba á cobrar el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. Y por mucho que demos á la hipérbole poética, alguna ra-

(1) Sobre el viaje de Mateo Alemán á México, véase la preciosa biografía de aquel insigne novelista leída por el Sr. Rodríguez Marín al tomar posesión de su plaza de número en la Real Academia Española (27 de Octubre de 1907). Tenemos entendido que pronto verá la luz un trabajo del culto diplomático mexicano D. Francisco A. de Icaza con nuevos datos sobre la estancia de Alemán en México, donde murió.

Un opúsculo, enteramente desconocido en España y del cual existe en México un solo ejemplar, ha sido reimpreso por su poseedor D. Vicente de P. Andrade en su importante y copioso *Ensayo Bibliográfico Mexicano del siglo XVII*. México, imprenta del Museo Nacional, 1899, págs. 51-96. Su título es

*Sucesos de D. Frai Garcia Gera Arçobispo de Méjico, á cuyo cargo estuvo el govierno de la Nueva España..... Por el contador Mateo Aleman, criado del rei nuestro señor..... En Mexico. En la enprenta de la Viuda de Pedro Balli. Por P. Adriano Cesar. Año 1613.* 4.° 33 folios.

Al folio 21 comienza la

*Oracion funebre del Contador Mateo Aleman criado del rei nuestro señor a la muerte de D. Frai Garcia Gera arçouispo de Méjico, virei governador i capitan jeneral de la Nueva España.*

Esta *Oración* es un tejido de lugares comunes, y el estilo es generalmente crespo, enmarañado y conceptuoso, pero no faltan sentencias felizmente expresadas. Ningún rasgo de la pluma de Mateo Alemán puede desdeñarse, porque es uno de los grandes maestros de la lengua.

El retrato suyo que figura en esta Relación no es el mismo que acompaña á la *Ortografía Castellana*.

(2) *Siglo de Oro*, edición de la Academia Española, pág. 133.

zón tendría el valiente cantor de su *Grandeza* para exclamar como exclama:

Aquí hallarás más hombres eminentes
En toda ciencia y todas facultades
Que arenas lleva el Gange en sus corrientes:
Monstruos en perfección de habilidades,
Y en las letras humanas y divinas
Eternos rastreadores de verdades.
Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener las aulas llenas
De más borlas, que bien será posible,
Mas no en letras mejores ni tan buenas.
Que cuanto llega á ser inteligible,
Cuanto un entendimiento humano encierra,
Y con su luz se puede hacer visible,
Los gallardos ingenios desta tierra
Lo alcanzan, sutilizan y perciben
En dulce paz ó en amigable guerra.

El cuadro de la prosperidad material é intelectual de la México española trazado por la brillantísima pluma de nuestro llorado compañero D. Luis Fernández-Guerra, en su biografía de D. Juan Ruiz de Alarcón, nos prohibe insistir en este punto, so pena de quedar muy deslucidos en la comparación. Búsquelo el curioso en el libro mismo, y sentirá, todo junto, sorpresa, admiración y patriótico deleite (1).

Sabemos de cierto que muchos de esos ingenios no eran ya trasplantados de España, sino nacidos y crecidos en México. Cuál sea el más antiguo poeta mexicano de nombre conocido, no parece cosa fácil de averiguar; pero todas las probabilidades están á favor de Francisco de Terrazas, elogiado ya por Cervantes en el *Canto de Calíope*, que se imprimió con la *Galatea* en 1584.

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe. Obra premiada en público certamen de la Real Academia Española, y publicada á sus expensas.* Madrid, 1871.

De la región antártica podría
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cría,
También entendimientos sobrehumanos.
Mostrarlo puedo en muchos este día,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
*Francisco* el uno de *Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido.....

Era Terrazas hijo de uno de los conquistadores, mayordomo de Hernán Cortés, alcalde ordinario de México y «persona preeminente», al decir de Bernal Díaz del Castillo. Del hijo poco sabemos, salvo que fué «excelentísimo poeta toscano, latino y castellano». Escasas, pero no despreciables, son las reliquias de sus versos. En el *Ensayo* de Gallardo (1) se han publicado tres sonetos suyos, tomados de un precioso cancionero manuscrito de la Biblioteca Nacional coleccionado en México en 1577 (2). El mejor de estos sonetos no puede transcribirse aquí por ser un tanto deshonesto: el dirigido *á una dama que despabiló una vela con los dedos*, adolece del

(1) Tomo I, columnas 1.003-1.007.

(2) Ms. 2.972.

«*Flores de varia poesia, recogidas de varios poetas españoles. Dividese en cinco libros, como se declara en la tabla que inmediatamente va aqui scripta. Recopilosse en la ciudad de Mexico, Anno del nascimiento de Nuestro Salvador Ihesucristo de 1577 annos.*

»Tabla de la división de los libros.

»En el primero libro se contiene todo lo que se pudo recoger a lo Divino.

»En el segundo lo que trata de Amores.

»En el tercero lo misivo.

»En el quarto lo de burlas.

»En el quinto cosas indiferentes que no pudieron aplicarse á ninguno de los demas libros.»

En la hoja segunda hay una nota que prueba que este códice estaba ya en España á principios del siglo XVII: «Es de Andrés Faxardo. En Sevilla 1612».

La fecha de 1577 excluye toda posibilidad de que esta floresta fuese compilada en tiempo de Gutierre de Cetina, que había pasado de esta vida diez

giro conceptuoso propio del argumento. Nos limitamos, pues, á presentar, como muestra del númen de Terrazas, el primero de estos sonetos que, con algún rasgo del estilo de Herrera, tiene, sin embargo, más analogía con la manera de Cetina, de quien Terrazas pudo haber sido amigo ó discípulo:

Dejad las hebras de oro ensortijado
Que el ánima me tienen enlazada,
Y volved á la nieve no pisada
Lo blanco de esas rosas matizado.
Dejad las perlas y el coral preciado
De que esa boca está tan adornada;
Y al cielo, de quien sois tan envidiada,
Volved los soles que le habéis robado.
La gracia y discreción que muestra ha sido
Del gran saber del celestial maestro,
Volvédselo á la angélica natura;
Y todo aquesto así restituído,
Veréis que lo que os queda es propio vuestro:
Ser áspera, cruel, ingrata y dura.

El Sr. García Icazbalceta, gran maestro de toda erudición mexicana, ha descubierto recientemente fragmentos de una obra poética de Terrazas, mucho más importante y extensa (1). Este poema,

y nueve años antes. Más verisimilitud tiene que lo fuese durante la estancia de Juan de la Cueva, de quien contiene muchos versos.

La mayor parte de los ingenios de estas *Flores* son andaluces. Sólo de Terrazas podemos afirmar que hubiese nacido en México.

De Terrazas contiene dos sonetos, además de los publicados por Gallardo, pero valen poco:

Soñé que de una peña me arrojaba.....
Royendo están dos cabras de un nudoso.....

Después del soneto:

Dexad las hebras de oro ensortijado.....

hay otro anónimo sobre el mismo tema, pero de mérito muy inferior:

Volvedle la blancura al azucena.....

(1) Véase el estudio titulado: *Literatura Mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*, en las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.* (Tomo II, páginas 357-425.)

que el autor no acabó, impedido por la muerte, se titulaba: *Nuevo Mundo y Conquista*, y eran su asunto las hazañas de Hernán Cortés.

Aunque manuscrito, debió de correr con estimación entre sus contemporáneos, puesto que el autor del epitafio del poeta, con la hipérbole propia de tales elogios fúnebres, se atrevió á compararlo nada menos que con el mismo Hernán Cortés, manifestando sus dudas de que el conquistador hubiera valido más con sus heroicos hechos que Terrazas con escribirlos:

Tan extremados los dos
En su suerte y su prudencia,
Que se queda la sentencia
Reservada para Dios
Que sabe la diferencia.

Las octavas que nos restan del celebrado poema, se han conservado sin orden en una especie de centón en prosa que formó otro descendiente de conquistadores, Baltasar Dorantes de Carranza. Aparecen además confundidas y revueltas con otras al mismo asunto que parecen ser de un tal Arrázola ó Arrazola, y de un Salvador de Cuenca, poetas ignotos uno y otro. No es posible, por tanto, formarse idea clara del poema, ni siquiera determinar lo que propiamente pertenece á Terrazas, si bien por la semejanza del estilo se infiere que la mayor parte de los fragmentos han de ser suyos. Entre los innumerables poemas de asunto americano que suscitó el ejemplo de Ercilla, no parece haber sido éste de Terrazas uno de los más infelices. La lengua es sana, pero no de mucho jugo; la narración corre limpia; los versos son fáciles, aunque de poco nervio. Hay episodios agradables de amores y escenas campestres, que templan la monotonía de la trompa bélica. El ingenio de Terrazas parece más apto para la suavidad del idilio, que para lo épico y grandilocuente. Es linda, por ejemplo, la historia del valeroso mancebo Huitzel, hijo del Rey de Campeche, y de su amada Quetzal, hija del Rey de Tabasco, y de sus andanzas y fuga por los desiertos hasta llegar al pueblo de Xaucol, donde hacen vida de pescadores y donde los sorprende la invasión de los españoles. Algunas octavas de este episodio (inspirado evidentemente por las Tegualdas y las Glauras de la *Araucana*, abuelas más ó me-

nos remotas de *Atala)* mostrarán que Terrazas no era poeta vulgar, aunque abusase en demasía de símiles y recursos de estilo ya muy manoseados por otros poetas:

No como yo con tal presteza parte
Ciervo que sin sentido el curso aprieta,
Cuando en segura y sosegada parte
Herido siente la mortal saeta:
Ni nunca por el cielo de tal arte
Correr se ha visto la veloz cometa,
Que á ver de mi desdicha el caso cierto
Con miedo y con amor volaba muerto.
Y á una legua ó poco más andada
Hallé los robadores y robados;
Vide una gente blanca muy barbada,
Soberbios y de limpio hierro armados;
Vi la cautiva presa en medio atada,
De sus alhajas míseras cargados,
Al uso y voluntad de aquellos malos
Que aguijando los van á duros palos.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Cual tórtola tal vez dejó medrosa
El chico pollo que cebando estaba,
Por ver subir al árbol la escamosa
Culebra que á su nido se acercaba,
Y vuelta vió la fiera ponzoñosa
Comerle el hijo encarnizada y brava;
Bate las alas, chilla y vuela en vano,
Cercando el árbol de una y otra mano.
Así yo, sin remedio, congojado
De ver mi bien en cautiverio puesto,
Llegaba al escuadrón desatinado,
Clamando en vano y revolviendo presto:
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Mas como ni salvalla peleando
Pudiese, ni morir en su presencia,
Tal vez al enemigo amenazando,
Tal vez pidiendo humilde su clemencia,
Sin otro efecto los seguí luchando
Con el dolor rabioso y la paciencia,
Hasta llegar al río do se entraban
En casas de madera que nadaban.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Volviendo á mí, y en llanto derretida,
«Huitzel (me dijo), pues mi dura suerte
Y sin que pueda ser de ti valida,
Me lleva do jamás espero verte;
Recibe en la penada despedida
El resto de las prendas de quererte,
Y aquesta fe postrera que te envío
Con cuanta fuerza tiene el amor mío.
Que quien por ti la patria y el sosiego,
El padre, el reino y el honor pospuso
Y puesta en amoroso y dulce fuego
Seguirte peregrina se dispuso;
Ni en muerte ni en prisión el mundo ciego
Que amor al corazón cuitado puso,
Podrá quitar jamás, sin ser quitada
El alma presa á la mortal morada.
Si voy para vivir puesta en servicio
Tenerme ha tu memoria compañía,
Y en un continuo y solitario oficio
Llorando pasaré la noche y día;
Mas si muriendo en triste sacrificio,
Fortuna abrevia la desdicha mía,
Adonde estés vendré (no tengas duda)
Espíritu desnudo y sombra muda.»

No siempre se sostienen á la misma altura los fragmentos del poema, y aun suelen degenerar en crónica rimada, pero así y todo fué lástima que Terrazas no llegara á perfeccionar é imprimir su obra, la cual, sin pasar de una honrada medianía, como exactamente nota Icazbalceta, lleva, no obstante, todo género de ventajas á otro poema mexicano del mismo tiempo, compuesto igualmente en loor de Hernán Cortés, y que logró la fortuna, bien poco merecida, de fatigar las prensas.

Nos referimos á *El Peregrino Indiano*, de D. Antonio de Saavedra Guzmán, publicado en Madrid en 1599, obra sólo digna de estimación por su extremada rareza, y por ser el primer libro impreso de poeta nacido en Nueva-España (1). Pocas lecturas conozco más

(1) *El Peregrino Indiano, por D. Antonio de Saavedra Guzmán, viznieto del Conde del Castellar, nacido en México.* En Madrid, en casa de Pedro Madri-

áridas é indigestas que la de esta crónica rimada en veinte cantos mortales, que el autor *escribió* y *acabó* (según dice) *en setenta días de navegación con balances de nao*. Compúsola con el propósito poco disimulado de que le sirviese como de memorial en las pretensiones que á España traía, al igual de otros descendientes de conquistadores reducidos por entonces á suma pobreza, en nombre y representación de los cuales exhala amargas quejas al principio del canto xv. Hacer oficio de pretendiente en versos tan malos, no parece que había de adelantar mucho la fortuna del poeta, y si se había mostrado tan inepto corregidor en Zacatecas como rimador pobrísimo, no es extraño que se levantase contra él aquella tormenta de que habla y que le costó su empleo. No sé cómo pudo Ticknor encontrar *poesía* y *verdad* en tal obra, y la razón que da no me convence. El haber nacido el autor en México y estar familiarizado con las escenas que describe y conocer los hábitos de la raza infeliz cuyo fin relata, condiciones eran que no podían infundirle el talento poético de que carecía, aunque dén alguna curiosidad histórica á su obra. Por eso el P. Clavijero la pone en el catálogo de las historias americanas, añadiendo que no tiene de poesía sino el metro. El autor ofreció «un manjar de verdad» y no otra cosa; y añade, en versos detestables, si es que el nombre de versos merecen:

No lleva el ornamento de invenciones
De ninfas cabalinas ni Parnaso,
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Porque me han dicho cierto que es lo fino
Decir pan por pan, vino por vino.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Anímame, Señor, á echar el resto
No con poco temor y sentimiento,
El ver que soy en México nacido,
Donde ningún historiador ha habido.

De su veracidad en cuanto á la historia, responde en las aprobaciones del libro no menor autoridad que la del cronista de Indias,

gal, 1599, 8.° Entre los versos laudatorios los hay de Vicente Espinel y de Lope de Vega.

Este poema ha sido reimpreso en el folletín de un periódico de México, *El Sistema Postal* (1880), con prólogo de García Icazbalceta.

Antonio de Herrera. Es verisímil que poseyese Saavedra alguna de las lenguas indígenas; pero tal conocimiento no le sirvió para dar color local á la narración, sino para rellenarla de nombres estrafalarios, que acrecientan la dureza é insonoridad de sus octavas. Sólo se aparta del estricto rigor histórico, para introducir un poco de *máquina*, ya alegórica, ya de encantamientos y hechicerías como el *peyote*, confeccionado por la hechicera de Tlaxcala, Tlantelup; sin que falte la indispensable tempestad promovida por el demonio para hundir las naves de Hernán Cortés.

Como no hay libro malo de que no pueda sacarse alguna utilidad, parece que la lectura del poema de Saavedra, en que abundan detalles genealógicos y personales sobre los conquistadores, no fué del todo inútil á D. Nicolás Fernández de Moratín, para su célebre canto de *Las naves de Cortés destruídas*. Así, por ejemplo, aquella curiosa pero no muy segura coincidencia histórica recordada en estos versos:

Mas ¡ay! que ese adalid el mismo día
Que nacer vimos al sajón Lutero,
Nació también para la afrenta mía.....

parece tomada de estos dos rastreros renglones de *El Peregrino Indiano*:

Cuando nació Lutero en Alemaña
Nació Cortés el mismo día en España.

No hay duda que Hernán Cortés ha sido en general poco afortunado con sus cantores. Cualquiera narración en prosa, no ya sólo la afiligranada y cultísima de Solís, ó la que trazó Prescott con tanta viveza de fantasía romántica, sino la rápida, elegante y maligna de Gómara, la ruda y selvática de Bernal Díaz del Castillo, la del mismo inmortal conquistador en sus *Cartas* y *Relaciones* escritas con la nerviosa sencillez propia de los grandes capitanes, resultan infinitamente más poéticas que todos los poemas compuestos sobre la conquista de México. La principal razón de esto es, sin duda, que la realidad histórica excede aquí á toda ficción, y que por tratarse de un hecho de tiempos tan cercanos, y conocido hasta en sus mínimos detalles, no deja campo abierto á la fantasía para exornarle,

transfigurarle ni enaltecerle. Pero otra razón de no pequeño peso ha sido la inferioridad de fuerzas poéticas de que adolecían casi todos los autores que se atrevieron á cargar sus débiles hombros con tal argumento. Un solo episodio, como el de las naves dadas al través, pudo inspirar á Vaca de Guzmán algunas octavas robustas, patrióticas y valientes, y á Moratín el padre una sarta de descripciones brillantes que en tono y estilo y pompa de color salen mucho del pobre marco de la poesía del siglo XVIII, y más bien parecen del tiempo de Lope ó de Valbuena. Pero fuera de esto y del poema no acabado de García Gutiérrez, que más que realidad fué una promesa, los demás disputan entre sí la palma de la infelicidad, y quizá no es Saavedra de Guzmán, sino D. Juan de Escóiquiz, el que la merece de todo derecho por su intolerable *México Conquistada*. Más que los dos juntos vale Gabriel Lobo y Lasso de la Vega (1), que siquiera tenía condiciones de versificador, las cuales más bien sobraban que faltaban al ingenioso y gongorino poeta mexicano D. Francisco Ruiz de León, autor de la *Hernandía*. De todos modos, ninguno de ellos nos compensa la pérdida del poema de Terrazas, que vivió en mejor época literaria, y sintió mejor la poesía del argumento.

Había por aquellos días en México innumerable turba de versificadores; pero la mayor parte de ellos debían de ser aficionados y poetas de certamen, y sus obras hubieron de perderse. Muestra

(1) *Primera parte de Cortés Valeroso, y Mexicana de Gabriel Lasso de la Vega, criado del Rey nuestro señor, natural de Madrid.....* Madrid, en casa de Pedro Madrigal, 1588.—*Mexicana de Gabriel Lasso de la Vega, enmendada y añadida por su mismo autor..... Lleva esta segunda impresión trece cantos más que la primera. En Madrid, por Luis Sánchez. Año* 1594.

A todos los poemas de asunto americano vence en lo rastrero y prosaico el titulado *Historia de la Nueva México*, del capitán Gaspar de Villagra (Alcalá, 1610, por Luis Martínez Grande), libro, por otra parte, de los más buscados entre los de su clase, así por el interés histórico como por la rareza bibliográfica. Está en treinta y cuatro mortales cantos en verso suelto, pero de aquel género de versos sueltos que Hermosilla comparaba con *una escoba desatada*, y el autor interrumpe á veces el hilo de la narración para intercalar provisiones, reales cédulas y otros documentos justificativos, sin que se conozca notablemente la transición de los versos á la prosa cancilleresca.

curiosa de la poesía satírica con que entretenían los largos ocios de la colonia y exhalaban sus quejas los malhumorados y empobrecidos descendientes de los conquistadores contra los nuevos aventureros que venían de España y que por más hábiles ó más activos se iban alzando con todos los provechos, son ciertos sonetos de bastante donaire hallados por el Sr. Icazbalceta en el mismo manuscrito que contiene las octavas de Terrazas (1).

Única, pero muy curiosa muestra del primitivo teatro castellano

(1) Dicen así estos tres sonetos, que parecen de un mismo autor.

1

Minas sin plata, sin verdad mineros,
Mercaderes por ella codiciosos,
Caballeros de serlo deseosos,
Con mucha presunción bodegoneros;
Mujeres que se venden por dineros,
Dejando á los mejores más quejosos;
Calles, casas, caballos muy hermosos,
Muchos amigos, pocos verdaderos.
Negros que no obedecen sus señores,
Señores que no mandan en su casa,
Jugando sus mujeres noche y día:
Colgados del Virrey mil pretensores,
*Tianguez* (*), almoneda, behetría,
Aquesto, en suma, en esta ciudad pasa.

2

Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosas de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes:
Alféreces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra,
Hablar extraño, parecer que atierra,
Turcos rapados, crespos alemanes.
El favor manda y el privado crece,
Muere el soldado desangrado en Flandes
Y el pobre humilde en confusión se halla.
Seco el hidalgo, el labrador florece,
Y en este tiempo de trabajos grandes,
Se oye, se mira, se contempla y calla.

3

Viene de España por el mar salobre
Á nuestro mexicano domicilio
Un hombre tosco, sin algún auxilio,
De salud falto y de dinero pobre.

(*) Según el Sr. Pimentel (*Revista Nacional de Letras y Ciencias*, 1880), la palabra *tianguez* es azteca, y quiere decir *mercado*.

en México es el libro inestimable y rarísimo de los *Coloquios espirituales y Poesías sagradas* del presbítero Fernán González de Eslava, impreso en 1610, años después de la muerte de su autor, por el padre agustino Vello de Bustamante. Del mismo contexto de las piezas se infiere que todas ellas pertenecen al siglo XVI, y que hubieron de ser compuestas entre 1567 y 1600. Del autor apenas hay más noticias que las pocas que pueden rastrearse por su libro: Icazbalceta se inclina, con plausibles conjeturas, á tenerle por andaluz, y quizá por sevillano. Suyos deben de ser algunos versos que con nombre de un *Hernán González* se leen en la compilación manuscrita de 1577 (1). Honró también con poesías laudatorias algunas edicio-

Y luego que caudal y ánimo cobre,
Le aplican en su bárbaro concilio
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y robre.
Y el otro, que agujetas y alfileres
Vendía por las calles, ya es un Conde
En calidad, y en cantidad un Fúcar:
Y abomina después el lugar donde
Adquirió estimación, gusto y haberes,
Y tiraba la jábega en Sanlúcar.

El Sr. Icazbalceta ve en estos sonetos, y no sin razón, los primeros indicios de la funesta enemistad entre criollos y peninsulares.

(1) Son dos sonetos: Sólo el primero merece transcribirse:

Los lazos de oro fino y red de amores
Contempla un pastorcillo enamorado,
Y así como á la luz los ha sacado
Al sol acrecentó sus resplandores.
Al campo le vistió de nuevas flores,
Al aire le tornó dulce y templado,
Al río dió un rocío aljofarado,
El cielo matizando de colores.
Pudiera este pastor de bien andante
Á todos los nacidos dar consuelo,
Teniendo su tesoro allí adelante.
Mas Júpiter de envidia baxó al suelo,
Y robole su vista al firme amante,
Diciendo: «estas reliquias son del cielo».

El segundo soneto lleva una glosa en liras:

Espíritu del cielo,
Sacado del divino que lo ha hecho,
Beldad para en el suelo
Que al mundo ha satisfecho,
*Coluna de cristal, dorado techo.....*

nes mexicanas de su tiempo, entre ellas la *Doctrina Cristiana* del Dr. D. Sancho Sánchez de Muñón (1579), que para nosotros es la mismísima persona que el ingenioso y desenfadado autor de la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, quizá la mejor entre las imitaciones de la *Celestina* (1). Fué Eslava ingenio de grandísima facilidad y rica vena; pródigo, aunque no selecto, en los donaires; rico de malicia y de agudeza en las alusiones á sucesos contemporaneos; excelente versificador, sobre todo en quintillas; bien fundado y macizo en la doctrina teológica que probablemente había cursado y que en sus *coloquios* inculca y expone en forma popular y amena, procurando acomodarse á la inteligencia, no ya sólo de los españoles, sino de los indios neófitos que supiesen nuestra lengua. Por el candor y la ingenuidad del diálogo, por la sencilla estructura y poco artificio de la composición, y aun por el uso inmoderado del elemento cómico y grotesco, pertenece al teatro anterior á Lope de Vega, y sus autos se parecen mucho á los del gran códice de nuestra Biblioteca Nacional y aun á otros más antiguos y rudos como los de la *Recopilación* de Diego Sánchez de Badajoz. Para el estudio de la lengua no tienen precio: como gran parte del diálogo es de tono vulgar y aun chocarrero, abunda en idiotismos

(1) Don Juan Eugenio Hartzenbusch descifró el enigma contenido en los versos que acompañan á la *Tragicomedia de Lisandro*, y leyó en ella el nombre del autor, *Sancho Munino, natural de Salamanca*. Los señores Fuensanta del Valle y Sancho Rayón leyeron después *Sancho de Munnón* ó *Muñón*, y, en efecto, lograron noticia de un maestro *Sancho de Muñón, teólogo*, que por los años 1549 residía en las escuelas de Salamanca, y asistió á varios claustros plenos, sentándose nada menos que al lado de Melchor Cano, y tomando parte en la reforma de los estatutos de la Universidad. (Véanse los preliminares del tomo v de la *Colección de libros españoles raros y curiosos.*) El señor García Icazbalceta, al darnos razón en su *Bibliografía* del libro de la *Doctrina Cristiana*, nos dice que el Dr. D. Sancho Sánchez de Muñón fué á México en 1560, y tomó posesión de la plaza de Maestrescuelas de aquella catedral en 26 de Abril, ejerciendo en tal concepto el cargo de Cancelario de la Universidad, donde recibió (ó incorporó) el grado de Doctor en Teología en 28 de Julio de dicho año. En 1570 hizo un viaje á la Península como solicitador general de las Iglesias de Nueva España. Consta que volvió á México, donde murió en 1601. La identidad del personaje parece segura, aunque no haya sido notada hasta ahora.

y maneras de decir familiares, propias del habla de los criollos, y que en vano se buscarían en los monumentos de la poesía culta. Allí pueden sorprenderse los gérmenes del provincialismo mexicano, en el cual el elemento andaluz parece haber sido el predominante como en casi toda América, acaudalándose en México más que en otras partes con despojos de las lenguas indígenas. No menos curiosidad ofrecen estos *coloquios* para la historia: muchos de ellos pertenecen al género de los llamados *de circunstancias*, y nos hacen penetrar mucho en las intimidades de la vida colonial, aplicadas con inocente irreverencia á la representación simbólica del misterio eucarístico y de otros dogmas cristianos. Así uno de estos autos nos recuerda la vuelta de los que fueron con Miguel López de Legazpi á la navegación de la China; otro, el más largo de todos, escrito en prosa y verso, y dividido en siete jornadas, fué compuesto para la consagración del arzobispo Moya de Contreras en 1574; en otro, los siete Sacramentos aparecen simbolizados por los siete fuertes ó presidios que el virrey D. Martín Enríquez levantó en el camino de las minas de Zacatecas; y, finalmente, dan materia á diversas alegorías la entrada del virrey Conde de Coruña en 1580, la espantosa epidemia que cayó sobre los indios en 1576, el recibimiento del paternal virrey D. Luis de Velasco en 1590. Tales piezas, aunque sean las más interesantes para el anticuario, no suelen ser las más poéticas. Hay rasgos superiores en aquellas donde Eslava no necesitó dar tormento á su ingenio buscando fútiles y profanas alegorías, sino que trató directa é históricamente el asunto ó encontró ya la alegoría en los sagrados libros. Bajo este aspecto son dignos de recomendación los sencillos y fervientes monólogos del profeta Jonás en el *coloquio séptimo* (que es, por lo demás, muy desigual y lleno de extravagantes anacronismos), el ingenioso debate de la Riqueza y la Pobreza en el coloquio décimotercio, y la parábola de la viña, desarrollada en el undécimo («del arrendamiento que hizo el Padre de las Compañas á los Labradores de la Viña»), cuyo argumento es idéntico al del hermosísimo auto de Lope de Vega, *El Heredero del Cielo*, aunque, naturalmente, pierde mucho Eslava en tan terrible comparación. Pero aun en los asuntos de pura fantasía es innegable y no vulgar el talento poético del primer dra-

maturgo mexicano, como lo prueba su brillante concepción alegórica de *El Bosque Divino*. Acompañan á los coloquios algunas poesías líricas, todas de asunto sagrado, porque el editor P. Bustamante reservaba las profanas para un segundo tomo que, ó no llegó á imprimirse, ó se ha ocultado á la exquisita diligencia del Sr. Icazbalceta, que ha sido el desenterrador de Eslava, como de casi toda la primitiva literatura de Nueva España. Los versos de Eslava, *á lo divino*, son enteramente versos de cancionero, y pueden y deben añadirse á la vasta colección de este género que formó D. Justo de Sancha. Están, pues, en aquella tradición literaria que va desde Fr. Ambrosio Montesino hasta Juan López de Úbeda, Damian de Vegas y el maestro Valdivielso. Con lo mejor de estos autores pueden compararse algunas de las canciones, chanzonetas y villancicos de Eslava, así como otros participan en gran manera del gusto monjil y apocado y del conceptismo rastrero que en manos de Ledesma, Bonilla y sus secuaces, acabó por enervar y pervertir miserablemente este género, con tanto daño de la poesía como de los afectos devotos. No siendo Eslava poeta mexicano de nacimiento, no pueden tener sus versos entrada en nuestra Antología; pero para muestra de su estilo copiamos en nota un villancico suyo que da muestra completa de la ingeniosidad de estilo de este simpático poeta (1). El que quiera conocerle más de cerca, intérne-

(1) ¡Oh, qué buen labrador, bueno!
¡Qué buen labrador!
¡Ah! Labrador excelente,
Decláranos sabiamente
Tu valor y tu simiente
¿Qué significa, señor?
¡Qué buen labrador!
Todos los hombres nacidos
Aperciban los sentidos:
Oiga quien tuviere oídos,
Oirá divino primor.
¡Qué buen labrador!
Salí con mi ser divino
Del Padre do estoy contino,
Y al mundo, manso y benino,
Vine á hacer mi labor.
¡Qué buen labrador!
Vine á quitar la neguilla
Y á dar divina semilla,

se en las páginas de su libro y no dará por perdido su trabajo. El autor mismo parece convidarle con la suave y misteriosa vaguedad lírica de estos versos:

Sin tardar,
Démonos priesa á embarcar.
¡Oh qué viento y mar en calma,
Gran consuelo es para el alma
Con tal tiempo navegar!
Las ondas de la mar
¡Cuán menudicas van!

Pero la modesta luz poética de Hernán González de Eslava, parece como que se eclipsa ante la brillante y deslumbradora de Ber-

Y en la Virgen sin mancilla
La sembró divino amor.
¡Qué buen labrador!
Sembré en el Angel primero,
Y ésta cayó en el sendero
Porque dijo: Por mí quiero
Igualarme al Criador.
¡Qué buen labrador!
Y en Adán la sembré yo,
Y ésta entre espinas cayó,
Cuando del mando excedió
De su Dios y su Criador.
¡Qué buen labrador!
En los de ley de Escriptura
Sembré el grano de la altura,
Y cayó en la piedra dura
Porque le faltó el humor.
¡Qué buen labrador!
Viendo cuán mal acudía
Esta labor que hacía,
Acordé por mejor vía
De sembrar la ley de amor.
¡Qué buen labrador!
Tomé la cruz por arado
Do mi cuerpo fué clavado,
Y allí fué el perdón sembrado
Del que á Dios fuese ofensor.
¡Qué buen labrador!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Los clavos que me enclavaron
Son coyundas que me ataron,
Con las cuales te sacaron
De la cárcel del dolor.
¡Qué buen labrador!
La lanza fué el aguijada
Que en mi cuerpo atravesada

nardo de Valbuena, que si pertenece á la Mancha por su nacimiento, pertenece á México por su educación, á las Antillas por su episcopado, y que hasta por las cualidades más características de su es-

Abrió la puerta cerrada
De la gloria al pecador.
¡Qué buen labrador!
  El yugo süave y leve
Que al que hace lo que debe
Yo le ayudo á que lo lleve
Y soy premio á su sudor.
¡Qué buen labrador!
  De pies y manos atado
Me tienes, hombre culpado;
No temas, que ya he trocado
En clemencia mi rigor.
¡Qué buen labrador!
  Mi propia vida sembré
Cuando en el sepulcro entré
Y de allí resucité
En mi virtud y vigor.
¡Qué buen labrador!
  Y en aqueste sacramento,
Sembré divino sustento,
Para dar por uno ciento
Al contrito pecador.
¡Qué buen labrador!
  Mira, hombre, si te quiero,
Pues mi cuerpo verdadero
Queda en divino granero
Porque te hartes mejor.
¡Qué buen labrador!
  Conmigo mismo te heredo
Y al padre voy, y aquí quedo:
Pues yo hago lo que puedo,
Haz tú algo por mi amor.
¡Qué buen labrador!
  Sembrarás por tu consuelo
Buenas obras en el suelo,
Y cogerás en el cielo
Fruto de sumo dulzor
¡Qué buen labrador! (Pág. 240.)

« *Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesias Sagradas del Presbítero Fernán Gonzalez de Eslava (escritor del siglo XVI). Segunda edición conforme á la primera hecha en México en* 1610. *La publica, con una Introducción, Joaquín García Icazbalceta, Secretario de la Academia Mexicana*, etc., etc. *México: Imprenta de F. Díaz de León,* 1877, 4.° De la primitiva edición sólo se conocen dos ejemplares, uno de ellos el que posee el Sr. Icazbalceta.

Aunque Eslava sea el más antiguo dramaturgo de los que escribieron en México, en el sentido de ser el primero ó más bien el único que nos ha dejado un cuerpo ó colección de sus obras, las representaciones sagradas eran mu-

tilo, es en rigor el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza. «Su poesía (dice Quintana), seme-

cho más antiguas y se habían introducido desde los primeros tiempos de la conquista, no sólo en lengua castellana, sino en lenguas de los indios, que quizá tenían ya algún bárbaro rudimento de drama en sus danzas y *mitotes*. Los misioneros franciscanos se valieron alguna vez del teatro sagrado como de medio catequístico, y hay sobre esto muy curiosas noticias en la *Historia de los Indios de Nueva España*, de Fr. Toribio de Benavente ó Motolinia, que dirigió y organizó algunas de estas fiestas del Corpus y de la Epifanía en Tlaxcala, desde 1538 por lo menos. Hubo entre ellas una de carácter histórico «por las paces hechas entre el emperador y el Rey de Francia». Por cierto que el buen fraile, mal avenido sin duda con los conquistadores, dió á Hernán Cortés y á Pedro de Alvarado el mando de las dos cuadrillas de moros ó infieles que figuraron en aquella especie de mojiganga ó simulacro de la futura conquista de Jerusalén. Los actores eran exclusivamente indios, y las piezas se componían en su lengua con algún que otro villancico en castellano.

En la capital había representaciones para los unos y para los otros, siendo las principales, como en todas partes, las del Corpus, cuya procesión se celebraba con gran suntuosidad, pero con accesorios tan profanos y escandalosos que excitaron la indignación del venerable Arzobispo Zumárraga, el cual para condenar tales abusos hizo imprimir dos veces un tratadito del cartujano Dionisio Rickel, adicionándole con una exhortación propia, en que se leen estas vehementes palabras: «Cosa de gran desacato y desvergüenza parece que ante el Santísimo Sacramento vayan los hombres con máscaras y en hábitos de mujeres, danzando y saltando con meneos deshonestos y lascivos, haciendo estruendo, estorbando los cantos de la Iglesia, *representando profanos triunfos como el del dios del amor*, tan deshonestos, y aun á las personas no honestas tan vergonzoso de mirar..... Los que lo hacen y los que lo mandan y aun los que lo consienten..... á otro que Fr. Juan Zumárraga busquen que los excuse..... y por sólo esto, aunque en otras tierras y gentes se pudiese tolerar esta vana y profana y gentílica costumbre, en ninguna manera se debe sufrir ni consentir entre los naturales de esta nueva Iglesia. Porque como de su natural inclinación sean dados á semejantes regocijos vanos, y no descuidados en mirar lo que hacen los españoles, antes los imitarán en estas vanidades profanas que en las costumbres cristianas. Y demás desto hay otro mayor inconveniente *por la costumbre que estos naturales han tenido de su antigüedad, de solemnizar las fiestas de sus idolos con danzas, sones y regocijos*, y pensarían, y lo tomarían por doctrina y ley, que en estas tales boberías consiste la santificación de las fiestas.»

Tan graves y piadosas razones no impidieron que, muerto el primer Arzo-

jante al Nuevo Mundo, donde el autor vivía, es un país inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y

bispo, volviesen las cosas á su antiguo estado, si bien con el tiempo y con la reforma de las costumbres fueron desapareciendo ó aminorándose muchos de los inconvenientes. La legislación definitiva sobre este punto fué la del Concilio tercero Mexicano de 1585, que prohibiendo en los días de Navidad y del Corpus ó en otra cualquier fiesta «las danzas, bailes, representaciones y *cantos profanos*», permitió las «de historia sagrada, ú otras cosas santas y útiles al alma», con tal que se presentasen un mes antes á la censura del diocesano.

Además de Eslava, queda el nombre y una obra por lo menos de otro poeta sacramental, el presbítero Juan Pérez Ramírez, que cobraba cada año cincuenta pesos de minas por el cargo de escribir los autos. En un códice de la Biblioteca de nuestra Academia de la Historia (que contiene muchas piezas dramáticas, la mayor parte de jesuítas) está su *Desposorio espiritual de la Iglesia Mexicana y el Pastor Pedro: égloga representada el día de la consagración del Obispo de México, D. Pedro de Moya Contreras, que fué el 5 de Diciembre de 1574*. Ya hemos visto que Eslava trató como en competencia el mismo asunto.

Los jesuítas tenían también en sus colegios representaciones de mayor artificio. Como muestra de ellas puede citarse la tragedia en cinco actos titulada *Triunfo de los Santos, en que se representa la persecución de Diocleciano y la prosperidad que se siguió con el imperio de Constantino*, inserta al fin de la *Carta ó Relación*, que el P. Pedro de Morales envió al general de la Compañía P. Everardo Mercuriano, describiendo las festividades con que fueron recibidas en México las reliquias que envió Gregorio XIII en 1579. Hay extractos de ella en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, del Sr. Icazbalceta. Parece ser obra muy larga y desigualmente versificada; quizá de varios ingenios. Es de esperar que el docto editor de los *Coloquios* de Eslava complete el buen servicio que con ellos nos ha hecho, reimprimiendo en otro volumen esta pieza, la de Pérez Ramírez, y cualquiera otra reliquia que parezca de los orígenes de la escena en México (a).

En qué tiempo empezó el teatro puramente secular, no lo sabemos á punto fijo; pero cuando Valbuena, en 1603, nos dice que había

Fiesta y *comedias nuevas cada día*,
De varios entremeses y primores,
Gusto, entretenimiento y alegría,

no hemos de creer que se trataba de los simplicísimos autos antiguos, sino de verdaderas comedias, como las de Lope y sus discípulos. De uno de ellos,

(a) Desgraciadamente no pudo atender este ruego el Sr. García Icazbalceta, cuya honrada vida, empleada en buenas obras de piedad y literatura, se extinguió súbitamente en 27 de Noviembre de 1894.

pantanos con los montes y selvas más sublimes y frondosas.» No puede darse expresión más exacta, ni ocurre añadir ó rectificar cosa importante en el juicio, para nosotros definitivo, que aquel gran poeta y elegante crítico formó de Valbuena, ya en el prólogo y notas de su *Colección de poesías selectas castellanas*, ya en el magnífico discurso preliminar de la *Musa Épica*. Quintana no regateó nunca su admiración á aquella poesía del Obispo de Puerto Rico, tan nueva en castellano cuando él escribía, tan opulenta de color, tan profusa de ornamentos, tan amena y fácil, tan blanda y regalada al oído cuando el autor quiere, tan osada y robusta á veces, y acompañada siempre de un no sé qué de original y exótico, que con su singularidad le presta realce, y que en las imitaciones mismas que hace de los antiguos se discierne. Aun su clasicismo es de una especie muy particular y propia suya, que casi pudiéramos decir clasicismo romántico, semejante en algo al de los poetas de la deca-

y no ciertamente de los menos notables, del autor de *El Diablo Predicador*, Luis de Belmonte Bermúdez, cuya vida es una prodigiosa novela, consta que dos veces estuvo en México, «donde, no pudiendo olvidar el manjar sabroso de las Musas, escribió *muchas comedias, que algunas hay impresas*, y la *Vida del Patriarca Ignacio de Loyola*, en versos castellanos». (Prólogo del Ldo. Juan Bermúdez y Alfaro al poema inédito de Bermúdez, *La Hispálica.)*

De los dramaturgos en lenguas indígenas no tenemos que tratar aquí. Suenan entre ellos los nombres de Fr. Juan Bautista, franciscano, que compuso *dramas espirituales de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, en nahuatl; Fr. Martín de Acevedo, dominico, autor de *dramas alegóricos*, en lengua chocha, y de *autos sacramentales*, en lengua misteca; Fr. Andrés de Olmos, franciscano, que hizo representar delante del virrey Mendoza y del arzobispo Zumárraga su célebre auto de *El Juicio Final*, «causando gran edificación á todos, indios y españoles». Anterior á todos ellos había sido Fr. Luis de Fuensalida, uno de los doce primeros misioneros de su Orden, que compuso, en lengua mexicana, *Diálogos ó coloquios entre la Virgen María y el Arcángel San Gabriel.*

Finalmente, no omitiremos la curiosísima noticia de que D. Bartolomé de Alba, descendiente de los Reyes de Tezcuco, tradujo al *nahuatl*, por los años de 1641 tres comedias de Lope de Vega. Beristain las vió en el colegio de San Gregorio de México, y da sus títulos: 1.ª *El Gran Teatro del Mundo* 2.ª *El Animal profeta y dichoso parricida* (San Julián). 3.ª *La Madre de la Mejor* (Santa Ana). No conocemos comedia de Lope de Vega con el primero de estos títulos: será quizá el *auto* de Calderón, que se titula del mismo modo.

dencia latina, sobre todo en la intemperancia descriptiva unida á cierto refinamiento que le hace buscar nuevos aspectos en el paisaje y apurar menudamente los detalles con un artificio de dicción primoroso y nuevo. Otro rasgo de su estilo consiste en la mezcla frecuente de los pormenores realistas, triviales y aun grotescos, con lo más elevado y puro de la emoción poética, no tanto por desaliño ó cansancio, cuanto por buscar un nuevo elemento de interés en el contraste. Cuando quiere ser clásico y puro, llega sin esfuerzo al clasicismo alejandrino por lo menos, y pedazos de sus églogas hay que recuerdan mucho más la manera de Teócrito que la de Virgilio. En ocasiones la docta industria con que aspira á remedar los ecos de la flauta de Sicilia, parece que preludia una de las maneras de Andrés Chénier. De todos los imitadores de Teócrito, anteriores á este gran maestro del neoclasicismo, Valbuena es el que mas exactamente llegó á reproducir algunas cualidades del modelo, no sólo en la artificiosa, pero no amanerada simplicidad del estilo, sino en la composición general y en el diálogo, en lo que pudiéramos decir parte dramática de la égloga, que casi siempre falta en los bucólicos virgilianos.

Pero la manera habitual y predilecta de Valbuena es otra muy diversa y muy alta de color, muy aventurera é impetuosa, formada con tan varios elementos como la viciosa lozanía de Ovidio, el número sonante y la enfática altivez de Lucano, de Estacio y de Claudiano, y la risueña fantasía del Ariosto con cuyo filtro mágico diríase que se adormece la naturaleza en un perpetuo sueño de amor. Valbuena es un segundo Ariosto, inferior sin duda al primero, no sólo por haber llegado más tarde, sin poder participar de aquella suprema embriaguez de luz en que vivió el poeta de Ferrara, en medio de los resplandores del Renacimiento; no sólo por carecer del alto sentido poético y de la blanda ironía con que el autor del *Orlando* corona de flores el ideal caballeresco en el momento mismo de inmolarle, sino porque aun en lo más externo, en las condiciones técnicas, resulta notoriamente inferior en gusto y arte, ya por falta de donaire en la parte cómica, ya por resabios frecuentes de hinchazón y ampulosidad culterana, ya por monstruosa desproporción en los episodios; sin contar la poca novedad y consis-

tencia de las figuras que en el poema intervienen: paladines, encantadores, gigantes ó princesas encantadas, derivados todos ó de su predecesor italiano ó del fondo común de los libros de caballerías. Pero con todos estos graves y substanciales defectos, todavía creemos, como creyó Quintana, que las facultades descriptivas del Abad de la Jamaica eran casi iguales á las del Ariosto, y por de contado superiores á las de cualquier poeta nuestro. No se ha de negar que le perjudicó en gran manera el exceso mismo de esta cualidad, no templada en él convenientemente por ninguna otra, aunque ciertos episodios, como el ternísimo de Dúlcia, muestran que no le faltaban condiciones de sentimiento, y que encontraba alguna vez, como por instinto, aquella suave languidez de expresión que penetra el alma en algunos pasos de Eurípides y de Virgilio. Pero como la poesía naturalista y pintoresca no era la que más abundaba en España y en el siglo XVI, algo ha de concederse á quien tanto ensanchó sus límites y tanto despilfarró los tesoros de la lengua, convirtiendo la pluma en pincel con ímpetu y furia desordenada, sólo comparable á la de los retóricos coloristas de la moderna escuela romántica, que se jactaban de saber «los nombres de todas las cosas». No es sólo en el *Bernardo* (obra capital suya) donde se leen, como ponderó Quintana, «descripciones admirables de países, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas, antigüedades de pueblos, de familias y de blasones, sistemas teológicos y filosóficos». Hay una obra de su juventud que nos da ya la medida de su asombrosa fertilidad descriptiva, por la cual D. Nicolás Antonio, interrumpiendo con un rasgo de entusiasmo su habitual sequedad bibliográfica, le había declarado superior á todos nuestros poetas *descriptionum elegantia, geographiae astronomicaeque rei colorum pulcherrima tractatione, miraque exprimendi ferèque oculis subjiciendi quod tam longe à conspectu est, virtute.* Tal es el poemita de la *Grandeza Mexicana*, impreso en la capital del virreinato en 1604 (1). Si de algún libro hubiéramos de hacer datar el nacimien-

(1) *La grandeza Mexicana del bachiller Bernardo de Balbuena*..... En México, por Melchior Ocharte, 1604, 8.°

De esta edición rarísima hay dos clases de ejemplares con algunas dife-

to de la poesía americana propiamente dicha, en éste nos fijaríamos más bien que en el *Arauco Domado* de Pedro de Oña, aunque éste fuera chileno y Valbuena español. Poco hay de americano en el poema de Oña excepto la patria del autor, mucho hay en Valbuena, cuyo libro es una especie de topografía poética. ¡Lástima que en la parte de botánica no llegue el autor á emanciparse de la tiranía de los recuerdos clásicos é italianos, y nos describa más bien las plantas de Virgilio ó de Plinio que las que fueron reveladas al Viejo Mundo por Oviedo y Francisco Hernández! Pero aunque el paisaje, en medio de su floridez y abundancia, no tenga más que un valor convencional y aproximado, y esté, por decirlo así, traducido ó traspuesto á un molde literario, todavía en el raudal de las descripciones de Valbuena se siente algo del prolífico vigor de la primavera mexicana. Tiene, no obstante, más interés, más verdad y más animación para nosotros la descripción que hace de las grandezas de la ciudad que la del campo. Enamorado de ella hasta el delirio, apura los epítetos en su loor, y todos le parecen pocos para expresar su sincero entusiasmo por la que llama

Del placer madre, piélago de gente,
De joyas cofre, erario del Tesoro,
Flor de ciudades, gloria de Poniente;
De amor el centro, de las musas coro,
De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro,
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del Mundo, cielo de la tierra.

rencias que ha notado el Sr. Icazbalceta. (*Memorias de la Academia Mexicana*, 1886, págs. 95-116.)

La *Grandeza Mexicana* ha tenido tres reimpresiones matritenses en nuestro siglo, la de 1821, publicada por la Real Academia Española al fin de *El Siglo de Oro*, las de 1829 y 1837, por D. Miguel de Burgos, 12.° Estas dos últimas son en realidad una sola, con distinta portada y preliminares. Hay también una edición de Nueva York (1828) y otra de México (1860). Es lástima que en todas las reimpresiones se hayan suprimido la mayor parte de las piezas en prosa y verso que acompañan al poema y que son muy curiosas para la biografía de su autor y hasta para el conocimiento de sus ideas literarias. La más importante es un *Compendio Apologético en alabanza de la Poesía*.

El rumbo, el tropel y el boato, la bizarría de trajes é invenciones, el brío y ferocidad de los caballos mexicanos y la gala bizarra de sus jinetes, envueltos en sedas y «varia plumería», los ricos jaeces y libreas costosas de aljófar, perlas, oro y pedrería, ejercen sobre la ardiente imaginación de Valbuena una especie de prestigio mágico. Muy aficionado debió de ser á caballos á juzgar por el alarde de precisión con que los describe, distinguiendo sus castas y cualidades:

Donde en jaez de oro campea
El castaño colérico, que al aire
Vence si el acicate le espolea;
Y el tostado alazán, que sin desgaire
Hecho de fuego en la color y el brío
El freno le compasa y da donaire;
El remendado overo húmedo y frío,
El valiente y galán rucio rodado,
El rosillo cubierto de rocío;
El blanco en negras moscas salpicado,
El zaino ferocísimo y adusto,
El galán ceniciento gateado;
El negro endrino, de ánimo robusto,
El cebruno fantástico, el picazo
Engañoso, y el bayo al freno justo,
Y otros innumerables que al regazo
De sus cristales y á su juncia verde
Esquilman y la comen gran pedazo.

Nunca se encontró mayor concordancia entre el autor y el asunto. Nadie dirá que al estilo de Valbuena no se le hubiese comunicado ampliamente la generosa imprevisión indiana, la opulencia aparatosa y despilfarrada «sin cortedad ni sombra de escaseza»,

Aquel pródigamente darlo todo,
Sin reparar en gastos excesivos,
Las perlas, oro, plata y seda á rodo.

El buen gusto encuentra mucho que reparar en esas interminables enumeraciones, y murmura por lo bajo que en poesía la acumulación no es sinónimo de positiva riqueza; pero el oído queda halagado y los ojos se deslumbran; que al fin españoles somos, y á

tal profusión de luz y á tal estrépito de palabras sonoras no hay entre nosotros quien resista:

Es la ciudad más rica y opulenta,
De más contratación y más tesoro,
Que el Norte enfría, ni que el sol calienta.
La plata del Perú, de Chile el oro,
Viene á parar aquí: de Terrenate
Clavo fino y canela de Tidoro:
De Cambray telas, de Quinsay rescate,
De Sicilia coral, de Siria nardo,
De Arabia inciensos y de Ormuz granate.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
La fina loza del Sangley medroso,
Las ricas mantas de los Scítios Caspes,
Del Troglodita el cínamo oloroso:
Ámbar del Malabar, perlas de Hidaspes,
Drogas de Egipto, de Pancaya olores,
De Persia alfombras y de Etolia jaspes:
De la gran China sedas de colores (1),
Piedra Bezar de los incultos Andes,
De Roma estampas, de Milán primores.

Pero no siempre corre tan desatada y viciosa la musa de Valbuena. Tales recursos había en su ingenio, que le hacen evitar la monotonía de la enumeración y dar suave reposo al espíritu, cuando pudiera sentirse fatigado de pompa y brillantez tan continuas. Entonces el raudal de su vena, contenido y restañado por el buen gusto, se convierte en dulce remanso donde los ojos se recrean apaciblemente contemplando lo limpio del fondo y lo transparente de las aguas. ¡Qué delicioso principio, por ejemplo, el del capítulo IV!

¿Qué oficio tan sutil ha ejercitado,
Flamenco rubio, de primores lleno,
En templadas estufas retirado,
Á quien los hielos del nevado Reno,
En la imaginación dan con su frío
Un cierto modo á obrar dispuesto y bueno.....

(1) Para que no se tengan por excesivamente hiperbólicas estas descripciones, téngase en cuenta que después del descubrimiento de las Islas Filipinas México llegó á ser uno de los principales depósitos del comercio del Extremo Oriente.

Y en todo lo restante de este canto, dedicado en gran parte á la industria, ¿no se ve apuntar aquel mismo género de primor y artificio sabio de dicción que constituye la principal gloria de D. Andrés Bello?

El oro hilado que con las voltarias
Hebras que el aire alumbran entretienen
Mil bellas manos y horas solitarias.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Y entre este resonante aire movible (1)
No falta sutil lima que reduce
El duro acero á término invisible,
Y en finas puntas aceradas luce
De sutiles agujas que el desnudo
Aljófar hacen que por ellas cruce.

Digno remate y coronación de tan gallardo poema es el epílogo en que contemplando á España en la cumbre de la prosperidad y de la grandeza antes que se notasen las primeras señales de decadencia, exclama el autor con acentos verdaderamente épicos y dignos de tal materia:

Oh España valerosa, coronada
Por monarca del Viejo y Nuevo Mundo,
De aquél temida, déste tributada.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Pues desde que amanece el rubio Apolo
En su carro de fuego, á cuya llama
Huye el frío dragón, revuelto al polo,
Al mismo paso que su luz derrama,
Halla un mundo sembrado de blasones,
Bordados todos de española fama.
Mira en los orientales escuadrones
De la India, el Malabar, Japón y China
Tremolar victoriosos tus pendones,
Y que el agua espumosa y cristalina
Del Indo y Ganges tus caballos beben,
Y el monte Imavo á tu altivez se inclina.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Y á tu espalda, en las selvas de Tidoro,
De flores de canela coronada,
Arrodillado ante tu cruz el moro.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

(1) El de la fragua.

Tus católicos hijos belicosos
En sus atrevimientos descubrieron
Que era bastante á sujetar su espada
Más mundo que otros entender supieron.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados
Los que á tu Monarquía han dado priesa,
Y á tu triunfo mil reyes destronados!
Traes al Albis rendido, á Francia presa,
Humilde al Pó, pacífico al Toscano,
Túnez en freno, y África en empresa:
Aquí te huye un príncipe otomano,
Allí rinde su armada á la vislumbre
De la desnuda espada de tu mano.
Ya das ley á Milán, ya á Flandes lumbre,
Ya el Imperio defiendes y eternizas,
Ó la Iglesia sustentas en su cumbre.
El mundo que gobiernas y autorizas
Te alabe, patria dulce, y á tus playas
Mi humilde cuerpo vuelva ó sus cenizas.

De este modo, la glorificación de México y la apoteosis de España se confunden en los cantos del poeta, como el amor á sus dos patrias era uno solo en su alma. Por eso es á un tiempo el verdadero patriarca de la poesía americana, y, á despecho de los necios pedantes de otros tiempos, uno de los más grandes poetas castellanos. La Academia Española, que ya procuró levantarle modesto monumento con la edición de algunas de sus obras en 1821, se complace hoy en renovar su memoria, igualmente grata y gloriosa en ambos mundos.

El nombre de D. Juan Ruiz de Alarcón viene aquí naturalmente á los puntos de la pluma, no por semejanza poética con Valbuena, puesto que no hay dos ingenios más diversos así en el género que cultivaron como en el temple de su estilo y calidad de gusto, sino por cierto contraste en su fortuna literaria y en la respectiva significación que alcanzan dentro del cuadro de la literatura española. Fueron contemporáneos, y quizá se conocieron en las aulas ó en los saraos literarios de México; pero su vida siguió rumbos tan opuestos, que al paso que Valbuena puede ser calificado de español-americano ó americanizado, de cuyo nombre é influencia es

imposible prescindir en cualquiera historia de la poesía del Nuevo Continente, Ruiz de Alarcón ha de ser tenido por un americano españolizado, que sólo por su nacimiento y su grado de licenciado puede figurar en los anales de México. Toda su actividad literaria se desarrolló en la Península: son rarísimas en él las alusiones ó reminiscencias á su país natal: de una sola comedia suya, *El semejante á sí mismo*, se puede creer ó inferir con verisimilitud que fuese compuesta en América. La poesía dramática, campo único de sus triunfos y de sus inmerecidos reveses, era planta cortesana que no podía prosperar en una remota colonia. Buscó, pues, Alarcón el centro en que la multitud dispensaba los favores de la escena, y fué tan ingenio de esta corte como los madrileños Lope, Tirso, Calderón y Moreto ó el toledano Rojas. Fenecido el grupo de Valencia, que casi pertenece al período de los orígenes, no queda en España más que un teatro nacional, y á él se amoldan hasta los vates que proceden de escuelas líricas tan enérgicamente caracterizadas como las de Andalucía, y los que ni siquiera tenían por lengua materna la castellana, como los portugueses.

Varias razones nos inducen á prescindir de Alarcón en este estudio. Es la primera la total ausencia de color americano que se advierte en sus producciones, de tal modo, que si no supiéramos su patria, nos sería imposible adivinarla por medio de ellas. Es la segunda su propia grandeza y perfección como dramático, la cual le hace salirse del marco de la poesía colonial, que resulta exiguo y desproporcionado para tal figura. Añádase á esto que no cultivó nunca la poesía lírica sino en pocos é infelicísimos versos de circunstancias, ó arrancados por la amistad para preliminares de libros. Y es la última razón, y no la menos valedera, el que Alarcón está ya definitiva y magistralmente juzgado por Hartzenbusch y por D. Luis Fernández-Guerra (1). Gracias á ellos, nadie le niega ni le

(1) Hartzenbusch, *Caracteres distintivos de las obras dramáticas de D. Juan Ruiz de Alarcón* (discurso preliminar á su edición de las *Comedias* de Alarcón, tomo XX de la *Biblioteca de AA. Españoles*). Fernández-Guerra, *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Madrid, 1871. Véanse también los estudios de D. Isaac Núñez Arenas que acompañan á la edición selecta del *Teatro de Alarcón* hecha por nuestra Academia en 1867.

disputa la palma de la comedia moral entre nosotros, sin que por eso ceda el paso a otro alguno ni en la novela dramatica de *El Tejedor de Segovia*, ni en la alta inspiración religiosa de *El Anticristo*, ni en la noble y felicísima expresión de los afectos caballerescos, donde pone siempre algo más humano, mas íntimo y menos convencional que otros grandes poetas de su tiempo. Pero su gloria principal sera siempre la de haber sido el clasico de un teatro romántico sin quebrantar la fórmula de aquel teatro ni amenguar los derechos de la imaginación en aras de una preceptiva estrecha ó de un dogmatismo ético; la de haber encontrado por instinto ó por estudio aquel punto cuasi imperceptible en que la emoción moral llega á ser fuente de emoción estética, y sin aparato pedagógico, á la vez que conmueve el alma y enciende la fantasía, adoctrina el entendimiento como en escuela de virtud, generosidad y cortesía. Fué, pues, Alarcón poeta moralista, con moral de caballeros, única que el auditorio de su tiempo hubiera sufrido en el teatro, y así abrió en el arte su propio surco, no muy ancho, pero sí muy hondo. Su estatua queda colocada para siempre donde la puso Hartzenbusch, «en el templo de Menandro y Terencio, precediendo a Corneille y anunciando á Molière».

Trabajo cuesta descender de tales alturas para contemplar el estado nada lisonjero de la poesía mexicana durante la mayor parte del siglo XVII. Pero no nacen todos los días Alarcones y Valbuenas, y por otra parte, las dos epidemias literarias del culteranismo y del conceptismo comenzaban á esparcir su letal influjo en las colonias como en la metrópoli, con la circunstancia además de no ser en México Góngoras ni Quevedos, ni siquiera Villamedianas y Melos, los representantes de la decadencia, sino ingenios adocenados y de corto vuelo, con una sola pero gloriosísima excepción, la de una gran mujer que en ocasiones demostró tener alma de gran poeta, a despecho de las sombras y desigualdades de su gusto, que era el gusto de su época.

No era posible, sin embargo, que en un día desapareciesen las buenas tradiciones literarias que, por sucesión apenas interrumpida, venían transmitiéndose desde Cetina, Salazar, Juan de la Cueva y Mateo Alemán, hasta Luis de Belmonte, que en México escribió su

poema de *San Ignacio* (1) y Diego Mexía, que en largo y penoso viaje de tres meses por el interior de Nueva España, tradujo las *Heroídas de Ovidio*, en un ejemplar que, «para matalotaje del espíritu», había comprado á un estudiante de Sonsonate (2). Todavía proseguía siendo México la metrópoli literaria del mundo americano, afamada entre todas sus ciudades por la doctrina de sus escuelas, por la cultura de sus moradores y por la gala y primor con que se hablaba nuestra lengua, conforme declaró Bernardo de Valbuena:

Es ciudad de notable policía,
Y donde se habla el español lenguaje
Más puro y con mayor cortesanía:
Vestido de un bellísimo ropaje
Que le da propiedad, gracia, agudeza,
En corto, limpio, liso y grave traje (3).

Los certámenes menudeaban y había plaga de poetas, ó mejor dicho, de versificadores, latinos y castellanos (4). Más de ciento,

(1) *Vida del Padre Maestro Ignacio de Loyola, fundador de la Compañia de Jesus. Dirigida a sus Religiosos de la provincia de la Nueva España. Por Luys de Belmonte Bermudez, 1609. Con privilegio por ocho años. En Mexico. En la Enprenta de Geronimo Balli. Por Cornelio Adriano Cesar.* 8.° 256 hs.

De este rarísimo poema en quintillas dobles, y en diez libros, poseyó un ejemplar el Marqués de Jerez de los Caballeros.

(2) Volveremos á hablar de Diego Mexía y de su *Parnaso Antártico* al tratar de los primeros poetas del Perú.

(3) *Grandeza Mexicana*, epílogo.

(4) Como muestra de este género de literatura citaremos un par de piezas de las más raras.

—*Floresta latina culta en honra y alabança de dos bellissimas plantas y santissimas Virgines Lucia y Petronila. Por unos aficionados suyos. En Mexico. En la Imprenta del Bachiller Juan de Alcaçar. Año de 1623.* (Biblioteca del Duque de T'Serclaes en Sevilla).

La mayor parte de los versos de esta coleccioncita son latinos. Entre los castellanos hay tres «Eglogas pastoriles en las quales se representa el valiente amor con que Lucia se quita los ojos: hablando Christo con la Santa en nombre de varios pastores y pastoras, la primera por Juan de Villanueva, la segunda por D. Baltasar Rodríguez, la tercera por Diego de la Fuentes.

—*Obediencia que Mexico cabeça de la Nueva España dio a la Magestad Catholica del Rey Don Philipe IIII de Austria N. S. alçando pendones de Vassa-*

pertenecientes á esta época, se encuentran citados en el vasto trabajo bibliográfico de Beristain (1), y debió de haber muchos más si se considera que sólo á los certámenes de la Inmaculada, publicados por Sigüenza y Góngora con el título de *Triunfo Parthéni-*

*llage en su Real Nombre. Con un discurso en verso del Estado de la misma Ciudad, desde su Fundacion, Imperio y Conquista, hasta el mayor Crecimiento y Grandeza en que oy está..... Dirigido a dicho Cabildo Iusticia y Regimiento de la misma Ciudad. Año 1623. Por Arias de Villalobos Presbytero, a quien se cometio esta Relacion..... Con licencia, en México, en la Imprenta de Diego Garrido.*

El único ejemplar conocido de esta Relación es el de la Biblioteca del Colegio del Estado de Puebla (Núm. 358 de la bibliografía de Medina).

El bachiller Arias de Villalobos, autor del poema descriptivo de la ciudad de México, era natural de Jerez de los Caballeros en Extremadura.

Sólo por referencia de Beristain, á quien copian los bibliógrafos posteriores, sabemos de una obrita en prosa y verso, que corresponde también á los primeros años del siglo XVII, y debe de ser curiosa:

—*Los Sirgueros de la Virgen sin original peccado..... Por el Bachiller Francisco Bramon Consiliario de la Real Universidad de Mexico..... En Mexico. Con licencia. Año 1620.* 8.° 161 hs.

Según Beristain, cuya crítica no es mucho de fiar, tiene algún parecido con la *Galatea* de Cervantes.

(1) *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, ó Catálogo y noticias de los literatos que, ó nacidos ó educados ó florecientes en la América Septentrional Española, han dado á luz algún escrito, ó lo han dejado preparado para la prensa. La escribía el Dr. D. José Mariano Beristain de Souza..... Deán de la Metropolitana de México. Año de 1816.* El tercer tomo se publicó en 1821. Comprende, como se ve, todo el período colonial, y bajo el nombre de *América Septentrional* incluye también algunos escritores de las Antillas y de la América Central: en todo, más de cuatro mil artículos. Beristain escribía mal, no tenía buen gusto, y describe muy imperfectamente los libros, sin ninguno de los perfiles que ahora se exigen; pero su obra es un estimable tesoro de noticias, porque alcanzó en su integridad los archivos y las bibliotecas de México, y da noticia de muchas obras que después se han perdido. La suya es una de las más raras que hay en bibliografía. Por eso ha hecho señaladísimo servicio en reimprimirla el bachiller D. Fortino Hipólito de Vera, en Amecameca, 1883, siendo sólo de lamentar que la mísera calidad del papel y de los tipos no corresponda al mérito de la obra.

Debe añadirse á estos tres tomos como indispensable complemento el 4.° de *Anónimos* que Beristain dejó inédito, y ha sido publicado por D. José Toribio Medina en Santiago de Chile, 1897. Contiene además otras adiciones y correcciones del mismo Beristain, del Dr. Osores y de otras personas, siendo

*co* (1) concurrieron más de cincuenta aspirantes. A los eruditos del país corresponde la tarea de entresacar de todo ese fárrago lo que pueda tener algún valor relativo, ya como poesía, ya como documento histórico (2). Para nuestro objeto, la poesía mexicana del si-

de especial interés para nuestro asunto el catálogo de los ingenios que concurrieron á los certámenes literarios celebrados en Nueva España, y el índice de los anónimos poéticos, que comprende 70 números.

Hay también un precioso tomito de *Adiciones y correcciones á la Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, que dejó inéditas D. José Fernando Ramírez, impresas por D. Victoriano Agüeros y D. Nicolás León (México, 1898).

Mucho antes que Beristain, había acometido la misma empresa D. Juan José de Eguiara y Eguren, maestrescuela de la Catedral de México, y obispo electo de Yucatán. Pero no llegó á publicar más que el primer tomo, comprensivo de las tres primeras letras. Este libro, casi tan raro como el de Beristain, aunque de menos precio en el mercado, se titula *Bibliotheca Mexicana, sive eruditorum historia virorum qui in America Boreali nati vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studiis adsciti, quavis lingua scripto aliquid tradiderunt..... Mexici: nova Typographia in ædibus Authoris editioni ejusdem Bibliothecæ destinata. Anno Domini, 1755.*

Sobre lo mucho que falta y sobra en estas Bibliotecas, véase un discurso de García Icazbalceta en el tomo I de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 351-370).

Eguiara tiene todos los defectos de Beristain, con más el gravísimo de haber traducido al latín los títulos de los libros castellanos, y esto de un modo tan libre y revesado, que á veces cuesta mucho identificarlos. Los *Anteloquios* de su Biblioteca vienen á ser una historia panegírica de la cultura mexicana, y contienen datos curiosos.

(1) *Triumpho parthenico que en glorias de Maria Santissima inmaculadamente concebida, celebró la Pontificia, Imperial y Regia Academia Mexicana en el Biennio que como su Rector la governó el Doctor Don Juan de Narvaez, Tesorero general de la Santa Cruzada en el Arçobispado de Mexico, y al presente Cathedratico de Prima de Sagrada Escritura. Describelo D. Carlos de Siguenza y Gongora Mexicano y en ella Cathedratico propietario de Mathematicas. En Mexico, por Juan de Ribera*, 1683.

(2) Sobre la bibliografía del siglo XVII existen dos obras fundamentales, la del Sr. Andrade ya mencionada, y *La Imprenta en México* de D. José Toribio Medina (Santiago de Chile, impreso en casa del Autor, 1907-1908, folio. Sólo conocemos los tomos 2.°, 3.° y 4.°, que alcanzan desde 1601 hasta 1744.

El tomo 1.°, que debe comprender el siglo XVI, no ha aparecido aún, aunque la numeración de los artículos del 2.°, que principia con el 201, presupone su existencia.

glo XVII se reduce á un solo nombre, que vale por muchos: el de sor Juana Inés de la Cruz. Es cierto que en una historia detallada no podría prescindirse de algunos versificadores gongorinos que demostraron cierto ingenio, como el jesuíta Matias de Bocanegra, autor de una *Canción alegórica al desengaño*, que se hizo muy popular y fué glosada por muchos poetas, obra no despreciable, así por la fluidez de los versos como por la delicadeza del sentido místico (1). Vale mucho menos como poeta, y es de los más lóbregos y

(1) *Cancion famosa por el M. R. Padre Mattias de Bocanegra, de la Sagrada Compañia de Jesus. Con las licencias necesarias. Impressa en Mexico, en la Imprenta de la Biblioteca Mexicana. Año de 1755*..... Comienza:

Una tarde en que el Mayo
De competencias quiso hacer ensayo.....

Ignoramos la fecha de la primera edición. Beristain, Andrade y Medina registran otras obras suyas impresas entre 1640 y 1648, entre ellas el *Theatro gerarchico de la luz, Pyra Christiano polytica del govierno que la..... Ciudad de Mexico erigió en la Real Portada que dedicó al Excmo. Sr. D. Garcia Sarmiento de Sotomayor y Luna, Conde de Salvatierra, Marqués de Sobroso..... en su feliz venida por Virrey, Governador y Capitan general de esta Nueva España.* (México, en la imprenta de Juan Ruyz, 1642).

La *Cancion famosa* conservaba todavía su popularidad á fines del siglo XVIII, y fué tema de competencia entre varios ingenios mexicanos. Hay una reimpresión hecha en la Puebla de los Angeles en 1775 y otra en México en 1782. A imitación suya se compusieron otras, siendo, al parecer, la más antigua, la de D. Bartolomé Fernández Talón, citada por Eguiara y Beristain, pero que no han llegado á ver Andrade ni Medina.

—*Cancion moral en que de la belleza efímera de la rosa se sacan documentos floridos para despreciar la humana belleza de las mugeres..... Mexico, por la Viuda de Bernardo Calderon, 1652*. 4.°

Existen, además, las siguientes y quizá alguna otra.

—*Cancion famosa á un desengaño, por el P. Juan de Arriola, Ingenio mexicano*. México, 1755 y 1767, Puebla de los Angeles, 1776.

Inc.

Una apacible tarde
En que hizo Abril de su matiz alarde,
Copiando sus pinceles
En tabla de esmeralda los claveles,
Para ir equivocando
Al soplo lento del Favonio blando,

entenebrecidos de la escuela, un varón de los más ilustres que ha producido México, y cuyo nombre es imposible omitir aquí, no por su *Triunfo Parthénico*, ni por su poema sacro-histórico de la Vir-

Por la playa feliz de sus arenas,
Roxo carmin con blancas azucenas.....

—*Romance de D. Francisco Joseph de Soria Americano.* Reimpreso en la Puebla de los Angeles, 1776.

No es tal romance, sino una silva.

Inc.

Una alegre mañana
En que el florido Abril con pompa vana
Del Imperio de Flora
Entregó al Mayo la primera Aurora.....

—*Cancion á la vista de un desengaño, compuesta por D. Manuel Antonio Valdés y Munguía, Ingenio americano.* Reimpresa en la Puebla de los Angeles, 1776.

Inc.

Una alegre mañana
En que la diosa Flora toda ufana
Bordaba con primores,
En campaña de mirtos y de flores.....

—*Famosa cancion á un desengaño.* Anónima. Reimpresa en la Puebla de los Angeles, 1776.

Inc.

Una noche sombría,
Funesta emulación del claro día,
Cuando Anfitrite hermosa,
En palacios de espuma bulliciosa,
Duerme al compás de roncos caracoles.....

—*Cancion á un desengaño. Escrita por Joseph Manuel Colon Machado.* Reimpresa en la Puebla de los Angeles, 1777.

Inc.

Una alegre mañana
Que en campos de carmin, de nieve y grana
Festejaban felices
El diverso color de sus matices.....

—*Cancion famosa á la vista feliz de un desengaño. Escrita por D. Thomas Cayetano de Ochoa y Arin, originario de la Corte de Mexico.* Reimpresa en la Puebla de los Angeles, 1777.

Inc.

Una tarde apacible
Que parecía imposible

gen de Guadalupe, que tituló *Primavera Indiana* (1), sino por sus escritos en prosa, los cuales bastan y sobran para comprender á qué grado de cultura científica habían llegado algunos escritores hispano-americanos de fines del siglo XVII, es decir, de la época mas desdeñada y peor reputada, no sólo en la historia de la literatura colonial, sino en la general historia de España. Sigüenza y Góngora, que tiene alguna semejanza con su contemporáneo el peruano Peralta Barnuevo, abarcó en el círculo de sus estudios casi todos los conocimientos humanos, dedicándose con particular asiduidad á las matemáticas, á la filosofía y á la historia. Formó un museo de antigüedades mexicanas, hizo especiales estudios sobre el calendario azteca para encontrar base segura en la cronología de aquellos pueblos, dirigió una expedición hidrográfica en el Seno Mexicano, impugnó las supersticiones astrológicas en su *Manifiesto filosófico contra los cometas* (1681) y en la *Libra astronómica y filosófica* (1690), y, finalmente, en un libro al cual dió, con la falta de gusto propia de su tiempo, el extravagante título de *El Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica*, vulgarizó los más sólidos principios astronómicos, exponiendo la materia de paralajes y refracciones, y la teoría de los movimientos de los cometas, ya según la doctrina de Copérnico, ya según la hipótesis de los vórtices cartesianos. La aparición de tal hombre en los días de Carlos II,

Dejar de competir en sus pensiles
Ejércitos de Mayos y de Abriles.....

Según Beristain, todas estas piezas tuvieron varias reimpresiones en México y en Puebla.

Vid. *La Imprenta en la Puebla de los Angeles* (1640-1821) por J. T. Medina. Santiago de Chile, Imp. Cervantes, 1908. Núms. 934, 949, 953, 970, 976, 998.

(1) *Primavera Indiana, Poema sacro-historico, idea de Maria Santissima de Guadalvpe, copiada de Flores. Escrivialo D. Carlos de Siguenza y Gongora... En Mexico. Por la Viuda de Bernardo Calderon. Año de 1668.* 8.º

Es un canto en setenta y nueve octavas reales.

Pueden verse algunas muestras, que quitan las ganas de leer lo demás, en la copiosa bibliografía del Bachiller D. Fortino Hipólito Vera, vicario de Amecameca, *Tesoro Guadalupano, noticia de los libros, documentos, inscripciones*, etc., *que tratan, mencionan ó aluden á la aparición y devoción de Nuestra Señora de Guadalupe* (Amecameca, 1889), tomo II, págs. 168-173.

basta para honrar á una Universidad y á un país, y prueba que no eran tan espesas las tinieblas de ignorancia en que teníamos envueltas nuestras colonias, ni tan despótico el predominio de la teología en las escuelas que por allá fundamos.

Lo que había realmente era muy mal gusto literario y mucha afición á ridículos esfuerzos de gimnasia intelectual. Un religioso mercenario, Fr. Juan de Valencia, de quien cuentan que se había aprendido de memoria el *Calepino*, escribió una *Teresiada* ó poema latino acerca de Santa Teresa en 350 dísticos *retrógrados*, es decir, que se pueden leer al revés. Otros se dedicaban á hacer centones de las obras de Góngora, sacando los versos de su lugar para componer con ellos nuevos poemas; así lo hizo el licenciado Francisco Ayerra y Santa María, oriundo de Puerto Rico, á quien llama don Carlos de Sigüenza «erudita enciclopedia de las floridas letras» (1). Góngora había pasado á la categoría de clásico, y los poemas de su última y depravada manera se leían y comentaban en las escuelas al igual de los de Homero y Virgilio. Cuenta D. Juan de Vera Tassis, en la biografía de su amigo el ingenioso y malogrado poeta D. Agustín de Salazar y Torres (natural de Almazán, pero educado en México desde los cinco años), que en unos exámenes públicos, celebrados en el Colegio de la Compañía de Jesús, recitó de memoria las *Soledades* y el *Polifemo*, «comentando los más obscuros lugares, desatando las más intrincadas dudas, y respondiendo á los más sutiles argumentos que le proponían los que muchos años se habían ejercitado en su inteligencia y lectura». Nutrido con tal leche literaria, todavía es de admirar que el buen instinto de Salazar y Torres le salvase alguna que otra vez, como en su linda

(1) Hubo también centones virgilianos, como el del Licenciado Riofrío en alabanza de la Virgen de Guadalupe:

*Centonicum Virgilianum monumentum mirabilis apparitionis Purissimae Virginis Mariae de Guadalupe extramuros civitatis Mexicanae: authore Licenciato D. Bernardo de Riofrío Michoacanensis Ecclesiae Canonico Doctorali..... Mexici, apud Viduam Bernardi Calderon. Anno 1680.*

Otros poemas latinos y vulgares relativos á la aparición de la célebre imagen, pueden encontrarse descritos en el *Tesoro Guadalupano*, que ha compilado con tanta diligencia el bachiller Vera.

comedia *El Encanto es la hermosura*, que mereció ser atribuída á Tirso, y en sus versos de donaire, especialmente en el poemita *Las Estaciones del día* (1).

Los títulos mismos de los poemas y de las oraciones que entonces se escribían arredran desde luego al que se atreve á penetrar en aquellas tinieblas. *Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Jericó y acción gratulatoria por su plausible Plantación dichosa* (1697); *Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elías Carmelitano* (1717), son títulos de libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro. Un portero de la Audiencia de México, Felipe de Santoyo, compuso un poema de Santa Isabel, á quien llama en la portada «mística Cibeles de la Iglesia» (1681). Hízose célebre un soneto de D. Luis Sandoval y Zapata á la Virgen de Guadalupe, en metáfora del fénix mitológico, el cual soneto comenzaba:

El astro de los Pájaros espira,
Aquella alada eternidad del viento;
Y entre la exhalación del movimiento
Víctima arde olorosa de la Pyra.....

Este autor había escrito *Panegirico de la Paciencia*, como previendo la mucha que se necesitaba para leer sus versos (2). *La Elocuencia del Silencio*, título de un poema gongorino de principios del siglo XVIII en loor de San Juan Nepomuceno, es la que hubiera convenido á la mayor parte de estos ingenios, comenzando por el pro-

(1) Beristain cita un opúsculo suyo impreso en Nueva España: *Descripcion de la entrada pública en México del Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.* Por D. Agustín de Salazar y Torres. México, por Hipólito de Ribera, 1653. 4.°

(2) *Panegirico de la Paciencia donde se libaron las flores estudiosamente escogidas para la vida espiritual, en la erudicion de las Divinas letras, Santos Padres, y Interpretes. Lo escrivia D. Luis de Sandoval Zapata..... 1645. En Mexico, por la Viuda de Bernardo Calderon.*

«Sandoval era dueño de una hacienda ó ingenio de azúcar; y atendiendo á esto y á su talento, y también á su genio y carácter pródigo, dijo un discreto: «Que de dos grandes ingenios que Dios le había dado, el uno le había hecho rico, y el otro le había reducido con su familia á la mayor pobreza» (Beristain).

pio autor del libro, el abogado de la Real Audiencia de México, D. Miguel de Reina Ceballos.

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz, y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y extraordinario. No porque esté libre del mal gusto, que tal prodigio fuera de todo punto increíble, sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa, aunque no muy selecta, doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en tiempos mejores, sino que dieron á algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Pocas son, á la verdad, las que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus *obras*, y aun éstas mismas no se encuentran exentas de rasgos enfáticos, alambicados ó conceptuosos; pero así y todo muy interesante volumen podría formarse con dos docenas de poesías líricas, algún auto sacramental como *El Divino Narciso* (1), la linda comedia de *Los Empeños de una casa*, y la carta al Obispo de Puebla, que sería admirable si se la aligerase de algunos textos y erudiciones extemporáneas (2). Con esto quedaría en su punto el crédito de la *Décima Musa Mexicana*, y prevalecería el alto juicio que de ella formó el P. Feijóo con-

(1) *Auto sacramental del Divino Narciso, por alegorias. Compvesto por el singular numen y nunca dignamente alabado ingenio, claridad y propriedad de frase Castellana de la Madre Juana Ines de la Cruz, religiosa profesa en el Monasrio del Señor San Geronimo de la Imperial Ciudad de Mexico. A instancia de la Excellentissima Señora Condesa de Paredes, Marquesa de la Laguna, Virreyna desta Nueva España, singular Patrona, y aficionada de la Madre Jvana, para llevarlo a la Corte de Madrid, para que se representasse en ella. Sacalo a luz publica el Doctor Don Ambrosio de Lima, que lo fue de Camara de su Excellencia, y pudo lograr una copia..... En la Imprenta de la Viuda de Bernardo Calderon. Año de 1690* 4.°

(2) *Carta athenagorica de la Madre Jvana Ines de la Cruz religiosa profesa de velo y Choro en el muy Religioso Convento de San Geronimo de la Ciudad de Mexico cabeca de la Nueba España. Que imprime y dedica a la misma Sor Phylotea de la Cruz su estudiossa aficionada en el Convento de la Santissima Trinidad de la Puebla de los Angeles. En la Imprenta de Diego Fernandez de Leon. Año de 1690.* 4.°

tra la rigurosa sentencia con que, llevado de su rigorismo clásico, declaró D. Juan Nicasio Gallego (1), que «sus obras atestadas de extravagancias yacían en el polvo de las bibliotecas desde la restauración del gusto».

No parece gran elogio para sor Juana declararla superior á todos los poetas del reinado de Carlos II, época ciertamente infelicísima para las letras amenas, aunque no lo fuera tanto, ni con mucho, para otros ramos de nuestra cultura. Pero valga por lo que valiere, nadie puede negarle esa palma en lo lírico, así como á Bances Candamo hay que otorgársela entre los dramáticos, y á Solís entre los prosistas. No se juzgue á sor Juana por sus símbolos y jeroglíficos, por su *Neptuno alegórico* (2), por sus ensaladas y villancicos (3),

(1) En el prólogo á las Poesías de la Avellaneda.

(2) *Neptuno alegorico, oceano de colores, simulacro politico, que erigio la muy esclarecida, sacra y augusta Iglesia Metropolitana de Mexico, en las lucidas alegoricas Ideas de un Arco Triunphal, que consagró obsequiosa y dedicó amante a la feliz entrada de el Excmo. Señor D. Thomas Antonio Lorenço Manuel de la Cerda, Manrique de Lara, Enriquez Afan de Ribera, Portocarrero y Cardenas: Conde de Paredes, Marques de la Laguna, de la Orden y Cavalleria de Alcantara, Comendador de la Moraleja, del Consejo y Camara de Indias, y Junta de Guerra, Virrey Governador y Capitan general de esta Nueva España y Presidente de la Real Audiencia, que en ella reside, etc. Que hizo la madre Iuana Ines de la Cruz, Religiosa del Convento de S. Geronimo de esta ciudad. Con licencia. En Mexico, por Juan de Ribera en el Empedradillo.*

4.° 27 hojas de texto. terminadas por un romance octosílabo con la explicación del arco.

(N. 736 de Andrade, 1203 de Medina).

Apunto esta rarísima edición por haber sido ignorada de los bibliógrafos españoles, y lo mismo hago con otras que se encuentran en el mismo caso.

(3) Antes de coleccionarse sus obras se habían impreso sueltos los siguientes, y quizá algunos más:

—*Villancicos que se cantaron en la Santa Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles, en los Maytines solemnes de la Purissima Concepcion de Nuestra Señora, este año de 1689. Y los escribia para dicha Santa Iglesia la Madre Juana Inés de la Cruz Religioso Professa del Convento de San Geronimo de Mexico. Puestos en metro mvsico por el Licenciado D. Miguel Matheo Dallo y Lana, Maestro de Capilla de dicha Santa Iglesia. Con Licencia, en la Puebla, por Diego Fernandez de Leon. Año 1689.* 4.°

Hay tres ediciones del mismo año y de la misma imprenta, que pueden

por sus versos latinos rimados, por los innumerables rasgos de poesía trivial y casera de que están llenos los romances y décimas con que amenizaba los saraos de los virreyes Marqués de Mancera y Conde de Paredes. Todo esto no es más que un curioso docu-

verse con los números 114, 115 y 116, en el libro de Medina, *La Imprenta en la Puebla de los Angeles* (1640-1821) *por J. T. Medina. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1898.* Comprende 1.928 títulos.

Medina supone que dos de estas reimpresiones son peninsulares.

—*Villancicos con que se solemnizan en la Santa Iglesia Cathedral de la Ciudad de la Puebla de los Angeles, los Maytines del gloriosissimo Patriarcha Señor San Joseph, este año de 1690. Dotados por el reverente afecto, y cordial de vn indigno Esclavo deste felicissimo Esposo de Maria Santissima, y Padre adoptivo de Christo Señor nuestro. Discurriolos la erudicion sin segunda, y siempre acertado entendimiento de la Madre Juana Ines de la Cruz, Religiosa Professa de Velo y Coro, y Contadora en el muy Religioso Convento del Maximo Doctor de la Iglesia San Geronimo, de la Inperial Ciudad de Mexico, en glorioso obsequio del Santissimo Patriarca a quien los dedica. Puestos en metro musico por el Licenciado D. Miguel Mateo Dallo y Lana, Maestro de Capilla de dicha Santa Iglesia. Con licencia: En la Puebla, en la oficina de Diego Fernandez de Leon. Año 1690.* 4.°

Núm. 130 de Medina, el cual opina que esta edición es contrahecha en Madrid, pero que debe de existir la original.

— *Villancicos con que se solemnizaron en la Santa Iglesia, y primera Cathedral de la ciudad de Antequera, valle de Oaxaca, los Maytines de la Gloriosa Martyr Santa Catharina este año de mil seiscientos y noventa y uno. Dotados por el reverente afecto y cordial devocion de el Doctor Don Iacinto de Ladehesa Verastegui, Chantre de la Santa Iglesia Cathedral, Comissario Apostolico, y Real Subdelegado de la Santa Cruzada, y assi mismo Comissario de el Santo Oficio de la Inquisicion y su Qualificador. Discurriolos la erudicion sin segunda, y admirable entendimiento de la Madre Juana Ines de la Cruz, Religiossa professa de Velo y Choro de el Religioso Convento de el Señor San Geronimo de la Ciudad de Mexico, en obsequio de esta Rossa Alexandrina. Pusolos en metro musico el Licenciado Don Matteo Vallados, Maestro de Capilla, dedicalos dicho señor Chantre y Comissario a el M. R. P. Maestro Fr. Francisco de Reyna, Provincial actual de la Provincia de San Hypolito, Martyr de dicha Ciudad de Oaxaca. Con licencia, en la Puebla de los Angeles. En la Imprenta de Diego Fernandez de Leon. Año de 1691.*

Núm. 137 de Medina.

Todos estos villancicos llevan, como se ve, los nombres de los Maestros de Capilla que los pusieron en música, pero no es inverisímil que en otros la

mento para la historia de las costumbres coloniales y un claro testimonio de cómo la tiranía del medio ambiente puede llegar á pervertir las naturalezas más privilegiadas.

Porque la de sor Juana lo fué sin duda, y lo que más interesa

compusiese ella misma, puesto que fué muy perita en aquel arte, y hasta compuso un tratado teórico, del cual habla en un romance bastante pedestre á la Condesa de Paredes:

Y empecé á hacer un tratado,
Para ver si reducía
A mayor facilidad
Las reglas que andan escritas.
En él, si mal no recuerdo,
Me parece que decía
Que es una línea espiral,
No un círculo la armonía.
Y por razón de su forma,
Revuelta sobre sí misma,
La intitulé *Caracol*,
Porque esta revuelta hacía.
Pero esto está tan informe,
Que no sólo es cosa indigna
De vuestras manos, mas juzgo
Que aun le desechan las mías.

A este tratado alude sin duda un panegirista anónimo que parece ser el P. Diego Calleja, de la Compañía de Jesús:

*Nuevos metros* halló, nuevos asuntos,
Nueva resolución á los problemas
Y á la música *nuevos contrapuntos*.

En cuanto á metros nuevos, paréceme que Sor Juana inventó uno solo, más curioso que recomendable. Son unos versos sueltos de diez sílabas, que comienzan siempre por un esdrújulo:

Lámina sirva el Cielo al retrato,
Lísida, de tu angélica forma,
Cálamos forme el Sol de sus luces,
Sílabas las Estrellas compongan.
Cárceles tu madeja fabrica,
Dédalo que sutilmente forma,
Vínculos de dorados Ophires,
Tíbares de prisiones gustosas.....

Los usó en una extraña composición en que «pinta la proporción hermosa de la Excelentísima Señora Condesa de Paredes.» (*Poemas*..... tomo I, ed. de

en sus obras es el rarísimo fenómeno psicológico que ofrece la persona de su autora. Abundan en nuestra literatura los ejemplos de monjas escritoras, y no sólo en asuntos místicos, sino en otros seculares y profanos: casi contemporánea de sor Juana fué la portuguesa Sor Violante do Ceo, que en el talento poético la iguala y quizá la aventaja. Pero el ejemplo de curiosidad científica, universal y avasalladora, que desde sus primeros años dominó á sor Juana, y la hizo atropellar y vencer hasta el fin de sus días cuantos obstáculos le puso delante la preocupación ó la costumbre, sin que fuesen parte á entibiarla, ni ajenas reprensiones, ni escrúpulos propios, ni fervores ascéticos, ni disciplinas y cilicios después que entró en religión, ni el tumulto y pompa de la vida mundana que llevó en su juventud, ni la nube de esperanzas y deseos que arrastraba detrás de sí en la corte virreinal de México, ni el amor humano que tan hondamente parece haber sentido, porque hay acentos en sus versos que no pueden venir de imitación literaria, ni el amor divino, único que finalmente bastó á llenar la inmensa capacidad de su alma; es algo tan nuevo, tan anormal y peregrino, que á no tener sus propias confesiones escritas con tal candor y sencillez, parecería hipérbole desmedida de sus panegiristas. Ella es la que nos cuenta que aprendió á leer á los tres años: que á los seis ó siete, cuando oyó decir que había Universidades y Escuelas en que se aprendían las ciencias, importunaba con ruegos á su madre para que la enviase al Estudio de México en hábito de varón: que aprendió el latín casi por sí propia, sin más base que veinte lecciones que recibió

Barcelona, 1691, págs. 204-206). Acaso si algún vate modernista tropieza con ellos, se anime á imitarlos.

El P. Agustín de Castro, de quien hablaré despues, y que también tuvo aspiraciones de reformar la métrica castellana, había escrito un comentario á esta oda, según dice su biógrafo el P. Maneiro: «Ut patriam poesin, quoad »posset, adjuvaret, cum brevi elogio describeret Joannam Agnetem, sacram »virginem, et famosissimam poetriam in Mexicanis, hispanam odam, quam »illa novo metro cecinit, eruditis annotationibus illustravit, et nitido, ac doc»trina pleno resolvit sermone, in id potissimum intendens, ut mire accu»ratas mensuras accentuum explicaret, quas adhibuit Joanna in eo metro, »quod ipsa primum invenerat». (*De vitis aliquot Mexicanorum*..... Pars tertia, pág. 203).

del bachiller Martín de Olivas. «Y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome ley de que si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza....., que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno.»

En el palacio de la Virreina, donde fué «desgraciada por discreta y perseguida por hermosa», sufrió á los diez y siete años examen público de todas facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y á todos llenó de asombro. Su celda, en el convento de San Jerónimo, fué una especie de Academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero tan continua dedicación al estudio no á todos pareció compatible con el recogimiento de la vida claustral, y hubo una prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto á no tomar libro: en cuanto á no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal.»

Fué mujer hermosísima, al decir de sus contemporáneos, y todavía puede colegirse por los retratos que acompañan á algunas de las primeras ediciones de sus obras, aunque tan ruda y toscamente grabados (1). Fué además mujer vehemente y apasionadísima en

(1) En el Museo Provincial de Toledo existe un retrato de la poetisa, pintado en México en 1772 por Andrés de Isla. Está reproducido en el libro que acaba de publicar D. Amado Nervo. Supongo que este retrato procede de la colección del Cardenal Lorenzana, que tantas curiosidades trajo de América. Lleva una curiosa leyenda que también publica el Sr. Nervo. En México se conserva otro procedente del convento de San Jerónimo, y que acaso haya servido de original al de Toledo.

sus afectos, y sin necesidad de dar asenso á ridículas invenciones románticas ni forjar novela alguna ofensiva á su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y de ser amada mientras vivió en el siglo. Es cierto que no hay más indicio que sus propios versos, pero éstos hablan con tal elocuencia, y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida ó torpemente burlada, tanto más penetrantes cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada y viciosa, que sólo quien no esté acostumbrado á distinguir el legítimo acento de la emoción lírica, podrá creer que se escribieron por pasatiempo de sociedad ó para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos; verdaderas recriminaciones aquellas recriminaciones. Nunca, y menos en una escuela de dicción tan crespa y enmarañada, han podido simularse los efectos que tan limpia y sencillamente se expresan en las siguientes estrofas:

Mas, ¿cuándo, ¡ay, gloria mía!
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
Que pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto.
Y de los míos secarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos delicada,
Y el alma que te adora,
De inundación de gozos anegada,
Á recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
¿Y cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto?
¡Qué tanto ha de penar quien goza tanto!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ven, pues, mi prenda amada,
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía,
Y si de azul avaro,
De tinieblas se emboza el claro día,
Es con su obscuridad y su inclemencia
Imagen de mi vida en esta ausencia.

No era, no, vano ensueño de la mente, ni menos alegoría ó sombra de otro amor más alto, que sólo más tarde invadió el alma de la poetisa, aquella *sombra de su bien esquivo*, á la cual quería detener con tan tiernas quejas:

Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero
Si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho
Si te labra prisión mi fantasía.

Los versos de amor profano de sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer. En los de arte mayor pueden encontrarse resabios de afectación; pero en el admirable romance de la *Ausencia*, que más bien pudiera llamarse de la *Despedida*, y en las redondillas en que describe *los efectos del amor*, todo ó casi todo es espontáneo y salido del alma. Por eso acierta tantas veces sor Juana con la expresión feliz, con la expresión única, que es la verdadera piedra de toque de la sinceridad de la poesía afectiva.

No es menor ésta en sus versos místicos, expresión de un estado muy diverso de su ánimo, nacidos sin duda de aquella reacción enérgica que dos años antes de su muerte llegó á su punto más agudo, moviéndola á vender para los pobres su librería de más de cuatro mil volúmenes, sus instrumentos de música y de ciencia, sus joyas y cuanto tenía en su celda, sin reservarse más que «tres libricos de devoción y muchos cilicios y disciplinas», tras de lo cual

hizo confesión general que duró muchos días, escribió y rubricó con su sangre dos Protestas de fe y una *petición causídica* al Tribunal Divino, y comenzó á atormentar sus carnes tan dura y rigurosamente, que sus superiores tuvieron que irle á la mano en el exceso de sus penitencias, porque «Juana Inés (dice el P. Núñez, confesor suyo) no corría en la virtud, sino volaba.» Su muerte fué corona de su vida: murió en una epidemia, asistiendo á sus hermanas.

Lo más bello de sus poesías espirituales se encuentra, á nuestro juicio, en las canciones que intercala en el auto de *El divino Narciso*, llenas de oportunas imitaciones del *Cantar de los cantares* y de otros lugares de la poesía bíblica. Tan bellas son, y tan limpias, por lo general, de afectación y culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de Fr. Luis de León que de una monja ultramarina cuyos versos se imprimían con el rótulo de *Inundación Castálida.* Tales prodigios obraban en esta humilde religiosa, así como en otras monjas casi contemporáneas suyas (sor Gregoria de Santa Teresa, sor María do Ceo, etc.), la pureza y elevación del sentido espiritual, y un cierto género de tradición literaria sana y de buen gusto, conservada por la lectura de los libros de devoción del siglo anterior. Pero en sor Juana es doblemente de alabar esto, porque á diferencia de otras esposas del Señor, en cuyos oídos rara vez habían resonado los acentos de la poesía profana, y á cuyo sosegado retiro muy difícilmente podía llegar el contagio del mal gusto, ella, por el contrario, vivió siempre en medio de la vida literaria, en comunicación epistolar con doctores y poetas de la Península, de los más enfáticos y pedantes, y en trato diario con los de México, que todavía exageraban las aberraciones de sus modelos. De fijo que todos ellos admiraban mucho más á sor Juana cuando en su fantasía del *Sueño* se ponía á imitar las *Soledades* de Góngora, resultando más inaccesible que su modelo, ó cuando en el *Neptuno alegórico*, *Océano de colores*, *Simulacro político*, apuraba el magín discurriendo emblemas disparatados para los arcos de triunfo con que había de ser festejada la entrada del virrey Conde de Paredes, que cuando en un humilde romance exclamaba con tan luminosa intuición de lo divino:

Para ver los corazones
No has menester asistirlos;
Que para ti son patentes
Las entrañas del abismo.

Así de estos versos sagrados, como de los profanos, ofrecimos en nuestra Antología una pequeña selección, abriendo con ellos el Parnaso mexicano, que nada pierde con estar bajo el amparo de tan simpática patrona. Si nuestra colección se hubiera extendido á la poesía dramática, habríamos dado entrada también á alguna loa, á algún auto sacramental como el de San Hermenegildo, y sobre todo á una interesante y gallarda imitación que hizo de las comedias de capa y espada de Calderón, con el título de *Los Empeños de una casa*. Aun en otra comedia suya, *Amor es más laberinto*, que es notoriamente inferior á ésta, por defecto del argumento mitológico, por vicio de culteranismo, por mala contextura dramática, y sobre todo por estar afeada con un infelicísimo acto segundo, que no es de la monja sino de su colaborador el bachiller D. Juan de Guevara, hay algo que elogiar, muy robusto y calderoniano, así en el relato de Teseo como en el discurso del Embajador de Atenas (1).

(1) Nació sor Juana Inés de la Cruz, de padre vascongado y madre mexicana, en 12 de Noviembre de 1651, y murió en 17 de Abril de 1691. Su nombre en el siglo era D.ª Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana; su nombre poético *Julia*. Sobre el lugar de su nacimiento hay alguna diversidad entre los autores; los más, siguiendo al P. Diego de Calleja (que escribió la primera biografía de sor Juana en la aprobación del tomo tercero de sus *obras)*, la suponen nacida en la alquería de San Miguel de Nepanthla, á doce leguas de México; otros la dicen hija del pueblo de Amecameca, fundados en un soneto de la misma poetisa que acaba así:

Porque eres zancarrón y yo de Meca.

Lo seguro es que en Amecameca fué bautizada, y esto puede concordar los distintos pareceres.

Sus obras, que habían corrido profusamente en copias manuscritas, imprimiéndose sueltos *El Divino Narciso*, *El Neptuno Alegórico*, y varios villancicos, comenzaron á ser coleccionadas en 1689, por D. Juan de Camacho Gayna, bajo los auspicios de la Condesa de Paredes, que había sido virreina de México, y gran protectora de sor Juana. Este primer tomo lleva el retumbante título de *Inundación Castalida de la unica poetisa, musa dezima, sor Juana Inés*

Con sor Juana termina, hasta cronológicamente, la poesía del siglo XVII. La del XVIII se divide naturalmente en dos períodos, así para España como para sus colonias y aun puede decirse que estos

*de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de Mexico; que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, utiles versos para enseñanza, recreo y admiración. En Madrid, por Juan García Infanzon. Año de 1689, 4.º*

Esta primera edición es rara; repitióse el año siguiente con el título más modesto y adecuado de *Poemas.*

El segundo tomo de las obras de sor Juana se publicó en Sevilla, 1691. No hemos visto esta edición, pero tenemos la de Barcelona, 1693, por Joseph Llopis, que conserva la aprobación de la primitiva, y probablemente estará copiada á plana y renglón.

Con ella hace juego el primer tomo reimpreso por el mismo Llopis en 1691.

El tomo tercero no se imprimió hasta 1700, con el título de *Fama y obras posthumas del Fenix de México, decima musa, poetisa americana, sor Juana Inés de la Cruz. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año de 1700.*

Publicó este libro D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, capellán de honor de S. M. y Prebendado que había sido de la Metropolitana de México, hombre de gusto pedantesco y depravado, que tituló uno de sus sermones acerca de la Inmaculada Concepción, *Abraham Academico en el Racional Iuicio de los Doctores* (México, 1696).

Los tres tomos juntos se reimprimieron varias veces durante el siglo XVII, en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia y otras partes. Todas estas ediciones que antes eran vulgares en España, pero ya comienzan á escasear, son á cual más infelices en papel y tipos. No he visto ediciones de México, pero las habrá seguramente, totales ó parciales, porque el nombre de sor Juana sigue siendo popular en su patria. Lo único que conozco de América, es una pequeña antología formada, con buen gusto, por un literato ecuatoriano que falleció en estos últimos años *(Obras selectas de la célebre Monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico por Juan León Mera.* Quito, Imprenta Nacional, 1873).

La última edición peninsular que he visto es de 1725, y es probable que no se hicieran más, porque ya había comenzado el cambio de gusto.

Son muchos los biógrafos de sor Juana, pero casi todos se limitan á glosar lo que la poetisa dijo de sí misma en la *Carta athenagórica*, respondiendo á la que le había dirigido el Obispo de Puebla, D. Manuel Fernández de Santa Cruz, con el pseudónimo de *sor Philotea de la Cruz*, y lo que escribió el P. Diego de Calleja en la aprobación del tercer tomo de sus *Obras*. Algunos

períodos corresponden con bastante exactitud á las dos mitades del siglo (1). En la primera continúa dominando, aunque cada vez más degenerado y corrompido, el gusto del siglo anterior; en el segundo

datos se sacan también de los innumerables versos panegíricos que se compusieron en su honor, y figuran en la *Fama póstuma*, del Dr. Castorena y Ursúa.

La única composición hoy popular de sor Juana en España (no sabemos si en México también), son sus ingeniosas redondillas en defensa de las mujeres contra las detracciones de los hombres. Nos parecen muy agudas y bien versificadas, pero encontramos más alma poética en otras cosas suyas. Nuestros lectores juzgarán.

Después de 1893 en que escribí estas páginas, han aparecido algunos trabajos nuevos sobre la vida y obras de sor Juana, entre los que merecen especial aprecio, la *Biblioteca de escritoras españolas* del eruditísimo profesor don Manuel Serrano y Sanz (Madrid, 1903, tomo I, págs. 289-297), y el curioso y ameno libro del poeta mexicano D. Amado Nervo, tan estimado y querido entre nosotros, *Juana de Asbaje* (Madrid, 1910). ¿Por qué en vez del apellido de familia, que ningún eco de gloria suscita, no estampar en la portada el nombre de religión de sor Juana, que es también el nombre literario con que ha entrado en la inmortalidad? *Teresa de Cepeda* ó *Teresa de Ahumada* sería un título muy impropio para una biografía de Santa Teresa, y correría el riesgo de no ser entendido.

(1) El inventario de las producciones de esta centuria se encuentra, aunque no completo todavía, en la obra de Medina, y en la *Bibliografía Mexicana del siglo XVIII*, por el Dr. D. Nicolás León, encargado de la Sociedad de Antropología y Etnografía del Museo Nacional (México, imprenta de Francisco Díaz de León, 1902-1908). Van publicados cinco tomos en folio, de los cuales cada uno constituye serie distinta. En todos ellos reproduce el doctor León piezas muy raras, entre ellas la colección de las antiguas *Gacetas* de México.

El beneficio de la imprenta, que en 1647 se había extendido á la Puebla de los Angeles, donde se estamparon en aquel siglo importantes escritos del Venerable Palafox y de sor Juana, y en el siguiente las publicaciones históricas y canónicas espléndidamente costeadas por el obispo Fabián y Fuero y el arzobispo Lorenzana, llegó también, aunque en pequeña escala, á otras ciudades del antiguo virreinato, como Oaxaca en 1720, Guadalajara de Jalisco en 1793, Veracruz en 1794, Mérida de Yucatán en 1813. Sobre todas estas imprentas que tuvieron pobre vida, pueden verse las *Notas bibliográficas* que á cada una de ellas ha dedicado D. José Toribio Medina en sendos opúsculos impresos en Santiago de Chile (Imprenta Elzeviriana, 1904).

Aun en el breve tiempo en que la Luisiana, cedida por los franceses en el tratado de París de 1763, formó parte de nuestros dominios ultramarinos, fun-

triunfa la reacción clásica ó pseudoclásica que, exagerándose como todas las reacciones, va á caer en el más trivial y desmayado prosaísmo, del cual lentamente va levantándose nuestra poesía por el esfuerzo de algunos buenos ingenios que intentan, y en parte consiguen, armonizar lo severo de la nueva preceptiva con el culto de la dicción poética, noble y majestuosa, bebida en los modelos de nuestro siglo XVI en aquello que tuvo de más clásico, latino ó italiano. Como últimas manifestaciones del gongorismo mexicano, pueden citarse dos poemas, que ya por distintos motivos hemos tenido que nombrar antes de ahora. Es el primero *La elocuencia del silencio... Vida y martirio del gran protomártir del sacramental sigilo... San Juan Nepomuceno* (Madrid, 1738); su autor, el abogado D. Miguel de Reyna Zeballos, Promotor fiscal del obispado de Mechoacán, de quien poco bueno puede decirse, salvo que versificaba con robustez, dote común en los poetas de su escuela, y que propendía más á lo conceptuoso que á lo culterano. Es el segundo la *Hernandía, Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas*, que en 1755 publicó D. Francisco Ruiz de León, natural de Tehuacán de las Granadas. La comparación con otros poemas de los dedicados á la historia de Hernán Cortés, es lo único que hace relativamente estimable la *Hernandía*, que ciertamente vale poco, pero que no es una rapsodia tan detestable como *El Peregrino indiano* ó la *Mé-*

cionó allí una imprenta española, como lo comprueba el siguiente libro, que es el más antiguo que se cita de la tipografía de Nueva Orleans:

*Instruccion del modo de substanciar y determinar las causas civiles, criminales, y demas juicios ordinarios con arreglo a las leyes de ambas Recopilaciones de Castilla, e Indias para govierno de los Jueces y Partes, mientras que introducido en esta Provincia el Idioma Espaonnol* (sic) *adquieren mas extenso conocimiento de ellas: obra hecha por el Doctor D. Manuel Joseph de Urrutia y el abogado don Feliz Rey de orden del Excmo. Sr. D. Alejandro O'Reilly, encargado por especial Comision del Govierno y Capitania general de la provincia de la Luisiana.*

Colofón) «Nueva Orleans a veinte y cinco de Novienbre de mil setecientos sesenta y nueve años. D. Alexandro O'Reilly. Impreso de orden de Su Excelencia. Francisco Xavier Rodríguez, Escribano de la Expedición.»

Vid. Medina, *Notas bibliográficas referentes á las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América Española.* (Santiago de Chile, 1904, págs. 35-37).

*xico conquistada.* Siquiera hay número y valentía en la versificación; las octavas están bien construídas, porque todavía el arte de hacerlas no se había olvidado; hay de vez en cuando sentencias, si no profundas, ingeniosas, y en todo el poema cierta lozanía de imaginación, que da derecho para contar á su autor entre los poetas malogrados. Júzguese de su manera por las dos primeras octavas:

No canto endechas, que en la Arcadia umbrosa,
Al basto son de la zampoña ruda,
Lamenta á la zagala desdeñosa
Tierno pastor para que á verla acuda:
Delirios vanos de pasión odiosa,
Que á la alma ciega, y á la lengua muda
Dejan, cuando explicados ó sentidos
Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica montaña,
Donde de albogues al compás grosero
Guarda su sencillez y su cabaña
De asechanzas y lobos el cabrero;
No de la vid ó mies, pámpano y caña;
No de la abeja, laborioso esmero,
Dan aliento á mi voz, pues hoy con arte
Estragos canto del sangriento Marte.

Por lo demás, el autor se limita á poner en endecasílabos, de estilo afectado y pomposo, *La Conquista de México*, de Solís, resultando mucho menos poeta en verso que el historiador en prosa, sin que por otra parte se trasluzca que hubiera pisado siquiera la tierra que describe: tales son de arbitrarias y confusas sus descripciones (1).

(1) *La eloquencia del silencio. Poema heroyco, vida y martyrio del Gran Proto-Martyr del sacramental sigilo, fidelissimo custodio de la Fama, y protector de la Sagrada Compañía de Jesús, San Juan Nepomuceno. Por Don Miguel de Reina Zevallos, Abogado de los Reales Consejos, de la Real Audiencia de México, de Reos del Santo Oficio, y Promotor fiscal del Obispado de Mechoacán. Dedícala al Ilmo. y Rmo. Sr. P. Guillermo Clarke, Confessor de la Cathólica Mag. de nuestro Rey y Señor D. Phelippe V (que Dios guarde). En Madrid: En la oficina de Diego Miguel de Peralta. Año de MDCCXXXVIII.* 4°.

*Hernandía. Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas, Poema Heroyco, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva Es-*

Más feliz que en la *Hernandía* parece haber estado Ruiz de León en un rarísimo poemita de 333 décimas, muy devotas y muy conceptuosas, que lleva el título de *Mirra dulce para aliento de pecadores*, y es uno de los primeros libros poéticos impresos en Santafé de Bogotá (1), á donde por extraña casualidad vino á parar el original cuando ya el autor probablemente había desaparecido de entre los vivos. De todos modos, pertenecía á una época literaria completamente agotada y fenecida; puede ser considerado como el último poeta de su escuela.

Habíase iniciado en los estudios la reacción clásica antes de mediar el siglo, y representantes de ella fueron en México dos insignes jesuítas, de los que la pragmática de Carlos III arrojó á Italia en 1767: el P. Diego José Abad y el P. Francisco Javier Alegre, cultivadores uno y otro de la poesía latina más bien que de la vulgar, y señalados además en diferentes estudios: el P. Abad en las Matemáticas y en la Geografía, el P. Alegre en la Teología Dogmática y en la Historia, no menos que en el cultivo docto y esmerado de la prosa latina y castellana. Pero aquí sólo nos interesan sus obras poéticas, y aun de éstas debemos decir poco, porque en realidad salen fuera de nuestro cuadro. No conocemos la traducción que de algunas églogas de Virgilio hizo en verso castellano el P. Abad (2), y

*paña, Proezas de Hernán Cortés, Catholicos Blasones Militares y Grandezas del Nuevo Mundo. Lo cantaba Don Francisco Ruiz de León, Hijo de la Nueva España..... Con Privilegio. En Madrid: en la Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández. Año de 1755.* 4.°

(1) *Mirra dulce para aliento de pecadores, recogida en los amargos lirios del Calvario. Consideraciones piadosas de los acerbos dolores de María Santísima Señora Nuestra al pie de la Cruz, para agradecerle sus beneficios, acompañarla en sus penas é impetrar su intercesión para una buena muerte. Recopiladas en tiernos afectos métricos para mayor facilidad á la memoria, por D. Francisco Ruiz de León á instancias de un devoto. Primera Edición. Con superior permiso: en Santafé de Bogotá, por D. Antonio Espinosa de los Monteros, 1791.* 8.°

El ilustre colombiano D. Miguel Antonio Caro, dió noticia de esta edición á Icazbalceta. Véase el tomo I de *Memorias de la Academia Mexicana*, páginas 371 á 378.

(2) Nació en una hacienda inmediata al pueblo de Xiquilpan en 1727. Era rector del Colegio de Querétaro al tiempo de la expulsión. Murió en Bolo-

sólo podemos juzgarle por su poema latino *De Deo*, que en su primera parte viene á ser una Suma Teológica puesta en exámetros, y en la segunda una Cristiada ó vida de Cristo. Muy lejos estamos hoy de aquel entusiasmo con que los sabios compañeros de emigración del P. Abad, los Andrés, Lampillas, Hervás y Serranos acogieron esta obra declarándola «egregia, inmortal y digna del siglo de Augusto», calificativos que se han aplicado á casi todos los poemas latinos modernos, sin lograr con eso salvarlos del olvido en que comúnmente yacen, no tanto por el abandono de la lengua en que están escritos, cuanto por pertenecer á un género de literatura de colegio, que tiene siempre algo de artificial y falsa. Pero aun en este artificio cabe mucho primor de detalle, y hasta es compatible con cierto grado de color poético, y en una y otra cosa se adelanta ma-

nia en 30 de Septiembre de 1779. Los 29 primeros cantos de su poema se imprimieron por primera vez en Cádiz, en 1769, con el título de *Musa americana*, sin noticia del autor, que luego corrigió y adicionó su obra, y la publicó en 1773, en Venecia, dividida en 33 cantos, disfrazándose con el pseudónimo de *Labbeo Selenopolitano*. Con aumento de otros cinco cantos, los reimprimió en Ferrara en 1775, pero la edición definitiva es la de Cesena, 1780, *apud Gregorium Blasinium*, que apareció pocos meses después de la muerte del autor. Á ella va ajustada la de 1793, que tenemos á la vista, á la cual acompaña el retrato del autor:

*Didaci Josephi Abadii Mexicani inter Academicos Roboretanos Agiologi De Deo, Deoque homine Heroica. Editio sexta, caeteris castigatior. Caesenae MDCCXCIII*, 4.°

Con una prefación del P. Manuel Fabri y una vida del autor.

Hay una traducción muy poco apreciada del poema del P. Abad por el franciscano Fr. Diego de Bringas Manzaneda. Su título, según Beristain: «*Musa Americana, ó Cantos de los Atributos de Dios, traducidos en verso castellano de los que en latín escribió el jesuíta Abad*» (México, 1783). También don Anastasio de Ochoa tradujo algunos fragmentos del mismo poema, que están en sus *Poesías de un mexicano* (Nueva York, 1828).

El célebre astrónomo y naturalista D. José Antonio de Alzate, que poseía los manuscritos de la traducción de Virgilio del P. Abad, publicó como muestra la égloga VIII *(Pharmaceutria)*, en un libro que se titula *Observaciones sobre la Física, Historia Natural y Artes útiles. Por D. José Antonio de Alzate Ramírez, Correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de París, de la Sociedad bascongada y del Real jardín botánico de Madrid. Impresas en México..... En la oficina de D. José Francisco Rangel. Año de 1787.*

nifiestamente el P. Abad á la turba de versificadores latinos que en su tiempo pululaban. Nadie dude que puede tenerse y mostrarse verdadero talento en una lengua muerta, ya se la escriba en prosa, ya en verso, cuando esta lengua por educación y por hábito ha llegado á convertirse en lengua propia. No es Abad el primer latinista mexicano, porque este lauro corresponde al traductor de la *Iliada*. La lengua que usa no es enteramente pura: ya por la necesidad de emplear términos del tecnicismo teológico, inusitados de los antiguos clásicos; ya porque su primera educación se contagió más que la del P. Alegre de los resabios del estilo del siglo anterior, como lo prueba el hecho de que en sus mocedades gustaba sobre todo de Góngora y de Juan Barclayo, el autor de la novela *Argenis*, que es una especie de Góngora de la latinidad moderna. Pero cierto neologismo era condición del asunto ó tema elegido y no culpa del autor, y de la viciosa lozanía juvenil llegó á triunfar casi por completo en su edad madura, merced al trato con mejores modelos, hasta merecer de los italianos mismos, tan ásperos jueces de toda latinidad que no sea la suya, el dictado de escritor terso y elegantísimo. Pero todavía vence en él, á la limpieza de la dicción y armonía del metro en que otros le aventajan, la copia grande de pensamientos y de doctrina; el arte con que llegó á encerrar en tan limitado espacio toda la economía del cristianismo; la facilidad de consumado teólogo con que da forma poética á la exposición de los divinos atributos; el uso hábil y oportuno de los textos de la Sagrada Escritura, qne va sometiendo á las leyes del metro; la efusión lírica de los frecuentes apóstrofes con que interrumpe la severidad de la materia didáctica; el vuelo constante del espíritu hacia las regiones más altas de la contemplación; la suavidad y gracia de algunas descripciones, y como dote característica de su estilo, una cierta concisión sentenciosa y grave. Por esto su libro figura con modesta, pero sólida y decorosa fama, en el largo y brillante catálogo de los poemas latinos cristianos, presentando reunidos los caracteres de la poesía didáctico-teológica que inauguró nuestro Prudencio en la *Hamartigenia* y en la *Apotheosis*, y de la poesía narrativa que encabezó nuestro Juvenco con la *Historia Evangélica*.

Versificador latino muy superior al P. Abad, fué el veracruzano

Francisco Javier Alegre (1), ornamento grande de la emigración jesuítica, y uno de los varones más insignes que ha producido Nueva España, ya se le considere como historiador de la Compañía, ya como autor de un curso teológico acomodado á las necesidades de los tiempos nuevos, obra en que la pureza clásica de la dicción digna de Melchor Cano ó de algún otro rarísimo teólogo del Renacimiento, corre parejas con la solidez de la doctrina y con el largo estudio de la Escritura, de los Padres y de los volúmenes inmortales de Santo Tomás, de Suárez y de Petavio, cuya enseñanza se presenta allí libre, en lo que cabe, de las arideces y espinas escolásticas. Pero con tan graves estudios interpoló siempre el de las letras humanas, al cual debe principalmente la amenidad de su prosa. Ya desde joven había ensayado sus fuerzas en un poemita épico sobre la conquista de Tiro por Alejandro Magno *(Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone)*, que muy corregido y dilatado hasta cinco libros, publicó en Forli en 1775. Este trabajo que sólo puede considerarse como un ejercicio de estilo, lo mismo que algunas poesías sueltas, entre las cuales se distingue la égloga *Nysus* (que ha ganado mucho al ser puesta en felicísimos versos castellanos por el Sr. Pagaza, pero que ya en su original era una imitación elegante de la égloga segunda de Virgilio, hasta sin cambio de sexo en el protagonista), le abrieron el camino para empresa más ardua, como lo fué su traducción latina de la *Ilíada*, impresa en Bolonia en 1776, y luego con grandes correcciones en Roma en 1788.

Si sólo se atiende á los méritos de versificación y lengua, la *Ilíada* del P. Alegre es sin duda uno de los monumentos de la poesía latina de colegio. Pero si de considerarla aisladamente pasamos a ponerla en relación con su original, pocos traslados de Homero se encontrarán menos homéricos y más infieles al espíritu de la primitiva poesía heroica. Verdad es que pocos espíritus sabían discernirla en el siglo XVIII, época de elegancia académica en que los más cultos

(1) Nació en Veracruz en 12 de Septiembre de 1729, y murió en Bolonia en 16 de Agosto de 1788. La mejor biografía suya es la que escribió el padre Manuel Fabri, y antecede á las *Instituciones Teológicas* de Alegre (Venecia. 1789, siete volúmenes). La ha traducido al castellano el Sr. Icazbalceta.

helenistas apenas veían el clasicismo griego sino á través del clasicismo latino. Esta distinción, hoy tan obvia y casi vulgar, era entonces patrimonio de muy pocos, y aun los que técnicamente comenzaban á sentirla y entenderla, no lo mostraban luego en sus versiones: tal era la tiranía de la educación y de la costumbre. La *Ilíada* del P. Alegre no tiene más que un defecto, pero éste capitalísimo y que salta á la vista en cuanto se lee el primer canto: no es la *Ilíada* de Homero; es una Ilíada *virgiliana*. En vano protesta airadamente contra este juicio mío, como si se tratase de gravísima ofensa al ilustre jesuíta ó á su patria, un laborioso crítico mexicano, muy docto, á lo que dicen, en el conocimiento de las lenguas indígenas de América, pero no sé yo si igualmente versado en las letras clásicas, que quizá ha desdeñado por más fáciles y corrientes (1). Ese juicio que él tiene por extravagancia ó sutileza mía es vulgarísimo en Europa, y jamás he oído expresar otro á los humanistas que han visto la traducción del P. Alegre. Valga por muchos el parecer de Hugo Fóscolo, que, además de gran poeta, y de insigne traductor de Homero, era jonio de nacimiento y tenía el griego por lengua materna. Pues lo que Fóscolo dice de Alegre es textualmente lo que sigue: «Ingiere en su traducción todos los versos traducidos ó imitados por Virgilio; á los que Virgilio dejó intactos, les aplica modos virgilianos: salta á pies juntillas todo aquello que desespera de embellecer; *tiene algunos versos bellísimos, pero no tiene ningún color homérico* (2).» No podía

(1) Alúdese aquí al difunto D. Francisco Pimentel, hombre muy estudioso y benemérito, pero de tan pobre y mezquino gusto como por sus obras literarias puede verse.

(2) *Innesta tutti i versi tradotti o imitati da Virgilio: a'passi intatti da Virgilio innesta i modi virgiliani: salta a piè pari ciò ch'ei dispera d'abbellire: ha parecchi bellissimi versi, ma nessuna sembianza omerica (Poesie*, Florencia, Le Monnier, 1856, pág. 359).

El mismo Alegre en su prefacio da bien á entender el carácter de su trabajo: «*Poetarum, igitur, Principis mentem, non verba, latinis versibus exprimere conati, Virgilium Maronem, Homeri, inquam, optimum et pulcherrimum interpretem ducem sequimur in quo plura ex Homero fere ad verbum expressa, plurima levi quadam inmutatione detorta, innumera, immo totus quotus Maro est, ad Homeri imitationem compositus. Ubi ergo Virgilius pene ad litteram Homerum expressit, nos eadem Virgilii carmina omnino aut fere nihil inmutata lecto-*

ser fiel traductor de Homero, por mucho griego que supiese, quien tenía de los caracteres del estilo épico la opinión que muestra en una de las notas de su *Poética castellana:* «¿Quién puede negar en Homero algunas repeticiones, ya de embajadas, ya de transiciones, ya de epítetos enfadosísimos? ¿Quién puede dejar de conocer la impropiedad en algunas larguísimas arengas y diálogos de los héroes, en medio del calor de las batallas?» Siguió, pues, el gusto de su tiempo y el suyo propio, haciendo en gran parte de su *Ilíada* una especie de centón de todos aquellos pasajes en que Virgilio imita á Homero, sin advertir que lo hace Virgilio no con fidelidad de intérprete sino con libertad de poeta, y que le imita en su propio estilo, que es el de la culta y refinadísima era de Augusto, poco menos diverso del de la epopeya primitiva que puede serlo el de Ariosto ó el del Tasso del de una canción de gesta de la Edad Media.

Escribió el P. Alegre muy pocos versos castellanos: lo mejor que tenemos suyo en nuestra lengua es la traducción libre y parafrástica de los tres cantos primeros del *Arte poética* de Boileau, rimada en silva con mucho garbo, facilidad y viveza, y adornada con notas curiosísimas que no sólo revelan la peregrina erudición de su autor (pues son evidentemente de memoria casi todas las citas que hace, de poetas muchas veces obscuros), sino la relativa libertad é independencia de sus doctrinas literarias, que le hacen atenuar el rigor de ciertos preceptos de Boileau, y vindicar el gusto de nuestro siglo XVII, aun en aquello en que más se aparta del gusto clásico. Tradujo también, con menos fortuna, algunas *Sátiras* de Horacio (1).

*ri dabimus, nec enim ab ullo mortalium elegantius efferri potuisse quisquam crediderit, aut vitio plagiove nobis verti poterit, si ubicumque inventam homericam supellectilem, ipso jure clamante, vero domino restituamus. Ubi autem Virgilius, Virgilius, inquam ipse, nonnullas Graeci Vatis loquutiones et loca latine desperans traçtata nitescere posse, reliquit, nos item relinquemus. Habet enim unaquæque lingua lepores suos...*

(1) Apuntaremos las principales indicaciones bibliográficas relativas á las obras poéticas del P. Alegre:

*Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone, libri V*, *Forolivii*, 1775.

*Francisci Xaverii Alegrii Americani Veracrucensis Homeri Ilias latino car-*

*mine expressa, cui accedit ejusdem Alexandrias, sive de expugnatione Tyri... Bononiæ, Typis Ferdinandi Pisauri*, 1776.

*Francisci Xaverii Alegre Mexicani Veracrucensis Homeri Ilias Latino Carmine expressa. Editio romana venustior et emendatior*, 1788. *Apud Salvionem Typographum Vaticanum.*

Falta en muchos ejemplares la portada grabada, que en uno de los medallones lleva el busto del P. Alegre.

*Opúsculos Inéditos Latinos y Castellanos del P. Francisco Javier Alegre (veracruzano) de la Compañía de Jesús. México. Imprenta de Francisco Diaz de León*, 1889.

Este precioso tomito, publicado por Icazbalceta con la pulcritud y esmero que él ponía en todas sus obras, contiene, además de algunos versos latinos y una prolusión sobre la Sintaxis, una traducción, latina también, de la *Batracomiomaquia*, y en castellano algunas sátiras y epístolas de Horacio, y el *Arte poética* de Boileau, conforme al original autógrafo que de estas versiones poseía nuestro docto compañero y venerado maestro D. Aureliano Fernández-Guerra. Dió de ellas la primera noticia el Sr. Marqués de Valmar en su inestimable bosquejo (ó más bien *Historia crítica) de la poesía castellana en el siglo XVIII* que antecede á la colección de poetas de dicho período en la *Biblioteca de Autores Españoles.*

La égloga *Nysus* del P. Alegre, publicada por el Sr. Icazbalceta, se lee traducida por D. Joaquín Arcadio Pagaza en el tomo III de las *Memorias de la Academia Mexicana*, págs. 422-425.

En el brillante contingente que á la emigración jesuítica dió México, y en el cual figuraban los historiadores Clavijero y Cavo, había otro poeta, el P. Agustín de Castro, cuyas obras, que al parecer quedaron manuscritas en su mayor parte, no hemos llegado á ver. Por testimonio de Beristain y de los bibliógrafos de la Compañía, sabemos que escribió *La Cortesiada*, poema épico sobre Hernán Cortés, la descripción de Antequera de Oaxaca en verso castellano, y la de las ruinas de Mitla en verso latino, y que tradujo las *Fábulas* de Fedro, las *Troyanas* de Séneca, y varias poesías de Anacreonte, Safo, Horacio, Virgilio, Juvenal, Milton, Young, Gessner y el falso Ossian. Dejó también un Tratado de Prosodia.

El P. Juan Luis Maneiro (de Veracruz), que escribió con pulcra y limada dicción latina las vidas de algunos de los jesuítas mexicanos fallecidos en Italia, dá en la del P. Castro curiosos detalles sobre sus obras. De lo que escribe se infiere que la *Cortesiada* no llegó á terminarse nunca, pero que su autor había concebido el proyecto antes de los veinte años:

«Nec leve monumentum est, quanto fuerit in amore Musis, quod in illa vitae litterariae velut infantia primum excogitaverit Cortesiadem canere, sive poema epicum de Ferdinando Cortesio Mexicanorum debellatore. Quod ne juvenili tribuatur arrogantiae, jam tum Castrus Achillem, et Ulyssem, et Aeneam cum Cortesio conferebat; et Graecos, et Trojanum Hispano sane

quam inferiores existimabat: nec aut Tassi Jerusalem, ant Camoensii Lusias, tam nobile poematis argumentum, quam sua Cortesias ipsi videbatur. Tacitus enim mente volutabat tum inmensam gloriam, quae Christianae Fidei contigit ab orbe Mexicano debellato; tum novam utriusque hemisphaerii communionem, quae se se mutuo et cognoscebant attonita, et plurimis vinculis connectebant; tum magnam admodum scenae mutationem ubique fere terrarum, tum scientiarum, et artium, et commercii, et rei civilis incrementum, aliaque, quae Mexicum hispanis legibus obedientem consecuta sunt. Quae quidem cognitiones in adolescentis viginti annorum mente conceptae, liquido probant, illum ad grandia fuisse natum, et ante annos viriles gravitati Scientiarum maturatum.»

Menciona también el P. Maneiro el poema de las ruinas de Mitla: «In horum sudorum fructibus potissimum laudatae fuerunt *Mictlenses reliquiae in Zapotechis*, quae latina erat descriptio ruderum, arcis, palatii, Templi, Cryptaeque mirabilis, quae cuncta non procul ab Anticaria cum stupore visuntur, et sunt in paucis, quae remanent, Americanae antiquitates.»

Antes de conocer las *Latinas* de Villegas, que no leyó hasta 1752, se ejercitaba el P. Castro en escribir hexámetros y pentámetros castellanos. En hexámetros tradujo la primera égloga de Virgilio, y en dísticos elegíacos compuso la descripción de Antequera, siendo maestro de Gramática en aquel colegio. También pensaba emplear los hexámetros en la *Cortesiada:*

«Majorem et difficiliorem adduxit operam in transferendo Virgilii Tityro ad hispanos hexametros; quod novum hispane cantandi genus, ab Rengifo vix raptim propositum, ab aliquo ex felicibus ingeniis perfici posse, atque executioni dari judicabat. Nam ut studia sua magnam partem collineabat, ut aliquando caneret Cortesiadem; de simili syllabarum exitu, ac de metris, quibus hispane canimus, multa secum ipse, atque admodum intente meditabatur..... Hispanis hexametris Virgilii Tityrum cecinit; ut etiam nobilem Anticariam, unde post Magisterii biennium abibat, hexametris, et pentametris eodem vernaculo descripsit..... His plenus cogitationibus, anno 1752 Mexicum venit; ubi cum legeret Emmanuelem Stephanum Villegam, hispanum poetam egregio merito, magnopere gavisus est, hunc tanto nomine virum antea tentasse latino metro hispane concinere: quod ipse in suis Anticariae vigiliis fere novum crediderat. Summa cum volupate legit opuscula illa, quae Villegas ipse *Latinas* appellavit; quarum venustate allectus, magis magisque mentem suam confirmavit, posse aliquando in illorum conatuum perfectionem venire magnum aliquod ingenium, cui libeat in ejusmodi desudare.»

De estos estudios le distrajeron pronto otros más graves. Con la libertad de opinar que solían tener los jesuítas de aquel tiempo, tradujo al castellano é ilustró con anotaciones, el libro de Bacon *De dignitate et augmentis scientiarum*, traducción que se perdió inédita en manos de los amigos á quien la había prestado. La curiosidad científica del P. Castro era universal y se extendió hasta la ciencia anatómica.

Pero no por eso abandonaba su juvenil proyecto de la *Cortesiada*. Al con-

trario, con una curiosidad arqueológica, rara en su tiempo, iba recogiendo en sus continuos viajes por el territorio de Nueva España, todo género de detalles topográficos y de costumbres que pudiesen dar color local á su obra:

«Hac etiam aetate nondum defecerat a proposito Cortesiadem canendi: quod sane propositum, nihil obstantibus tam variis peregrinationibus, atque operosis muneribus, viginti fere jam annos fervidus aluerat, et mirabili constantia foveret, nunquam ab spe decidens, aliquando sibi fore secessum, et otia, quae cum Musis erudite consumeret..... Castrus autem ab hac heroici sui carminis assidua cogitatione pretiosissimum cognitionum, eruditionisque tum sacrae, tum profanae thesaurum in animum derivavit suum. Forte per magnam Novae Hispaniae partem itinera cum egisset, omnia considerabat attentissimus, et huc praesertim studia sua collineabat, ut loca curiose lustraret; ut antiquorum Indigenarum mores, et indolem, et artes, et religionem, et civilem culturam, et quae monumenta supererant, et quae temporum injuria fuerant collapsa, minutatim cognosceret; ut priscos incolas cum novis conferret, atque inde certior fieret, quid in artibus periisset, quid omnino maneret, quidve fuerit post gentem domitam cum sanctae Fidei, vitaeque humanioris bonis introlatum. Hos autem conatus idcirco diligentissime adhibebat, ut quoties in suo carmine loca describere, vel mores attingere ferret occasio; nec antiqua eum novis confunderet, nec latum quidem unguem a via veritatis aberraret.»

El poema debía constar de veintidos libros, pero sólo llegó á escribir los dos primeros y como la mitad del tercero. El metro que adoptó definitivamente fué la silva libre, abandonando el proyecto de los hexámetros.

«Totum jam mente creaverat magnum opus, quod libris duodeviginti constare debuerat; et quo quaeque disponenda essent loco, felicissime distribuerat: nec magni sibi stetisset, venustum Fenelonis Telemachum imitari, si metro solutus omni, Poema conficere voluisset. Quod autem metri est, postquam diu dubius, et anceps haeserat, illud tandem sibi duxit adhibendum, quod Silvae Liberae nomine hispane diximus appellari: rejecit enim, quos excogitaverat patrios hexametros, ne, si tentaret ipse hispano carmine, quod latino Pacuvius, Cortesias omnino negligeretur. Mexicum igitur Emerita remeans, perfectos attulit binos libros, et fere dimidium, quos uni, et alteri ex familiaribus, optima quidem litteratura viris, Mexici legendos, et censoria virga notandos crediderat.»

En su destierro de Ferrara volvió los ojos al interrumpido poema, y revisó el primer libro, añadiéndole copiosas anotaciones, pero no pasó adelante, porque su estro poético se había resfriado, según confiesa su biógrafo:

«Ad suam etiam Cortesiadem Ferrarae solvit cogitationem; sed omnino experientia sibi comprobatum ipse fatebatur, nunquam optima, nisi ab animo sereno, carmina provenire. Tentavit nihilo secius, et primum librum confecit, doctissimis annotationibus concinnatum, atque avida curiositate a nobis

lectum: sed quod ad heroici carminis dictionem attinet, plane quidem vidimus, ei jam defuisse vigorem illum, amoenitatem, et veneres, quas tantum opus postulabat; et quas, ab aliis ejus Carminibus argumentamur, in ore Castri, dum aetate floruit, sessitavisse. Nimirum canis favere Calliope non solet.»

No por eso dejó de ejercitarse hasta su muerte con increible facilidad en composiciones de más leve argumento. Pero abandonó por completo la *Cortesiada*, y se dedicó principalmente á traducir en verso castellano obras poéticas latinas, griegas y de literaturas modernas, las primeras con más felicidad que las segundas, por ser mayor su dominio de la lengua del Lacio que de la de los helenos. En cuanto á los poetas ingleses y alemanes se valió de otras versiones, por no conocer los respectivos idiomas. Á este período de su vejez pertenecen la traducción completa de Fedro, la de las *Troyanas* de Séneca, en que procuró imitar los metros de los coros originales, y otras que su biógrafo enumera:

«Loquimur autem de heroicis argumentis, quibus longa mentis intentio, eaque semper ad sublimia tendens, dari debeat: nam quod est de alio poeseos genere, quod egregios illos conatus non requirit, et quod cum omnis aetatis hominibus familiarius versatur; suavissimum plectrum suum, et oppido mirabilem facilitatem, sexagenario major Castrus, ut videbimus, intulit in sepulchrum. Et sane postrema aetate nobiscum colloquens, ajebat: «Cortesium »cantabit Homerus ille, quem ad sublime hoc opus Musae destinaverint: illas »enim, eredo, a me dumtaxat postulasse, ut rem magnam excogitarem, quam »alter, qui me se sit melior, et mente vegetior, exequatur».....

»Pro fracta ejus valetudine, non modici fuit laboris, Phedrum totum in hispanum carmen convertere; longissimas aeque, atque eruditissimas annotationes adjungere; ac praefationem apponere, in qua et mire subtilem super ejusmodi conversionibus doctrinam tradit, et plura de Phaedri vita, variamque, ut fuerunt tempora, de ipsius Fabulis opinionem commemorat. Quod opus Ferrariae inchoatum, sed longos annos abruptum, in postremis canis resumpsit, eaque venustate, atque elegantia perfecit, ut delecti judices aliquot, qui de ipso pronuntiarent, omnino dignum censuerint, quod in gymnasiorum emolumentum typis pervulgaretur. Quod hispanae puritatis, et concinni carminis est, nihil ibi certe desideres; quod autem ad perfectissimam conversionem attinet, pene verbum verbo reddidit, non facile imitabili proprietate, atque elegantia. Sane vidimus neminem, qui difficilia quaevis ab uno in alium sermonem verteret pari facilitate atque ille facere solebat, ut fere verbum in auctore non legeres, cui non omnino simile in versione consonaret. Ita vertit etiam Senecae *Troades* in hispanum Carmen; ubi scenae nonnullae sunt, quae latinum auctoris metrum imitantur: quod eo fecit animo, quemadmodum alias fecisse demonstravimus, ut palam esset omnibus, posse aliquando hispanice cantari metris plenioribus, quam ea sunt, quibus hactenus poetae nostri cecinerunt. Vertit autem *Troades*, non quod hunc tragicum, utut

virum ingenio laudabilem in paucis, imitationi proponendum crederet; sed quia cogitarat similem Euripidis tragoediam vertere, binisque inter se collatis versionibus, plane commostrare, idcirco ab optimo sapore discesisse tragicos, et comicos in Hispanis, quoniam Graecorum exemplaria neglexerant, et Senecam, ut magnis virtutibus, ita et paribus vitiis refertum imitari studuerant». (El pensamiento es ingenioso, y muy justa la superioridad que se concede á Eurípides sobre Séneca, pero la verdad es que ni Séneca, ni los trágicos griegos, tienen nada que ver con los rumbos que siguió el drama español, ni con sus peculiares bellezas y defectos).

»Et quoniam de versionibus ejus loquimur, chartarum habebat fasciculum molis non mediocris, in quo permixte colligebat ea carmina, quae de variis argumentis, ut se dabat occasio, conficiebat; ibique inter alias reperires hispane ab se redditas aliquas Boileavii satyras, plures Juvenalis, alias Horatii, necnon Anacreontis odas aliquot, et binas poetriae Saphus, quae supersunt; et plura Virgilii, Hesiodi, Miltonis, Jounghi, Popis, Ossiani, Gesneris, aliorumque illustrium auctorum loca: nihil enim antiquius habuit, quam ea, quae sibi maxime placebant in bono quovis auctore, vel orator esset, vel poeta, vel historicus, hispane convertere: tum ut huic linguae majestatem, pulchritudinem, copiam minime deesse demonstraret; tum ut eas veneres in peregrinis auctoribus repertas, patrio sermone suis civibus propinaret. In Graecis quidem vertendis, quoniam graece mediocriter sciebat, non admodum facilis erat; Germanos, autem, et Britannos, quorum omnino sermonem nesciebat, ab aliis versionibus hispane reddebat.»

Escribió además en verso castellano unas epístolas poéticas que llamó *Horacianas*, en algunas de las cuales hizo la crítica de Lope de Vega y formó una especie de *Arte Poética*. Pero su principal trabajo durante los últimos años, fué la formación de una nueva *Prosodia castellana*.

»Scripsit etiam hispano carmine litteras mirum in modum utiles, et venustas, quas appellavit *Horatianas;* et quod Horatii stilum secutus est; et quod plures ejusdem sententias, ut nonnullas Persii, Iuvenalis, aliorumque scriptorum ex primis ejus aetatis, quam vocamus Romanorum auream, in suum argumentum traduxit. In his litteris, Lupio Vega, viro ingeniosissimo, et maximi nominis in Hispana Comoedia, quasi rapto in judicium, ut ingenii sui, studiorum et carminum rationem redderet; eruditam, et copiosam criticen disseminavit, ut in Hispana pube sapor optimus instituatur. Et re quidem artes ibi dedit tum poeticam, tum oratoriam, quae totae versantur in Hispaniae litteraturae monumentis.....

»Sed non alias tantum hoc in genere desudavit, quantum in hispana Prosodia, novae quidem formae, conficienda: quod aureum sane opus quia summae curiositatis, atque utilitatis est, in quo nimirum legas profundas tanti viri meditationes, et minutissimas observationes, quas annis ultra quadraginta collegerat.»

Esta Prosodia hubiera sido doctísima, pero, á juzgar por la idea que de

ella da su biógrafo iba por rumbos enteramente descaminados, puesto que confundía el acento con la cantidad, y se esforzaba en demostrar que la lengua castellana tenía los mismos pies que la griega y la latina, y que en ella podían aclimatarse todos los versos antiguos.

»Statim ergo ab initio, more geometrarum, prima Prosodiae, sive accentuum elementa instituit, quibus brevem syllabam ab longa discernas; et haec elementa, multis evincit rationibus, omnino esse debere linguis omnibus communia. Historice postea narrat, haec eadem fuisse Graecorum elementa, quibus harmonicam suam Prosodiam invenerunt; et quae Latini, nulla primum arte, deinde vero industria non modica, in suam linguam transtulerunt. Quod si nos, inquit, in patrium vernaculum derivemus, quae Graeci repererunt, et in suum sermonem Latini transtulerunt; utique ad eadem in nostro metra, et copiosa carmina perveniemus. Id autem videtur prorsus demonstrare, laboriosissima descendens opera in omnes, et singulas hispanae linguae partes: quam sane linguam, innumeris probat exemplis, pedes habere poeticos, quotquot Graeci, et Latini numerabant. Inde minutatim disquirit, num ejusmodi pedes aptari possint ad heroica metra hispano carmine, nulla patriae constructionis, et fluidi sermonis jactura? num etiam eas, quas appellant licentias poeticas, ut Graeci, et Latini, sic Hispani possimus vel in auxilium, vel in ornamentum vocare? Quarum licentiarum originem primum deinde historiam, et progressus erudita jucunditate commemorat. Et nostrum, ait, sermonem poeticum haberemus hodie suis omnibus numeris limatum ac perfectum, si Majores nostri via Graecorum incesissent..... Haec autem, quae raptim attigimus, tanta doctrinarum eruditione, tam effuso calamo, tam concinne tractavit Castrus, qui rem per se totam, nullum secutus ducem, excogitavit, digessit, explanavit; ut inter plura, quibus annos fere sexaginta elaborando consumpsit, hoc omnino suum opus esse diceret, atque illo inprimis delectaretur. Hanc nos Prosodiam legimus, magna ex parte limpidissime excriptam; alia vero pars in adversariis erat, cujus ad supremam perfectionem auctori vita non superfuit.....»

Finalmente, además de otras varias obras que en parte destruyó él mismo, ó que no pasaron de apuntamientos informes, había comenzado á escribir una historia de la literatura hispano-americana, que se detuvo en la primera parte.

«Dolemus autem in iis esse, quae non perfecit, Americanae litteraturae historiam a primo in eas plagas Hispanorum adventu: cujus historiae, diligentissime quidem, et summa rerum intelligentia scriptae, primam tantummodo, partem reliquit; et cum uberior esse, ac facilius progredi potuisset, aliis distractus calamum continuit.»

Nació el P. Agustín de Castro en la villa (hoy ciudad) de Córdoba (obispado de Puebla de los Angeles) en 24 de Enero de 1728, y murió en Bolonia en 23 de Noviembre de 1790.

He alargado tanto estos extractos, no sólo por las curiosidades de historia

Escritas y publicadas en Italia la mayor parte de las obras de estos esclarecidos hijos de la Compañía de Jesús, no pudo ser muy eficaz su influjo en el desarrollo de la cultura mexicana. Mayor y más directo era el que ejercían los libros que continuamente llegaban de España, trayendo nuevas de la llamada restauración del *buen gusto*, en las páginas de Luzán, D. Nicolás Moratín, Cadalso, Iriarte y Samaniego, y muy pronto en las de Fr. Diego González, Iglesias y Meléndez. Todos ellos comenzaron á ser imitados, así en sus buenas cualidades como en sus defectos. La manera prosaica de Iriarte, por ejemplo, tuvo discípulo fervoroso en el latinista don José Rafael Larrañaga, autor de una menos que mediana traducción de Virgilio (1787-1788), que hace buena la que de los cuatro primeros libros de la *Eneida* había publicado el fabulista de Canarias (1). Fábulas escribieron varios, entre ellos D. José Joaquín Fer-

literaria que contienen, sino porque el libro del P. Maneiro es bastante raro. Yo no había tenido ocasión de leerle hasta que me le franqueó mi amigo el ilustrado y generoso bibliófilo D. Juan M. Sánchez.

*Joannis Aloysii Maneiri Veracrucentis, De Vitis aliquot Mexicanorum aliorumque qui sive virtute, sive litteris Mexici inprimis floruerunt..... Bononiae, Ex Typographia Laelii a Vulpe*, 1791-1792. 3 ts. 8.°

Vid. *Pars Tertia*, págs. 154-209.

D. Bartolomé Gallardo (*Ensayo*, II, col. 339) dice del P. Castro: «Fué fino filólogo, é hizo estudio muy especial de nuestra prosodia, sobre la cual poseo un precioso escrito, muestra de un tratado más lato y profundo sobre la materia, que debí á la fineza de mi compatricio. y *conécsul* suyo (es decir, compañero de destierro), el exjesuíta Arévalo (D. Faustino)».

No ha de confundirse al P. Castro con un homónimo y casi contemporáneo suyo, el presbítero D. José Agustín de Castro, autor de una rara *Miscelánea de poesías humanas*, impresa en Puebla de los Angeles en 1797. Es un versificador arrastrado y prosáico. Lo más curioso de su libro, son dos sainetes de costumbres mexicanas: *Los Remendones* y *Los Charros*.

(1) Este Larrañaga tuvo un hermano, todavía peor poeta que él, llamado D. Bruno Francisco, que compaginó un extraño centón virgiliano. Vid. *Prospecto de una Eneida Apostolica, ó Epopeya que celebra la predicación del V. Apostol del Occidente P. Fr. Antonio Margil de Jesús: Intitulada «Margileida». Escrita con puros versos de P. Virgilio Maron, traducida a verso castellano: la que se propone al público de esta América Septentrional por subscrición: Para que colectados anticipadamente los gastos necesarios, se proceda inmediata-*

nández Lizardi *(El Pensador mexicano)*, que tan célebre llegó á hacerse en los últimos tiempos del gobierno virreinal y primeros de la Independencia como periodista revolucionario y autor de la curiosísima novela picaresca *Periquillo Sarmiento* (1). Como último y chistoso extremo de prosaísmo, superior á nuestro D. Francisco Gregorio de Salas y á cuanto en esta línea puede imaginarse, hay que citar el nombre de un clérigo y famoso predicador, D. José Manuel Sartorio, que alcanzó como Lizardi la emancipación de la colonia, distinguiéndose por su fervor patriótico, que solía expresar en versos tales como los del siguiente soneto:

¡Cuánto tiempo, ¡oh América! anduviste
En pos de tu deseada independencia,
Y á pesar de tu grande diligencia
(¡Pobre de ti!) hallarla no supiste.

*mente a su impresion. Su autor Don Bruno Francisco Larrañaga. Impresa en Mexico en la Imprenta Nueva Madrileña de los Herederos del Licd. D. Joseph de Jauregui, Calle de San Bernardo. Año de 1788*, 4.°

Habiendo criticado Alzate la *Eneida Apostólica* replicó Larrañaga en un folleto *(Apología por la Margileida y su Prospecto, y satisfaccion a las Notas de la Gazeta de Literatura.* Mèxico (con las mismas señas tipográficas) 1789). Es autor también de una égloga latina y castellana *La América Socorrida en el gobierno del Excmo. Sr. Virey, Conde de Gálvez* (1786) y de otras varias piezas poéticas de circunstancias.

También el Larrañaga traductor de Virgilio fué blanco de las censuras de Alzate, á quien replicó en un folleto: *Respuesta á la Censura que hizo el doctor Alzate de la Traducción del Virgilio*, (México, 1887).

(1) Sobre este ingenioso aunque chabacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria, véanse los *Apuntes biográficos y bibliográficos* publicados en 1888 por D. Luis González Obregón. Lizardi tenía muy mal gusto: baste decir que añadió una segunda parte á *El Negro sensible*, de Comella. Sus *Fábulas* lograron mucho crédito, y han seguido reimprimiéndose casi hasta nuestros días para uso de las escuelas. No hemos tenido ocasión de leer el *Periquillo*, que unos ensalzan como una especie de *Gil Blas* mexicano, mientras que otros le tachan de obra groserísima en fondo y forma, lo mismo que otras novelas de su autor, *La Quijotita y su prima*, *D.ª Catrin de la Fachenda*, etc. Fué hombre de ideas radicales y aun heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. La Autoridad eclesiástica hubo de condenarle en 1822 por cierta *Defensa* que publicó *de los Francmasones*.

Lágrimas tiernas derramabas triste
Bajo el yugo de dura dependencia,
Suspirando con ansia y con vehemencia,
Por la deseada que abrazar quisiste.
Más cese el llanto ya: cese el lamento,
Pues la por quien estabas suspirando
Ya pareció. ¡Qué gozo! ¡qué contento!
Buscóla, hallóla heroicamente obrando
El ínclito Iturbide: mira atento,
Suelo feliz: aquí la está abrazando.

En el mismo estilo, digno de Rabadán á juzgar por las muestras que conocemos (1) están escritos los *siete* tomos de versos sagrados y profanos que dejó Sartorio, que hasta en la fecundidad parece un trasunto de nuestro cura de Fruime. Sólo en algunas paráfrasis de himnos y otras poesías sagradas, que á lo menos prueban la sinceridad de su devoción, sale algo de la categoría de los más adocenados copleros, entre los cuales hay que afiliarle más bien que entre los seguidores de tan pulcro, ingenioso y bien cultivado espíritu como fué el del autor de las *Fábulas Literarias*, á quien pudieron faltarle todas las dotes de alta inspiración y poesía elevada, pero no le faltó ninguna de las que nacen de discreción, estudio y buen gusto (2).

(1) Véase la *Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en México*, del Sr. Pimentel (México, 1876), que le dedica 14 páginas de análisis, esforzándose, como él dice, en «sacar algunas perlas de aquel estiércol».

Consideraciones de índole enteramente personal me vedan exponer aquí un juicio, que pudiera parecer apasionado, sobre el valor crítico de la obra del laborioso y erudito Sr. Pimentel. Baste decir que en la parte de noticias está bastante completa, y puede consultarse con fruto. Hay una segunda edición, aumentada, de 1892.

(2) Uno de los hechos curiosos de la historia artística del siglo XVIII, en México, es la aparición del teatro musical italiano, bajo los auspicios del Virrey Duque de Linares. D. Manuel Zumaya, presbítero, maestro de capilla de la Iglesia Metropolitana, escribió los libretos de dos óperas, que cita Beristain, original, al parecer la primera, y arreglada del italiano la segunda:

—*El Rodrigo. Drama que se representó en el Palacio Real de México para celebrar el nacimiento del Príncipe Luis Fernando. Por D. Manuel Zumaya. México, por Ribera, 1708.*

—*La Partenope. Opera que se representó en el Palacio Real de México en celebridad de los días del Sr. Felipe V. Por D. Manuel Zumaya. México, por Ribera.*

Contra este prosaísmo gárrulo, ramplón y casero, fué saludable antídoto la fundación de la *Arcadia mexicana*, de la cual fué *mayoral*, según el estilo pastoril de entonces, el franciscano Fr. Manuel de Navarrete, cuyos versos comenzaron á aparecer en el *Diario de México* en 1805, siendo luego reunidos en dos volúmenes póstumos con el título de *Entretenimientos poéticos* (1). Los que hicieron esta colección hubieran mirado mejor por la gloria de este dulce y simpático poeta suprimiendo la mayor parte de los versos del tomo primero. Por ellos se ha juzgado generalmente al P. Navarrete, y se le ha juzgado mal, así en el concepto ético como en el literario. Por mucho que se conceda al convencionalismo arcádico y bucólico propio de aquella época y de aquel sistema literario, todavía parecen impropias de un religioso de tan severa observancia como la de San Francisco tantas colecciones de odas eróticas: *Las Flores de Clorila*, *La Música de Celia*, *La Pollita de Clori*, *Á Clori en el lecho*..... Sabemos que el P. Navarrete era un religioso irreprensible; pero, por lo mismo, tales versos, escritos sin el más leve asomo de inspiración sensual, sino por pura imitación y artificio de escuela, son insípidos, triviales y empalagosos. Imitó á Meléndez en lo que Meléndez tiene menos digno de imitación, y aun en esto quedó á larga distancia de la morbidez algo lasciva de su modelo. Lo que más demuestra la pureza de alma del P. Navarrete y la natural tendencia de su espíritu, es que sus anacreónticas sólo resultan agradables cuando, en vez de cantar el deleite, celebra los prestigios de la música ó los encantos de la inocencia.

Pero aun en sus versos amorosos hay una dote muy señalada, que es claro indicio de organización esencialmente poética: el sentido del número y de la armonía, no sólo de cada verso, sino del período entero. El P. Navarrete no es un versificador intachable, y

(1) Nació el P. Navarrete en Zamora de Michoacán, en 16 de Junio de 1768, y murió en 19 de Julio de 1809, siendo Guardián del convento de Tlalpujahua. Era hombre de muy afable trato y de gallarda presencia. De sus *Poesías* hay, por lo menos, dos ediciones, una de México, 1823, y otra de París, 1835. Es la que tenemos á la vista. Está impresa con mucha elegancia, pero afeada por notables incorrecciones, propias de tipógrafos extraños á la lengua castellana.

entre otras cosas abusa de la sinéresis, quizá por defecto de pronunciación americana; pero antes de Pesado y de Carpio, que tampoco están exentos de este género de lunares, nadie versificó en México con tan continua fluidez y tanto respeto al oído. Añádase una lengua naturalmente sana y bastante copiosa, sin alarde ni esfuerzo alguno, lo cual demuestra que el autor, semejante en esto como en otras muchas cosas á Fr. Diego González, ó no sabía francés, ó había formado su gusto y su estilo exclusivamente con la lectura de los poetas latinos y de los antiguos castellanos. Aun en poesías que por otro lado no valen mucho, como sus églogas, es visible el aprovechado estudio de Garcilaso, y quizá más el de Lope de Vega. Se ve que manejaba continuamente el *Parnaso Español*, de Sedano; la *Diana enamorada*, de Gil Polo, y otros libros de los que reimprimió el editor Sancha.

Donde el P. Navarrete raya á mayor altura es en sus poesías morales y sagradas, aunque ciertamente no carecen de defectos, siéndolo, y no pequeño, su misma extensión, unida á cierta languidez soñolienta que en el total de la composición se nota. La inspiración del P. Navarrete tiene siempre algo de intermitente y desigual; discurre con mucha elevación, siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes)*, pero las alas no le sostienen bastante: le falta ímpetu lírico, y es mucho mejor para citado por trozos sueltos que para leído en su integridad. De estas poesías suyas tenemos por la mejor y más cuidada el *Poema eucarístico de la divina Providencia*, que presenta bellos rasgos descriptivos. En otro poemita, *El Alma privada de la gloria*, la ejecución, algo vulgar, nos parece muy inferior á la grandeza de la idea y al mérito del plan. La elegía á la muerte de su madre está bien sentida; pero muchos versos negligentes y prosaicos, y la intervención de nombres tales como *Blas* y *Alejo*, estropean bastante el efecto. ¡Ojalá Navarrete hubiese escrito siempre con aquella indefinible mezcla de sencillez y elegancia que hay en algunos versos de sus *Ratos tristes*, los cuales hacen pensar ya en el próximo advenimiento de la dulce melancolía lamartiniana!; lo cual no es pequeña loa para un poeta del siglo XVIII.

¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
Á mi vida volved, como á esta selva
Han de volver las cantadoras aves,
Las vivas fuentes y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
¡Áridas tierras, más que yo dichosas,
No así vosotras, que os manda el cielo
Anuales primaveras deleitosas
Á coronar con mirtos y con rosas
La nueva juventud de vuestro suelo!

En este género de poesía íntima y de moderno lirismo, sólo Cienfuegos y el P. Navarrete parecen haber adivinado ó presentido confusamente algo, y en este sentido crece la figura del humilde franciscano, y es justo decir de él lo que dijo en México el más popular de los poetas españoles de nuestro siglo: «Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.» Pereció el cantor de Cloris y de Celia; pero sobrenadan algunos versos del poeta místico, que, anhelando por la vida del cielo, exclamaba:

En los campos eternos
Florecerán mis gustos inmortales,
Seguro de los rígidos inviernos.

El exaltado americanismo de D. Juan María Gutiérrez perjudicó mucho al buen nombre del P. Navarrete con la desaforada hipérbole de decir que «rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor». No profanemos los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables. El puesto de Navarrete todavía es honroso, aunque se le ponga donde debe estar, es decir, en su escuela y en su tiempo, al lado de Fr. Diego González y de Meléndez, pero con una nota personal suya, que tampoco es la de Meléndez en la poesía elevada; por más que Meléndez, contra la común opinión, transmitida sin examen desde su tiempo, valga infinitamente más como cantor de la gloria de las artes, ó del fanatismo, ó de la presencia de Dios, ó de la prosperidad aparente de los malos, que como *el dulce Batilo*, autor de tantos idilios, cantilenas

y anacreónticas, para nuestro gusto tan amaneradas y tan marchitas.

El buen ejemplo del P. Navarrete fué seguido por otros poetas clásicos, de mediano estro, pero de buenos estudios, á quienes vino á dar nueva materia la pasión política, excitada por la guerra de la Independencia. Ha de notarse, sin embargo, que por las raras circunstancias que concurrieron en la separación de México, nunca tuvo allí esta poesía del patriotismo americano ni la unanimidad en el sentir, ni la grandeza, la valentía y el arranque que tiene en el cantor de Junín y en otros poetas de la América del Sur. La revolución de México no tuvo su Olmedo, porque tampoco tuvo su Bolívar. Faltó allí la unidad épica que tuvo la guerra del Sur. Itúrbide y los que con él hicieron el plan de Iguala, no eran los que habían acaudillado el movimiento popular de Dolores: nada tenían que ver con las turbas fanáticas que habían seguido á sus curas rurales, á los Hidalgos y Morelos. Eran, al contrario, los realistas de la víspera, los que, en nombre de Fernando VII, habían vencido y fusilado á los primeros insurgentes; los que ahora, en odio á la Constitución de Cádiz, deshacían su propia obra, y ponían bajo el pabellón de las Tres Garantías la custodia del régimen antiguo. Este dualismo, que sólo en los primeros momentos pudo paliarse, este pacto entre enemigos irreconciliables, llevaba consigo el germen de innumerables calamidades intestinas, que muy pronto comenzaron á desarrollarse, quitando á la Revolución desde el primer momento todo carácter de unanimidad y de concordia, lo cual, unido a la intervención del elemento indio, y á la manera feroz y sanguinaria con que generalmente se había hecho la guerra por ambas partes (1) hizo que las Musas huyesen amedrentadas del campo de batalla ó exhalasen sólo acentos débiles y roncos.

Hubo excepciones, sin embargo. Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Ortega, Castillo y Lanzas, encontraron acentos varoniles en algunos momentos de la lucha. Las odas de nuestro Quintana eran el modelo predilecto de todos ellos.

(1) Lo cual no excluyó actos individuales de generosidad heroica como el del general D. Nicolás Bravo perdonando la vida á gran número de prisioneros españoles después del suplicio de su padre.

Renueva ¡oh, musa! el victorioso aliento
Con que fiel de la patria al amor santo
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento.....

Así comenzaba su oda *Al 16 de Septiembre de 1821*, pocos días antes de la entrada triunfal de Itúrbide en México, el abogado yucateco D. Andrés Quintana Roo (1), personaje de los de más cuenta en la primera insurrección, presidente que había sido del Congreso de Chilpancingo congregado por Morelos en 1813, y autor de la primera declaración de independencia; varón respetado siempre entre sus conciudadanos por su probidad y entereza. Tenía Quintana Roo más de magistrado y hombre político que de poeta, pero si no ardían en él muy vivos los resplandores del numen, era elevado su pensamiento, noble y correcta su versificación, severo el tono, como cuadraba á la índole grave de su talento. Hizo mucho estudio de nuestra prosodia, acudiendo á veces en consulta á D. Alberto Lista, de quien fué amigo. Dejó un tratado del sáfico adónico español, y algunas observaciones sobre la *Ortología* del abate Sicilia, obra que introducida por estos tiempos en México, y recomendada por Quintana Roo y por otros, vino muy oportunamente á atajar la licencia desenfrenada de muchos versificadores y á restablecer los sanos principios prosódicos, algo vulnerados por la pronunciación local. Quintana Roo (2), fué de los primeros que dieron el ejemplo, junto con la doctrina, y no eran por cierto frecuentes en México,

(1) Véase esta oda en la *América poética*, de Gutiérrez.

(2) Nació D. Andrés de Quintana Roo en Mérida de Yucatán en 1787 y murió en México en 1851. En *El Ilustrador Americano* y en los varios manifiestos que redactó durante la guerra de la independencia, y en *El Federalista Mexicano* que dirigió despues de la caída de Itúrbide, hay buenas muestras de su prosa enérgica aunque declamatoria, según el gusto de su tiempo.

Noticias de su vida, y de las de los demás poetas que iremos citando, se encuentran en el *Manual de Biografía Mexicana*, de Arróniz, y en las *Biografías de Mexicanos distinguidos*, de D. Francisco Sosa (México, 1884). Es lástima que á estas obras no acompañe la parte bibliográfica, que supliría la falta de una continuación del Beristain.

No sabemos que hayan sido coleccionadas las poesías de Quintana Roo. En las pocas que hemos visto se trasluce la buena educación clásica del au-

en 1821, versos de tan firme y sostenida entonación como algunos de los suyos, verbigracia:

Cual al romper las pléyadas lluviosas
El seno de las nubes encendidas,
Del mar las olas antes adormidas,
Súbito el austro altera tempestosas.....

tor. En la oda del *Diez y seis de Septiembre* hemos notado dos reminiscencias horacianas:

La sangre difundida
De los héroes, su número recrece,
Como tal vez herida
De la segur, la encina reverdece,
Y más vigor recibe,
Y con más pompa y más verdor revive.....

Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frondis in Algido,
Per damna, per caedes, ab ipso
Ducit opes animumque ferro.
(Lib. IV, od. IV.)

Sus nombres antes fueron
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,
Mas nuestros ojos vieron
Brillar el tuyo (*) como en noche hermosa,
Entre estrellas sin cuento
A la luna en el alto firmamento.

Micat inter omnes
Iulium sidus, velut inter ignes
Luna minores.
(Lib. I, od. XII.)

Hay otro poeta yucateco de este tiempo, imitador de Quintana, D. Wenceslao Alpuche (1804-1841). No conocemos sus poesías, publicadas en 1842, y alguna de las cuales según parece, fué acremente censurada por el Conde de la Cortina. Á juzgar por sus títulos, casi todas deben de ser políticas: *Hidalgo*, *Grito de Dolores*, *La Independencia*, *El Suplicio de Morelos*. Don Francisco Sosa publicó en 1873 un *Ensayo biográfico y crítico* sobre este poeta.

Suponemos que figurarán sus versos en la colección de *Poetas Yucatecos y Tabasqueños*, publicada en Mérida de Yucatán, 1861, por D. Manuel Sánchez Mármol y D. Alonso de Regil y Peón. De poetas más recientes de la misma península se ha formado una segunda Antología:

*Poesías escogidas de los Sres. Peón Contreras (D. José), Zorrilla (D. Ovidio), Ponce y Font (D. Bernardo), Santa María (D. Javier), Casellas Rivas (D. Roberto), Peón del Valle (D. José), Vadillo Argüelles (Presbítero D. Francisco), Rubio Alpuche (D. Nestor). Con un prólogo de D. Rodolfo Menéndez* (Mérida de Yucatán, 1886).

(*) El de Itúrbide.

El mismo Sánchez de Tagle, poeta más fecundo y variado que Quintana Roo, dista mucho de haber puesto igual esmero en la construcción de sus versos. Sus composiciones eróticas y anacreónticas valen todavía menos que las del P. Navarrete, de quien puede ser considerado como discípulo, no sólo en este género insulso y trivial, sino en otros de más alta poesía. *El Entusiasmo en una noche serena*, la oda *A la Luna en tiempo de discordias civiles*, *La Melancolía*, *Al Ser Supremo en el día de mis bodas*, indican las tendencias del poeta á la meditación filosófica, siguiendo las huellas del cantor de *La Divina Providencia* y de los *Ratos tristes*, pero son tan desiguales, y en general tan lánguidas, que ninguna de ellas puede entrar en una colección selecta. La sincera piedad del autor, su ternura doméstica, su austeridad moral, le hacen simpático y recomendable, pero de sus poesías sólo pueden entresacarse fragmentos, y no de primer orden. La misma oda *A la Luna*, que tiene una entrada grave y solemne, muy directamente imitada de la elegía de Meléndez *A las miserias humanas*, hasta el punto de ser idéntico el primer verso:

¡Con qué silencio y majestad caminas,
Por miles de luceros festejada,
Súbditos que dominas,
Ornato augusto de la noche helada.....

está afeada por versos tales como éstos, que son purísima prosa:

Y la sombra huye sin saber á donde.....
Y pensaba engullir el caos menguado.....
Ahora ¡oh dolor! en hórridas reuniones
Preparan combustiones.....
Y el fervoroso anhelo
Del patriota veraz será frustrado.....

Entre los versos políticos de Sánchez Tagle, sobresale la oda que en presencia de Itúrbide leyó *A la entrada del ejército trigarante en México*, y el romance heroico en que celebró la salida de Morelos del sitio de Cuautla, en 1812 (1). Años antes, en 1804, había dedi-

(1) Nació D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle en Morelia (antes Valladolid de Michoacán), en 11 de Enero de 1782, y murió en México en 7 de

cado á Carlos IV una oda encomiástica (1), y en 1808 otra *A la gloria inmortal de los valientes españoles y á la coronación de Fernando VII.* Cosa ligera y alada es el carácter de los poetas.

Más brío, más alma de poeta, y más corrección también hay en las obras de D. Francisco Ortega (2), ardiente partidario de las ideas republicanas, en nombre de las cuales dirigió á Itúrbide, no cánticos de gloria, sino severa invectiva en el día de su coronación. Va en nuestra Antología este valiente rasgo de elocuencia poética que tenemos por superior á su poemita religioso *La Venida del Espíritu Santo*, muy ensalzado por los críticos mexicanos. Hay en este poema felices imitaciones de Milton en la descripción de los espíritus infernales, cierta gravedad y precisión teológica de frase, pero el conjunto resulta pesado y palabrero, sobre todo por un larguísimo razonamiento del demonio. La manera de Ortega en la poesía sagrada es muy semejante á la de los poetas de la escuela sevillana

Diciembre de 1847. Gozaba fama de excelente teólogo y canonista. Redactó el acta de independencia de 1821, y fué diversas veces senador por el Estado de Michoacán. En 1833 destruyó gran parte de sus poesías. Las que se salvaron fueron publicadas después de su muerte en 1852, con un prólogo de D. José Joaquín Pesado, que dice de Tagle: «dejó como hombre privado memorias gratísimas de sus amables prendas y de sus virtudes.»

(1) Esta oda en seis estrofas sáficas, por cierto bastante ridículas, obtuvo uno de los seis premios de cincuenta pesos que costeó el adulador y cortesano Beristain para celebrar la erección de la notable estatua ecuestre de aquel monarca, obra del escultor D. Manuel Tolsa. Concurrieron al certamen más de *doscientos* poetas. Vid. *Cantos de las Musas Mexicanas con motivo de la colocacion de la estatua equestre de bronce de nuestro Augusto Soberano Carlos IV. Los publica el Dr. D. Joseph Mariano Beristain de Sousa..... Canónigo de la Metropolitana de México. En México: Por D. Mariano de Zúñiga y Ontiveros..... año de 1804.*

(2) Nació Ortega en México en 13 de Abril de 1793, y murió en 11 de Mayo de 1849. Fué prefecto de Tulancingo, diputado en varias legislaturas y subdirector del Establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades. Se le atribuye la redacción de las *Bases Orgánicas* de 1841. Sus *Poesías* líricas se publicaron en 1839: hay en ellas una especie de loa titulada *México libre*, que se representó en 27 de Octubre de 1821, día de la jura de la Independencia. Dejó manuscritas una tragedia y una comedia originales, y una traducción de la *Rosmunda*, de Alfieri. Publicó en diversos tiempos varios opúsculos políticos.

de fines del siglo XVIII: Lista, Reinoso, Roldán; pero quizá más jugosa y menos rígida. Transcribiremos algunos versos del final del poema, como muestra de la versificación acendrada y noble estilo que generalmente emplea su autor:

Ya la tierra anchurosa
Es toda del Señor Omnipotente;
Su diestra poderosa
De fuego precedida refulgente,
Á su Espíritu envió; ningún viviente
De su calor se esconde inextinguible;
Con él quemó el escudo
Y quebró el arco de Satán sañudo,
Y sus armas también; vióse terrible
Sobre todos los dioses.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
No hay lengua que no entienda y aperciba
Su voz que el orbe llena,
Su voz que siempre asciende en llama viva.
Por los desiertos de la Libia ardiente,
Por los pueblos flecheros,
Del Septentrión al Sur, de Ocaso á Oriente,
De Jehová mensajeros
Corren, vuelan, enseñan, iluminan;
El sacerdote, el mago, el ignorante,
El filósofo, el príncipe arrogante
Oyen, aprenden, arden, vaticinan.

Todo esto está correcta y decorosamente dicho, pero léase la *Pentecoste*, de Manzoni, y se verá lo que es tratar poéticamente el inefable tema de la venida del Espíritu Santo.

Con ser Ortega ingenio de mediano vuelo, todavía valió en él más el poeta político que el poeta religioso. Su oda *Aniversario de Tampico*, nos parece superior al tan ponderado canto de D. Joaquín del Castillo y Lanzas (1), *A la victoria de Tamaulipas*, poesía kilomé-

(1) Don Joaquín María del Castillo y Lanzas nació en Jalapa en 11 de Noviembre de 1781, y falleció en 16 de Julio de 1878. Fué diplomático, hombre político y periodista. Representó á su país en Inglaterra y en los Estados Unidos. Sus poesías, con el título de *Ocios juveniles*, fueron impresas en Filadelfia en 1835, y son raras. Hay entre ellas algunas traducciones de poe-

trica, que tiene mucho de Gaceta en verso, y que en sus mejores pasajes no pasa de imitación harto servil del *Canto á la victoria de Junín*, resultando Castillo tan inferior á Olmedo, como inferiores eran los generales Santa Ana y Terán, que disiparon la descabellada intentona de Barradas, á aquel rayo de la guerra que se llamó

tas ingleses (Byron, Mrs. Hemans...). Gutiérrez reprodujo en la *América poética* algunas poesías de Castillo, entre ellas el *Canto de Tamaulipas*.

El pasaje más notable del *Canto de Tamaulipas*, siquiera como descripción animada y progresiva, me parece el siguiente, ya muy próximo al final:

Reina la noche y el silencio reina,
Y osténtase serena
La faz del cielo, mas doquier cargada
De míseros despojos la ribera,
En que se estrella fiera
Con ronco son la mar.
La voz es dada.
Y marchan, y se acercan, y al asalto
Se arrojan denodados: la estacada
Del erguido fortín atrincherado,
Y de tonantes bocas coronado,
Salvan con gran valor: el foso pasan
Con ímpetu veloce, presentando
Cual fuerte muro el pecho generoso.
Regido por la mano del encono
Abre el cañón ibero, retumbando,
Larga calle en las filas que se cierran,
Y de nuevo otras abre, que cual antes
Se cierran sin tardar; y no se aterran
Los libres al horror, si más pujantes
Avanzan, con intrépida firmeza,
Y ya con los contrarios brazo á brazo
La lid, el campo, el suelo en cruel porfía,
Disputan á la vez; y de humo envuelto
En densa niebla sube el grito insano
De lúgubre agonía.
Vuela activa la muerte. Un hondo lago
Forma en raudal la sangre; y foso, y río,
Y mar en ella tintos
De aquel choque postrero muestran cuánta
Es la tremenda furia: allí hacinado
Un cuerpo sobre el otro cuerpo frío
De los que sucumbieron, se levanta
Sangriento valladar, que es derribado,
Y flotan sus reliquias lamentables,
Sobre las aguas, lentas se moviendo.

Hay aquí talento de narración histórica, pero no sé si de narración poética. Compárese Olmedo.

Simón Bolívar, fundador de cinco naciones desde las bocas del Orinoco hasta el Potosí argentífero.

El presbítero D. Anastasio de Ochoa y Acuña, es, aunque del mismo tiempo y escuela, poeta de muy diversa índole que los anteriores. Había pertenecido á la *Arcadia Mexicana*, y ya en 1806 se insertaban versos suyos en el *Diario de México* al lado de los del P. Navarrete. Era por su educación poeta del siglo XVIII y no del XIX, ni aun en aquello poquísimo que los cantores de la guerra de la Independencia podían tener de innovadores, innovación que en último resultado consistía en sustituir la imitación de Meléndez por la de Quintana ó Gallego. La poesía festiva parece haber sido el género predilecto de Ochoa, y sus modelos Iglesias en las letrillas y en los epigramas, Tomé de Burguillos, ó séase Lope de Vega, en los sonetos jocosos. Pondérase mucho el gracejo de los versos de Ochoa, pero debe de tener algo de local y transitorio, porque no hemos acertado á percibirle, ni comprendemos la razón de las estrepitosas carcajadas que su lectura arranca á algunos críticos mexicanos, que llegan á compararle con Góngora y Quevedo. Para nosotros, Ochoa vale principalmente como humanista, y su mejor lauro será siempre su bella traducción de *Las Heroídas de Ovidio* en romance endecasílabo, muy exacta, y á veces poética, con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda y muelle del original, y resulta agradable cuando la fluidez no degenera en desaliño (1).

(1) Al Sr. D. Francisco Sosa, diligente biógrafo de los mexicanos ilustres, debemos un ejemplar de esta versión, que en México mismo es rara y poco conocida aunque tan estimable. (*Las Heroidas de Ovidio, traducidas por un mexicano.* México, imprenta de Galván, 1828, 2 tomos en 8.°) Hizo Ochoa otras muchas traducciones, algunas de las cuales no llegaron á imprimirse, como la de algunos cantos del *Telémaco* en octavas reales, la del *Bayaceto*, de Racine, la de la *Virginia* de Alfieri, la de la *Penélope*, tragedia latina del Padre Andrés Fritz, jesuíta. Arregló la *Eugenia,* comedia de Beaumarchais, y escribió dos comedias originales, que tampoco sabemos que se hayan impreso ni representado, aunque sí una tragedia titulada *Don Alfonso*. Cítase también como suya una versión de *El Facistol* ó *Lutrin*, de Boileau. Otras de las elegías latinas del P. Remond y de algunos fragmentos del poema del Padre Abad, están en la colección general de sus versos, que con el título de

Mientras estos poetas y otros más obscuros y medianos conservaban en la lírica las tradiciones del siglo XVIII, habíase dado á conocer en los teatros de Madrid un poeta de verdadero talento cómico, y que sólo ó casi sólo llena en la historia de nuestra escena el período intermedio entre Moratín y Bretón, siendo en parte continuador del uno y en parte precursor del otro, sin dejar de tener fisonomía propia, aunque más débil y apagada que ellos. Don Manuel Eduardo de Gorostiza, hijo de padres españoles (1), trasladado á España á los cuatro años, capitán de granaderos en nuestra guerra de la Independencia, pertenece á México, no sólo por su nacimiento (2), sino también por su vida pública posterior á 1824,

*Poesías de un mexicano* se publicaron en Nueva York, en 1828 (2 tomos en 8.º).

Nació D. Anastasio de Ochoa en Huichapán, en 27 de Abril de 1783, y murió en Querétaro, de donde era párroco, en 4 de Agosto de 1833. Su nombre arcádico fué *Antinio*, como el de Navarrete había sido *Anfriso*. Sus versos de burlas los firmó á veces con el anagrama de *Anastasio de Achoro*, y otras con el pseudónimo de *El Tuerto*.

(1) El general D. Pedro Fernández de Gorostiza, gobernador de la plaza de Veracruz, y su esposa D.ª María del Rosario Cepeda, señora de excepcional cultura, de quien da estas peregrinas noticias el biógrafo de los gaditanos ilustres: «en 1768 sostuvo unos actos literarios en público, en los que »peroró en griego, latín, italiano, francés y castellano, dando exacta razón »de sus respectivas gramáticas, y respondiendo á más de trescientas pregun»tas que se le hicieron de diferentes épocas de la historia. Recitó una oda »de Anacreonte, tradujo una fábula de Esopo, y prosiguió en otro día expli»cando los elementos de Euclides en que se acreditó su claro entendimien»to y singular ingenio, siendo sólo de edad de doce años y medio. Fué muy »aplaudido su lucimiento. Diez y ocho distintos sujetos escribieron sobre »este asunto, loando á esta señorita, de cuyos papeles se formó un volumen »que se imprimió en Cádiz en el mismo año de 1768: alguna adulación se »nota en ellos. El Ayuntamiento de su patria la nombró por su regidora ho»noraria con gajes.»

*Memorias para la Biografía y Bibliografía de la isla de Cádiz, por D. Nicolás María de Cambiaso.* (Madrid, 1829, tomo 1, pág. 79).

Véanse más pormenores en la riquísima *Biblioteca de escritoras españolas*, de D. Manuel Serrano y Sánz (tomo 1, pág. 268).

(2) Nació D. Manuel Eduardo de Gorostiza en Veracruz el 13 de Octubre de 1789, murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. El mejor estudio y la

en que entró al servicio de su patria constituída ya en nación independiente, pero apenas pertenece por su literatura, puesto que con una sola excepción todas sus comedias originales fueron estrenadas

mejor biografía que conozco de él son los *Datos y apuntamientos*, de D. José María Roa Bárcena, insertos en el tomo I de las *Memorias de la Academia Mexicana* (páginas 89 á 202). En México se publicó también, el año de la muerte de Gorostiza, una *Corona poética* en su honor, con versos de varios poetas mexicanos y de los montañeses D. Anselmo de la Portilla y D. Emilio Rey. Las comedias de Gorostiza representadas en España se imprimieron sueltas en Madrid por este orden: *Indulgencia para todos* (1818), *Las costumbres de antaño* (1819), refundida luego por el autor en México, 1833, para quitar las alusiones á la boda de Fernando VII: esta refundición lleva el segundo título de *La Pesadilla)*, *Tal para cual ó las mujeres y los hombres* (1820), *Don Dieguito* (1820), *El Jugador (imitada de la que escribió Regnard con el mismo título en francés)* (1820), *Contigo pan y cebolla* (1833). Hay dos colecciones: *Teatro original de M. Eduardo de Gorostiza* (París, Rosa, 1822: con dedicatoria del autor á Moratín), *Teatro escogido* de..... (Bruselas, Tarlier, 1825: se añade una comedia de la cual no hemos visto edición española, *El amigo íntimo*, imitación libre y muy chistosa de un *vaudeville* francés, que lleva el título de *Mr. Sansgêne ou L'Ami de Collége*). Con el título de *Apéndice al Teatro escogido* de..... se publicaron en París, 1826 (Rosa y Compañía), dos tomitos que contienen las refundiciones hechas por Gorostiza de *Bien vengas mal si vienes solo*, de Calderón (con el título de *También hay secreto en mujer*), y de *Lo que son mujeres*, de Rojas, con una advertencia curiosa del refundidor.

No son estas, ni con mucho, todas las obras dramáticas de Gorostiza. Por lo menos deben agregarse las siguientes:

*El Cocinero y el Secretario*, imitación de *Le Secrétaire et le Cuisinier*, de Scribe y Mélesville. Representada en 1821, según se infiere de un artículo de *El Censor*, tomo X, págs. 230-231. La edición que hemos visto es de Madrid, 1840.—*Una noche de alarma en Madrid*, comedia en un acto, 1821.—*El Amante Jorobado.—Las cuatro Guirnaldas.* (Cita estas dos piezas Moratín en el *Catálogo* que acompaña á la edición definitiva de su Teatro, París, 1825).—*El novio austro ruso* (Hartzenbusch, en sus adiciones al *Catálogo* de Moratín, tomo II de la Biblioteca de Rivadeneyra, dice que esta comedia se atribuye á Gorostiza).—*La casa en venta*, comedia fundada en una opereta de Alejandro Duval, que ya había tenido tres versiones castellanas, una de D. Félix Enciso Castrillón, otra de D. Eugenio de Tapia, y la tercera anónima. Vid. Cotarelo (D. E.) *Isidoro Máiquez*, págs. 103-104.

Ninguna de estas producciones quiso coleccionar Gorostiza, sin duda por ser arreglos ó piezas políticas de circunstancias. De las que compuso en México, sólo conocemos las que figuran en la edición que forma parte de la cu-

en Madrid y escritas para un auditorio español, sin que en parte alguna se trasluzca la oriundez americana del poeta. México le debió eminentes servicios, ya como diplomático, ya como reformador de la instrucción pública, ya como fundador de benéficos asilos, ya como militar que á los sesenta años resistió noble, aunque desgraciadamente, la invasión *yankee* en 1847; pero el Gorostiza plenipotenciario de la República en Londres, ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores, defensor de Churubusco, era ya persona muy dis-

riosa y útil *Biblioteca de Autores Mexicanos* de D. Victoriano Agüeros (1899-1902). Los tres primeros tomos reproducen el contenido de las ediciones de París y Bruselas (salvo la comedia *Tal para cual*, que se le pasó por alto al colector mexicano). El cuarto añade las obras siguientes, todas en prosa: *Don Bonifacio*, juguete en un acto, original al parecer.—*La madrina*, comedia en un acto, imitada de *La marraine*, de Scribe, Lockroy y Chabot.—*Paulina ó ¿se sabe quién mueve los alambres?*, comedia en dos actos, imitada del francés.—*La hija del payaso*, comedia en un acto, arreglada al teatro mexicano.—*Estela ó el padre y la hija*, imitada de Scribe (hay otra traducción hecha por García Gutiérrez).—*¡Vaya un apuro!*, comedia en dos actos, arreglada al teatro mexicano, con el seudónimo del «Licenciado Sánchez Vicuña, natural de Maravatio».—*Un enlace aristocrático*, traducción de *Le Mariage Enfantin* de Scribe y Delavigne. Con el mismo seudónimo que la anterior.

Falta en la colección de México el arreglo ó refundición de *Emilia Galotti*, que existe ó existía manuscrita en poder de la familia de Gorostiza, y de la cual sólo sabemos que fué representada en el teatro principal de México.

Publicó, además, en Londres y Bruselas, algunos folletos de circunstancias, entre ellos una *Cartilla política*, que no hemos visto, y *Tres cartas* (en francés) *dirigidas por un mexicano á los redactores del Correo de los Países Bajos*. Fueron muy celebradas sus notas diplomáticas durante la difícil misión que desempeñó en los Estados Unidos. Vid. *Contestaciones habidas entre la Legación extraordinaria de México y el Departamento de Estado de los Estados Unidos*, México, 1837. No sólo las notas sino la introducción de este libro oficial que dá la historia de las negociaciones son de Gorostiza.

Pasma la ligereza con que Altamirano y Pimentel atribuyeron á Gorostiza el *Diccionario crítico-burlesco*, obra conocidísima de D. Bartolomé J. Gallardo.

Tampoco debe confundirse á nuestro autor con un hermano suyo D. Pedro de Gorostiza y Cepeda, nacido no en México sino en España, que fué también poeta dramático, á quien se deben apreciables traducciones en verso, entre ellas la del *Luis XI* de Casimiro Delavigne (uno de los grandes triunfos del actor D. José Valero), y algunas obras originales, como *El desconfiado*, comedia, y *Pedrarias Dávila*, drama.

tinta del Gorostiza orador de *La Fontana de Oro* y de los clubs patrióticos de Madrid en el período constitucional del 20 al 23, y aplaudidísimo autor dramático desde que en 1818 dió á las tablas su mejor comedia *Indulgencia para todos*. Su carrera dramática se había cerrado definitivamente en 1833 con otra linda comedia que desde Bruselas envió á Madrid, *Contigo pan y cebolla*. En México no sabemos que hiciera representar otra cosa que traducciones y arreglos, entre ellos uno de la tragedia *Emilia Galotti*, de Lessing, que no llegó á imprimirse y que sería curioso cotejar con *Un duelo á muerte*, admirable drama en que García Gutiérrez hizo española la concepción del autor de la *Dramaturgia*.

Pocos versos líricos conocemos de Gorostiza, y entre ellos sólo merecen recordarse un lindo romance morisco escrito en 1819, y algún soneto político (1). Pero debió de hacer muchos en sus mo-

(1) Las más antiguas poesías de Gorostiza se hallan en la *Crónica Científica y Literaria*, revista que dirigía en 1819 D. José Joaquín de Mora. Las indicarémos por la rareza de este periódico.

En el núm. 187 (12 de Enero de 1819), hay un soneto *á la temprana muerte de la Reina nuestra Señora* (D.ª María Isabel de Braganza).

Pasa el amanecer de un bello día.....

En el núm. 223 (18 de Mayo de 1819), una oda *á la expedición de Ultramar*. Contra ella se publicó una censura llena de reparos gramaticales en el número 231 (15 de Julio) con las iniciales P. H. de J. Replicó Gorostiza en el núm. 235 (29 de Junio).

En el núm. 262 (1.° de Octubre), un romance á la Condesa de Alcudia.

Rica de nobles virtudes.....

Estas tres composiciones son del más fervoroso realismo, é indican lo mismo que *Las costumbres de antaño* en su primera redacción («escrita de orden superior»), que el autor disfrutaba entonces del favor y la confianza de Fernando VII.

La oda *á la expedición de Ultramar* contrasta notablemente con los rumbos políticos que luego siguió el poeta. Sin duda cuando la escribió no se consideraba como americano á pesar de su nacimiento en Veracruz. A título de curiosidad histórica reproducimos algunas estrofas:

Guerra, guerra resuene,
De las débiles almas á despecho,
Desde el alto Pirene

cedades, porque la versificación de sus comedias, aunque diste mucho de ser intachable, indica la mano de un artífice ejercitado que gusta de luchar con las dificultades de la rima y que se complace

Hasta el hercúleo estrecho,
Y guerra sienta el indignado pecho.
No es baja tiranía,
Ni de sangre y conquista sed rabiosa,
La que fiera os desvía
De la patria amorosa,
Ni la codicia de riqueza ansiosa:
Derechos más sagrados
Defenderán con generoso anhelo
Esos nobles soldados
A quienes guarda el cielo
Nuevos laureles en distante suelo.
Tres siglos transcurrieron
Desde que los pendones de Castilla
Tremolantes se vieron
En la argentina orilla:
Tres siglos hace que cantaba Ercilla.
Si el indio desgraciado
No existe ya; si el mísero vencido
Cedió al acero airado
Del vencedor temido,
Como la flor al cierzo embravecido,
¿Quién pues osado intenta
Romper el feudo, y mancillar la gloria?
¿Quién el suelo ensangrienta?
¿Quién busca la victoria?
¿Quién oscurece la inmortal memoria?
¿Del Inca soberano
Acaso el descendiente? ¿Es el biznieto
Del gran Caupolicano?
¿El Popayán inquieto?
¿Ó el necio esclavo al ídolo sujeto?
Mas, ¡ay! no, no son estos
Los que á su madre patria han provocado:
Son los bastardos restos
De Pizarro esforzado,
Los hijos de Valdivia y Alvarado.
Ellos son los que agitan
La rebelde bandera; ellos son hora
Los que venganza gritan,
Y guerra asoladora,
Y libertad, y libertad traidora.
Ellos los que desean
Vengar al indio que inmoló su acero,
Y en su nombre pelean,
Cual lobo carnicero
Que con la piel se viste del cordero.
Ellos los que proclaman
Deberes y justicia en sus razones,

en hacer alarde de su destreza técnica. Quizá la mayor novedad de su teatro, la que más le separa de Moratín, es no sólo el uso de la rima perfecta alternando con el romance octosílabo, sino el em-

Cuando en su auxilio llaman
Á los Drakes ladrones
Que de su seno arrojan las naciones.
  Y ellos quienes las manos
En sangre fratricida se tiñeron
De mil muertos hermanos;
Porque españoles fueron,
Y por ser españoles perecieron.....

Durante el período constitucional del 20 al 23 *(los mal llamados tres años*, que decían los realistas), Gorostiza que no carecía de dotes oratorias, se hizo notar por sus peroraciones tribunicias en las sociedades patrióticas del café de Lorencini, de la Fontana de Oro, y de la Cruz de Malta, figurando en prira línea entre los liberales màs exaltados. Y aunque no llegó á ser diputado, ni ejerció cargos públicos, contrajo bastantes méritos revolucionarios para que la reacción triunfante le condenase á destierro y confiscación de bienes. Sus escritos políticos de entonces deben buscarse en los periódicos de que fué redactor: *El Constitucional* (13 de Marzo á 31 de Diciembre de 1820, en colaboración con D. José Joaquín de Mora y D. Agustín de Letamendi), y *El Correo general de Madrid* (1.° de Noviembre de 1820 á 28 de Febrero de 1821, en colaboración con Mora y D. Félix Mejía, famoso director de *El Zurriago*). Como muestra de los versos de circunstancias que entonces solía componer, puede bastar el siguiente soneto que copia D. Ramón de Mesonero Romanos en sus deliciosas *Memorias de un setentón* (Madrid, 1880, pág. 215). Es un brindis pronunciado por Gorostiza en el banquete que las Sociedades patrióticas de Madrid organizaron en Abril de 1820 para obsequiar al brigadier D. Felipe del Arco Agüero, comandante de Estado Mayor del ejército sublevado en la isla de León (el ejército que debía haber hecho y no hizo la *expedición á Ultramar* cantada un año antes por el mismo poeta):

  Esos gritos de plácida alegría,
Gritos de libertad, vivas sinceros,
No los pronuncian labios embusteros,
No los dicta servil hipocresía.
  El odio hacia la infame tiranía,
El amor á la patria y á sus fueros,
Son de los españoles verdaderos
La divisa tan sólo en este día.
  Recibe, pues, valiente ciudadano
(Gloria eterna del cuerpo en que serviste)
De nuestra gratitud la fe sencilla.
  Constitución y Rey firmó tu mano,

pleo de diversas combinaciones métricas que el clasicismo severo excluía de la comedia por incompatibles con el exacto remedo del lenguaje de la conversación. Las dos ultimas comedias de Gorostiza están en prosa como *El café* y *El sí de las niñas*, y son en el diálogo las más endebles de todas, porque la prosa no puede pasar en el teatro castellano sino á condición de ser perfecta, y Gorostiza distaba mucho de ser un clásico ni un hablista de primer orden. Su ingenio festivo y ameno, pero algo superficial, se luce más en el diálogo en verso, donde no sólo emplea redondillas, quintillas y décimas, sino en cierta ocasión un soneto, y en otra unas estancias de arte mayor en castellano antiguo (1). Hay cierta

Constitución y Rey ganar supiste,
Constitución y Rey diste á Castilla.

El romance morisco, á que aludo en el texto y reproduje en mi *Antología*, se publicó en *El Museo popular* de México, 1840:

No pienses, Zaida enemiga,
que se ignoran tus traiciones.....

Por la semejanza de estilo acaso pudiera atribuirse á Gorostiza otro romance del mismo género, que se encuentra en la *Crónica Científica y Literaria*, núm. 235, 29 de Junio de 1819:

Los pomposos alquiceles
Desplegan ya en Vivarrambla.....

(1) Este metro, de carácter tan romántico, no reapareció en el teatro español hasta el *Macías* de Larra (1834), que intercaló en el cuarto acto una *trova* en versos dodecasílabos. Pero las estancias que pronuncia D.ª Inés en *Las costumbres de antaño* (1819), además de ser anteriores en trece años están mejor construídas, porque Gorostiza era más diestro versificador que Larra. Citaré sólo un fragmento:

Catorce vegadas he visto con flores
Ornarse los campos, é á la mariposa
Mecerse en su cáliz, robando envidiosa,
Á par de la abeja, sustancia é colores.
Catorce vegadas oí ruiseñores
En suaves concentos cantar sus querellas;
E tambien catorce burlábame de ellas;
Ca non conoscia qué cosa era amores.
Mas ¡ay sin ventura! la paz que yo habia
Huyóse del pecho, cual sombra ligera,
É lo muy tranquila que entonces viviera,
Castígame el cielo con gran tiranía;

timidez en estos ensayos de rima perfecta, pero así ellos como los que poco antes y poco después aventuraron en sus olvidadas comedias Ramírez de Arellano, Enciso Castrillón, Burgos y algún otro, eran un paso, aunque incierto y débil, para el restablecimiento de la antigua libertad de las formas métricas en el teatro, y prepararon el triunfo completo que en 1831 logró Bretón con su *Marcela*.

Por lo que toca á lo más sustancial del arte dramático, Gorostiza es poeta de segundo orden, aun dentro de su género y escuela, y está, respecto de Moratín, á la misma distancia próximamente á que está Regnard respecto de Molière. Pero todavía este lugar es muy honroso y supone condiciones positivas, aunque parezcan modestas. El principal mérito de Gorostiza, el que hace que sus comedias, en medio de la sencillez casi infantil de su estructura, agraden tanto leídas, y haría seguramente que agradasen bien representadas, está en la viveza y movimiento del diálogo, en la abundancia de sales cómicas, en una continua alegría inocente, bondadosa y comunicativa, que por todas las venas de la composición circula, ahuyentando el mal humor y el tedio. No es Gorostiza ningún modelo de buen gusto, ni de buen tono, como ya advirtió Larra: fácilmente se resbala á vulgarismos y chocarrerías, que son copia fiel del estilo usado en las tertulias madrileñas de la clase media de su tiempo: carece, por otro lado, de aquel inagotable te-

Sin sueño de noche, sin gusto de día,
Sollozo, suspiro, fenecer me siento;
É como la rosa por cálido viento,
Ansi se marchita la mi lozanía.
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,
Al punto se bajan como avergozados,
É luego al soslayo, sin ser levantados,
Curiosos indagan, é tiernos se miran.
Los pechos entonces á la par respiran;
Las manos se enlazan, los labios se mueven,
É amantes se juran, é finos se atreven;
Ca dos que se adoran muy pronto deliran.....

Al intentar esta restauración del metro de Juan de Mena, Gorostiza tuvo presente sin duda el ejemplo de su maestro Moratín en los conocidos versos al Príncipe de la Paz:

Á vos el apuesto cumplido garzón.....

soro de dicción castiza, familiar y picaresca con que Bretón realza los asuntos más triviales y da valor poético á las circunstancias más prosaicas y baladíes. Pero sin llegar á tanto, Gorostiza tiene una condición indispensable en el poeta cómico, la *de divertir*, que es precisamente la que faltó á Burgos y á Martínez de la Rosa, á Tapia y á Gil y Zárate y á los poquísimos que en el reinado de Fernando VII escribieron comedias, y que generalmente eran más literatos que Gorostiza. Pero compárese cualquiera obra de éste con *La Niña en casa y la madre en la máscara*, ó con *Los Celos infundados*, ó con *Los Tres iguales*, y se verá palpablemente la ventaja que les lleva el dramaturgo mexicano en algo que es esencial al arte cómico, aunque no sea lo más elevado y lo más difícil de él. Tuvo Martínez de la Rosa, como poeta cómico de la escuela de Moratín, cuantas condiciones pueden dar la reflexión y el estudio, pero le faltó la gracia, que por el contrario brota, sin esfuerzo, bajo la pluma de Gorostiza, así en sus comedias propiamente dichas, como en sus farsas y juguetes, *Las Costumbres de antaño*, *Tal para cual*, *El Amigo íntimo.*

A esta condición une otra superior todavía: la observación exacta, aunque somera, de las costumbres. Un período de nuestra historia social de principios del siglo XIX está en las comedias de Gorostiza, y sólo podemos lamentar que sean tan pocas. Es cierto que el autor no ahonda mucho, pero reproduce con fidelidad el aspecto exterior de las cosas, y algunas veces, como en su última comedia, penetra más, y nos conserva, aunque en caricatura, un modo de sentir propio de la generación romántica, cuando el idealismo pareció invadir hasta el trato doméstico.

Flaquea, no obstante, Gorostiza en otros puntos todavía más capitales de su arte. O por ligereza de espíritu, ó por haber escrito muy joven sus comedias, le faltó aquel superior concepto de la vida, que en los grandes maestros del género, en Terencio, en Ruiz de Alarcón, en Molière, en Moratín, da á la comedia una elevación moral y poética, unas trascendencia humana, que de ningún modo ha de confundirse con la intención pedagógica ni con la moral casera. En Gorostiza son triviales las moralidades, figurones sin consistencia los caracteres, y la acción tan pobre, que en un repertorio tan redu-

cido, no más que de cinco piezas originales, ha encontrado el autor modo de repetir cuatro veces el mismo recurso dramático, que es por cierto de los más artificiales y contrarios á la verisimilitud, el de introducir una comedia dentro de otra, haciendo que varios personajes se pongan de acuerdo para dar una broma ó una saludable lección al protagonista. Todo esto quiere decir que en el teatro de Gorostiza lo cómico no brota directamente de la realidad, observada con paciencia y con amor, y transformada en materia poética, conforme á las peculiares leyes de la lógica artística; sino que el autor lo crea y produce de un modo arbitrario y exterior, para arrancar la risa de un momento. De aquí la exageración caricaturesca en unos personajes, como la romántica de *Contigo pan y cebolla*, que es más bien una loca de atar, ó la ruin familia en que ha caído *Don Dieguito*, la cual familia, no sólo es ruin y bellaca, sino que comete la necedad de hacer alarde de ello ante quien menos debiera por su particular interés; y la falta de estudio y solidez en otros que podían ser germen de verdaderos caracteres cómicos, como el D. Severo de *Indulgencia para todos*, cuya severidad é intolerancia nos consta porque los demás lo dicen, y por sus propios alardes, pero no porque el autor se tome el trabajo de razonarla ni explicarla más que con el vago motivo de lo mucho que admiraba las virtudes estoicas de griegos y romanos (1). La única comedia de Gorostiza en que hay un carácter bien estudiado y una intriga cómica natural y bien desenvuelta, es *El Jugador*, pero lo mejor que tiene esta comedia no es de Gorostiza, sino de Regnard, como el imitador lealmente confiesa en la portada de la edición madrileña, y sólo puede conce-

(1) Prescindiendo de la trama algo inocentona y pueril, *Indulgencia para todos* es la comedia de Gorostiza que tiene un pensamiento más grave y humano, é implica una lección de tolerancia, muy oportuna en los tiempos de loca intransigencia política en que su autor la hizo representar. El germen de la pieza puede encontrarse como ya advirtió D. Alberto Lista *(El Censor*, 1822, tomo XVI, pág. 410), en el ingenioso apólogo de Voltaire, *Memnon ó la cordura humana*. Memnon que se había propuesto como D. Severo de Mendoza ser constantemente sabio y virtuoso, comete mil desatinos el mismo día en que toma tal resolución, y escarmentado por la vida acaba por apearse de su orgullo filosófico. Pero la semejanza es vaga y genérica.

dérsele el mérito muy secundario de haber simplificado la comedia francesa y haberla adaptado á nuestras costumbres nacionales (1).

La comedia clásica ó moratiniana, cultivada por Gorostiza, no tuvo en México ningún imitador de cuenta. Túvolos, en cambio, el drama caballeresco y romántico, cuando ya definitivamente había triunfado en la Península por el esfuerzo de tan grandes ingenios como el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch. Con esta influencia se combinó la del romanticismo lírico, y de uno y otro fueron intérpretes dos ingenios de no vulgares dotes, aunque hoy un poco decaídos de la estimación que en su tiempo lograron: Fernando Calderón é Ignacio Rodríguez Galván. La razón del fracaso de la tentativa de estos ingenios, no tanto consistió en su endeblez ó falta de numen, puesto que los dos, y especialmente Galván, eran notables poetas, cuanto en la errada dirección que siguieron, asimilándose del programa romántico, no la parte eterna é indiscutible, que es la emancipación de las formas artísticas, sino las condiciones técnicas más exteriores, y precisamente aquellas que menos cuadraban á la índole de la poesía americana. Entre los varios y complejos impulsos que coadyuvaron á la gran revolución literaria que llamamos *romanticismo*, fueron los dos predominantes, el subjetivismo ó individualismo lírico, y el sentimiento arqueológico é histórico, dirigido con preferencia á las costumbres, recuerdos y monumentos de la Edad Media. El primero podía ser trasplantado sin dificultad á América, y lo fué en efecto, si bien los románticos americanos, con la excepción muy brillante de algún colombiano y de algún argentino, cayeron en una imitación todavía más servil y más estéril que lo había sido la de los llamados *clásicos*. Habían cambiado los modelos: no eran ya Horacio ni Quintana, pero eran Byron, Víctor Hugo, Espronceda, Zorrilla, y aun Tassara y Bermúdez de Castro, con la desventaja en los imitadores románticos de ser mucho menos cuidadosos de la pureza de dicción y del buen orden y concierto en las

(1) Hay en la Biblioteca municipal de Madrid otras dos traducciones manuscritas de *El Jugador*. Una algo abreviada, está en romance octosílabo y es anterior á 1780: no consta el nombre del arreglador. La otra, completa y en prosa es de un D. Gabriel José García, y fué estrenada por Maíquez en 1818. (Vid. Cotarelo, *Isidoro Maíquez*, pág. 450).

ideas que los *clásicos*, como gente que tomaba por inspiración el desorden, por bizarría la incorrección gramatical, por muy profundas las cosas á medio decir, y por rasgos de *genio* desbordado las más incoherentes extravagancias. Esto se entiende por lo tocante á muchos poetas de Cuba y de la América del Sur, pues en los dos principales representantes del romanticismo mexicano hay templanza relativa, buen gusto en la dicción, respeto habitual á la gramática, y si Fernando Calderón peca es más bien por debilidad y penuria de inspiración que por exceso real ó simulado de ella, ni por exuberancia ó viciosa lozanía de la forma.

El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo en *Nuestra Señora*, del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado á la poesía americana, y fué gran temeridad y error querer introducirle en pueblos niños, cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros, y las vicisitudes de sus antiguas monarquías sólo pueden interesarles en aquel pequeño grado de curiosidad en que interesan á los franceses las hazañas de los antiguos galos, ó á nosotros los españoles, las de los celtas é iberos, que en remotísimas edades poblaron nuestro suelo. La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, y si alguno hay á la hora presente, entre sus cultivadores, que tenga ese origen más ó menos puro, la educación y la lengua le han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas. Nadie piensa ni puede pensar como indio entre los que manejan la pluma y han recibido una educación liberal, cuyos principios esenciales son los mismos en todas las naciones que forman la gran confederación moral llamada *Cristiandad*, separada por inmensos abismos de cualquier género de barbarie asiática, africana ó americana prehistórica. La misma simpatía con que hoy se mira á las razas indígenas y se execra la atrocidad de los que las destruyeron, los mismos principios morales que, más ó menos exagerados y desquiciados, suelen guiar á los cantores de Moctezu-

ma y de Guatimozín, son principios de caridad cristiana y de humanidad filosófica, de todo punto incompatibles con *civilizaciones* que tenían por una de sus bases los sacrificios humanos. Sin negar, por lo tanto, que la circunstancia de ocupar los mismos territorios, de convivir en algunas partes con los restos de la población indígena, y aun de haberse mezclado más ó menos con ella, pueden hacer más interesantes estos asuntos para los americanos que para los europeos, todavía han de reconocer que cuando los tratan lo hacen con entusiasmo menos sincero que el que sintió Ercilla delante de los Araucanos, y con el propósito puramente literario y pintoresco de Chateaubriand, por ejemplo, en *Atala* y en *Los Natchez*.

Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañeza, tampoco podían servir de base á una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo á las invenciones de la fantasía, que tiene más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental. Ni el drama, ni la epopeya, ni la novela, parecen formas adecuadas para trasladar lo que con mucha más intensidad de vida habla á la imaginación en las páginas de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Bernal Díaz del Castillo ó del inca Garcilaso. La poesía de la conquista española y de la resistencia bárbara, ni aun en manos de un gran poeta que tenía además la ventaja de haber ejecutado con la espada lo mismo que contaba con la pluma, pudo producir otra cosa que una admirable crónica rimada.

Iguales y aun mayores inconvenientes presentaban los asuntos tomados de la pacífica vida colonial, apenas turbada por rápidas incursiones de piratas ingleses y holandeses, por competencias entre los diversos tribunales y jurisdicciones, por altercados de visitas y residencias, ó por leves conflictos domésticos, materia más bien de la comedia de capa y espada que del drama terrorífico y espeluznante que cultivaban con predilección los románticos.

Quedaba el inmenso tesoro de las tradiciones poéticas de España

y de Europa, pero éstas llegaban muy de reflejo, y no era fácil que sintiese la poesía de las catedrales góticas y de los castillos feudales quien no había nacido á su sombra, y sólo había visto tales cosas en las páginas de Walter-Scott y de Zorrilla. Ni la severa y fría arquitectura greco-latina del siglo XVI, á la cual pertenecen los primeros templos cristianos del Nuevo Mundo, ni el barroquismo posterior eran grande escuela para llegar á entender la poesía de las piedras, unida con el hechizo de la contemplación mística; ni en tierras vírgenes y exuberantes, donde la naturaleza parece que anonada al hombre y sus obras, podía existir aquella misteriosa compenetración del paisaje y de la historia, que es uno de los mayores encantos de la poesía tradicional en Europa, poesía cuya clave sólo por refinado y erudito *dilettantismo* llega á obtener quien no ha nacido en sociedades agobiadas por el peso de larga historia.

Tales razones explican, á nuestro ver, el escaso y desmedrado fruto que cosechó el romanticismo en América, á lo menos en su primera y nativa forma, y por qué su acción fué más bien negativa y disolvente que positiva y fecunda como lo había sido en Europa. Ocasión habrá de ver confirmado todo esto cuando lleguemos al estudio de los poetas de Cuba y de la América del Sur, donde el romanticismo hizo más prosélitos y de más cuenta que en México, país de arraigadas tradiciones clásicas, á las cuales por uno ú otro camino vuelve siempre.

Hemos dicho que D. Fernando Calderón y D. Ignacio Rodríguez Galvan fueron los principales románticos mexicanos, así en la lírica como en el teatro. Comparando sus producciones, nos parece descubrir en Calderón más talento dramático que lírico, en Rodríguez Galván más talento lírico que dramático.

Son pocas en número y de corto mérito (si hemos de decir lealmente lo que sentimos) las poesías líricas de Calderón. En las más antiguas, como *La Rosa marchita*, escrita en 1828, se descubre la influencia de Cienfuegos, precursor nebuloso y melancólico del romanticismo español. En las posteriores domina el estudio de Lamartine, de quien tradujo dos *Meditaciones*, y el de Espronceda, cuya canción del *Pirata* imitó, como tantos otros, en una que

tituló *El Soldado de la libertad*, quedándose, naturalmente, á larga distancia:

Vuela, vuela, corcel mío,
Denodado;
No abatan tu noble brío
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado:
Y mil veces
Has oído
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.
Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Vuela, bruto generoso;
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brío
Y hollar del tirano impío
El pendón abominado:
En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
La herradura
Estamparás.....

Esta composición y *El Sueño del tirano*, pasan por las dos mejores de su autor. El tal *sueño* es una especie de pesadilla en que el consabido tirano ideal, «cansado de firmar proscripciones y decretar suplicios», que es su diaria tarea, se siente acosado por visiones de sangre y horror:

Y á un desierto se mira llevado
Donde el rayo del sol nunca brilla;

Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.
  Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crujir:
  Á su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.
  Lago inmenso de sangre descubre
Á sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirvientes nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
  Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal, espantoso lucir.....

Por esta muestra puede juzgarse de lo restante del paño. No faltan, por supuesto, ni los dientes rechinando, ni los cárdenos labios, ni el gigantesco fantasma circundado de fuego, que muestra al tirano con dedo descarnado una espantosa sima llena de llamas, por entre las cuales los demonios asoman la cabeza y prorrumpen en horrendas carcajadas para saludar al réprobo. Cuántos disparates se encuentran esparcidos en nuestros periódicos románticos de 1834 y 35, otros tantos se hallarán reunidos en esta composición.

Muy diferente cosa son sus obras dramáticas, en que no sólo hay hermosos versos, sino interés, buen gusto, arranques de pasión, sentimientos nobles y caballerosos que F. Calderón realmente poseía, y que sin esfuerzo traslada a sus personajes. Es cierto que no pasan de ensayos, porque un teatro nacional no se improvisa, y menos con elementos tan exóticos como los que entraron en la composición de *El Torneo*, de *Ana Bolena* y de *Herman ó la vuelta del Cruzado*; pero son ensayos muy literarios de un hombre, que si no conocía mucho las tablas, había leído con provecho las obras del romanticismo español, y especialmente las de García Gutiérrez, que parece haber sido su principal modelo.

De los tres dramas, quizá el de asunto histórico es el mejor. Dejó también una agradable comedia, *A ninguna de las tres*, no en el género de Gorostiza, sino en el de Bretón de los Herreros, cuya popularidad inmensa en todos los países de lengua castellana había eclipsado enteramente la de su predecesor aun en México mismo, (1) donde Gorostiza vivía bastante olvidado de sus antiguos triunfos dramáticos (2).

Rodríguez Galván nos parece muy superior á F. Calderón, no ciertamente por sus tremebundos melodramas *Muñoz visitador de México*, *El Privado del Virrey*, *La Capilla*, sino por sus poesías líricas, no exentas de defectos é incorrecciones, pero sinceras, vehementes y apasionadas, así en la expresión del amor como en la del odio. Su vida fué una cadena de desdichas: tuvo que educarse á sí mismo entre mil fatigas y privaciones: luchó con la miseria sin llegar á vencerla: fué infelicísimo en sus amores, y todo ello comunicó á sus versos una amargura y un pesimismo que nada tienen de convencionales, y que se acrecentaron grandemente con el espectáculo de anarquía y desenfreno político en que vivía su patria, haciéndole prorrumpir en invectivas atroces y formidables maldi-

(1) Allí fué coleccionado antes que en España el *Teatro* de Bretón (México, imprenta de Vicente García Torres, 1842-1843, seis volúmenes en 12.º).

(2) Nació D. Fernando Calderón en Guadalajara de Jalisco en Julio de 1809, y falleció en 11 de Enero de 1845 en la villa de Ojocaliente. Fué licenciado en leyes, y ejerció altos cargos políticos y militares en el Estado de Zacatecas, figurando siempre en el partido avanzado, por el cual combatió en 1835 contra el Gobierno del Presidente Santa-Anna, siendo gravemente herido en la batalla de Guadalupe. En México formó parte de la Academia Poética de San Juan de Letrán, y se hizo amigo de Heredia. Sus poesías se publicaron después de su muerte, primero en 1844, y luego en 1849, esta segunda vez con un prólogo de Pesado. Las últimas ediciones que tenemos á la vista son la de París, 1883, por A. Donnamette, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*, y la de D. Victoriano Agüeros (México, 1902) que es el tomo XL de su colección varias veces citada.

No figuran en la colección de las obras de Calderón sus dramas juveniles *Reinaldo y Elisa*, *Zadig*, *Zeila*, *Armandina*, *Ramiro Conde de Lucena*, *Ifigenia*, *Hersilia*, *Virginia*, *Los políticos del día*, etc., que por los años 1826 y 27 fueron representados con aplauso en Guadalajara y Zacatecas.

ciones, como éstas que copiamos de una escena de *El Privado del Virrey*:

Se hundirá esta colonia, de aventureros presa,
Donde más el dinero que las virtudes pesa,
Donde por un empleo trueca un hombre su honor;
Donde su voto vende un torpe magistrado,
Y la honra de una virgen se compra en un estrado,
Y es casa de comercio el templo del Señor.....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Se hundirá esta colonia, de crímenes al peso,
Cual ebrio á quien derriba de vinos el exceso,
Y á los padres los hijos furiosos lanzarán;
Y tras la tiranía vendrá el libertinaje:
El déspota es el mismo, si con diverso traje:
Donde un señor había, diez mil se encontrarán.
Hijos de tales padres, por las sendas impuras
De avaricia y torpeza caminarán á obscuras,
Y en fiestas crapulosas los hallará la luz;
Y habrá tras vino sangre en lucha de exterminio:
Torpes en sus placeres, torpes en su dominio,
Enlazarán profanos la espada con la cruz.
Á robo y muerte expuestos los buenos ciudadanos,
¡Devorándose ansiosos, padres, hijos, hermanos!
Cada año un gobernante, cada mes un motín.
Ingratos, y traidores, y vanos y salvajes,
Á la virtud humilde agobiarán á ultrajes,
Hasta que Dios colérico los anonade al fin.

Muy rara vez suenan en la lira de Galván más apacibles acentos: su fuerza mayor está en la invectiva frenética y desbordada, pero abusa de ella y la desquicia á veces, produciendo un efecto risible. Su canción de *El Buitre* es de lo más selecto y chistoso que produjo el romanticismo truculento y antropofágico. El autor dice entre otras cosas á cual más estupendas:

¡Cómo envidio del buitre la garra,
Cuyo oficio es herir y matar!
Cuando él halla la presa que busca
Se encarniza con ella rabioso:
Si yo buitre naciera espantoso,
Mi venganza me hiciera inmortal.

Me engañó con fingidos halagos
La mujer que adoré con ternura:
No mirara, cual hoy, su hermosura,
Estrechada de aleve rival:
Pues sobre ellos veloz me lanzara,
Esgrimiendo mis uñas gozoso.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Su alma negra impaciente arrancara,
En su cuerpo cebándome ansioso.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando encima de toda la tierra
Mar inmenso de sangre mirara,
Satisfecho en sus ondas nadara,
Deste mundo infeliz dueño ya.
Y en la sangre mis alas tendiendo,
Entre sangre tuviera reposo:
Si yo buitre naciera espantoso,
Mi venganza me hiciera inmortal.

En la exaltación de su fantasía potente, pero desequilibrada, Rodríguez Galván llegó á creerse una especie de vidente de la Ley Antigua, con el mandato sobrenatural de intimar á los tiranos el anatema. Daba un baile el Presidente de la República en 1841, é inmediatamente Galván, firmándose *Jeconías*, venía á escribir su *Mane*, *Thecel*, *Phares*, en versos vigorosísimos, y que realmente tuvieron algo de profético:

Bailad, mientras que llora
El pueblo dolorido,
Bailad hasta la aurora
Al compás del gemido
Que á vuestra puerta el huérfano
Hambriento lanzará.
Bailad, bailad.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Soldados sin decoro
Y sin saber nos celan:
Adonde dan más oro
Allí rápidos vuelan:
En la batalla tórtolas,
Buitres en la ciudad.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya por Tejas avanza
El invasor astuto:
Su grito de venganza
Anuncia triste luto
Á la infeliz república
Que al abismo arrastráis.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El bárbaro ya en masa
Por nuestros campos entra,
Á fuego y sangre arrasa
Cuanto á su paso encuentra,
Deshonra á nuestras vírgenes,
Nos asesina audaz.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Europa se aprovecha
De nuestra inculta vida:
Cual tigre nos acecha
Con la garra tendida,
Y nuestra ruina próxima
Ya celebrando está.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En la *Profecía de Guatimoc*, que insertamos íntegra en nuestra *Antología*, á pesar de su extensión, porque es sin disputa la obra maestra del romanticismo mexicano, está Rodríguez Galván de cuerpo entero y en el momento más feliz de su inspiración. Si hubiera escrito siempre así, le faltaría poco para ser gran poeta. La parte descriptiva de esta composición no queda enteramente oscurecida por los mejores trozos de Heredia en *El Teocalli de Cholula*. La parte política es de inflamada elocuencia. No sirve aquí la apoteosis de Guatimozín, como en otros poetas mexicanos, de pretexto para declamaciones contra la antigua España. El autor sabe muy bien que de otra parte viene el peligro, y en presencia de las insolentes amenazas de Francia y de Inglaterra y de las depredaciones de los *yankees*, echa de menos á los conquistadores, «varones invencibles, si crueles», y cuando evoca la sombra del heroico defensor de Tenoxtitlán, es para hacerle clamar una y otra vez con voz de angustia:

¿Dónde Cortés está, dónde Alvarado?

El poeta sólo confía en el cumplimiento de la justicia eterna, y lo dice con imágenes de grandeza bíblica, y aun traídas de la Biblia literalmente:

> El que del infeliz el llanto vierte,
> Amargo llanto verterá angustiado;
> El que huella al endeble será hollado;
> El que la muerte da, recibe muerte;
> Y el que amasa su espléndida fortuna
> Con sangre de la víctima llorosa,
> Su sangre beberá si sed lo seca,
> Sus miembros comerá si hambre lo acosa.

Basta esta composición para dar alto puesto á Rodríguez Galván entre los poetas mexicanos, pues aunque sea de los más desiguales, es también de los más inspirados. Relámpagos de alta poesía hay también en otras composiciones suyas, especialmente en *El Tenebrario* y en los bellos tercetos *Eva ante el cadáver de Adán* (1).

(1) Nació D. Ignacio Rodríguez Galván en el pueblo de Tizayuca en 22 de Marzo de 1816, y murió del vómito negro el 25 de Junio de 1842 en la Habana. Sus obras líricas y dramáticas fueron publicadas en dos volúmenes por su hermano D. Antonio en 1851. La edición que tenemos á la vista, también en dos volúmenes, es la de París, Donnamette, 1883, que forma parte de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*. Hizo Rodríguez Galván varias traducciones é imitaciones de mérito (salmos 89 y 135, himno de la *Pasión* y coro del *Carmagnola*, de Manzoni; fragmentos del *Aristodemo*, de Monti, y del *Luis XI*, de Delavigne; *El Angel y el niño*, de Réboul; *Un rayo de luna*, de Lamartine, etc.). Dejó incompleto un cuento ó leyenda titulada *Nuño Almazán*, que tiene bellas octavas. En la colección de *Novelas cortas* de varios autores mexicanos (tomo XXXIII de la *Biblioteca* del Sr. Agüeros), hay cuatro de Rodríguez Galván.

Creemos inútil entrar en el estudio de otros románticos inferiores, tales como Félix M. Escalante, que á lo menos mostró condiciones de versificador numeroso; José María Lafragua, autor de unos famosos versos á *Itúrbide* que el mismo Altamirano, tan apasionado de toda cosa mexicana y tan poco amigo del nombre español, no duda en calificar de *prosaicos y detestables*, á pesar del interés patriótico del asunto (*); Francisco Granados Maldonado, más conocido que por sus versos originales, por su mediana y quizá no directa traducción de Milton; Marcos Arroniz, á quien considera Pimentel como representante del ultrarromanticismo pesimista; Juan Díaz Covarrubias, que tuvo la extraña franqueza de calificar su propia poesía de «exagerada y viciosa»,

(*) Prólogo á *El Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto.

La estancia en México de Heredia, mayor poeta que ninguno de los citados, pero poeta clásico en medio de sus libertades é incorrecciones, al modo que la palabra clásico se entendía en España á fines del siglo XVIII, en el tiempo y en la escuela de Cienfuegos y de Quintana, contribuyó á retrasar, ó más bien á impedir el triunfo de la invasión romántica. En tales circunstancias, la aparición de los primeros versos de D. José Joaquín de Pesado y de D. Manuel Carpio, tuvo, además del valor intrínseco de ambos poetas, un valor histórico y relativo todavía mayor. «Al ejemplo de ambos (escribe don José Bernardo Couto, biógrafo de Carpio), deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religión les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos nobles.» En efecto, la influencia de ambos poetas fué social y religiosa, al mismo tiempo que literaria. Profundamente cristianos unoy otro, dedicaron la mejor parte de sus tareas al enaltecimiento de la fe que profesaban,

añadiendo que «no podía menos de sembrar malos gérmenes en el corazón de la juventud»; murió fusilado en Tacubaya, en 1859, con otros médicos estudiantes de medicina que cumplían su misión humanitaria. Sus *obras completas* fueron coleccionadas aquel mismo año, y contienen, además de sus versos líricos, que había dedicado en 1857 á D. José Zorrilla con el título de *Páginas del corazón*, varias novelas (entre ellas una de asunto histórico *Gil Gómez el insurgente)* y muchos artículos de costumbres mexicanas. Todo ello no pasa de la medianía, pero téngase en cuenta que el infeliz Covarrubias fué bárbaramente inmolado antes de cumplir los veintiun años. Se le llama *el poeta mártir*.

Como autor de leyendas y romances se elogia, principalmente, al poeta de Jalapa, D. José Jesús Díaz, padre del Díaz Covarrubias antes mencionado (1809-1846). Cítanse como los mejores, *La Cruz de madera*, *El Puente del Diablo*, *La Toma de Oaxaca, El Cura Morelos*. Hombre de tan buen gusto como D. José María Roa Bárcena, ha llegado á decir de Díaz: «Es autor de romances de nuestra guerra de Independencia, que no tienen igual en México y que no se habría avergonzado de firmar el Duque de Rivas.» Ha dejado también fama como poeta descriptivo de la rica y exuberante vegetación de Jalapa. Sus poesías líricas no han sido coleccionadas, y lo poco que conocemos de ellas no basta para caracterizarle.

Como poetas dramáticos de este tiempo, cítase, aunque sin particular elogio, á Carlos Hipólito Serán, Ignacio Anievas, Pantaleón Tovar.

y á hacerla llegar viva y ardiente al ánimo de sus lectores. De aquí su preferencia por los asuntos bíblicos; de aquí también la saña é intransigencia con que el fanatismo anticatólico, que parece haberse enseñoreado de México en estos últimos tiempos, procura amenguar y obscurecer la fama de ambos poetas, especialmente la de Pesado, en quien concurrió además la circunstancia de haber sido liberal exaltado en sus primeros años y ardiente controversista ultramontano en su edad madura; conversión que nunca le perdonaron sus antiguos correligionarios, porque en México los odios políticos y religiosos, especialmente en la época llamada de las leyes de *Reforma*, llegaron á un grado de fiereza de que sólo podemos formar alguna idea retrocediendo á los tiempos más crudos de nuestra primera guerra civil. En la memoria del poeta Pesado se persigue, sobre todo, la memoria del valeroso director de *La Cruz*, del que lidió al lado del Obispo de Michoacán, Munguía, las más formidables batallas en pro de la inmunidad eclesiástica, de la unidad religiosa y del espíritu cristiano en las leyes. Porque no se ha de perder de vista que Pesado, además de poeta, fué excelente periodista político-religioso, con tendencias análogas á las de Balmes y Quadrado entre nosotros.

A este motivo no literario se añade, sin duda, el cambio de gusto que en México se ha verificado en estos últimos años, la reacción que en la mayor parte de los literatos jóvenes se advierte contra la poesía que motejan de culta y académica, y la tendencia cada vez más sistemática, no á crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino á huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa. Pesado, por su importancia de jefe de escuela, por los aventajados, aunque escasos discípulos que todavía siguen su manera, por el gusto enteramente español de sus versos, por su respeto á todo género de tradiciones, ha tenido que ser la primera víctima de aquellos sectarios fanáticos, que alardeando de mucha independencia literaria, son los primeros en no respetar la legitimidad de todas las formas que en el proceso histórico del arte se han sucedido, distinguiendo en ellas lo bello y permanente de lo accidental y transitorio.

Una de las acusaciones que con más frecuencia y no sin algún viso de fundamento se repiten contra Pesado, es la de la falta de originalidad, no ya en los asuntos sino en las imágenes y en los versos. Como no se le pueden negar sus evidentes cualidades de versificador terso y puro, ni aquella «vívida claridad de su mente y blanda ternura de su corazón» que en él reconocía nuestro Pacheco (1), fácilmente se sale del paso con llamarle plagiario y dar por ajenos los mayores aciertos de su pluma. Hay que hacer aquí varias distinciones. Es, en efecto, Pesado, uno de los poetas que más han imitado y traducido, pero el traducir bien, y confesando cuáles son los originales, no es desdoro para nadie. Leopardi tiene un tomo de traducciones mayor que el pequeño volumen de sus cantos. De las tres secciones en que las poesías de Fr. Luis de León se dividen, sólo la primera es de versos propios. Y ni Leopardi ni Fr. Luis de León dejan, por eso, de ser dos de los mayores líricos del mundo, y quizá no hubiesen llegado á la plenitud y perfección de su forma, si no se hubiesen sometido antes á este duro y largo aprendizaje de luchar cuerpo á cuerpo con los modelos. Lo que hay es que ellos tenían una centella de genio lírico que faltó á Pesado, el cual por eso no pasa de ser un estimable poeta de segundo orden; pero aquí no se trata sino del hecho de traducir, que es en sí completamente inofensivo, y muy laudable cuando se traduce con la perfección que mostró Pesado en algunos salmos, en el *Cantar de los Cantares*, en alguna oda de Horacio y en los fragmentos de la *Jerusalén* del Tasso, porque otras versiones que hizo, así de Teócrito y Sinesio, como de Lamartine y Manzoni, resultaron muy inferiores, unas porque no dominaba la lengua de los originales, y otras por falta de parentesco y semejanza entre su gusto y estilo poético y el de los autores que traducía.

Pero además de las versiones declaradas, y propiamente tales, hay en Pesado, como en todos los poetas clásicos, gran número de imitaciones y reminiscencias de detalle. Los que tanto le censuran por ellas debieran recordar que, aplicando tal criterio á Virgilio, á Garci-Lasso, á Andrés Chénier, quedarían poco menos que inplumes.

(1) Vid. su estudio acerca de Pesado, inserto en *La Concordia* (1864).

Nada menos que tres tomos escribió Eichoff para comparar verso por verso las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* con sus modelos griegos, y eso que se han perdido muchos de ellos, citados por Macrobio y otros antiguos. Para Garci-Lasso véanse los comentarios del Brocense y de Herrera; para Andrés Chénier el eruditísimo comentario de Becq de Feuquières. El hombre de gusto meticuloso admirará en todo esto una sabia y elegante labor de taracea; el hombre de gusto más amplio, y verdaderamente capaz de sentir los misterios de la forma poética, verá un caso de transfusión de la poesía antigua en las venas de la poesía nueva; el ignorante no verá más que un centón y una cadena de plagios, y se admirará de que hayan llegado á merecer el respeto y la admiración de la posteridad hombres que apenas tienen un verso original, cuando es tan fácil disparatar originalmente, hablando del sol y de las estrellas, ó del amor y de la muerte, ó de la libertad y de la tiranía.

El crimen, pues, que se imputa á Pesado, no es otro que el de aquellos *hurtos honestos*, de que tanta gala hacían un Horacio y un Virgilio. Y aun en cuanto á la indicación de estos hurtos, suelen tener tal mano sus censores, que uno de ellos, en dos distintos trabajos, cita como uno de los plagios más escandalosos estos cuatro versos de un romance:

> ¿Qué importa pasar los montes,
> Visitar tierras ignotas,
> Si á la grupa los cuidados
> Con el jinete galopan?

Y añade con mucha formalidad: «estos versos son tomados de Lucrecio», sin decir de dónde. Y la verdad es que son de Horacio, y conocidísimos, de la oda XVI del libro II *A Grosfo:*

> ..... quid terras alio calentes
> Sole mutamus? patriae quis exul
> Se quoque fugit?
> Scandit aeratas vitiosa naves
> Cura,nec turmas equitum relinquit,
> Ocior cervis et agente nimbos
> Ocior Euro.

Pero hay en Pesado, aparte de estas reminiscencias enteramente lícitas, otras más difíciles de explicar, y de las cuales se han aprovechado largamente la pedantería y la maledicencia. Él, que confesó haber traducido de Lamartine las *Memorias de los muertos*, *Los Recuerdos*, *El Aislamiento*, *La Entrada de la noche*, etc., dejó de indicar que *La Inmortalidad* tenía el mismo origen. Distracción ú olvido hubo de ser, puesto que bien podía presumir que quien abriese el libro del poeta francés para cotejar las otras piezas había de tropezar con la Meditación 5.ª, que tampoco está traducida sino imitada y sumamente abreviada y puesta además en versos sueltos de estructura clásica, tan lejanos del molde de la poesía francesa. En Heredia hay mucho de esto, pero como Heredia era revolucionario y furibundo enemigo de España, se le concede en América toda la indulgencia que se niega á Pesado.

Para mí el pecado más grave de éste, por lo mismo que no se trata de un poeta que anda en manos de todo el mundo como Lamartine, sino de un ingenio modesto y olvidado, cuyas obras han visto pocos, es el haber ocultado que debía una parte de las bellezas de su poema *Jerusalén* al carmelita italiano Evasio Leone. Se ha dicho que la paráfrasis del *Cantar de los Cantares* tiene el mismo origen, pero no llevan razón los que tal dicen. La que es traslado casi literal de la paráfrasis de Evasio Leone es la del jesuíta santanderino Fernández Palazuelos, que lealmente lo confiesa: «Evasio Leone ha sido mi luminoso dechado»; la de Pesado no lo es. Imitó á Evasio Leone en la elección de algunas combinaciones métricas adaptables al canto, en la disposición de las escenas y en poco más que esto. El estilo es una fusión hábil de la manera de Fr. Luis de León con la de los traductores italianos; y como en estas cosas sólo la comparación material convence, comparemos algún trozo de la traducción de Evasio Leone con otro de la de Pesado, y esto no sólo para que se vea cuán distintas son, sino principalmente para que se saboreen algunas bellezas de las del poeta mexicano, ya que por su extensión no pudo figurar íntegra en nuestra *Antología* (1).

(1) *Il cantico dei Cantici tradotto ed ilustrato dal Padre Evasio Leone Carmelitano*, Roma, 1825.

Per te si strugge, il sai, prence adorato,
Quest' anima fedele. Un bacio solo
Del tuo purpureo labbro
Deh non mi nega! Oh quanto
E'dolce l'amor tuo! Non così dolce
Per la vene serpeggia il più soave
Generoso licor. Dovunque il passo
Movi, mio ben, di preziosi unguenti
Spira l'aura odorata. Ah! non a caso
Le più belle e ritrose
Donzellette vezzose,
Avvampano per te, se il tuo sol nome,
Se il tuo bel nome sol ne' loro cuori
Desta, e mantene i fortunati ardori.

Ah non lasciarmi no
Tu che mi struggi il cor
Col raggio feritor
Di que' bei lumi.
A così cara guida
Io sempre unita e fida,
Dietro l'odor vedrò
De' tuoi profumi.

Che miro! Oh me felice! Ed è pur vero?
Dunque i miei voti a te non porsi in vano?
Tu stendi a me la mano e tu non sdegni
Teco guidarmi ove più splende adorno
D'ostro e di gemme il tuo real soggiorno.

Nel felice augusto tetto,
Che ricetto a noi darà,
A te accanto, o mio diletto,
Qual piacer m' inonderà!

Il più amabile liquore
Non si dolce al cor non è:
Ah non chiude in seno un core
Chi non struggesi per te.....

Dígase de buena fe si esta cantata ridícula, que de tal modo profana con recitados y arias metastasianas el *Osculetur me osculo oris sui*, tiene algo que ver con la noble y gentilísima poesía con que Pesado interpreta el mismo pasaje:

ESPOSA

Un ósculo sagrado
Reciba de tu labio cariñoso,
¡Esposo idolatrado!
Tu pecho enamorado
Es más dulce que vino generoso.
No en balde las doncellas
Llevadas del aroma de tu fama,
Van pisando tus huellas,
Heridas todas ellas
Del fuego celestial que las inflama.
Es tu nombre divino
Perfume derramado y oloroso,
Que llama de contino
Á un felice destino
El coro de las Vírgenes dichoso.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Aunque me veis morena,
Doncellas de Solima, soy hermosa,
Toda de beldad llena:
Mi esposo se enajena
Contemplando mi faz fina y graciosa.
Morena cual las pieles
Soy, que al Alarbe sirven de cortinas:
Bella cual los doseles
Que en sus frescos verjeles
Tiene el Rey, de brocado y telas finas.
Guardé el viñedo ajeno,
Sin cuidar, simplecilla, mi hermosura:
El sol me hirió de lleno,
Y el viento y el sereno
Quemaron de mi rostro la blancura.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

ESPOSO

Á mis oídos vino
La seductora voz de tus amores
Y tu canto divino:
Sal, esposa, al camino
Y sigue mis rebaños y pastores.
Ycon ellos agrega
Tus ovejas y tiernos recentales,

Y á mi cabaña llega
Asentada en la vega
Donde brotan los puros manantiales.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De blanda tortolilla,
Tímida y querellosa, es tu semblante:
¡Cómo en tu cuello brilla
Preciosa gargantilla
De plata y oro y piedras relumbrante!

ESPOSA

Recostado en su asiento
Estuvo el Rey con pláticas sabrosas;
Llena yo de contento,
Derramé por el viento
Mis perfumes de nardos y de rosas.
Cual racimo florido
De las viñas de Engadi, es mi adorado,
Hacecito escogido
De perfume subido
Que mantengo en mi pecho reclinado.....

Véase, para evitar prolijidad y no hacer interminable este cotejo, como traduce Evasio Leone estos últimos versículos:

Mentre da me lontano
T'aggirasti, mio re, questa di nardo
Spica feconda, che m'adorna il seno,
Col grato odor mi recreò. Te solo
Or che vicin mi sei,
Qual profumier di mirra,
Qual ciprio racemo
Dell' Engaddi odorato
Ne' giardini educato, ora desío
Accogliere, e servar nel seno mio.....

Así son la mayor parte de los plagios que se imputan á Pesado. Él no necesitaba á Evasio Leone para entender ni traducir el *Cántico de los Cánticos*, porque era más poeta que el carmelita toscano, y porque los libros sagrados eran el principal y continuo estudio suyo, y porque había aprendido en Fr. Luis de León, en Arias Montano, en San Juan de la Cruz, cómo se traen al castellano las

palabras de Salomón y de David. Entre los salmos que tradujo son los mejores aquellos en que más se apartó de la poesía *cantabile* de Saverio Mattei. El salmo 67, que íntegro pusimos en nuestra colección, nos parece poesía mucho más bíblica y más inspirada que el salmo 136, tan celebrado y popular otro tiempo en México:

«En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.»

Es evidente que estos versos son de Mattei:

Ad un salcio, ludibrio del vento,
La mia cetra qui pender farò,

y lo son íntegras las dos primeras estrofas de la versión:

Del Eufrates sentado en la orilla
De Judá me acordé con tristeza.....
Dell' Eufrate sul barbaro lido
Rimembrando l'amata Sione.....

Pero el resto del salmo es completamente distinto, por la sencilla razón de que Mattei cambia inmediatamente de metro, y Pesado le prosigue hasta el fin, repitiendo el *ludibrio del viento* á modo de ritornelo. ¿Qué relación puede haber entre estos versos de Pesado:

Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo:
El acero del crudo enemigo
Templará con tu sangre su sed;
Y verás como ardiente, insaciable,
Se apacienta en tus hijos sangriento.....

con los correspondientes de Mattei?

Come feroci e perfidi
Come crudeli a noi,
Cosi farà con voi
Barbaro il vincitor.
E l'innocente figlio
Farà svenar sul ciglio
Della dolente madre,
Il mesto genitor.....

Ni siquiera parecen traducidos del mismo original. Creo, pues, sin absolver á Pesado de toda culpa en este punto, que se ha exagerado de un modo ridículo este cargo, en sí mismo bien poco importante (1).

La colección de las poesías de Pesado es bastante voluminosa: para su gloria convendría que lo fuese algo menos. De las obras de su segunda época, de todo lo que escribió después de 1840, es muy poco ó nada lo que puede rechazarse, pero de los versos juveniles, de los coleccionados en 1839, que precisamente son los más conocidos por haberse dado á luz en tiempos en que el gusto del poeta iba de acuerdo con el de su público y no contra la corriente como después sucedió, hay bastantes composiciones endebles, ya por penuria de pensamiento, ya por defectos prosódicos de que luego fué curándose, aunque no del todo: uso inmoderado de asonancias revueltas con versos sueltos ó consonantados, y profusión de sinéresis, vicio característico de los poetas mexicanos de la primera mitad de nuestro siglo y que evidentemente responde á una diferencia fonética entre el castellano de México y el de España.

Las poesías amorosas me parecen en general lánguidas y difusas, inferiores con mucho á las sagradas y á las descriptivas. Hay demasiado petrarquismo y demasiado herrerismo metafísico en unas, y en otras una efusión de ternura doméstica algo empalagosa. El autor amaba ardientemente á su mujer, lo cual es muy simpático y laudable, pero no se cansa de repetirlo en todos los tonos, olvidando que no todo lo que es natural y honrado es siempre materia poética.

Ha de exceptuarse, sin embargo, la bella composición *Á mi amada en la misa del alba*, escrita en variedad de metros á la manera romántica, y popular en otros tiempos más que ninguna de las de Pesado, sin duda por la mezcla candorosa de fervor juvenil y sincera piedad, que la presta singular hechizo, manteniendo flotante el espíritu entre lo humano y lo divino. Y no hablo de la hermosa

(1) Véanse las observaciones que en defensa de la originalidad del que fué su maestro hace el señor Obispo de San Luis de Potosí, D. Ignacio Montes de Oca, en el prólogo de la 3.ª edición de las obras de Pesado.

elegía *Al Angel de la Guarda de Elisa*, digna de cualquier poeta español del siglo de oro, porque pertenece á otros tiempos y á la más excelente manera poética de Pesado.

Tampoco juzgamos que deban contarse entre lo mejor suyo ciertos discursos filosóficos ó morales, como *El Hombre*, *El Sepulcro*, que son meditaciones largas con exceso, de giro abstracto, razonador y discursivo hasta rayar en monótonas y verdaderamente *pesadas*. No es esto decir que carezcan enteramente de color poético; le tienen merced al estilo y á la habitual gallardía con que está manejado el verso suelto, aunque no limpio de asonantes y lejano todavía de la perfección que luego había de mostrar el autor en algunos fragmentos de su poema de *Moisés*. Pero aun en estos primeros ensayos hay trozos enteros que no hubiera desdeñado el mismo D. Leandro Moratín. Pesado nada hizo malo en absoluto, y siempre le salvan la alteza de su pensar, su selecta cultura y la nobleza habitual de su estilo.

Cercenada una parte de estos primeros versos, queda el tomo de Pesado el más igual en conjunto de cuantos yo he visto de poetas americanos, excluyendo naturalmente los vivos, como en todo este estudio pienso hacerlo. Pero entiéndase bien lo que quiero decir. Hay en América varios poetas que aventajan grandemente á Pesado en una ó dos composiciones inmortales y características. Pesado nunca tuvo la fortuna de hacer ni la *Silva á la Agricultura en la zona tórrida*, ni el *Canto de Junín*, ni el *Niágara*, ni el *Teocali de Cholula*; por eso Bello, Olmedo y Heredia son indisputablemente mayores poetas que él, son los príncipes de la poesía del Nuevo Mundo. Pero quítense mentalmente á Heredia el *Niágara* y el *Teocali*, y se verá á qué poco queda reducido el gran montón de sus versos, y cuántas cosas tiene que rechazar un gusto escrupuloso. Quítese á Olmedo el canto *A Bolívar*, y á buen seguro que las tres únicas odas que le restan, aun incluyendo la dirigida al vencedor de Miñarica, no darán idea, sino muy remota é imperfecta, de su poderoso aliento lírico. Quítense al correctísimo Bello la *Zona tórrida* y la *Invocación á la Poesía*, y apenas le quedan más que traducciones, admirables y perfectísimas, pero traducciones al cabo. Los grandes líricos colombianos y argentinos, J. Eusebio Caro, Ar-

boleda, Ortiz, Echeverría, Mármol, Andrade, son, cada cual por su estilo, poetas más inspirados, mas varoniles, más grandilocuentes que Pesado, pero también más desiguales, más escabrosos, más enfáticos, más propensos á la declamación los unos, al falso sentimentalismo los otros. Tienen versos admirables de vez en cuando, torrentes de lava poética á veces, pero muchas caídas, muchas vacilaciones de gusto. Pesado, que no llega nunca á donde ellos llegan en sus grandes momentos, está menos expuesto á caer, porque generalmente pone los pies en firme. Su inspiración es más tibia, pero menos sujeta á intermitencias. Se le puede leer seguido; prueba durísima á que pocos poetas resisten. No despierta casi nunca grande admiración, pero sí respetuoso afecto. Es cierto que vive mucho de la poesía ajena, pero con el buen tino de acudir siempre á los más puros y saludables manantiales: la Biblia, Dante, Fr. Luis de León, el Tasso. Léanse sus traducciones bíblicas, los magníficos tercetos dantescos de la visión del Profeta con que termina el bello poema de *Jerusalén*, el delicado episodio de Aglaya en el poema de *La Revelación*, que no llegó á terminar y que contiene sus mejores octavas, y se verá hasta qué punto había llegado á asimilarse la tradición italiana y española de los mejores tiempos, con un artificio sabio é industrioso algo parecido al de Monti.

Lo más original, lo más mexicano, y á la vez lo más perfecto de Pesado, son sus sonetos y romances descriptivos, en que con fácil y risueño pincel traslada paisajes de Orizaba y Córdoba ó escenas del campo y de la aldea; procesiones, lidias de toros, riñas de gallos, carreras de caballos, volatines y fuegos. Al lado de esta colección bien puede ponerse otra titulada *Las Aztecas*, en que su autor intentó la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando (al decir suyo) cantares de más ó menos sospechosa autenticidad, entre los cuales están las famosas poesías del rey Netzahualcoyotl, y otras anónimas. Semejante trabajo no puede ni debe estimarse como traducción; es cosa probada que Pesado no conocía las lenguas indígenas, y que se valió únicamente de algunos fragmentos traducidos en prosa en las antiguas crónicas, y de otros que le interpretó un indio, amigo suyo, llamado D. Faustino Chimalpopoca

y Galicia, el cual solía decir después que los versos de Pesado nada tenían que ver con el texto que él le había dado literalmente traducido (1). Trátase, pues, de una inocente broma literaria, de una poesía popular mexicana casi tan auténtica como la poesía ilíria de la *Guzla* de Mérimée. La reputación poética de Pesado nada pierde con ello; al contrario, «éstas que él apellida traducciones, son en realidad de lo más original que salió de su pluma» (2), y, sobre todo, son «magnífica poesía» (3), no sabemos si muy azteca, pero seguramente muy emparentada por una rama con Horacio, y por otra con los libros sapienciales. Quien lea la exhortación del Rey de Tezcuco á gozar los placeres de la vida feliz, no tiene que dudar del primer origen, y quien lea los *Consejos del Padre á la Hija* ó la *Enhorabuena en la coronación de un Príncipe*, no podrá menos de reconocer que el espíritu de la primitiva poesía didáctica y *gnómica* no le había encontrado Pesado en los jeroglíficos del Anahuac, sino en el libro de *la Sabiduría* y en el *Eclesiastes*.

Realmente, él era poeta bíblico y poeta clásico, y no otra cosa. Se le ha llamado ecléctico, pero el eclecticismo, que tiene un sentido bien determinado en filosofía y en ciencias sociales, no parece que puede aplicarse del mismo modo á los poetas, cuya labor no es de selección científica de ideas sino de creación de formas vivas. A los poetas se les juzga por su cualidad predominante y por su tendencia habitual. El hecho de haber imitado y traducido algunos versos de Lamartine nada prueba, porque ni estos versos son los más característicos de Pesado, ni Lamartine es muy romántico en la técnica, aunque lo sea muchísimo en el sentimiento. Fuera de éste, no sé yo qué poetas románticos pudieron influir en Pesado, ni es tampoco signo infalible de romanticismo el cambio de metros

(1) Á Pesado se le considera generalmente como introductor del género indígena en la poesía mexicana. Lo singular es que uno de los primeros que siguieron esta dirección fuese un español, D. Emilio Rey (natural de Santander), que en 1868 publicó un tomo de poesías medianas y ya olvidadas, pero en el que lo más digno de aprecio es la sección titulada *Cantos históricos mexicanos*.

(2) Montes de Oca.

(3) Pimentel.

en una misma composición, puesto que lo hacían á cada paso esos traductores italianos del siglo XVIII que Pesado leía tanto, Evasio Leone y Mattei, y lo habían hecho también alguna vez poetas españoles de principios de nuestro siglo como Arriaza y Cabanyes. Pesado es, pues, poeta bíblico de segunda mano, porque no sabía hebreo, y poeta clásico de segunda mano, porque no sabía griego; lo que da muestras de saber muy bien es latín, italiano y castellano.Su clasicismo tampoco es el de nuestro siglo XVIII, ni tiene aquel género de grandeza oratoria que admiramos en Quintana, en Gallego ó en Olmedo, pero está evidentemente derivado del clasicismo italo-español del siglo XVI; su idealismo amoroso es el de los petrarquistas y no el de Lamartine, y si algún eclecticismo de forma hay, nacerá de la indecisión del poeta entre las formas amplias y rozagantes de la escuela de Herrera, y la casta y severa sencillez de la musa de Fr. Luis de León (1).

Por tales méritos y circunstancias, quizá la poesía de Pesado y de sus discípulos esté destinada á ser en lo futuro más bien tenida y estimada por una parte de nuestro caudal clásico que del particular de la literatura mexicana, y en España se recogerá lo que en México se denigra, viniendo á cumplirse así aquel triste vaticinio que estampó el mismo poeta en el prólogo á las obras de su amigo

(1) Para datos de la vida de Pesado nos remitimos á la extensa y excelente *Biografía* que publicó en 1878 D. José M. Roa Bárcena. Baste consignar aquí que nuestro poeta nació en San Agustín del Palmar, provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801, y murió en México en 1861. Generalmente se le considera como hijo de Orizaba, porque allí tenía sus bienes, allí se educó, y allí contrajo su primer matrimonio. En su juventud tomó parte activa en la política, siendo Ministro del Interior en 1838, y de Relaciones Exteriores en 1846. Modificadas luego sus ideas en sentido cada vez más católico y conservador, dedicó á la defensa de la Iglesia sus últimos trabajos, y no aceptó más puesto oficial que el de catedrático de Literatura en la Universidad de México, reorganizada en 1854. Fué, según creo, el primer escritor mexicano que obtuvo el título de correspondiente de la Academia Española. Hay tres ediciones mexicanas de sus *Poesías originales y traducidas*, la 1.ª de 1839, la 2.ª de 1840 (ambas por el impresor Cumplido), la 3.ª de 1886 (imp. de L. Escalante). Esta última, publicada por sus hijas, es la única completa, y la única que contiene sus mejores versos, que antes se habían impreso en periódicos y opúsculos muy difíciles de reunir.

D. Manuel Carpio. «Si está escrito que México, tal como es hoy, deje de existir, y que en él se pierda hasta la hermosa lengua castellana, no por eso se desanimen los mexicanos dotados con el sagrado fuego de la poesía: las obras suyas que merezcan el honor de la inmortalidad, serán trasladadas á la antigua España, y conservadas allí con la ternura y el cuidado que merecen á una madre los últimos despojos de un hijo desgraciado.»

El poeta á quien se referían tales palabras era un médico muy distinguido, á quien unía con Pesado estrecho vínculo de creencias y afectos. Asiduo lector de las Sagradas Escrituras, familiarizado con la topografía de Palestina por las descripciones de los viajeros, no extraño á las primeras investigaciones arqueológicas sobre Egipto, Nínive y Babilonia, que procuró seguir aunque de tan lejos, comenzó á cultivar muy tardíamente la poesía, pasados los cuarenta años, lo cual explica quizá el desmayo y falta de nervio que hay á veces en su estilo, no menos que las muy recomendables cualidades de gravedad religiosa y madurez de pensamiento, claridad y orden lógico en la composición, y ausencia de todo género de extravagancias. El autor sabe siempre lo que quiere decir, y se esfuerza por hacerlo perceptible y llano, hasta caer en giros prosaicos y explicaciones inútiles, enervando su estilo con la fastidiosa interpolación de partículas y modos adverbiales, propios del discurso ó de la conversación, no menos que con adjetivos parásitos que secan y consumen el jugo del sujeto de la oración. Pena da ver encabezada tan bella pieza como *La Cena de Baltasar* con este verso, á toda luz ridículo:

Era la noche, y la *redonda* luna.....

De todos los malos epítetos que pueden darse á la luna, quizá no haya otro más infeliz que este de *redonda* (1). Y sin embargo, tan en gracia le había caído á Carpio, que todavía le sirvió para aplicárselo á la tierra en el primer verso de su oda *El Diluvio:*

Allá en un tiempo la *redonda* tierra.....

(1) Quizá «la redonda luna» está aquí por «luna llena», y en este caso sería tolerable la expresión aunque siempre prosáica.

En la misma oda leemos estos versos, que son purísima prosa, nacida del afán que tenía el poeta de dar directamente la razón de todo:

> *Y es que* el Ángel del piélago salado
> La llevaba en sus manos como un arca,
> *No fuera á ser* que acaso naufragara
> Entre tanto vaivén del mar inmenso.....

Estos frecuentes prosaísmos de dicción, y una como lasitud ó flojedad senil en el estilo, son más de reparar en Carpio, porque van mezclados con el más pródigo despilfarro de la vena descriptiva. Es de los poetas más exteriores que pueden hallarse. Hasta la religión tiene en él más de pomposa y magnífica que de íntima. Por temperamento y por sistema excluía del arte toda idea que no se presentase vestida de formas concretas y sensibles, y le hacía consistir únicamente en el prestigio de una sucesión de imágenes que halagan y deslumbran los ojos; descripciones continuas y sin tasa de armas, de jaeces, de vestiduras ostentosas, de festines, cacerías y combates; el valle del mar Muerto, el palacio y trono de Faraón, la desolación de Babilonia y Jerusalén. Tanta luz y tanta pompa derramadas por igual en todas las partes de la composición y en todas las composiciones; tanta insistencia en detalles pintorescos, que no tienen todos el mismo valor poético, acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera, en medio de la acumulación de tantos tesoros. Sé que no á todos agrada este juicio mío, pero no puedo menos de repetirle, porque no está en mi mano sentir y estimar la poesía con el gusto ajeno, sino con el propio, ni la diferencia de criterio en cosas tales debe ser motivo para tachar de ignorancia á nadie. El conocimiento de la literatura mexicana no es ninguna ciencia misteriosa y reservada para algunos privilegiados. Yo, ni á Pesado ni á Carpio, he conocido nunca más que por sus versos, los cuales creo entender lo mismo que todos los demás versos compuestos en mi nativa lengua castellana, y juzgando por la impresión que su lectura me ha producido, no puedo menos de declarar que Pesado vale á mis ojos más que Carpio, así en elegancia y armonía como en variedad de tonos; que su cultura clásica me parece más varia y escogida y su gusto mucho más

firme, y que si la reputación de Carpio ha sido menos combatida, lo debe á no haber dejado detrás de sí la suma de odios y rencores políticos que todavía se ceban en la memoria de Pesado. Ni tampoco puede decirse que haya más originalidad en Carpio, que puso en verso páginas enteras del *Itinerario de París á Jerusalén*, de Chateaubriand; lo que hay es más amaneramiento, de donde resulta la ilusión de que tiene más estilo propio.

Nada de esto se entienda en menoscabo del justo aprecio que debe hacerse de las obras de este piadoso, docto y simpático escritor. Sus cualidades poéticas son evidentes, aunque no sean de primer orden. Sin ser romántico, participa algo de la brillantez de color y del lujo asiático de imágenes que introdujo aquella escuela. Cualquiera puede notar, y ya queda dicho, que un reflejo de la prosa de Chateaubriand pasó á sus versos. No es pequeño mérito, por otra parte, haber sentido con tanta intensidad la poesía de los Sagrados Libros, y haber trasladado alguna parte de sus bellezas con cierta grandiosidad épica y con mucho estudio del arte de la palabra (1). Merece, pues, el noble homenaje que le consagró nuestro D. Casimiro del Collado en estos versos de la elegía que compuso á su muerte, y que recuerdan en concisa y elegante frase los asuntos de sus principales producciones:

Del sacro numen que tu acento anima
Cuando, de edades bíblicas vestigio,
Del Gólgota recuerda el gran prodigio
Ó el terrible escarmiento de Solima;
La fatídica frase que del muro
En el festín de Babilonia emerge;
Ó el mar que se abre, y en su centro obscuro
Ira y poder de Faraón sumerge;
Del himno hermoso, en que á tu patria bella
Proclamas reina de la indiana zona

(1) Aunque Pesado y Carpio fuesen los principales cultivadores de la poesía bíblica, no debe omitirse que antes de ellos el Dr. D. Pablo de la Llave, primer maestro de hebreo de nuestro D. Antonio M. García Blanco, había hecho algunas versiones que no conozco. También tradujo (de la Vulgata) algunos Salmos D. José Bernardo Couto, primo de Pesado.

Ó el ingente volcán pintas, que de ella
La indescriptible majestad corona;
De cuantos versos en raudal sonoro
Tu rica inspiración al viento esparce,
México guardará como un tesoro,
La dulce remembranza, y con tristura,
Contemplará, en tu humilde sepultura,
Mudas las cuerdas de tu lira de oro (1).

La mayor parte de los poetas académicos y conservadores que han seguido, así en literatura como en religión y en política, rumbos análogos á los de Pesado y Carpio, viven aún, y esto nos obliga á omitir sus nombres. Entre los muertos es imposible dejar de recordar al íntimo amigo y biógrafo de Carpio, D. José Bernardo Couto, aunque los pocos versos suyos que conocemos, insertos en la *América poética*, de Gutiérrez, y tomados probablemente de la *Colección de poesías mexicanas*, impresa en París en 1836, son demasiado juveniles para que por ellas pueda formarse idea del talento de prosista que luego mostró su autor, ya en el profundo *Discurso sobre la constitución de la Iglesia*, que basta para la reputación del más encumbrado canonista, ya en su ameno y erudito *Diálogo sobre la historia de la pintura en México* (2).

Hay que hacer memoria también de D. Alejandro Arango y Es-

(1) Nació D. Manuel Carpio en Cosamaloapán (estado de Veracruz) el 1.° de Marzo de 1791, y murió en México en 1860. Tradujo los *Aforismos y pronósticos*, de Hipócrates, y algunos otros opúsculos de su profesión, y colaboró en varias publicaciones de índole religiosa. Se sentó algunas veces en las Cámaras federales, pero nunca tomó parte muy activa en la política, de la cual le retraían su carácter manso y benévolo y sus hábitos de piedad y retiro. La primera edición de sus poesías es de 1849, con un prólogo de Pesado. Después se han hecho otras; la que tengo á la vista es la de México, 1876, con una breve pero primorosa biografía escrita por D. Bernardo Couto. Véase también en el tomo III de las *Memorias de la Academia Mexicana* (1891), una conferencia de D. José María Roa Bárcena dada en Orizaba con ocasión del primer centenario del nacimiento del poeta.

(2) Debo á la fineza literaria de D. Francisco Sosa un ejemplar de este *Diálogo*, que en tirada muy escasa se imprimió en México (por I. Escalante), 1872.

candón (1), que falleció pocos años há, siendo Director de la Academia Mexicana. El Sr. Arango, autor del mejor libro que tenemos acerca de fray Luis de León, se le había propuesto por principal modelo, así en los estudios bíblicos, á que fué muy inclinado, como en el estilo y en la dicción poética. Son modelos intachables de noble reposo, de suave efusión y de acrisolado gusto sus dos odas *En la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, la que tituló *Invocación á la bondad divina*, y otra en que glosa este texto: *Domine ut scuto bonae voluntatis coronasti me.* El tomito de sus poesías contiene, además, unos valientes tercetos felicitando á Couto por su defensa de la Iglesia, dos magistrales traducciones de las leyendas italianas de Luis Carrer, *El Caballo de Extremadura* y *La Venganza*, y una pequeña serie de sonetos (la mayor parte de sátira política), entre los cuales, el dirigido *Á Germánico* es una joya digna de la colección de Arguijo.

(1) Nació en la Puebla de los Ángeles el 10 de Julio de 1821. En 1831 vino á Europa é hizo en Madrid los estudios de Humanidades. En México se graduó de licenciado en Derecho en 1844. Formó parte de la *Academia poética de San Juan de Letrán*, como casi todos los literatos de su tiempo. Figuró en primera línea en la política conservadora, siendo Secretario de la Asamblea de Notables que ofreció la corona al emperador Maximiliano, y miembro del Consejo de Estado de aquel infelicísimo monarca. Murió en 28 de Febrero de 1883. Su *Ensayo histórico* sobre *Fr. Luis de León* se publicó primero en *La Cruz*, revista que dirigía Pesado (1855-56), y luego en tomo aparte (1866). El autor preparaba otra edición muy aumentada, pero no sabemos que llegara á salir á luz. La segunda edición del tomito de sus *Versos* se imprimió en 1879, y no comprende las poesías de su juventud, de que puede verse alguna muestra en la *América Poética*, de Gutiérrez. Tradujo Arango *El Cid*, de Corneille, y *La conjuración de los Pazzi*, de Alfieri, pero no se conocen más que fragmentos de una y otra versión. Véase el libro de D. Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos* (México, 1880). Entre los méritos de Arango que su biógrafo enumera, no debe omitirse el particular empeño que puso en que se cultivasen en México los estudios orientales, para lo cual «publicó á su costa una *Gramática Hebrea* en 1867, y ayudó á que saliese á luz otra del idioma griego, contribuyendo liberalmente para los gastos de impresión. Puso también prólogo á un *Oficio Parvo* de la Virgen María, publicado en 1870 por D. José Mariano Lara, en ocho idiomas: hebreo, griego, latín, italiano, inglés, francés, alemán y español».

Pocos meses después de Arango descendió al sepulcro otro distinguido humanista, de sus mismas ideas y gusto, el licenciado don Francisco de Paula Guzmán. En la *Reseña de Actas de la Academia Mexicana* se hace en estos términos su elogio: «Muy versado, tanto en la literatura griega, como en la latina, dió en los últimos años de su vida muestras de su vena poética, que corrió siempre á impulsos del amor divino. Lo encendido de los afectos, la unción con que sabía expresarlos y la sobriedad de su frase, que, correcta y gallarda, era expresión genuina de hondo amor á Dios, lo colocan, á no dudar, entre los poetas místicos mas encumbrados y que mejor han hablado la lengua castellana.» El consumado latinista don José María Vigil, traductor de las Sátiras de Persio, ha escrito una necrología de Guzman, en la cual se dice que en las poesías religiosas de éste «se encuentra unido el apasionado misticismo de Santa Teresa y San Juan de la Cruz con la corrección y clásica elegancia de Fr. Luis de León, el Horacio español.» Alguna hipérbole habrá quizá en estos elogios póstumos, y no conocemos bastantes poesías de Guzmán para confirmarlos ó rectificarlos; pero las tres que hemos leído, es á saber, una oda *Al Sagrado Corazón de Jesús*, una paráfrasis del *Hortulus* atribuído á Virgilio, y otra de un poemita cristiano de Próspero Tirón, vate del siglo v, prueban que Guzmán era, no sólo versificador puro y elegante, sino dulce y delicado poeta (1).

(1) Nació en 1844 y falleció en 1884.

Era profesor de latín en la Escuela Preparatoria de México. Meditaba en sus últimos años hacer una versión poética de las Obras de Prudencio.

Como poeta místico y no poco inspirado, debe citarse también al prebendado de la catedral de Puebla, Dr. D. Miguel Jerónimo Martínez, que falleció en 1870, y cuyas poesías fueron publicadas en colección un año despues. El siguiente bellísimo soneto que tomamos de una publicación del Sr. Roa Bárcena *(Acopio de sonetos castellanos..... 1877)*, prueba que este poeta merece más fama de la que alcanza:

Podando estoy mi solitario huerto,
Hora que, del invierno á los rigores,
Marchitos aun los árboles mayores,
Tornóse el campo un árido desierto.
Cuando de galas y esplendor cubierto,
El Abril pasa derramando flores,

Por la serie de hechos expuestos hasta aquí, se habrá inferido que en México la condición de literato *clásico* va generalmente unida á la de conservador en política, y á la de neocatólico, ultramon-

Del sol á los vivíficos ardores
Mis árboles darán su fruto cierto.
Si otra poda interior hacer pudiera
Allá en mi corazón y el alma mía,
¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo
En el místico huerto recogiera
Flores de amor filial para María,
Frutos de vida eterna para el cielo!

Con los autores últimamente citados, tuvo evidente parentesco en sus estudios clásicos y piadosas tareas un compañero nuestro, á quien la Academia se complace en dar lugar aquí, puesto que fué americano de nacimiento, aunque residió en España desde su primera niñez, sin que por eso perdiese nunca el amor y el recuerdo de la primera tierra que vieron sus ojos. Tal fué D. Fermín de la Puente y Apezechea, nacido en México en 9 de Noviembre de 1821 y muerto en Omoño (Santander), en 20 de Agosto de 1875. Educado en la disciplina clásica de principios del siglo, y celoso partidario del estilo de la escuela de Sevilla, donde hizo su educación, dióse á conocer en 1834 con unas lozanísimas octavas insertas en *El Artista*, que llevan por título *La Corona de Flora*, y demuestran cuán empapado estaba en la lectura de las Silvas de Rioja. En 1845 publicó, con el título de *Dido*, una versión del libro IV de la *Eneida*, en que hay octavas tan valientes y bien construídas como ésta, que por casualidad recuerdo:

No de otra suerte Orestes delirante,
Del triste Agamenón prole maldita,
Del crimen siente el aguijón punzante,
Y espantosa visión le precipita.
Huye á su madre, mas la ve delante,
Que ardiente tea y víboras agita,
Y vé las infernales vengadoras
Posadas en su umbral á todas horas.

Es paráfrasis, pero muy feliz, de estos tres versos de Virgilio:

Aut Agamemnonius scenis agitatus Orestes,
Armatam facibus matrem et serpentibus atris
Quum fugit, ultricesque sedent in limine Dirae.
(Æn. IV, 471-473).

Muchos años después, cuando el fuego de su inspiración estaba muy apagado, quiso continuar su tarea, y tradujo hasta ocho libros más, si bien sólo dos, el primero y el sexto, llegaron á imprimirse, en 1874. La versificación

tano, ó como quiera decirse, en todo aquello que toca á las relaciones y conflictos entre la Iglesia y el Estado; al paso que los escritores que militan en los partidos liberales, propenden más bien á la libertad romántica. Esta regla no es tan general, sin embargo, que no tenga algunas excepciones, y baste por todas la del famoso jurisconsulto D. Ignacio Ramírez, más conocido por su pseudónimo de *El Nigromante*, sectario del ateísmo y del positivismo más crudos, corifeo de la política más radicalmente revolucionaria, uno de los principales fautores y ejecutores de las llamadas leyes de *Reforma* que sancionaron el despojo y venta de los bienes del clero. Este personaje, cuya audacia demoledora, fría é imperturbable, aterraba á sus propios correligionarios, que le acusaron de comprometer el resultado de su obra por excesiva gala de cinismo: éste fanático de la incredulidad, que llegó á rodearse de cierta aureola mefistofélica: éste terrible y acerado polemista cuya ironía ha llegado á ser comparada con la de Voltaire (aunque suponemos que de la comparación habrá que rebajar bastante, si cambiamos la moneda mexicana en francesa), era, en literatura, clásico como Voltaire: así nos lo persuaden los pocos versos suyos que conocemos, muy esmerados y correctos aunque algo secos; y no lo desmienten sus propias *Lecciones de Literatura* (1), que son, como él dice, «más bien gramati-

de estos libros es generalmente muy desmayada, y por todo extremo inferior á la del libro IV. Algo semejante puede decirse de los *Libros sapienciales*, publicación póstuma de 1878. Hombre de ardiente fe y cristiana vida, dedicó á la religión sus mejores inspiraciones, y dejó algunos sonetos místicos de gran precio: el de *La Magdalena* me parece el mejor.

Como individuo de nuestra Corporación, contribuyó mucho á la fundación de las Academias Americanas.

(1) Se imprimieron póstumas en México, 1884, por Francisco Díaz de León. Es libro curioso, y he de hablar de él más extensamente en otra parte.

Nació Ramírez en el pueblo de San Miguel el Grande (estado de Guanajuato), en 23 de Junio de 1818, y falleció en 15 de Julio de 1879. Su azarosa vida va íntimamente mezclada con la historia de las agitaciones de su país. Usando de una frase vulgar y de mal gusto, puede decirse que «fué el verbo de la revolución», distinguiéndose siempre por su odio á toda idea religiosa, especialmente al catolicismo, y á todo recuerdo de España. Fué ministro de Justicia y Fomento, y magistrado del Supremo Tribunal. Escribió en innu-

cales que históricas y críticas», y presentan la estética reducida á una fisiología del lenguaje: sentido bastante análogo al del empirismo del siglo pasado. Aunque teóricamente partidario de la independencia literaria y de la creación de una cultura americana, hay en los versos de este indígena de raza pura más timidez académica que genio. El siguiente madrigal puede dar alguna idea de su estilo:

Anciano Anacreón, dedicó un día
Un himno breve á Venus orgullosa;
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía:
Las palomas jugaban sobre el carro
Y una sonrisa remedó la fuente:
Y la fama contó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algún beso.

Al lado de este *epigrama*, que parece traducido de alguno de los más lindos de la Antología griega, pueden ponerse los dos sonetos que en el texto de nuestra colección figuran, y en que se desarrolla con mucho primor de expresión el mismo tema del amor senil, que era uno de los tópicos predilectos de este poeta (1). Todos sus

merables periódicos, cultivó la sátira del modo más acerbo, y fué más admirado por su vasta cultura y enérgico estilo que estimado por su carácter mordaz é intransigente. Vid. *Obras de D. Ignacio Ramírez*, México, oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1889. 2 tomos 4.° Con una extensa biografía de Ramírez, escrita por D. Ignacio Altamirano.

(1) Transcribiremos el segundo de estos sonetos.

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente, tan graciosa,
Que por mi obscuro asilo has asomado.
En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.
Hoy de mí los rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.
Al inerme león el asno humilla;
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los tercetos muy acicalados pero algo premiosos *Por los muertos* y *Por los desgraciados*, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan natura y el Acaso?
Cuando agobiado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanzas.

Mas apacible fisonomía moral y literaria ofrece D. José Rosas Moreno, que fué también liberal y tampoco fué romántico. Su reputación se funda principalmente en sus *Fábulas*, que han sido altamente elogiadas por críticos de tanto nombre como Altamirano y Pimentel, y que han desterrado de las escuelas de aquella República las insulsas y mal versificadas de Lizardi. Rosas ha dado en las suyas razonable entrada al elemento descriptivo, en *pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético* (1), salvando así el escollo de lo prosaico en que fácilmente naufraga el apólogo por su tendencia doctrinal. Pero además de sus fábulas, Rosas cultivó la poesía lírica propiamente dicha, si no con grande estro ni mucha novedad, con delicada ternura, con simpática pureza de sentimiento, á la cual responde lo puro y nítido de la forma. Su espíritu honrado y sereno complácese, sobre todo en los recuerdos del valle de la infancia y de la materna aldea, y aunque no sea muy original, ni en su manera de sentir, ni en la de expresar lo sentido, y deje por esto huella poco honda en el espíritu, agrada siempre por lo apacible y cadencioso de la versificación y por cierta melancolía resignada. Aunque tiene su manera propia, no parece ex-

(1) Son palabras de Altamirano en el prólogo de estas *Fábulas*.

traño á la lectura de los modernos poetas españoles, y Selgas, Ruiz Aguilera y Becquer fueron quizá los que más influyeron en él, como más análogos á su índole, especialmente el primero, puesto que al último, si le imitó en el sentimiento (1) no quiso remedarle en la incorrección, ni tampoco en la forma heiniana de rimas breves (2).

La dura ley que nos hemos impuesto de prescindir de las obras de los vivos, nos obliga á omitir aquí á poetas de tan alta significación y tanta influencia como D. Guillermo Prieto y D. Ignacio Altamirano, sin cuyas obras es imposible darse cabal cuenta del nuevo rumbo que ha tomado la musa mexicana en los tiempos posteriores á la intervención y al Imperio. Los orígenes literarios de Prieto se remontan mucho más allá: alcanzan á la *Academia de San Juan de Letrán*, donde alternó con Carpio y Pesado y hasta con Quintana Roo, pero como Prieto, decano de las letras mexicanas, prosigue enriqueciéndolas con nuevas producciones sobre las variadísimas que en su azarosa vida ha dado á luz, no hay más remedio que omitirle, á despecho de la cronología literaria, y hablar de poetas mucho más jóvenes, pero que pagaron ya á la muerte el común tributo.

Estos ingenios malogrados son principalmente dos muy conocidos y populares ya en España, donde sus obras comenzaron á penetrar, hará unos doce años (3), con grande aplauso de la juventud

(1) Estas imitaciones son á veces demasiado directas, verbigracia:

Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores.....
Mi amor no volverá.

(2) Nació Rosas en la ciudad de Lagos (estado de Jalisco), el 14 de Agosto de 1838, y murió en 13 de Julio de 1883. Fué diputado varias veces y sufrió persecución por sus avanzadas ideas políticas. Aun después del triunfo de ellas vivió en bastante obscuridad y pobreza, dedicado principalmente á la práctica de las virtudes domésticas y á escribir libros de educación para la infancia. Casi todas sus obras pertenecen á este género. Además de sus *Fábulas*, coleccionó sus poesías varias que llamó *Hojas de rosa*. Dió al teatro bastantes comedias (una de ellas con el título de *Sor Juana Ines de la Cruz)*, pero aunque apreciables y apreciadas no lo han sido tanto como sus obras líricas. Algunas de ellas se registran en la colección publicada en Madrid, 1879, por D. Juan de Dios Peza, con el título de *La Lira mexicana*.

(3) No se olvide que esto se escribía en 1892.

literaria: Manuel Acuña y Manuel María Flores: cantor el primero de las evoluciones de la materia conforme al novísimo sentido de las escuelas naturalistas, y cantor el segundo de la pasión carnal sin reticencias ni velos. Uno y otro eran poetas de verdad, y prescindiendo de los temas habituales de sus cantos, no hay duda que su temprana muerte ha sido para la literatura mexicana una calamidad casi irreparable.

Hay de Acuña un tomo entero, del cual sólo pueden sacarse en rigor dos ó tres composiciones dignas de los honores de una *Antología*, pero éstas son tales, que patentizan una genialidad lírica más potente que casi todo lo que hasta ahora hemos visto en la poesía mexicana. Esta potencia no llegó á traducirse en acto sino de un modo muy incompleto, pero estaba en el poeta, y sólo le faltó tiempo para acabar de manifestarla. Él era un estudiante de Medicina, saturado del materialismo de las salas de disección, amamantado en los libros de Büchner, Vogt y Moleschott, agresivo y feroz en su pomposo ateísmo de colegio (2), y al mismo tiempo un alma

(2) Como muestra de estas declamaciones, puede citarse la oda á la *Sociedad Filoyátrica en su institución*, ó la que compuso para celebrar la apoteosis de un cómico, y empieza con estos versos:

¡Mentira el más allá! Mentira el alma
Que el retroceso impuro
Hace nacer, llenando lo futuro,
Del triste cementerio con la calma!
¡Engaño esa creación que el fanatismo
Hace brotar del último lamento
Que nos lleva al abismo!
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento
Lanza á la humanidad mezquina y necia
Que, oyendo á la razón y al pensamiento
No abarca esa mentira y la desprecia!.....

De su antiespañolismo rabioso, que le hacía exclamar como grave cargo contra México:

Aun hay algo de España en tu conciencia.....

es inútil hablar, pues bien sabido es que los españoles, á pesar de lo vetusto y ya inofensivo de nuestra *tiranía*, continuamos en quieta y pacífica posesión de servir de cabeza de turco á los patriotas mexicanos, tan rendidos admiradores é imitadores, por el contrario, de los franceses que les hicieron la odiosa guerra de intervención, y de los *yankees* que les despojaron de la mitad de su territorio.

candorosa é infantil, llena de ternuras y arrobamientos; idólatra de su madre, y enamoradísimo de su novia. Todo su escepticismo y su materialismo no bastaron á defenderle de una funesta pasión amorosa, en la cual parece que se atravesaron misteriosas contrariedades que, no encontrando resistencia en la absoluta falta de fe del poeta, le condujeron al suicidio á la temprana edad de veinticuatro años. En aquel niño tan infelizmente extraviado había el germen de un gran poeta. No importa que la mayor parte de sus versos sean un fárrago de vulgaridades enfáticamente dichas: antítesis de alumno de retórica, v. gr.

Yo canto á Atenas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando Atenas,
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Sustituir el hogar al relicario,
Sustituir la violeta al incensario.....

sin que falten, por supuesto,

La cicuta del Sócrates profundo
Y la sangre del Cristo del Calvario.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
El sangriento puñal de los tiranos,
Y la máscara vil del fanatismo.....

el «sublime martirologio de la idea»; la «pupila augusta de la historia», revuelto todo con imágenes tan descabelladas como decir del hombre

Polluelo de ese cóndor de lo obscuro
Que se llama el misterio.....

Ni tuvo tiempo para educar su gusto; ni sus estudios, exclusivamente dirigidos á las ciencias experimentales, le permitieron adquirir el pleno dominio de la lengua poética. La suya está afeada, no sólo por incorrecciones continuas y extraños cuanto inútiles neologismos (*esplendor auroral*, verbigracia), sino por composiciones de palabras que el genio de nuestro idioma rechaza, como el *mártir-libertad*, el *espectro-conciencia*, la *luz-inmortalidad*, el *Dios-dulzura*, el *espacio-inteligencia*, de donde resulta un estilo sobremanera bár-

baro, al cual da los últimos toques la rechinante fraseología periodística:

> Y que hallemos en ti á la mujer fuerte
> Que del *obscurantismo* se redime.....
>
> . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
>
> Murió: su *apostolado*
> Hizo temblar en su poder al fraile.....
>
> . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
>
> El pueblo suyo, por el monje opreso,
> Escuchó la palabra del *progreso*.....

Es, pues, un modelo peligrosísimo, y por eso insistimos en sus defectos, que fueron los de toda la juventud de su tiempo en México y en España, y que pueden ser contagiosos para quien tome el desaliño y la incorrección por marca de genio. Ráfagas de genio tuvo Acuña, pero á mi entender sólo dos veces en su corta vida, y las dos en el último año de ella. Son dos poesías en que puso toda la sustancia de su alma enferma y atormentada: una de amor, *Nocturno;* otra de materialismo dogmatico, *Ante un cadáver*. Esta última es una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos. Acuña era tan poeta que hasta la doctrina más áspera y desolada podía convertirse para él en raudal de inmortales armonías. Sentía aquel mismo género de embriaguez naturalista que es el alma de la inspiración de Lucrecio y de la de Diderot en el *Sueño de D'Alembert*. La materia no concebida mecánicamente, sino de un modo dinámico, y abarcándola en toda la plenitud y complejidad de sus desarrollos y evoluciones, no es sujeto refractario á la poesía, y puede existir y existe sin duda un género de *monismo* poético, que tiene de poesía lo que tiene de metafísica, menos distante de lo que pudiera creerse, ya de la concepción de Leibniz, ya de la de Hegel, puesto que realmente esa materia parece viva y llena de almas, y su incesante ebullición como que se somete y disciplina á un proceso dialéctico. A ese *monismo*, más que al materialismo tradicional de las escuelas médicas, corresponden los extraños versos de Manuel Acuña, cuya naturaleza afectiva ha impreso además en ellos muy imborrable huella:

Tú sin aliento ya, dentro de poco,
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.
Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.....

Los versos á *Rosario*, que llevan el título de *Nocturno*, y son probablemente los últimos que compuso el desventurado Acuña, esconden en cifra la historia de sus tristísimos amores, y aunque muy incorrectos, tienen toda la vehemencia y toda la angustia del momento supremo: es poesía que no puede leerse sin cierto terror y tras de la cual se adivina el próximo naufragio de la conciencia moral del poeta. Ante estas dos soberbias inspiraciones se oscurecen las restantes suyas, pero hay bellos rasgos de sentimiento en algunas otras, como *Entonces y hoy*, *Lágrimas*, *Adiós.....*, y tampoco carecen de mérito los versos humorísticos, aunque tengan más de fáciles que de chistosos. En todo lo demás, como sucede siempre en las colecciones de poetas muy jóvenes, son visibles las reminiscencias de sus lecturas, que eran las habituales entre los jóvenes de su edad y de su generación: Espronceda, Campoamor, Heine, quizá Ruiz Aguilera. Del primero tomó versos enteros como los «rizados copos de nevada espuma»; á imitación del segundo hizo *doloras* y *pequeños poemas*: sus *Hojas secas* forman una especie de *Intermezzo* como las *Rimas* de Becquer, á quien Acuña no pudo leer; y, por último, nos parece percibir en *La Vida del campo* un remedo de la inofensiva parodia bucólica que Aguilera tituló *La*

*Arcadia Moderna*. Sólo á Zorrilla no quiso imitar jamás Acuña, antes le trata con irritante desdén y notoria irreverencia (1).

Muy diverso poeta es Manuel M. Flores. No era incrédulo como Acuña, pero dió culto ferviente á la poesía erótica en sus manifestaciones más cálidas y menos ideales (2). El amor de Acuña, castísimo en la expresión y vehementemente apasionado, el amor trágico y más poderoso que la muerte, es sin duda más poético que la voluptuosa languidez, la enervadora molicie que respiran los versos de Flores, y que para todo espíritu viril llega á ser empalagosa, como lo es en nuestro Arolas, uno de los pocos poetas francamente carnales que tenemos en nuestro Parnaso, el cual es honrosa excepción en esta parte entre todos los modernos. Dígase lo que se quiera de la influencia del clima y del temperamento, la poesía española, aun en los países tropicales á donde ha sido transplantada, conserva su castidad nativa, y rara vez se abate á tan vil tarea como la expresión del deleite sensual por el deleite mismo: expresión que las más veces no es signo de vigoroso temperamento, sino de precoz impotencia, lujuria de la cabeza más que de los sentidos. Y todavía si algún poeta americano ha pecado en esto, no son los de lengua castellana, sino los de lengua portuguesa. Sólo en la literatura brasileña se encuentran versos de erotismo desenfrenado como los de Alvares de Azevedo, Casimiro de Abreu, Junqueira Freire, Fagundes Varela, de los cuales dice Teófilo Braga, que «el ardor explosivo de la pasión amorosa, la lubricidad de las imágenes, la seducción voluptuosa del pensamiento, revelan la sangre del mestizo devorado por las llamas del deseo».

(1) Nació Manuel Acuña en la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el 27 de Agosto de 1849. En 1865 fué á México, y se matriculó en la Escuela de Medicina. Fundó la sociedad literaria *Netzahualcoyotl*, y dió á las tablas un drama con el título de *El Pasado*. Se suicidó en 6 de Diciembre de 1873. Hay varias ediciones del tomo de sus poesías. La que tengo á la vista es la de París, 1885 (Garnier).

(2) Aunque el erotismo sea la nota dominante en la lírica de Flores, no debe omitirse que cultivó también con éxito otros géneros poéticos. Su oda á la *Patria en el 5 de Mayo de 1862* (defensa de la ciudad de Puebla contra los franceses por el general Zaragoza) es desigual, pero tiene versos magníficos, y mucho brío y arrogancia de dicción.

En el estudio de las obras de tales poetas brasileños, á los cuales cuadraría bien por divisa la palabra *uror*, que un insigne vate mexicano puso por epígrafe de sus preciosas *Amapolas*, pudiéramos creer que se había formado el autor de las *Pasionarias*, título que á sus versos de amor dió Flores, suponiendo, lo cual no es nada verisímil, que los hubiese conocido. Tampoco hay semejanza de forma, sino identidad de sentimientos, ó más bien de sensaciones predilectas. Á Alfredo de Musset le leyó mucho y aun le tradujo algo, y es sin duda el poeta erótico del viejo mundo que más se le parece, pero lo que Alfredo de Musset tiene de gran poeta no es la calentura sensual, sino la grandeza de la pasión, que le hace entrever los más hondos misterios del dolor humano, y levantarse á una esfera trascendental y casi religiosa, desde el estercolero de la orgía en que nos muestra sus llagas (1). Flores no tiene nada de esto, ó tiene muy poco, y por eso es un poeta de segundo orden, un mero poeta erótico en la acepción menos noble del vocablo, no porque en sus versos haya torpezas ni obscenidades (que esto ya no pertenecería á la poesía en modo alguno, ni habría que hablar de ello), sino porque en sus elegías no se respira otra cosa que la atmósfera tibia y perfumada del deleite, y esto hasta en las imprecaciones y en las quejas: hasta la tristeza es aquí lasciva.

Deshojaste la flor de mil amores
Por ceñir á tus sienes
La corona nupcial..... Entre las flores
Castas del azahar, tu linda frente
Has escondido, todavía caliente
Del beso voluptuoso
De tu amante de ayer..... ¿Qué importa eso?
Esta noche, en el tálamo, el esposo
Su huella borrará con otro beso.

Trátase, pues, de una poesía afeminada como la de Ovidio, criada entre besos y caricias, y cuya blanda morbidez de expresión no

(1) Hay en Flores (por ejemplo en la composición titulada *Orgía)* reminiscencias innegables de Espronceda en fondo y forma. Imitó también y tradujo algo de Lord Byron, de Enrique Heine, de Víctor Hugo y otros. Sus versiones, no siempre directas, están hechas con verdadero sentimiento lírico.

disimula en nada la lascivia del fondo. Pasan páginas y páginas, y el lector menos severo y morigerado acaba por aburrirse y ofenderse de tanto chasquido de besos:

Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos..... me mataría.
¡Un beso nada más!..... Ya su perfume
En mi alma derramándose, la embriaga,
Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis labios impaciente vaga.
¡Júntese con la tuya!..... Ya no puedo
Lejos tenerla de tus labios rojos.....
¡Pronto!..... ¡dame tus labios!..... ¡Tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!
Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazón opreso.....
¡Oh! sostenme en la vida de tus brazos,
Para que no me mates con tu beso.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad..... por sólo un beso.

Sólo quien haya tenido paciencia para aguantar seguida la lectura de los diez y nueve *Basia* del holandés Juan Segundo, podrá complacerse en un género que por su esencia está condenado á ser la monotonía misma. Lo único que en Flores le anima y realza es el paisaje, la selva americana, descrita con pródiga y opulenta fantasía, que algo recuerda la de Zorrilla en sus descripciones de los cármenes granadinos.

Allá en la soledad, entre las flores,
Nos amamos sin fin á cielo abierto,
Y tienen nuestros férvidos amores
La inmensidad soberbia del desierto.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Y tiene el bosque voluptuosa sombra,
Profundos y selvosos laberintos,
Y grutas perfumadas, con alfombra
De eneldos y tapices de jacintos.
Y palmas de soberbios abanicos

Mecidas por los vientos sonorosos,
Aves salvajes de carnosos picos
Y lejanos torrentes caudalosos.
  Los naranjos en flor que nos guarecen
Perfuman el ambiente, y en su alfombra
Un tálamo los musgos nos ofrecen
De las gallardas palmas á la sombra.
  Por pabellón tenemos la techumbre
Del azul de los cielos soberano,
Y por antorcha de himeneo la lumbre
Del espléndido sol americano.
  Y se oyen bramadores los torrentes
Y las aves salvajes en concierto,
En tanto celebramos indolentes
Nuestros libres amores del desierto.
  Los labios de los dos con fuego impresos,
Se dicen el secreto de las almas;
Después..... desmayan lánguidos los besos.....
Y á la sombra quedamos de las palmas.

No diré que sean intachables estos versos, que tomo de la composición titulada *Bajo las palmas*, pero así en ella como en la que se denomina *Eva*, está lo mejor y más característico de Flores, que sin ser gran poeta, es un poeta brillantísimo, y muy superior á Acuña en corrección y en gusto (1). Puede decirse que la imagen de su Musa ha quedado trazada por el mismo poeta en estos versos suyos, tan celebrados y tan dignos de serlo:

  Morena por el sol del Mediodía
Que en llama de oro fúlgido la baña,
Es la agreste beldad del alma mía,
La rosa tropical de la montaña.
  Dióle la selva su belleza ardiente,
Dióle la palma su gallardo talle:

(1) Debe advertirse, sin embargo, que la prosodia de Flores es muy descuidada y á veces intolerable por bárbara dislocación de acentos, como en estos dos versos de *Eva:*

Flotaba derramado en los cefiros.....
De salir del caos aun deslumbrada.....

Hay que pronunciar *cefíros* y *caós* para que estos versos consten.

En su pasión hay algo del torrente
Que se despeña desbordado al valle.
Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea (1).

Aunque estos dos poetas sean de ayer, comienzan ya á pertenecer á la historia. Las cosas van tan de prisa en América, que la alentada y briosa generación literaria que vino á la escena después de la caída del Imperio, y que se había formado principalmente con las obras de Víctor Hugo y demás corifeos del romanticismo francés, comienza ya á ser sustituída por un brillante grupo de poetas jóvenes, que traen ideales artísticos muy diversos, y en los cuales, por lo poco que a mí ha llegado de sus obras, parece que predomina el gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos. ¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre á la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenere, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten á conciliarla con lo que de ellos exige la tradición poética española, y con el respeto á las grandes y primitivas fuentes de toda poesía! (2).

(1) Nació Flores en el valle de San Andrés, á la falda occidental del Orizaba en 1840, y murió ciego en estos últimos años. Véase el *Discurso* que, en elogio suyo leyó D. F. Sosa en el *Liceo Mexicano* el 1.° de Junio de 1885. Hay varias ediciones de sus *Pasionarias*, con un prólogo de D. Ignacio María Altamirano: la última es de París, por Garnier, en este mismo año de 1892.

(2) Era mi objeto dar en esta nota una lista de los poetas mexicanos que omito por considerarlos vivos, pero luego he reflexionado que este trabajo estaba muy expuesto á sensibles omisiones, y he desistido de él. Unicamente debo advertir, que no he incluído en esta colección á la excelente poetisa D.ª Isabel Prieto de Landázuri, que falleció en Hamburgo en 1876, pues aunque mexicana por adopción, había nacido en España, en Alcázar de San Juan. (Véase el excelente estudio biográfico y literario, que acerca de ella publicó D. José María Vigil en el tomo II de las *Memorias de la Academia Mexicana*, México, 1882). De otra poetisa, llamada D.ª Dolores Guerrero, que falleció en 1858, conozco algunos versos apasionados, incorrectos y demasiado íntimos que, á la verdad, no me han parecido dignos de figurar en una colección donde van los de sor Juana Inés de la Cruz. En Bogotá se ha publicado un

tomo entero de *Poetisas mexicanas* (Imprenta de J. J. Pérez, 1889), donde podrá satisfacer su curiosidad el aficionado á la literatura femenina.

México ha sido visitada en este siglo por bastantes poetas españoles, que han escrito y publicado allí algunas de sus obras. Además de Zorrilla, hay que recordar á García Gutiérrez, que residió algún tiempo en Mérida de Yucatán, é hizo representar é imprimió allí tres dramas en 1844 y 1845, *La Mujer valerosa*, *Los Alcaldes de Valladolid*, y *El Secreto del Ahorcado*, y escribió también *El Duende de Valladolid, tradición yucateca* (1850).

Y aunque no fuese la poesía su vocación principal, sería grande injusticia omitir el nombre del escritor montañés D. Anselmo de la Portilla, que contribuyó más que nadie á la reconciliación moral y literaria de españoles y mexicanos, y que ha dejado en aquella República un nombre de los más venerados (a).

(a) Véase su interesante biografía en el tomito de D. Victoriano Agüeros *Escritores mexicanos contemporáneos* (págs. 189-224). Con Portilla colaboró en alguno de los periódicos fundados y dirigidos por él, el notable poeta gaditano D. Federico Bello y Chacón, muy injustamente olvidado en su patria (Vid. su necrología escrita por Roa Bárcena en el tomo IV de las *Obras* de éste, págs. 410-429).

# POSTDATA

La Real Academia Española se sirvió confiarme el encargo de formar esta colección y escribir las introducciones de ella, en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de Julio del año pasado de 1892. En Septiembre di por terminados los trabajos relativos á Méjico, Guatemala y Cuba, valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo, puesto que la circunstancia de haber tenido yo que trasladarme á Santander al día siguiente de haber suspendido sus tareas la Academia, me impidió examinar por entonces los materiales que ya habían comenzado á remitir á su Secretaría las Academias Correspondientes Americanas, y otras Corporaciones y personas, á quienes oportunamente se había invitado para este fin.

Formada ya mi colección y redactado el prólogo, volví á Madrid, y con objeto de completar mi trabajo antes de la impresión, comencé á examinar la interesante colección de datos recibida de América. La Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, había llevado su exquisita cortesía hasta el punto de imprimir, para mayor comodidad de la nuestra, una *Antología* de poetas de aquella República, en tirada de solos *seis* ejemplares (según mis noticias) (1). Y para que quede memoria de esta rareza bibliográfica, me parece oportuno dar aquí noticia del contenido de tan extraordinario libro, empezando por advertir que no tiene portada ni pie de imprenta (á lo menos por ahora), y que consta de 470 páginas, en 4.°, no foliadas, sino numeradas con lápiz. Ocupa las 52 primeras una discreta y elegante introducción histórica firmada por el egregio humanista D. José María Vigil, bien conocido entre nosotros por su magistral versión y comentario de las *Sátiras* de Persio.

(1) Más adelante se ha repetido la edición en mayor número de ejemplares, pero sin cambio alguno en el texto.

La *Antología* se divide en dos grupos: uno de poetas muertos (hasta la pág. 199), y otro de poetas vivos, por este orden:

*Muertos:* Anónimo del siglo XVI (fragmento de la pieza dramática *Triunfo de los Santos*, representada en 1578).—Francisco de Terrazas.—Fernán González de Eslava.—Sor Juana Inés de la Cruz.—Fr. Manuel Navarrete.—Francisco Manuel Sánchez de Tagle.—Andrés Quintana Roo.—Manuel Eduardo de Gorostiza.—Manuel Carpio.—Francisco Ortega.—José Gómez de la Cortina.—José Joaquín Pesado.—José María Heredia.—Wenceslao Alpuche.—Fernando Calderón.—José de Jesús Díaz.—Ignacio Rodríguez Galván.—Miguel Jerónimo Martínez.—José Sebastián Segura.—Ignacio Ramírez.—Ramón Isaac Alcaraz.—Alejandro Arango y Escandón.—Francisco de P. Guzmán.—Manuel Peredo.—Isabel Prieto de Landázuri.—Juan Valle.—José Rosas Moreno.—Manuel M. Flores.—Manuel Acuña.—Agustín F. Cuenca.

*Vivos:* Ignacio M. Altamirano.—José M. Bustillos.—Antonio Cisneros Cámara.—José T. de Cuéllar.—Rafael Delgado.—Manuel Díaz Mirón.—Salvador Díaz Mirón.—Ricardo Domínguez.—Adalberto A. Esteva.—José M. Esteva.—Enrique Fernández Granados.—Rafael Gómez.—Ernesto González.—Justo P. González.—Manuel M. González.—Manuel Gutiérrez Nájera.—Juan B. Híjar y Haro.—*Ipandro Acaico* (Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis de Potosí).—Francisco López Carvajal.—José López Portillo y Rojas.—Vicente Daniel Llorente.—Laura Méndez de Cuenca.—Luis G. Ortiz.—Manuel José Othon.—Joaquín Arcadio Pagaza.—Porfirio Parra.—José Peón Contreras.—José Peón del Valle.—Josefina Pérez de García Torres.—Ignacio Pérez Salazar.—Isabel Pesado.—Juan de Dios Peza.—Guillermo Prieto.—Manuel Puga y Acal. Ambrosio Ramírez.—Vicente Riva Palacio.—Justo Sierra.—Francisco Sosa.—Esther Tapia de Castellanos.—Luis G. Urbina.—Jesús E. Valenzuela.—Eduardo del Valle.—Ramón Valle.—Antonio Zaragoza.—Rafael de Zayas Enríquez.—Ovidio Zorrilla (1).

La necesidad de encerrar tantos poetas en el pequeño espacio de 400 páginas, ha obligado á los colectores mexicanos á no incluir generalmente más que una ó dos composiciones de cada uno de ellos, a no ser tratándose de sonetos ú otras piezas muy breves.

(1) De los poetas incluídos en esta lista han fallecido, por lo menos, desde 1892, D. Ignacio María Altamirano, D. Guillermo Prieto, D. Vicente Riva Palacio, D. José María Roa Bárcena, D. Manuel Gutiérrez Nájera, dignos todos de particular estudio.

Gran parte de la colección se la llevan, además, con estricta justicia, los poetas vivos, entre los cuales hay algunos excelentes. Como mi plan era diverso, he podido lograr mayor espacio para los muertos, dándolos á conocer en mayor número de composiciones y géneros. Algunas veces he coincidido en la elección con la Academia Mexicana (y esta es señal casi infalible de acierto); otras no, por preferencias de gusto individual ó de doctrina literaria, á que no puede ni debe renunciar el crítico, si ha de ser sincero.

De la *Antología Mexicana* he tomado á última hora, para añadirlas á la mía, composiciones de dos poetas: D. Ramón Isaac Alcaraz, cuya muerte no había llegado á mi noticia, y D. Juan Valle, á quien yo conocía por su fama, pero no por sus obras. Una sola composición de cada cual de ellos no es dato bastante para juzgarlos. Alcaraz, correspondiente de nuestra Academia, falleció en 8 de Abril de 1886. Á juzgar por su pulcra y limada oda *Al Estío*, era poeta de gusto clásico, cuyo puesto está naturalmente marcado en el grupo en que figuran Pesado, Arango y Guzmán. Valle, cuyos viriles tercetos á la *Guerra Civil* recuerdan, hasta cierto punto, las bélicas elegías de Tirteo, nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838, y murió en Enero de 1865. De él dice el Sr. Vigil, que «fué el cantor más enérgico de la revolución reformista, siendo dignas de notarse la exactitud y originalidad de sus descripciones, no obstante haber perdido la vista desde los primeros años».

De los demás poetas admitidos en la *Antología Mexicana*, no figuran en la nuestra Hernán González de Eslava ni D.ª Isabel Prieto de Landázuri, por haber nacido en España; Heredia, por cubano; Alpuche, Sánchez de Tagle y Fernando Calderón, por la inferioridad de su mérito lírico, de que ya se dice algo en el prólogo; José de Jesús Díaz, por no haber tenido yo á mano sus romances y leyendas, que son lo mejor que hizo.

D. José Gómez de la Cortina, Conde de la Cortina (1799-1860), hermano mayor del conocido bibliófilo y latinista Marqués de Morante, hizo versos humorísticos en sus ratos de ocio, pero no creemos que deba ser calificado de poeta. Fué principalmente erudito, gramático y filólogo, y su influencia literaria en México puede compararse en algún modo á la de D. Domingo del Monte en Cuba, ó á la de Baralt, dentro y fuera de Venezuela. Inexorable con los pecados contra la integridad y pureza de la lengua castellana, ejerció la crítica menuda con más desenfado que elevación y aticismo, y contribuyó á mantener la parte exterior de las tradiciones clásicas en pleno desbordamiento romántico. Sus trabajos de gramática y de historia

fueron numerosos; muchos de ellos permanecen inéditos, y de todos se encuentra detallada y curiosa noticia en las *Biografías* del Sr. Sosa, pero en España apenas se le conoce más que por la traducción muy ampliada de la *Literatura Española*, de Buterweck, que comenzó á publicar en sus años juveniles (1829), y por su *Diccionario de Sinónimos Castellanos* (1845), que es de los más completos que tenemos. En México es todavía más célebre su periódico literario *El Zurriago* (1839). Fué Cortina hombre de carácter munífico y espléndido, y empleó gran parte de su inmenso caudal en el fomento y protección de las letras y de las artes. Aunque nació y residió y ocupó altos puestos en México, era al morir ciudadano español. Con su nombre va unido, por cierta comunidad de estudios y aficiones, no menos que por la copia de doctrina clásica y el temple cáustico del estilo (en que uno y otro recordaban la áspera manera de Puigblanch y de Gallardo), el nombre de otro humanista ya difunto, el español D. José María Bassoco, Conde de Bassoco, que fué primer Presidente de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, y dejó, aunque pocos, excelentes ensayos sobre cuestiones gramaticales, que pueden leerse en las *Memorias* de aquella docta Corporación.

El médico D. Manuel Peredo (1830-1890), correspondiente también de nuestra Academia, ha dejado más fama como prosista y crítico de teatros que como poeta. Fué, sin embargo, «notable por la gracia y donaire de su musa juguetona»; según declara el señor Vigil, y no lo desmiente en sus versos de *Fin de año* que en la *Antología Mexicana* se insertan, aunque la versificación no sea intachable.

Finalmente, al cerrar nuestra *Antología*, ignorábamos que otro académico mexicano y fecundo poeta, D. José Sebastián Segura, cuñado y discípulo de Pesado, había desaparecido del mundo de los vivos desde 1889. Fué en su juventud Ingeniero de Minas, y en sus últimos días abrazó el estado eclesiastico, dando esta postrera expansión á los afectos místicos de su alma, que ya se manifestaban en el gran número de versos de devoción que hay en el tomo de sus *Poesías*, impreso en 1872. Segura sabía varias lenguas, y brillaba más como traductor que como poeta original. Puso en verso castellano algunos Salmos y trozos de las Profecías, los primeros cantos de la *Divina Comedia*, algunas odas de Horacio y églogas de Virgilio, los cantos de Tirteo y de Calino, y muchas poesías italianas, francesas, y especialmente alemanas (baladas de Schiller, parábolas de Krummacher, etc.). Su traducción de *El Canto de la*

*Campana* es más literal y menos parafrástica que la de Hartzenbusch, pero mucho menos poética.

En sus composiciones originales, y aun en la elección de muchos de los modelos que tradujo, domina la influencia de Pesado, que era su maestro, á la vez que su deudo. En su juventud compuso bastantes versos amorosos; los de su edad madura son casi todos de inspiración religiosa, y suelen versar sobre temas bíblicos. Segura es un versificador excesivamente fácil, pero algo incoloro, y á nuestro entender dista mucho del mérito de Arango, Martínez y Guzmán, insignes poetas místicos del Parnaso mexicano. Como muestra de su estilo, bastará el siguiente soneto, que tenemos por uno de los mejores que compuso:

### CONFIANZA EN DIOS

Cubierto está mi corazón de abrojos
Como terreno estéril y baldío;
Y desmayado está el ánimo mío
Como las cuerdas de los arcos flojos.
Si compasivo á mí vuelves los ojos,
Templado me veré de nuevo brío;
La cizaña arderá como en estío
Se abrasan de los campos los despojos.
Y en mi alma sembrarás semilla buena,
Como lo hacen los diestros labradores,
Que con tu gracia en frutos se alce llena.
Y admirados verán los pecadores,
Que poderoso la infecunda arena
Tornaste en huerto de fragantes flores.

La Academia Correspondiente de Guatemala remitió manuscrita la *Antología* de sus poetas, muchos de los cuales viven, por lo cual apenas he podido utilizar esta colección más que para añadir una poesía de Diéguez á las que ya tenía recogidas. Antecede á las copias de los versos una *Reseña histórico-crítica de la literatura Guatemalteca*, curioso y erudito trabajo del académico Secretario, don Agustín Gómez Carrillo.

La Academia Española se complace en hacer público su agradecimiento al noble esfuerzo de sus hermanas las Academias de América, y por mi parte sólo deploro que tan ricos materiales hayan caído en manos tan poco hábiles como las mías para sacar de ellos todo el fruto apetecible.

Enero de 1893.

## II

### AMÉRICA CENTRAL

Bajo este nombre se incluyen, como es sabido, las cinco Repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, cuyo territorio corresponde al de la antigua Audiencia y Capitanía General de Guatemala, separado de la Madre Patria, sin violenta excisión ni lucha, en 1821: vasta región, de inmensa importancia geográfica, que «se extiende como un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo» (1). La historia literaria de estos países ha sido mucho menos estudiada hasta el presente que su historia política: los más antiguos escritores guatemaltecos andan revueltos con los mexicanos en la *Biblioteca* de Beristain, y por mexicano pasa en el concepto de muchos el más importante de todos ellos, contribuyendo á tal confusión el título mismo de su obra (2).

(1) M. M. Peralta, *Costa Rica, Nicaragua* y *Panamá en el siglo* XVI, pág. 7.

(2) Para comodidad de quien en lo futuro emprenda un trabajo especial sobre este punto, notaré los nombres de los centroamericanos comprendidos en Beristain, cuya obra, como es sabido, carece de índices.

Acuña (D. Esteban), Aguirre (D. Luis Pedro), Alarcón (Fr. Francisco), Alonso (Fr. Juan), Álvarez Toledo (Fr. Juan Bautista), Angulo (Fr. Luis), Anleo (Fr. Bartolomé), Arévalo (Fr. Bernardino), Arias (P. Antonio), Arochena (Fr. Antonio) que dejó manuscrito un *Catálogo y noticia de los escritores del orden de San Francisco de la provincia de Guatemala con tres índices:* uno *de los que escribieron en latín;* otro *de los que escribieron en castellano, y* el último *de los que escribieron en lengua de los indios*, Arrece (D. Pedro), Arrivillaga (P. Alonso), Avilés (Fr. Esteban), Azpeitia (P. Ignacio), Barca (Fray Joaquín de la), Batres (Ilmo. Sr. D. Juan), Becerra (Fr. Francisco), Berrío y

El conquistador Pedro de Alvarado; el Obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de las Casas; el Muntaner de la conquista americana, Bernal Diaz del Castillo; el apostólico varón Fr. Pedro de Betanzos,

Valle (D. Juan), Betancur (Fr. Alonso), Betancur (Fr. Rodrigo de Jesús), Caballero (Fr. Ignacio), Cáceres (P. Antonio), Cadena (Fr. Carlos), Cadena (Fr. Felipe), Cagiga y Rada (D. Agustín), Campas (D. Antonio Rodríguez), Campo Ribas (D. Manuel), Cañas (P. Bartolomé), Cárdenas (Fr. Juan), Cárdenas (Fr. Pedro), Carracedo (D. Juan), Carrasco del Saz (D. Francisco), Castro (Fr. Pedro), Cid (Juan de Dios), San Cipriano (Fr. Salvador de), Cordero (Fr. Juan), Córdoba (Fr. Matías), Corral (D. Felipe Ruiz), Coto (Fray Tomás), Dávalos (Fr. Luis), Dávila (Fr. Antonio), Dighero (Fr. Miguel), Santo Domingo (Fr. García de), Echevers (D. Francisco), Enríquez (don Alonso), Espino (Fr. Fernando), Figueroa (Fr. Antonio), Figueroa (Fr. Francisco), Flores (D. Alonso), Flores (D. José), Fuente (Fr. Diego José), Fuentes Guzmán (D. Francisco Antonio), Guevara (D. Baltasar Ladrón de), Iriondo (Fr. José), Itúrbide (D. Miguel María), Itúrbide (Fr. Pedro), San José (Fr. Baltasar de), Juarros (D. Domingo), Landivar (P. Rafael), Larrainaga (D. Miguel), Letona (D. Manuel), Llana (Fr. Ignacio), Lobo (Fr. Martín), Luque Butrón (D. Juan), Madre de Dios (Fr. Ambrosio de la), Maldonado (Fr. Francisco), Márquez y Zamora (D. Francisco), Melgarejo (D. Ambrosio), Melián (Fr. Pedro), Melón (D. Sebastián), Mesicos y Coronado (D. Carlos), Mendoza (Fr. Antonio), Mendoza (Fr. Juan), Molina (Fr. Antonio), Moneva de la Cueva (D. Basilio), Monroy (Fr. José), Montalvo (D. Francisco Antonio), Morales (Fr. Blas), Morcillo (Fr. Francisco), Morera (Fr. José), Núñez Fesuño (D. Francisco), Núñez (Fr. Roque), Oreña (D. Baltasar), Orozco (don Diego López), Padilla (D. Juan José), Paniagua (Fr. Nicolás), Paz (Fr. Álvaro), Paz Salgado (D. Antonio), Paz Quiñones (Fr. Francisco), Paz (D. Nicolás), Pineda y Polanco (D. Blas), Portillo (P. Atanasio), Prado (Fr. José), Quiñones Escobedo (Fr. Francisco), Quirós (Fr. Juan), Ramírez Utrilla (Fr. Antonio), Ramírez de Arellano (D. Juan), Reinoso (Fr. Diego), Rendón (D. Francisco), Retes (D. José Victoria), Riba Agüero (D. Fernando), Rivas Gastelu (Fr. Diego), Río (Fr. Francisco), Rodas (Fr. Andrés), Ruiz (Fr. Domingo), Salazar (Fr. Juan José), Salcedo (Fr. Francisco), Sánchez (Fr. Jacinto), Saz (Fr. Antonio del), Sicilia y Montoya (D. Isidoro), Sotomayor (Fr. Pedro), Sumpsin (P. Clemente), Taracena (D. Manuel), Tobilla (Fray Pedro), Tosta (D. Bonifacio), Ugarte (P. Juan), Umpierres (Fr. José), Valtierra (P. Antonio), Valtierra (P. Fernando), Valtierra (P. Manuel), Varona y Loaiza (D. Jerónimo), Vázquez (Fr. Francisco), Vázquez Molina (Fr. Juan), Velasco (Fr. José), Velázquez (P. Andrés), Ximénez (Fr. José), Zapiain (Fray Pedro), Zepeda (P. José), Zeballos (Fr. Agustín), Zeballos Villa Gutiérrez (D. Ignacio), Zúñiga (Fr. Domingo).

y el incomparable prelado D. Francisco Marroquín, dan honrosísimo y calificado principio á la cultura literaria de Guatemala con sus obras catequísticas é historiales. Pero de los orígenes de la poesía y de la amena literatura tenemos muy escasas noticias (1). El mas antiguo poeta, cuyo nombre hallamos, es D. Pedro de Liébana, deán de la catedral de Guatemala, de quien se leen dos sonetos en el manuscrito de la *Silva de poesía*, de Eugenio de Salazar, que antes de ir de Oidor á la Audiencia de México, había sido Fiscal de la de Guatemala, por los años de 1580, y que fecha desde allí algunas de sus composiciones. Una de ellas es cierto soneto encomiástico «al libro de las *obras* llenas de doctrina, erudición y gala del ilustre poeta D. Pedro de Liébana», de quien sentimos no poder dar más individual noticia, si su mérito correspondía á los extraordinarios encarecimientos de su panegirista:

Jardín de mil lindezas adornado,
Floresta llena de preciosas flores,
Pintura de vivísimos colores,
Joyel de esmaltes ricos esmaltado:
Palacio donde se han aposentado
Las Musas con sus dotes y primores;
Torre donde Minerva sus valores
Y sus tesoros ha depositado.

(1) Sobre la historia tipográfica de esta región existen dos libros, *Bibliografía de la Imprenta en Guatemala en los siglos XVII y XVIII*, por D. Juan Enrique O'Ryan (publicada á expensas de la Universidad de Chile), Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1897; y *La Imprenta en Guatemala (1660-1821)*, por D. José Toribio Medina, Santiago de Chile, impreso en casa del autor, 1910. Este último, mucho más extenso y copioso, hace casi inútil el primero.

La imprenta no apareció en Guatemala hasta después de la mitad del siglo XVII, bajo los auspicios del ilustre obispo Fr. Payo de Ribera, de la Orden de San Agustín, que llevó de México al impresor Juan de Pineda Ibarra. El primer libro de fecha conocida que salió de sus prensas fué un *Sermón* de Fr. Francisco de Quiñones y Escovedo, predicado en 4 de Octubre de 1660, ejemplar curioso y quizá único, que posee nuestro querido amigo D. Antonio Graiño.

La *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, por D. Ramón A. Salazar, trata, aunque muy sucintamente, de la literatura colonial en su tomo 1.º, único publicado (1897).

De otro ingenio, al parecer andaluz, que residió en Guatemala á fines del siglo XVI, nos ha dejado memoria Miguel de Cervantes en el *Canto de Calíope*, y en el *Viaje del Parnaso*. Llamóse Juan de Mestanza; de él se lee en el primero de estos poemas laudatorios:

¡Oh tú, que al patrio Betis has tenido
Lleno de envidia, y con razón quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso!
Alégrate, que el nombre esclarecido
Tuyo, Juan de Mestanza generoso,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el grato cielo.

El *otro cielo* y la *otra tierra* á que se alude, eran el cielo y tierra de Guatemala, según se declara en el *Viaje del Parnaso* (1614).

Llegó Juan de Mestanza, cifra y suma
De tanta erudición, donaire y gala,
Que no hay muerte ni edad que la consuma.
Apolo le arrancó de *Guatemala*,
Y le trujo en su ayuda, para ofensa
De la canalla en todo extremo mala (1).

De los 131 escritores centro-americanos (en su mayor parte guatemaltecos, y muchos de ellos franciscanos) que, salvo error, hemos contado en la Biblioteca de Beristain, sólo hay unos quince poetas; escaso número para tres siglos; mucho más si se considera que la mayor parte no son más que versificadores de circunstancias.

Pertenecientes casi todos á los peores días de los siglos XVII

(1) En el *Canto de Calíope* elogia también Cervantes á otro poeta, Baltasar de Orena ú Oreña, que en 1591 fué Alcalde ordinario de Guatemala, en compañía de Gregorio Polanco:

Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver, veréis en uno solo,
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar, el curso al dios Eolo:
El nombre deste es *Baltasar de Orena*,
Y cuya fama al uno y otro polo
Corre ligera, y del oriente á ocaso,
Por honra verdadera del Parnaso.

y XVIII, fácil es imaginar cuál será el gusto predominante en sus composiciones. La obra poética más extensa y curiosa que salió de las prensas de Guatemala es la *Thomasiada*, poema en loor del Angel de las Escuelas Santo Tomás de Aquino, publicado en 1667 por el vascongado Fr. Diego Saenz Ovecuri (1). Uno de los aprobantes del libro, Fr. Josef Monroy, formula de este modo su elogio: «En lo medido de versos dexa atras al Petrarcha, en las diferencias excede al arte de Rengipho, imitando la ternura y devoción del grande Cayrasco». La *Thomasiada*, en efecto, es un Rengifo en acción, donde se apuran todas las combinaciones métricas del habla

(1) *Thomasiada. Al Sol de la Iglesia y su Doctor Santo Thomas de Aquino. Dirigida al Capitan D. Pedro de Sadavalles, Alcalde mayor de San Salvador y sus provincias, Teniente de Capitan General, etc. Por el Padre Fr. Diego Saenz Ovecuri, de la Orden de Predicadores. Maestro de estudiantes, y aora Lector de Theologia, presentado en ella, y Vicario provincial. Con licencia. Impresa en Guatemala. Por Joseph de Pineda Ibarra, Impresor de libros, Año de 1667.*

4.° 32 hs. prls, sin foliar, 161 folios, y 68 más sin foliar para los índices ó *tablas* y las erratas. Es libro de extraordinaria rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee ejemplar.

Entre los preliminares hay algunos versos laudatorios. Décima del P. Salvador de la Puente, S. I.

Cantais, oh Saenz, tan sonoro,
Que haziendo entre todos raya,
Con ser vena de Vizcaya,
Sin yerro apuntais en oro.....

Décimas del P. Domingo de Barrios, Lego de la misma Compañía, «que hasta los legos son en ella *numerosos*:»

Docto Homero vizcaíno.
Virgilio dominicano,
Saca á luz con docta mano
Las altas glorias de Aquino.....

De D. Estevan de Solorzano y Medrano, Chanciller de la Real Audiencia de Guatemala: «versos saphicos, que son latin juntamente y romance:»

Canta, canta, dulcissima Thalia,
De tanto Santo gloriosamente,
Dulces versos dispensa claramente,
Sacra armonía.....

De D. Francisco Antonio de Guzmán, soneto acróstico.

castellana. En su *Isagoje á los lectores* dice el P. Ovecuri: «Cuantos han escrito la vida de nuestro Santo, la han escrito de una manera: yo la tengo de escrevir de muchas y en muchas diferencias de verso, en 150 (!)..... Los Poetas Castellanos, sin necesitar de Rengipho, hallarán en este libro, casi toda la Theorica y practica de la poesía Castellana, pues solo en el libro primero, segundo y parte del tercero, encontrarán con diferencias de versos, que los admiren. ¿Cuándo les pediran villancicos que no hallen el diseño? Décimas, quintillas, endechas, cuartetas, romances, glosas? Los cómicos hallan el campo abierto, pues para cada passo hallarán su variedad de metro.»

También nos declara quiénes fueron los poetas que se propuso imitar, aunque la verdad es que de la mayor parte de ellos no se encuentra rastro en su estilo. «Imito á los mejores Poetas, ó á lo menos lo procuro; de los Latinos á Virgilio, Ovidio y el tarraconense Marcial: de los castellanos, al antiguo Juan de Mena, à Garcilaso, al célebre Lope en su *Jerusalem Conquistada* y su Centuria de sonetos, a todo D. Luis de Góngora, muchas veces al Conde de Villamediana, á D. Francisco de Quevedo en su *Parnaso*, á Fernando de Herrera, á D. García de Salcedo, al insigne Montalván, á D. Agustín del Hierro, al maestro Silvestre, á mi señor el Conde de Salinas dulcissimo sin disputa cisne.....

»En la formación de los versos no he sido tan repentino, que no haya hecho reflexión sobre el furor primero, ni tan tardo como el Apologista sin razón (1) de los mejores ingenios de España, don Francisco de Trillo y Figueroa, que en pocas más de quatrocientas octavas consumó el dilatado curso de ocho años..... Digo, pues, que no he sido tan tardo como el dicho Apologista, por que los versos que ves en los nueve libros desta obra, aun no me han consumido un año entero.»

Sobre la métrica dá también curiosas explicaciones, que reducen á su verdadero sentido la fanfarronada de las 150 maneras de ver-

(1) Aquí *apologista* tiene el sentido de *detractor*. Alude al pedantesco prólogo que Trillo y Figueroa puso á su *Neapolisea*. El P. Ovecuri la emprende contra él, vindicando á Lope y á Quevedo.

sos. «Digo, pues, que el verso castellano consta de piés, consonancia, asonancia y disonancia. Según lo primero, no sólo son nueve sus diferencias, sino que pueden multiplicarse hasta infinitas, como se sepan multiplicar (digo infinitas especulativamente, no práctica, porque no se puede practicar verso de infinitos pies.)

»Según lo segundo, tantas diferencias de versos habrá consonantes, cuantos tuvieren la consonancia en distintos lugares, como lo vemos en mis sonetos, que en tanto se varían en cuanto su consonancia se muda. Tantas diferencias habrá también de asonantes cuantas fueren las asonancias puestas de distinto modo. En el libro donde se ponen los Romances verás que están hechos con tal arte, que encierran en sí á todas las asonancias, de suerte que es imposible hacerse Romance cuya asonancia no se reduzca á alguna de las de mis romances, con que están demostradas cuantas asonancias hay dellos. Acerca de los disonantes digo que hay tantas disonancias cuantas son los versos.

»Llevo esta orden en los primeros libros, que de cada diferencia de versos, pongo á lo menos una plana, para que con eso el estudiante, no solo la aprenda, sino la sepa proseguir hasta el cabo. En las demás, como en las canciones etc., pongo las estanzas bastantes siempre, y me alargo más ó menos, según que me parece la acción lo pide.

»Y aunque el libro de Rengifo exceda en mucho al mio, has de confessar por mayores mis desvelos, porque los de aquel son trabajos de otros, esparcidos por diferentes volúmines, y en el suyo juntos, y los mios executados por mi y historiando, y va mucha diferencia de componer un retablo de imagines de diferentes artífices á artificiarlo uno solo.

»Á todos los metros que tienen algo de nuevo llamo de diferencia, como á aquellos cinco romances, que el uno se fabrica sin A, el otro sin E, el otro sin I, el quarto sin O, y sin U el quinto. Lo mismo á los laberintos y los otros que van notados de números, porque todo lo que se añade á una cosa la diferencia de otra, y porque con ello se tenga más cuidado en la lectura. Aprovechan estas curiosidades grandemente para los certámenes donde se bizarrean los ingenios».

El P. Ovecuri se había lucido mucho en estos certámenes, tan frecuentes en América, y cita con fruición varios anagramas suyos. También alude á otras piezas poéticas, fruto de su ingenio, que se han perdido: «mi Esfera en verso, que no se ha dado á la estampa, y una Canción á la entrada del Conde de Santiago en la Ciudad Real de Chiapa.»

La *Thomasiada* es un monumento de mal gusto, pero de increible paciencia y de mucha erudición. Su autor quiso que fuese, no sólo una Arte práctica de la versificación, sino una enciclopedia rimada: «Á todas las materias Lógicas, Filosóficas, Metafísicas, Teológicas, Especulativas y Morales, las puedes nombrar *Thomecentonas*, porque son sacadas de las obras de nuestro Santo..... En su historia sigo al Maestro Fr. Fernando del Castillo, dominicano, en la Cronología al Padre Fr. Alonso Fernández, dominicano también, á Jacobo Gualterio, de la Compañía de Jesús, y al Zamorano; en la Astronomía á Apiano».

Acaso en estos días de extravagancia modernista, tendría éxito en nuestros cenáculos literarios y en los de América la exhumación de este poema, donde hay *sonetos de ocho piés*, *romances mudos compuestos de figuras solas que hablan*, *laberintos esféricos*, *poniendo la letra por centro de donde salgan los versos como líneas*, *y de sus catorce letras ahorrarás las trece, si eres avariento*», y otros mil diabólicos primores. Y nada de esto procede de París: todo se lo sacó de su cabeza el buen Padre allá en Guatemala, sin más ayuda que la de su Rengifo.

Si el autor de la *Thomasiada* mostró ingenio aunque mal aplicado, no puede decirse lo mismo de otros autores que apenas llegan á los confines de la medianía. El jesuita Alonso de Arrivillaga escribió *Certamen poético latino-castellano en honor del recién nacido infante Jesús, bajo la alegoría de Esculapio;* otro jesuita, el P. Ignacio de Azpeitia, *Certamen poético..... en honor del recién nacido infante Jesús;* el P. Antonio Cáceres trató el mismo asunto *bajo la alegoría de Ciprés;* el P. Fernando Valtierra *bajo el emblema de Fénix*. El capitán y estudioso cronista D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, que había dado á su historia de Guatemala el título de *Recordación florida*, compuso además la *Limosna poética*, *El*

*Milagro de la América*, ó descripción en verso de la catedral de la misma ciudad, una *Vida de Santa Teresa* en coplas castellanas, y una descripción, también en verso, de las fiestas con que se celebró el cumpleaños de Carlos II en 1675 (1). El gusto crespo y enmarañado duraba todavía en el segundo tercio del siglo XVIII, como es de ver en las *Lágrimas de Aganipe*, que el abogado D. Miguel de Paracena publicó en 1766, deplorando la muerte del jesuita Villafañe, asesinado en la cárcel de Guatemala por un negro á quien ayudaba á bien morir (2). Como imitador de D. Diego de Torres logró cierta fama otro abogado guatemalteco, D. Antonio Paz Salgado, de quien Beristain cita varios opúsculos, *Verdades de grande importancia para todo género de personas* (1741), *El mosqueador añadido ó abanico con visos de espejo para ahuyentar y representar todo género de tontos, moledores y majaderos* (1742) (3). Pudieran añadirse otros nombres oscuros como el del dominico Fr. Felipe Cadena, que imprimió en 1779 un *Acto de Contrición* en verso cas-

(1) La ha reproducido el Sr. D. Justo Zaragoza al fin del primer tomo de la *Recordación florida* (págs. 435 y 451), publicada en Madrid por la *Biblioteca de Americanistas* en 1882. El título de la rarísima edición original impresa en Guatemala, por Joseph de Pineda Ibarra en 1675, es *Fiestas reales, en geniales días y festivas pompas celebradas á felicísimos trece años, que se le contaron á la Majestad de nuestro Rey y Señor D. Carlos II.....* La relación está en quintillas con una dedicatoria en redondillas. (Núm. 44 de la bibliografía de Medina).

(2) Á este trágico suceso se refiere el siguiente papel impreso en Guatemala, á 30 de Agosto de 1766, que existe en el Archivo de Indias: *Puntual relacion de el execrable delito, y sacrilego atentado que en la ciudad de Santiago de Guatemala, perpetraron la tarde del dia veinte y ocho de Agosto de mil setecientos sesenta y seis, tres negros de Omoa, esclavos de S. M. en quienes se debia executar la mañana del veinte y nuebe la pena ordinaria de muerte, a que fueron condenados por el M. Illtre. Sr. D. Pedro de Salazar, Presidente, Governador y Capitan General de estas provincias.* (Núm. 315).

(3) Puede añadirse, á pesar de la gravedad de su título, la *Instrucción de litigantes ó guía para seguir pleitos con mayor utilidad de los interesados en ellos y á menos costa de la paciencia de los Jueces, Abogados, Procuradores y demás Ministros que sirven en el Fuero..... Compuesta por el Liz. D. Antonio de Paz y Salgado, Abogado de esta Real Aud. de Guatemala.....* En la imprenta de Sebastián de Arévalo, año de 1742.

En realidad es una sátira de costumbres forenses. (Núm. 184 de Medina).

tellano, el del franciscano Fr. Juan de Dios Cid, el del jesuíta Padre Antonio Portilla, autor de elegías y odas latinas; sin contar con los que poetizaron en lenguas índigenas, y aun hicieron en ellas algún ensayo dramático. Pero hablando con todo rigor, la poesía en Guatemala no comienza sino con el P. Rafael Landívar y con Fr. Matías de Córdoba.

Si es cierto, como lo es sin duda, que en materias literarias importa la calidad de los productos mucho más que el número, con Landívar y con José Batres tiene bastante Guatemala para levantar muy alta la frente entre las regiones americanas. El P. Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, es uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna pueden encontrarse. Si desechando preocupaciones vulgares, damos su debido aprecio á un arte, no ciertamente espontáneo ni popular, pero que puede en ocasiones nacer de una inspiración realmente poética; si admitimos, como no puede menos de admitir quien haya leído á Poliziano, á Fracastorio y á Pontano, que cabe muy fresca y juvenil poesía en palabras de una lengua muerta: si tenemos además en cuenta el mérito insigne aunque secundario de la dificultad vencida, y los sabios primores de una técnica ingeniosa, no tendremos reparo alguno en reconocer asombrosas condiciones de poeta descriptivo en el P. Landívar, á quien, en mi concepto, sólo faltó haber escrito en lengua vulgar, para arrebatar la palma en este género á todos los poetas americanos, sin excluir acaso al cantor de *La Agricultura en la zona tórrida*. De los versos latinos modernos hablan mal sin distinción todos los que no los entienden ni pueden leerlos como tampoco entienden ni leen los antiguos que, sin embargo, toman por punto de comparación para declarar tarea absurda y pueril todo empeño de imitarlos. Pero el hombre de gusto y de cultura clásica, distingue muy fácilmente entre los poemas de centón y de taracea, llamados *versos de colegio*, que no pueden tener otro valor que el de una gimnasia más ó menos útil, y cuyo abuso puede ser pernicioso; y los versos latinos verdaderamente poéticos compuestos por insignes vates que eran al mismo tiempo sabios humanistas, y que acostumbrados á pensar, á sentir, á leer en lengua extraña, que no era para ellos lengua muerta, sino viva y actual, puesto que ni para apren-

der, ni para enseñar, ni para comunicarse con los doctos usaban otra, encontraron más natural, más fácil y adecuado molde para su inspiración en la lengua de Virgilio, que en la lengua propia, sin que para eso les fuera menester zurcir retales de la púrpura ajena, puesto que poseían absoluto dominio del vocabulario y de la métrica, y el espíritu de la antigüedad se había confundido en ellos con el estro propio, hasta hacerlos más ciudadanos de Roma que de su patria. Angelo Poliziano, por ejemplo, es mucho más poeta en latín que en italiano. Y quien diga que el poema *De Syphilide*, de Fracastor, ó la *Cristiada* y la *Poética*, de Vida, *ó los Besos*, de Juan Segundo, son poesía arcaica, fría y de escuela, dirá una necedad solemnísima, y probará que no tiene gusto ni entendimiento de poesía.

Al género de la poesía neolatina de verdad pertenece la *Rusticatio*, del P. Landívar, que es entre los innumerables versificadores elegantes que la Compañía de Jesús ha producido, uno de los rarísimos á quienes en buena ley no puede negarse el lauro de poeta. No porque en lo esencial dejen de pertenecer sus versos á la escuela descriptivo-didáctica que por excelencia llamamos *jesuítica*, á la cual se deben tantos ingeniosos caprichos métricos sobre el té y el café, sobre la pólvora, sobre el imán, sobre los terremotos, sobre los relojes, sobre el arte de la conversación, sobre las bodas de las plantas, sobre el gusano de seda, sobre la caza y la pesca, sobre los cometas y el arco iris, sobre la aurora boreal, sobre el barómetro, sobre el juego de ajedrez, y hasta sobre el agua de brea, sino porque en pocos, en muy pocos de los hábiles artífices que trabajaron tales poemas, ni siquiera en Rapin y en Vanière, descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva, y una tal variedad de formas y recursos poéticos como la que encontramos en el amenísimo poema del P. Landívar. Desde que casi en nuestra infancia leímos algunos versos de este poema en una de las notas que pone Maury á su espléndido canto de *La Agresión británica*, entramos en gran curiosidad de adquirir y leer la *Rusticatio*, deseo que sólo se nos cumplió bastantes años después, por ser libro difícil de hallar aun en Italia, donde se imprimió dos veces durante el destierro de su autor con los demás hijos de la Compañía. Hoy nos complacemos en tributarle aquí el elogio que

estimamos justo, lamentando sólo que la lengua en que está escrito nos impidiese presentar en el texto de la *Antología* académica ninguna muestra de esta poesía tan genuinamente americana. Pero ya que no en su texto original, que allí no tiene cabida, algo insertamos de la *Rusticatio* en la magistral versión parafrástica que del primer canto relativo á los *Lagos* ha hecho el elegantísimo poeta mexicano D. Joaquín Arcadio Pagaza, (actualmente Obispo de Veracruz) con lo cual pudimos también, aunque indirectamente, dar entrada en aquella colección al autor de los *Murmurios de la Selva*, que es sin contradicción uno de los más acrisolados versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas.

La Musa del P. Landívar es la de las *Geórgicas*, rejuvenecida y transportada á la naturaleza tropical. Pero aunque Virgilio sea su modelo, y una gran parte del libro merezca el nombre de *Geórgicas* americanas, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en quince libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la naturaleza y de la vida del campo en la América Central: vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa. La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor á mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve los ojos á la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empeñan poderosamente la atención de quien comienza á leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria á la ciudad de Guatemala. Y luego, creciendo el interés y la originalidad de canto en canto, van apareciendo á nuestros ojos, como en vistoso y magico panorama, los lagos de México, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala; los alegres campos de Oaxaca; la labor y beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de oro y de plata, y los procedimientos de la Metalurgia; el cultivo de la caña de azúcar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las

fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros: todo lo que el autor compendia en los versos de su proposición, que traduce así Pagaza:

> Á mi me agrada sólo del nativo
> Suelo ferace recorrer los prados
> Al impulso de vivo
> Patrio amor, y los lagos azulados
> De México; y de Flora á los serenos
> Huertecillos flotantes
> De amapolas y lirio y rosas llenos
> Ir en canoas leves y sonantes.
> Ya la cumbre negruzca del Jorullo
> En donde impera el síc ulo Vulcano,
> Ya los arroyos que con blando arrullo
> Del monte bajan á regar el llano,
> He de cantar, y la preciosa grana,
> Y el añil que reviste el campo ameno;
> Del castor los palacios, y las minas
> Que esconde Anáhuac en su virgen seno;
> Y las cándidas mieles
> Que del azúcar la jugosa caña
> De México produce en los verjeles,
> Y que ávido el colono
> Se apresta diestro á condensar con maña
> De rojo barro en quebradizo cono.
> Y he de cantar los tímidos rebaños
> Que en este suelo pastan esparcidos;
> Y los murmurios de la clara fuente
> Siguiendo su corriente;
> Las costumbres de tiempos fenecidos;
> Y las variadas aves,
> Los sacrificios y los juegos graves.....

Tal es la materia de este peregrino poema, cuyo autor escribiendo en la lengua de los sabios, atinó de lleno con el color local americano que tantos otros han buscado sin fortuna; y ciertamente, quien estudie los orígenes de la poesía descriptiva en el Nuevo Mundo, y las pocas pero selectas muestras que ha producido, pondrá la *Rusticatio* en el punto intermedio entre la *Grandeza mexicana* y las *Silvas* de Bello. Heredia admiraba mucho este poema, y

tradujo de él en verso castellano el episodio de la pelea de gallos (1).

Por el mismo tiempo florecía en Guatemala un sabio dominico, lector de Teología en su provincia de San Vicente, y ornamento grande de la Universidad de San Carlos (2). Sus Memorias sobre el

(1) Sabemos por Beristain y por los PP. Backer y Sommervogel, bibliógrafos de la Compañía de Jesús, que el P. Rafael Landívar nació en Guatemala el 29 de Octubre de 1731, y que después de haber seguido sus estudios en la Universidad de San Carlos, donde se graduó de maestro de Artes, tomó la sotana jesuítica en el noviciado de Tepotzotlan (México), en 1750. Enseñó en el Colegio de Guatemala Retórica y Filosofía, hasta que envuelto en la suerte común de la Compañía, pasó á Italia en 1767. Falleció en Bolonia el 27 de Septiembre de 1793. De la *Rusticatio* hay dos ediciones, pero sólo tenemos la segunda, de Bolonia, 1782, que se titula *auctior et emendatior*. Publicó además *Funebris Declamatio pro justis a Societate Jesu exolvendis in funere Ilmi. Dom. Francisci Figueredo et Victoria, Popayanensis primum Episcopi, deinde Guatimalensis Archipraesulis* (Puebla de los Ángeles, 1766.)

En *La Imprenta en Guatemala* de Medina (págs. 105 á 107) se describe un pliego de conclusiones sostenidas en 1746 por Landívar para graduarse de Maestro en Artes, y se dan algunas noticias de sus estudios.

Hizo versos castellanos, aunque de poco ó ningún mérito, otro jesuíta guatemalteco de los desterrados á Italia, el P. Manuel María de Iturriaga (1744-1810), más conocido como teólogo y controversista. En latín versificaba mejor. Algunas muestras de su poesía en ambas lenguas pueden verse en un libro de exequias reales titulada *El dolor rey. Sentimiento de N. Catholico Monarcha el Señor D. Fernando VI el Justo. En la sensible muerte de Nuestra Reyna y Señora Doña Maria Barbara de Portugal. Pompa funebre, que á la memoria desta Heroyna dispuso en Goathemala, el Sr. Dr. D. Manuel Diaz Freyle, del Consejo de S. M. su Oidor, y Alcalde de Corte. Tristes endechas, que para llorar tan temprana desgracia, compuso el P. Manuel Mariano de Iturriaga de la Compañía de Jesús..... Impreso en Goatemala..... En la Imprenta de Sebastian de Arebalo. Año de 1759.*

Salazar (*Desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, 195-202) copia algunos de los infelices versos del P. Iturriaga, de quien es también el sermón de honras de la Reina.

(2) Ni Beristain, ni D. Ramón Uriarte, editor de la *Galería Poética Centro-Americana: Colección de poesías de los mejores poetas de la América del Centro* (Guatemala, 1888, tres volúmenes), que comienza, como es justo, con el poemita del P. Córdoba, indican el año de su nacimiento ni el de su muerte. Dicen sólo que era natural de Ciudad Real de Chiapa (provincia que perte-

«modo de leer con utilidad los autores antiguos de elocuencia» y sobre los medios más conducentes á la pronta civilización de los indios, prueban la rectitud de su juicio y la variedad de sus estudios. De su talento poético sólo tenemos una muestra, pero á la verdad notable, el poemita en romance endecasílabo que él modestamente llamó *Fábula moral*, y que lleva por título *La Tentativa del león* y *el éxito de su empresa*. No diremos que este largo apólogo, que consta de cuatrocientos diez y seis versos, se halle totalmente libre de resabios prosaicos, común escollo de este género y de la literatura de aquel tiempo, pero está en general bien escrito y versificado, es hábil el enlace de las diversas partes de la narración, feliz

neció al antiguo reino de Guatemala, hasta que fué anexionada á México en 1824), y que nació á mediados del siglo XVIII. Salazar (*Desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, pág. 242) apunta el año del fallecimiento, que fué 1829. Se dió á conocer el P. Córdoba en 1797 por haber obtenido, en competencia con otros diez escritores, un premio de la Sociedad Económica de Guatemala, por una Memoria publicada al año siguiente con este título: *Utilidades de que todos los indios y ladinos se vistan y calcen á la española, y medios de conseguirlo sin violencia, coacción y mandato. Memoria premiada por la Real Sociedad Económica de Guatemala en 13 de Diciembre de 1797. Su Autor Fr. Matias de Cordova, Maestro de Estudiantes en su Convento de Santo Domingo de la Capital. En la Imprenta de D. Ignacio Beteta, Nueva Guatemala, año de 1798.* También está impresa la Memoria que obtuvo el accesit: *Utilidades y medios de que los indios y ladinos vistan y calzen á la española. Por el R. P. Fr. Antonio de San José Muro, Asistente general de la Religión Betlemítica, 1798.*

En 11 de Julio de 1800 recibió Fr. Matías de Córdoba el grado de Licenciado en Teología en la Universidad Pontificia de San Carlos, imprimiendo sus conclusiones, como era costumbre (Medina, núms. 1014 y 1015).

En 27 de Agosto del mismo año, un discípulo del P. Córdoba, el bachiller D. Tomás Ruiz, sostuvo en la misma Universidad el primer acto público de Retórica y Elocuencia, haciendo, entre otras cosas el análisis de las tres oraciones de Cicerón *pro Marcello*, *pro Lege Manilia* y *pro Milone*.

Fruto de esta enseñanza fueron también las *Prelecciones á los libros de eloquencia* que el P. Córdoba publicó en 1801, y han sido reproducidas en el *Ateneo Centro-Americano* de Guatemala (1888).

En 1803 pasó á España para negocios de su Orden, y en Madrid le sorprendió el 2 de Mayo de 1808. De vuelta á América residió, no en Guatemala, sino en su nativa ciudad de Chiapa, donde fundó una Sociedad Económica é introdujo la primera imprenta.

é inesperada la conclusión moral, hay candorosa gracia en algunos rasgos, y la elegante sencillez del estilo pasa tan sin esfuerzo de lo grave de los razonamientos á lo vivo y lozano de las descripciones, que el conjunto deja muy agradable impresión é indica en su autor dotes poéticas muy superiores á su argumento (1). Cierta severidad y elevación clásica que reina en el poema, cierta lentitud épica en el relato, contrasta con la manera habitual de los fabulistas, no menos que la moral de generosidad y perdón que el P. Córdoba inculca, el *triunfo celestial de la clemencia*, contrasta con la maligna, picaresca y utilitaria filosofía que generalmente se desprende de los apólogos de Lafontaine y Samaniego.

Así en la *América poética*, de Gutiérrez, como en la *Galería centro americana*, de Uriarte, figura como guatemalteco otro apreciable fabulista, el Dr. D. Rafael García Goyena, pero es cosa averiguada que nació en Guayaquil, y por tanto debe contársele entre los poetas del Ecuador y no entre los de la América Central, aunque pasó en Guatemala la mayor parte de su vida (2).

(1) Los siguientes versos pueden dar muestra del estilo del P. Córdoba en los trozos en que es mejor:

Las Napeas,
Con el dedo en los labios, á los Faunos
Que avanzan por mirarlas más de cerca,
Silencio imponen, y las blandas alas
Zéfiro con sorpresa mueve apenas.
Duerme la ninfa de una clara fuente
Que deja ver su reluciente arena:
Despues copia los sauces de la orilla;
Y más en lo profundo representa
La perspectiva augusta de los Cielos,
Por la parte oriental que Febo incendia.

(2) Vid. la extensa monografía del Dr. Goyena, escrita por el Licenciado D. Antonio Batres Jáuregui en las *Biografías de Literatos Nacionales*, publicación de *la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Real Española*. Tomo I, 1889, págs. 1-85. (No sabemos que se haya impreso la continuación de esta obra).

Algunas fábulas que Batres Jáuregui atribuye á García Goyena aunque no figuran en la colección de éste, son de otro poeta, D. Simón Bergaño y Villegas que las publicó en la *Gaceta de Guatemala* con el anagrama de *Bañoger de Sagelliu y Gielblas*. Vid. Salazar, *Desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, página 219.

En la referida *Gaceta de Guatemala*, que comenzó á publicarse en 13 de

El catálogo, pues, de los poetas que florecieron después de la emancipación de la colonia, se abre con el salvadoreño D. Miguel Álvarez de Castro y el nicaragüense D. Francisco Quiñones Sun-

Febrero de 1797 y duró con algunas intermitencias hasta 1816, formando diez y ocho volúmenes, de que apenas existe colección cabal, se encuentran bastantes poesías de Bergaño, especialmente anacreónticas á estilo de Meléndez Valdés y del mexicano P. Navarrete. Escribió también artículos en prosa, de tendencias un tanto volterianas, que fueron denunciados á la Inquisición y le costaron algunos disgustos. No es seguro que hubiese nacido en Guatemala. En una de las denuncias se le llama «joven de origen desconocido, pero lleno de amor propio y de no buenos pensamientos.» Vivió paralítico muchos años y acabó por hacerse devoto. Hay de su pluma varios papeles poéticos, entre ellos *La Vacuna, Canto dirigido á los jóvenes, por Simón Bergaño y Villegas: Con una Silva de Economía Política del mismo autor (Nueva Guatemala, por D. Ignacio Beteta, 1808)*. Es curioso únicamente por la comparación que sugiere con la oda de Quintana al mismo asunto y con el juvenil poema de D. Andrés Bello.

Durante la guerra de la Independencia española, D. Simón de Bergaño se mostró ferviente patriota, como lo prueban dos hojas sueltas conservadas en el Archivo de Indias (núms. 1628 y 1629 de Medina):

*Proclama por D. Simón Bergaño y Villegas. En Guatemala, por Beteta.* Sin año (¿1810?)

Inc.

Invencibles españoles,
Leales como valientes,
Hijos ilustres de Marte,
Muy más que leones fuertes.....

*Á los hijos de la América Española. Oda.* Guatemala. Por D. Ignacio Beteta.

Inc.

Fieles americanos,
Ilustres y preciados descendientes
De los bravos hispanos
Que cual soles fulgentes
Iluminaron la región indiana
Con la adorable religión cristiana.....

La *Gaceta* de que fué tan asiduo colaborador Bergaño, no debe confundirse con otra *Gazeta de Goatemala*, que empezó á salir en Noviembre de 1729, y duró por lo menos hasta 1731. Esta primitiva *Gaceta*, que fué la primera aparición del periodismo en la América Central, no contiene versos ni trabajos literarios, sino meramente noticias locales y generales.

zín. Pocas poesías hemos visto de uno y de otro, pero bastan para filiarlos en la escuela literaria del siglo XVIII y para conjeturar que no se levantaron de la medianía dentro de ella. Uno y otro parecen haber imitado la dulce melodía de Arriaza, cuya influencia fué grande en América durante cierto período, y dejó huella hasta en la poesía de D. Andrés Bello, como ha probado D. Miguel Antonio Caro. De Alvarez de Castro es una imitación de la famosa *Despedida á Silvia:*

No hay medio: ya es imposible
Evitar, dueño amoroso,
Mi dolor, pues imperioso
Me manda el hado partir;
Óyese al ave sensible
Anunciar alegremente
Que ya por el rubio Oriente
Comienza el día á lucir.....

Algunas estrofas están bien hechas, y parecen del maestro:

Por el bosque solitario
La viuda tórtola vuela,
Y en vano ¡ay Dios! se desvela
De su bien amado en pos;
Con eco agradable y vario
Apasionada le llama,
Vagando de rama en rama
Sin que responda á su *voz* (1).

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Quién sabe si en ese instante
En que tu ausencia me mata,
Romperás, Amira ingrata,
Los lazos que amor formó!
¡Quién sabe si ya distante,
Rodeada de adoradores,
Merecerá tus favores
Otro más feliz que yo!.....

Del médico Quiñones Sunzín, cuyas poesías se imprimieron en 1826, y de quien también se cita vagamente algún ensayo dra-

(1) *Vos* por *voz:* defecto de pronunciación americana.

mático, recordamos la canción *del pescador* y algunas letrillas en el mismo estilo:

Tres veces Primavera
Reverdeció los prados,
Y en montes y collados
La nieve relumbró.
Mientras de Mirta hermosa
El celestial semblante,
Huyó mi vista amante,
Y ¡ay Dios! me abandonó.

A pesar de la notoria medianía de estos poetas, creemos justo mencionarlos por ser respectivamente los más antiguos que hemos hallado de las repúblicas del Salvador y de Nicaragua. Por el mismo tiempo escribían versos en Guatemala la poetisa española D.ª María Josefa G. Granados, natural del Puerto de Santa María (1796-1848), y el abogado D. Francisco Rivera Maestre, que trasladado luego á Madrid adquirió nacionalidad española, llegando á altos puestos en nuestra magistratura. Los versos suyos que se insertan en la *Galería Poética Centro-Americana*, son algo caseros y triviales, pero no carecen de chiste ni de color local, y prueban que el poeta no perdió nunca el cariño á su patria primera (1).

(1) Uno de los mejores humanistas españoles del siglo XIX, D. Juan Gualberto González, traductor insigne de los Bucólicos latinos y de la Poética de Horacio, había sido Ministro de la antigua Audiencia de Guatemala. De su estancia allí queda algún recuerdo en sus *Obras en verso y prosa* (Madrid, imprenta de Alegría, 1844). En el tomo II (págs. 184-188) hay una oda «á D. José María Castilla, en la muerte de su prima D.ª Luisa Gutiérrez y Barreda, acaecida súbitamente poco después de un sarao con que se celebró en Guatemala la restitución á España del rey Fernando VII en 1814». Es composición muy desmayada. En una de las estrofas se alude al volcán de Guatemala:

Y con son temeroso de sus hondas
Cavernas el Pacaya corresponde
Los últimos acentos.....

La traducción de la Epístola á los Pisones aparece dedicada en 1822 á los hijos de D. Joaquín Bernardo Campuzano, Regente de la Audiencia de Puerto Príncipe (Cuba), á quien llama González en el prólogo «mi excelente amigo y *compañero de tribunal en Guatemala*», ilustrado jurisconsulto y humanista.

D. José de Batres y Montúfar es la verdadera gloria poética de Guatemala. Su nombre, apenas conocido fuera de los lindes de su república natal hasta estos últimos años, comienza ya á ser colocado por unánime parecer de los hombres de buen gusto en el número reducidísimo de los poetas de primer orden que produjo la naciente literatura hispano-americana. Ni á Heredia, ni á Bello, ni á Olmedo, se les hace injuria con poner cerca de sus nombres el de este contemporáneo suyo, cultivador de una poesía tan diversa, pero no menos exquisita en su género, con ser éste uno de los géneros menos elevados y aun menos recomendables del arte literario. Batres debe la gloria, no á sus escasos versos líricos (1) que, sin ser

(1) Hoy creo que debe hacerse mención señalada de los brillantes alejandrinos descriptivos del desierto de San Juan de Nicaragua. No igualan á las octavas de los cuentos, pero valen más que todo lo restante que escribió Batres. Véanse algunas estrofas:

De fieras poblado, de selvas cubierto
Que vieron erguidas cien siglos pasar,
Allá en Nicaragua se extiende un desierto,
Su historia..... ninguna, su límite el mar.
Montañas sin nombre las nubes asaltan
Del yermo lanzadas dó esconden el pié:
Sus faldas en vano de verde se esmaltan,
De alfombras se cubren que el hombre no ve.
No guarda en su seno ni mieses ni flores,
No viste sus valles de espléndidas galas,
No danzan en ellos ni cantan amores
Apuestos donceles con lindas zagalas.
Sin templos, sin fuentes, sin arcos, sin muros,
Ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas,
Por esos desiertos callados y obscuros,
Ni cúpulas brillan, ni suenan campanas.....
Sus vegas infestan salvajes desnudos
Cruzando sus aguas en toscos acales:
Caimanes feroces, voraces, membrudos,
Disputan con ellos sus turbios canales.
Allí la serpiente sus roscas arrostra
Colgada la vista del leve esquirol,
En húmedo surco trazando su rastra
Que nunca secaron los rayos del sol.
Sus alas fornidas el águila tiende,
Del monte corona, del aire sultana,
La atmósfera gime que rápida hiende
Apenas descubre su presa lejana.
Del tigre sangriento la cuádruple garra,
Su paso revela grabada en la tierra,

despreciables, nada tienen de particular (exceptuando, si acaso, por su carácter íntimo, el famoso *Yo pienso en ti*, que quizá ha sido elogiado en demasía) sino á tres cuentos alegres y picantes, que llamó, acaso por broma, *Tradiciones de Guatemala*, y que en realidad son casos de crónica escandalosa que pueden ser de cualquier país y tiempo (1). No es necesario mucho rigor para condenar el género

Ó el bálsamo duro y el cedro desgarra,
En cuya corteza profunda se entierra.
Parece el desierto coloso dormido
Que inmóvil ostenta su máquina inerte;
Gigante que yace por tierra tendido,
En torno velándole un ángel de muerte.....
Del mar al Oriente, conturban las olas
¡Oh páramo inmenso! tu mágica escena,
Royendo tus playas ardientes y solas,
Tragando tus riscos, mordiendo tu arena!.....
Mortales aromas tus auras derraman,
Tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
Tus trovas de amores las ondas que braman,
Tus luces la hoguera que arroja el volcán.
Tus hojas devoran la luz de la luna
Al suelo robando sus rayos de plata:
Distante, dormida, la clara laguna
Su disco refleja, su imagen retrata.....

Hay que prescindir, por supuesto, de importunas asonancias, que los mejores poetas americanos se cuidan muy poco de evitar, dando así pretexto á una crítica tan fácil como ruin y estéril.

(1) No es esto decir que los cuentos de Batres carezcan de color local. Al contrario, este es uno de sus principales méritos. Batres en verso es lo que el peruano Ricardo Palma en prosa. Nadie ha trazado bosquejos de la vida colonial con más desembarazo y chiste. Recuérdese, por ejemplo, en el cuento de *El Reloj*, la descripción animadísima del paseo procesional de la bandera el día de Santa Cecilia, ó la excelente caricatura del viejo hidalgo D. Pascual del Pescón, padre del *Don Pablo*, protagonista de otro cuento.

Batres alcanzó los tipos y costumbres que describe, sin necesidad de revolver papeles viejos, pero no es enteramente humorístico lo que dice en esta octava:

Á las crónicas soy aficionado,
Á las de Guatemala sobre todo,
Y he grande copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo:
Ni sólo el Juarros leo con agrado;
Que también me deleitan á su modo
Ximénez, Vázquez, Remesal, Castillo,
Fuentes y algunos más, cuando los pillo.....

en sí mismo, no sólo en nombre de los preceptos de la Ética, sino en nombre del ideal poético que en tales obras se escarnece y vilipendia; pero si hay casos en que pueda ser lícita, ó á lo menos disculpable, la tolerancia en materia tan resbaladiza, uno de estos rarísimos casos es, sin duda, el de Batres, con cuyos cuentos es imposible que deje de reirse á carcajadas el moralista más intransigente. Y el chiste no depende aquí de la vil lascivia, que nunca puede ser fuente de placer intelectual y desinteresado, sino de la virtud purificadora del donaire, y del prestigio elegantísimo de la forma, la cual tiene por sí misma tal valor, que anula y destruye el prosaico y vulgar contenido, y deja campear libre y sola la graciosa fantasía del poeta, á quien no se puede menos de admirar, lamentando al propio tiempo que malgastase tan opulenta vena cómica en tan pobre materia. Pero justo es decir que aunque Batres sea poeta un tanto licencioso y provocante á la risa, dista mucho de ser un burlador torpe y obsceno, pues en este caso no merecería el nombre de poeta ni que de él se tratase aquí. Aun comparado con sus predecesores, con Lafontaine y con el abate Casti, resulta casi honesto, y ni se ve el afán de insistir en pormenores lúbricos; ni la franca alegría y el regocijado humorismo del poeta dejan de corregir ó atenuar lo que pueda haber de liviano en la concepción.

Todos estos tres cuentos, *Las Falsas apariencias*, *Don Pablo*, *El Reloj*, están compuestos en octavas reales, al modo de las novelas de Casti, á quien Batres comenzó por imitar, confesándolo francamente (1). Pero ni Batres podía contenerse en los límites de tal imitación, ni la baja sensualidad y la manera prosaica y abandonada con que el famoso abate envilece y afea su indisputable gracejo satírico resbalando á cada paso en lo chocarrero y bufonesco, podían satisfacer al depurado gusto de nuestro poeta guatemalteco, que ha

(1) «No tuve otro objeto al componer el cuento de *Don Pablo* que traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti, para darlas á conocer á algunos amigos. No creyéndome capaz de hacer la traducción por entero, ni queriendo tampoco, en atención á lo muy libre de su estilo, hacerme cargo de una parte de la tacha de licencioso que tiene aquel poeta, me limité á copiar algunas de sus gracias en un cuento que no debía salir del círculo de mis propios amigos, pues el estar

dejado en sus obras, como jugando, testimonio de su rara cultura y de la originalidad de sus pensamientos. Había leído mucho á Byron, y enamorado de las chistosas digresiones de *Don Juan*, tiró á imitarlas con felicidad suma, en el más extenso de sus cuentos, en *El Reloj* (1). Pero en la narracción joco-seria no imitó ni tenía para qué

impreso en un periódico de Guatemala es lo mismo que hallarse en un archivo privado.»

Estas imitaciones son á veces bastante directas. Por ejemplo, estos versos de *El Reloj:*

Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual: algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sinvergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulador completo,
Por lo demás, bellísimo sujeto.

son casi traducción de éstos otros del canto tercero de *Gli animali parlanti:*

Er'egli per esempio un po'mordace,
Un po'burbero, un po'provocativo,
Un po'avido, un po'falso, un po'vorace,
Un po'arrogante, un po'vendicativo,
Ma questi difettuzzi io non li conto
De'suoi massimi meriti in confronto.

Pero tampoco Casti era original en esto. Dos siglos antes de venir él al mundo había dicho Clemente Marot:

J'avois un jour un vallet de Gascogne,
Gourmand, ivrogne et asseuré menteur,
Pipeur, larron, jureur, blasphemateur,
Sentant la hart de cent pas à la ronde;
Au demeurant le meilleur fils du monde.

Y dos siglos antes de Clemente Marot, nuestro Archipreste de Hita nos describía á su criado D. Furón en estos términos:

Huron había por nombre, apostado doncel.
Si non por quatorce cosas nunca vi mejor que él.
Era mintroso, bebdo, ladron é mestorero,
Tafur, peleador, goloso, refertero.
Reñidor et adevino, susio et agorero,
Nescio, perezoso, tal es mi escudero.

(1) Estas digresiones son muchas veces políticas, y respiran el más acerbo pesimismo. Batres era ardiente patriota, pero no veía remedio á la anarquía de su país, y olvidando las burlas rompía en furibundos anatemas:

El nombre de la patria me enardece
Porque la adoro, estando persuadido
De ser ella quien menos lo merece

imitar á nadie, puesto que desde el primer día fué maestro. Para formar idea aproximada de su estilo, recuérdese por una parte la factura métrica de las octavas de *La Desvergüenza*, de Bretón (1), y

De cuantas patrias hay, habrá y ha habido:
Mas como otra no tengo, me parece
Que debo amarla como el ave al nido,
Y á los diablos me doy, si considero
Que la quieren vender al extrangero.
..... ... ................................ .....
¡Oh patria, cara patria, disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto,
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
Á fuerza de llorar quedaron secos!
.............................................
¡Cara y desventurada patria mía!
Con razón barre el polvo tu diadema,
Con razón tu existencia es agonía,
Con razón tu destino es anatema!
¿Por qué no dejas la fatal porfía,
Por qué no abjuras el mortal sistema
De hacer que el sabio en un rincón se oculte,
Y en la inaccion su mérito sepulte?
........................................ .....

Otras veces estas digresiones son puramente líricas, y tienen un encanto singular por lo inesperado:

Cual nubecilla á discreción del viento
Ó cual barca á merced de la laguna,
Así vagando va mi pensamiento
Sin que pueda fijarse en cosa alguna.....
................. ............................
Yo quisiera saber en qué consiste
Que en el curso de un día está mi mente
Unas veces alegre y otras triste,
Como mujer fantástica y demente
Que de luto y de púrpura se viste,
Mudando de color contínuamente.
No llego á conocer mi fantasía,
Y las ajenas..... menos que la mía.

Batres tenía, en su carácter misántropo y escéptico, pero al mismo tiempo sentimental y débil, muchos puntos de contacto con Larra, y fué como él víctima de la enfermedad romántica, que acaso contribuyó á su gloria pero emponzoñó su vida.

(1) No quiero decir que Batres imitase este poema, cosa materialmente imposible puesto que *La Desvergüenza* no fué publicada hasta 1856. Me refiero sólo á la semejanza de los procedimientos de versificación, empleados por otra parte en muchas obras de Bretón, que el poeta guatemalteco pudo alcanzar y leyó seguramente.

por otra la parte cómica de *El Diablo Mundo*. Batres no iguala, como no iguala ningún otro poeta castellano, el asombroso conocimiento de la lengua que Bretón tuvo, y la inagotable chispa y desenfado con que la maneja y juega con ella, pero tampoco abusa de sus ventajas hasta el punto de burlarse del asunto, contentándose con un género de chiste exterior y superficial, independiente de las cosas mismas que va diciendo. Hay extraordinarias rarezas métricas en los cuentos de Batres, verbigracia la de siete octavas que pueden leerse como si fueran una carta en prosa, pero estos alardes de pueril gimnasia, que en asunto jocoso pueden ser tolerables, no impiden que el cuento interese y siga su curso. Por lo que toca á Espronceda, cuyo mérito en esta parte no ha sido bastante reconocido, la vena petulante y desatada que corre en el canto tercero de su poema es más impetuosa que la de Batres, porque nace de una índole poética más genial y vigorosa, pero es también más desigual y más turbia. Otro modelo pudo tener y nos inclinamos á creer que tuvo Batres presente, es, á saber, las deliciosas *Leyendas españolas* de D. José Joaquín de Mora, mucho más conocidas en América que en España, y en honra sea dicho del buen gusto de los americanos. Pero el elemento cómico en las *Leyendas* de Mora, no es constante ni siquiera habitual, aunque sea el mayor encanto de *Don Opas* y la única materia de *Don Policarpo*. Grandísima injusticia ha sido el olvidar estos primores de versificación y de gracia, pero por otra parte, no hay duda que la mayor parte de las *Leyendas* de Mora son serias y románticas, y que en este género parece tener prioridad cronológica sobre cuantos en España las escribieron, exceptuando sólo el autor de *El Moro expósito*, cuya obra debe colocarse en categoría épica más alta (1).

(1) Hay también en los cuentos de Batres reminiscencias indudables del único canto publicado del poema *María* de D. Miguel de los Santos Alvarez (1840). ¿Quién no recuerda la famosa octava que sirve de epígrafe al *Canto á Teresa*, cuando lee esta otra:

Pero todo va bien, es bueno todo
En nuestro dichosísimo planeta;
Todo está calculado de tal modo
Que reine la armonía más completa:
En mi querida patria sobre todo;

Pero esta investigación de sus orígenes nada perjudica á la originalidad de la poesía de Batres, que tiene su tono peculiar y sustantivo valor, dependiente en gran parte de condiciones técnicas, cuyo valor se acrecienta en género tan inferior como el cultivado por él. La mayor parte de los cuentos del estilo y asunto de los de Batres, no suelen tener más poesía que lo cómico de situación, que no es difícil de lograr, y que muchas veces brilla más en la anécdota hablada que en la escrita. Pero las *Tradiciones de Guatemala* valen lo que valen por presentar reunidas otras muy diversas fuentes de la risa, la cual ya nace de lo cómico de carácter, ya de los accesorios descriptivos y pintorescos, ya del contraste entre la entonación épica y la llaneza prosaica (1), ya de la filosofía risueña y socarrona,

Al menos consta así de la *Gaceta:*
Dejémoslo rodar, y mientras rueda
Gastemos bien el tiempo que nos queda.

Pero la ironía de Batres, más fina y culta, no suele tocar los límites de la blasfemia, en que por puro calaverismo romántico cayó Miguel de los Santos. Cotéjense estas dos octavas:

Batres.

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Porqué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
O de qué se componen los metales:
Cosas que cada día estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamás entiendo.

Alvarez.

¿Qué os diré del mar? ¿Y los volcanes?
¿Y las minas? ¿Y el reino vegetal?
Pues no te digo nada los afanes
Que habrá costado hacer un animal.
¡Miserable mortal, no te me ufanes,
Creyéndote de estirpe excepcional;
Que el mismo tiempo malgastó en tí Dios
Que en hacer un ratón ó á lo más dos.

Versos tan ramplones de forma como horribles de concepto.

(1) No puede negarse que Batres, como otros humoristas, incluso Enrique Heine, suele estropear felices rasgos poéticos con una chanza fría é inoportuna. Así sucede, por ejemplo, en esta gallarda octava:

ya de la afectada y maliciosa ingenuidad, ya de la suspensión oportuna, ya de la alusión picaresca, ya de la selección de consonantes raros (1). La literatura americana, no muy rica todavía en relatos poéticas, tiene en los cuentos de Batres el más acabado modelo de la narración jocoseria, que sólo á larga distancia pudo imitar el chileno Sanfuentes en su poema *El Campanario* (2).

Tenía el alazán la frente blanca,
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,
Largo y delgado hijar, redonda el anca,
Robusto pecho, liberal resuello,
Rasgado el ojo, la mirada franca,
El brazo negro, levantado, bello,
Que en tierra estampa el casco desdeñoso,
*Como quien pisa el cráneo de un chismoso.*

(1) Batres versificaba con pasmosa facilidad. En Agosto de 1843 escribía á su hermana: «Esa clase de cuentos me divierte mucho, y podría componer millones, porque al estarlos haciendo es mucho lo que tengo que suprimir de lo que se me viene á la cabeza, pero no hay honra ni provecho en semejante ocupación» (*Biografías de literatos nacionales*, pág. 224). La mejor de sus *tradiciones*, *El Reloj*, quedó incompleta *(a)*, y es evidente que sus composiciones no recibieron la última lima, aunque en varias partes la necesitaban. Hay versos duros y flojos, pero en general la prosodia de Batres es mejor que la de los poetas mexicanos sus contemporáneos, y por su admirable naturalidad es digno de que se le apliquen estas palabras suyas:

El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el agua de una fuente.....

(2) *Pepe Batres*, como familiarmente le llaman sus paisanos, no era guatemalteco en estricto rigor geográfico, puesto que nació en la ciudad de San Salvador en 18 de Marzo de 1809. Pero de Guatemala procedía su familia, y á ella volvió desde niño, y estuvo al servicio de aquella República durante su corta vida. En 1827 era oficial de Artillería, en 1836 ingeniero empleado en la grande obra del Canal de Nicaragua, donde pasó increibles penalidades, perdió á un hermano tiernamente amado, y arruinó su salud para siempre. De regreso á su patria, volvió al servicio militar como capitán de artillería, y tomó alguna parte en la politica como diputado por San Marcos, pero sus padecimientos crónicos agravados por disgustos domésticos y por un incurable tedio de la vida acabaron por hundirle en el sepulcro á los treinta y cinco años de edad, en 9 de Julio de 1844.

En el núm. 163 de la *Gaceta Oficial* se insertaron una semana despues unas

*(a)* En 1881 publicó D. Salvador Barrutia una conclusión que no conozco.

Si el conocimiento profundo de la lengua, la experiencia larga del mundo y de los hombres, la familiaridad con los mejores modelos, la valentía incontrastable para decir la verdad, y el nativo desenfado de un genio cáustico, pero puesto casi siempre al servicio de las mejores causas y al lado de la justicia, bastaran para enaltecer á un poeta satírico, nadie negaría alto puesto entre los que tal género han cultivado al célebre guatemalteco D. Antonio José de Irisarri, uno de los hombres de más entendimiento, de más vasta cultura, de más energía política y de más fuego en la polémica que América ha producido. Pero como poeta le faltó el *quid divinum*, así en el concepto como en la expresión, y sus sátiras, sus epístolas, sus fábulas, letrillas y epigramas, son más bien correcta prosa, incisiva y mordaz, salpimentada de malicias y agudezas que levantan roncha, que verdadera poesía, aunque por otro lado interesen más que muchos versos de poetas tan hábiles en su oficio como imbéciles en todo

líneas firmadas por *un extranjero*, que decía de Batres: «Vivió aisladamente: pocos le comprendieron y nadie supo apreciar en lo que valía su noble alma y superior talento.»

El *extranjero* que tributó á Batres este homenaje póstumo, único entonces, era D. Dionisio Alcalá Galiano, elegante poeta y prosista, hijo del grande orador D. Antonio, y padre del actual Conde de Torrijos D. José, tan conocido por sus notables composiciones líricas y satíricas como por sus versiones de algunos poetas ingleses. D. Dionisio, que residió en Guatemala por los años de 1843 y 1844, fué el único que verdaderamente penetró en la intimidad de Batres y el que le decidió al cultivo del género en que había de sobresalir. «Ya te remitiré los cuentos (dice en la referida carta á su hermana) que estoy componiendo para Alcalá Galiano que está aquí, y en vista de que me ha hecho de aquél mil elogios que no creo merecer».

Era Batres hombre reflexivo y tenaz en el estudio, reservado, taciturno y aún tímido en el trato social. Poseía una gran cultura adquirida en gran parte por su propio y solitario esfuerzo. Tenía especial disposición para las ciencias exactas, y dominaba las literaturas italiana, francesa é inglesa. Muy tardíamente se dedicó al latín.

Sus *Poesías*, que son en cortísimo número, fueron impresas el mismo año de su muerte, en un cuadernito bastante raro ya, que ha sido reimpreso dos veces por lo menos en Guatemala, dos en París y una en Guayaquil.

Entre las *Biografías de literatos nacionales* publicadas por la Academia Guatemalteca, está la de Batres, escrita por el Dr. D. Fernando Cruz (páginas 153-261).

lo demás. Irisarri tenía talento clarísimo, y era además consumado hombre de mundo: sus *Poesías satíricas y burlescas* rebosan de ideas y de chistes; el nervio y la audacia del prosista no se desmienten en el versificador, pero no siente ni fantasea ni compone poéticamente. En sus fábulas, sobre todo, que más bien debieran llamarse sátiras, es visible la falta de imaginación pintoresca. De él, y en grado todavía mucho mayor, pudiera repetirse lo que de Forner escribió D. Alberte Lista. «Tenía el entendimiento más apto para comprender la verdad que la belleza.» En la versificación es desigual, y muchas veces duro, insonoro y descuidado: hacía los versos sueltos cada uno de por sí, sin dar casi nunca una armonía general al período rítmico, por lo cual los suyos se confunden casi con el discurso prosaico. La lengua es muy sana, como queda dicho, y como podía esperarse del autor de las *Cuestiones filológicas*. El gusto dominante es el de los satíricos españoles del siglo XVIII: Jorge Pitillas, Iriarte, Forner, Jovellanos, Moratín el hijo. Las dos sátiras tituladas *El Bochinche* y *El Siglo de oro*, las fábulas de *El Hacendado*, *El Albañil y el río*, *La Abeja y la hormiga*, *El Perro y el gato con la liebre asada*, *El Lobo y el zorro*, *La Voz del pueblo*, y el apólogo, un poco más extenso, de *El Tiempo*, *la memoria y el olvido*, me parecen sus más ingeniosas composiciones (1).

De los dos hermanos Juan y Manuel Diéguez, que al parecer no

(1) Nació D. Antonio José de Irisarri en Guatemala, el 7 de Febrero de 1786, é hizo allí sus primeros estudios. Dueño de una cuantiosa herencia, emprendió desde 1836 largos y continuos viajes por América y Europa, tomando parte muy activa en los negocios políticos de diversas repúblicas, ya como periodista, ya como militar, ya como diplomático, ya como gobernante. En Chile se vió, aunque por breves días, al frente del poder. En 1818 pasó á Inglaterra y negoció un empréstito en nombre de aquella República. En 1825 regresó á Guatemala y tomó partido por los conservadores contra los federales, mandando un destacamento con el título de Coronel. Vencido y prisionero, y luego condenado á destierro, volvió á la América del Sur, hasta que cambiando la faz de los acontecimientos de su país, fué nombrado Ministro de Guatemala en los Estados Unidos, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 10 de Junio de 1868. Además de sus importantes *Cuestiones filológicas* (Nueva York, 1861) y de sus *Poesías satíricas y burlescas* (Nueva York, 1867), publicó gran número de folletos políticos (*Defensa de*

hicieron colección de sus obras, se insertan algunas muestras en la *Galería Poética Centro-Americana*, no sabemos si escogidas con buen gusto; prevención que hay que hacer siempre tratándose de estas antologías. Juan Diéguez parece un poeta de transición: su primera educación debió de ser clásica, y hay composiciones suyas que pretenecen á esta escuela, por ejemplo, el canto alegórico á la muerte de Andrés Chénier con el título de *El Cisne*. Más adelante se inclinó á la imitación de Víctor Hugo y de los románticos españoles, mostrándose fácil y abundoso en las descripciones y melancólico en el sentimiento. Sus dos cantos de la *La Garza*, aunque no limpios de defectos métricos (por ejemplo estos dos versos infelicísimos:

Yo de cantarte he, mísero vate.....
Qué haces allí, oh nítida azucena.....).

tienen estrofas muy lindas y recuerdan algo la suave y lánguida manera de Enrique Gil. Esta poesía y la titulada *Á mi gallo*, prueban que Juan Diéguez sentia de un modo original y poético (1). Su

*los tratados de Paz de Paucaparta*, *Historia del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho)*, é innumerables periódicos, *El Cristiano errante*, *El Guatemalteco*, *El Revisor*, *La Verdad desnuda*.....

En el tomo 1.° de los *Ensayos Biográficos* de Torres Caicedo, hay una biografía de Irisarri.

(1) Las *Tardes de Abril* es una de las mejores composiciones de Juan Diéguez, tanto por el lujo de la parte descriptiva como por el vértigo naturalista de la conclusión:

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátil
Tapiza la *pitaya* trepadora:
Con lujosos florones la decora
Pendientes del crinado capitel.
.............................................
¡Oh qué dicha es vagar por las campiñas
En dulce libertad al fresco viento,
Y apagado el hirviente pensamiento,
Tanta fiesta gozar! ¡Sólo gozar!
¡Oh cuán ledo á su choza el pastorcillo
Por lluvia del Abril vuelve bañado,
Pensando lo que piensa su ganado!
¡Oh qué dicha, oh qué dicha es no pensar!

hermano tradujo *La Lámpara*, de Chénier, pero en sus pobres versos originales para nada se conoce la influencia de tan clásico modelo (1).

Otros autores ya fallecidos figuran, aunque en escaso número, en la colección centro-americana de Uriarte, pero no tales que importe hacer especial estudio de ellos. Algún recuerdo merece, si no como poeta original, como intérprete bastante hábil de concepciones ajenas, D. Ignacio Gómez (entre los árcades, *Clitauro Itacense)*, que tradujo *La Despedida*, de Metastasio, *La Elegía*, de Gray, *en el cementerio de una aldea*, la canción de *Medora*, de *El Corsario*, y algunos otros versos de Byron (2). El tomo de las *Brisas tropicales*, de Eduardo Hall, comerciante de origen inglés, pero nacido en Guatemala y domiciliado en Honduras (1832-1885), contiene también apreciables traducciones de Byron, de Tomés Moore, de Gray y de otros poetas ingleses. D. José Milla (conocido con el pseudónimo de *Salomé Gil)*, fué uno de los escritores más fecundos y notables de las Repúblicas del Centro, pero tiene y merece más estimación como historiador, novelista y autor de cuadros de costumbres que como poeta (3). D. Juan José Micheo, joven poeta malogrado

(1) Nació D. Juan Diéguez en 23 de Noviembre de 1813, en Guatemala Su profesión fué la de abogado, sus ideas liberales. Tomó parte en las revoluciones de su país y se vió perseguido y proscrito, hasta que triunfando su partido fué nombrado juez de primera instancia y catedrático de Derecho en la Universidad de Guatemala. Murió en 28 de Junio de 1865. Su hermano don Manuel, nació en 20 de Mayo de 1821 y murió loco en 20 de Mayo de 1861, despues de una vida aventurera y borrascosa, en que alternaron las conspiraciones políticas, las amarguras de la expatriación, y los amoríos románticos. En las *Biografías* publicadas por la Academia Guatemalteca están las de los dos hermanos, escrita la de D. Manuel por el Dr. D. Ramón Rosa (páginas 115-153) y la de D. Juan por el Licenciado D. Salvador Falla (páginas 261-343).

(2) Fué D. Ignacio Gómez jurisconsulto, estadísta, diplomático, prosista correcto y elegante. Nació en la villa de Metapán (Salvador) en 31 de Julio de 1813, y murió en Guatemala en 5 de Junio de 1879. Vid. su biografía escrita por D. Antonio Valenzuela entre las publicadas por la Academia Guatemalteca (págs. 85-115).

(3) Nació D. José Milla en Guatemala en 19 de Marzo de 1822, y falleció en 1.º de Octubre de 1882. Fué principal redactor de la *Gaceta Oficial* des-

á los veintidós años (1847-1869), había recibido educación clásica en un colegio de jesuítas, y dejó como primicias de sus estudios traducciones de algunas odas de Horacio y un canto sáfico á la Virgen de Guadalupe.

En Honduras, donde la literatura colonial no había llegado á manifestarse por falta de imprenta, floreció á mediados del siglo XIX un poeta de relativo mérito y original carácter, cuyo nombre casi ignorado fuera de los límites de aquella República hasta estos últimos años, ha tenido un renacimiento póstumo con la edición de algunas de sus obras y los importantes estudios biográficos que se le han dedicado (1). Llamábase este varón docto y piadoso Fr. José

de 1846 hasta 1871, Oficial mayor y Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, y Consejero de Estado en 1864. Además de sus *Cuadros de Costumbres*, escribió varias novelas: *La Hija del Adelantado*, *Los Nazarenos*, *El Visitador*, *Las Memorias de un abogado*, *La Historia de un Pepe*, *El Libro sin nombre*, *El Canastro del Sastre*, *El viaje al otro mundo, pasando por otras partes*, y una *Historia de Guatemala* durante el período colonial, de la cual sólo acabó dos tomos.

(1) *Biografía de José Trinidad Reyes, por Ramón Rosa. Tegucigalpa, 1905.* La primera edición es de 1891.

*Rectificaciones históricas en defensa de la biografía del Presbítero Doctor José Trinidad Reyes que escribió el Dr. D. Ramón Rosa, por Rómulo E. Durón. Tegucigalpa, 1906.*

*Oracion fúnebre del señor Presbítero, Doctor don José Trinidad Reyes, primer Rector de la Universidad de Honduras, pronunciada en el General de Estudios la noche del 23 de Septiembre de 1855, por el Dr. D. Máximo Soto.* (En el tomo 1.° de la colección del Sr. Durón, *Honduras Literaria*, págs. 191-195).

*Homenaje á la memoria del Presbítero Doctor José Trinidad Reyes, en el quincuagésimo aniversario de su fallecimiento (Discursos, Poesías, etc.) Tegucigalpa, 1905.* Este cuaderno contiene, entre otras piezas, una Oración pronunciada por el Licenciado D. Pedro J. Bustillo, Rector de la Universidad, discursos del Licenciado D. Crescencio Gómez, del Dr. Uclés, de D. Rómulo E. Durón, de D. Froilán Turcios, una oración fúnebre predicada en la Iglesia Parroquial, por el Presbítero D. Santiago Zelaya, y varias poesías de D. José Manuel Gutiérrez Zamora, de D. Juan Ramón Molina, de D. Valentin Durón etcétera.

Nació D. José Trinidad Reyes en Tegucigalpa, en 11 de Junio de 1797, de familia modestísima. Aprendió latinidad en el Convento de la Merced con el P. Fr. Juan Altamirano, música con su propio padre, humilde profesor de

Trinidad Reyes, y después de su forzada exclaustración el Dr. Reyes, como generalmente se le designa. Fué modelo de virtudes sacerdotales, predicador fervoroso y elocuente, principal educador de la juventud de su país, cuya cultura le debe más servicios que á nadie, espíritu amable y benévolo que se complacía en difundir las nociones de las ciencias físicas al mismo tiempo que empleaba los prestigios de la música y de la poesía para recrear honestamente el ánimo de sus alumnos. Este religioso de dulce memoria, poseía algunas dotes poéticas, aunque sólo se mostraron aventajadamente

aquel arte, y Dibujo bajo la dirección del pintor guatemalteco D. Rafael V. Martínez, que había ido á Honduras á ejecutar algunas obras. Á los diez y ocho años, deseoso de ampliar sus conocimientos, pasó á la ciudad de León de Nicaragua, donde cursó Filosofía, Cánones, Teología y Matemáticas, y ejerció además el oficio de Maestro de Capilla en la Catedral y otras Iglesias. En 1822 recibió las Sagradas Órdenes, siendo novicio del convento de Recoletos. En 1824 las turbulencias civiles de Nicaragua obligaron á Reyes y á sus hermanos de Religión á emigrar á Guatemala, donde se incorporaron á la Comunidad de su Orden. En 1828 regresó á Honduras, y extinguidos á consecuencia de la revolución de 1829 todos los institutos monásticos, Reyes quedó secularizado, y fué sucesivamente Coadjutor y Cura Párroco de Tegucigalpa. Á él se debió la reparación de varios templos de aquella ciudad y de las aldeas vecinas. Y á él también la fundación de la *Sociedad del genio emprendedor y del buen gusto* (1845) germen de la Universidad de Honduras, cuyos estatutos redactó, y que fué inaugurada oficialmente en 19 de Septiembre de 1847. Para servir de texto en sus clases escribió un compendio de Física. Introdujo en Tegucigalpa el primer piano y la primera imprenta, fundó la biblioteca de la Universidad, y dejó, entre otras composiciones musicales, varias misas muy apreciadas. Fué designado para Obispo de Honduras en 1840 por el Papa Gregorio XVI, pero el Presidente Ferrera frustró este nombramiento, haciendo llegar á Roma la falsa noticia de la muerte de Reyes, y secuestrándole para que no pudiera desmentirla, durante el tiempo necesario para encontrarle sucesor. El P. Reyes, que temía, aunque no rehusaba, el terrible peso de la dignidad episcopal, se resignó fácilmente á su suerte, y vivió hasta el 20 de Septiembre de 1855. Los homenajes que le tributaron después de su muerte sus conciudadanos, y que se repitieron en el quincuagésimo aniversario de su muerte, prueban que pasó por este mundo haciendo bien, aunque no todos sus actos políticos parezcan consecuentes y loables, si para juzgarlos se prescinde del estado anormal de las repúblicas centro-americanas.

en un género lírico-dramático, que tiene verdadera originalidad en la literatura americana, y muy rancio abolengo en la peninsular. Las pocas composiciones líricas que he visto del P. Reyes (1) son inferiores á la medianía, excepto algunos villancicos que pueden considerarse como forma elemental de las *Pastorelas*, en las cuales consiste su verdadero mérito. Estas *Pastorelas* no son otra cosa que la interesante prolongación, en pleno siglo XIX, de los viejos *Autos de Navidad*, cuya existencia en Castilla consta desde el siglo XIII, y de los cuales ya en el XV se encuentra algún ejemplo anterior á Juan del Enzina. En él y en todos los primitivos autores de nuestro teatro abundan, y si bien en el período clásico no alcanzan tan espléndido desarrollo como los Autos Sacramentales ni tanta magnificencia de representación, bastaría el gran nombre de Lope de Vega, que los escribió bellísimos y que en su libro mixto de prosa y verso, *Los Pastores de Belén*, concentró la esencia poética del género, para comprender la importancia que logra en nuestra dramaturgia, y el interés *folklórico* que ofrece por sus íntimas relaciones con varias formas de la poesía y música populares. Nos parece evidente, leídas las *Pastorelas*, que su autor conocía á Lope, pero no creemos que hubiese llevado más allá sus investigaciones. Algunos de sus villancicos saben á tan buen modelo, y quizá el hábito que tenía de componer la letra y la música de ellos (2) llevó al párroco de Tegucigalpa á desarrollar aquel germen, escribiendo

(1) Sus himnos patrióticos son verdaderamente detestables. Para muestra basta un botón:

Qué de males ¡oh América! te hizo
El osado Colón al hallarte!
Oh! Si al cielo pluguiese á otra parte
Su funesto bajel conducir.....

Vid. *Honduras Literaria, Colección de Escritos en prosa y verso, precedidos de Apuntes biográficos, por Rómulo E. Durón*, Tomo II: *Escritores en verso. Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1900.* Pág. 9. Al fin de las *Pastorelas* hay otras poesías de cortísimo valor.

(2) Véase, por ejemplo, éste:

Nació en Belén un niño
Tan admirable
Que sin ir á las aulas
Todo lo sabe.

verdaderas, aunque muy sencillas, piezas dramáticas de Noche Buena: cosa enteramente inusitada en Honduras. Estas pastorelas son nueve: *Noemi*, que se reputa la mas antigua, aunque no se sabe a punto fijo la fecha; *Micol*, escrita en 1838; *Neftalia*, *Zelfa*, *Rubenia* (cuyo acto primero son las *Posadas de José y María*, que algunos consideran como obra independiente), *Elisa*, *Albano*, *Olimpia*, *Flora ó sea la Pastorela del Diablo*. Todas ellas, á excepción de la última, cuyo texto genuino ha sido imposible restablecer, han sido hábil y cuidadosamente restauradas por el profesor hondureño D. Rómulo E. Durón, sacándolas de las copias bárbaras é imperfectísimas que de ellas corren, puesto que el P. Reyes no se cuidó de conservar los originales, fiando sus versos á la memoria de los aficionados que las representaban (1).

Contienen las *Pastorelas* una parte grave y religiosa, en que hay felices recuerdos de los libros sagrados y buena doctrina teológica. Pero abundan también los elementos profanos á que desde antiguo convidaba el infantil regocijo de la noche de Navidad. Dentro del forzoso tema de la adoración y de las ofrendas de los pastores, sabe

Con ciencia tanta
Toda la de los hombres
    Es ignorancia:
Vamos á verlo,
Y que nos comunique
    Algún destello.
Aunque yace tan pobre,
    Su grande ciencia
Sabe formar metales
    Y hermosas perlas.....
.............................
Él ha contado el número
    De las estrellas,
Y sabe las distancias
    De los planetas.....
Él conoce la causa
    Que agita el viento,
Y del hielo que ofende
    Su ser tan tierno,
    Y así tan niño
Sabe dónde se forman
    Nieve y granizo.

(1) *Pastorelas del Presbítero Dr. D. José Trinidad Reyes, restauradas por Rómulo E. Durón, precedidas de un estudio por el Licenciado D. Esteban Guardiola. Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1905.*

el P. Reyes diversificar sus figuras, y darles viveza de expresión. A veces paga tributo á la poesía bucólica de fines del siglo XVIII, especialmente a la de Meléndez (1), y entonces sus zagales resultan pulidos é incoloros. Pero más generalmente tienen un matiz realista, que está en la tradición de los autos viejos, y que llega á la chocarrería en dos ó tres lugares de las *Pastorelas* del P. Reyes. Lo que de un modo peculiar las caracteriza, no son las peripecias cómicas, que sirven como de entremeses en la acción principal, sino el empleo deliberado de la satira, que no se aplica meramente á las flaquezas generales de la humanidad, sino que contunde desapiadadamente á los pecadores públicos y especialmente á los malhechores políticos. Este aspecto es de grande interés, pero no puede ser bien entendido fuera de Honduras, y pronto se perderá la clave por haber ido desapareciendo la generación que conoció á aquellos personajes. Casi todas las piedras que tira el P. Reyes iban á tejado conocido, y estuvieron á punto de volverse contra el mismo poeta y sus intérpretes.

Aun prescindiendo de este valor circunstancial, las *Pastorelas* son de agradable lectura. La lengua es sana, el estilo fácil aunque sin nervio, y la versificación constantemente flúida. Los defectos que hay pueden achacarse á la incuria de los copistas, ó á la negligencia con que el mismo P. Reyes escribía, sin pensar para nada en la imprenta ni en la posteridad. De todos modos, el género ofrece

(1) Por ejemplo en estas endechas de la pastoral de *Rubenia:*

¡Oh bosque solitario,
Alegre en otro tiempo,
Do la bella Prasila
Condujo tantas veces sus corderos!
¡Cuántas veces oíste
De su voz el acento,
Y cuántas repetiste
Su graciosa expresión, en suaves ecos!
¡Cuántas veces sus plantas
Hollaron este suelo,
Y cuántas, en los árboles,
Con sus manos grabó divinos versos!
Mas ¡ay! que ya descansa
En profundo silencio,
Y no la veréis más,
Tristes cipreses, elevados cedros.....

una curiosa supervivencia, que acaso en otras regiones de América tenga similares.

Tuvo el P. Reyes indisputable ingenio y fácil vena, pero la sociedad que le rodeaba y le tenía por su único poeta le obligó á malgastarlo muchas veces en nonadas y fruslerías, de que él mismo se burla como tarea propia de copleros.

> Versos me piden todos á manojos;
> Convites para bailes, para entierros;
> De modo que yo soy una campana
> Que con el mismo estilo bronco y seco,
> Repicar debo alegre en las funciones
> Y doblar melancólico por muertos.
> Pésames hago en verso á los dolientes;
> Compongo epitalamios de himeneos,
> Si se van, si se vienen, parabienes;
> Ó si la silla toman de un empleo.
> Si algún partido cae ó se levanta,
> En que á mí no me va ni más ni menos,
> Me hacen decir en verso alguna cosa,
> Aunque no tenga el mismo sentimiento.
> Se me piden sainetes, pastorelas,
> Cosas muy superiores á mi ingenio:
> Y porque nada falte á mi destino
> También hago la música del verso (1).

De los poetas hondureños posteriores al P. Reyes y fallecidos antes de 1892, sólo merece algún recuerdo el médico D. Manuel Molina Vigil, que se suicidó á los veintisiete años, en 1883 (2).

Pero conviene poner término á esta enumeración. Una nueva generación literaria ha aparecido en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad (3). Es cierto

(1) Pastoral de *Albano*.

(2) Véase la antología de D. Rómulo E. Durón, *Honduras Literaria*, donde realmente hay mucho que no es literatura. El tomo primero comprende los escritores en prosa; el segundo, los poetas. No hay ninguno anterior al siglo XIX.

(3) Claro es que se alude al nicaragüense D. Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba á levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892. De su copiosa producción, de sus innovaciones

que la producción comienza á ser excesiva, y que la cizaña ahoga, como en todas partes de América, el trigo. Los versos son allí una especie de epidemia. No sólo hay Parnaso Guatemalteco, sino Parnaso Costarricense y Nicaragüense, y una *Guirnalda Salvadoreña* que consta de tres volúmenes: muchos poetas son para tan pequeña república. Pero esta abundancia desordenada ya se irá encauzando con el buen gusto y la disciplina, y por de pronto es indicio de la fertilidad de los ingenios americanos (1).

métricas y del influjo que hoy ejerce en la juventud intelectual de todos los países de lengua castellana, mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica.

(1) La transición brusca entre la antigua y la moderna poesía de la América Central, entre la escuela relativamente clásica de los Batres y de los Irisarris, y la romántica que ha prevalecido después, no puede comprenderse bien sin tener en cuenta el poderoso influjo que ejerció allí como en otras regiones de América, especialmente en el Perú, un singular personaje literario tan desconocido en su patria, España, y aun en su provincia natal, como célebre en el Nuevo Mundo. Tal fué el montañés D. Fernando Velarde, natural de Hinojedo, autor de las *Melodías románticas* y de los *Cánticos del Nuevo Mundo*, poeta de extraordinarias dotes naturales afeadas por un mal gusto increíble. En pompa, brillantez y magnificencia le igualaron pocos, pero son raras las páginas en que su grandilocuencia no se trueca en hinchazón, su sonoridad en redundancia, su aspereza viril en énfasis hueco. Tenía las condiciones más adecuadas para ser un corruptor del gusto, un nuevo Lucano ó un nuevo Góngora, porque aun en sus mismas aberraciones dió muestra de ser ingenio nada vulgar. Su *Canto* estrepitoso y deslumbrador *á la cordillera de los Andes*, tiene en lo bueno y en lo malo cosas no indignas de Víctor Hugo. Velarde aspiraba constantemente á lo titánico; pero daba muchas veces en el escollo de la falsa grandeza, porque ni sus alas, con poder mucho, podían lo que él pensaba, ni su gusto cerril é indómito, que nunca llegó á educarse, á pesar de haber sido hombre de gran variedad de conocimientos, acertaba á mostrarle aquel punto imperceptible en que lo sublime confina con lo grotesco. Por sus innegables cualidades, lo mismo que por sus grandes defectos, Fernando Velarde fué el ídolo de la juventud literaria de América durante un período bastante largo, y no es hipérbole decir que compartió con Zorrilla el privilegio de ser imitado por los principiantes. Esta influencia fué mayor que en ninguna parte, en Guatemala, donde Velarde tuvo desde 1854 á 1860 un famoso colegio en que se educó lo más florido de la juventud de aquella época. Para este colegio escribió varios tratados elementales de Física, Geografía, Retórica y Poética y otras materias.

# III

## CUBA (1)

Fué de las tierras descubiertas por Colón en su primer viaje, y en las páginas de su Diario de Navegación quedó consignado con rasgos de espontánea poesía el asombro que le produjeron las bellezas del suelo y cielo de aquella isla. Pero la preferencia que se concedió á la Española, y luego el descubrimiento y conquista de Yucatán y Méjico, fueron haciendo olvidar ó dejando en puesto

(1) Además de los numerosos trabajos que se citarán en el curso de este estudio, hemos tenido á la vista los muy importantes, completos y bien digeridos que ha remitido á la Academia Española la Comisión de Literatos Cubanos nombrada para este fin por el Gobernador general de la Isla, Teniente general de ejército, D. Camilo Polavieja, en 1891. Compusieron esta Comisión los Sres. D. Nicolás Azcárate (Presidente), D. José María Céspedes, D. José de Armas y Céspedes, D. Saturnino Martínez, D. José E. Triay, D. Rafael Montoro, D. Luciano Pérez de Acevedo, D. Ricardo del Monte, D. Domingo Figarola y Caneda y D. Manuel S. Pichardo (Secretario). No es fácil encarecer el esmero, el buen gusto, el método severo y el imparcial criterio con que la Comisión cumplió su tarea, la cual se compone de dos partes diversas: una *Biblioteca Selecta Hispano Cubana de Prosistas*, que en esta ocasión no ha podido ser utilizada por las razones expuestas en el primer prólogo, pero queda en la Academia para utilidad de los estudiosos y base de futuros trabajos; y una *Antología de Poesía Cubana*, con noticias biográficas de cada uno de los ingenios.

Nuestra colección estaba formada, y escrito nuestro prólogo, antes de conocer tan rico caudal de materiales, pero afortunadamente nos ha alcanzado el tiempo para aprovecharle, ya en adiciones, ya en rectificaciones.

De la Antología hemos excluído á los poetas vivos, y si en las composiciones que insertamos de los muertos, no coincide siempre nuestra elección con la de la Junta Literaria de Cuba, algo ha de concederse al gusto indivi-

muy secundario á Cuba, por dirigirse á otra parte la corriente de emigración y la sed de aventuras. Tiene, pues, Cuba, escasa y no muy interesante historia durante los tres primeros siglos de la dominación española; y ni su importancia comercial ni su brillante producción literaria comienzan hasta fines del XVIII, y más fijamente en el primer tercio del XIX, en que consumada la independencia del continente americano, vino á quedar Cuba como principal reliquia de nuestro vastísimo imperio colonial, y á ser atendida de un modo especial por nuestros gobernantes. Del régimen moderno de España en sus Antillas han solido formarse muy duros y apasionados juicios: no es del caso atacarlo ni defenderlo; pero como fieles historiadores, hemos de consignar que, á despecho de la decantada tiranía militar, y á despecho de las guerras civiles, que han empapado de sangre aquel hermoso suelo, todavía Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en varios de ellos. Sería temeridad atribuir tales progresos al lazo político que sigue uniendo a Cuba con su metrópoli europea, pero también sería insensato suponer en los españoles un propósito deliberado y tenaz de matar los gérmenes de civilización en sus provincias ultramarinas, cuando vemos florecer bajo el régimen autoritario de nuestros Capitanes generales, no sólo la poesía con Heredia, Milanés, la Avellaneda y Luaces, sino la filosofía y las ciencias naturales

dual, sin menoscabo de la estimación que merecen esfuerzos tan meritorios y que tanto han de contribuir á la buena inteligencia entre los españoles de uno y otro lado de los mares.

La discreta noticia preliminar de esta compilación manuscrita, en que se trata de los orígenes de la poesía cubana antes de Zequeira y Rubalcava, fué obra del malogrado crítico D. Ricardo del Monte *(a)*.

*(a)* No es necesario advertir que esta nota y el capítulo entero fueron redactados en 1892. Al revisar mi trabajo ahora, no me ha parecido oportuno hacer consideraciones de ningún género sobre la pérdida del dominio español en Cuba y la constitución de la Isla en república independiente después de la intervención anglo-americana de 1898. Reimprimo, pues, este primer párrafo tal como lo escribí en la primera fecha citada, que ya empieza á ser remota.

y económicas con Varela, Luz Caballero, Saco y Poey. Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España; pero aun esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera, á no ser que supongamos muy torpes ó muy inhábiles á cuantos se han empeñado en atajarlas el paso é impedir su difusión. Y ciertamente que si comparásemos (dicho sea sin ofensa de nadie) el cuadro de la literatura y de la ciencia en la española provincia de Cuba, con el que ofrece la vecina isla de Santo Domingo ó las no muy distantes Repúblicas de la América Central, para no hablar de Bolivia y otros Estados del Sur, quizá resultase muy dudosa esa virtud mortífera que se atribuye al régimen colonial. Y si extendiendo todavía más la consideración, reparamos que Cuba, con territorio relativamente tan exiguo, y con historia tan moderna, vale y representa en la historia del pensamiento americano, tanto como México, Colombia ó la República Argentina, y más que Venezuela, el Ecuador ó el Uruguay, quizá saquemos por última consecuencia que no tienen tanta razón algunos hijos de aquella isla para lamentarse de no haber sacudido el yugo de la *tiranía ibera* cuando se emanciparon los demás criollos, puesto que, á lo menos bajo el aspecto intelectual, no se ve que hubieran ganado mucho en el cambio.

Pero dejando á un lado tales disquisiciones, que son siempre muy resbaladizas y deben huirse cuidadosamente en obra que quiere ser de paz y concordia como la presente, y ateniéndonos al aspecto meramente estético, empecemos por consignar la penuria de la literatura cubana en todo el primer período de la dominación española. Nada importa á nuestro propósito averiguar si la raza indígena tenía ó no aptitudes poéticas y algún género de cantos, porque esta raza, como todas las que poblaban las Antillas, se extinguió completamente en los primeros días de la conquista, y no pudo dejar elemento alguno para la vida social de la colonia. Entre los conquistadores tampoco hubo quien celebrase las empresas del adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, á quien, no obstante, Juan de Castellanos dió lugar en su panteón de *Varones Ilustres de Indias*, consagrándole íntegra una elegía, que es la séptima.

De los primeros y tímidos ensayos de la musa cubana puede encontrarse noticia, ya en el curioso libro de D. Antonio Bachiller y Morales, *Apuntes para la historia de las letras y de la Instrucción Pública en la isla de Cuba* (1), ya en la erudita introducción que D. Antonio López Prieto puso en 1881 á su *Parnaso Cubano* (2). El poema más antiguo compuesto en Cuba, aunque no por autor cubano, de que dan noticia, es el *Espejo de paciencia*, en octava rima, que escribió en 1608 Silvestre de Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria y vecino de Puerto-Príncipe, con motivo de una invasión de piratas franceses en el puerto de Manzanillo. Transcribe este poema de circunstancias el obispo Morell de Santa Cruz, en su inédita *Historia de la isla y Catedral de Cuba*. Los fragmentos que hemos visto del poemita de Balboa denuncian á lo menos un versificador castizo y fácil y no gongorino, á pesar del tiempo en que escribía. En elogio de su obra compuso un soneto el regidor de Bayamo, Juan Rodríguez de Cifuentes.

En el siglo XVIII había, aun en el interior de la isla, algunos improvisadores que hacían fácil ostentación de su ingenio en décimas y romances, naturalmente afeados con resabios de mal gusto

(1) Habana, imps. de P. Massana y de *El Tiempo*, 1859-1860-1861. Tres tomos. La obra de Bachiller y Morales, aunque destartalada y mal escrita, es un repertorio de noticias muy útiles, que á no ser por la diligencia de su autor se hubieran perdido.

Es libro también de indispensable consulta el *Diccionario biográfico cubano*, por D. Francisco Calcagno. Nueva York, imp. y librería de N. Ponce de León, 1878.

(2) *Parnaso Cubano. Colección de Poesías Selectas de Autores Cubanos desde Zequeira á nuestros días, precedida de una introducción histórico-crítica sobre el desarrollo de la poesía en Cuba. Habana, editor Miguel de Villa.*

Téngase en cuenta también el *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, obra póstuma de D. Aurelio Mitjans. (Habana, imp. de A. Álvarez y Compañía, 1890.)

De las antologías anteriores á la de Prieto es la más interesante la titulada *Cuba Poética, colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días*, publicada por José Fornaris y Joaquín Lorenzo Luaces; 2.ª edición. Habana, 1861. Es muy escaso, pero bastante pobre, el cuadernito que, con el rótulo de *Joyas del Parnaso Cubano*, dió á luz por los años de 1855 y 1856 el periódico *Brisas de Cuba*.

y con los vicios que nacen de la falta de estudio y comunicación literaria. Entre ellos se cita, principalmente, al médico y farmacéutico de la villa de Santa Clara, D. José Surí y Águila (1696-1762), que puso en verso las recetas de su profesión, y que tenía además la rara habilidad de componer de repente *loas* para las procesiones y festividades religiosas, recitándolas delante de las imágenes. De estos romances laudatorios sólo hemos visto uno dedicado *á la Purísima Concepción*, que no sólo prueba la ardiente devoción del humilde poeta, sino la facilidad y donaire con que versificaba. En Santa Clara vivían por el mismo tiempo otros dos glosadores ó copleros de menos mérito: D. Mariano José de Alba y Monteagudo, y D. Lorenzo Martínez de Avileira. No mayores alientos parece haber tenido una poetisa habanera, anónima, que en tiempo de la invasión inglesa de 1762, compuso un poemita titulado: *Dolorosa y métrica expresión del sitio y entrega de la Habana*, que se conserva manuscrito en nuestra Academia de la Historia. Una relación del mismo acontecimiento en décimas prosaicas y ramplonas escribió el presbítero D. Diego de Campos, mientras que en España celebraban con más numen el heroísmo de Velasco y Gonzalez algunos poetas nuestros, descollando entre ellos D. Nicolás Fernández de Moratín, aunque en esta ocasión no estuviese tan inspirado como en otras (1).

Al siglo XVIII pertenecen hechos tan decisivos para el progreso de la cultura habanera, como la fundación de la Universidad y el establecimiento de la primera imprenta. La Universidad fué erigida

(1) Como poeta improvisador y jocoso obtuvo celebridad, á mediados del siglo XVIII, Fr. José Rodríguez, más conocido por el seudónimo de *Capacho*, de quien se citan unas décimas dando cuenta de su viaje á México, otras sobre las excelencias del número *siete*, un *Vejamen á la Universidad*, etc., etcétera. Pasa también por autor de la más antigua obra dramática escrita en Cuba: *El Príncipe jardinero y fingido Cloridano*; pero si hemos de estar á la autoridad, muy respetable en estas materias, de D. Cayetano Alberto de la Barrera, esta comedia es de D. Santiago de Pita, y con su nombre la hemos visto en ediciones sueltas del siglo XVIII. Acaso sea mero seudónimo el Pita. La comedia tiene buenos versos y recuerda algo la manera de D. Francisco de Leiva, v. gr. en «*Cuando no se aguarda y príncipe tonto*.»

por Bula de Inocencio XIII en 12 de Diciembre de 1721, con los mismos privilegios y gracias que tenía la de Santo Domingo; la cédula Real de aprobación es de 5 de Enero de 1728, y los estatutos de 27 de Julio de 1734. Pero, a pesar de su nombre, apenas pasaba de ser una institución conventual, dirigida por los Padres de la Orden de Predicadores, y en que naturalmente predominaban los estudios teológicos. No pudo sentirse, por consiguiente, su influencia en los progresos de la amena literatura; ni tampoco era institución destinada á fomentarla el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, fundado en 1689, con dotación pobrísima, y que sólo comenzó a tener importancia en el breve período en que se encargaron de él los Padres de la Compañía de Jesús, adquiriéndola mayor después de la reorganización que de él se hizo en 1769 con estudios bastante amplios de Gramática, Retórica y Filosofía Racional y Experimental, que protegió y fomentó luego en gran manera el insigne obispo alavés D. Juan José Díaz de Espada y Landa, bajo cuyos auspicios la filosofía moderna hizo su entrada triunfal en las aulas de la Habana con los presbíteros D. José Agustín Caballero y D. Félix Varela (1).

La Imprenta existía desde principios del siglo XVIII, pero no con grande actividad, á lo menos en materia de papeles literarios (2).

(1) Véase la excelente *Vida del presbítero D. Félix Varela*, por D. José Ignacio Rodríguez (Nueva York, 1878).

(2) En el tomo III de sus *Apuntes* (págs. 121-241) insertó Bachiller y Morales un catálogo de libros y folletos dados á la estampa en Cuba, desde la introducción de la Imprenta hasta 1840, trabajo fundamental, aunque incompleto, aun después de las copiosas adiciones que en 1881 hizo su erudito autor en la *Revista de Cuba*. Posteriormente se han publicado *La Imprenta en la Habana* (1707-1810), por D. José Toribio Medina (Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1904); el *Ensayo de Bibliografía Cubana de los siglos XVII y XVIII*, por D. Carlos M.ª Trelles, formado principalmente de los libros sobre Cuba impresos fuera de la isla (Matanzas, 1907-1908); y la *Bibliografía Cubana del siglo XIX*, obra que, según el vasto plan de su autor, ha de constar de diez tomos, de los cuales sólo ha visto la luz el primero, que comprende desde 1800 á 1825 (Matanzas, 1911).

En el libro de D. Ambrosio Valiente, *Tabla cronológica de los sucesos ocurridos en la ciudad de Santiago de Cuba* (Nueva York, 1853, pág. 30), se habla

Los orígenes del periodismo se remontan al año 1790, en que comenzó á publicarse *El Papel Periódico*, en cuya redacción tomó parte alguna vez el Capitan general D. Luis de las Casas (fundador

vagamente de la introducción de la imprenta en 1698, pero ningún dato confirma esta aserción. Hasta 1792 no se encuentra en Santiago ninguna oficina tipográfica.

El impreso más antiguo que se cita de la Habana es el siguiente, que Beristain describe en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, pero del que no se conoce hoy ejemplar alguno: *Discrtación médica sobre que las carnes de cerdo son saludables en las islas de Barlovento. Por D. Francisco González del Álamo, natural de la ciudad de San Cristóbal de la Habana* (Habana, 1707).

Bachiller y Morales poseía y describe (tomo III, pág. 121) una *Carta de esclavitud á la Virgen Santísima del Rosario*, con fecha de 1720; y un folleto de 1724, donde aparece el nombre del impresor más antiguo de la isla: «*Méritos que ha justificado y probado el Ldo. D. Antonio de Sossa... En la Havana* (sic). *Imprenta de Carlos Habré.* No se conoce ningún otro producto de su tipografía, á excepción de las *Rúbricas generales del Breviario Romano*, traducidas por el bachiller D. Francisco Menéndez Márquez (1727), del cual posee ejemplar el Sr. Medina.

A este primer impresor sucedió D. Francisco José de Paula, que en 1736 publicó una de las primeras tesis de la naciente Universidad. En 1757 aparece un nuevo tipógrafo, Blas de los Olivos, y en 1762 otra imprenta llamada primero *del Cómputo Eclesiástico*, y más adelante *de la Curia Episcopal y Colegio Seminario de San Carlos*. Más importancia que las anteriores tuvo la Imprenta *de la Capitanía General* (denominada también en ciertas épocas Imprenta *del Gobierno)*, que empezó á funcionar en 1781, y á cuyo cargo estuvo la edición de la *Gaceta*. Todavía hay que agregar á estas oficinas la de D. Esteban José Boloña (que se titulaba «impresor de la Real Marina»), inaugurada en 1787, la de Pedro de Palma en 1791 ó poco después, y la de D. Francisco Seguí en 1799.

Fueron, pues, siete, por lo menos, aunque pobres y desmedradas, las imprentas que tuvo Cuba en el siglo XVIII, y cuatro de ellas funcionaban simultáneamente al finalizar aquella centuria. Pero apenas produjeron nada que importe para la historia literaria, y una sola obra de carácter científico, rarísima por cierto, la *Descripción de diferentes piezas de historia natural, las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*, por D. Antonio Parra (La Habana, 1787, en la Imprenta de la Capitanía General. Las láminas fueron grabadas en Cuba por un hijo del autor.)

A los últimos años del siglo pertenecen el *Compendio de memorias históricas*

de la Sociedad Económica), y colaboraron activamente el ya citado presbítero Caballero, el médico propagador de la vacuna D. Tomas Romay y el poeta Zequeira, de quien hemos de hablar inmediatamente. Los versos de *El Papel Periódico* suelen llevar seudónimos como los de *Filesimolpos*, *Ismael Raqueme*, el *Luisiano;* y aunque, por lo general prosaicos y triviales, no dejaban de tener alguna cosa estimable conforme al gusto del siglo XVIII (1), ni des-

*de Cuba*, de D. Ignacio Urrutia, y varios interesantes opúsculos del Dr. Romay y del presbítero Caballero, que anuncian ya el florecimiento intelectual que, bajo los auspicios de la Sociedad Económica, se preparaba.

De Santiago de Cuba se conocen tres pastorales de 1799, 1803 y 1804, un sermón del Dr. D. Félix Veranés y algún otro opúsculo. Se habla vagamente de la existencia de una *Gaceta* en 1796 y acaso antes. En distintas fechas de la primera mitad del siglo XIX, que no es necesario puntualizar, se estableció la imprenta en Puerto Príncipe, Matanzas, Trinidad, Villaclara, Sancti-Spiritus y Cienfuegos, y sucesivamente en todas las demás poblaciones de la isla.

(1) No es desagradable, por ejemplo, el romancillo eptasilábico *El triunfo de la Gloria*, que se publicó anónimo en *El Papel Periódico* del 8 de Abril de 1798, y que en una historia de la poesía americana no debe omitirse, porque tiene el mismo tema que la más bella estancia del *Canto á Junin*, de Olmedo, la que comienza: «Tal el joven Aquiles».

EL TRIUNFO DE LA GLORIA

Alegre en el destierro
De la dichosa Sciro
Vivía el gran Aquiles
Del dulce amor cautivo:
Del amor que empleaba
Sus mañas y artificios
En mantenerle siempre
En sus dorados grillos.
Por eso de Deidamia
Al rostro peregrino
Gada día aumentaba
Nuevas gracias y brillos.
Resonaba el palacio
Con ansias y gemidos,
Con voces y lamentos
De los amantes finos.
Y en las plácidas sombras
De los bosques, que amigos
Se muestran á los robos
De amor correspondido,
Las auras apacibles

merecían mucho de los que se estampaban en los periódicos literarios de México, Lima y Santa Fe de Bogota, como primicias de la cultura americana. Una especie de noble emulación y generoso entusiasmo reinaba entonces entre nuestras colonias, y los progresos

Con su blando silbido;
Los pájaros alegres
Con su canto lascivo;
  Del arroyuelo claro
El agradable ruido
Que forma al despeñarse
Desde los altos riscos;
  La tierra, el firmamento,
Todo en aquel asilo
Del amor inspiraba
El placer fugitivo.
  Allí, casi olvidado
Aquiles de sí mismo,
Vivía disfrazado
En mujeril vestido.
  No las armas y arneses
De Marte enfurecido,
Ni los sangrientos triunfos
Que á los héroes invictos
  Conducen de la fama
Al templo esclarecido:
No eran estos objetos
De su cuidado dignos.
  Pues sólo le ocupaban
Ternuras y suspiros,
Promesas y contiendas
Y desdenes fingidos.
  Mas no sufrió la gloria
Que de Tetis al hijo
El amor subyugase
Con perpetuo dominio.
  Á Aquiles se presenta,
Le muestra el precipicio
En que va á deslizarse
Del amor conducido.
  Conoce en sus consejos
El héroe su delirio:
Confuso, avergonzado,
Rasga su traje indigno *(a)*.
  Pide al punto sus armas,
Ya parte arrepentido,
Mas la bella Deidamia
En tan duro conflicto,
  Pálida, medio viva
Y desmayada, quiso

*(a) Rasga y arroja las indignas tocas*, dice Olmedo.

en la enseñanza y en los métodos eran tan patentes, y tan vivo en las clases acomodadas el anhelo de instruirse, que Humboldt notó con sorpresa el nivel intelectual á que había ascendido la sociedad de México y la de Caracas (1).

Hablarle, mas sus voces
Ahogan los suspiros.
Al héroe y al amante,
De su dueño querido
La aflicción le penetra
Con el dolor más vivo.
Mil palmas y laureles
Le promete el destino,
Mil dichas y deleites
Le promete Cupido.
El amor y la gloria
En el ánimo altivo
De Aquiles se combaten
Con suceso indeciso.
En fin vence la gloria,
Y de su grato asilo
Huye el hijo de Tetis
Triunfando de sí mismo.

(1) Medina fija con precisión la fecha (31 de Octubre de 1790) en que apareció *El Papel Periódico*, del cual no creo que exista colección completa en ninguna parte. La Biblioteca de Ultramar, incorporada hoy á la Nacional, de Madrid, posee números sueltos de 1793, 1794 y 1804. Gracias á mi excelente amigo D. Antonio Graiño, incansable colector de libros y papeles de América, he podido manejar el tomo completo de 1798. En él aparecen los seudónimos poéticos de *El Salvaje*, *Aman Reparazuelmi*, *Ezequiel Armuna*, (Manuel Zequeira), *Morción el zapatero*, *Cratilo*, *Minator Fiesor*, y algún otro. Hay también dos poemas filosóficos de autor anónimo: *La Esperanza* y *La Moderación*, compuestos en alejandrinos pareados, conforme á la detestable escuela de Trigueros en *El Poeta Filósofo*, precursor de los modernistas. Al fin del tomo va encuadernada una *Canción ó idilio á los días de Sr. Conde de Santa Clara*, suscrita por don Félix Caballero y Ontiveros, poeta riojano (de Nájera), que publicó otras composiciones sueltas de índole que pudiéramos decir administrativa ú oficinesca, v. gr.: *Cancion Real á la traslacion de la Real Audiencia de Santo Domingo á la villa de Puerto Príncipe* (Habana, 1800).

Desde 1794 la dirección de *El Papel Periódico* corrió á cargo de la Sociedad Patriótica de la Habana, y los nombres que figuran al frente de cada número son los de los socios que por turno mensual estaban encargados de la dirección.

En 1805 el *Papel Periódico* cambió su título por el de *Aviso*. De esta segunda época se conservan en nuestra Biblioteca de Ultramar algunos núme-

El padre del periodismo en el Virreinato de Nueva Granada fué precisamente un cubano, Manuel del Socorro Rodríguez, antiguo carpintero de Bayamo, literato y artista *autodidacto*, que llegó á ser bibliotecario de Bogotá, y fundó allí, en 1791, *El Papel Periódico* de Santa Fe, en 1806 *El Redactor Americano*, y en distintas fechas otras publicaciones con que contribuyó mucho á la general cultura. Fué también versificador fecundísimo y bastante correcto, aunque extraordinariamente prosaico. Vergara (1) le atribuye más de seiscientas poesías entre impresas y manuscritas. No he visto sus poemas *Las Delicias de España* y *El Triunfo del Patriotismo*; pero, en cambio, poseo, gracias á la buena amistad literaria de don Miguel Antonio Caro, una vasta colección de epigramas inéditos de Rodríguez sobre todo género de asuntos, así literarios como políticos y morales. La mayor parte carecen de gracia, pero todos ellos dan completa idea del género de poesía casera en que principalmente descollaba el honrado y laborioso bayamés.

Esta poesía abundó bastante en Cuba, y según el testimonio de los Sres. Bachiller y Morales y López Prieto, muy conocedores de las antiguallas literarias de la isla, es frecuente encontrar en las colecciones de papeles varios «ridículas letrillas, sátiras más ó menos intencionadas, pésimos sonetos y groseros epigramas»; en suma,

ros de 1806, 1808 y 1809. Desde 1810 se tituló *Diario de la Habana*, y con este nombre se publicaba todavía en 1846.

En 1800 aparecieron otros dos periódicos, interesantes cada uno en su línea: *La Aurora, correo político-económico*, y *El Regañón de la Habana*, periódico de crítica literaria y teatral, escrito con bastante ingenio y suma acritud. Su fundador, y acaso único redactor, fué, según Trelles, D. Buenaventura P. Ferrer. La colección consta de dos tomos. Cesó en 27 de Abril de 1802, despidiéndose su autor para España. Hubo también *El Criticón de la Habana*, *El Filósofo de la Habana*, la *Miscelánea Literaria* y otros papeles anteriores á 1808, todos de corta vida.

En el tomo II de los *Apuntes* de Bachiller y Morales (págs. 113-144) hay un catálogo razonado y cronológico de publicaciones periódicas de Cuba hasta 1840 inclusive. Para completarlo hay que recurrir á las ya citadas bibliografías de Medina y Trelles.

(1) *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, (primera edición) páginas 232 á 238.

todo género de composiciones baladíes, destinadas á dar pábulo á la murmuración y á entretener el ocio de las tertulias en tiempos en que la vida tenía tanto de insípida y monótona. Pero ya en las odas y églogas de *El Papel Periódico*, de la Habana, se ve el intento de dar á la poesía más elevado empleo; y algún infeliz ensayo épico del mismo tiempo, como *Las glorias de la Habana*, del Conde Colombini (entre los arcades de Roma *Aufidio Pileyo)*, también manifiestan (1) noble tendencia á enaltecer los progresos del comercio y de la industria, las tareas de las Sociedades Patrióticas, el desarrollo de la Beneficencia, temas muy del gusto del siglo XVIII, y ciertamente mas humanitarios que poéticos, pero de todas suertes más laudables que la décima chocarrera, ó el vergonzante libelo, ó las mil fruslerías y nonadas en que otros deshonraban míseramente el arte de versificar.

Hasta ahora hemos encontrado versos y no poesía. Los dos primeros poetas de Cuba, rigurosamente hablando, son el coronel don Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel Justo de Rubalcava, cuya aparición puede decirse que coincide con el gran sacudimiento político de 1808, que desde la Metrópoli se propagó tan rápidamente á las colonias, si bien en Cuba no produjese por entonces más efecto que el de avivar y enardecer el entusiasmo patriótico, del cual éstos y otros poetas de menos nombre se hicieron intérpretes, publicando gran número de versos inspirados por los triunfos y reveses de la causa española durante la guerra de la Independencia, á la cual servían también con ardientes papeles en prosa D. José de Arango, el célebre médico Romay y otros escritores políticos.

La obra literaria de Zequeira y Rubalcava en Cuba, fué de algún modo analoga á la del P. Navarrete y sus discípulos en México, si bien en los cubanos se observa en general entonación más robusta y grandilocuente, y mayor tendencia al cultivo de la oda heroica que al de la poesía moral y filosófica. De los dos poetas, Zequeira es el más notable, y á haber nacido en otra época, con más ocasiones de completar su educación literaria y purificar su gusto, se hu-

(1) Este poema, ya muy raro, se imprimió en México en 1798; las notas son interesantes.

biera levantado bastante de la medianía, de que hoy no es posible sacarle, á pesar del número, valentía y entusiasmo bélico de sus cantos. Era, ante todo, ferviente patriota, español hasta los tuétanos, como lo eran aún todos los cubanos en aquella época feliz. Este vigoroso sentimiento de raza es el alma de sus creaciones, ora describa en octavas reales la *Batalla naval de Cortés en la Laguna de México*, ora enaltezca, remedando la pompa de Quintana y de Gallego, el *Dos de Mayo* y el *Primer sitio de Zaragoza*. Falta mucho á estas composiciones para la perfección clásica, pero no le falta á Zequeira el *os magna sonaturum*, y de todos los cubanos anteriores á Heredia es, sin duda, el más poeta. El canto épico, aunque desigual, se recomienda por algunas brillantes descripciones; pero en las odas hay inspiración más sincera, estilo más hecho, y cierta férvida animación en el conjunto. ¡Lástima que estas composiciones, versificadas en general con brío, no estén inmunes del vicio que ya hemos notado en los poetas mexicanos del mismo tiempo!; es á saber: de algunos resabios de pronunciación americana, de donde resultan endecasílabos que positivamente no lo son si se leen como es debido.

En otro género ha sido muy celebrada una oda horaciana de Zequeira, *Á la Piña*. «Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias», dice Luaces, y otro literato cubano llevó la hipérbole hasta compararla con un *poemita griego*. Nosotros la encontramos bastante clásica y más sobria de lo que pudiera esperarse de la habitual manera de su autor, pero no quisiéramos ver en ella ni *la odorífera planta fumigable* (hablando del tabaco), ni *el dulce zumo del sorbete indiano*, ni las delicias *recopiladas* en el néctar de la piña, ni mucho menos el llamarla *obelisco rural*; rasgos prosaicos unos, gongorinos otros, é incompatibles todos con la idea de la pureza clásica (1).

(1) Nació D. Manuel de Zequeira y Arango en la Habana, el 15 de Agosto de 1760, é hizo sus estudios en el Seminario de San Carlos. Desde 1774 se dedicó á la carrera de las armas, sirviendo primero en el regimiento de infantería de Soria. En 1815 era Gobernador militar y político de Santa Marta, y en 1816 Teniente del rey de la plaza de Cartagena de Indias. Cuando su carrera militar se presentaba más brillante, una afección mental vino á herirle en Matanzas en 1821. Arrastró su desdichada vida hasta el 18 de Abril

Rubalcava no tuvo, como Zequeira, la suerte de que sus poesías fuesen coleccionadas por mano inteligente, y han andado dispersas y aun confundidas con las de su amigo (1). Fué inclinado al género

de 1846, en que falleció en la Habana. La primera y la mejor edición de sus *Poesías* es la que hizo imprimir en Nueva York, 1829, el presbítero D. Félix Varela. En la publicada en la Habana, en 1852, por su hijo D. Manuel Zequeira y Caro, se alteraron por motivos políticos algunos versos.

La mayor parte de las composiciones de Zequeira se publicaron primeramente en *El Papel Periódico de la Habana* y en otros periódicos y folletos que pueden verse citados en las bibliografías cubanas.

(1) El siguiente soneto, bastante popular en Cuba, y que no carece de mérito ni en el pensamiento ni en la dicción (salvo los dos intolerables epítetos *rubicundo* y *furibundo*), se atribuye por unos á Zequeira y por otros á Rubalcava *(a)*:

Soñé que la fortuna, en lo eminente
Del más brillante trono, me ofrecía
El imperio del orbe, y que ceñía
Con diadema inmortal mi augusta frente.
Soñé que hasta el Ocaso desde Oriente
Mi formidable nombre discurría,
Y que del Septentrión al Mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente;
De triunfantes despojos revestido
Soñé que de mi carro rubicundo
Tiraba César con Pompeyo uncido:
Despertóme el estruendo furibundo,
Solté la risa, y dije en mi sentido:
«Así pasan las glorias de este mundo.»

Nació D. Manuel Justo de Rubalcava en Santiago de Cuba el 9 de Agosto de 1769, y estudió en el Seminario de San Basilio el Magno, de aquella ciudad. Siguió, como Zequeira, la carrera de las armas, y en 1793 tomó parte en la campaña de Santo Domingo. También residió algún tiempo en Puerto Rico. Murió en su ciudad natal el 4 de Noviembre de 1805. Su poema *La muerte de Judas*, no fué impreso hasta 1830: hay una segunda edición de 1847 con biografía del autor y observaciones críticas, por D. Pedro Santacilia. En 1848 se imprimió por diligencia de D. Luis Alejandro Baralt, en Santiago de Cuba, un cuaderno de 100 páginas, titulado *Poesías de D. Manuel Justo Rubalcava*. Es muy discutible la autenticidad de algunas de estas composiciones.

Cítase como poeta de la misma escuela que Zequeira y Rubalcava, aunque de menos talento, á D. Manuel María Pérez y Ramírez, autor del poema sacro *Emanuel*, de que sólo hemos visto algún fragmento.

*(a)* Para mí la cuestión está resuelta, puesto que en *El Papel Periódico de la Habana*, número de 30 de Diciembre de 17[illegible]8, he encontrado este soneto firmado por *Ezequiel Armuna*, anagrama de Manuel Zequeira.

bucólico, y además de una traducción de las églogas de Virgilio, que (según creemos) se ha perdido, dejó algún idilio original, y varias silvas descriptivas, á la verdad bastante prosaicas. La elegía *á la noche* y el poemita *La muerte de Judas* están mejor escritas, pero tampoco bastan para darle alto puesto en el Parnaso cubano. Su nombre estaría casi olvidado, á no ser por algunos sonetos, entre los cuales me parece ingenioso y galante el intitulado *Á Nise bordando un ramillete.*

Entretanto pululaban los copleros de circunstancias, asiduos cultivadores de la décima, que es el metro popular en Cuba. A la publicidad de sus expansiones vino a abrir camino la libertad de imprenta decretada por las Cortes de Cadiz en 1811. Muchas publicaciones efímeras y baladíes aparecieron entonces: *Cartera de Señoras*, *Correo de las Damas* (1), *Diario Cívico*, *El Esquife*....., creciendo luego su número y también su importancia durante el período constitucional de 1820 á 1823, al cual pertenecen *La Lira de Apolo*, *El Mosquito*, *La Minerva*, *Biblioteca de Damas*, (redactado por Heredia) *El Revisor Político y Literario* (2), *El Hombre*

(1) En la redacción de este periódico tuvo parte principal D. Simón de Bergaño y Villegas, á quien ya hemos encontrado en Guatemala, y que según Trelles era español. En la Habana como en Guatemala, tropezó con la censura eclesiástica. Un artículo suyo titulado *Rasgo filosófico de Dorila*, fué prohibido en una Pastoral del obispo Espada (2 de Septiembre de 1811) en que se califica al autor de «naturalista y libertino». Bergaño intentó vindicarse en un *Manifiesto* impreso el mismo año, al cual respondieron otros papeles. Volvió á Guatemala en 1814 después de haber publicado en la Habana otro periódico, el *Diario Cívico* (1812-1814).

(2) Tengo presente, gracias á la buena amistad del Sr. Graiño, una colección completa de los setenta y un números de este raro y curioso periódico que comenzó en 3 de Marzo de 1823 y terminó en 30 de Agosto del mismo año. Eran sus redactores varios alumnos de la cátedra de Constitución del Colegio de San Carlos, que firman en el núm. 11 un Mensaje á las Cortes. Entre ellos figuran D. Domingo Delmonte, D. José de la Luz, el poeta don Anacleto Bermúdez y otros menos conocidos. Sospecho que son de la pluma de Delmonte algunos artículos críticos. El seudónimo *Doscal*, que se repite con alguna frecuencia en el periódico, corresponde á D. Ignacio Valdés Machuca. Ignoro quién fuese el que se firmaba *Marón Dáurico*, poeta al parecer granadino. En *El Revisor* aparecieron por primera vez varias poesías de

*Libre*, *El Español Libre*, *El Americano Libre*, *El Amigo de la Constitución*, *El Amigo del Pueblo*......, descollando entre todos *El Argos*, dirigido por el poeta colombiano D. José Fernandez Madrid, con quien colaboró el argentino Miralla conocido principalmente por dos buenas traducciones: una de la elegía de Gray, y otra de las *Cartas de Jacopo Ortis*, de Fóscolo, y *El Observador Habanero*, periódico de más graves aspiraciones, en cuya redacción tomaron parte filósofos, economistas, jurisconsultos y naturalistas, como Varela, Escobedo, Gobantes, Poey, etc. (1). La poesía, aunque por lo común débilmente representada, fué cobrando fuerzas a favor del general movimiento de las ideas y del ejemplo de los forasteros Madrid y Miralla, y produjo algunos ensayos clásicos apreciables, como los de D. Prudencio de Echavarría y O'Gavan, conocido principalmente por la *Sátira* que en 1820 publicó *contra el estudio preferente del Derecho romano en nuestras aulas* (2).

De tales poetas á Heredia el tránsito parece difícil, y, sin embargo, cronológicamente aparecen colocados en el mismo plano, sólo que Heredia era gran poeta, y los otros no pasaban de medianos versificadores. Heredia es, hasta la hora presente, el primer lírico

Heredia, entre ellas *El Desamor*, la epístola á Delmonte, y la canción *á los Griegos en 1821*. Se reprodujeron también bastantes composiciones de poetas peninsulares, y con especial frecuencia las de D. Alberto Lista, á cuya escuela literaria parecen afiliados los colaboradores de este papel.

(1) *El Observador* había sido precedido por otro periódico análogo, sin duda el más importante de los que aparecieron en la primera época constitucional, *El Patriota Americano*, redactado por D. José del Castillo y don N. Ruiz (1811-1812). Contiene interesantes datos sobre historia y estadística de la isla.

No son propiamente un periódico, aunque desde 1817 se repartían mensualmente por cuadernos, las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de la Habana*, una de las publicaciones que más influyeron en la cultura de la isla.

(2) La primera edición de esta curiosa *Sátira*, que obtuvo los elogios de Martínez de la Rosa, es de la Habana, 1820 (imp. de Arazoza y Soler), siendo su autor catedrático de Prima de Instituta Concordada en la Real y Pontificia Universidad. Fué reimpresa también en la Habana, en 1826, y en París, 1828, imp. de Julio Didot, con adición de interesantes notas histórico-jurídicas. En 1879 la reprodujo D. Fermín Canella y Secades en la *Revista general de Legislación*. (Madrid).

del Parnaso cubano; á lo sumo la Avellaneda, que más pertenece á la literatura general española que á la particular de la isla, podrá disputarle la preeminencia. La fortuna de los versos de Heredia ha sido, por lo menos, igual á su mérito. Es quiza el poeta americano más conocido en Europa, y el que de la crítica europea ha obtenido más unánimes y calurosos elogios, desde Lista hasta Villemain y Ampère. Son patentes y notorias sus incorrecciones y desigualdades, pero nadie le ha negado genio. La escuela lírica á que perteneció no es la de nuestros tiempos, y, sin embargo, un corto número de versos suyos, sobreviviendo al naufragio de sus restantes producciones, desafían impávidos todos los cambios de gusto y ostentan la misma belleza que el día en que nacieron. Algo de perenne é inmortal debe de haber en ellos.

Con esta admiración, puramente literaria, que es en los españoles tan viva como en los americanos (y no queremos alegar más prueba de ello que el brillante estudio del Sr. Cánovas del Castillo) (1), ha venido á mezclarse desgraciadamente en el ánimo de los hijos de Cuba mal avenidos con la unidad nacional, un elemento político que tuerce y vicia la imparcialidad del juicio estético, y acaba por comprometer la fama del mismo poeta, exaltándole hiperbólicamente en aquello que tiene menos digno de aplauso, si se le compara con otros grandes poetas americanos. El nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallego, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la *estrella solitaria* en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España.

La vida del poeta justifica plenamente tal representación: hijo de un magistrado liberal, aunque fiel servidor de la causa española (2),

(1) *Revista Española de Ambos Mundos*, 1855.

(2) De este juez integérrimo se han publicado modernamente unas interesantísimas *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*, por D. José Francisco Heredia (París, Garnier, 1895) con un prólogo de D. Enrique Piñeyro.

Sobrino carnal de D. José Francisco era el admirable sonetista en lengua francesa D. José María de Heredia, nacido en Santiago de Cuba en 1842. A pesar del parentesco y la homonimia, ninguna semejanza literaria se descu-

sintió desde la niñez el fanatismo de las ideas revolucionarias; á los veinte años conspiraba ya contra la madre patria, en 1823 emigraba a los Estados Unidos, y de allí á México, en 1825, sin que tornara á ver su isla natal, sino por menos de tres meses, en 1836, dos años antes de cerrarse la carrera de su breve y tempestuosa vida. Si su acción política no puede equipararse con la de otros conjurados contra la Metrópoli, porque no tomó parte en ninguna lucha armada, su acción literaria fué más continua, más eficaz que la de otro ninguno, porque á todos superaba en talento. Si el espectáculo de la anarquía de México, donde fué magistrado algunos años, pudo templar en algo la exaltación de sus ideas, ni aun tiempo hubo para que esta nueva disposición de su ánimo se mostrase en sus obras poéticas (1). «El torbellino revolucionario (escribe el mismo Here-

bre entre los dos primos, tan refinado y clásico artífice el segundo como desigual é incorrecto el primero. Pero el genio lírico del Heredia castellano era más espontáneo y corría por un cauce más amplio.

(1) De intento decimos *en sus obras poéticas*, porque de otra clase hay un testimonio auténtico cuya fuerza sólo podría desvirtuarse suponiendo en Heredia una doblez y falsía indigna de su buen nombre é impropia de su carácter franco y arrebatado. Es su carta al general Tacón, gobernador de la isla, en 1.° de Abril de 1836, en la que se leen textualmente estas palabras: «Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos, y que por conseguirla habría sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.» (Publicóse esta carta en *La Integridad Nacional* de La Habana, periódico de 1869, y antes en un folleto anónimo *Alerta á los Cubanos).*

¡Cuán diverso hombre de aquel que en su frenesí revolucionario de 1823 exclamaba:

¡Oh piedad insensata y funesta!
¡Ay de aquel que es humano y conspira!
Largo fruto de sangre y de ira
Cogerá de su mísero error.....
.....................................
De traidores y viles tiranos
Respetamos clementes la vida,
Cuando un poco de sangre vertida
Libertad nos brindaba y honor.....

dia) me ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna he sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y poeta, á los veinti-

En la primera edición, al citar estos versos, inferí de ellos que Heredia «no retrocedía ante la idea del asesinato político». Esta frase, acaso dura, no pareció bien á algunos cubanos, entre ellos al insigne crítico D. Enrique Piñeyro, cuya reciente pérdida deben lamentar todos los amigos de la buena literatura. En un artículo sobremanera cortés, inserto en su libro *Hombres y glorias de América* (París, Garnier, 1903), págs. 297-315, el Sr. Piñeyro no sólo difiere de mi interpretación, sino que parece ver en ella un agravio á la memoria del poeta.

No necesito protestar de la rectitud de mis intenciones. Soy admirador sincero de los versos de Heredia en lo que realmente tienen de admirable. La persona misma del poeta me atrae é interesa. Reconozco su índole noble y generosa, su candor infantil, la simpática vehemencia de sus afectos, el fondo religioso y moral que no perdió nunca, gracias á su educación cristiana y á la austera disciplina de su padre. Le considero incapaz no ya del asesinato político, sino de cualquier acción positivamente criminal. Pero viviendo en el torbellino revolucionario (como él mismo confiesa), ¿tiene algo de particular que, á semejanza de la mayor parte de los liberales de su tiempo en Europa y en América, pagase tributo, que en él fué meramente poético, á la detestable superstición del tiranicidio clásico de colegio y de teatro? El «puñal de Bruto» era uno de los tópicos de la retórica de entonces, aunque pocos estuviesen dispuestos á esgrimirle.

Los versos que cité podrán tener el sentido vago de guerra y venganza que les da el Sr. Piñeyro, pero no están aislados en las obras de Heredia. Una oda *Á los habitantes del Anahuac*, escrita en 1822, contiene otros que son una excitación directa contra el emperador D. Agustín Itúrbide, caricatura bastante vulgar del tipo napoleónico, que no merecía, ciertamente, el nombre de tirano:

¡Oh, mejicanos!
¿Cómo sufrís tan oprobioso yugo?
¿Qué? *¿no respira un Bruto entre vosotros?*
*¿Puñales no tenéis?* ¿O acaso aliento
Á vuestros brazos falta? Mejicanos,
Jurad en los altares de la patria
Ser libres ó morir: las fuertes manos
Contra el tirano vil la espada empuñen.

La materia tiene algo de odiosa, y no quiero insistir en ella. He buscado en los autores que tratan de Cuba alguna noticia precisa y concreta sobre el plan de la conjuración en que Heredia tomó parte, pero mi curiosidad ha quedado frustrada, sin duda por lo insignificante y obscuro de la empresa,

cinco años.» Con recordar que murió á los treinta y cinco, bien puede inferirse que alguna cosa faltó siempre á la disciplina y buen concierto de sus ideas, no menos que á la perfección de su gusto.

Del Heredia poeta revolucionario, queda más la maléfica influencia que la poesía misma, y aun la influencia se ha disminuído mucho después que esos versos no corren manuscritos con el aliciente de la prohibición, sino que se imprimen libremente. Todo americano de gusto, por muy resabiado que esté de los odios fratricidas, cuya semilla esparció Heredia, y cuyos frutos de maldición hemos visto después (1), tiene que confesar que los versos más endebles

que en 1823 no tuvo ni pudo tener eco alguno, porque apenas había en Cuba separatistas, aunque atizasen el fuego algunos agentes de Costa Firme. El señor Piñeyro consigna la tradición de que los versos de *La Estrella de Cuba*, citados por mí, se referían al asalto de un puesto de guardia, mal defendido, en la ciudad de Matanzas, pero no responde de ella.

Por lo demás, creo firmemente que la autoridad militar de la isla trató á Heredia, en 1836, no sólo con arbitraria dureza (si son exactas las humillaciones y vejámenes de que habla Kennedy, que era entonces cónsul de Inglaterra en la Habana), sino de un modo torpe é impolítico. Heredia, amnistiado, restituído al hogar materno, donde acaso hubiera encontrado alivio á sus dolencias de cuerpo y espíritu, nunca habría sido un agitador muy peligroso, y, en cambio, su indulto hubiera sido de grande eficacia, destruyendo todo el efecto de las *poesías patrióticas* de la edición de Toluca, que no estaban entonces tan divulgadas en Cuba como lo estuvieron después, y cuyo influjo póstumo se debió, en gran parte, á la expatriación final del autor y á su muerte en extranjero suelo.

El mismo Sr. Piñeyro reconoce, con loable imparcialidad, que «el ardiente, arrebatado patriotismo de Heredia desfalleció al final de su vida», y que «cuantos lograron hablarle le oyeron francamente expresarse en el mismo sentido que se había dirigido á Tacón en la carta, desengañado, lacerado en lo más íntimo por el desgobierno, el desorden inextricable en que México convulsivamente se agitaba».

(1) Claro está que aquí se alude á los horrores de la guerra civil, cometidos por uno y otro bando, no al hecho de la emancipación de la colonia, que era inevitable quizá, y que no debe ser juzgado en Cuba con criterio distinto que en otras partes. Además en hechos de tal magnitud es muy secundaria la acción de los versos de ningún poeta, aun siendo tan famoso como Heredia. Otros factores más importantes y decisivos influyeron en la lucha y en la catástrofe.

de Heredia son sus versos políticos. No constituyen excepción ni la *Epístola á Emilia* ni el *Himno del Desterrado*, cuyas últimas estrofas han sido una especie de canto de guerra:

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,
Y que el cielo feroz los condena
Á ignominia y eterna opresión;
De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Washington y Bruto y Catón.
¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las olas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña;
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

Sin negar la energía y vehemencia de algunos rasgos, mezclados con otros muy falsos y declamatorios, todavía lo que más agrada en estas composiciones es la parte elegíaca y personal del poeta, la esplendidez de su fantasía descriptiva, la nostalgia incurable del desterrado que lamenta la ausencia del *sol terrible de Cuba*, entre los hielos y las nieblas del Norte:

Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el obscuro mar. Desnudos gimen
Por doquiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en Occidente;

Ni á la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del Mediodía,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Tan sólo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos.....

Si algún género de inspiración hay en las composiciones políticas de Heredia, será, aunque más débil y apagada, aquella íntima y melancólica poesía que delante del Niágara le hacía recordar

Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen.....

y que en el poemita de *Los Placeres de la Melancolía* le dictaba estos versos deliciosos:

¡Oh! no me condenéis á que aquí gima,
Como en huerta de escarchas erizada
Se marchita, entre vidrios encerrada,
La planta estéril de distante clima.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Heredia es, ante todo, poeta de sentimiento melancólico y de exaltación imaginativa, combinada con un modo propio y peculiar suyo de ver y sentir la naturaleza. En este punto no tiene rival en América; pero como cantor de la independencia americana va después de otros, y cuando se lee, por ejemplo, su oda á Bolívar, y se coteja con la de Olmedo, no puede caber duda sobre el diverso temperamento de ambos poetas, nacidos, el uno, para la oda heroica, y el otro, para la elegía (1).

La originalidad de Heredia es indudable, pero no resalta de un

(1) Siento diferir en este punto de persona de tan buen gusto como don Enrique Piñeyro, ofuscado quizá por una pasión política radicalmente contraria á la que supone en mí. Para él Heredia es «el Tirteo cubano, poeta de acción, poeta *civil*, lleno de arranque, de movimiento y de energía». Me acusa también de haber omitido este género de poesías en la *Antología* académica. Claro está el motivo de la omisión. En una crestomatía formada bajo mi única responsabilidad las hubiera puesto, aunque no fuese más que á título

modo vigoroso sino en dos de sus composiciones: *El Niágara* y *El Teocalli de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera; y ¿á quién no asombra, en efecto, aquella elevación gradual y majestuosa con que el poeta se levanta desde la esfera de la contemplación física hasta la intuición del total destino humano y del particular suyo; y cómo, desde la revelación de Dios en las maravillas de la naturaleza, desciende á las agitaciones y flaquezas de la conciencia propia? ¿Cómo no reconocer el arte soberano, la divina condensación lírica con que acierta á congregar, en tan breve espacio, un cuadro descriptivo en que nada falta ni nada sobra de cuanto puede tener expresión y alma en el estupendo fenómeno que se nos pone delante de los ojos; una meditación moral altísima y serena contrastando con la efervescencia de los versos anteriores, que parecen remedar el bullir y el estrépito de la ingente catarata; y una suave y lánguida tristeza que templa la austeridad del conjunto y no permite olvidar al hombre en el pensador y en el poeta? (1). Todo con cierta grandiosa unidad de composición, que contrasta con el desorden habitual en He-

de documentos históricos, pero en una publicación *oficial* de 1892 era por lo menos inoportuno darles cabida.

Por lo demás, las poesías patrióticas de Heredia son muy desiguales. Lo mejor del *Himno del desterrado* y de la *Epístola á Emilia* es lo que va citado en el texto. Añádanse, si se quiere, otros rasgos felices de la misma *Epístola*, v. gr.:

¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan sólo produjese
Hierro y soldados! La codicia ibera
No tentáramos, no. ¡Patria adorada,
De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, á la virtud funesta!

Pero las demás poesías del apéndice de la edición de Toluca añaden poco á la fama de Heredia, y algunas son positivamente indignas de él, como *Las Sombras*, pésima imitación de *El Panteón del Escorial*, en la cual se leen renglones de esta guisa:

*Cualesquier* español es un tirano
Que orgulloso y feroz, sin más derecho
Que nacer en Canarias ó en Europa
Llena de orgullo su indolente pecho,
Y al débil indio con soberbia mano
Maltrata, insulta, oprime.....

(1) Ha de advertirse que son muchas, y en general desacertadas, las correcciones que Heredia introdujo en esta *Silva* al reimprimirla en la edición

redia, pero que se explica por el hecho de que el poeta, siguiendo el procedimiento que tanto recomendaba Quintana, había trazado primero en algunas líneas de prosa, en una carta que más de una vez se ha impreso, el croquis de la oda.

Pero reconociendo todos los méritos de esta soberbia inspiración, de esta «catarata de poesía», mi particular preferencia recae más bien sobre la meditación *En el Teocalli de Cholula*, que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más esmerada en los detalles, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento; verdadera poesía de puesta de sol, á un tiempo melancólica y espléndida (1). Si no supiéramos que esta composición tiene la fecha de Diciembre de 1820, en que el autor visitó por

de Toluca (1832). En la primitiva de Nueva York (1825) no están ni el *vórtice hirviente*, ni la *fuerza elástica* ni otras frases afectadas ó de mal gusto que intercaló después por evitar más ligeros descuidos ó dar más variedad á la dicción poética.

(1) Los versos siguientes bastarían para inmortalizar á Heredia

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él; un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centelleante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y más oscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el Oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil... ¡Oh!, yo os saludo,

primera vez la famosa pirámide azteca, y no la encontrásemos ya inserta en la edición de 1825, nos resistiríamos á creer que fuese obra de un mozo de diez y ocho años, aunque de precocidad inaudita. Nunca mostró tan elevada y recta contemplación del mundo y de la historia, como en esta poesía magistral, donde por otra parte desarrolla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de la descripción *sintética*, así como D. Andrés Bello poseyó, en más alto grado que ningún otro poeta castellano, el de la descripción *analítica*, el de la paciente y minuciosa representación de los de-

Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado,
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder...

Toda la composición está á la misma altura, y llega á lo sublime en rasgos como éste:

Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...

talles (1). Aunque estas dos poesías suyas, especialmente el *Teocalli*, sean de lo más puro y correcto que nos dejó Heredia, y rara vez tropiecen en ellas el gusto ni el oído con disonancias y asperezas, siempre la lengua que habla Heredia parece pobre y tímida comparada con la de Bello, de quien puede decirse que robó á los poetas latinos el arte misterioso de los epítetos animados y de las asociaciones sugestivas, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendiaba bajo el nombre de *curiosa felicidad* de Horacio. Para esto sirvió á Bello su admirable cultura de humanista que Heredia no pudo granjear, ni mucho menos acrisolar, en vida tan corta, errante é infeliz como fué la suya; oponiéndose á ello por otra parte su bravía é impetuosa naturaleza, que no le dejaba reparar mucho en el modo de decir las cosas, con tal que las dijese de un modo enérgico y resonante.

Pero no se ha de creer que Heredia, aunque poeta personalísimo en sus ideas y afectos, y frecuente pecador contra la pureza de la lengua y del gusto, deba ser tenido por poeta romántico. Su puesto está en otra escuela que fué como vago preludio, como aurora tenue del romanticismo. Es cierto que alguna vez imitó á lord Byron, trasladando á nuestra lengua con áspero vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta británico pintó la desaparición de la luz en el mundo; pero lo que más parece haberle complacido en Byron es el tipo del pirata ideal, el alarde de una personalidad indómita y selvática sublevada contra todas las leyes humanas y divinas:

Será mi asilo el mar. Sobre su abismo
De noble orgullo, y de venganza lleno,
Mis velas desplegando al aire vano,
Daré un corsario más al Oceano,
Un peregrino más á su hondo seno.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
De la opresión sangrienta y coronada
Ni temo el odio ni el favor impetro:
Mi rojo pabellón será mi cetro,
Y mi dominio mi cubierta armada (2).

(1) Véase finamente expresada esta diferencia en un artículo de D. Rafael Pombo sobre *Poesía descriptiva americana*. (*Anuario de la Academia Colombiana*. Año de 1874.)

(2) Además de *La Visión*, tradujo Heredia los versos de Byron compues-

Pero fuera de esta semejanza, más bien moral que literaria, y quizás aparente, puesto que el alma tierna y afectuosa de Heredia, víctima sólo de sus quimeras políticas, tenía poco que ver con el feroz egoísmo de Byron (el cual, por otra parte, técnicamente considerado, más pertenece á la escuela clásica de su país que á la romántica), el romanticismo, propiamente dicho, tiene poco que reclamar en los versos de Heredia, cuya verdadera filiación está evidentemente en aquella escuela sentimental, descriptiva y filantrópica que, derivada principalmente de la prosa de J. Jacobo Rousseau, tenía á fines del siglo XVIII insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y entre nosotros uno no indigno de memoria en Cienfuegos, que si hubiera acertado á escribir como acertó á pensar y á sentir, hubiera sido gran poeta. Cienfuegos es el principal responsable de los defectos de Heredia, como ya notó D. Alberto Lista (1), pero también es justo referir á él algunas de sus buenas cualidades. Todos los neologismos, todas las extravagancias de construcción, todas las metáforas incoherentes que se han

tos en el golfo de Ambracia, y aquéllos otros tan célebres escritos en un álbum «As o'er the cold sepulchral stone».

Cual suele en mármol sepulcral escrito
Un nombre detener al pasajero...

El *filohelenismo* de la oda á los griegos en 1821, parece también de inspiración byroniana. Cuando murió el gran poeta inglés, Heredia le dedicó este epitafio:

Con dulce llanto bañarán gimiendo
El yerto corazón de Childe-Hárold
Las vírgenes de Grecia. Su cadáver
Descansará en su patria, circundado
Por los huesos de sabios y de fuertes.
Del tiempo al curso volará ligado
Su canto vencedor, mientras la fama
Contará su ardimiento generoso
En socorrer el suelo más hermoso
Que alumbra el sol; y la piedad augusta
Cubrirá lo demás con velo eterno.

(1) Véase su famosa carta de 1.º de Enero de 1828 á D. Domingo del Monte, reproducida en algunas ediciones de las poesías de Heredia y en varios estudios sobre este poeta.

notado en Heredia, están puntualmente en Cienfuegos (1); pero está también su robusta entonación, su habilidad en el uso de los cortes rítmicos y de las pausas; y en otro orden de cosas que no toca á la pura técnica, su vaga sensibilidad y su melancolía, aunque Heredia sea siempre más ardiente y viril y Cienfuegos mas enfermizo y nebuloso. *El Desamor*, por ejemplo, es una mezcla de Chateaubriand (2) y de Cienfuegos, muy digna de estudio. ¿Qué más?

(1) Sobre todo en las poesías amatorias, que suelen ser algo ridículas:

¡Engañosa esperanza! *Desquerido*,
Gimo triste, anhelante,
Y, abrasado en amor, no tengo amante.

*(El desamor.)*

¿No habrá un pecho clemente
Que simpatice en su cariño ardiente
Con este joven triste y *desquerido*?

*(Á Rita L.....)*

En la primera edición este verso decía con efecto todavía más cómico:

Con este *Heredia* triste y *desquerido*.

(2) Encuentro un eco de *René* en estos versos:

. . . . . . . . . . . ¡Oh, si encontrara
Una mujer sensible que me amara,
Cuánto la amase yo!.....
. . . . . . . . . . . . Cuando mi techo
Estremeciese la nocturna lluvia
Con sus torrentes férvidos y el rayo
Estallara feroz, ¡con qué delirio
Yo la estrechara á mi agitado pecho
Entre la convulsión de la natura,
Y con ella partiera
Mi exaltado placer y mi locura!

Heredia había leído mucho á Chateaubriand, y le imita más de una vez, aun sin contar con cierta cantata de *Atala*, que es buena para olvidada. En el poemita de *Los Placeres de la Melancolía* hay un proyecto de viajes, que son los mismos del célebre autor francés:

Sediento de saber infatigable,
Del Tíber, del Jordán y del Eurotas
Las aguas beberé, y en sus orillas
Asentado en escombros solitarios
De quebrantadas míseras naciones
Me daré á meditar: altas lecciones,
Altos ejemplos sacará mi mente
De su desolación.....

Hasta en *El Niágara* le persigue la memoria de su autor predilecto, en cuya lectura estaba tan empapado, que le acontecía imitarle sin quererlo. Cienfuegos había dicho en su poema *La Primavera* (que tiene grandes bellezas descriptivas, ahogadas por insufribles rasgos de sentimentalismo):

¿Y por siempre sin fin estéril llama
En mi pecho arderá? ¿Nunca una amante
Dará empleo feliz á la ternura
De un triste corazón á quien inflama
Todo el dios del amor; que ni un instante
Vivirá sin amar? ¿Do está, oh natura,
Tu ley primaveral? En vano, en vano
De un nuevo Abril renacerá florido,
De un amor y otro amor. . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . Yo no culpable,
Yo solo en juventud ¡ay me! perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . ¡Yo *desquerido*,
Sin hijos, sin esposa:
Nunca será mi primavera hermosa!

Y dice Heredia:

. . . . . . . . . . . . . . . . . . ¡Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor..... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz?
. . . . . . . . . . . . . . . . . ¡Ay! desterrado
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

El modelo no puede ser más evidente; pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa, que aun viéndose en él rastros del estilo de Cienfuegos; de la última manera de Meléndez (verbigracia, en la elegía *¡Adiós, amada, adiós! llegó el momento.....*, que recuerda en seguida el *Adiós, voy á partir, bárbara amiga.....*); del estro patrió-

tico de Quintana (verbigracia, en la oda *España Libre*, y generalmente en todas las políticas) (1); y aun de la mansa dulcedumbre de Lista (por ejemplo, en la oda *A la Religión*, dictada por el mismo género de cristianismo sentimental y teo-filantrópico que inspiró los elegantes versos *A la Beneficencia* y *El Triunfo de la Tolerancia);* y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa y aun de la inglesa é italiana, de Millevoye, de Arnault, de Légouvé, de Delavigne, de Lamartine, de Young, de Campbell, del falso Ossian, de Pindemonte, de Fóscolo..... algunas veces sin declararlo (2), todavía queda en él un sello de independencia y de vida

(1) Ya hemos hecho mérito de *Las Sombras*, que es un remedo de *El Panteón del Escorial.* En la oda *España Libre* exclama:

. . . . . . . . . . . . ¡Quién me diera
Del cantor de Guzmán y de Padilla
El acento inmortal!.....

También es visible la influencia de D. Juan Nicasio Gallego. La oda *á Bolívar* empieza con estos versos:

¡Libertador! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni á los tiranos,
Escucha su himno de loor que inspira
Ferviente admiración.....

Son casi puntualmente los mismos que en la elegía *El Dos de Mayo* había aplicado el poeta zamorano á Daoiz y Velarde:

Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
El himno oid que á vuestro nombre entona.

Las reminiscencias verbales de sus lecturas abundan en Heredia, como en todo poeta joven.

(2) En las últimas ediciones de Heredia, se indican con bastante precisión estas imitaciones y traducciones, entre las cuales figuran poesías tan célebres como *La caída de las hojas*, de Millevoye; *La hoja*, de Arnault (con el título de *Melancolía);* el *Canto del cosaco*, de Béranger; algunos fragmentos de Ossian, entre ellos el *Himno al sol,* que ya estaba bien traducido por el abate Marchena, y que tan bellamente imitó Espronceda; la última *Messeniana*, de Delavigne. Éste y Lamartine (en las primeras *Meditaciones)* son los últimos poetas franceses que parece haber estudiado Heredia. No da

poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, vehementísimo y sensual (cien veces reflejado en sus poesías); y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á introducirlas en la prosa (1).

indicios de conocer á Víctor Hugo, aunque pudo alcanzar sus cuatro primeras colecciones.

Los versos de origen inglés son algunos más de los que en las ediciones se designan como tales. Todavía figuran entre las piezas originales de Heredia *El Arco Iris*, que es traducción de Campbell, y el poema *La Inmortalidad*, que está sacado casi enteramente de la séptima *Noche*, de Young, como hizo notar Kennedy.

(1) Es notable la semejanza de la descripción del Niágara en la silva de Heredia con la que hay en el epílogo de *Atala*. Para evitar toda sombra de parcialidad, copiaré la traducción más divulgada entre nosotros:

«Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mugidos: está formada por el río Niágara, que sale del lago Erié y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Como desde el lago Erié hasta el salto corre el Niágara por una rápida pendiente, en el momento de la caída es menos un río que un mar, *cuyos atronadores torrentes se empujan y chocan á la entreabierta boca de un abismo.* La catarata se divide en dos brazos y se encorva á manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla que, socavada por sus cimientos, parece suspendida, con todos sus árboles, sobre el caos de las ondas. La masa de río que se precipita hacia el Mediodía, *se redondea á manera de un inmenso cilindro, y, desplegándose luego como una cortina de nieve*, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hacia Oriente baja, en medio de una sombra espantosa, *á semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos iris se encorvan y cruzan sobre el abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual remolinos de humo de un vasto incendio.* Los pinos, los nogales silvestres y las rocas cortadas á manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente..... Las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, y los *carcajús* se suspenden por sus flexibles colas de la extremidad de una rama, para coger en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos.» (Traducción de D. Manuel M. Flamant. Madrid, Gaspar y Roig, 1854).

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,

¡Mentira parece que de la misma fragua de donde salieron *El Teocali* y *El Niágara*, saliesen tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la colección de Heredia, demasiado volumino-

Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
*Mil olas,*
*Cual pensamiento rápido pasando,*
*Chocan y se enfurecen,*
*Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,*
*Y entre espuma y fragor desaparecen.*
Ved: ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados,
*Crúzanse en él mil iris, y, asordados,*
*Vuelven los bosques el fragor tremendo.*
En las rígidas peñas
Rómpese el agua, vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
*Luminosa pirámide levanta,*
Y, por sobre los montes que le cercan,
Al solitario cazador espanta.....

Pero establecido el parentesco de ambas descripciones, surge una cuestión singular. El eruditísimo José Bédier ha probado en una discusión sagaz é irrefutable, á la cual me remito (*Études Critiques*, París, 1903, págs. 127-294 *Chateaubriand en Amérique, Vérité et fiction*), que el *Viaje á América* de Chateaubriand, del cual fueron saliendo sucesivamente *Atala*, *René*, *Los Natchez* y varios capítulos de *El Genio del Cristianismo*, sin contar otros de las *Memorias de Ultratumba*, es una composición en gran parte ficticia, una verdadera falsificación literaria, hecha con trozos de viajes anteriores, copiados muchas veces á la letra. En su implacable análisis, Bédier demuestra que el itinerario de Chateaubriand es absolutamente imposible por todo género de razones geográficas y cronológicas, que el grande escritor no navegó nunca por el Missisipi, ni se internó en el desierto, ni visitó la región de los lagos, ni la Luisiana ni la Florida, ni conoció nunca á los salvajes que describe, más que en relaciones de otros autores, agrandadas por su portentosa imaginación. Su viaje á los Estados Unidos, que no pasó de cinco meses, se limitó, según parece, á Baltimore, Filadelfia, Nueva York, Boston y otras ciudades muy civilizadas. Hasta el relato de su entrevista con Washington resulta imaginario. La excursión al Niágara no puede ser comprobada, pero desde luego la hacen sospechosa los detalles de haberse roto un brazo por querer descender al borde del abismo, y haberse estado curando doce días entre los indios.

Chateaubriand, escritor de opulenta retórica y riquísimo estilo, del cual

sa para su buen nombre! Los versos eróticos, sobre todo, deben desecharse á carga cerrada ó poco menos. Son ardientes y sinceros en su sensualidad; no son versos de pura imitación; expresan á veces la embriaguez del deleite, pero no la expresan poéticamente. De ellos ha dicho el Sr. Cánovas: «Son cartas de amor que ganarían mucho con estar en prosa.» Y yo añado, aunque parezca paradoja, que quiza Heredia amó demasiado para ser buen poeta amatorio. De tal modo le domina el tumulto de los sentidos, que apenas

se ha dicho con justicia que «renovó para un siglo la imaginación francesa», era un personaje artificial, petulante y vano, que gustaba de construir su vida á espaldas de la verdad, y no tenía reparo en atribuirse aventuras y viajes fantásticos, en todo lo cual llegaba á creer por una especie de autosugestión. Acaso visitó el Niágara; pero, como dice Sainte-Beuve con su habitual maestria, no aspiró á la exactitud pintoresca y real, sino que después de una impresión general y rápida, compuso arbitrariamente sus recuerdos, combinando las ricas imágenes reflejadas menos en su memoria que en su fantasia. (*Chateaubriand et son groupe littéraire*, tomo 1, pág. 207).

Heredia, que al revés de Chateaubriand, era la sinceridad misma, como lo han sido en general, dicho sea en honra suya, todos los grandes poetas y artistas españoles, vió la catarata con sus propios ojos y no con los ajenos, y la sintió con emoción lírica, profunda, religiosa, que llega al alma más que toda la pompa descriptiva de Chateaubriand; pero fascinado por el recuerdo de la última página de *Atala*, pidió colores á la paleta de su predecesor, mucho más rica y varia que la suya.

Aparte de esto, que sólo hemos apuntado como curiosidad de historia literaria, los mejores versos de *El Niágara* nada deben á Chateaubriand ni á nadie. Son metal de pura ley castellana, acuñado en el troquel de Heredia:

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Nada, ¡oh Niágara!, falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín; á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

deja espacio libre para la aparición, siempre lenta y laboriosa, de la forma artística que, cuando el espíritu no la emancipa, permanece como soterrada y envuelta en el momento erótico, el cual por sí solo no tiene valor ni eficacia poética alguna, como no sea para el propio individuo.

En cambio, Heredia aparece gran poeta siempre que describe, y esto aun en composiciones que por lo demás no merecen grande alabanza. Algunos hermosos fragmentos, como *La Tempestad*, *La Muerte del Toro*, etc., el *Himno al Sol, escrito en el mar*, los versos *al cometa de 1825*, la oda *al Océano* (1), que es una de sus últimas poesías (1836), forman digno cortejo á sus dos obras maestras; y las traducciones son, en general, recomendables, salvo alguna, como *La Novia de Corinto*, de Goethe, en que no pudo consultar directamente el original ni apropiarse su recóndita belleza (2).

(1) Esta oda fué el último destello de la inspiración de Heredia, harto apagada en sus composiciones mexicanas. El conjunto es desigual y no sostiene la comparación con la oda de Quintana al mismo argumento, pero tenía Heredia la ventaja de haber navegado, y Quintana sólo había visto el mar desde la playa de Cádiz. Hay en la silva de Heredia no sólo felices versos descriptivos, que recuerdan los del *Niágara*, v. gr.:

Salta la nave, como débil pluma,
Ante el fiero aquilón que la arrebata,
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.....

sino altos y originales pensamientos, nacidos de la intimidad con la Naturaleza:

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime;
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas á tu voz; la brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.....

(2) Nació D. José María de Heredia en Santiago de Cuba, de padres dominicanos, en 31 de Diciembre de 1803; hizo sus estudios de Humanidades y Derecho en Santo Domingo y en la Habana, demostrando extraordinaria

En cambio, con la poesía inglesa cobró bastante familiaridad en sus últimos años, y no puede negarse que esto contribuyese á extender el campo de sus ideas, si bien no modificó esencialmente su

precocidad intelectual: dicen que componía versos á los diez años. En 1820 se graduó de Bachiller en leyes, y comenzó á ejercer en Matanzas la profesión de abogado. Por haber tomado parte en una conspiración separatista, fué condenado á destierro perpetuo de la isla en 1823. Residió tres años en los Estados Unidos, y de allí pasó á México, donde ocupó sucesivamente los cargos de Oficial de la Secretaría de Estado, Juez de primera instancia, Fiscal de la Audiencia, y, finalmente, Magistrado. En 1836 el Capitán general D. Miguel Tacón le permitió volver por algunos meses á Cuba, donde continuaba residiendo su familia. De vuelta á México, se encargó de la dirección de la *Gaceta Oficial* de la República; pero su salud estaba tan quebrantada, que hubo de retirarse al poco tiempo á Toluca, donde falleció en 21 de Mayo de 1839. Su muerte fué ejemplar y digna de un varón piadoso, y sus últimos versos atestiguan la sinceridad y firmeza de su fe católica, que no le había desamparado ni aun en medio del torbellino revolucionario. En la última carta á su madre (2 de Mayo de 1839) decía: «Porque sé que le será de mucho consuelo, si no volvemos á vernos, diré á usted que me he preparado á lo que el Señor disponga, con una confesión general, y que he de vivir y morir en el seno de la Iglesia».

Hay diez ó doce ediciones de las poesías de Heredia, publicadas unas en América y otras en Europa *(a)*. La de Nueva York, 1825, (imprenta de Gray y Bunee), y la de Toluca, 1832, son las únicas que el autor dirigió por sí mismo, debiendo advertirse que la mayor parte de los pocos ejemplares de la segunda que pueden encontrarse en Cuba y en España, están mutilados, faltándoles las composiciones revolucionarias, que Heredia incluyó sólo en los ejemplares destinados á las repúblicas americanas. De las posteriores, la más completa y esmerada es la de Nueva York, 1875, publicada por D. Néstor Ponce de León, con una biografía de Heredia escrita por D. Antonio Bachiller y Morales, trabajo apreciable, pero que tenemos por muy incompleto.

*(a)* Poco antes de su forzada emigración á los Estados Unidos, tenía Heredia prepaparada, y probablemente impresa en parte, una edición de sus versos, de la cual no se conoce ningún pliego. Acaso la familia del poeta los destruiría por evitar complicaciones políticas. Pero la obra llegó á anunciarse en el núm. 13 de *El Revisor Político y Literario* (31 de Marzo de 1823), en estos términos:

«Poesías de D. J. M. Heredia. Un tomo en octavo de doscientas páginas, poco más ó menos. Se subscribe por doce reales en Matanzas, en la imprenta de la Constitución, puente de Yumuri, y en la Habana, en esta imprenta y en la botica de D. Pedro Sanfeliú.» Á este anuncio acompañaba un prospecto muy encomiástico, en que se trata con sumo desdén á los poetas cubanos anteriores á Heredia, lo cual dió ocasión, en números sucesivos del periódico, á las protestas rimadas de *Dorilo, Desval* y otros versificadores.

gusto, ni apartó su estilo de la tradición de Cienfuegos y Quintana, que ya en su tiempo habían sido asiduos lectores de Young y de Thompson.

Merece estimación también la de París, 1893, publicada por la casa de Garnier, con un prólogo del malogrado escritor canario D. Elías Zerolo. Españolas no conozco más que una, la de Barcelona, Piferrer, 1840, que parece hecha por una copia manuscrita é incompleta de la de Toluca; pero contiene una poesía, *Al retrato de mi madre*, no incluída en las anteriores. La verdadera biografía de Heredia está aún por hacer, y sólo puede escribirse en América, donde existen sus publicaciones en prosa, que apenas son conocidas aquí, y gran número de cartas suyas que deben de tener grande interés á juzgar por las muestras que hemos visto. Sería de desear que este trabajo se hiciese con la mayor imparcialidad posible, y que acompañase á una edición crítica de sus obras, que todavía no tenemos, pues ni si quiera se han recogido las variantes de las poesías impresas en los periódicos antes de 1825, ni de las ediciones de Nueva York y Toluca. El malogrado poeta Zenea había comenzado este trabajo, según nos informa su biógrafo Piñeyro.

El primer tomo de la edición de Ponce contiene los versos líricos, y el segundo tres tragedias traducidas ó imitadas del francés, el *Abufar*, de Ducis (hay otra versión mejor de D. Dionisio Solís con el título de *Zeidar ó la familia árabe*), el *Tiberio*, de José María Chénier, y el *Sila*, que es de Jouy, aunque no se expresa. Todas ellas fueron representadas en México: el *Tiberio* lleva una dedicatoria a Fernando VII, llena de feroces insultos. De otra tragedia, al parecer original, *Los últimos romanos*, no conocemos más que el título. Consta además que Heredia tradujo *Mahoma ó el Fanatismo*, de Voltaire, *Cayo Graco*, de Chénier, y *Saúl*, de Alfieri, esta última con esenciales alteraciones, é introduciendo escenas nuevas como la consulta á la Pitonisa de Endor. A estas obras dramáticas, hay que agregar otras de su primera juventud: *Eduardo IV ó el usurpador clemente*, pieza en un acto y en prosa, representada en Matanzas en Febrero de 1819, *El campesino espantado* (sainete), *Atreo*, tragedia en cinco actos, imitada del poeta francés Crébillon (1822). En 1831 publicó en Toluca cuatro tomitos de *Lecciones de Historia Universal*, sobre el modelo de las que había compuesto en inglés el profesor Tytler. En varias fiestas y aniversarios patrióticos de México pronunció algunos discursos que se imprimieron sueltos. Son muchos los periódicos que redactó ó en que colaboró: la *Biblioteca de Damas*, *El Iris*, *La Miscelánea*, *El Indicador de la Federación Mexicana*.....

Entre los críticos extranjeros que han hecho justicia al mérito poético de Heredia, hay que citar al insigne Villemain (*Essais sur le génie de Pindare et sur la poésie lyrique*....., 1859, páginas 580-586), y al inglés J. Kennedy en su libro muy curioso y no bastante conocido entre nosotros, *Modern Poets*

La superioridad de Heredia sobre el resto de los poetas cubanos de la escuela clásica es tan abrumadora, que ha perjudicado sin duda á la modesta fama que merecen algunos contemporáneos suyos, especialmente el pulcro y elegante *Delio* (D. Francisco Iturrondo), que quiso remedar las silvas americanas de Bello en una que llamó *Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana*, la cual, naturalmente, pierde mucho cotejada con su modelo insuperable (1);

*and Poetry of Spain*..... (London, 1852), páginas 265 á 290. Kennedy puso en inglés algunas poesías de Heredia, y antes se había hecho en los Estados Unidos una traducción de *El Niágara*, que Kennedy califica de excelente. Á la diligencia de este erudito inglés se debe el haber notado los originales de varias composiciones traducidas ó imitadas, cuyo origen no se expresaba en la edición de Toluca. Y dice con mucha razón: «*It is much to be regretted that Heredia did not distinguish his original compositions in all cases from imitations, as there is no statement with regard to this one, of its having taken from another author..... The interest of literature require that such acknowledgements should be uniformly made, that we should know gold from imitations, and give every one his right and place.*»

Creo, sin embargo, que esta omisión, lo mismo en Heredia que en Pesado y otros de aquel tiempo, nacía de abandono más bien que de mala conciencia literaria. El mismo Kennedy lo reconoce: «*Heredia's original poems, many of them written to, or respecting his near relatives or other friends, betoken so much true poetic feeling, as well as flow of poetical ideas, that we cannot suppose the neglect of wich we have complained to have been more than an oversight. He might even in some cases have lost remembrance of his obligations, and repeated from memory when he thought he was writing from inspiration..... He had, however, in early life so many privations to endure, that we may not be surprised at his inexactness in minor matters.*»

En el tomo 6.° de la *Revista de Cuba* (1880) hay un interesante estudio sobre Heredia, por D. Pedro Guiteras. Véase también la elegante semblanza de Piñeyro en el *Bulletin Hispanique*, 1907, págs. 186-209. No conozco la *Biblioteca Herediana* de Escoto, publicada en la Revista *Cuba y América*, (1904).

(1) —*Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana: por Delio, cantor de las ruinas del Alhambra*, Habana, 1831, un cuadernito en papel rosado.

—*Ocios poéticos de Delio*. Matanzas, por D. Tiburcio Campe, imprenta del Gobierno, 1835. Esta coleccioncita encierra, además de los versos originales de Iturrondo, algunas traducciones, especialmente de Ossián (el poema *La guerra de Inis-Thora* y fragmentos de los *Cantos de Selma*).

Iturrondo, de quien no me faltará ocasión de hablar en otra parte, valía más que otros poetas de su tiempo que lograron fama en la Península y en

y el consumado humanista y bibliógrafo D. Domingo del Monte, amigo de Gallego, de Lista y de Gallardo, y Mecenas generoso de toda la juventud literaria de la isla. Pero según el criterio estricto de la patria geográfica que adoptamos en esta obra, no pueden figurar en la serie de los poetas cubanos ni Iturrondo ni Del Monte, puesto que el primero había nacido en Cádiz, si bien residió en América desde los seis años, y el segundo era venezolano, de Maracaibo, aunque apenas hubo entre los nacidos en la grande Antilla quien tanto se afanase por su progreso y cultura, así económica como intelectual. Era Del Monte hombre muy juicioso, de vasta lección y gusto acendrado, gran celador de la pureza de la lengua castellana y de la conservación de sus antiguos tesoros, é hizo en Cuba tan buen servicio como el Conde de la Cortina en México, oponiéndose á la irrupción de los barbarismos locales y recomendando el estudio de los clásicos castellanos, de cuyas obras llegó á reunir copiosa biblioteca (1). Por los años de 1830 á 1840, su casa de Matanzas era una especie de tertulia literaria, ó más bien de academia, por donde pasaron todos los hombres eminentes de Cuba y en donde algunos puede decirse que se educaron (2). No sabemos si las ideas

América. Por no haber sido enteramente español ni cubano, yace en injusto olvido. Nació en 1800 y murió en 1858. Además de sus poesías líricas, publicó una traducción en verso del drama de Casimiro Delavigne, *El Paria* (Nueva Orleans, 1847). Hay otra versión anterior del mismo drama por D. José García de Villalta.

(1) Del Monte estaba designado para ser el secretario de aquella Academia de Literatura que estuvo á punto de establecerse en la Habana en 1834, y cuyos estatutos llegaron á aprobarse en Madrid, pero el general Tacón impidió su cumplimiento. Véanse los pormenores de este negocio en el tercer tomo de la *Colección de Papeles*, de Saco.

(2) Del Monte firmaba sus poesías con el seudónimo del *Bachiller Toribio Sánchez de Almodóvar*, como puede verse en el lindo tomito de *Rimas Americanas* publicado en la Habana, 1833, por D. Ignacio Herrera Dávila (hay ejemplares en papel rosado). Este artístico ramillete, formado quizá por el mismo Del Monte, contiene también versos de D. José Policarpo Valdés, del colombiano D. Félix Tanco y Bosmeniel (nacido en Santa Fé de Bogotá en Noviembre de 1797, y educado en la Habana), y de Ventura de la Vega, á quien por razón de nacimiento se considera como argentino. Por cierto que la mayor parte de las composiciones suyas, insertas en estas *Rimas*, no figu-

políticas de D. Domingo diferían mucho de las que entonces desgraciadamente comenzaban á dominar en el ánimo de la mayor parte de los cubanos literatos: su intimidad con Heredia y Luz Ca-

ran en la colección de sus obras, y las pocas que se hallan, tienen variantes muy dignas de estudio.

Fué Del Monte principal redactor de *La Moda ó recreo semanal del bello sexo* (1829-1831), pero es mucho más importante su colaboración con D. José de la Luz Caballero, D. José Antonio Saco y otros doctos varones, en la *Revista Bimestre de la isla de Cuba* (1831-1834), que es, por unánime parecer, la más importante que ha aparecido en la Habana. Ya en su tiempo la calificaba D. Manuel José Quintana de «el mejor papel de la monarquía».

La colección de esta *Revista* consta de tres tomos. Desgraciadamente nuestra Biblioteca Nacional no posee más que los números 4, 5 y 6, correspondientes al tomo 2.° y el 7 que pertenece ya al 3.°

Hay en esta parte, única que conozco, extensos y notables artículos de crítica literaria, que prueban la mano experta y segura de un verdadero humanista. Tales son los que versan sobre la *Iliada*, traducida por Hermosilla (considerada bajo el solo aspecto de la dicción y versificación castellana); sobre la novela histórica (examinando tres obras, *Ramiro conde de Lucena*, por D. Rafael Húmara, *El Caballero del Cisne*, por López Soler, y *Gómez Arias*, escrita en inglés por el santanderino D. Telesforo Trueba y Cosío); sobre poesía portuguesa (notable reseña del *Parnaso Lusitano*, compilado por Almeida Garrett, con traducción en verso castellano de varios fragmentos), sobre la *Gramática* de D. Vicente Salvá, etc. Todos estos artículos parecen de una misma pluma, que debe de ser la de D. Domingo del Monte, porque el estilo en nada se asemeja al de los otros dos principales colaboradores de la *Revista*, que por otra parte se dedicaban, Luz á materias filosóficas y pedagógicas y Saco á las cuestiones económicas.

D. José Antonio Saco, uno de los hombres de más talento y, sin duda, el más vigoroso prosista que ha nacido en la isla, recogió sus principales artículos en la interesante *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos* (París, 1858-1859). Su última obra, y la que hará inmortal su nombre, aunque no llegó á terminarla, es la *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. Falleció este eminente publicista en Barcelona, el 26 de Septiembre de 1879.

Cuba independiente no ha pagado todavía las deudas de gratitud que tiene con sus grandes hombres. No hay edición completa y uniforme de las obras de Saco; no la hay de Heredia, á lo menos con las condiciones que la crítica moderna exige: quedó interrumpida antes de mediar el segundo tomo

ballero y la especie de destierro en que vivió en Madrid desde 1844 hasta su muerte, acaecida en 1853, inducen á creer que no; pero lo cierto es que no se le puede acusar de ningún pecado contra el patriotismo literario. Sus agradables romances sobre costumbres del campo de Cuba son de la mejor escuela peninsular, y así en ellos, como en sus sátiras y epístolas, y en las traducciones que hizo de algunas elegías italianas de Monti, campea la dicción más tersa y castiza. Su predilecto entre los poetas españoles modernos era D. Juan Nicasio Gallego, y á la diligencia de D. Domingo del Monte se debió la primera, aunque muy incompleta, edición de los *Versos* del cantor del *Dos de Mayo*, publicada en Filadelfia en 1829, y que es ya peregrina entre los bibliófilos.

Con Del Monte contribuyeron á difundir sanos principios literarios varios humanistas y poetas de mediano mérito, entre los cuales recordamos á D. Ignacio Valdés Machuca *(Desval)*, imitador de Meléndez Valdés y de Arriaza, en un tomo de poesías ligeras que tituló *Ocios poéticos* (1819), y traductor ó más bien refundidor de las *Cantatas* de Juan Jacobo Rousseau (1829); al profesor de Filosofía D. Manuel González del Valle, que publicó en 1827 un *Diccionario de las Musas, donde se explica lo más importante de la poética teórica y práctica.....*; al célebre abogado D. Anacleto Bermúdez *(Fileno)*; á D. José Policarpo Valdés *(Polidoro)*, y á otros varios que, sin ser poetas de profesión, hicieron alguna vez elegantes versos, con la facilidad que para hacerlos suele tener toda persona culta en los países de lengua española, y especialmente en América. Algunos de estos ingenios, y otros ya citados, como Iturrondo *(Delio)*, tomaron parte en la *Corona Fúnebre* á la memoria del ilustre Obispo de la Habana, Espada y Landa (1834), y en la *Aureola poética* que aquel mismo año dedicaron las *Musas de Almendares* á

la no muy esmerada de los escritos de D. José de la Luz; la mayor parte de las libros de D. Félix Varela han entrado en la categoría de rarezas bibliográficas. No es maravilla, por consiguiente, que nadie haya pensado en coleccionar las dispersas producciones de D. Domingo del Monte, ni su epistolario, que, según noticias, es riquísimo. Sabemos que el difunto Dr. D. Vidal Morales y Morales había emprendido un trabajo sobre *Del Monte y sus amigos*, pero ignoramos si llegó á terminarle.

Martínez de la Rosa con motivo de la promulgación del Estatuto Real (1). De éstos y otros muchos versificadores, que considerados como tales no tienen importancia, aunque á veces la tengan muy grande en otros estudios, como el eminente naturalista D. Felipe Poey y el bibliógrafo y anticuario Bachiller y Morales, pueden verse noticias y muestras en el *Parnaso Cubano* y en otras antologías.

El clasicismo de D. Domingo del Monte era amplio y tolerante como el de Lista; así es que él alentó los primeros ensayos románticos en Cuba, y bajo su protección comenzó á desarrollarse el talento poético del principal representante de la escuela, José Jacinto Milanés. Este simpático é infeliz poeta, que empezó tan bien y acabó tan desastrosamente, entorpecida su razón por las nieblas de la locura, y mucho antes por las del mal gusto, tuvo en su corta vida literaria dos períodos, que conviene distinguir para que sea recto el juicio que sobre sus versos recaiga. Hay un Milanés de los primeros tiempos, nutrido con el estudio de Lope de Vega, y como él espontáneo, tierno, flúido y sencillo, el Milanés de *La madrugada* y de *La fuga de la tórtola*, aquel de quien decía Zenea: «Sus versos se deslizan como el agua que apenas hace ruido; son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas, y que caen sobre un plato de oro.» Este dulce Milanés, poeta de sentimiento candoroso y casi infantil, es el único que para la posteridad importa: tiene su fisonomía propia, que es la *ingenuidad* lírica; su peculiar modo de sentir la naturaleza:

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar en el río,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse;
Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.....

(1) Véase en el tomo 2.° de los *Apuntes* de Bachiller (págs. 79-102) una candorosa descripción de la fiesta campestre que con este motivo celebraron los poetas cubanos. Todos los versos allí leídos é improvisados rebosan el más leal españolismo.

Tiene también su peculiar esfera de sentimiento; y la vaga melancolía romántica, al pasar por sus labios, toma un no sé qué de lánguido y femenino, que agrada por el contraste con la intemperancia frenética que en su tiempo dominaba:

«Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas,
Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse,
Me paro, y con ansiedad,
Recuerdo que á nadie adoro,
Miro tanto enlace y lloro
Mi continua soledad.»

A este suave poeta, que, con parecer tan inocente y aniñado, no dejaba de encerrar, en el sencillo cuadro de un idilio, toda una síntesis del amor y de la naturaleza, sucedió otro Milanés insoportable, despeñado en todos los abismos de un incorrecto y callejero romanticismo, con cándidas aspiraciones de reforma social. La lectura de Espronceda, que era sin duda el poeta que menos cuadraba á su índole, le fué, por muchas razones, funesta. Se enamoró de lo que Espronceda tiene menos digno de imitación y de lo que menos podía él imitar, y vició torpemente su vida poética propia, por entregarse á la fascinación que sobre él ejercía la acre poesía socialista de *El Verdugo*, *El Reo de Muerte* y *El Mendigo*. Entonces brotaron de su pluma aquellos increíbles abortos de una demencia literaria, que desgraciadamente era precursora de otro género de demencia: *La Ramera*, *A una madre impura*, *El Expósito*, *La Cárcel*, *El Hijo del rico*, *El Ebrio*, *El Bandolero.....*, lucubraciones en que compite lo vulgar y grosero del pensamiento con la forma desaliñada y á veces soez y chabacana, como si el autor hubiese olvidado de repente hasta las nociones más triviales de versificación y estilo poético.

Dejadas todas estas aberraciones en el olvido que merecen, bástanle á Milanés, para perpetuar su nombre, cinco ó seis de sus pri-

meras poesías líricas. Fué también autor dramático, y de los más estimables entre los pocos que han ensayado este género en América; no porque tuviese gran habilidad en la traza de sus planes, ni conocimiento ni práctica de la escena, sino porque tenía pasión y fuego, y había aprendido el arte de dialogar en nuestros antiguos dramáticos, especialmente en Lope de Vega. *El Conde Alarcos* es un drama de contextura muy endeble y viciosa, que seguramente no podría sostenerse en las tablas, pero que leído agrada como una leyenda lastimera ó una patética elegía, si bien algo le daña, como á todas las obras compuestas sobre el mismo asunto, desde Lope, Guillén de Castro y Mira de Mescua hasta Federico Schlegel: la comparación con la sublime y trágica grandeza del antiguo romance, donde un juglar inculto se levantó, por la sóla fuerza del sentimiento, á bellezas dignas de Eurípides. Pero así en *El Conde Alarcos* como en otros ensayos de Milanés, verbigracia, *El Poeta en la corte*, el proverbio dramático *A buena hambre no hay pan duro* (cuyo protagonista es Cervantes), y la agradable imitación de Lope que tituló *Por la puente ó por el río*, hay, no sólo buen sabor de dicción, sino ambiente español de los tiempos clásicos, y una especie de adivinación del Madrid de capa y espada, que es rara, por no decir única, en obras de poeta americano, y que parece fenómeno de atavismo más que resultado del estudio. Algo de esto hay también en las leyendas y cuentos en verso que escribió imitando á Zorrilla, pero en general valen menos. Hizo además cuadros dialogados de costumbres con el título de *El Mirón cubano* (1).

(1) Nació D. José Jacinto Milanés en Matanzas, en 16 de Agosto de 1814. No concurrió á más escuelas que la de primeras letras: sus estudios literarios fueron de índole privada, puesto que desde su adolescencia vivió entregado á las prosaicas operaciones mercantiles. Del Monte dirigió sus primeros pasos, y le ayudó mucho con sus consejos y con sus libros. Desde 1837 comenzaron á aparecer sus versos en *El Aguinaldo Habanero*, en *El Album*, en *El Plantel*, en *La Cartera Cubana*, etc. En 1843 sintió los primeros amagos de la terrible enfermedad que obscureció su inteligencia y le llevó á la tumba después de un martirio de veinte años. Falleció en 14 de Noviembre de 1863.

La primera edición de sus *Obras* (poesías líricas, teatro y algunos artículos en prosa), divididas en cuatro volúmenes, fué publicada en 1846 en la Haba-

Todavía más desdichada que la suerte de Milanés fué la de otro poeta contemporáneo suyo, en quien extraordinarias circunstancias personales han venido á realzar un mérito positivo y real, siquiera haya sido desatinadamente exagerado. Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por su seudónimo de *Plácido* (que tomó, según parece, de una novela de Mme. de Genlis), era un poeta *de color*, hijo de padre mulato y mujer blanca; era además expósito, ejerció un oficio mecánico, no tuvo más cultura que la que el infeliz pudo granjearse en lecturas desordenadas de los primeros libros que le caían en la mano; participó, pues, de algunos de los privilegios del genio inculto, cuya aparición es ya tan rara en nuestras sociedades; y para que nada faltase á la extraña novela de su vida, fué conspirador y murió fusilado. Todo esto, aunque sus versos valiesen menos de lo que valen, haría interesante á *Plácido* como curiosidad antropológica y como trágico ejemplo de las desdichas humanas y objeto de piedad y conmiseración para toda alma generosa. La relación de sus últimos momentos conmueve, y prueba que nada tenía de vulgar el hombre que supo morir tan resignada y cristianamente, con grandeza de ánimo y sin jactancia. No es de admirar, pues, que al juzgar al poeta, y esto no sólo en América, donde su apoteosis servía para otros fines, sino en España, donde el noble instinto de la raza se puso desde el primer momento de parte del poeta sacrificado, la balanza de la crítica se haya torcido siempre del lado de la indulgencia, hasta tocar los límites del ditirambo. Un poeta espontáneo, ignorante de todas las cosas divinas y humanas, y por añadidura negro, ó a lo menos pardo, era un hallazgo inestimable para los que de buen grado cifrarían su ideal

na por un hermano del poeta, y es ya muy rara. La que tengo á la vista es la segunda, de Nueva York, 1865, en un solo pero grueso volumen en 4.º, á dos columnas, «corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor sobre la vida y escritos del poeta» (Nueva York, Juan F. Trow y Compañía, 1865). La biografía, aunque enfática y nebulosa, contiene algunas observaciones críticas no despreciables. Del Federico Milanés, que la firma, conozco varias sátiras y otras poesías de cierto mérito, insertas en *El Parnaso Cubano*. Sus mejores versos son quizá los que compuso en el aniversario de la muerte de su hermano.

artístico en un *genio* que no supiese leer ni escribir, aunque sólo en esto se pareciese al divino Homero. La idea, pues, tan absurda como frecuente en España, de la incompatibilidad entre el *genio* de la poesía y la meditación ó el estudio, ha servido admirablemente á la fama de *Plácido*, no menos que su muerte trágica, muy propia también para confirmar otra vulgaridad harto corriente, sobre todo en los tiempos románticos, cual es la del lazo estrechísimo y fatal entre el *genio* y la desdicha.

Ni *Plácido* era genio, ni poeta enteramente rudo, ni el color de su cara se trasluce mucho en sus versos, ni sus delirios políticos, ó más bien los rencores de casta, que le arrastraron al patíbulo, tienen que ver con el poco ó mucho talento poético que Dios le hubiera concedido. Es sin duda, hasta la hora presente, el más notable de los poetas *de color*, lo cual no quiere decir que pueda aplicársele lo que se dijo de Juan Francisco Manzano (1): «Es el mejor de los poetas negros y el peor de los poetas blancos» (2). Blanco ó negro, *Plácido*, aunque muy distante de Heredia, de Milanés, de la Ave-

(1) De este poeta, que no era mulato como *Plácido*, sino de pura raza etiópica, esclavo durante cuarenta años y cocinero de oficio, lo interesante no son precisamente sus versos, sino su color y el esfuerzo con que, merced al cultivo de la poesía, fué limando los hierros de la esclavitud hasta lograr la emancipación, que le costearon varios amigos de las letras en 1837. El tomito de sus *Poesías Líricas* se imprimió en 1821, y escasea mucho. Hay otras composiciones posteriores en varios periódicos de la isla, y por la rareza del caso han sido traducidas algunas de ellas al francés por Schoelcher en su libro *Abolition de l'esclavage* (1840), y todas al inglés por R. R. Maddens (*The Poems by a slave in the Island of Cuba recently liberated, translated from the spanish, by R. R. Maddens, M. D.....* Londres, 1840). Lo más curioso que este libro contiene es una especie de autobiografía de Manzano. Entre los versos tiene relativo valor, para hecha por un infeliz esclavo, la oda *Á la música*. En 1842 publicó una tragedia en cinco actos, *Zafira*. Complicado en la misma conspiración que *Plácido*, estuvo en la cárcel un año, pero su inocencia fué reconocida muy tardíamente en 1845. Falleció en 1854. Hay curiosas noticias de él y de otros negros y mulatos poetas en el opúsculo de D. Francisco Calcagno, *Poetas de color* (La Habana, 1878).

(2) *La Poesía Lírica en Cuba*, por D. Emilio M. González del Valle, segunda edición. Barcelona, 1884, pág. 171.

llaneda, de Luáces y de Zenea, para no citar á otros, tiene su valor propio y su representación en el Parnaso cubano.

Quien escribió el magistral y primoroso romance de *Xicotencal*, que Góngora no desdeñaría entre los suyos (1), el bello soneto descriptivo *La muerte de Gessler* (2), la graciosa letrilla de *La Flor de*

(1) Es el que comienza:

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma.....

Y que, por tan sabido, no se copia, bastando recordar algunos valientes rasgos:

Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava,
Barreada de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

Este romance en su género y *Fidelia* (de Zenea) en el suyo, son para mi gusto los mejores que se han compuesto en Cuba.

Hay algún otro de mérito en la colección de *Plácido*, especialmente el titulado *Cora*, fundado en un episodio de la soporífera, pero en su tiempo muy leída, novela de Marmontel, *Los Incas*.

(2) Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.
Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno, acelerada,
El alma negra en forma de serpiente.
El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al Oceano,
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;
No encuentra humanidad el inhumano.....
Que hasta los insensibles elementos,
Lanzan de sí los restos de un tirano.

*Plácido* hizo otros sonetos tan buenos ó mejores que éste, descollando entre ellos los titulados *Aniversario de la muerte de Napoleón*, *A la muerte de Jesucristo*, *La Fatalidad*, y en género muy diverso este otro, de tan enérgica

*la caña* y la inspirada plegaria que iba recitando camino del patíbulo (1), no necesita ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad se acuerde de él. Es cierto que la mayor parte de sus

expresión, que refleja, pero de un modo no indigno del arte, la calentura sensual de su temperamento africano:

Basta de amor: si un tiempo te quería,
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve deslumbrante y fría.
No encuentro en ti la extrema simpatía
Que mi alma ardiente contemplar procura,
Ni entre las sombras de la noche oscura,
Ni á la espléndida luz del claro día.
Amor no quiero como tú me amas,
Sorda á los ayes, insensible al ruego:
Quiero de mirtos adornar con ramas
Un córazón que me idolatre ciego,
Quiero besar á una deidad de llamas,
Quiero abrazar á una mujer de fuego.

(1) Sobre la autenticidad de esta plegaria y de las otras dos poesías que se suponen compuestas por *Plácido* en la capilla, se han suscitado en estos últimos tiempos graves dudas. El Sr. Piñeyro, en el artículo que citaré después, declara el problema insoluble ó poco menos: «Los que pudieran informarnos, es decir, muy pocos de los que en 1844 tenían edad de hombre no existen ya, y ni siquiera se ha podido averiguar cómo pasaron esos originales á poder del que los imprimió después en Matanzas, en un cuaderno, con el pie de imprenta de Veracruz.» El mismo crítico hace notar que «es muy inverosímil que en menos de veinticuatro horas pasadas en capilla hubiera tenido tiempo para ver á varias personas, prepararse á morir larga y contritamente, otorgar una Memoria testamentaria que, impresa, ocupa una página en octavo, de letra mediana, escribir la carta á su mujer, y, además, esas tres composiciones. Ignórase á punto fijo cuáles versos recitaba en su marcha al suplicio. La versión más acreditada dice que fueron algunos de la *Plegaria á Dios;* pero el escribano Zambrana, que formaba parte del cortejo, afirmó sin vacilación á Manuel Sanguily, que él oyó claramente los últimos del soneto *La Fatalidad:*

Y si sucumbo á tus decretos duros,
Diré como el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salém: «Dios lo ha mandado.»

«Parece más de atenderse el testimonio del escribano que el de los que al borde del camino vieron pasar el fúnebre cortejo entre el ruido de las

poesías, con excepción de las citadas y de otras cuatro ó cinco, son un fárrago ilegible que, en honra de su autor, debiera quemarse; pero aun en lo peor hay, por lo menos, condiciones de versificador gallardo, y casi siempre puede entresacarse aquí un verso, acullá una estrofa, que dan testimonio del don innato que *Plácido*

voces, los pasos, las armas y los tambores destemplados.» (E. Piñeyro: *Biografías Americanas*, págs. 354, 355 y 357).

A mi juicio, la *Plegaria* es auténtica y no puede ser más que de *Plácido*. Está en su estilo, y conviene perfectamente á su situación. Lo que no puede admitirse es la inverisimilitud de que la compusiera en la capilla. Pero, si bien se repara, nada hay en ella que indique que el poeta estuviese ya condenado á muerte, sino que la muerte le amenazaba. Pudo escribirla, por consiguiente, durante los cuatro meses que pasó en la cárcel:

Dios de inmensa bondad, Dios poderoso,
Á vos acudo en mi dolor vehemente:
Estended vuestro brazo omnipotente,
*Rasgad de la calumnia el velo odioso,*
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo marcar quiere mi frente.
Dios de mis padres, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mío;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.....

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y, pues vuestra eternal sabiduría,
Vé al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
*Estorbad que humillando la inocencia*
*Bata sus palmas la calumnia impía.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Mas *si cuadra* á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío,
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia;
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

El último verso es casi textualmente de Espronceda en *El Estudiante de Salamanca:*

Cúmplase *al fin* tu voluntad, Dios mío.

El caso, no infrecuente en *Plácido*, de pegársele al oído los versos ajenos y confundirlos con los suyos, es otro indicio de la autenticidad de la *Plegaria*, que todo el mundo admitiría, á no ser por la leyenda de la capilla.

tuvo de la armonía y de la imagen. Las composiciones de circunstancias que con tan desdichada fertilidad produjo, las odas á la reina Cristina y á la reina Isabel, los cantos encomiásticos de sus innumerables Mecenas, próceres cubanos ó simplemente hacendados y capitalistas, suelen ser disparates, pero disparates sonoros. El autor muchas veces no sabe lo que dice, pero casi siempre halaga el oído, y cuando describe ó compara parece otro hombre. Sus cualidades son casi todas exteriores, pero muy brillantes, y si se repara que *Plácido* era improvisador de oficio, no habrá reparo en tenerle por uno de los poquísimos improvisadores que han tenido la suerte de dejar algo digno de la posteridad. Derrochó la mayor parte de su vena en asuntos triviales ó en versos de encargo, y tuvo que ser con frecuencia un zurcidor de palabras huecas, contagiado con todos los vicios del mal gusto colonial y de la rima casera; pero alguna vez, en circunstancias solemnes y terribles de su vida, fué honrado con las visitas, aunque fugaces, de una musa más alta, la que le inspiró el soneto *Fatalidad* y la *Plegaria*. Por ella pudo decir *Plácido*: «*non omnis moriar*».

De su falta de cultura se ha hablado mucho; ya en son de elogio, ya de vilipendio. Ni lo uno ni lo otro merece: la ignorancia no es buena inspiradora para nadie, ni fué en *Plácido* tan absoluta como se pondera. Así que hubo descubierto alguna facilidad para la versificación, tuvo amigos y protectores como González del Valle, Valdés Machuca, y, según creo, el mismo Del Monte, que le pusieron en la mano buenos libros de poesía castellana, únicos que él podía leer. Es cierto que por sus manos pasaron las obras de Martínez de la Rosa, la colección selecta que formó Quintana de los poetas castellanos, la Corona fúnebre de la Duquesa de Frías, otros versos de Gallego, y, en los últimos tiempos, las obras de Zorrilla. De todo esto han quedado manifiestas reminiscencias en sus composiciones, donde suele intercalar versos enteros de sus poetas favoritos, á quienes, por otra parte, dejó memorias en su extraño testamento, encargando, además, á un amigo suyo que hiciese imprimir con letras de oro una de las odas de Quintana, como último testimonio de su admiración á nuestro gran lírico del siglo XVIII.

Todo esto prueba que *Plácido*, aunque en otras cosas fuese un

*guajiro* á medio pulir, estaba muy versado en la literatura poética de su tiempo, de donde toma además, su corta erudición, el caudal de nombres propios, históricos, mitológicos y geográficos, de que hace infantil alarde en sus versos. Distaba mucho, por tanto, de ser un poeta espontáneo ni popular, y la única semejanza que pudo tener con los rapsodas y juglares antiguos fué su vida de improvisador errante y aquella especie de mendicación literaria con que ayudaba á su pobre subsistencia. Era más bien un hombre semiculto, de buena memoria y de ingenio vivo, en quien se estampaba como en blanda cera cuanto oía ó leía, aspirando á remedar las bellezas de los grandes maestros, como lacayo que se viste con las ropas de su señor. No sabemos qué poesías dará la raza etiópica entregada á sí misma, pero de fijo serán muy diversas de los amanerados cumplimientos, insulsas fábulas y epigramas chabacanos con que *Plácido* inundaba los diarios de la Habana y de Matanzas, y de las odas pindáricas que disparaba en todo natalicio, boda ó fiesta de personas principales. El poeta enteramente lego y rudo, el salvaje de genio, si es que ha existido alguna vez, no es ya fruta de nuestros tiempos: hoy el poeta más ignorante no puede ser ignorante más que á medias, lo cual, bajo el aspecto poético, es sin duda peor que la ignorancia absoluta, puesto que en tal poeta aparecerán realzados y subidos de punto todos los vicios del gusto, todas las corruptelas y vulgaridades del medio ambiente, contra cuya maléfica influencia sólo una cultura sólida y vasta puede ser eficaz remedio (1).

(1) Gabriel de la Concepción Valdés nació en la Habana en 18 de Marzo de 1809, era hijo ilegítimo de un mulato y de una bailarina de teatro, y fué expuesto en el torno de la Casa de Misericordia. Ya hemos indicado las principales circunstancias de su desdichadísima vida. Ejerció varios oficios, pero con más constancia que otro ninguno el de peinetero, distinguiéndose por la artística habilidad con que labraba el *carey*. La poesía, á la cual debió efímeros triunfos, fué á la postre causa de todas sus miserias, lanzándole á la vida errante de improvisador, que arrastró por varias partes de la isla en un estado de penuria próximo á la indigencia. Tropezó con amistades sospechosas que, torciendo y explotando malamente su índole apasionada y la nativa aspiración á grandezas, que suele ser distintivo de los talentos estéticos algo desequilibrados, le hicieron afiliarse en tenebrosos conciliábulos y pro-

Todos los poetas hasta aquí mencionados son cubanos en el más estricto rigor de la frase, no sólo como naturales de Cuba, sino como formados y educados allí y sometidos en mayor ó menor

nunciar execrables juramentos, según él mismo indica en este soneto memorable, aún más que por lo malo, por la bárbara ferocidad que respira:

A la sombra de un árbol empinado,
Que está de un ancho valle á la salida,
Hay una fuente que á beber convida
De su líquido puro y argentado;
Allí fuí yo por mi deber llamado,
Y haciendo altar la tierra endurecida
Ante el sagrado código de vida
Extendidas mis manos, he jurado
«Ser enemigo eterno del tirano,
Manchar, si me es posible, mis vestidos
Con su execrable sangre, por mi mano
»Derramada con golpes repetidos;
Y morir á las manos de un verdugo,
Si es necesario, por romper el yugo.»

La conspiración en que se dice que *Plácido* tomó parte, y sobre la cual reina todavía grande obscuridad (como sobre otras muchas cosas de la historia contemporánea de Cuba, donde el espíritu recto y amante de la justicia no sabe muchas veces á qué atenerse en medio del laberinto de opuestas pasiones y relatos contradictorios), no parece haber tenido relación directa con las conspiraciones separatistas de los criollos. Fué más bien una conjuración de negros y mulatos contra la raza blanca de la isla, con intento de hacer de Cuba otra república de Haití. Quizá *Plácido*, en sus visiones literarias, soñaba con ser el Toussaint Louverture de esta república. El despertar fué horrible. *Plácido* murió fusilado en Matanzas con otros diez compañeros, en 28 de Junio de 1844. Autores muy graves, muy españoles y muy informados de las cosas de la isla, sostienen que hubo en aquel proceso espantosas iniquidades jurídicas, y no falta quien niegue hasta la existencia de semejante conspiración. Lo cierto es que *Plácido* murió protestando de su inocencia. Cinco días antes, en un momento de debilidad, cediendo á la coacción ó al temor, había escrito y firmado de su puño y letra una indigna delación contra varias personas ilustres de la isla, conocidas por sus ideas abolicionistas de la trata y de la esclavitud, entre ellos Luz Caballero y D. Domingo del Monte. (Vid. el libro de D. Vidal Morales, *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, Habana, 1901). Esta flaqueza no le salvó la vida, y pesa como un borrón sobre su memoria, aun admitidas todas las circunstancias atenuantes.

Por lo demás, no hay razón para considerar á *Plácido* como mártir de la independencia de Cuba, idea que no estaba madura en su tiempo. Los que

grado á la influencia del gusto local. Por el contrario, la grande alma poética que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa por su educación y desarrollo (1), y ocupa con

arrastraron al General O'Donnell á la feroz represión de 1844; los que poseídos de un terror pánico no vieron más tabla de salvación que los procedimientos de las comisiones militares, no fueron solamente los españoles, sino toda la población blanca de la isla. Era el único punto en que estaban de acuerdo criollos y peninsulares, como reconoce el Sr. Piñeyro (pág. 348). El crédito que más adelante logró la idea anexionista hasta que la victoria de los Estados del Norte cortó de raíz la cuestión, no tuvo otro fundamento que el deseo de perpetuar una institución odiosa.

La primera edición de los versos de *Plácido*, única que él pudo corregir, es un tomito muy raro, estampado en Matanzas, 1838, imprenta de Gobierno y Marina. Contiene casi todo lo que su autor escribió digno de leerse. Sólo hay que añadir un cuadernito *El Veguero* (1842), que contiene las graciosas letrillas *La flor de la caña*, *La flor de la piña*, *La flor del café*, etc.; la leyenda *El hijo de maldición* (1843), imitada de las de Zorrilla y no enteramente mala; y las composiciones póstumas, cuya paternidad anda en litigio. Posteriormente se han hecho otras ediciones, ya en París, ya en los Estados Unidos, ya en la isla de Cuba, y aun alguna en España. Las dos más copiosas (¡ojalá no lo fuesen tanto!) son la de Nueva York de F. J. Vingut, en dos tomitos, 1856, y la de la Habana, 1886, publicada por D. Sebastián Alfredo de Morales, con el formidable aumento de doscientas diez composiciones inéditas. *Plácido* ha tenido el honor de ser traducido íntegramente al francés: imagínese lo que habrá quedado de una poesía casi siempre exterior, desnuda y vacía de todo pensamiento (*Poésies complètes de Placido..... traduites par D. Fontaine, avec une préface de Louis Jourdan*, París, 1863). Algunas poesías suyas pueden leerse también en alemán y en inglés.

Las primeras biografías de *Plácido* fueron superficiales y vagamente encomiásticas. El primer trabajo serio es el de D. Pedro José Guiteras en *El Mundo Nuevo*, de Nueva York (1874). Posteriormente han escrito el elocuente y apasionado D. Manuel Sanguily en sus *Hojas Sueltas* (La Habana, 1894), tratando sin compasión al hombre y al poeta; y D. Enrique Piñeyro que, en la semblanza de *Plácido* inserta en sus *Biografías Americanas* (París, 1906), procede con loable imparcialidad, y con el fino gusto y sobria dicción que caracteriza todos sus estudios críticos.

(1) No quiere esto decir que la Avellaneda se olvidase nunca de su tierra nativa, de la cual salió á los veintidós años. El bello soneto

*¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!.....*

justicia uno de los primeros lugares en el Parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos, aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo; por la vulgar prevención ó antipatía contra la literatura femenina, prevención que, sea cualquiera su fundamento ú origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valer tan alto que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que, tratándose de D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quien bien se entenderá que aludimos, vayamos á dar por buenos aquellos insulsos apotegmas que en su tiempo, y aun después, han tenido la suerte de ser tan repetidos como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: «¡Es mucho hombre esta mujer! No es una poetisa, es un poeta.» La Avellaneda era mujer y muy mujer y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarle. Faltaría algo en nuestra lírica moderna si la Avellaneda no hubiese traído á ella con tanto brío y tanta sinceridad esta nota originalí-

que encabeza la última edición de sus *Poesías* lo mismo que la primera, la bella elegía á la muerte de Heredia, y el recuerdo que muchos años después le consagró en los versos escritos *Á vista del Niágara*, bastan para probar este fiel amor suyo, que nada tenía de incompatible con el patriotismo español, de que están llenos sus versos líricos y obras dramáticas. Alguien ha dicho que tuvo por primer maestro á Heredia. No vemos clara esta filiación, pero sí que Heredia y la Avellaneda, cada cual á su modo, son discípulos de Quintana, y quizá es el único lazo que los liga, puesto que sus condiciones poéticas son tan diversas.

sima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente.

Bajo tres distintos aspectos puede ser considerada la Avellaneda, si atendemos á los diversos géneros que cultivó: lírica, drama, novela. Como novelista cae realmente fuera de nuestra jurisdicción, y por otra parte sólo pueden hacerse de ella elogios muy relativos, sobre todo si se la compara con su gran contemporánea francesa, á la cual parece haberse propuesto por modelo, si bien en otras ocasiones prefirió á Dumas ó á Víctor Hugo. Es la parte de sus obras que hoy resulta más anticuada, menos personal, más llena de sentimientos falsos y de un gusto que tiene para nosotros la desgracia de ser viejo sin ser todavía venerable por su antigüedad. Ni *Sab*, ni *Espatolino*, ni *Guatimotzin*, tienen grandes probabilidades de llegar á la posteridad. Los cuentos ó novelas cortas valen algo más, pero ni se observa en ellos una manera muy propia y definida, aunque prueben siempre el talento de su autora, ni dejan de revelar, en lo mejor que tienen, el predominio de la fantasía lírica é idealista que era tan poderosa y exuberante en la Avellaneda como tenues sus dotes de observación social. Brilla, pues, más en la leyenda ó conseja romantica, maravillosa y extraordinaria, que en la novela propiamente dicha; pero nunca su prosa está á la altura de sus versos.

En cambio su teatro es notabilísimo, y no alcanza toda la fama que merece. En la elocuencia trágica no cede á ninguno de sus contemporáneos, y en corrección y buen gusto los aventaja á casi todos, salvo Hartzenbusch. Tiene su manera original, intermedia entre la tragedia clásica y el drama romantico, tomando de la una la pompa y majestad, de la otra la variedad y el movimiento. Se han notado en *Alfonso Munio* reminiscencias del estilo de Quintana, en *Saúl* imitaciones de Alfieri (1), en *Baltasar* analogías con el

(1) Tanto ó más que la tragedia de Alfieri influyó en la Avellaneda otro *Saúl*, enteramente olvidado hoy, del francés Alejandro Soumet, poeta de transición entre la escuela clásica y la romántica, que tuvo un momento de notoriedad por su *Divina Epopeya* en que, renovando la idea origenista, canta por extraño modo la redención del infierno.

Pero las principales bellezas del *Saúl* no proceden de Alfieri ni de Sou-

*Sardanápalo*, de Byron (1); pero todos los elementos ajenos están fundidos en un sistema dramático propio, que si no puede darse por forma definitiva de la tragedia moderna, parece á lo menos la única forma en que la tragedia neoclasica francesa ó italiana puede resucitar. El tercer acto de *Alfonso Munio*, lleno de misterioso prestigio y de terror trágico, es al mismo tiempo admirablemente teatral, y si el efecto escénico decae en el cuarto, no decae ni un punto en todo el drama la arrogancia del estilo y plenitud de la versificación, cualidades que con más riqueza de lirismo se ostentan igualmente en *Saúl* (2). *Baltasar* es obra maestra, no sólo por la ejecución brillantísima, á la vez que madura y reflexiva, sino por la profundidad del pensamiento histórico y por la grandeza misantrópica del personaje principal, que puede ser hermano ó pariente del Sardanápalo byroniano, pero que de fijo no es trasunto de él. Sardanápalo, epicúreo elegante, *dandy* trágico como otros héroes de Byron y como Byron mismo, es en la tragedia inglesa el símbolo de la degeneración todavía interesante de una grande y generosa raza, en que el valor no se extingue, sino que por intervalos chispea y arroja lumbres, prestando á los mismos vicios aspecto de elegancia y nobleza. Pero Baltasar es más solemne, trágica y expiatoria figura; es una especie de *ateísta místico*, como notó Valera; en-

met, sino de la Biblia, en cuya lectura estaba bastante versada la Avellaneda, como lo prueban las felices imitaciones que hizo de algunos Salmos, y en general todas sus poesías religiosas.

(1) Del *Werner*, otro drama de Byron (que á su vez había tomado el argumento de una novela alemana) procede *La verdad vence apariencias*, pero la poetisa española transformó el asunto, borrando ó atenuando el pesimismo del original, y dando cierto carácter histórico á su obra, cuya interesante acción puso en tiempo de D. Pedro el Cruel. Es una de sus buenas composiciones dramáticas, aunque no de las más conocidas.

(2) Tanto *Alfonso Munio* (titulado después *Munio Alfonso*) como *Saúl*, y en general todas las composiciones de la Avellaneda, deben leerse en las ediciones sueltas originales, más bien que en sus *Obras Completas*, cuyas variantes y supresiones son un continuo desacierto. Bien se ve que su inspiración iba decayendo con los años, y se había trocado en un furor de lima académica, que á trueque de una corrección muchas veces aparente, sacrificaba versos y pensamientos felicísimos.

carna de un modo más alto el hastío y el pesimismo románticos, que enervan é incapacitan para la acción; y es á un tiempo representación simbólica del Oriente decrépito y de la humanidad sin Dios. Todo el drama se cierne en una esfera casi mística, y una especie de terror religioso embarga el ánimo, viendo patente el cumplimiento de la justicia providencial. El vigor del estilo corresponde generalmente á la sublimidad de la concepción.

Como poetisa lírica, la Avellaneda ha sido magistral y definitivamente juzgada por nuestro D. Juan Valera, y á nadie, y menos á un discípulo suyo, como el que esto escribe, identificado casi siempre con sus ideas críticas, puede ocurrir la mala tentación de añadir ó restar nada en tal estudio, uno de los más esmerados que han salido de su pluma (1). No sólo concede el Sr. Valera á la Avellaneda la primacía que ya la otorgó D. Juan Nicasio Gallego «sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos», sino que llega en su razonado entusiasmo hasta declarar que nuestra poetisa no tiene rival ni aun fuera de España, á no ser que retrocedamos hasta las Safos y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia, ó busquemos en la Italia del Renacimiento la gentil figura de Victoria Colonna; y aun advierte el Sr. Valera que los versos de la Avellaneda, como nacidos en edad más reflexiva y de mas complicación de ideas, están libres de aquella serenidad etérea pero algo fría que tienen los de la Marquesa de Pescara; y mueven más hondamente el alma por la contraposición entre el ideal soñado y la prosaica realidad de las cosas.

Tres son las principales fuentes de la inspiración de la Avellaneda: el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte de la poesía que ella profesaba. En sus versos se ve reflejada, no ya esta ó aquella fase del amor, como acontece en otros poetas eróticos, sino «el amor en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos». «Sus versos (añade el Sr. Valera) son la historia psicológica, íntima y honda de esta pasión de su pecho. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana, el hastío que á veces la inspi-

(1) Se publicó por primera vez en la *Revista de España* (1869) y luego en varias colecciones de las obras críticas de su autor.

ran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible que no halla donde calmarse en la tierra; de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer..... Ciertamente, si en España no viviésemos en un período antipoético hasta lo sumo..... los versos amorosos de la Avellaneda serían populares, se sabrían de memoria y se oirían en los labios de las más lindas mujeres, porque lo merecen tanto como los de la moza de Lesbos allá en la antigüedad.» Desde «el amor indeterminado, sin objeto aún, pero vehemente y delicadísimo» hasta «el paso más doloroso y terrible de la pasión», hasta el amor ofendido, humillado y escarnecido que levanta la voz con acentos de inmortal arrogancia mezclados con otros de tierna sumisión enamorada, no hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión apasionada, no cede á ninguno de los románticos, ni á Alfredo de Musset en Francia, ni á Espronceda entre los nuestros (1).

(1) Entre las composiciones amorosas de la Avellaneda sobresale la titulada *Amor y Orgullo*, que es de carácter muy personal, no obstante el ligero velo en que parecen envolverla un prólogo y un epílogo, que seguramente fueron añadidos al imprimirla, para evitar maliciosas interpretaciones. A ella pertenecen estas apasionadas estrofas:

Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder en tal bajeza,
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los lazos caprichosos que otros días,
Por pasatiempo, á tu placer tejías,
Fueron de seda y oro;
Los que hora rinden tu valor primero,
Son eslabones de pesado acero
Templados con tu lloro.
¿Qué esperaste ¡ay de ti! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú, que anhelabas tan sublime objeto,
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?
¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,

Sección riquísima en las poesías de la Avellaneda constituyen sus versos religiosos: de imitación bíblica los de su juventud, en los cuales no sólo hay extraordinaria pompa de imagenes y grandilocuencia y valentía, sino elevadísimos conceptos teológicos expues-

Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!
¿Y tú lo sufres, corazón cobarde,
Y de tu servidumbre haciendo alarde,
Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?
¡Ah!, velo pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.
¡Salga del pecho, requemando el labio,
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!.....
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible que, con ellas,
Alumbra el firmamento?
¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia, en gemidor arrullo,
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?
De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?.....
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aún el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?.....
Nombre que un alma lleva por despojo,
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura,
Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga y, halagando, mata;
Nombre que hiere, como sierpe ingrata,
Al pecho que le anida.....
No, no lo envíes, corazón, al labio.....
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras: auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!

tos con rara precisión: místicos ó afines al misticismo los de su vejez, en que su fe, siempre ardiente y robusta, fué tomando carácter más íntimo y abismándose cada vez más en el torrente de la contemplación. La diferencia entre ambos períodos puede reconocerse tomando por tipo del primero el asombroso canto *Á la Cruz*, en que el beneficio de la Redención humana está considerado principalmente desde el punto de vista social ó histórico, y como tipo del segundo los versos que se titulan *Dedicación de la lira á Dios.*

En persona tan enamorada de su arte como ella lo fué, el concepto mismo de la poesía tenía que ser fuente de alta inspiración lírica, y si he de decir lo que siento, más poeta resulta la Avellaneda en su oda *Á la Poesía* y en sus octavas *Al genio poético*, que en las composiciones harto numerosas que de su pluma brotaron con ocasión de tal ó cual acontecimiento ruidoso, ó aspirando con vanidad femenil, harto disculpable aun en persona de tan claro entendimiento, al caduco laurel de los certámenes, que casi siempre conseguía, y á la verdad con estricta justicia, puesto que aun sus composiciones menos espontaneas é inspiradas suelen ser dechados de limpia y castiza locución poética, tan entonada y robusta como la de Quintana, y poco distante de la intachable corrección de Gallego, que eran los poetas á quienes principalmente había tomado por modelo en sus composiciones de aparato, pues en las personales é íntimas, ya de amor, ya de venganza, ya de devoción, no puede decirse que imitara á nadie, y es tan grande como cualquiera. Fué además insigne traductora de poetas modernos, especialmente de Byron y Lamartine (1), y dominó todos los primores y artificios de la versificación castellana, ensanchando sus límites con felices atrevimientos (2).

(1) Entre estas traducciones merecen especial elogio la de los versos de Byron á la Luna *(Sun of the sleepless)*; la de la Meditación de Lamartine, *Bonaparte*, y el ardiente soneto que imita, á través de las versiones modernas, la segunda oda de Safo.

(2) Nació D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda en Puerto Príncipe, en 23 de Marzo de 1814, aunque ella tenía la debilidad de quitarse dos años, por lo cual la fecha está equivocada en casi todas las biografías. Su vocación literaria fué precoz é irresistible como la de Heredia y otros cubanos. En 1836

Entre los innumerables poetas cubanos posteriores á la Avellaneda, tres nos parecen dignos de especial memoria: Joaquín Lorenzo Luaces, Juan Clemente Zenea y Rafael M. de Mendive.

vino á España, y en 1839 aparecieron sus primeros versos con el seudónimo de *La Peregrina*, en *La Aureola*, periódico de Cádiz, que dirigía don Manuel Cañete. Pasó algunos años en Andalucía y luego se estableció en la Corte. Fué casada dos veces, la primera con D. Pedro Sabater, distinguido literato y político valenciano, que llegó á ser gobernador de Madrid, la segunda con el coronel D. Domingo Verdugo, en compañía del cual volvió á visitar por breve tiempo la tierra americana. Su vida fué una cadena de triunfos literarios y de pesares domésticos, que han dejado honda huella en sus poesías. Falleció en Madrid en 1.° de Febrero de 1873. La primera edición de sus versos líricos se hizo en 1841 con un prólogo de D. Juan Nicasio Gallego, la segunda muy aumentada, en 1851. El texto de esta última, que comprende la mejor parte de sus composiciones, es el que debe preferirse, porque luego corrigió infelizmente algunas de ellas. Hay una colección de sus *Obras literarias* publicada en 1869, que se titula *completa*, pero que dista muchísimo de serlo. Sus producciones dramáticas fueron *Alfonso Munio*, titulado después *Munio Alfonso* (1844), *El Príncipe de Viana* (ídem), *Egilona* (1845), *Saúl* (1849), *Recaredo* (1850), *Baltasar* (1858), y en diversos tiempos, *Errores del Corazón*, *La Verdad vence apariencias*, *La Hija del Rey René*, *La Hija de las flores*, *Oráculos de Talía ó los Duendes de Palacio*, etc., etc. Hay que añadir dos excelentes traducciones en verso, del *Catilina* de Dumas y Maquet (cuyo original está en prosa), y de *La Aventurera* de Emilio Augier. Además de sus novelas *Sab*, *Dos mujeres*, *Guatimotzin* y *Espatolino*, compuso gran número de leyendas que pueden verse en los tomos IV y V de la edición citada. Tales son *El artista barquero* (fundado en un episodio de la vida de Montesquieu), *La velada del helecho*, *La bella Toda*, *La montaña maldita*, *La flor del Angel*, *La ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El aura blanca*, *La baronesa de Youx*, *El cacique de Turmequé*.

El Sr. Piñeyro dedica un buen capítulo á la Avellaneda en su libro *El Romanticismo en España* (París, Garnier, 1904). Véanse también las conferencias del joven literato cubano D. M. Aramburo y Machado, leídas en el Ateneo de Madrid, y coleccionadas en volumen con el título de *La Avellaneda: su personalidad literaria* (Madrid, 1898).

Hay un tomo curiosísimo publicado en Huelva (imp. de Mora, 1907), y que pronto se convertirá en una rareza bibliográfica: *La Avellaneda: Autobiografía y cartas*..... con un prólogo y una necrología por D. Lorenzo Cruz de Fuentes. En esta publicación hay datos muy importantes para la psicología

Luaces (1), aun juzgado en la incompletísima colección de sus versos, publicada en 1857, nos parece el tercero en mérito entre los poetas de la isla (2). Su entonación es la de Quintana, ó más

de la poetisa, que en parte confirman, y en parte rectifican, la idea que por tradición de los que la conocieron, se tiene de ella. Pero no falta quien opine que la pobre señora no hubiese agradecido mucho estas revelaciones póstumas, tan frecuentes en Francia como desusadas entre nosotros.

(1) Nació en la Habana en 21 de Julio de 1826 y falleció en 7 de Noviembre de 1867. Empezó y no terminó la carrera de Leyes, dedicándose luego á las tareas literarias.

(2) Con la sinceridad crítica que me acompaña, y sin recelo de que se atribuya á ligereza lo que es fruto natural del estudio y de los años (y no son menos de dieciocho los que tiene la presente *Historia)*, no puedo menos de declarar que hoy no encuentro justa la preferencia que concedí á Luaces sobre Zenea. La musa de Zenea tenía cortas las alas, y fué brutalmente herida en su vuelo, pero dejó algunas notas de intensa melancolía, que vibrarán eternamente en el alma de quien lea sus poesías. Por el contrario, ¡qué pocos versos de Luaces se pegan á la memoria ni al oído, á pesar de su brillante efectismo! Releídas ahora la mayor parte de sus odas, me parecen frías, forzadas, artificiales, concebidas de un modo puramente intelectual. Acaso la única que de sus poesías íntegramente quede (pero ésta vale por muchas) es la *Oracion de Matatías*, que es, á pesar de su disfraz bíblico, uno de los cantos revolucionarios de más aliento que se han escrito en Cuba:

Cuatro veces, Señor, tu diestra airada
Cayó sobre nosotros,
Y en la corriente del Jordán sagrada
Bañó el Asirio sus domados potros.....
El cáliz del dolor hasta las heces
Nos dió á beber tu mano,
Y sólo vemos extranjeros jueces,
En vez del sacerdote y del anciano.....
Danos, danos, Señor, un varón fuerte,
Según nuestro deseo,
Como el infante que llevó la muerte
Y el fuego y el terror al Filisteo.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

«Poeta vigoroso pero incompleto (dice de Luáces el Sr. Piñeyro), de entonación elevada pero monótona, sin matices; de colorido brillante pero sin claro obscuro. Entre sus manos nerviosas saltaron rotas más de una vez las cuerdas del instrumento que pulsaba con febril excitación: la lucha heroica tan á menudo empeñada entre la voluntad inflexible y las facultades no siempre á la altura de la tarea sublime que de ellas exigía, es demasiado visible y no pueden dejar de seguirse con afanoso interés las huellas profundas en sus

bien la de Tassara, cuya influencia en la poesía americana ha sido grande. Versificador robustísimo Luaces, y enamorado en demasía de la pompa y rotundidad del período poético, suele abusar de su fuerza y caer en lo enfático y declamatorio, que son el escollo del género en que principalmente hubo de sobresalir. Pero es innegable la pujanza de su fantasía é irresistible el empuje con que corre en sus estancias el raudal de la palabra sonora, venciendo todas las esquiveces y reparos del gusto. La sobriedad era incompatible con su índole, pero en medio de su abundancia despilfarrada y viciosa, y del continuo alarde que hace del vocabulario descriptivo, tiene, no obstante, relativa corrección de gusto y de lengua, muy rara en los poetas cubanos de la última era. Por nativo impulso propende á las regiones más elevadas del arte lírico, y nunca está más á sus anchas, que cuando puede cantar asuntos tales como la *Caída de Missolonghi*, *El último día de Babilonia*, el *Canto de Kaled* ó la *Oración de Matatías*, envolviendo, en los recuerdos orientales y clásicos, pensamientos de revolución moderna. Polonia, Irlanda, Grecia, eran para Luaces y sus amigos símbolos de la protesta cubana, y tenue embozo para sus continuas excitaciones á la guerra. Y atendiendo sólo al efecto artístico, hay que declarar que la suspicacia vigilante de la censura prestó buen servicio al numen de estos poetas, forzandoles á buscar para su propaganda medios y recursos ingeniosos, trasladando ó traduciendo su pensamiento á otro molde estético, con lo cual logró á veces realización más serena y más lírica el mismo espíritu que, desbor-

versos. He ahí por qué, á pesar de haber escrito trozos de admirable grandilocuencia, no nos ha legado una sola de esas composiciones espontáneas, armoniosas en todas sus partes, de ajuste cabal entre el fondo y la forma, que se graban en la memoria y pasan de boca en boca, como el *Niágara* ó el *Himno del desterrado* de Heredia, como *Fidelia* ó *Noche tempestuosa* de Zenea. Ascendía en su vuelo lírico á cumbres á que Heredia y la Avellaneda únicamente llegaron, á que no alcanzó ningún otro poeta cubano; pero faltáronle las gracias seductoras de estilo y de lenguaje que van derechamente al corazón, el instinto feliz del vocablo bien escogido y bien colocado, de la frase melodiosa y exquisita que despierta un mundo de emociones». (*Vida y escritos de Zenea*, págs. 54-55).

dado luego y libre de toda traba, no supo engendrar otra cosa que vulgares explosiones de furia y de encono (1).

Buena prueba es de ello el infortunado vate Juan Clemente Zenea, fusilado en los fosos del castillo de la Cabaña en 25 de Agosto de 1871. Sus injurias rimadas contra España (2) no aumentarán ciertamente la gloria de su nombre: lo que la protege y conserva son sus versos elegíacos, pocos en número, pero que apenas tienen rival en la literatura cubana. Entre todos descuella un romance magistral, *Fidelia*, con visibles reminiscencias del *Souvenir*, de Alfredo de Musset, que era el poeta predilecto de su alma:

Tomamos ¡ay! por testigos
De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan;
Nubes que pasan fugaces,
Aves que rápidas vuelan,
La música de las hojas,
Y el perfume de las selvas (3).

(1) Hay una pequeña edición de las *Poesías de Joaquín Lorenzo Luaces* (Habana, 1857). Faltan en ella, por ser posteriores, algunas de sus mejores odas, *Varsovia*, *Á Field*, *Al Trabajo*. *La Oración de Matatías* se lee en el libro titulado *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate*. Habana, 1866. Hizo también algunos ensayos dramáticos, siendo el principal la tragedia *Aristodemo*.

(2) Véase por ejemplo, la oda *16 de Agosto de 1851* escrita con ocasión del fusilamiento de los expedicionarios que acompañaron á Narciso López.

(3) *Ils prirent à témoin de leur joie éphémère*
*Un ciel toujours voilé qui change à tout moment.....*
*Tout mourait autour d'eux, l'oiseau dans le feuillage,*
*La fleur entre leurs mains, l'insecte sous leurs pieds,*
*La source desséchée où vacillait l'image*
*De leurs traits oubliés.*

Sabido es que estos versos de Musset no son más que paráfrasis de un trozo de Diderot en el *Suplemento del Viaje de Bougainville*. Recordaremos otros versos de la inspirada elegía de Zenea:

Baja Arturo al Occidente,
Bañado en púrpura regia,
Y al soplar del manso Alisio
Las eolias arpas suenan;

Zenea, á pesar del corto número de composiciones que nos ha dejado, dista mucho de ser un modelo de corrección ni de tersura. Prescindiendo de sus composiciones políticas y sociales, que son á toda luz las más débiles (salvo la titulada *En días de esclavitud*), tiene, aun en sus poesías íntimas y de sentimiento, trozos en que la obscuridad é incoherencia de las imágenes, mal encubierta por la valentía de la versificación, prueban que el poeta no llegó á depurar su gusto ni á vencer las dificultades de la forma, ni á librarse del contagio y preocupación de la falsa grandeza; sirvan de ejemplo estos versos:

Del adulterio la pesada nave
Sufriendo el huracán de la perfidia,
En las áridas costas del infierno
Su lúgubre velamen recogía.
¡Allá va la amistad!—gritaron todos,
Y un buque al lejos descubrió mi vista,
Como el ala del pájaro marino,
Del horizonte trasponer la línea.
Ni blanca estela ni sonoro ruido
Formaba en tanto la ligera quilla,
Y llegamos al golfo del recuerdo
Con rumbo hacia las playas de la vida.....

Pero aun estos pecados de gusto no son de poeta vulgar, y cuando Zenea sigue sin afectación ni esfuerzo el natural impulso de su

Gime el ave sobre un sauce
Perezosa y soñolienta,
Se respira un fresco ambiente,
Huele el campo á flores nuevas,
Las campanas de la tarde
Saludan á las tinieblas
Y en los brazos del reposo
Se aduerme Naturaleza.
¡Y tus ojos se han cerrado!
¡Y llegó tu noche eterna!
¡Y he venido á acompañarte!
¡Y ya estás bajo de tierra!

Se ha exagerado el carácter francés de la poesía de Zenea, y su alejamiento de los antiguos modelos de nuestra lírica. En la forma nada tiene de innovador, y precisamente sobresale en el metro más castizo y popular de todos:

Al salir temblando Véspero
Del seno azul de los mares,
Viene á besarme la frente
La musa de mis romances.....

musa melancólica y doliente que parecía presagiarle á toda hora su lúgubre destino, produce, aunque con intermitencia y en corto número, versos inmortales que van derechos al alma y en los que la perfección parece espontánea:

> ¡Señor! ¡Señor! el pájaro perdido
> Puede hallar en los bosques el sustento,
> En cualquier árbol fabricar su nido
> Y á cualquier hora atravesar el viento!.
> Y el hombre, el dueño que á la tierra envías
> Armado para entrar en la contienda,
> No sabe al despertar todos los días
> En qué desierto plantará su tienda.....

Si Zenea hubiera escrito siempre así, poco le faltaría para ser otro Lamartine (1), pero aunque tal grado de acierto sea raro en él, basta que algunas veces le tuviera para que viva en la memoria de las gentes como tantos otros poetas que sobreviven por una sola composición ó por una sola estrofa (2).

(1) No fué, sin embargo, Lamartine sino Alfredo de Musset el poeta francés predilecto de Zenea. Le imitó felizmente en varias ocasiones, tradujo y publicó en la *Revista Habanera* su drama *Andrés del Sarto*, y puso en verso castellano el fragmento elegíaco *Lucía*. Hay en esta traducción versos admirables:

> ¡Duerme por fin en paz! ¡Duerme, ángel mío!
> ¡Paz profunda á tu alma! ¡Adiós! Tu mano
> Ya no más en las noches del estío
> Podrá vagar por el marfil del piano.....
> . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
> *Paix profonde à ton âme, enfant, à ta mémoire!*
> *Adieu! ta blanche main sur le clavier d'ivoire,*
> *Durant les nuits d'été, ne voltigera pas.*

Fuera de este caso de traducción directa, la influencia de Musset está latente más bien que explícita en la poesía de Zenea, y asoma cuando menos se piensa, por ejemplo en aquella hermosa exclamación del *Noctúrno*, que recuerda otra de *Les Voeux Stériles:*

> Mis tiempos son los de la antigua Roma
> Y mis hermanos con la Grecia han muerto.....

(2) Fácil sería entresacar, aun de las composiciones menos sobresalientes de Zenea, otros versos deliciosos é inolvidables, por ejemplo, estos de una

¡Qué acento tan penetrante y lánguido, qué suave negligencia y qué misteriosa vaguedad final la de los versos que siguen:

Cuando emigran las aves en bandadas
Suelen algunas, al llegar la noche,
Detenerse en las costas ignoradas
Y agruparse de paso á descansar.
Entonces dan los ánades un grito
Que repiten los ecos, y parece
Que hay un Dios que responde en lo infinito
Llamando al hijo errante de la mar..... (1)

Una especie de presentimiento fúnebre envuelve todos los versos de Zenea, aun antes de llegar al grupo de las diez y seis composiciones escritas en su prisión y que sus editores han reunido bajo el título de *Diario de un Mártir* (2). Había nacido poeta elegíaco, y

de las elegías que dedicó á la actriz norteamericana Adah Menken, de quien estuvo apasionado en su primera juventud:

Del verde de las olas en reposo,
El verde puro de sus ojos era,
Cuando tiñe su manto el bosque hojoso
Con sombras de esmeralda en la ribera.

(1) El *Recuerdo*, al cual pertenecen estos versos, está escrito en la octava irregular de finales agudos, llamada en algún tiempo *bermudina* por haberla manejado con predilección, en la época romántica, un poeta andaluz, injustamente olvidado, D. Salvador Bermúdez de Castro. En América prosperó mucho: Bello la usó en la *Oración por todos:* Arboleda escribió en ella cantos enteros de su poema *Gonzalo de Oyón.* Pero generalmente estos autores dejan suelto el primer verso de la octava, y aconsonantan entre si el segundo y el tercero, al paso que Zenea aconsonanta los versos impares y deja sueltos el segundo y el sexto:

¡Ay, los primeros años! ¡Ay, aquellos
Tiempos de glorias y aventuras locas,
En que eran de azabache los cabellos
Y gemelas la dicha y la ilusión!
¡Oh, dulce juventud! ¡Si Dios quisiera
Vestir de nueva pompa el árbol mustio
Y hacer resucitar la primavera
Y otra vez calentar el corazón!

(2) Aunque estas composiciones «son todas sangre y dolor», según expresión del gran poeta colombiano D. Rafael Pombo, ni aun en ellas se desmiente

el beso de la muerte selló misteriosamente hasta sus cantos de amor, infundiéndoles una gota de sus recónditas tristezas:

No sé do llevarán la barca mía
La onda, el viento, el que la mar gobierna,
Ni dónde el ancla arrojaré algún día
Desde esta orilla hasta la orilla eterna.....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Irás conmigo en lo mejor de mi alma,
Irás hasta que rujan iracundos
Vientos que en raudo giro se revuelven,
Y llegue yo por fin á aquellos mundos
De donde nunca los viajeros vuelven.

«El carácter dominante de las poesías de Zenea es la melancolía (dice uno de los críticos que mejor las han juzgado). Las tardes de los trópicos se reflejan en ellas con sus medias tintas crepusculares, con sus grandes sombras invasoras del espacio y del alma, con sus nubes espléndidamente tristes, con sus colgaduras funerarias del lado de Occidente, con su inmenso cielo más azul y más dilatado que á ninguna otra hora de la vida» (1). Son ra-

la pulcritud de estilo habitual en Zenea y su respeto á las buenas tradiciones de lengua y versificación. Véanse, por ejemplo, estas quintillas imitadas de la célebre *Rondinella* de Tomás Grossi:

Si el dulce bien que perdí
Contigo manda un mensaje
Cuando tornes por aquí,
¡Golondrina, sigue el viaje
Y no te acuerdes de mí!
Que si buscas, peregrina,
Do su frente un sauce inclina
Sobre el polvo del que fué,
Golondrina, golondrina,
No lo habrá donde yo esté.
No busques volando inquieta
Mi tumba oscura y secreta,
Golondrina, ¿no la ves?
En la tumba del poeta
No hay un sauce ni un ciprés!

(1) D. Rafael M. Merchán en el *Repertorio Colombiano* (revista de Santa Fe de Bogotá, vol. VII, Julio de 1881), reproducido luego en sus *Estudios Críticos* (Bogotá, 1886).

ras las poesías de Zenea de que no pueda decirse con el mismo poeta:

Es el canto de la tarde,
Es la voz de los sepulcros (1).

Menos monótono y más correcto que Zenea, aunque inferior á él en intensidad de sentimiento, menos pomposo y declamatorio que

(1) Nació D. Juan Clemente Zenea en Bayamo en 24 de Febrero de 1832. Su padre, nacido también en Cuba, era teniente de una de las compañías del regimiento de Zaragoza que estaban de guarnición en aquella ciudad. Aunque no hizo estudios regulares ni concurrió á más escuelas que la de primeras letras, demostró, como otros criollos, precocidad extraordinaria. A los diez y siete años fué ya redactor con sueldo de un periódico, *La Prensa de la Habana*, dirigido por el pésimo novelista montañés Pascual Riesgo, que era el revistero de salones de la capital. Allí publicó sus primeros versos Zenea, con un seudónimo tan cursi como cuadraba á la índole de la publicación, *Adolfo de la Azucena*. Por entonces se dedicó al estudio privado de las lenguas francesa é inglesa, teniendo en esta última muy singular maestro, la ya citada Adah Menken, judía nacida en Nueva Orleans, mezcla de actriz trágica y de amazona de circo. Lleva sus iniciales una silva de Zenea, escrita mucho después, que puede contarse entre sus buenas poesías, y á la cual pertenece este pasaje:

Lanzaba un rayo tenue y azulado
La lámpara encubierta con un velo,
Como un rayo de luna aprisionado
En un vaso del cielo;
Y al lento fuego que en su hogar ardía,
Desprendida del barro de la tierra,
Los versos mi adorada me decía
Del trágico sublime de Inglaterra.
Trémula, acongojada, vacilante,
Como ansiando rasgar sus vestiduras,
Al seno palpitante
Llevaba en su dolor las manos puras.
Y adivinando el celestial deseo
De su pasión secreta,
Habló en mi joven corazón Romeo,
Y entre mis brazos estreché á Julieta.

Aquellos amores fueron efímeros, y desde 1851 Zenea se lanzó resueltamente á las conspiraciones políticas, tomando puesto entre los revolucionarios más exaltados con la ya citada oda *El diez y seis de Agosto*, y con la publicación de un periódico clandestino, que le obligó á emigrar á los Estados Unidos, donde se afilió desde luego en la Sociedad de *La Estrella Solitaria*,

Luaces, aunque también de estro menos viril é imaginación menos ardiente, D. Rafael María de Mendive, que ha poco descendió al sepulcro, era el más elegante y delicado de cuantos en estos últimos

que tenía por objeto organizar expediciones destinadas á secundar la anexión de la isla á los Estados Unidos. A consecuencia de sus escritos y manejos, Zenea fué condenado á muerte en rebeldía por un consejo de guerra reunido en la Habana en 6 de Diciembre de 1853. Triste presagio de su infelicísimo destino. Por entonces logró evitarlo, acogiéndose á la amnistía general que dió al año siguiente el nuevo gobernador D. Juan de la Pezuela. Bajo su tolerante administración pudo volver á la Habana, y en ella residió, sin ser molestado por nadie, hasta 1865, dedicado únicamente, á lo menos en apariencia, al periodismo literario y á la enseñanza de las dos lenguas que tan perfectamente sabía y que profesó mucho tiempo en el colegio de D. José de la Luz Caballero. A este tiempo pertenecen la mayor parte de sus poesías, de las cuales se formaron dos pequeñas colecciones, una en 1855 (como suplemento del periódico *Brisas de Cuba)* la cual no llegó á terminarse, y otro en 1860, con el título de *Cantos de la Tarde*. Por entonces colaboró asiduamente en la *Revista de la Habana* que dirigía Mendive, y cuando ésta hubo desaparecido, fundó por su cuenta la *Revista Habanera*, (1861 y 1862). Allí publicó muchos artículos en prosa, y en *La América*, de Madrid, un extenso é importante estudio *sobre la literatura de los Estados Unidos*, del cual se hizo tirada aparte en la Habana (1861) con el pie de imprenta de Nueva York. Zenea era un crítico muy estimable, y creo que como prosista valía más de lo que da á entender el Sr. Piñeyro, á quien tanto debe la memoria de su desventurado amigo.

O por motivos políticos ó por deseo de mejorar su fortuna, Zenea trasladó su residencia á los Estados Unidos en 1865, y allí se empeñó en especulaciones mercantiles que trajeron su completa ruina. Para subsistir del trabajo periodístico tuvo que pasar á México, donde se hallaba al estallar la insurrección de 1868. A su servicio se puso Zenea en Nueva York, tomando parte activa en la fracasada expedición de Domingo Goicuria y en otras empresas. Pero como hubiesen surgido pronto graves disensiones entre los agentes de la revolución y comenzasen algunos á desconfiar del éxito de la guerra, Zenea sintió decaer su exaltación, y cediendo á las instancias de don Nicolás Azcárate, cubano muy liberal pero fiel á la metrópoli, aceptó la comisión de pasar al campamento de Céspedes con propuestas de avenencia. Así lo hizo, escudado con un salvo-conducto de nuestro ministro plenipotenciario en los Estados Unidos. El resultado de esta mediación no pudo ser más desastroso. Céspedes no sólo rechazó los tratos de paz, sino que dudó de la lealtad de Zenea, aunque por entonces disimulase. Las atroces frases que meses después escribió llamándole «traidor, que había venido á engañarle á él y á los patriotas» dan la medida de su encono. Tampoco en el campo con-

tiempos han hecho versos en Cuba. Nuestra literatura le debe una traducción poética de las *Melodías Irlandesas*, de Tomás Moore, y en sus versos originales no deja de reconocerse algo de la suavidad, ternura y gracia de tan excelente y simpático modelo. Acaso no haya en la colección de las *Poesías* de Mendive ninguna cosa de primer orden ni de originalidad muy relevante, pero sí muchas agradables, lindas y aun exquisitas; y si le faltan los tonos valientes de la pasión, muestra en cambio notable sensibilidad y dulzura en la expresión de los afectos domésticos, y brilla con luz templada é igual en el conjunto de sus obras más bien que en ninguna de ellas tomada en particular. El romance de *Yumurí*, *La Flor del agua*, *La Gota de rocío*, *La Música de las Palmas*, bastan, no obstante, para caracterizar su manera, modesta y sencilla, bien lejana del énfasis hueco y de la viciosa lozanía y exuberancia que en estos últimos tiempos han sido plaga de la literatura cubana (1).

trario aprovechó para nada á Zenea el salvo-conducto, que las autoridades militares de la isla no reconocieron como válido. Al intentar reembarcarse para los Estados Unidos, fué hecho prisionero por un destacamento español en 30 de Diciembre de 1870, y conducido á la Habana, donde después de una prisión de más de siete meses, fué condenado á muerte por un consejo de guerra y fusilado en 25 de Agosto de 1871.

Los pormenores de esta triste historia están narrados con mucho talento pero con cierta saña fría y reconcentrada en un libro de D. Enrique Piñeyro, *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea* (París, Garnier. 1901). De la parte política de este libro, que en algunos puntos hace hervir la sangre española, no tengo afortunadamente que tratar aquí. La parte literaria es digna de toda alabanza, y me ha servido para completar y rectificar estas páginas sobre Zenea, que en su primera redacción no correspondían á la importancia del poeta.

Al mismo Piñeyro se debió la publicación póstuma de las *Poesías Completas* de Zenea (Nueva York, 1872), donde se reproduce el contenido del pequeño volumen *Cantos de la tarde*, y se añaden otras veinticuatro poesías, sin contar con las diez y seis escritas en la prisión, que habían aparecido antes en *El Mundo Nuevo*, periódico ilustrado que dirigía el mismo Piñeyro. Contiene además este tomito una serie de traducciones de Leopardi, Musset, Bryant, Longfellow y otros poetas modernos.

(1) Nació Mendive en la Habana, en 24 de Octubre de 1821, y falleció en 1886. Empezó á darse á conocer como poeta en 1843. En 1847 publicó el

Nada ganaría la presente Historia con dar en ella cabida á los innumerables versificadores, cuyas lucubraciones métricas abruman el *Parnaso Cubano*, la *Cuba Poética*, y otras colecciones en que se ha atendido más á la cantidad que á la calidad de los productos. En Cuba todo el mundo hace versos, y son muchos los que hacen versos sonoros y brillantes, que pueden fascinar en la recitación y aun en la primera lectura, aunque carezcan por lo demás de todo valor intrínseco. La ardiente fantasía de los naturales de aquel suelo, privilegiado en todo; lo vehemente, férvido y extremoso de sus afectos; la viveza y rapidez de comprensión, propia de la mente de los criollos; la movilidad de sus impresiones, el oído armónico de que la naturaleza parece haberles dotado y que los hace en extremo sensibles á los prestigios de la música y al halago del metro, son cualidades y condiciones que, unidas al portentoso espectáculo de aquella prolífica vegetación y al influjo de aquella atmósfera de fuego, predisponen é inclinan á la mayor parte de los cubanos á la improvisación poética, tomada esta palabra improvisación en el sentido más lato posible, es decir, como sinónima de creación espontánea, irreflexiva y poco madura. La misma universalidad con que está repartida allí la aptitud estética primitiva y elemental, y el participar todos, en mayor ó menor grado, de los goces artísticos, no ya como meros contempladores, sino como productores, impiden que se desarrolle con bastante pujanza el genio individual, y que pueda completar su educación con estudio y reposo. Nace de aquí la extraordinaria abundancia de medianías, que merced á cierta destreza

primer tomo de sus versos con el título de *Pasionarias*. Dirigió varios periódicos, entre ellos las *Flores del Siglo* y la *Revista de la Habana*, una de las más importantes que han aparecido en la isla. El segundo tomo de sus *Poesías* lleva un prólogo de D. Manuel Cañete. En sus últimos años publicó una nueva colección mucho más copiosa, pero en la cual no figura su bella traducción de las *Melodías Irlandesas* de T. Moore, impresa en Nueva York, en 1875. Hizo también algunos ensayos dramáticos, entre ellos un libreto de ópera con el título de *Gulnara*. Aunque hombre de condición mansa y pacífica, se vió envuelto en el torbellino revolucionario de 1868, y vivió expatriado de Cuba durante algunos años. Su biografía, escrita por don Vidal Morales, puede leerse en la última edición de sus *Poesías*, ya citada.

técnica y á las particulares condiciones de nuestra lengua, que es de las que cantan por sí solas, llegan á obtener efímero aplauso, para ser sustituídas al día siguiente por nuevos ídolos, que á poco se hunden en la noche del olvido, sin que de su canto quede ni una sola nota. De estos poetas de transitoria fama ha habido muchos en Cuba, y sin descender á los que sólo sirven hoy para abultar las páginas de una bibliografía, conviene todavía apuntar algunos nombres.

Nada hemos dicho, por ejemplo, de D. Ramón Vélez y Herrera, el decano de los poetas de la isla, que desde 1829 hasta nuestros propios días, no cesó de publicar versos de todo género, ya odas quintanescas como la dedicada *Á Franklin, inventor del pararrayos*, ya fáciles y armoniosos romances de costumbres *guajiras* y de peleas de gallos, que es el género en que principalmente sobresalió, y en que merece más alabanza por su desembarazo y gracia descriptiva; si bien en el color local se nota cierto amaneramiento, que por supuesto fué mayor en sus imitadores, los cuales acabaron por desacreditar al guajiro y á su gallo, sucediéndole la exótica poesía de los *Siboneyes* de Bayamo (1).

Semejante en algo á Vélez y Herrera, pero más poeta que él, fué el matancero Miguel Teurbe de Tolón (2), uno de los ingenios que

(1) Nació D. Ramón Vélez y Herrera en la Habana el 4 de Marzo de 1808. Es el más antiguo de los poetas cubanos posteriores á Heredia. El primer tomo de sus *Poesías* apareció en 1833, el segundo en 1837 (contiene, entre otras cosas, fragmentos de un poema en octavas, *El Sitio de la Habana por los ingleses*), el tercero en 1838, en 1840 la leyenda *Elvira de Oquendo ó los amores de una guajira*, en 1843 la comedia *Los dos novios en los baños de San Diego*, en 1849 otra colección: *Las Flores de Otoño*, y en 1856 los *Romances Cubanos*. Colaboró en casi todos los periódicos isleños, desde *La Moda*, de D. Domingo del Monte, hasta la *Floresta Cubana*, que en 1856 dirigía Fornaris.

(2) Nació en Matanzas en 1820 y murió en 1858. Complicado en las tramas anexionistas de 1850, y condenado á muerte por un Consejo de Guerra, se refugió en Nueva York, donde vivió algunos años casi en la miseria, acogiéndose al cabo á un indulto que le permitió volver á su patria. En 1849 había publicado sus primeros versos con el título de *Los Preludios*; en 1856 hizo imprimir en Nueva York sus *Leyendas cubanas*, *Luz y sombra*.

presentan más carácter cubano, especialmente en los romances y leyendas, tales como *Paula*, *La ribereña de San Juan*, *Un rasgo de Juan Ribero*. «En estos delicados cuadros de costumbres cubanas (dice Mendive) se encuentran pintados, aunque á grandes rasgos, nuestro cielo, nuestro sol, las flores de nuestros campos, todas las galas, en fin, de nuestra espléndida naturaleza, y con ella la vida rústica y casi nómada de nuestros campesinos, sus románticas aventuras y cuanto tiene relación con sus usos y costumbres» (1). La oda *Al valle del Yumurí* muestra también sus felices condiciones de paisajista. Pero más que en los versos de arte mayor, luce su inspiración en la factura popular de las décimas y glosas, en que vence á todos los poetas cubanos, elevando á forma de arte la ruda inspiración de Pobeda (2) y otros improvisadores y copleros semipopulares.

Muy distintos rumbos siguió la inspiración de D. Francisco Orgáz, que, como la Avellaneda, pasó la mayor parte de su vida en España, alcanzando en Madrid transitoria fama, ya como poeta, ya como periodista, por los años de 1841. Hoy sus *Preludios del Arpa* están completamente olvidados, y á la verdad no con grande injusticia, porque pertenecen á un género de efectismo rimbombante, que deja fatigados con su estrépito los oídos, y vacío de formas el entendimiento. Sus asuntos son siempre de los que mas se prestan á la declamación poética y á la gimnasia de un versificador robusto: *Dios*, *El Porvenir*, *El Huracán*, *Las Estrellas*, *Napoleón*, *La Traslación de los restos de Napoleón*..... Un admirador suyo, español

(1) *Revista de la Habana*, tomo III, pág. 23.

(2) D. Francisco Pobeda y Armenteros, comúnmente llamado *el Trovador Cubano*, poeta iliterato, pero muy fácil y fecundo. Su vida fué errante y extrañísima. Según su biógrafo López Prieto (*Parnaso Cubano*, pág. 156), desempeñó sucesivamente los oficios de peón ganadero, cómico de la legua, amanuense de procurador, capitán de partido, maestro de escuela, dependiente de ingenios y cafetales, Notario eclesiástico, y, últimamente, vendedor de carnes en Sagua la Grande. Sus décimas amorosas no carecen de mérito y tienen cierto perfume de antigua galantería castellana, debido indudablemente á las comedias de capa y espada, que Pobeda había representado en el tiempo en que fué actor ambulante. Hay una colección incompleta de sus poesías, publicada en Sagua la Grande en 1863.

por cierto, dijo que sus versos eran valientes como el vuelo del águila y sus conceptos *atrevidos como la hoja de la palmera* (sic). A tal poesía, tal crítica (1).

Mejor recuerdo merece D. Ramón de Palma y Romay, cuyos versos se imprimieron en 1841 con el título de *Aves de paso* y el seudónimo de *El Bachiller Alfonso Maldonado.* La extraña, pero poética fantasía titulada *El Fuego fatuo*, es buen ejemplar de una rara manera de lirismo romántico, que alguna vez cultivó Zorrilla, y que pudiéramos llamar *sonambulismo lírico.* Otras composiciones de Palma, como el *Himno de guerra del Cruzado*, han sido más celebradas, pero, en mi concepto, valen menos. Fué uno de los innumerables traductores del *Cinco de Mayo*, de Manzoni, y no de los que peor salieron de la empresa. Como versificador y hablista es bastante correcto. Colaborador suyo en varias empresas periodísticas fué el venezolano D. José Antonio Echeverría, mucho mejor prosista que poeta, lo mismo que el fecundo y superficial polígrafo Don Ramón Zambrana, que así hacía versos como escribía de cuestiones médicas ó filosóficas, perdiendo, por empeñarse en tantas cosas, la reputación que quizá hubiera logrado concretando más sus esfuerzos (2).

(1) Aunque el tomo de Orgaz circuló libremente en la Península, y nada tiene de particular en ningún sentido, el gobierno militar de la isla prohibió su introducción por estos versos con que comienza:

Triste cantor de la cubana orilla,
Donde muere en su cuna el pensamiento,
Donde si el genio enardecido brilla
Es un crimen su noble atrevimiento.....

(2) Indicaremos algunos datos biográfico-bibliográficos acerca de los poetas últimamente nombrados.

*Orgaz* (Francisco). Nació en la Habana en 2 de Abril de 1815, y murió en Madrid en 4 de Abril de 1873. Sus *Poesías*, con el título de *Preludios del Arpa*, fueron publicadas por el editor Boix en 1841.

*Palma y Romay* (Ramón de). Nació en la Habana en 3 de Enero de 1812. Murió en 21 de Julio de 1860. Sus primeras poesías, escritas con el pseudónimo de *el Bachiller Alfonso de Maldonado*, aparecieron en 1834. Dirigió por algún tiempo un colegio en Matanzas. En 1837 publicó, en colaboración con Echeverría, el *Aguinaldo Habanero*, en 1838 el *Plantel.* Colaboró en *El Album*,

En jerarquía todavía inferior á los citados, queda una turba de versificadores desaliñados y verbosos que, convirtiendo la prensa diaria en un matorral de sandeces rimadas, han hecho más daño al buen nombre literario de Cuba que hubieran podido hacerle sus más encarnizados enemigos. Quien considere por una parte los versos de Heredia, la Avellaneda, Luaces, Milanés, *Plácido*, Zenea y Mendive, y por otra este fárrago de execrable barbarie, se sentirá tentado á creer que la Gran Antilla tiene el privilegio

en el *Diario de la Habana*, en *El Artista* y en otras colecciones periódicas. De 1841 es la colección de sus poesías *Aves de paso*, á las cuales han de añadirse dos cuadernos posteriores, *Hojas caídas* y *Melodías poéticas*. Suyos son también algunos ensayos dramáticos y novelas cortas. Mendive compuso una hermosa poesía á su muerte.

*Zambrana* (D. Ramón). Nació en 10 de Julio de 1817. Murió en 1866. Fué uno de los fundadores del *Repertorio Médico Habanero*, del *Repertorio Económico de Medicina, Farmacia y Ciencias Naturales*, y dirigió la *Gaceta Médica de la Habana*. Hombre de conocimientos enciclopédicos, inundó con sus producciones todos los periódicos científicos y literarios de la isla. Escribió bastante de filosofía con el criterio del espiritualismo cristiano. Hay una colección de las *Obras literarias, filosóficas y científicas del Dr. D. Ramón Zambrana* (Habana, 1858). En ella se lee un *Juicio sobre las diferentes épocas de la poesía en Cuba*.

Otros muchos figuran en las florestas cubanas, pero sería interminable, y no sé hasta qué punto provechosa, su enumeración completa en un trabajo de índole tan general como el presente. Basta citar los nombres de D. José Gonzalo Roldán, D. Francisco Javier Blanchié, cuyas poesías se imprimieron en 1846, con el título de *Margaritas*, y tuvieron efímera boga en los días inmediatos á la muerte del infeliz poeta, de quien nadie hizo caso en vida; D. Leopoldo Turla; el sentimental versificador D. Felipe López de Briñas; D. José Güell y Renté, muy conocido en España, aunque más por las raras aventuras de su vida, que por la insípida afluencia de sus innumerables versos; y, finalmente, los aristocráticos aficionados Marqués de Montelo (D. José Luis Alfonso) y Marqués de San Miguel (D. Miguel de Cárdenas y Chaves). A poca costa podría ampliarse esta nomenclatura.

Hemos indicado en varios pasajes del texto que existe en Cuba una poesía lírica popular, ó más bien vulgar, de cantares, glosas y décimas. La música criolla que acompaña á estas canciones, y que ha penetrado ya en nuestra zarzuela, vale harto más que la poesía, como sucede casi siempre en estos casos. En la *Revista de la Habana*, tomo III, 1854, puede verse un interesante estudio de D. Ramón de Palma sobre los *Cantares de Cuba*.

de producir la mejor y la peor poesía del mundo americano. Varias causas contribuyen á esto, no siendo la menor cierta indisciplina, no ya literaria sino gramatical, de la cual muchos en América, lo mismo que en España, hacen alarde, considerándola como signo de los elegidos y marca distintiva del genio. Así se malogran vates que quizá llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto, cuyas leyes en ninguna latitud prescriben. Cierto sentimentalismo vago, declamatorio y hueco, forma predilecta del romanticismo, ó más bien del gongorismo americano, ha esterilizado en algunos las mejores disposiciones, y ha llenado de feas manchas las composiciones de otros que merecen vivir á pesar de ellas, y que han acertado siempre que han querido acudir á las verdaderas fuentes del sentimiento poético. Por muchos años ha dominado en Cuba un zorrillismo reprensible, que imitaba sólo la facilidad abandonada y los resabios del estilo del maestro, puesto que el fondo de su admirable poesía tradicional ó legendaria tenía que ser letra muerta en las vírgenes soledades americanas; lo cual no fué obstáculo para que algunos se arrojasen absurdamente á fabricar *poesía nacional cubana*, con leyendas insulsas y nombres estrafalarios de caudillos salvajes anteriores a la conquista, género cuya especialidad tuvo el famoso Fornaris, llamado el poeta de los *siboneyes* (1).

(1) Nació en Bayamo en 18 de Mayo de 1827 y murió en la Habana en 1890. Fué abogado y Regidor de su pueblo natal. Emigrado durante la guerra, volvió á Cuba en 1879, y publicó en 1888 la última edición de sus poesías. Su nombradía literaria, que fué grande en un tiempo, ha caducado enteramente. Véase alguna muestra del ridículo género á que dió su nombre:

Recuerdos de las vírgenes tostadas,
De esbeltos talles y de negros ojos,
Que vivieron al son de las cascadas,
Bajo el ancho dosel de los *corojos*.
Historias de otros siglos hechiceras
Que sorprendí en la margen del Caonao,
Del límpido Bayamo en las riberas
Y en las puras corrientes de Arimao.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Allí en pobres y rústicos *caneyes*
Tranquilos habitaron los *behiques*,

En otros ingenios, la aversión contra la madre patria, y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos de gusto más exquisito. En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de D. Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué cómo, en son de independencia, vinieron á perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta. Hoy quizá entre todas las literaturas de América, la menos española es la cubana. En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla, y ni siquiera la vecindad de los Estados Unidos basta para llevar los espíritus por otro camino y apartarlos de una superstición que, aun en algunos de los más discretos, toma visos de fetichismo. Y es lástima grande, porque en ninguna parte abundan tanto como allí el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer prosistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que aflige á Cuba.

Las vírgenes cubanas, los caciques,
Una familia, en fin, de *siboneyes*.

De estos cantos *siboneyes* hizo una parodia algo chistosa un autor que no recuerdo, aunque sí estos versos suyos:

Me gusta la piña,
Me gusta el mamey,
Yo soy de Bayamo,
Yo soy *siboney*.

# IV

## SANTO DOMINGO

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquélla á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; sentóse como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no

menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, «*apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes*», podía multiplicar sin esfuerzo el número prodigioso de diálogos de sus *Batallas y Quincuagenas*, ó de libros de su *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, sin poner en ellos más aliño ni orden que los que gastaba en su conversación familiar. ¡Pero qué inagotable tesoro el de sus recuerdos! ¡Cuanto había vivido, y qué ojos tan abiertos para verlo y escudriñarlo todo, y qué memoria tan monstruosa y tenaz para recordarlo! No hay entre los primitivos libros sobre América ninguno tan interesante como el suyo. Por lo mismo que Oviedo dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor; por lo mismo que acumula todo género de detalles sin elección ni discernimiento, con afán muchas veces nimio y pueril, resulta inapreciable colector de memorias, que otro varón de más letras y más severo gusto hubiera dejado perderse, no sin grave detrimento de la futura ciencia histórica, que de todo saca partido, y muchas veces encuentra en lo pequeño la revelación de lo grande (1). En la parte de Historia natural, que es muy considerable en su com-

(1) Véase el tratado de D. José Amador de los Ríos sobre la *Vida y escritos de Oviedo*, al frente de su *Historia de las Indias*, publicada por la Real Academia de la Historia en 1851 (cuatro volúmenes).

pilación, fué ventaja para Oviedo el ser extraño á la Física oficial de su tiempo, tan apartada todavía de la realidad, tan formalista y escolástica, ó tan supersticiosamente apegada al texto de los antiguos, aun en muchos de los que mas se preciaban de innovadores. Poco importaba que tuviese que leer á Plinio en toscano, por no poder leerle en su nativa lengua, si entregado á los solos recursos de su observación espontánea y precientífica, lograba, como logró, aunque fuese de un modo enteramente empírico, describir el primero la fauna y la flora de regiones nunca imaginadas por Plinio, y fundar, como fundó, la Historia natural de América, con descripciones que no son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas.

No fué Oviedo poeta, pero sí abundante y desdichado versificador. El indigesto fárrago que lleva por título *Las Quincuagenas de los generosos é illustres é no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses y condes é cavalleros é personas notables de España* (obra que por ningún concepto ha de confundirse con el inestimable tesoro de las *Batallas y Quincuagenas* del mismo autor), está dividido en tres partes ó volúmenes en folio, que el autor acabó de escribir de su mano en la fortaleza de la Isla Española, el domingo 1.º de Pascua de Pentecostés, 25 de Mayo de 1556; y fué, sin duda, la primera obra de ingenio compuesta en la isla. Cada parte ó *quincuagena* comprende cincuenta *estanzas*, y cada *estanza* cincuenta versos, acompañados de difusos comentarios en prosa.

Los versos que, fuera de la medida, apenas merecen tal nombre, son todos de arte menor, y contienen sentencias y avisos morales á modo de proverbios, como fueron luego los de Alonso de Batres y Cristóbal Pérez de Herrera, y antes y con más poesía los del rabí D. Sem Tob y el Marqués de Santillana. Véase una muestra de esta poesía *gnómica* del buen castellano de Santo Domingo (1).

(1) *Las Quincuagenas de la nobleza de España por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, alcayde de la fortaleza de Santo Domingo; publicadas por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del académico de número D. Vicente de la Fuente*, tomo I, *Madrid, M. Tello*, 1880.

Véase sobre esta publicación, que no ha continuado, un artículo de Morel-Fatio en la *Revue Historique*, tomo XXI, págs. 179-190.

No procures la possada
De la huéspeda risueña,
Ni te fíes de la dueña
Que vieres arrebolada.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ni quieras tener contienda
Ni letigio con mujeres,
Ni les hagas desplaceres
Á los que son religiosos.
Con los que son mentirosos
No quieras conversación,
Ni tengas altercación
Con el que vieres porfiado:
El que está escarmentado
Guárdesse de tropezar, etc.

Estas coplas sirven de pretexto para una serie de empalagosas disertaciones en prosa, donde en medio de un sinnúmero de lugares comunes y de citas de los clásicos y de los Santos Padres, se encuentran bastantes indicaciones de historia y de costumbres, que bastan para justificar la publicación íntegra del mamotreto, aunque no el que se le haya dado preferencia sobre las *Batallas* del mismo autor, sin las cuales es imposible conocer á fondo la España de los Reyes Católicos.

La historia del descubrimiento y conquista de la Isla Española no dió asunto á ningún poema particular, pero el infatigable versificador Juan de Castellanos, la consignó muy á la larga en sus cinco primeras *Elegías*, relativas á Cristóbal Colón, y á su hijo D. Diego, el segundo Almirante.

La prosperidad y la importancia de Santo Domingo, dentro de nuestro imperio colonial, duró muy poco, comenzando la despoblación de la isla á medida que los límites de este imperio iban dilatándose por el mar de las Antillas y por Costa Firme, y luego por los inmensos territorios de México y del Perú. Cada día más abandonada la Española, que a pesar de la importancia eclesiastica de su Sede metropolitana y del extenso territorio á que se extendía la jurisdicción de su Audiencia, se consideraba meramente como punto de escala para más opulentas regiones, se vió expuesta desde fines del siglo XVI á las depredaciones de los corsarios ingleses, fran-

ceses y holandeses, y á las piraterías de los *bucaneros*, llegando en la siguiente centuria á tal punto de ruina, que en 1737 la población española escasamente llegaba á 6.000 habitantes.

Como restos de su cultura antigua le quedaban, en el convento de Predicadores, una Universidad casi desierta, aunque condecorada con los pomposos nombres de *Imperial y Pontificia*, cuyo origen se remontaba á los tiempos de Carlos V y del Papa Paulo III (1538), y que sirvió de modelo para la organización de la de la Habana; y un colegio ó *estudio* de jesuítas, bien dotado al parecer, cuyas rentas se aplicaron, después de la expulsión de la Compañía, al Colegio de San Fernando, que duró hasta la cesión de la parte española de la isla á Francia en 1795.

En este largo período de tres siglos, especialmente en el XVI, en que la ruina de la colonia no se había consumado aún, no dejó la isla de ser honrada alguna vez por los favores de las musas, y tuvo desde luego la honra de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América. Debemos la noticia de ella y el conocimiento de algunos de sus versos al inestimable manuscrito de la *Silva de Poesía*, *compuesta por Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid*, que se guarda en nuestra Academia de la Historia, y que ya tuvimos ocasión de mencionar tratando de Méjico. Salazar, que fué nombrado en 19 de Julio de 1573 Oidor de Santo Domingo, donde permaneció hasta 1580, en que ascendió á Fiscal de la Audiencia de Guatemala, nos ha dejado en sus versos muchos y agradables recuerdos de su estancia en la isla. *En loor de la muy leal*, *noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo* compuso un *Canto*. Y en un soneto nos dejó memoria del triste caso de un astrólogo dominicano llamado Castaño «que echaba juicios y respondía á muchos sobre sucesos futuros»: «Éste quiso pasar á la isla de Cuba en un navío cargado de mercaderías suyas, y en el viaje encontró un corsario francés que le tomó á él y al navío y á lo que llevaba.» Otras anécdotas de la vida de la colonia dan ocasión a composiciones de Salazar; pero lo que más importa á nuestro objeto es la mención de tres poetas de la isla, de dos de los cuales intercala algunos versos entre los suyos. De Francisco Tostado de la Peña, *vecino de la ciudad de Santo*

*Domingo de La Española*, trae un soneto tan malo que no vale la pena de ser transcrito, aunque Salazar le llame en la contestación «*heroico ingenio del sutil Tostado*». *Á la ilustre poeta y Sra. D.ª Elvira de Mendoza, nacida en la ciudad de Santo Domingo*, dirige un soneto encomiástico, pero no nos da ninguna muestra de su numen. En cambio nos hace conocer varias composiciones de *la ingeniosa poeta y muy religiosa observante D.ª Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española*, de quien se declara *muy devoto y servidor*, y á quien dedica cinco sonetos en fiestas de Navidad, Pascua de Reyes, Pascua de Resurrección, Pascua de Pentecostés y día de San Juan Bautista, contestándole la monja con otros tantos, no menos devotos que corteses, y á veces por los mismos consonantes que los del Oidor. En nota los insertamos como curiosidad bibliográfica, juntamente con unos versos sueltos de la misma señora, que aun llenos de asonancias, como era general costumbre en el siglo XVI y lo es todavía entre los italianos, no me parecen despreciables, y siquiera por lo raro del metro en la pluma de una monja, deben conservarse (1).

(1) Doña Leonor de Ovando, profesa en el Monasterio de Regina de La Española:

SONETOS

EN RESPUESTA Á UNO DE EUGENIO DE SALAZAR

El niño Dios, la Virgen y parida,
El parto virginal, el Padre eterno,
El portalico pobre, y el invierno
Con que tiembla el auctor de nuestra vida,
Sienta (señor) vuestra alma y advertida
Del fin de aqueste don y bien superno,
Absorta esté en aquel, cuyo gobierno
La tenga con su gracia guarnecida.
Las Pascuas os dé Dios, qual me las distes
Con los divinos versos de essa mano;
Los quales me pusieron tal consuelo,
Que son alegres ya mis ojos tristes,
Y meditando bien tan soberano,
El alma se levanta para el cielo.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN LA PASCUA DE REYES

Buena Pascua de Reyes y buen día
(Ilustre señor mío) tengáis éste,

Otro poeta muy superior á Eugenio de Salazar; uno de los genios más indiscutibles de que la literatura española puede gloriarse, honró con su visita la isla de Santo Domingo, á principios del siglo XVII, aunque tal visita haya sido generalmente ignorada por los historiadores dominicanos, y por sus propios biógrafos. Fué éste nada me-

Adonde la clemencia sacra os preste
Salud, vida, contento y alegría.
  Del Niño y de los Magos y María
Tan bien sepáis sentir, que sólo os cueste
Querer que sea el espíritu celeste,
Y assi gocéis de la alta melodía.
  Albricias de la buena nueva os pido,
Aguinaldo llamado comúnmente,
Que es hoy Dios conoscido y adorado
  De la gentilidad. Pues le ha offrescido
En parias á los Reyes del Oriente:
Y su poder ante él está postrado.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE UNO SUYO

  El buen pastor Domingo, pregonero
De nuestro bien y gloria rescibido,
Aquesta vuestra sierva le ha tenido
En más que á muy ilustre cavallero:
  Sé que le hizo Dios para tercero
Del abreviado plazo y bien cumplido,
Que el cuerpo y alma estuvo dividido,
Del manso y divinissimo cordero.
  El salto y zapateta fué bien dado.
Pues con la mesma espada de Golías,
Nuestro David le corta la cabeza:
  Domingo desto está regocijado,
Y haze deste bien las alegrías,
Mas yo me llevaré la mejor pieza.

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO

  Pecho que tal concepto ha producido,
La lengua que lo ha manifestado,
La mano que escribió, me han declarado
Que el dedo divinal os ha movido.
  ¿Cómo pudiera un hombre no encendido
En el divino fuego, ni abrasado,
Hacer aquel soneto celebrado
Digno de ser en almas esculpido?
  Al tiempo que lo ví, quedé admirada,
Pensando si era cosa por ventura
En el sacro collegio fabricada:
  La pura sanctidad allí encerrada,
El emphasis, primor de la scriptura,
Me hizo pensar cosa no pensada.

nos que el gran Tirso de Molina, Fr. Gabriel Téllez, que estuvo allí como visitador de los conventos de su Orden, según él propio declara, si bien con palabras de acendrada modestia, en su *Historia* inédita *de la Orden de la Merced* (MS. de la Academia de la Historia), libro que contiene, aunque escasos, los más positivos datos acerca

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO EN RESPUESTA DE OTRO SUYO SOBRE LA COMPETENCIA ENTRE LAS MONJAS BAUTISTAS Y EVANGELISTAS

No sigo el estandarte del Baptista;
Que del amado tengo el apellido;
Llevóme tras su vuelo muy sabido
El águila caudal Evangelista.
Mirélo ya con muy despierta vista
Dende que tuve racional sentido;
Y puesto que el propheta es tan subido,
Mi alma quiso más al coronista.
No quiero yo altercar sobre su estado,
Pues sé que fueron ambos claro espejo,
Y de la perfección rico dechado:
Tomo con humildad vuestro consejo
Y quiero destos fuertes capitanes
Ser (como me mandáys) de entrambos Joanes.

## VERSOS SUELTOS

DE LA MISMA SEÑORA AL MISMO

Qual suelen las tinieblas desterrarse
Al descender de Phebo acá en la tierra,
Que vemos aclarar el aire obscuro,
Y mediante su luz pueden los ojos
Representar al alma algún contento,
Con lo que pueda dar deleyte alguno:
Assi le acontesció al ánima mía
Con la merced de aquel illustre mano,
Que esclareció el caliginoso pecho,
Con que pude gozar de bien tan alto,
Con que pude leer aquellos versos
Dignos de tan capaz entendimiento,
Qual el que produció tales conceptos.
La obra vuestra fué; más el moveros
Á consolar un alma tan penada,
De aquella mano vino, que no suele
Dar la nïeve, sin segunda lana;
Y nunca da trabajo, que no ponga
Según la enfermedad la medicina.
Assi que equivalente fué el consuelo
Al dolor, que mi alma padescía
Del ausencia de prendas tan amadas.
Seys son las que se van, yo sola quedo;
El alma lastimada de partidas,

de su persona (1). Hay evidente error en la fecha de su vuelta y de su paso por Sevilla, consignada en un apunte de Fr. Pedro de San Cecilio, natural de Granada, y Comendador de la Merced, en su

Partida de dolor, porque partida
Partió, y cortó el contento de mi vida,
Cuando con gran contento la gozaba:
Mas aquella divina Providencia,
Que sabe lo que al alma le conviene,
Me va quitando toda el alegría,
Para que sepáys que es tan zeloso,
Que no quiere que quiera cosa alguna
Aquel divino esposo de mi alma,
Sino que sola á él sólo sirva y quiera,
Que solo padesció por darme vida;
Y sé que por mí sola padesciera
Y á mí sola me hubiera redimido,
Si sola en este mundo me criara.
La esposa dice: sola yo á mi amado,
Mi amado á mí. Que no quiero más gente.
Y llorar por hermanos quien es monja,
Sabiendo que de sola se apellida:
No quiero yo llorar, más suplicaros
Por sola me veays, si soys servido;
Que me edificaréys con escucharos.

(1) «La Real Audiencia (que reside en la isla que llaman la Española y ciudad de Santo Domingo) escribió al Supremo Consejo de las Indias proveyese de Religiosos nuestros, ejemplares y doctos, para reformar los Monasterios que en aquella Provincia necesitaban de letras y observancia. Lo cierto que la pobreza summa de aquellas partes descaminaba á los nuestros para que sin licencia de sus Prelados se pasasen los que eran importantes á otras más acomodadas, y que quedando solos los inútiles, padecía la Religión algún descrédito. Los extremos siempre desbaratan las leyes y virtudes: el de la mucha abundancia descamina á no pocos del Perú... y el de la falta de lo preciso para la vida desbarató agora en esta isla lo político y lo religioso, no sólo de los nuestros, pero aun los de las otras Ordenes.....

»Era tan poca la suficiencia de los que vivían en el Monasterio nuestro cabeza de la Provincia y frecuentado de la ciudad Metrópoli, que no podía fiárseles si no era á cual ó cual el ministerio de la Penitencia, y la devoción con que se veneraba nuestra Iglesia no solo en la ciudad y isla pero en todas las comarcanas y aquella inmensidad de mares, por la milagrosa imagen de Nuestra Redentora, que con título de las Mercedes pocos son tan infelices que no las hayan recibido de su mano, que lastimados de esta falta escribieron la Chancillería y los dos Cabildos de la Catedral y Ayuntamiento al Real Consejo (como he dicho) para que se remediase.

»Dióse este aviso de parte de los Oidores supremos á nuestro General

Ribera, y él puso los ojos en el padre Lector (después fué Presentado) fray Juan Gomez que actualmente leía en nuestro Colegio de Alcalá de Henares, para estas ocurrencias.....

»En efecto el referido y otros cinco, á quien se les debe la restauración total de aquellos Monasterios, pasaron á la dicha isla, á costa de la Real Hacienda, y fueron recebidos así de la Chancillería como de todo lo colegiado de aquella ciudad noble con el aplauso y gozo imaginable, viendo ya en parte cumplidos sus deseos.

»Eran los que llevaba el dicho fray Juan Gomez los padres fr. Diego de Soria, fray Hernando de Canales, fr. Juan Lopez, Fray Juan Gutierrez y *Fr. Gabriel Tellez* que escribe esta segunda parte y el que menos hizo y valió menos, porque los cuatro compañeros suyos y el Prelado, desde que pusieron los pies en el Convento dicho, de tal suerte restauraron pérdidas y enmendaron descuidos, que predicando, leyendo, amonestando infatigablemente, se transformó por ellos no sólo aquella casa, pero las demás de su obediencia en comunidad de ejemplarísimos varones, en escuela de Religiosos sabios, en comercio de espirituales intereses y en un retrato del Paraíso. Asentáronse estudios que hoy día lucen con lucimiento estraño de sus naturales, sin necesitar ya de Lectores extrangeros, porque aquel clima influye ingenios capacísimos puesto que perezosos. Y en fin los que antes los habían lástima, después la convirtieron en envidia, de manera que no fueron las persecuciones pocas (siendo yo testigo) que se padecieron por algunos de la más aplaudida religión *(a)*, que no quisieran fueran nuestras mejoras tantas. Especialmente se introdujo en aquella ciudad y isla la devoción de la limpieza preservada de la Concepción Purísima de nuestra Madre y Reina, cosa casi incógnita en los habitadores de aquel pedazo de mundo descubierto».

*(Historia general de la Merced*, tomo 2.°, fol. 240 vto. y ss.) Publicó este pasaje *in integrum* D. Emilio Cotarelo en el *Discurso preliminar* de su edición de las *Comedias de Tirso de Molina* (en la *Nueva Biblioteca de AA. Españoles*, páginas XVIII y XIX).

Tirso estaba ya en la isla Española en 8 de Septiembre de 1615, puesto que en su libro *Deleitar aprovechando* (Madrid, 1635, fols. 183 y 187 vto.) da razón de una justa literaria que en aquella fecha se celebró en honra de la venerada imagen del convento de la Merced, «autorizando la solemnidad con el crédito de los ingenios de aquel nuevo orbe». El mismo Tellez concurrió á este certamen con varias poesías que copia en su referido libro, y son dos canciones, tres glosas, dos romances *á lo rústico*, y una canción real en cinco estancias de á quince versos, que se llevó el premio por todos los votos.

Á principios del año 1617 continuaba todavía en la isla, puesto que da detalles minuciosos del horrible terremoto que «dió en tierra con lo más

*(a)* Acaso alude á los Dominicos, y lo que luego apunta sobre la devoción á la Inmaculada parece que lo confirma.

libro inédito de *Patriarcas, Arzobispos y Obispos mercenarios*, existente en la Biblioteca de la Universidad Hispalense (1): «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, *cuando vino de la provincia de Santo Domingo*, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador el año de 1625.» La estancia de Tirso en la isla, que duró por lo menos dos años, debe colocarse entre 1615 y 1617, según las investigaciones de la crítica más reciente.

La primera noticia literaria que en las historias de Santo Domingo encontramos, es la de un poeta llamado D. Francisco Morillas, que por los años de 1691 compuso una glosa con motivo del triunfo obtenido en la Sabana Real de la Limonada, el 21 de Enero de dicho año, sobre las tropas francesas, merced al valor del capitán Antonio Miniel y de sus lanceros. De esta glosa se recuerdan los dos versos siguientes:

Que para sus once mil
Sobran nuestros cuatrocientos.....

Las vicisitudes políticas y cambios de dominio por que atravesó la isla durante el siglo XVIII, y especialmente en el período de la revolución negra de Haití, dieron lugar á varias improvisaciones de circunstancias, entre ellas la siguiente quintilla del presbítero don Juan Vázquez, cura de Santiago de los Caballeros:

fuerte y vistoso de sus fábricas, durando esta desdicha más de cuarenta días con mortales temblores de la tierra á tres y cuatro veces en cada uno». Fr. Juan Gómez, *y los compañeros que llevó consigo*, asistieron al solemne voto que el Cabildo, Justicia y Regidores, y la Real Audiencia de Sto. Domingo hicieron á la Virgen de la Merced, reconociéndola por única patrona de la isla (*Historia general de la Merced*, fol. 461 vto. y 55).

En Junio de 1618 asistió el P. Tellez, con título de *Definidor general de la provincia de Sto. Domingo*, al capítulo de Guadalajara en que se hizo la elección de nuevo General.

Todos estos datos han sido publicados y concordados por el referido señor Cotarelo.

(1) Comunicó esta noticia D. Juan Colón y Colón á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que la publicó en el tomo II de su *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez*, Madrid, Yenes, 1839, pág. 2.

Ayer español nací,
Á la tarde fuí francés,
Á la noche etiope fuí,
Hoy dicen que soy inglés;
No sé qué será de mí.

Esta quintilla pareció horriblemente profética, cuando el infeliz sacerdote murió quemado vivo dentro del coro de su iglesia por las bárbaras hordas de negros, que acaudilladas por Cristóbal, teniente de Dessalines, pasaron á cuchillo á los habitantes de aquella población.

Ante tales horrores, el sentimiento de raza pareció recrudecerse. El acto odioso é impolítico de la cesión de la parte española de la isla en el tratado de Basilea, había sido llorado con lágrimas de indignación por un coplero anónimo, autor de unos ovillejos, muy malos, pero muy patrióticos, que tituló *Lamentos de la isla Española de Santo Domingo*. No hay que buscar en ellos poesía, pero sí la expresión de un sentimiento español sincero y leal (1).

(1) Véanse, como curiosidad, algunas estrofas de esta rídicula, pero al mismo tiempo simpática composición:

¿Cuándo pensé ver mi grey
Sin rey?
¿Cuándo mi leal y fiel porte
Sin norte?
¿Y cuándo ¡oh pena *feroz!*
Sin *Dios*?
Lloro yo mi suerte *atroz*,
Pues que veo en un instante
Á la que era tan amante
Sin rey, sin norte y sin *Dios*.
Nunca consentí en mis ejes
Herejes;
Siempre perseguí con bríos
Judíos;
Fuerte vencí muchas *veces*
*Franceses;*
Bebo del cáliz las *heces*
De la más amarga hiel,
Pues me van á hacer infiel,
Herejes, judíos, *franceses*.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
La primera en Indias que
Fe
Tuve; y con igual privanza
Esperanza
En mi Dios, y en realidad
Caridad;
Y ahora, Igualdad, Libertad,

En los últimos tiempos de la colonia abundaba en Santo Domingo, como en Cuba, el género trivial y rastrero de la décima burlesca y de la *ensaladilla* ó pasquín satírico, de que hemos visto algunas muestras, conservadas por tradición de los ancianos, y destituídas de todo valor que no sea el meramente local, y aun éste para los contemporáneos que pudieron penetrar las alusiones. En este género obtuvo mucha popularidad un negro, repentista fácil é ingenioso, llamado *el Meso Mónica*, no sabemos si por nombre ó por apodo.

Y Fraternidad profana,
Me dan por la soberana
Fe, Esperanza y Caridad.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Sabe bien mi desconsuelo
El cielo;
Mis lágrimas van á inundar
El mar;
Mis crueles penas encierra
La tierra;
En tan despiadada guerra,
Sólo por consejo sigo
La obediencia, y me es testigo
El cielo, el mar y la tierra.
Yo vencí más de una *vez*
Al *inglés;*
Llevó de mis manos tanda
Holanda;
Nunca rindió mi constancia
Francia.
Si ahora me doy, en mi rancia
Obediencia al soberano,
Sépalo así el africano,
El inglés, Holanda y Francia.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Nadie podrá murmurarlos,
Carlos,
Mis suspiros, que constante
Amante
Te soy, con gigante amor,
Señor;
Y ahora con mortal dolor,
Que me cedes al *francés*,
Te digo: ¡adiós! de una *vez*,
Carlos, mi amante y señor.

(Inserta por apéndice al fin de la erudita *Reseña Histórico-Crítica de la poesía en Santo Domingo*, redactada por la Comisión de literatos de aquella Isla, á que en nota posterior haremos referencia.)

La única composición de este tiempo en que su autor quiso levantar algo más el tono é inspirarse en más digno argumento, es la *canción*, bastante correcta en algunas estancias, pero fría y prosaica en el total, con que D. José Núñez de Cáceres celebró la victoria de Palo Hincado, obtenida contra setecientos veteranos franceses, en 7 de Noviembre de 1808, por los dominicanos que, á despecho del tratado de Basilea, permanecían fieles á la bandera española:

Si palaciega mano,
Ó de grado ó por fuerza en Basilea,
Firmó la esclavitud de La Española,
Hoy el empeño vano
Se deshizo, ganada la pelea
De estos guerreros por la fuerza sola:
Que el áulico servil todo estipula,
Y nunca el patriotismo capitula.
Los que pueblos oprimen
Perpetúen su fama ensangrentada
En columnas y en alto capitolio;
Para los que redimen
El suelo patrio de opresión forzada,
Hay más estable y apreciado solio,
Erigido en el pecho y por las manos
De sus reconocidos ciudadanos.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Este relámpago de poesía fué tan efímero como la misma victoria que celebraba. Es cierto qne no llegó á arraigar la dominación francesa; pero separada Santo Domingo de la metrópoli, en 1821, sin que nadie se enterara de ello en España, donde se daba la isla por totalmente perdida hacía mucho tiempo, cayó bajo la feroz dominación de los negros de Haití, que durante veintidós años la secuestraron de la civilización europea, é intentaron borrar todas las huellas de su pasado, hasta el punto de prohibir el uso oficial de la lengua castellana. Las principales familias de la isla emigraron á Cuba, á Puerto Rico y á Venezuela. Dominicano de origen, aunque nacido en Maracaibo, era el docto y castizo D. Domingo del Monte; de Santo Domingo procedían los hermanos Foxá, aunque nacido

uno de ellos en Puerto Rico (1). Los dominicanos quieren reivindicar alguna parte de la gloria de Heredia por haber sido sus padres de aquella isla, y casi eventual el nacimiento del poeta en Cuba, así como por haber hecho éste sus primeros estudios en la imperial y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, á la cual basta el nombre de tal hijo para ser ilustre (2).

Figura sin razón en las colecciones de poetas cubanos un amigo y ferviente panegirista de Heredia, D. Francisco Muñoz del Monte, nacido en Santiago de los Caballeros, y no en Santiago de Cuba, como han dicho algunos de sus biógrafos. Él mismo declara su patria en estos versos de su composición *Mi cumpleaños*, escritos en 1837:

. . . . . . . . . También entonces
Fatal discordia en mi país ardía,
Y la sangre francesa y la española
Empapaban los campos encontrados
De la aurífera Haití, do el africano
De tez tostada, libertad gritando,
La libertad buscaba envuelto en sangre.
Luego á forzada emigración la suerte
Mi vida encadenó. No más un lustro
Pasado por mí había,
Y ya era fuerza abandonar la patria
Y la ribera en que el sonoro Yaque
Revuelve el oro de su azul arena;
Y eterno adiós diciendo al suelo haitiano

(1) Fué éste D. Narciso Foxá, de quien hablaremos después. Su hermano D. Francisco Javier Foxá, dominicano de nacimiento, fué de los primeros que hicieron ensayos dramáticos en Cuba, dando á las tablas una comedia *Ellos son*, y dos dramas, *El Templario* y *D. Pedro de Castilla*, representados con éxito ruidoso, pero efímero, en 1838 y 1840.

(2) El estado de la colonia era tal que no existió imprenta hasta 1821. El único impreso que de aquel año cita Medina en sus *Notas bibliográficas referentes á las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América Española* (Santiago de Chile, 1904) es la *Declaratoria de independencia del Pueblo Dominicano*, folleto de siete páginas, estampado en la «Imprenta de la Presidencia del Estado independiente de la parte española de Haytí» á cargo de José M.ª González (Archivo de Indias).

Librado á la discordia, al fuego, al hierro,
Del patrío hogar partir, y en el cubano
Nueva suerte buscar en el destierro.

Fué, no obstante, y él se proclama, hijo adoptivo de la grande Antilla, y ciudadano español por consiguiente; en virtud de lo cual fué electo diputado á Cortes en 1836, aunque ni él ni los demas Diputados de Ultramar llegaron á tomar asiento en aquel Congreso por un torpe y funesto error del antiguo partido progresista. Desde 1848 Muñoz del Monte, tenido por sospechoso en Cuba, tuvo que fijar su residencia en Madrid, donde permaneció entregado á tareas literarias, hasta su muerte, acaecida en 1868. Fué mejor jurista que poeta, y dejó fama de notable abogado; pero aquí sólo podemos juzgarle por sus versos, compuestos la mayor parte desde 1837 a 1847, y reunidos por un hijo suyo en colección póstuma, que vió la luz pública en Madrid en 1880, llevando por apéndice dos discursos de materia literaria, pronunciados por Muñoz del Monte en el Liceo de la Habana (1). Su primera educación había sido clásica, y á ella debió el buen sabor de sus versos y de su prosa, que recuerda algo la de su primo D. Domingo del Monte, á quien era muy inferior, no obstante, en erudición literaria y en manejo de nuestros clasicos. Como poeta, en cambio, tiene más inspiración y más nervio que D. Domingo, y aunque propende á la libertad romántica, y cambia con frecuencia de metros en una misma composición, y se deja arrastrar por la corriente de la amplificación desordenada, permanece clásico por la corrección y pulcritud, ya que no por la sobriedad del estilo; y hasta por cierto aparato retórico en que se traslucen los hábitos de colegio y

(1) *Poesías de D. Francisco Muñoz del Monte. Madrid, imp. y fund. de M. Tello*, 1880.

Nació Muñoz en 1800, y murió en 1868, como queda dicho. En 1821 había redactado en Santiago de Cuba *La Minerva*, periódico de legislación, política y literatura, de los mejores de entonces. En Madrid colaboró en la *Revista Española de Ambos Mundos* y en *La América*. Su discurso sobre la elocuencia del foro, su ditirambo «*Dios es lo Bello Absoluto*», su artículo sobre *El Orgullo Literario* y otros rasgos de su pluma muestran la elevación de sus ideas críticas.

de foro, juntamente con los de atildado y ceremonioso hombre de mundo, como él era, al decir de los que le conocieron. Deben citarse con particular elogio las tres composiciones tituladas *Á la Condesa de Cuba en la muerte de su padre*, *El Verano en la Habana*, y *Á la muerte de Heredia*, incluída esta última en la primitiva *América Poética*, con grande elogio de su colector D. Juan M. Gutiérrez.

En tanto que Muñoz del Monte y otros dominicanos honraban el nombre de su patria en regiones que políticamente eran ya extranjeras, en la isla amenazaba extinguirse toda cultura bajo el peso de la salvaje dominación galo-etiópica. Pero es tal la fuerza de resistencia que posee nuestra raza, que aun en las condiciones más ominosas da muestras de su ingénita nobleza, y tarde ó temprano vuelve á afirmar su nativa independencia y su propio y peculiar carácter. Tras veintidós años de tiranía los haitianos fueron arrojados del territorio, y D. Juan Pablo Duarte fundó en 1844 la República dominicana. Duarte (que había recibido su educación en España), antes de ser el salvador y reconquistador de su pueblo, fué maestro de sus conciudadanos. Cuando no había escuelas ni bibliotecas, ni medio alguno de cultura, él hacía venir anualmente de Barcelona colecciones de libros que repartía entre sus amigos, y dedicándose privada y gratuitamente á la enseñanza de las matemáticas, al mismo tiempo que á la de la esgrima y tiro, educaba en silencio una generación que había de reconquistar virilmente en los campos de batalla la independencia de su patria.

Duarte hizo versos alguna vez, aunque no presumía de poeta (1), pero el más fecundo y afamado versificador de este tiempo fué un maestro de escuela, D. Manuel María Valencia (2), que, andando el tiempo, llegó á ser director del Liceo Nacional de Santo Domingo, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, y clérigo en sus últimos años, después que enviudó. Dotado de fácil y prosaica vena, grande improvisador de décimas chistosas é inocentes por el gusto

(1) Unas redondillas suyas se insertan en la *Reseña Histórico-Crítica*, ya citada.

(2) Nació en 1818: murió en 1870.

del siglo XVIII, cambió de rumbo más adelante haciéndose poeta sentimental, romántico y quejumbroso. Los infortunios de que se quejaba eran reales, pero ni la naturaleza ni el arte le ayudaban para su expresión, y resultó palabrero y adocenado, como se echa de ver en sus composiciones, *Una noche en el templo*, *En la muerte de mi padre*, *La víspera del suicidio*, escritas ademas con notable incorrección gramatical y aun métrica.

El ciego improvisador D. Manuel Fernández; un joven capitan venezolano, al servicio de la república, D. Juan José Illas, autor de una menos que mediana elegía sobre el terremoto de 1842; un francés, profesor de idiomas, Chevremont Darvigny, que hacía confacilidad versos románticos en su nativa lengua y compuso un poemita *(Grégorienne)* á la muerte del obispo Grégoire; y finalmente, don Manuel del Monte, que versificó alternativamente en francés y en castellano, son los únicos ingenios que en todo el período de la dominación haitiana ha podido descubrir el celo de la Comisión literaria de Santo Domingo, que con tan copioso caudal de noticias ha facilitado nuestra tarea.

Los diez y siete primeros años de la República, desde 1844 á 1861, fueron de laborioso y durísimo aprendizaje, y poco ó nada favorables al desarrollo de la amena literatura. Existía una sola imprenta de carácter oficial, de la cual salían periódicos políticos y otros semiliterarios, como *El Dominicano* (que fué el más antiguo de todos), *El Oasis*, *Las Flores del Ozama*, *El Progreso*, *El Eco del Pueblo*. Más adelante apareció en Santiago de los Caballeros el *Correo de Cibao*. En la capital se estableció un teatro, y se fundaron algunas sociedades de aficionados, como la nombrada de *Los Amantes de las Letras*.

Aquella generación produjo bastantes poetas. De ellos vive aún el abogado D. Félix María del Monte, que con el seudónimo de *Delio* ó con su propio nombre, ha publicado muchas composiciones líricas, varios dramas y una zarzuela, *Ozama* (1). Entre los muertos hay que citar al fabulista D. Felipe Dávila y Fernández de Castro; á D. Javier Angulo Guridi, periodista que vivió muchos años en Cuba,

(1) Falleció después de la publicación de esta obra.

y afiliado en la secta masónica, cantó al *Grande Arquitecto del Universo;* á doña Encarnación Echevarría del Monte, que alguna vez en la poesía doméstica encontró rasgos ingenuos y fáciles, y á don Nicolás Ureña y D. Félix Mota, que valen algo más. El magistrado Ureña, conocido por el seudónimo de *Nísidas*, tuvo el mérito de introducir el color local en la poesía dominicana, cantando las costumbres de los guajiros en romances y décimas, á imitación de lo que habían hecho D. Domingo del Monte, Vélez Herrera, Teurbe y Tolón, y otros escritores de costumbres del campo de Cuba; pero la ejecución de tal propósito resulta muy débil y por todo extremo inferior á la de los poetas cubanos. Hizo también *pastorelas*, que son graciosas imitaciones de la poesía anacreóntica del siglo pasado, y una oda *Á la paz del campo*, en liras; débil y remota reminiscencia de fray Luis de León. Don Félix Mota, que combatió con las armas la anexión á España, y fué fusilado con otros veinte compañeros en 4 de Julio de 1861, era también poeta de tendencias clásicas. Su oda *La Virgen de Ozama* está en sáficos y adónicos bastante correctos y de efecto agradable. También termina con sáficos no mal hechos su poesía *La Vida*. En cambio, otras composiciones suyas, como *El Blasfemo*, pertenecen á la última y depravada manera de Milanés.

La influencia de los poetas cubanos ha predominado siempre en Santo Domingo, como era forzoso que sucediese, dada la vecindad y la superior cultura. Así es que la poesía dominicana reproduce, aunque en pequeño, los cambios del gusto en la grande Antilla española, y sólo en nuestros días comienza á adquirir cierta autonomía. Lo que pasma es que haya podido desarrollarse, aunque sea en reducida escala, en el estado de continua perturbación en que ha vivido aquel desdichado país hasta estos últimos años. A una serie de revoluciones y tiranías militares sucedió la anexión á España, tan desatentada é impolítica de nuestra parte como lo había sido en la centuria pasada el abandono de la isla, que no acertamos ni á conservar ni á perder á tiempo; á la anexión una guerra impopular y estéril, que unida á la del Pacífico, estuvo á punto de hacernos perder en la América española el prestigio y la confianza que nos había dado el grande acto de la retirada de Prim en Veracruz. Y

tras este paréntesis de cinco años y de inmensos desaciertos, que fueron triste preludio de la insurreción de Cuba: nuevo abandono del país por los españoles, y restablecimiento de la República Dominicana para ser de nuevo consumida y destrozada por las facciones.

Y, sin embargo, la musa castellana nunca ha dejado de levantar su voz sobre este hórrido tumulto, y cada vez han sido más poderosos sus acentos. Para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo hay que llegar á D. José Joaquín Pérez, el autor de *El junco verde*, de *El voto de Anacaona* y de la abundantísima y florida *Quisqueyana;* en quien verdaderamente empiezan las *fantasías indígenas*, interpoladas con los *Ecos del destierro* y con las efusiones de *La vuelta al hogar;* y á la egregia poetisa D.ª Salomé Ureña de Enríquez *(Herminia)*, que sostiene con firmeza en sus brazos femeniles la lira de Quintana y de Gallego, arrancando de ella robustos sones en loor de la patria y de la civilización, que no excluyen más suaves tonos para cantar deliciosamente la *llegada del invierno* ó vaticinar sobre la cuna de su hijo primogénito (1).

Pero ambos poetas viven por fortuna de las letras (2), y el plan de esta colección nos obliga con harto sentimiento no sólo á prescindir de sus versos, sino á limitarnos á esta rápida mención de sus nombres; y ni aun ésta hubiéramos hecho á no ser tan desconocida en Europa la literatura dominicana (3).

De los que han fallecido, todavía reclaman alguna mención don Manuel Rodríguez Objío (1838-1871), ardiente poeta político, que

(1) *Poesías de Salomé Ureña de Enríquez, coleccionadas por la Sociedad literaria Amigos del País y publicada por la misma con la cooperación de varios municipios, sociedades é individuos particulares. Santo Domingo, imp. de García hermanos*, 1880.

(2) Fallecieron después de 1895.

(3) Un joven dominicano, de sólida instrucción y buen gusto, D. Pedro Enríquez Ureña, dedica en su reciente libro *Horas de Estudio* (Paris, Ollendorf, 1910) algunas páginas muy dignas de leerse á la *vida intelectual de Santo Domingo*, y al estudio de las poesías de D. José Joaquín Pérez y de D. Gastón F. Deligne, el más notable de los ingenios de la actual generación. Allí se encontrarán muchas noticias, que aquí no pueden consignarse por los límites cronológicos que hemos asignado á nuestra obra.

pasó emigrado la tercera parte de su vida y murió fusilado; D. José Francisco Pichardo (1837-1873), que vivió doliente y pobre en Venezuela, y manifestó en sus versos con sinceridad, aunque no con mucho estro poético, su deplorable estado de salud; D. Juan Isidro Ortea (por seudónimo *Dioris)*, fácil y gracioso versificador, cuya poesía *Sueños*, tiene cierta languidez criolla y suave mecimiento como de hamaca; D. Pablo Pumarol, malogrado poeta festivo.

Al movimiento literario de estos últimos años, que fué mayor después de la revolución de 25 de Noviembre de 1873, han contribuído varias sociedades *artísticas y literarias*, tales como *La Republicana*, heredera de la de *Los Amantes de la Luz*, en Santiago de los Caballeros, y otras de menos nombre en Puerto Plata y otras poblaciones. A todas ellas aventajó la de *Amigos del País*, que desde 1877 estableció conferencias literarias, costeó varias publicaciones importantes, como la de las *Poesías*, de la señora Ureña, y la de la *Historia de Santo Domingo*, de D. Antonio del Monte y Tejada, y tuvo por órgano periodístico *El Estudio.* Fundáronse también varios establecimientos de educación, entre ellos la Escuela Normal y el Instituto Profesional de la República (1). Se abrió á la común lectura una Biblioteca, á la cual sirvieron de base los selectos libros legados en su testamento por el académico Baralt, que había sido Cónsul de Santo Domingo en Madrid. Y finalmente, en 1874 apareció la primera colección de poetas nacionales, bajo el rótulo de *Lira de Quisqueya* (2). Hasta entonces rarísimo era el

(1) En la transformación de la enseñanza en Santo Domingo influyó principalmente el notable pensador evolucionista D. Eugenio María Hostos, natural de Puerto Rico, que durante su larga residencia en la antigua Isla Española, primero de 1880 á 1888 y despues en 1899, escribió algunas de sus principales obras, como la *Sociología*, la *Moral Social*, el *Derecho Constitucional.*

(2) No hemos llegado á ver esta colección, formada por D. José Castellanos, pero suponemos que serviría de base, en la parte relativa á Santo Domingo, á la *América poética*, de D. Domingo Cortés (París, 1875), donde figuran los siguientes poetas dominicanos:

Manuel María Valencia, Javier Angulo Guridi, Félix María del Monte, Nicolás Ureña, Félix Mota, José María González, Josefa A. Perdomo, Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, José Francisco Pichardo, Manuel Rodríguez Objío,

poeta dominicano que hubiese hecho colección de sus versos. La mayor parte de sus producciones yacían dispersas en los periódicos antes citados, y en otros, tales como *El Sol*, *El Laborante*, *El Universal*, *El Nacional*, *La Opinión* y *El Centinela*.

Con todos estos estímulos la literatura empieza á cobrar bríos en Santo Domingo, y no sólo existen, entre los poetas jóvenes, aventajados representantes de las principales tendencias líricas que tienen secuaces en España y en la América española, singularmente el realismo y el humorismo de los *Pequeños poemas* de Campoamor, sino que pueden citarse ensayos dramáticos y algún poema histórico de asunto indígena.

Nadie puede exigir modelos de gusto á una literatura naciente, y formada en condiciones tan adversas. Lo que de todo eso haya de quedar, sólo la posteridad puede decirlo. Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo XVII, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas, coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios á toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados á la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de anarquía perenne, han resistido á todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han llegado á constituir un pueblo; han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde ó temprano han tenido poetas. Lo pasado es prenda de lo futuro, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo, y el porvenir de nuestra raza parezca mas incierto allí que en ninguna otra parte de la América española (1).

José Francisco Pellerano, José Joaquín Pérez, Miguel Román y Rodríguez, Manuel de Jesús Rodríguez, Federico Enríquez y Carvajal, Juan Isidro Ortea, Salomé Ureña de Enríquez, Francisco Javier Machado, Apolinar Tejera.

(1) Este capítulo, tan incompleto y breve como es, no hubiera podido escribirse en Europa sin el eficacísimo auxilio de la Comisión nombrada por

la República Dominicana, y compuesta de los señores D. Francisco Gregorio Billini, D.ª Salomé Ureña de Enríquez, D. Federico Enríquez Carvajal, don Pantaleón Castillo y D. César N. Penson. Además de una discreta y erudita *Reseña Histórico-Crítica de la Poesía en Santo Domingo*, ha remitido esta Comisión en esmeradas copias una abundante y selecta colección de poesías dominicanas, y aunque por vivir la mayor parte de sus autores no han podido figurar en la nuestra, nos parece útil dar el índice completo de estos poetas, para utilidad y guía de futuros investigadores de la historia literaria de Quisqueya:

Doña Salomé Ureña de Enríquez.—Encarnación Echavarría de Delmonte.—Josefa Antonia Perdomo. —Altagracia y Luisa Sánchez.—Elena Virginia Ortea.—D. Francisco Muñoz del Monte.—Felipe Dávila Fernández de Castro.—Manuel María Valencia.—Javier Angulo Guridi.—Félix María del Monte.—Félix Mota.—Nicolás Ureña.—Manuel de Jesús Heredia.—José Francisco Pichardo.—Manuel Rodríguez Objío.—Manuel de Jesús de Peña y Reinoso.—Francisco Gregorio Billini.—José Joaquín Pérez.—Manuel de Jesús Rodríguez.—Federico Enríquez y Carvajal.—Juan Isidro Ortea.—Francisco Javier Machado.—Apolinar Tejera.—Miguel Alfredo Lavastida.—Nicolás Heredia.—Federico García y Godoy.—José Dubeau.—César Nicolás Penson.—Pablo Pumarol.—Emilio Prudhomme.—Enrique Enríquez.—Gastón Fernando Deligne.—Juan Elías Moscoso.—Arturo B. Pellerano.—José Otero Nolasco.

Añádense también algunas coplas, décimas y otras muestras de poesía popular, ó más bien vulgar.

# APÉNDICE

---

No quiero defraudar á los amantes de curiosidades literarias de las recónditas noticias que sobre algunos versificadores ó copleros de la época colonial, en la isla de Santo Domingo, me comunicó en 1895 mi difunto amigo y sabio compañero D. Marcos Jiménez de la Espada, en carta cuyos principales parrafos voy á transcribir literalmente:

«Licenciado Juan Méndez Nieto.

»No he podido averiguar en qué lugar de España nació; aunque, por lo que odiaba a los portugueses, sospecho que era de Extremadura.

»En 1.° de Septiembre de 1607 confesaba que tenía setenta y seis años de edad.

»Estudió en Salamanca, y después de comenzar varias carreras siguió la de medicina.

»Fué médico titular de Arévalo; curó de unas rebeldes cuartanas al Príncipe de Évoli; y por no atreverse á curar (dice él) al príncipe D. Carlos, huyó de la corte, residente entonces en Toledo, llevando licencia para pasar á Indias.

»Detúvoso algún tiempo en Sevilla, ejerciendo su profesión con gran fortuna y provecho, y allí se hubiera establecido; pero casó, ó él dejó que le casaran con D.ª Marta Ponce, criada y deuda de los Duques de Arcos, y como el matrimonio fuera muy á disgusto de los parientes de D.ª Marta, por temor á sus amenazas, y aun á cosa mayor, se determinó á usar de su licencia, escapando, como pudo, á Indias.

»Hacia los fines del año de 1559 aportó á Santo Domingo de la Española, en cuya capital permaneció unos ocho años; y después de breves residencias accidentales en Nombre de Dios y Río de la

Hacha, y de un viaje, por causa de negocios particulares, á Santa Fe de Bogotá, se fijó definitivamente en Cartagena de Indias hasta su muerte, acaecida poco después del año 1616, en que ya no podía firmar, «por estar impedido de la vista corporal».

»Dejó concluídas y preparadas para imprimirse, en Sevilla, dos obras, tituladas, la una, *De la facultad de los alimentos y medicamentos indianos, con un tratado de las enfermedades patricias del reino de Tierra firme*, y la otra, *Discursos medicinales*. La primera no la conozco, é ignoro si se sabe de ella. La segunda se conserva íntegra y toda de puño de su autor, quien la dedica, en 1.° de Julio de 1611, al licenciado Alonso Maldonado, oidor en el Consejo de las Indias (tengo copia de ella sacada por mí mismo, que ocupa más de 1.060 cuartillas).

»El licenciado Méndez, activo, de carácter franco, ingenioso y de clara inteligencia, no perdió su tiempo en Salamanca, de cuya Universidad y costumbres estudiantiles hace una pintura de un dibujo y color que no son de los que generalmente se emplean al recordar las glorias tradicionales de nuestra enseñanza, y sí más bien los propios de la escuela picaresca y maleante. De sus aulas salió excelente latino, con el caudal de erudición entonces necesario para hombrearse con la gente culta, músico entusiasta, gran aficionado á la poesía, y, sobre todo, un perfecto Galeno al uso de su siglo, empírico, sanguinario, polifármaco, pedante y con más humos que una quema de paja.

»Pero todo esto trasciende muy poco a la prosa de sus *Discursos*, la cual, por lo llana, espontanea y abundante en refranes y dichos, es, casi sin duda, la que se hablaba en aquel tiempo, la vulgar y corriente, y de donde Cervantes hubo de tomar muchos de sus *cervantismos*. Gracias á ella se leen sin enfado las relaciones técnicas de enfermedades y curas, y con mucho gusto los episodios que en ellas intervienen por razón de las costumbres domésticas ó públicas de aquí y de allá, y del genio ó posición social del enfermo y de sus parientes y allegados; y no digamos si le ocurre contar sus aventuras de viaje ú otras de más cuenta, porque entonces, salvo mejor opinión (y desquitando la influencia del carácter de Méndez en el relato), en la mía, se acerca al donoso realismo de los Mendozas (1) y Alemanes. Como creo también, haciendo igual salvedad, que descargados de la máquina de dietas, recetas y formularios,

(1) Seguía el Sr. Jiménez de la Espada la atribución tradicional, pero no probable, de *Lazarillo de Tormes* á D. Diego de Mendoza.

y de las citas que a menudo interrumpen el texto, quedarían los *Discursos medicinales* reducidos a un libro de amena lectura y de interés histórico.

En ellos se encuentran esparcidas varias muestras de las poéticas aficiones del autor, tan breves algunas, que no alcanzan á dar idea del mérito de quien las compuso: por ejemplo, estos cuatro versos libres, traducción de un dístico de Ovidio:

«No es fácil detenerse al muy hambriento
»Si ve la mesa puesta y bien colmada;
»Y el agua que corriendo se despeña
»Da gana de beber al que la mira.»

»Y la octava con que termina el siguiente pasaje del discurso 21 del libro III:

«Y como cayese enfermo de la rodilla izquierda, que tenía flaca y »lastimada de la herida que en ella había recibido de los franceses »en Santa Marta, a cuya causa se me apostemó del trabajo de las »muchas visitas, de suerte que me tuvo tres años en la cama, tan »encogida la pierna y tan cojo, que tenía perdida ya la esperanza de »poder ya visitar ni servirme de ella; y con este sentimiento y des»gracia tan perjudicial para mí y toda la república, que lo sintía »mucho, hice unas octavas con que, llorando al son de la harpa, »desfogaba mi congoja, que comenzaban, si bien me acuerdo, de »esta manera:

«¡Ay, Fortuna cruel; ay, ansias mías!
»¡Ay, desdichado triste; ay, mal tan fuerte!
»¡Ay, que el amor trocó mis alegrías,
»Mi vida y libertad en pena y muerte!
»¡Ay, triste, que en el medio de mis días
»El mundo me ha dejado de tal suerte,
»Que no podrán hacer ya mis pisadas
»Que pasen de la puerta mis jornadas!»

»Si no conociéramos del licenciado Méndez más que esta octava, realmente era cosa de acompañarle en su llanto. Pero en sus *Discursos* hay algo mejor (no mucho), y donde con más fundamento se puede juzgar del premio que merecen sus galanteos á las Musas.

»Hable el interesado, y perdone usted lo largo de las citas.

»Refiriendo la cura desgraciada que hizo en Santo Domingo á Luis de Angulo, Alguacil mayor de aquella ciudad, retrata al sujeto con estas palabras: «Era de edad de veintisiete hasta treinta »años, tan fascineroso y malvado, cuanto era su cuñado, Diego de

»Guzmán, noble y virtuoso... Era su mujer deste Angulo una se»ñora que, aunque se dejaba ver en la tierra, tenía su habitación »en el cielo; tanta era su virtud y cristiandad, y como tal no pudo »estar en un sujeto con su marido, como no pueden estar los demas »contrarios, y como más voraz y activo la consumió y mató el ma»rido con muchos malos tratamientos, especialmente con una har»tazga de coces que le dió, por pequeña ocasión, estando preñada, »de que malparió y se murió, ganando dichosamente el cielo her»moso por la vil tierra que dejó, y por el temporal y mal marido el »eterno y supremo esposo.»

»No huelga el retrato, por lo que verá usted más adelante.

»Suprimo una porción de peripecias que interrumpieron y alargaron la cura de nuestro Galeno, motivadas del carácter adusto, veleidoso y desleal del enfermo; y voy á que, sintiéndose morir con un violento cólico, volvió á llamar por terceros al licenciado Méndez, á quien había groseramente despedido, el cual, cediendo á los ruegos del suegro de Angulo y á las tentaciones de una taleguilla preñada de cuatro marcos de perlas de cadenilla, consintió en encargarse otra vez del paciente; y «preguntándoles—prosigue— »(después de embolsarse la talega) por la causa del accidente, me »dió por razón lo mucho que había cenado y el haber estado des»nudo escribiendo tantas horas (hasta más de media noche). Á lo »que respondí, entendiendo que escribía para España:—Las urcas »no se irán, por mucha priesa que se den en estos diez días, y no »tenía por qué tomar ese trabajo a deshoras, que fué la principal »causa deste accidente; porque, aunque hubiera cenado, como dice, »si durmiera y lo cociera el estómago, no hubiera nada desto.— »Que no escribía para España, me respondió, que aun eso fué lo »peor.—No lo hubo bien dicho cuando entendí lo que era, y que »estaba haciendo coplas, porque él me había mostrado unas octavas »que hacía de todas las damas de aquella ciudad, con cierta fición »poética, imitando á Montemayor (1), para que le alabase y le tu»viese por grande poeta; y disimulando con ello comencé de hacerle »remedios, etc., etc.»

»Aquí tiene usted la razón de por qué me detuve en el retrato de este poeta (?), descubierto por nuestro licenciado.

»El cual continúa diciendo que el más eficaz de dichos remedios fué una infusión de hojas de tabaco que le hizo descargar vientre y estómago por ambas vías, y le dejó sumido en un profundo sueño.

(1) Alude al *Canto de Orfeo*, inserto en *La Diana Enamorada*.

«Pues como yo lo viese que dormía—continúa Méndez—descansa»damente y sin dolor, dije al paje que escondiese la vela y lo dejase »dormir. Yo me fuí á mi casa, y al tiempo que bajaba por la sala »adonde tenía el escritorio, vide estar el cuaderno de las coplas en »él abierto, y cogiéndolo sin que el paje lo viese, me lo llevé; y »como estaba ya desvelado y sin gana de dormir, púseme a leer por »él hasta el día; y entre otros disparates escribía una visión de nin»fas, riberas de la Isabela, que es el río que por allí pasa, adonde »ensartaba cuantas damas en aquella ciudad había, cada una en su »otava, como hizo Montemayor, y a algunas, que quería más favore»cer, les echaba dos, como hizo á D.ª Ana de Guzmán y á la otra »D.ª Ana de Carvajal; pero cuando llegó á su daifa, que fué la pos»trera de todas, colocóla y púsola en un carro de marfil con muchas »columnas dóricas, frescos, epitafios y letreros, y que, como á »Diana sus doncellas, la venían á ella acompañando y sirviendo »todas las otras, que la mas ruin dellas era harto mejor que ella por »su extremado valor y hermosura; y que cuatro dellas, las más »ilustres, le servían de pedestales á las colunas y la traían cargada; »con otros cien mil desvaríos que, cuando los acabé de leer, quedé »asombrado y tan desvanecido como él, ó poco menos, pues que cogí »una pluma y luego allí, donde había acabado, comencé yo y es»cribí, en el breve tiempo que hasta el día quedaba, lo que se sigue:

«Perdónete Dios, hombre,
»Que ansí acabaste verde entre pastoras;
»Que no hay quien no se asombre
»En ver que ansí á deshoras
»Gastas tu vida y alma entre señoras;
»Gastando largamente
»La hacienda y el dinero mal ganado.
»Es justo que se cuente
»Que á otros fué robado,
»Para comprar tu suerte y triste hado.
»Y aquella verdadera
»Ninfa, por quien tan poco tú pensabas,
»Que cierto de Dios era
»Traslado, ¿qué esperabas
»Cuando tan malamente la tratabas?
»¿Pensabas que no hay muerte
»Ni Dios para los malos obstinados?
»Pues cierto lo hay tan fuerte,
»Que serán condenados
»Según sus grandes culpas y pecados.
»No pienses que Cupido
»Alivia á los malvados un momento,

»Ni el ser favorecido
»Te sacará del cuento
»De los precipitados al tormento;
»Mas piensa en la partida,
»Pues andas tan cercano ya á la muerte.
»No esperes tener vida,
»Pues vives de tal suerte
»Que todos van huyendo por no verte.
»El pueblo se ha quejado
»De ti al Sumo Juez Omnipotente,
»Mandamiento está dado
»Que dejes ya la gente
»Y partas de este mundo incontinente.
»Y lleves por delante
»Las deas, las pastoras soberanas,
»El vivir de Levante,
»Los hurtos y las ganas
»Y las otavas ritmas de las *Anas;*
»También aquella dea
»De quien en tu escritura tanto tocas;
»También las de Guinea,
»Pues que no son tan pocas
»Que puedan referirlas muchas bocas;
»Y aquel gran adulterio
»Que hiciste contra Apolo y su cliento
»Y lo del cementerio
»Y más, que, según siento,
»No se puede decir ni tiene cuento.
»Por tanto, yo no quiero
»Arar con buey cansado en el arena,
»Mas antes te requiero
»Te acuerdes de la pena,
»Pues no te hizo el amor tu alma tan buena.»

»Para comprender la intención y sentido de estas coplas, entre fúnebres y burlescas, hay que advertir que Méndez había pronosticado que Angulo, á quien curaba en Septiembre, moriría en el próximo Octubre, como así sucedió. Y este Octubre es ciertamente el de 1560.

»Hallándose ya en Cartagena indiana, y recordando cómo y por qué dejó la Teología por las Leyes, escribía á fines del año de 1606 (libro 1, disc. 3.°):

«Viéndome, pues, forzado de la bendición de mi padre, y muy »opulento y lleno de libros, que es cosa que á los estudiantes da mu- »cha honra y vanagloria, comienzo de armar mi librería y hinchí »las cuatro paredes de un grande aposento de textos abiertos y de »dotores modernos y antigos cerrados, de suerte, que no se alegaba

»autor, aun en las leciones de oposición, que yo no tuviese, y pásome »luego al otro día á oir mis leyes con mucho sentimiento de mis »compañeros y condiscípulos y del Retor, que era mucho mi señor, »que le enseñaba yo á tocar harpa y me hacía mucha merced; y fray »Domingo (de Soto) me reprendió por qué lo había dejado, y me »dijo que gustaba mucho de tenerme por discípulo; y yo que lo »sentí más que todos ellos y lo siento hoy en día y lo lloro con cuer»po y alma. En testimonio de lo cual escribiré aquí unas otavas que »no ha muchos días que hice, con las cuales algunas veces, cantán»dolas al cuarto del alba después de bien cansado de estudiar, me »enternezco, como es razón, porque las canta comigo una negra »criolla mía que ha tenido la mejor voz que ha habido en las Indias, »adonde por maravilla hay una razonable, y con esto es diestra en el »canto de órgano, y la sonada que en la harpa se le da muy apare»jada para todo ello; y son las otavas estas que se siguen:

«Males que de mi mal tarde os cansastes,
»Bienes que tan temprano os despedistes,
»Días que oscuras noches os tornastes,
»Noches gastadas en memorias tristes,
»El bien que en tiernos años me mostrastes,
»¿Por qué tan largo tiempo lo escondistes?
»No es vuestra, no, la culpa, yo la tengo,
»Y de sola esperanza me sostengo.

»Mostrásteme del cielo la carrera,
»Tan llena de contento y alegría,
»Tomé el arado en mano, y como quiera,
»Un surco ó dos eché el primero día;
»Volví á mirar atrás, que no debiera,
»Perdí todo el contento que tenía;
»Y así cuitado, pobre y desvalido,
»Á dura senectud soy conducido.

»Engolfado en el mundo y sus miserias
»Sin jamás tomar puerto ni sosiego,
»Con mil trabajos, muertes y lacerias,
»Como hombre, al fin, sin luz y que anda ciego,
»Trabucando de una en muchas ferias,
»Do se compra muy caro eterno fuego,
»Anduve todo el tiempo de mi vida
»Sin orden, sin concierto y sin medida.

»Mil veces intenté salir á nado
»Arrimado á una tabla ó dos siquiera,
»Tantas fuí rebatido y revocado
»Por sus ministros en esta manera:
»Teníanme tan fuerte engarrafados
»Con siete garfios, que hacia la ribera

»No fué posible, no, tener salida
»En todo este discurso de mi vida.
»Agora ya, Señor, pues me ha dejado
»El mundo por inútil y abatido,
»Á ti, Padre Eternal, seré tornado
»Como el pródigo hijo y afligido,
»Confuso de aquel tiempo mal gastado,
»Hambriento, andrajoso y aburrido,
»Desechado del mundo y de las gentes,
»De extraños y de amigos y parientes.
«Socórreme, Señor Omnipotente,
»No mires mis enredos y marañas,
»Para que dende hoy más de gente en gente
»Sean más manifiestas mis hazañas;
»No niegues á este triste penitente
»Esas piadosísimas entrañas;
»Pues nunca del rendido te vengaste,
»Mi pena, mi dolor, mi llanto baste.»

»Esta canción llorosa y aquella de que nos dió solamente la primera octava, son dignas de respeto como desahogos particulares y domésticos de íntimos dolores, nada más, y como tales las presento á la consideración de usted.—La sátira (?) contra Angulo ni siquiera tiene la disculpa de las *lamentables* octavas. Pero á pesar de esas tachas, ¿no merecen alguna memoria los antojos poéticos del sensible é irritable Galeno? Usted lo verá con más claros ojos que los míos; y verá usted también si su censura de los versos de una persona á quien no quería bien y tenía por un malvado, como era el Angulo, basta para borrar a éste de la lista de los copleros dominicanos.

»Mucho peor voluntad tenía Méndez Nieto á un Juan Fernández, Provisor del obispado de Cartagena, á quien llama, porque así le apodaban todos, el *Pastor Simón*, á causa de sus simonías, á cuya causa hicieron contra él y corría por el vulgo una sátira anónima titulada *La Simonaida*. Danos noticia y muestra de ella con motivo de la solemne entrada del Provisor en la capital de su diócesis, que refiere en estos términos:

«..... Estuvo un día todo desde las ocho horas en la estancia de »Lorenzo Martín, que está un cuarto de legua de ella (Cartagena), »esperando á que el acompañamiento que sus parientes por su man»dato le tenían muñido, lo fuese á recibir; y viniendo con poco »menos de cien hombres a caballo y otras tantos peones, llegó en »el caballo de camino hasta la puente, y allí le tenían el habito y »vestido sacerdotal, con un sombrero llano, como de cardenal, con »cuatro borlas de seda de una libra cada una que se puso encima

»del bonete; y le tenían la haca blanca de Arjona, su pariente, al-»heñada cola y crines y con una gualdrapa muy guarnecida y cos-»tosa; y desta manera entró y anduvo por donde anda la de *Corpus* »*Christi*, primero que entrase en su casa. Lo que habiendo visto y »notado el poeta satírico, que no era migaja necio, le dijo, después »de haberlo relatado como ello pasó, en verso limpio y elegante, »esta otava que se sigue:

«Quería yo saber, Simón malvado,
»Cuándo pensaste tú tener tal vida.
»¿Fué, por ventura, cuando atormentado
»Estabas del Infierno sin medida?
»¿Ó cuando en el mesón fuiste criado
»Que allá en Almodóvar nos convida,
»Y entonces por soñarte mesonero
»Erraste el golpe y diste en caballero?»

»Méndez dice que el Provisor era hijo del dueño del mejor mesón de Almodóvar, donde posó yendo de Guadalupe á Sevilla después de su escapatoria de Toledo.»

«Lázaro Bejarano.

»Natural de Sevilla, en cuya ciudad compuso algunas poesías, acerca de las cuales nada sé, salvo que debió escribirlas para las justas literarias celebradas en aquella ciudad en honor de San Juan Bautista, San Pablo y Santa Catalina en los años de 1531 y 1533 (1):

»Juan de Castellanos nos da noticias de este poeta y señor de las *Islas de los Gigantes*, por otro nombre Curaçao, Aruba y Buinare, en la *Introducción* á la segunda parte de sus Elegías (oct. 53 á 71), y dice de él en las 65 á 66:

«Su musa digna fué de gran renombre,
»Lo cual no digo por le ser amigo,
»Sino porque sus gracias y sus sales
»No sé yo si podrán hallar iguales.
»Haciendo yo por estas islas vía,
»Sería por el año de cuarenta,
»Allí lo ví con su doña María
»De tantas soledades descontenta.»

(1) En el *Cancionero general* de Sevilla, 1535, se insertaron dos de estas composiciones de Lázaro Bejarano (ambas en quintillas dobles), la una en loor del Apóstol San Pablo, y la otra de la Magdalena. Véanse los números 71 y 96 del apéndice del *Cancionero* en la moderna edición de la *Sociedad de Bibliófilos*.

»Por lo cual y por la pérdida de un hijo no tardaron en regresar á la Española, de donde habían pasado á las islas de su señorío.

»Advertiré que Castellanos equivoca el nombre de la señora, que no era el de María, sino el de Beatriz, como parece por el documento que sigue y que por más de un concepto interesa á la biografía de Bejarano. Es una provisión de la Audiencia de la Española de 4 de Julio de 1541, que D. Juan B. Muñoz extractó para su colección (tomo LXXXII, folio 216) en esta forma:

«Refiere que D. Diego de Colón dió en encomienda á Juan de »Ampies (era factor de Santo Domingo) y sus hijos y sucesores las »islas de Curaçao é Buynare é Aruba, para que tuviesen cargo dellas »y se sirviesen de sus indios como naborias con jurisdicción civil y »criminal, lo cual fué confirmado por los del Consejo, tomando cierto »asiento con dicho Ampies en tiempo del licenciado Rodrigo de »Figueroa (hacia 1520), do se le añadió facultad de contratar con el »cacique de Coro. Agora Lázaro Bejarano, marido de D.ª Beatriz de »Ampies, hija de aquel factor, ha expuesto en la Audiencia que él, »como conjunta persona de ella en goce de dicha merced, ha nombrado, como Justicia mayor, por tenientes suyos á Manuel Méndez, en Curaçao, y en Aruba á Francisco de Rutia, y pide se confirmen, etc.»

»Gonzalo Fernández de Oviedo, *Hist. G. y N. de las I.* (lib. VI, capítulo XIX), lo cita como «hombre de honra é digno de crédito», para atestiguar un curioso fenómeno de espejismo que se observa en la península de Paraguana, frontera á las islas de los Gigantes.

»Y por último, el oidor Alonso de Zurita, en la *Relación de las cosas de la Nueva España*, inédita, le dedica un artículo todo sustancia, en el *Catálogo de los autores que han escrito historias de Indias ó tratado algo dellas*, adjunto de dicha relación, y publicado por el Sr. García Icazbalceta en el tomo III de su *Nueva Colección de documentos para la historia de México* (Introducción), 1891, por copia de mi mano que tuve el honor de enviarle. Por dicho artículo sabemos que escribió un *Diálogo apologético contra Ginés de Sepúlveda*, lleno de noticias curiosas sobre las gentes de la isla de Cubagua hasta la punta de Coquibacoa (en las que estaban comprendidas las de su feudo), y escritas por muy elegante estilo; y añade que era hombre de muy buen juicio, muy honrado y de mucha virtud y verdad, etc. Zurita lo conoció y trató siendo oidor en la Española; y por lo que yo sé de este magistrado, era de tanta honradez y verdad como Bejarano.

»Vea usted ahora cómo nos lo presenta Méndez Nieto con ocasión de su llegada á Santo Domingo (1559) en el lib. II, disc. 2.º:

«Presidían en aquella Audiencia entonces el Ldo. Angulo y »la Sra. D.ª Brígida, su mujer, que eran oidores más antiguos por »ausencia del Ldo. Maldonado, que había ido por Presidente á Gua»temala, y eran oidores el Dr. Cáceres y el Ldo. Chagoya (Echa»goya), vizcaíno. Había cuatro médicos, todos ellos al tono de los »demás que suelen pasar á Indias, que son los desechados, que no »pudiendo sustentarse en España, porque no les darán una mula »que curen, se vienen acá todos, como á tierra de ciegos, adonde el »tuerto es el rey, ó regidor por lo menos.

»Eran estos cuatro pilares en quien estribaba la salud de aquella »ciudad, el Dr. Bravo, estudiante de Sevilla y graduado en ella, »el Ldo. Cabrera, el Ldo. Pineda, tuerto, cojo y mal agestado, y »el Licenciado Ulloa, portugués, que iba para la India y arribó allí »en la nao *San Pedro*, que tenía de locura todo lo que le faltaba de »ciencia, como bien se lo dijo el famoso Bejarano, por su delgado »ingenio y buena poesía, en esta copla que se sigue, para cuya inte»ligencia es de saber que había en aquel tiempo un cura en la »iglesia mayor que también se llamaba Bejarano, hombre de tan »poca ciencia y letras, que aun el Catecismo no había venido á »su noticia; y queriéndolos desengañar á entrambos, les dijo desta »manera:

«Muy mal cura el portugués,
»Bejarano muy mal cura,
»El uno por la locura,
»Y el otro que necio es.
»Si la necedad es cura,
»¿Qué no será la locura?»

»Era este Bejarano señor de Curaçao y el más raro ingenio que »pasó á las Indias; no le hizo ventaja Marcial, cordobés, en epigra»mas graciosos y de grandes sentencias, como se verá por este otro »que referiré suyo, que autor y dichos tan maravillosos lugar tienen »en nuestra escritura:

«Habitaban en Santo Domingo dos hombres tan eminentes y »experimentados en distinguir y conocer lo bueno de lo malo, que »podían ser mojones del rey de copas. Era el uno el Secretario de »aquella Audiencia, Niculás López, y el otro Juan de Triana, veci»nos entrambos honrados y bien conocidos. Eran grandes amigos y »visitábanse el uno al otro muy de mañana, al salir del sol; y lo »primero con que se saludaban era con un copón de vidrio hecho á

»posta en el horno que allí hay dél, que tenía medio azumbre de »porte. Y sucedió que viniendo aquella hora el Bejarano por la »plaza grande en frente de las casas del Secretario, vídolos que esta»ban á la ventana convidándose con el tazón sobre un bocado de »salchicha con que se habían desayunado; y viendo el emblema tan »bien pintado, parecióle que era justo ponerle la letra al pie, y luego »allí en el escritorio del mismo Secretario la hizo de repente y se la »envió, que dice desta manera:

«Á Niculás escribano
»Vi á las seis de la mañana
»Con un tazón en la mano
»Esgrimiendo con Triana,
»Y dice desta manera:
«¡Á fuera, Triana, á fuera!
»Que si sois buen bebedor,
»Mi padre fué labrador
*Et ego sum vitis vera.*»

»Nunca supo este hombre decir mentira ni callar verdad aunque »fuese á su costa, como lo fué muchas veces; y ansí, como vido que »aquella Audiencia andaba en aquel tiempo mal reformada, y que »no guardaban justicia sino al que les guardaba la cara, porque el »Angulo y el Cáceres estaban hechos de concierto y llevaban al »Chagoya, que era solo, por donde querían, no pudiendo sufrir tan»ta desorden é insolencia determinó decírselo por inigma, como á »buenos entendedores, y fué desta manera:

»Cortó de una hoja de un libro viejo las letras muy al justo, y »dividiéndolas por sus repartimientos, como hacen en la imprenta, »las fué después pegando sobre otro papel con alquitira, y escri»biendo con ellas lo que sigue:

«Bien se puede llamar juego
»Do el as vale más que el rey.
»Prohibido está por ley
»Que no sea guía el ciego
»Ni aren con asna y buey.
»Entre el lobo y cancerbero
»Arrastrando va el cordero.
»¡Miserable habitación
»Do puede más un ratón
»Que el león bravo cebero!»

»Hecha, pues, la copla de molde con la industria que dicho tengo, »porque no fuese pusible conocer la letra, la metió en una palma, á »manera de requesón, y la dió á un negro bozal que la llevase en la

»mano como requesón que se vende, y que pasase por las Casas »Reales al tiempo que estaban á la ventana la señora Presidenta con »otras damas que estaban con ella en visita; y como lo viesen, luego »se aficionaron al requesón y enviaron por él á gran priesa, y qui»tándoselo al negro, se fué, que no pareció más; y como lo desata»sen y viesen el porque, que iba de buena letra, lo dieron al Sán»chez de Angulo, su marido, para que se lo declarase; el cual, »llamando luego á los oidores, se lo mostró, y se proveyó que se »hiciese terrible y rigurosa pesquisa sobre ello; y ansí prendieron »todos los poetas, y al Bejarano entre ellos; y como la letra fuese »tan desconocida, nunca se pudo hallar rastro, que á poderlo hallar »no le fuera bien contado; porque notaba al Angulo de hombre »ciego que no veía lo que pasaba en su casa y vendía la justicia, »que es el Rey, por lo que se deja asir con la mano; y que él y la »señora araban juntos, que es, que sentenciaban en favor del que »mejor se lo pagaba, porque el Cáceres no hacía más de lo que ella »le mandaba; y que llevaban arrastrando al cordero, que era el »Chagoya, que era buen juez y recto, y ansí nunca se hacía justicia; »y finalmente, que un ratón, que era la señora, que no tenía tres »palmos de cuerpo, que lo más era corcho, podía más que el bravo »y severo (sic) león que allí en los estrados estaba pintado en las »armas reales, que era decir que podía mas que el Rey; por lo cual »tenía por desdichados los que allí habitaban, como en efecto lo »eran; porque el hombre prudente no tiene de vivir sino donde se »guarde justicia y pase río por medio del pueblo ó arroyo.»

»En el disc. 4.° del lib. II, vuelve Méndez Nieto á tratar de Bejarano, al recordar algunos rasgos geniales del Ldo. Alonso Maldonado, Presidente que fué de la Audiencia de la Española en 1552, y después de la de Guatemala, y Adelantado de Campeche, ó de Yucatán, por su mujer D.ª Catalina de Montejo, hija del conquistador Francisco y de D.ª Beatriz de Herrera; el cual pasaba por Santo Domingo á su casa de Nueva España, creo que por los años de 1562 ó 64, aunque no confío mucho en este cálculo, y no tengo ahora á mano documentos para fijar con seguridad el de la pasada.

«Algunas cosas notables — escribe Méndez — se cuentan y tienen »en memoria deste Adelantado en aquella isla de Santo Domingo...

»Es, pues, una dellas, que era este hombre tan grave y melancó»lico, que jamás, en cuanto allí presidió, le vido persona alguna »reir, y si lo iban á visitar cien hombres y á quejarse y pedir justi»cia otros tantos, á todos les daba el callar por respuesta, y al »mejor tiempo se levantaba y los dejaba, y subiendo en su mula, se

»iba á la fuente que dicen del Arzobispo, y esto sin dejarse acompañar de hombre nacido, si no era de Alonso Hernández Melgarejo, que mañosamente le había cogido la voluntad y con ella la »nao *San Pedro*, que le depositó (era de 1.200 toneladas de porte »y su cargamento valía medio millón de pesos); y llevábale un »ciego que tañía sinfonía, que se decía Cieza, y tendiendo allí una »alfombra y dos cojines, se recostaba y detenía al son del agua y del instrumento hasta la oración, que se volvía por donde vino. »Hizo en aquel tiempo el famoso Bejarano cierta sátira, que llamó *Purgatorio del amor*, en la cual, por lindo estilo poético, ensartó »los principales personajes de aquella ciudad, trayéndoles á la memoria sus faltas y públicos defectos, para que se enmendasen, y »entre ellos á este Presidente, que á la sazón allí era (empezó á »serlo á principios de 1552), diciendo de esta manera:

«También vide á Maldonado,
»Licenciado y Presidente,
»Á la sombra de una fuente
»Descuidado del cuidado
»Que el Rey le dió de su gente;
»Y al son de una çynfonía,
»Que Cieza el ciego tañía,
»Cantaban los Melgarejos;
»Gritos dan niños y viejos,
»Y de él nadie se dolía.»

## V

## PUERTO RICO

La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelicísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia. Traída a la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León, que se perdió por las soledades de la Florida buscando la fuente de la Juventud, no llamó en los primeros tiempos la atención de los conquistadores más que por sus veneros auríferos; y explotados éstos, vino á caer en el mismo olvido que Cuba, Jamaica, la Española y demás Antillas, que parecían dominio insignificante puestas en cotejo con las grandezas y maravillas del continente americano (1). Puerto Rico no tuvo universidad como Santo Domingo y la Habana, pero sí algunas escuelas de Gramática Latica Latina y de primeras letras, no tan pocas como se ha supuesto (2). Estas circunstancias, unidas á la casi incomunicación en que

(1) Ya en 1534 andaba la gente muy alborotada para irse al Perú. y algunos se fueron secretamente huyendo de las deudas. En una información de 1540 se dice que *la isla cada día va en disminución* por haberse trasladado muchos vecinos con sus esclavos al Perú y Nueva España *(Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, de Tapia y Rivera, págs. 304 y 319).

(2) Desde los primeros momentos se atendió á la educación de los indígenas. En el artículo 17 de la Ordenanza para el tratamiento de los indios de San Juan dada por el Rey Católico en Valladolid en 23 de Enero de 1513 se dice: «Todos los hijos de caciques se entregarán á la edad de trece años á los frayles franciscos, los quales les enseñarán á leer, escribir y la doctrina». En el artículo 9.° se había preceptuado que todo el que tuviese cuaren-

vivía Puerto Rico respecto de las demás colonias españolas, bastan para explicar la ausencia de tradiciones literarias en la isla durante tres siglos.

Ponce de León había tenido por cantor de sus hazañas al indis-

ta ó más indios, diese la misma instrucción á uno de ellos, muchacho. (*Biblioteca Histórica* de Tapia, págs. 193 y 194).

En la Memoria ó Relación de la isla mandada hacer por Felipe II en 1582, siendo gobernador el capitán Juan Melgarejo, se consigna que en el hospital de *Sanct Alifonso* fundado por el Obispo Manso no había enfermos, pero *se leía Gramática*, pagándose al maestro con un donativo que para ello había dejado un vecino de la ciudad llamado Antón Lucas (Coll y Toste, *Repertorio Histórico de Puerto Rico*, San Juan, 1896, pág. 49).

En otra relación de 1647, enviada á Gil González Dávila, se expresa que la Iglesia Catedral de Puerto Rico «tiene dotación de cien ducados de renta cada año para un maestro de Gramática, que se la enseña de ordinario á los hijos de los vecinos de ella, y se paga la dicha renta con título de maestro de Gramática». Esta cátedra, dotada con cien ducados anuales por Francisco Ruiz vecino de San Juan, existía ya en 1589.

En el convento de Dominicos, el Provincial Fr. Jorje Camber, puso en 1645 «estudio de artes y de gramática» para los novicios, y *para los vecinos que quisieran estudiar*.

En su Memoria de 1765, el gobernador D. Alejandro O'Reilly, que consideraba á los habitantes de esta isla como los más pobres de América, habla de dos escuelas de niños en la capital y en San Germán, pero cinco años despues, otro gobernador, D. Miguel de Muesas, recomendó á los tenientes de Guerra que en todos los partidos se estableciesen, con dotación de cien pesos pagados por los vecinos, y obligación de recibir en ellas «todos los niños que se remitiesen, sean blancos, pardos ó morenos libres». No sabemos si este precepto legal se cumplió muy estrictamente, puesto que el historiador Abad y Lasierra, en 1782, se queja de la falta de escuelas.

En el citado año de 1770 hubo conatos de establecer una Universidad, y en 1795, despues de la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo, el Ayuntamiento de San Juan de Puerto Rico solicitó que se trasladase á la pequeña Antilla el antiguo estudio general que había en la Española. Estos proyectos no tuvieron resultado, pero en 1810 se creó en el hospital una Cátedra de Medicina, en 1823 una de Filosofía en el convento de San Francisco, y en 1825 un pequeño cuadro universitario en el colegio de San Ildefonso, con enseñanzas de Latinidad, Teología, Moral y Liturgia, Derecho Patrio y Canónico. Todo ello fué muy efímero.

Vid. sobre la historia pedagógica de la isla: *La Instrucción pública en Puer-*

pensable Juan de Castellanos, en los siete cantos de su *Elegía sexta*, que es, por cierto, de las más agradables de leer.

El único recuerdo literario que el nombre de Puerto Rico sugiere en nuestra edad clasica bastaría, sin embargo, para envanecer á un pueblo de historia menos modesta. Desde 1620 hasta 1625, según unos, ó 1627, según otros, estuvo el baculo episcopal de la pequeña Antilla en manos del gran poeta de la *Grandeza Mexicana*, de *El Siglo de Oro* y de *El Bernardo*, que después de haber regido la Abadía mayor de Jamaica tal como de sus letras y celo piadoso podía esperarse, pasó á gobernar la diócesis de Puerto Rico, cuya jurisdicción, mucho mas extensa que al presente, comprendía las islas de Margarita, Trinidad y San Martín, y las poblaciones de Cumaná, Cumagote, Nueva Barcelona, San Felipe, Santo Tomé de Guayana y otros lugares de Costa Firme. Recientes investigaciones hechas en la isla (1) permiten adicionar algo las noticias que en 1821 estampó nuestra Academia al frente de su edición de *El Siglo de Oro*. No sólo consta que Valbuena asistió en 1622 al concilio provincial de Santo Domingo, sino que la Iglesia de Puerto Rico le debe especial gratitud por haberla dejado heredera de toda su fortuna, que al parecer era cuantiosa. «Pretendió Valbuena (dice don Diego Torres de Vargas, cronista y canónigo de la catedral) hacer un convento de monjas Bernardas en el Viso, y aunque envió muchos frutos y dineros en los navíos que salieron aquellos años de

*to Rico..... Memoria escrita por Gabriel Ferrer Hernández, y laureada con primer premio en el Certamen celebrado por el Ateneo de esta ciudad en Diciembre del año 1884.* Puerto Rico, imp. de José González Font, 1885.

*Memoria sobre el estado actual de la Instrucción pública, su pasado y medios para su mejoramiento futuro, por Martín Travieso y Quijano, doctor en Medicina y Cirugía. Premiada con mención honorífica en el Certamen del Ateneo de 1884.* Mayagüez, Tip. comercial, 1885.

*Historia de la Instrucción pública en Puerto Rico hasta el año de 1898, por Cayetano Coll y Toste.* San Juan de Puerto Rico, 1910.

Esta última contiene muchos datos útiles.

(1) Véase el folleto de D. Manuel Fernández Juncos, *D. Bernardo de Balbuena, obispo de Puerto Rico. Estudio biográfico y crítico. Puerto Rico, imprenta de las Bellas Letras,* 1884. Y también la *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*, de Tapia y Rivera, pág. 463.

este puerto, los más se perdieron; con que conociendo que Dios nuestro señor quería que se gastase la renta en utilidad de la parte donde se ganaba, mudó de parecer, y habiendo fallecido el año 1625, mandó su hacienda á la Iglesia, con encargo de que labrase una capilla de San Bernardo para sagrario, y en ella se colocasen sus huesos, dotando la lámpara del aceite que pudiera gastar cada año, y en cada primer domingo de mes se le dijese una misa cantada, y el día del señor San Bernardo otra, con sermón y vísperas, como todo se hace. Los oficiales de la Real Hacienda pusieron pleito al testamento de dicho obispo, por decir que no era válido su otorgamiento; y S. M. mandó se diese la hacienda á la Santa Iglesia.»

Las misas siguen diciéndose, y celebrandose la festividad y vísperas, pero no hay túmulo ni inscripción que exactamente indique el lugar donde descansan los restos del poeta, que en Puerto Rico retocó el *Bernardo* y escribió su prólogo, enlazando así en cierto modo la gloria de su nombre con la de la isla, y haciéndola sonar por todos los países donde se habla ó entiende la lengua castellana.

Una calamidad, que lo fué juntamente para Puerto Rico y para su prelado, el asalto y saqueo de la isla por una expedición de piratas holandeses que incendiaron el palacio episcopal y las escrituras de la Iglesia en 1625, nos ha privado, á la vez que de la mayor parte de los documentos concernientes á la prelacía de Balbuena, de muchas obras que desde México traía preparadas para la publicación, y de las cuales sólo conocemos los títulos, que conservó uno de sus panegiristas, el licenciado Miguel de Zaldierna: la *Cosmografía Universal*, el *Divino Cristiados* (que sería probablemente un poema análogo á los de Hojeda y Jerónimo Vida), la *Alteza de Laura* (que quizá fuese una novela pastoril ó amatoria) y el *Arte Nuevo de Poesía*, donde es de suponer que diese libre expansión á aquel criterio casi romántico que ya campea en su juvenil *Compendio apologético en alabanza de la poesía*. Á esta pérdida aluden aquellos sabidos versos de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*:

Y siempre dulce tu memoria sea,
Generoso Prelado,
Doctísimo Bernardo de Balbuena.

Tenías tú el cayado
De Puerto Rico, cuando el fiero Enrique,
Holandés rebelado,
Robó tu librería;
Pero tu ingenio no, que no podía (1).

(1) A fines del siglo XVIII compuso algunos versos en México el puertorriqueño D. Francisco de Ayerra y Santa María, á quien ya hemos tenido ocasión de citar. También era natural de la isla el aventurero Alonso Ramírez, de quien tenemos unas curiosas aunque sucintas Memorias con título de *Infortunios*. Pero, según parece, la redacción no fué del mismo Ramírez sino del famoso matemático y polígrafo mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, que las dió á luz en 1690. En la dedicatoria al Conde de Galve, Sigüenza se declara autor («en nombre de quien me dió el asunto para escribirla»). El aprobante, que fué Ayerra, felicita á Alonso Ramírez por haber tenido tal historiador: «Puede el sujeto de esta narración quedar muy desvanecido de que sus infortunios son hoy dos veces dichosos: una por ya gloriosamente padecidos..... otra porque le cupo en suerte la pluma de este Homero..... que al embrión de la funestidad confusa de tanto suceso dió alma con lo atildado de sus discursos, y al laberinto enmarañado de tales rodeos halló el hilo de oro para coronarse de aplausos.... Bastóle tener cuerpo la materia para que la excediese en su lima la obra.»

Ante tan positivas, aunque revesadas, afirmaciones nada hay que objetar, pero es el caso que Alonso Ramírez no sólo habla en primera persona en toda la relación, lo cual podría ser artificio literario, sino que todo lo que cuenta tiene un sello tan personal y auténtico, tanta llaneza de estilo, que cuesta trabajo atribuírselo á autor tan conceptuoso y alambicado como el de la *Libra Astronómica*. Pero como de la veracidad de este no podemos dudar, hay que suponer que recogió de labios de Alonso Ramírez la relación de sus aventuras, y la trasladó puntualmente, añadiendo sólo de su cosecha la parte de erudición cosmográfica é hidrográfica, que excede en mucho los conocimientos del pobre carpintero de ribera, cuyo viaje, en gran parte forzado, al rededor del mundo, da materia á la obra.

*Infortunios que Alonso Ramírez natural de la ciudad de San Juan de Puerto Rico padecio, assi en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron en las Islas Philipinas, como navegando por si solo y sin derrota, hasta varar en la Costa de Iucatan: consiguiendo por este medio dar vuelta al Mundo. Descrivelos D. Carlos de Siguenza y Gongora Cosmographo y Cathedratico de Mathematicas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana. Con licencia. En Mexico por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderon en la calle de S. Agustin. Año de 1690.*

Reimpreso en el tomo 20 de la *Colección de libros raros y curiosos que tratan de América* (Madrid, 1902, ed. P. Vindel).

Es libro que contiene datos muy curiosos para la historia de la piratería, y

Sin detenernos en estas dulces y gloriosas memorias, hay que pasar rápidamente por el siglo XVIII, en que apenas se cita ni una sola obra puerto-riqueña por el asunto, ya que no por el autor, á excepción de la *Historia geográfica, civil y natural de la isla de Puerto Rico*, de Fr. Iñigo Abad y Lasierra, que ha sido continuada y anotada con sólida erudición en nuestros días por D. José Julián de Acosta (1). De 1807 data la introducción de la imprenta en aquella colonia (2). En 1814 existía ya una publicación periódica,

sobre el estado de indefensión y abandono en que estaban muchas de nuestras posesiones. La fragata en que fué capturado Alonso Ramírez, y que estaba destinada á proveer de bastimentos el presidio de Cavite, tenía por todo armamento «cuatro chuzos y dos mosquetes, que necesitaban de estar »con prevención de tizones para darles fuego por tener quebrados los ser»pentines»: había dos puños de balas y cinco libras de pólvora». Lo de siempre. En cambio los piratas ingleses que apresaron la nave tenían «veinte piezas de artillería y ocho pedreros, y además sobradísimo número de escopetas, alfanges, hachas, arpeos, granadas y ollas llenas de varios ingredientes pestíferos».

(1) Puerto Rico, imprenta y librería de Acosta, 1866, en 4°. Antes la había publicado Valladares y Sotomayor en 1788, y en 1831 la reprodujo don Pedro Tomás de Córdoba en el primer tomo de sus *Memorias*.

(2) No se consigna esta fecha en un trabajo que, por otra parte, nos ha sido de mucha utilidad: la *Bibliografía Puerto-Riqueña*, de D. Manuel María Sama, premiada por el Ateneo de Puerto Rico. Mayagüez, Tipografía Comercial, 1887.

Consta en un *Discurso de D. Salvador Brau en la fiesta de los tipógrafos* (*El Clamor del País* de 16 de Diciembre de 1892). La imprenta procedía de los Estados Unidos y fué comprada con fondos del Estado por el gobernador D. Toribio Montes á un francés llamado Delarue.

En Diciembre de 1808 apareció el primer número de la *Gazeta del Gobierno*, en 1814 el *Diario económico de Puerto Rico*. Aparte de estos periódicos sólo pueden citarse en los primeros años dos Guias de Forasteros, algunos bandos y alocuciones y otros papeles sin importancia. La interesante *Memoria militar sobre los acontecimientos de la Guayra*, por el general D. Salvador de Moxó, es de 1817.

En la isla holandesa de Curazao había imprenta española en 1814, y en ella se estampó la *Memoria crítica sobre las convulsiones de Venezuela*, por D. Josef de Achutegui.

Consta por fidedigno documento del Archivo de Indias, citado por Medina (*Noticias de varias imprentas*, pág. 60) que en la isla de la Trinidad, perdi-

*El Diario Económico*, merced a la generosa iniciativa del ilustre intendente D. Alejandro Ramírez, uno de los grandes bienhechores de la isla, y en quien propiamente empieza su desarrollo y prosperidad. Ramírez, de quien D. Alejandro Tapia ha escrito que «organizó la administración, creó la riqueza, amortizando el funesto papel moneda que mataba el crédito público, abrió puertos al comercio, y facilitó la inmigración extranjera», fué también el fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, bajo cuyos auspicios se abrieron cátedras de francés, inglés, dibujo y matemáticas, y mas adelante, de cosmografía, química agrícola y botánica. Al mismo tiempo comenzó á mejorarse y difundirse la instrucción primaria, y se hicieron laudables ensayos para aclimatar otras enseñanzas superiores, ya en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, fundado en 1830 por el obispo D. Pedro Gutiérrez de Cos, ya en el *Liceo* de San Juan, establecido por los PP. Escolapios en 1837, ya en varios colegios de profesores particulares. Mas adelante, por los años de 1845, un benemérito sacerdote español, el Dr. D. Manuel Rufo Fernandez, planteó á sus expensas un pequeño laboratorio de física y química, y propuso a la Real Sociedad Económica la creación de un Colegio Central preparatorio para carreras académicas y oficiales; pero el proyecto naufragó, á pesar de los buenos deseos del general Conde de Mirasol, que á la sazón gobernaba la isla; y no produjo por entonces más resultados que el envío de algunos jóvenes pensionados á Madrid, para dedicarse á los estudios de las Facultades de Filosofía y Ciencias. A estos jóvenes, que luego han obtenido merecido renombre: Roman Baldorioty de Castro, Jose Julian de Acosta, Alejandro de Tapia y Rivera, se debe la iniciación de Puerto Rico en la cultura moderna (1).

Antes de 1843 Puerto Rico apenas podía citar ningún nom-

da para España en 1797, se publicaba ya una Gaceta en 1790. No se conoce ningún número, pero sí una *Ordenanza* del gobernador de la isla D. José María Chacón contra vagos y malhechores, estampada en el Puerto de España en 1786.

(1) Constan la mayor parte de los datos indicados, en el prólogo de Tapia á la colección de sus obras, que publicó en la Habana, 1862, con el título de *El Bardo de Guamaní.*

bre de escritor nacido en su suelo, aunque tenía en la historia del arte un nombre de valor relativo, el del pintor José Campeche (1752-1809). De las prensas de la isla tampoco sabemos que hubiese salido libro alguno de importancia, á excepción de los cinco tomos de las *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas* del auditor D. Pedro Tomás de Córdoba, trabajo muy útil, pero más bien administrativo y oficinesco que propiamente histórico.

La primera producción de amena literatura publicada en la isla, y rarísima por cierto, hasta el punto de no consignarse en la única *Bibliografía Puerto-Riqueña* que tenemos, es una traducción de las *Odas de Anacreonte* y del poemita de Museo *Amores de Hero y Leandro*, que juntamente con una colección de 27 anacreónticas originales, las cuales llevan el título común de *El Beso de Abibina*, publicó en 1838 un clérigo helenista de las Islas Canarias, á quien sus ideas liberales, manifestadas cuando fué diputado á Cortes en el período constitucional del 20 al 23, habían llevado á emigrar á la isla de Trinidad de Barlovento. Llamábase este incógnito traductor (que por el caracter erótico del libro y el carácter sacerdotal de su persona, sólo se atrevió á estampar en la portada las iniciales de su nombre y apellido y de su dignidad de deán de Canarias) D. Graciliano Alfonso; y antes y después del *Anacreonte* publicó, ya en Canarias, ya en Madrid, un número considerable de traducciones en verso muy difíciles de hallar, pero que he podido reunir merced al concurso de buenos amigos. Tradujo, pues, todas las obras de Virgilio, la *Poética* de Horacio, y los tres poemas de Pope *Ensayo sobre el hombre*, *Ensayo sobre la crítica* y *El Rizo robado*, sin otras cosas de menos entidad: en todo lo cual luce conocimiento de varias lenguas antiguas y modernas, facilidad de versificador, cierta excentricidad y pedantería, y un gusto tan candorosamente depravado, que resistió al trato familiar con todos los clásicos antiguos y modernos. El *Anacreonte* y el *Museo* son de lo mejor ó de lo menos malo que hizo (1); pero *El Beso de Abibina* caracteriza

(1) *Odas de Anacreonte. Los Amores de Leandro y Hero, traducidos del griego por G. A. D. de C. Con permiso del Gobierno. Puerto Rico. Imprenta de Dalmau.* Año de 1838.

todavía con más exactitud su escuela y su manera de inofensivo erotismo.

En pos de este libro tan clásico, y que seguramente no pasó del círculo de los amigos del erudito Deán, apareció en 1843 el primer *Aguinaldo Puerto-Riqueño* (1), producto de una sociedad de amigos «que acordaron (según dicen en el prefacio) componer y publicar un libro enteramente indígena, que por sus bellezas tipográficas y por la amenidad de sus materias, pudiera dignamente, al terminarse el año, ponerse á los pies de una hermosa, ó en signo de cariño y reconocimiento ofrecerse á un amigo, á un pariente, á un protector, reemplazando con ventajas á la antigua botella de Jerez, al mazapán y á las vulgares coplas de Navidad.» La idea gustó, y los *Almanaques* ó *Aguinaldos*, creciendo en importancia y en volumen desde 1857, han proseguido recogiendo hasta nuestros días una gran parte de la producción literaria de Puerto Rico. En este primer *Aguinaldo* colaboró, con el seudónimo de *Mario Kolhmann*, el excelente escritor madrileño D. Eduardo González Pedroso, que ya entonces mostraba las altas facultades de que había de ser memorable ejemplo el discurso sobre los *Autos Sacramentales*. Los demás colaboradores, ya en prosa, ya en verso, fueron la poetisa doña Alejandrina Benítez, y los señores I. Guasp, *Jacobo* (Pastrana), *Hernando* (Echeverría), C. Cabrera, Fernando Roig, Martín J. Travieso, M. A. Mateo Cavailhou y F. V. (Francisco Vassallo). Al año siguiente (1844) se celebraron en Puerto Rico fiestas Reales con motivo de la declaración de mayor edad de D.ª Isabel II, y en el cuaderno de estas fiestas se leen también poesías de cinco de los colaboradores del *Aguinaldo*, J. M. Echeverría, I. Guasp, Francisco Vassallo, Carlos Cabrera y Francisco Pastrana (2).

A este primer despertamiento literario contribuyeron algunos estudiantes de Puerto Rico residentes en Barcelona, dando á luz sus juveniles ensayos, primero en un *Album Puerto-Riqueño*, que no hemos llegado á ver, y luego en *El Cancionero de Borinquen* (1846),

(1) Imprenta de Gimbernat y Dalmau.

(2) *Fiestas Reales de Puerto Rico por el juramento á S. M. la Reina Doña Isabel II el 10 de Febrero de 1844. Puerto Rico. Imprenta de Gimbernat, 1844.*

que si no puede estimarse como formal antología, pues mal pueden formarse antologías en una literatura naciente, tiene, sin embargo, la curiosidad de presentar reunidas las primicias de la poesía isleña. Los autores que figuran en este raro librito, dedicado á la *Sociedad Económica de Amigos del País* de Puerto Rico, é impreso en parte á sus expensas, son D. Francisco Vassallo, D. Pablo Sáez, D. Manuel A. Alonso, D. Santiago y D. Juan B. Vidarte, don F. Vassallo y D. Ramón E. de Carpegna. Salvo la buena intención y el recuerdo simpático de la patria lejana, poco hay que elogiar en las páginas de este libro inocentísimo. La mayor parte de estos principiantes se malograron jóvenes, y otros abandonaron pronto el cultivo de la poesía, distraídos por más prosaicas y lucrativas ocupaciones. De todos ellos, el malogrado Santiago Vidarte era el de mayores esperanzas, y su fantasía lírica *Insomnio* es, con todas sus incorrecciones, vaguedades y reminiscencias demasiado inmediatas, la mejor poesía del tomo, que por otra parte sería impertinente tratar en serio, como obra que es de muchachos (1). Por entonces amaneció también la prosa de costumbres en los artículos de D. Manuel Alonso, que los coleccionó en 1849 con el título de *El Gíbaro*. Algunos, como *La Gallera*, *El Baile de Garabato*, *La pelea de gallos*, no carecen de donaire, y como dato histórico sirven todos (2).

Bajo la protección del ilustre general que hoy preside la Academia Española (3), se estableció por los años de 1850 la *Academia Real de Buenas Letras de San Juan Bautista de Puerto Rico*, instituto de vida efímera, que no sobrevivió, según creemos, al mando del general Pezuela, pero que en el corto tiempo que duró, procuró estimular el cultivo literario, haciendo varias publicaciones

(1) *El Cancionero de Borinquen. Composiciones originales en prosa y verso. Barcelona, imp. de Martín Carlé*, *1846*, 8.º

(2) *El Gíbaro. Cuadros de costumbres de la isla de Puerto Rico, por D. Manuel A. Alonso. Barcelona, por D. Juan Oliveres, 1849.* Reimpreso con una segunda parte en Puerto Rico, 1879, dos tomos.

(3) Alúdese á D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, que falleció en 1.º de Noviembre de 1906, y había sido Director de la Academia (por sucesivas reelecciones trienales) desde 1875.

y abriendo certámenes de poesía. En 23 de Enero de 1851 leyó en ella D. Rafael Castro su canto épico á la sierra de Luquillo en octavas reales. En 19 de Noviembre del mismo año obtuvieron premio y accésit respectivamente un poema de D. Juan Manuel Echeverría y otro de D. Manuel Felipe Castro sobre la gloriosa defensa de Puerto Rico contra los ingleses en 1797. Otro poema del mismo Echeverría sobre la victoria del Morro y heroica defensa de la ciudad de San Juan contra los holandeses en 1625, estaba designado para premio en el último concurso que celebró la Sociedad, en 1854, pero no llegó á imprimirse en Puerto Rico, sino en Caracas (1).

Mientras estos ensayos se hacían en la isla, habíase dado á conocer fuera de ella un poeta puerto-riqueño, D. Narciso de Foxá y Lecanda, oriundo de Santo Domingo, y educado en la Habana, por lo cual generalmente se le incluye entre los poetas de la grande Antilla. Ya en 1839 había aparecido en *La Siempreviva* su romance morisco *Aliatar y Zaida;* pero su reputación data principalmente de 1846, en que el Liceo de la Habana premió su *canto épico sobre el descubrimiento de América por Cristóbal Colón*, obra correcta y bien versificada, aunque ni mejor ni peor que otros innumerables poemas de certamen. En el género descriptivo merece relativa alabanza su *Canto* en versos sueltos *á la naturaleza de Cuba*, si bien la imitación de las silvas de Bello es tan directa y tan poco disimulada, que más bien parece paráfrasis, y desgraciadamente sin ventaja alguna de parte del imitador, que por centésima vez vuelve á cantarnos los *nevados copos* y los *broches de oro* del algodón, la *blanca flor* y los *purpúreos granos* del café, la *pura miel de las cañas amarillas*, *el plátano sonante*, la espléndida diadema de la piña «*reina feliz del vegetal imperio*», el *delicioso aroma* del tabaco, la esmeralda viviente del cocuyo, «*antorcha de la noche umbría*», y todos los demás lugares comunes de la flora y de la ornitología tropical, que por lo mismo que han sido ya insuperablemente cantados, requieren en el poeta tanto tino para no empalagar ni quedar deslu-

(1) *El Yunque. Canto épico leído por su autor R. C. en la Academia Real de Buenas Letras de Puerto Rico el día de su recepción en ella, 23 de Enero de 1851.*

cido en la competencia. Ha de tenerse, no obstante, á Foxá por ingenio discreto y bastante celoso de la pureza de la lengua, como lo mostró volviendo al yunque una y otra vez sus principales producciones, y bajo este aspecto no deja de justificar los benévolos elogios de nuestro Cañete (1).

En los *Almanaques* de Puerto Rico comenzaban á darse á conocer nuevos poetas: D. Juan Francisco Comas, que á los diez y nueve años publicó en Mayagüez (1858) una colección en dos tomos, titulada *Preludios del Arpa*; D. Ramón Marín, y finalmente D. Alejandro de Tapia y Rivera, de quien, por haber fallecido, y ser sin duda el más fecundo y notable de los escritores de la isla, procede aquí mención más detallada.

Si por la grandeza de los propósitos y por la nobleza de los géneros cultivados hubiera de graduarse el mérito de los autores, pocos aventajarían á Tapia, que procuró siempre vivir en las regiones más elevadas del arte, y a quien no arredraron ni el drama histórico, ni la novela social, ni el poema simbólico (2). Preceptista y crí-

(1) *Ensayos poéticos de D. Narciso de Foxá; los da á luz, precedidos de un breve juicio crítico por D. Manuel Cañete, su amigo Ildefonso de Estrada y Zenea.* Madrid, imp. de Andrés y Díaz, 1849.

Las odas *Al Comercio* y *A la fe cristiana* son sus composiciones de más aliento, después de las citadas.

Nació Foxá en 1822 en San Juan de Puerto Rico, y murió en París en 1883.

(2) Á continuación incluímos un catálogo, probablemente incompleto, de las obras de Tapia:

*Biblioteca histórica de Puerto Rico que contiene varios documentos de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, coordinados y anotados por D. Alejandro Tapia y Rivera.* (Puerto Rico, imp. de Márquez, 1854.) Esta compilación muy útil y formada en gran parte con documentos inéditos, no es trabajo exclusivo de Tapia, sino que en ella colaboraron otros jóvenes puerto-riqueños que por los años 1850 á 1852 formaban en Madrid una especie de sociedad para recoger documentos relativos á la isla, alentándoles en esta empresa D. Domingo del Monte y D. Pedro Sáinz de Baranda.—*El Bardo de Guamaní, Ensayos literarios... Habana, imp. del Tiempo*, 1862. Grueso volumen de 616 páginas en 4.º, con el retrato del autor al frente. Contiene dos dramas, *Roberto d'Evreux* y *Bernardo de Palissy; La Palma del Cacique*, leyenda histórica de Puerto Rico; *La Antigua Sirena*, leyenda veneciana, ó más bien extensa novela; *Vida del pintor puerto-riqueño José Campeche; Un alma en pena* (cuento

tico también, y no ajeno á los estudios filosóficos, trabajó siempre de una manera reflexiva, y gustó de razonar el propósito de sus obras. Se ve, además, que leía mucho y con provecho, y que estaba al corriente de la moderna literatura francesa, y aun de los libros alemanes traducidos al francés. Sus *Conferencias de Estética y Literatura*, inspiradas por el criterio hegeliano, así nos lo persuaden. Pero le faltaba el *quid divinum;* y para tan altas empresas como las que él abarcó, no basta con el talento: se requiere el genio poético. Y las obras de Tapia no dejan más impresión que la de un talento claro y bien cultivado, ambicioso en demasía, con ambición noble y bien empleada, aunque con medios visiblemente inferiores á sus grandes aspiraciones que, de realizarse cumplidamente, le hubieran dado puesto eminente en la literatura universal. Pero de todos modos, siempre hay mérito en poner el punto tan alto, y

fantástico); *Poesías y Mesenianas, Fragmentos de la Sataniada.—La Cuarterona, drama original en tres actos* (en prosa.) Madrid, tip. de Fortanet, 1867.—*Camoens, drama original en cuatro actos* (en verso). Madrid, Fortanet, 1868.—*Hero, monólogo trágico*, con música de D. Mateo Sabatés. Ponce, imprenta de F. Vidal, 1869.—*Póstumo el Transmigrado. Historia de un hombre que resucitó en el cuerpo de su enemigo.* Madrid, imp. de D. J. Aguado, 1872.—*Noticia histórica de D. Ramón Power, primer diputado de Puerto Rico, con un apéndice que contiene algunos de sus escritos y discursos.* Puerto Rico, 1873, imprenta de González.—*Vasco Núñez de Balboa*, drama histórico en tres actos. Puerto Rico, imp. de González, 1873.—*La leyenda de los veinte años, novela original.* Puerto Rico, imp. de González, 1874.—*Cofresí*, novela. Puerto Rico, imprenta de González, 1876.—*La Sataniada, grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas, por Crisófilo Sardanápalo.* Madrid, imp. de Aurelio S. Alaria, 1878.—*Camoens, drama original en tres actos, refundido y corregido por el autor para esta segunda edición.* Puerto Rico, imp. de Acosta, 1878.—*La parte del león*, drama en tres actos y en prosa. Puerto Rico, imp. de González, 1880. *Miscelánea, Novelas, Cuentos, Bocetos y otros opúsculos.* Puerto Rico, imp. de González, 1880.—*Conferencias sobre Estética y Literatura.* Puerto Rico, 1881, imprenta de González. Libro de relativo mérito, y uno de los pocos que en América se han publicado sobre estas materias.—*Póstumo el Transmigrado*, nueva edición, acompañada de una segunda parte: *Póstumo, envirginado, ó historia de un hombre que se trasladó al cuerpo de una mujer.* Puerto Rico, imprenta de J. González Font, 1882; obra póstuma.

De 1871 á 1875 dirigió una revista literaria: *La Azucena.*

hay caídas que son honrosas y respetables. Y de ellas fueron, sin duda, las del extraño escritor que se firmaba unas veces *El Bardo de Guamaní*, y otras *Crisófilo Sardanápalo*.

*Escribió mucho, y así tiene de todo*, pudiéramos decir con el autor del *Diálogo de la lengua*. Contra lo que suele acontecer en poetas americanos, no son sus versos propiamente líricos lo más sobresaliente. Su estro en ellos parece débil, de poco aliento y nada espontáneo; y tampoco faltan tropiezos de forma, inexcusables. Alguna composición ligera como *La Hoja del Yagrumo* ó *La Ninfa de Guamaní* es lo único que puede exceptuarse, y aun allí molesta al oído la intercalación de consonantes agudos en las seguidillas. El mismo frecuente empleo que hace de la prosa poética en sus *fantasías* y en las que llama *Mescnianas*, muestra la indecisión con que buscaba la forma sin encontrarla, por falta de dominio y plenitud en su vida poética propia, que era ardiente, rápida, febril, pero poco íntima y consistente.

En el teatro fué menos infeliz, aunque sus dramas son más para leídos que para representados, y en realidad sólo dos ó tres de ellos lograron los modestos honores de una representación casi privada. Desdeñoso de los efectos teatrales como todo el que trabaja en tales condiciones, busca el ideal en la historia, que es gran fuente de poesía humana, pero á condición de ser respetada en su integridad y propia fisonomía, y no sustituída con arbitrarias y fantásticas interpretaciones, que convierten á los personajes en símbolos vaporosos y sutiles, *simulacraque luce carentum*. Si de este escollo no siempre acertó á salvarse el mismo Schiller, que era á un tiempo historiador y gran poeta, forzoso era que más de una vez naufragase Tapia, arrojándose sin bastante meditación a llevar al teatro figuras históricas tan varias y complejas como Camoens, Vasco Núñez de Balboa, la reina Isabel de Inglaterra, el Conde de Essex y Bernardo de Palissy. Hay en todos estos dramas conatos de poesía, pero nada que pueda decirse completo. En el duelo cuerpo á cuerpo con la realidad histórica, el poeta resulta vencido, y á pesar de sus loables esfuerzos, rara vez llega á caracterizar con vigor á sus héroes (por lo mismo que se empeña en tomarlos de frente) ni á hacerles moverse y pisar las tablas con libertad y gallardía. Ó cae en la biogra-

fía dramática, en el *biodrama*, como él decía, ó asciende cual efímero globo, lleno de gas inflamable, a las regiones de la abstracción metafísica, perdiendo de vista el campo de batalla de la vida humana. Cuando escribe sus dramas en prosa, abusa de las formas propias de la discusión y del razonamiento é impropias del diálogo teatral, que ha de ser movimiento y pasión, ó no será nada. Cuando los escribe en verso, la locución es armoniosa y en general pura, pero le faltan elasticidad y nervio. *Bernardo de Palissy* es su drama mejor escrito, más fiel á la historia y al carácter del protagonista, y se recomienda por cierta grandiosa y simpática serenidad moral. *La parte del León*, que es una de sus últimas obras, parece la más teatral de todas. En *Roberto d'Evreux*, representada en 1859, que fué, según creemos, la primera tentativa dramática de alguna importancia en Puerto Rico, la nobleza habitual del estilo, el estudio no vulgar del carácter de Isabel de Inglaterra, y el mérito indudable de algunas escenas como el diálogo de Cécil y Bristol y el monólogo de la Reina antes de firmar la sentencia de muerte de su favorito, no compensan la falta de aquel interés romántico que hay en la antigua comedia de D. Antonio Coello *Dar la vida por su dama*, tan bien analizada por Lessing en su *Dramaturgia*.

Análogas al teatro de Tapia son sus novelas, formadas en gran parte de impresiones y recuerdos de sus viajes y de sus lecturas. Una de las más originales, aunque no exenta de parentesco con el delicioso *Avatar* de T. Gautier, es la historia de *Póstumo* que transmigró al cuerpo de su enemigo.

Esto de las transmigraciones no era en Tapia mero recurso artístico. Quien haya leído *La Sataniada* y el nebuloso prólogo que la precede (digno de los buenos tiempos del armonismo krausista), sabrá que el poeta puerto-riqueño no se redujo a sutilizar sobre el idealismo filosófico, sino que tuvo dejos de místico y de iluminado, y aun barruntos de pitagórico y espiritista. *La Sataniada*, que modestamente llamó su autor *Grandiosa epopeya dedicada al Príncipe de las Tinieblas*, es, sin duda, uno de los abortos más singulares de la manía épico-simbólica, que tantos desastres produjo después de la aparición de la segunda parte del *Fausto;* pero aunque por lo extravagante de su concepción y por su prolijidad ambi-

ciosa é impertinente sea de los libros que nacieron muertos, sin que haya poder humano que baste á resucitarlos, todavía es digna de citarse: no sólo porque comprende los mejores versos de Tapia, sino porque el haber tenido su autor á estas alturas de fin de siglo la idea de un poema teológico, cósmico y humanitario, que contuviese la última razón de todas las cosas de este mundo y del otro, y haber vivido y muerto con la inocente ilusión de haberlo realizado, es, sin duda, un caso notable, ya de genio, ya de paciencia, ya de temeridad, ya de locura. De genio ya hemos dicho que carecía Tapia, pero tenía cierto grado de talento poético, amor desenfrenado al arte, manía de grandezas estéticas, y estaba contagiado, como otros muchos de su generación, por aquellos pomposos aforismos de filosofía literaria y aquellas fórmulas huecas, que no son de Hegel, sino de Michelet ó de Quinet, los cuales no dejaban en paz al poeta mientras no se había convertido en apóstol de los tiempos nuevos, y no había escrito su correspondiente *Biblia de la Humanidad*. Tapia, poseído de esta ambición cual otro *Pablo Gámbara*, ú otro Heriberto García de Quevedo (para no mentar á Espronceda, que se salva por la belleza de los detalles, redención que nunca falta á los grandes poetas), quiso hacer su *Ahasvero*, su *Prometeo*, su *Diablo Mundo*. ¿Qué digo? Más altas fueron sus aspiraciones, y tal comparación le hubiera indignado. *La Sataniada* debía ser, y era sin duda en la mente de su autor (uno de los pocos mortales que han podido leerla entera), la cuarta epopeya del mundo, la coronación y el complemento necesario de la *Iliada*, de la *Divina Comedia* y del *Fausto*; por supuesto, aventajándolas y superándolas con toda la ventaja que lleva nuestra edad á las pasadas. Nada menos iba á encarnarse en *La Sataniada* que «el modo de ser espiritual de nuestro tiempo». La idea religiosa que aparece «como presentimiento en la antigüedad, como fe viva en Dante, como tradición ó plácido recuerdo en Goethe», iba á mostrarse como *ideal positivo del siglo* XIX en *La Sataniada*, y *Crisófilo Sardanápalo* sería el hierofonte, el revelador del gran misterio. El autor limó su poema años y años: ya en 1862 publicó en la Habana algunos trozos, no poco mutilados por la censura; pero sólo diez y seis años después apareció en Madrid íntegro el gigantesco poema. Los tiem-

pos no estaban para epopeyas satánicas ni angélicas, y todo el mundo se encogió de hombros. Nadie sabía quién era *Crisófilo Sardanápalo*, ni cuál era el sentido de todo aquel embolismo de las ciudades de *Diablópolis* y *Leprópolis*, por donde desfilaban en interminable procesión todos los personajes de la historia universal. Si algún aficionado leyó salpicadas algunas octavas, alabó la facilidad y la gala del versificador, y no pasó más adelante.

El autor, ó sea el *lepropolitano* que escribe el prólogo, empieza por decir que su obra no es puramente teológica como la de Dante, ni tampoco una «obra nihilista y pesimista, unilateral, y, por lo tanto, incompleta» como el *Diablo Mundo*, ni envuelve una dualidad sin resolución como el *Fausto*, sino que en *La Sataniada* «la luz y la cruz, la ciencia y la religión, se funden para producir la transfusión del cielo en el mundo, en la humanidad, para que de este modo la humanidad, terminada su ley de evoluciones de perfección relativa, se torne al seno de lo absoluto, de donde nació como idea palingenésica, y á donde debe volver cumplidamente realizada».

Para desarrollar tan disparatado pensamiento, el autor imagina una serie de arquetipos y representaciones, las cuales se van desenvolviendo no en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno, como sucede en los demás poemas conocidos hasta hoy, sino en un mundo *sui generis*, que tampoco es mundo. Quiere esto decir que el poeta Crisófilo (que es el símbolo de la humanidad, además de ser el propio D. Alejandro Tapia, empleado en las oficinas de Hacienda de Puerto Rico), «no nos lleva al infierno, sino que percibe el infierno en el mundo, y funde ambas cosas dentro y fuera de lo infinito, prescindiendo de lugares y cronologías, y fundiendo lo temporal y lo eterno». Nos hace penetrar, pues, en un infierno inmaterial que vive en la humanidad de todos los tiempos, porque ésta lo lleva en su espíritu colectivo..... doble Tártaro en que hay un infierno que se llama *feliz (Diablópolis)*, morada de condenados dichosos, ó que lo parecen, y otro infierno de dolor *(Leprópolis*, ciudad de los leprosos), donde moran los réprobos, que lo son porque se niegan á seguir al rey de las tinieblas, y que si bien sufren, prefieren su dolor y luchan contra Satán, á quien logran vencer algunas veces.....

Esta historia y estos triunfos de Satán, cual soberano de la tierra y de los hombres: esta serie de evoluciones, de acción y reacción de la humanidad satánica, que habran de reproducirse hasta que el género humano llegue a ser libre en el sentido de la razón, y cristiano en el de la sensibilidad, constituyen el objetivo del poema. Y aunque su acción »pasa en las regiones ideales é infinitas, no por eso se sale del mundo, porque éste no deja de ser parte y contenido de la eternidad y de lo infinito como tiempo y como espacio, meras relaciones que el espíritu concibe con este caracter. De suerte, que el mundo de que se trata es el nuestro en idea, ó la idea-mundo, por lo que el lector podra creerse en éste, hallandose en el infierno sin haber salido del mundo».

Tal es el pensamiento de este diabólico poema, ó más bien estupenda pesadilla, obra póstuma de un género muerto y que no es de temer que en mucho tiempo resucite. Treinta mortales cantos tiene *La Sataniada*, donde (y ésta es la mayor desdicha) abundan octavas buenas, brillantes y aun magníficas, descripciones profusas, ya terribles, ya risueñas, rasgos de humor y de fuerza satírica que parecen del abate Casti, expresiones felices, caprichosos arabescos, raras fantasías, todos los caprichos de un versificador ejercitado y muy superior al que en sus dramas y en sus versos líricos aparece. Y todo está allí enterrado como en un pozo; ahogado y obscurecido por la insensatez del plan, por la incoherencia de los episodios, por un pedantesco fárrago de nombres propios y de teorías á medio mascar, y por el más fangoso torrente de declamaciones de sectario contra todo lo humano y lo divino. *La Sataniada* es un confuso centón de todo género de herejías, pero estan expuestas de un modo tan estrambótico, que no es de temer que hagan muchos prosélitos. Lo que puede dudarse es que saque sana la cabeza el que aventure á penetrar en semejante aquelarre.

Con todos sus defectos y aberraciones de gusto, Tapia y Rivera, no sólo por el número y relativo valor de sus obras, sino por la eficacia constante de su ejemplo en su vida literaria laboriosísima, y por la activa propaganda de sus ideales artísticos, que con todo el fervor y vehemencia propios de su temperamento ejerció hasta sus últimos días, ya en pláticas familiares, ya en los papeles periódicos,

ya en conferencias y discusiones del Ateneo (1); mantuvo el fuego sacro de la literatura en Puerto Rico, donde tan pocos estímulos tenía, y fué causa, ocasional á lo menos, de la aparición de otros ingenios, la mayor parte de los cuales viven aún (2). Sus producciones se registran ya en el *Nuevo Cancionero de Borinquen* de 1872, ya en la colección de *Poetas puerto-riqueños* de 1879 (3).

Entre los que han fallecido debemos citar en primer término al malogrado D. José Gautier Benítez (1848-1880), cuyo *Canto á Puerto Rico*, de brillante ejecución, aunque no exento de los lugares comunes de la poesía descriptiva americana, publiqué en mi Antología. Pero hay otra poesía suya, si menos celebrada, más digna de serlo, *La Barca*, alegoría nada nueva de la vida humana, pero tratada con cierta amplitud de sentimiento lírico que se dilata en graves y majestuosas estancias (4).

Madre de este poeta fué, á lo que entendemos, doña Alejandrina Benítez de Gautier, que no sólo es la mas antigua poetisa puertoriqueña, sino que figuró en el primitivo grupo literario de 1843. Sus versos *á la Estatua de Colón en Cárdenas* y al *Cable submarino*, son robustos y grandilocuentes; pero en otros mas íntimos como *Mi pensamiento y yo*, y *El paseo solitario*, se revela mejor su noble personalidad lírica (5).

Un año antes que Gautier Benítez nació, y un año después murió,

(1) Véase M. Fernández Juncos, *Semblanzas puerto-riqueñas*. — Puerto Rico, 1888; págs. 58 95.

(2) No se olvide que estas páginas fueron escritas en 1893. Desde entonces han fallecido varios de estos poetas, pero no tengo datos para puntualizar la fecha de su muerte, ni conduce á mi propósito averiguarlo.

(3) *Nuevo Cancionero de Borinquen. Colección de poesías escogidas por Manuel Soler y Martorell.*—Puerto Rico, imp. de González, 1872, 8.°

*Poetas puerto-riqueños. Producciones en verso, escogidas y coleccionadas por D. José María Monje, D. Manuel M. Sama* y *D. Antonio Ruiz Quiñones.*—Mayagüez, Martín Fernández, editor, 1879.

(4) *Colección de Poesías de D. José Gautier Benítez.*—Puerto Rico, imp. de González, 1880. Publicación póstuma con un prólogo de D. Manuel Elzaburu y una *Corona literaria en honor de Gautier Benítez.*

(5) Véase el estudio de D. José J. Acosta, *Alejandrina Benítez y Arce de Gautier*. Puerto Rico, 1886.

un poeta de Manatí, llamado Francisco Alvarez (1847-1881), cuyos versos póstumos fueron coleccionados por devoción de algunos amigos. Las poesías de Alvarez son muy incorrectas, como de quien no había recibido más educación que la elemental y la que pudo adquirir en vagas lecturas: el fondo es melancólico y algo pesimista, por lo cual se le ha comparado con Becquer, y aun con Bartrina; pero su melancolía no ha de achacarse á imitación literaria, puesto que fué sincera como de quien, víctima de pertinaz é incurable dolencia, sentía acercarse á cada momento la inevitable muerte. La *Meditación Nocturna* basta para caracterizarle, y es, sin duda, su mejor poesía (1).

Aún restan otros nombres: D. José María Monje, correcto y frigidísimo imitador de nuestros clásicos del siglo XVIII, especialmente de Moratín y Jovellanos; D. Manuel Corchado, que se dió á conocer en un concurso de 1862, por su valiente oda al pintor Campeche; y partidario luego de los delirios espiritistas, muy difundidos en Puerto Rico, publicó *Historias de Ultra-Tumba* (1872) y una especie de romancero de la segunda guerra civil que llamó *Páginas sangrientas* (1875) (2); Carmen Hernández, poetisa que disputó

(1) *Obras Literarias de Francisco Alvarez.* Puerto Rico, imp. de González, 1881. Con un prólogo de D. Manuel Fernández Juncos. Contiene, además de las poesías líricas, tres *pequeños poemas* y un drama en dos actos, representado en Manatí en 1881.

(2) *Corona Poética dedicada al Maestro José Campeche, pintor puerto-riqueño.* Puerto Rico, imp. de *El Boletín Mercantil*, 1863. Además de la poesía de Corchado, que fué la premiada en este certamen, abierto por la Sociedad Económica de Amigos del País, figuran en el cuaderno otras de Carmen Hernández, Alejandrina Benítez, Heraclio M. de la Guardia (venezolano), Juan Francisco Comas, José Coll y Britapaja, Ramón Marín y Federico Rosado y Brincau.—*Historias de Ultra-Tumba*, por Manuel Corchado. Madrid, imprenta de J. M. Alcántara, 1872.—*Páginas sangrientas. Colección de romances escritos sobre episodios de la guerra civil*, por Alejandro Benisia y Manuel Corchado. Madrid, imp. de J. Aguado, 1875.—*El Trabajo*, poesía (1878). Publicó, además, algunos folletos sobre cuestiones políticas, sociales y religiosas: *Las Barricadas* (Barcelona, 1870), *La pena de muerte* (Barcelona, 1871), *La pena de muerte y la prueba de indicios* (Madrid, 1877), *Dios*, réplica á Súñer y Capdevila. Colaboró en la *Revista de Estudios Psicológicos* y en otros papeles espiritistas. Para el teatro escribió *María Antonieta*, cuadro dramático original

el lauro á Corchado, con versos de sabor clásico, en el certamen de Campeche; y otros muchos que no citamos, para no convertir este trabajo en árida nomenclatura. Sólo haremos una excepción en pro del malogrado joven Manuel Elzaburu y Vizcarrondo, cuyo nombre no figura en las antologías puerto-riqueñas, aunque lo merece mucho más que otros. Apenas conozco versos suyos originales, pero dejó muy lindas traducciones de poetas franceses modernos, especialmente de Teófilo Gautier (el *Madrigal panteísta*, la *Sinfonía en blanco mayor*, *Lo que dicen las golondrinas*, *La nube*, *Tristeza en el mar*, *La Rosa té)*. Y quien conozca el extraño y sutil artificio de los versos originales, no dejará de dar á estos esfuerzos el debido precio y preferirlos á mucha hojarasca indígena que sin provecho abruma las colecciones citadas (1). La literatura puerto-

y en verso, estrenado en Puerto Rico en 1880. Fué diputado á Cortes por su isla, y murió en Madrid en 30 de Noviembre de 1884. Al año siguiente se publicó en Ponce una *Corona Poética* á su memoria, y además se imprimieron sueltas otras composiciones elegíaco-laudatorias.

(1) A continuación damos todos los nombres de poetas que figuran en las dos colecciones ya citadas.

En el *Nuevo Cancionero* de Rodríguez:

*Muertos:* Jenaro Aranzamendi.—Manuel Alonso.—Alejandrina Benítez y de Arce de Gautier.—Manuel Corchado.—José J. Dávila.—José Gautier y Benítez.—José María Monje.—F. M. de Rodríguez.—Francisco Pastrana.—Manuel Soler y Martorell.—Alejandro Tapia y Rivera.—Francisco Vassallo.

*Vivos:* Juan Francisco Comas.—José Antonio Daubon.—Ramón Marín.—José G. Padilla.—Manuel Padilla.—Manuel M. Sama.—Rafael del Valle y Rodríguez.

En los *Poetas Puerto-Riqueños:*

*Muertos:* Alvarez.—Aranzamendi.—Alejandrina Benítez.—Úrsula Cardona de Quiñones *(Angélica)*.—Manuel Corchado.—José Jacinto Dávila.—Eleuterio Derkes.—José R. Freyre y Rivas.—Gautier Benítez.—J. Pastrana.—Domingo M. Quijano.—M. Soler y Martorell.—Tapia y Rivera.—F. Vassallo.—Santiago Vidarte.

*Vivos:* Francisco J. Amy.—J. B. Balseiro.—Salvador Brau.—Cayetano Coll y Toste.—José Coll y Britapaja.—Antonio Cortón.—José A. Daubon.—J. J. Domínguez.—Manuel Dueño Colón.—Ramón Marín.—Fidela Matheu de Rodríguez.—José G. Padilla.—Manuel Padilla Dávila.—José Ramón Rodríguez Mac-Carthy.—Lola Rodríguez de Tió.—Manuel María Sama.—Bonocio Tió Segarra.—Rafael del Valle.—Manuel Zeno Gandía.

De estos poetas sólo han publicado colecciones D. Eleuterio Derkes (Puer-

riqueña, ya bastante considerable en cantidad, dada la pequeña extensión de la isla, es de las que más necesitan expurgo y disciplina. Allí, como en el resto de América, se escriben demasiados versos, y los poetas se encuentran por docenas. Hasta pueblos secundarios como la villa de Arecibo, que apenas habrá sonado en los oídos de ningún lector europeo, poseen antologías especiales de sus ingenios. En todo esto tiene que haber mucha maleza, que sólo la crítica local y de todos los días puede ir arrancando con mano fuerte. El país que, á la hora presente, se honra con la delicada y castiza inspiración de la autora de *La vuelta del pastor*, y cuenta con un conocedor é intérprete de la literatura inglesa tan digno de aprecio como Amy, tiene ya derecho á ser juzgado por lo que realmente vale, y á ocupar en la literatura americana el lugar modesto sin duda, pero no despreciable, que hasta ahora con evidente injusticia se le ha negado en todas las colecciones generales formadas en las demás regiones del Nuevo Mundo. Pero si se ha de evitar que las apariencias engañen, conviene que la crítica (que tiene ya un órgano autorizado en la *Revista Puerto-Riqueña*, sostenida con

to Rico, imp. del Comercio, 1871), autor también de un drama en cuatro actos y en prosa, *Ernesto Léfevre ó el triunfo del talento*, representado en Guayamo, 1871; Lola Rodríguez de Tió (*Mis Cantares*, Mayagüez, 1876; *Claros y Nieblas*, Mayagüez, 1885); D. José J. Domínguez, con el seudónimo de *Gerardo Alcides* (Mayagüez, 1879), y posteriormente un cuaderno de *Odas Elegíacas* (Mayagüez, 1883); D. F. J. Amy (*Ecos y Notas*, Ponce, 1884; libro que contiene estimables traducciones de Bryant, Longfellow, Whittier, Leigh Hunt, Stedman y otros poetas anglo-americanos, y también versos castellanos traducidos al inglés, entre ellos *La Madrugada*, de Milanés); D. Rafael del Valle (Arecibo, 1884).

Con el título de *Notas Perdidas* existe también una colección especial de *poetas arecibeños*, publicada en 1879.

Para la redacción de este capítulo hemos tenido presentes, además de las colecciones impresas, una manuscrita remitida á la Academia Española por la Comisión literaria nombrada por el Capitán general Gobernador de la isla.

Debo también preciosos datos á la diligencia de mi antiguo amigo y constante favorecedor, el elegante poeta venezolano D. Miguel Sánchez Pesquera, que reside años hace en Puerto Rico con un cargo de magistratura *(a)*.

*(a)* Actualmente es dignísimo magistrado de la Audiencia territorial de la Coruña.

loable constancia durante siete años), sea inexorable en la aplicación de las reglas del buen gusto, y no ceda con excesiva facilidad ni al engreimiento local, que sería prematuro, ni á las avasalladoras corrientes de la novísima literatura francesa, que al quitar carácter español á las nacientes literaturas de América, acabarían por borrar también de ellas todo sello americano.

# VI

## VENEZUELA

La antigua Capitanía general de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado á la América española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello. Pero la aparición súbita de estos dos varones egregios, que por breve tiempo ponen á su patria al frente del movimiento americano, ya en la esfera de la acción política, ya en la de las ideas, contrasta, si no con la obscuridad anterior de la historia de Venezuela (que, por el contrario, es en el período de la conquista, de las más interesantes que pueden leerse), á lo menos con el puesto secundario que, á pesar de su admirable situación geográfica, de su vastísima extensión y de sus riquezas naturales, ocupó el territorio de Costa Firme en el cuadro inmenso de las posesiones españolas. De aquí el desarrollo lento y tardío de la cultura, que nunca, hasta los últimos días de la época colonial, pudo competir allí, no ya con la de México ó con la del Perú, sino con la del vecino virreinato de Nueva Granada, del cual, en parte, dependía Venezuela hasta 1731 (1). La población era muy mezcla-

(1) La Capitanía general, erigida definitivamente aquel año, comprendía las provincias de Caracas (en la cual se incluían entonces las de Coro, Barquisimeto y Carabobo), Cumaná (incluyendo la de Barcelona), Guayana, Maracaibo (y con ella Mérida y Trujillo), Barinas y Apure, la isla de Margarita, y la de Trinidad hasta que en 1797 cayó en poder de los ingleses. Sus límites, como se ve, eran inmensamente mayores que los de la primitiva gobernación ó provincia de Venezuela, que según la cédula de asiento de Carlos V con los Welseres en 1528, comprendía sólo desde el Cabo de la Vela hasta el de Macarapana, por la costa, y por el interior hasta el río Casanare.

da: de los ochocientos mil habitantes que próximamente se calculaban á principios de este siglo, según testimonio de Humboldt y Bonpland, había más de 120.000 indios, diez mil de ellos no reducidos á vida civilizada, más de sesenta mil negros, más de cuatrocientos mil mestizos y mulatos, y sólo unos 212.000 individuos de raza blanca, entre criollos y españoles. Con elementos tan heterogéneos y abigarrados, sin ningún centro de alta cultura que recordase los emporios de México y Lima, sin universidad y sin imprenta hasta muy entrado el siglo XVIII, la historia literaria no puede ofrecernos más que páginas en blanco. Y, sin embargo, ya entre los conquistadores hubo quien diese culto á las musas; y Juan de Castellanos, que dedicó la mitad de sus elegías á sucesos y personajes de lo que hoy es jurisdicción de Venezuela, recogiendo innumerables datos biográficos sobre los primeros colonos, encontró en la isla Margarita nada menos que cuatro poetas, y músicos también según parece:

Con cuyo son las damas y galanes
Encienden más sus pechos en amores.....

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Allí también dulcísimo contento
De voces concertadas en su punto,
Cuyos concentos lleva manso viento
A los puntos oídos por trasunto:
Corre mano veloz el instrumento
Con un ingenioso contrapunto,
Enterneciéndose los corazones
Con nuevos villancicos y canciones.
Porque también Polihimnía y Erato,
Con la conversación del duro Marte,
De número sonoro y verso grato,
Tenían deste tiempo buena parte:
Rara facilidad, suave trato,
Y en la composición ingenio y arte,
De los cuales discípulos y alumnos
Podríamos aquí decir algunos.
Y aun tú que sus herencias hoy posees,
No menos preciarás saber quién era
*Bartolomé Fernández de Virués*,
Y el bienquisto *Jorge de Herrera:*

Hombres de más valor de lo que crees,
Y con otros también de aquella era,
*Fernán Mateos*, *Diego de Miranda*,
Que las musas tenían de su banda.

(Elegía XIV, part. 1.ª)

Los versos no pueden ser peores, pero es curioso el testimonio tratándose de 1550, próximamente.

Á fines del siglo XVIII y principios del siguiente, encontramos algunos versificadores gongorinos, de lo más enfático y perverso dentro de su género. Al frente de la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, de D. José de Oviedo y Baños (Madrid, 1723) (1), escribió el licenciado D. Alonso de Escobar, canónigo de la catedral de Caracas, examinador sinodal del obispado de Venezuela y secretario del Obispo, un romanzón endecasílabo congratulando á la ciudad de Caracas en estos revesados términos:

Coronado León, de cuyos rizos
Altivas crenchas visten el copete,
Gallarda novedad que su nobleza
Generosa guardó para sus sienes:
Ilustre concha, que en purpúreas líneas
Del Múrice dibujas los relieves
En cruzados diseños que se exaltan,
Cuando en fuertes escudos te ennoblecen.
Fértil ribera que en plateadas ondas
El elemento líquido guarnece,
Y en vegetales minas sus tesoros
Á púrpura reducen lo virente;
Floresta americana, de quien Flora
Tiernos pimpollos libra en candideces
De flores, que perdiendo la hermosura,
Son frutos suaves que Pomona ofrece.....

Por lo menos, hacía versos sonoros, aunque vacíos; pero baste esta muestra. Del mismo autor hay un ridículo soneto con doble acróstico, al principio y al medio del verso. Otro de los panegiristas

(1) Reimpresa por la *Biblioteca de los Americanistas*, Madrid, 1885. Dos tomos. Ilustrada con notas y documentos, por D. Cesáreo Fernández Duro.

de Oviedo y Baños fué D. Ruy Fernández de Fuenmayor, en un soneto y en unas conceptuosas décimas.

Hasta 1696 no hubo más enseñanzas que las de algunos conventos y clases de gramática. En aquel año, el obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, natural de Santa Fe de Bogotá, fundó en Caracas el colegio-seminario de Santa Rosa, con trece becas y nueve cátedras de gramática latina, filosofía aristotélica, teología, cánones y música (1). Pero los venezolanos estudiosos padecían la incomodidad de tener que ir á graduarse en las universidades más ó menos lejanas de Santo Domingo, México y Santa Fe, hasta que por cédula de Felipe V, en 1721, y bula apostólica de Inocencio XIII, en 19 de Agosto del año siguiente, quedó convertido el Seminario Tridentino en Universidad Real y Pontificia, con los mismos derechos y privilegios que las demás de América, ampliándose el número de sus enseñanzas con las de Derecho Civil y Medicina. Los jesuítas tuvieron también colegios, hasta su expulsión, y allí, como en los demás de América, se les debió en gran parte la difusión de la cultura clásica.

La imprenta no existió hasta 1806, en que el general revolucionario Miranda trajo una ambulante para imprimir sus proclamas, que fueron quemadas en Caracas por mano del verdugo. Hasta 1808 no empezó á salir la *Gaceta de Caracas* (2). Con tan tenues principios

(1) Baralt, *Historia de Venezuela*, 2.ª edición, tomo 1, pág. 414.

El Sr. D. Vicente G. Quesada, en su libro *La Vida Intelectual en la América Española durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (Buenos Aires, 1910, tirada aparte de la *Revista de la Universidad, tomo XI)* dice que el colegio fué fundado en 1682 por el obispo D. Antonio González de Acuña, pero no indica en qué documento se apoya.

(2) Vid. Medina, *La Imprenta en Caracas* (1810-1822) *notas biográficas* (Santiago de Chile, 1904). Ninguno de los 26 números que comprende esta exígua bibliografía puede calificarse de literario, excepto el 10, que es un madrigal bastante malo.

En Angostura hizo imprimir Bolívar en 1819 la *Ley fundamental de la República de Colombia*, y en 1820 el *Correo del Orinoco*.

En Maracaibo hubo imprenta militar en 1822.

Hay una población venezolana de la cual tendríamos que decir que se adelantó mucho á todas las restantes en el uso de la tipografía, si realmente la *Descripción exacta de la provincia de Benezuela* (sic) por D. Joseph Luis de

asombra el desarrollo que en breves años logró el despierto y lozano ingenio de los criollos venezolanos. Porque no hay que olvidar que Bello, nacido en 1781 en pleno régimen colonial, se formó en Caracas; que su primer maestro de humanidades fué un fraile de la Merced, fray Cristóbal de Quesada; que hizo los estudios de filosofía en el Seminario de Santa Rosa bajo el rectorado del presbítero Montenegro, «el bueno, el afectuoso, el sabio Dr. Montenegro», como le llama Baralt; y que en la Real y Pontificia Universidad de su patria encontró en 1797 un Dr. Escalera que le enseñase las Matemáticas y la Física Experimental. Declámese cuanto se quiera contra la educación clerical y española, siempre persistirá el hecho de haber sido hijos de ella Bello, Olmedo y Heredia, los tres nombres más indiscutibles de la literatura americana.

Favorecida por su ventajosa posición cerca del mar de las Antillas, que Humboldt llama «un Mediterráneo de muchas bocas»; favorecida por las reformas de Carlos III, enriquecida por el comercio, y en trato frecuente, no sólo con la Metrópoli, sino con los extranjeros, que, ya en los breves períodos en que el comercio fué libre, ya por medio del contrabando, difundieron sus industrias, artes, ideas, libros y comodidades, Caracas había llegado á ser en 1799 una de las ciudades más cultas del mundo americano. Entonces la visitó Humboldt, el cual, en su *Viaje á las regiones equinocciales*, declara haber encontrado en muchas familias principales gusto por la instrucción, conocimiento de los modelos de las literaturas francesa é italiana, y decidida predilección por la música, que servía como de lazo entre las diversas clases sociales. Y añade que en Caracas y en la Habana creyó estar más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos que en ninguna otra parte de la América española. Los libros corrían de mano en mano, sin exceptuar los incluídos en el *Índice*, que sólo podían entrar de contrabando, y que en su circula-

Cisneros, que aparece impresa en Valencia, 1764, corresponde á Nueva Valencia de Costa Firme (como es verísimil por su asunto) y no á Valencia de España, punto que no me parece completamente resuelto, á pesar de lo que dice Medina (*Noticias de varias imprentas*, pág. 42). En 1812 hubo allí imprenta con el carácter político que entonces tuvieron todas, ya en poder de los realistas, ya de los insurgentes.

ción á sombra de tejado iban difundiendo las ideas revolucionarias y enciclopedistas y preparando la explosión de 1810. Pero en medio de esta fermentación peligrosa, había ansia de saber y evidente mejora en los estudios. Montenegro, Escalona y Echezuría, habían reformado los estudios de Filosofía, y el licenciado Sanz los de Derecho; los hermanos Luis y Javier Ustáriz tenían en su casa una academia privada de literatura, en la cual leyó Bello sus primeras producciones: su oda *A la Vacuna*, sus traducciones del libro quinto de la *Eneida* y de la tragedia *Zulima*, de Voltaire. Allí se dieron á conocer también otros aficionados á la poesía, de quienes apenas quedan muestras, porque el archivo de aquella pequeña sociedad desapareció en los disturbios civiles (1). Entre ellos se citan los nombres de D. Vicente Tejera, D. José Luis Ramos, D. Domingo Navas Spínola, D. Vicente Salías, D. José Domingo Díaz y algunos otros. Navas Spínola tradujo la *Ifigenia*, de Racine, y algunas odas de Horacio. De Ramos, uno de los firmantes del acta de independencia de 1811, conozco una versión apreciable del *Oh Navis, referent.....* El médico Salías compuso el poema burlesco de *La Medicomaquia*, en el gusto prosaico de Iriarte. Se citan un ensayo dramático de D. José Domingo Díaz, *Inés*, y otro de González, *Aníbal.* De Tejera, uno de los próceres de la independencia, no se conoce con certidumbre poesía alguna, puesto que, de las dos que el señor Calcaño pone á su nombre en el *Parnaso Venezolano* (2), la *Pará-*

(1) Fuera de este grupo literario, componía versos místicos y conceptuosos la monja carmelita sor María Josefa de los Ángeles.

(2) *Parnaso Venezolano. Colección de poesías de autores venezolanos desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, precedida de una introducción acerca del origen y progreso de la poesía en Venezuela, por D. Julio Calcaño, individuo correspondiente de la Real Academia Española.....* Caracas, 1892. Esta colección, más completa y esmerada que otras anteriores, fué formada por el inteligente y laborioso secretario de la Academia Venezolana, para auxiliar los trabajos de la nuestra.

Véase además: *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos, ordenada con noticias biográficas, por D. José María Rojas, Ministro plenipotenciario de Venezuela en España.* París, sin fecha (¿1870?).

*Parnaso Venezolano*, publicado en Curazao (Antilla Holandesa) por la casa editorial de A. Bethencourt en varios volúmenes pequeños.

*frasis del Miserere* es mucho más antigua que Tejera, y estaba impresa en las rimas de tan conocido autor como Gerardo Lobo, desde 1717, por lo menos (1); y la traducción, muy popular en Venezuela y Nueva Granada, y aun en España, del soneto francés de Hésnault, *El Aborto*, anda también en litigio, y se le han atribuído diversos padres. Como se ve, todos estos ingenios pertenecían á la escuela literaria del principio del siglo, y su poeta predilecto parece haber sido Arriaza, que en 1806 visitó á Caracas como oficial de marina, y sin duda concurrió á la tertulia de los Ustáriz. Sus versos, tan populares en América como en España, se pegaban dulcemente al oído, y está probado que dejaron huella aun en el mismo clásico y severísimo Bello.

La gran figura literaria de este varón memorable basta por sí sola para honrar, no solamente á la región de Venezuela, que le dió cuna, y á la República de Chile, que le dió hospitalidad y le confió la redacción de sus leyes y la educación de su pueblo, sino á toda la América española, de la cual fué el principal educador: por enseñanza directa en la más floreciente de sus repúblicas; indirectamente y por sus escritos en todas las demás: comparable en algún modo con aquellos patriarcas de los pueblos primitivos, que el mito clásico nos presenta, á la vez filósofos y poetas, atrayendo á los hombres con el halago de la armonía para reducirlos á cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley. Acerca de Bello se han compuesto libros enteros, no poco voluminosos, y aún puede escribirse mucho más, porque no hay pormenor insignificante en su vida, ni apenas materia de estudio

(1) El Sr. Calcaño insiste todavía en su opinión, según veo en la *Historia Constitucional de Venezuela* de D. José Gil Fortoul (Berlín, ed. Heymann, 1907, tomo I, pág. 89), pero alegando solamente que la *Paráfrasis* está entre los papeles de D. Vicente, de su puño y letra, lo cual, como se ve, nada prueba, puesto que pudo copiarla para su estudio, sin ánimo de apropiársela. Nadie tiene obligación de conocer las Rimas de Gerardo Lobo, á pesar de lo vulgares que son sus ediciones, pero el hecho de hallarse entre ellas la paráfrasis del *Miserere* impresa medio siglo antes de nacer Tejera, es innegable, y cualquiera puede comprobarlo.

en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de pedagogo, de jurisconsulto, de publicista, de gramático, de crítico literario, no han obscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde el estudio de la dicción poética llega á un grado de primor y perfección insuperables, y en los cuales renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos y nuevas labores y consagrar con su voz las vírgenes florestas del Nuevo Mundo (1).

(1) Nació D. Andrés Bello en Caracas, en 29 de Noviembre de 1781. Desde su niñez se deleitaba en la lectura de los clásicos de nuestra lengua, especialmente de Calderón y de Cervantes. Hizo sus estudios de latinidad y filosofía en el convento de la Merced, en el Seminario de Santa Rosa y en la Universidad de Caracas, con los maestros que en el texto quedan citados, obteniendo ruidosos triunfos escolares. Comenzó por dedicarse á la enseñanza privada, contando entre sus discípulos á Bolívar. El trato de Humboldt, á quien acompañó en algunas de sus excursiones, le abrió nuevos horizontes científicos. Concurrió á la tertulia literaria de los Ustáriz, y por recomendación suya obtuvo el cargo de oficial de secretaría en la Gobernación y Capitanía general de Venezuela, y luego el de secretario de la Junta Central de la Vacuna. En tal situación le sorprendieron los sucesos de 1808 y 1810. En los primeros momentos no se mostró muy fervoroso partidario de la independencia americana; pero es imputación conocidamente calumniosa, y que amargó en extremo su vida, la de que hubiese revelado al gobernador Emparán las tramas de los insurgentes. Basta el hecho de haber sido enviado Bello á Londres en 1810 como comisionado de la Junta de Caracas, juntamente con Simón Bolívar y López Méndez, para convencerse de la plena confianza que en él tenían los fautores del movimiento revolucionario. Los comisionados caraqueños ajustaron una especie de convención oficiosa con el gobierno inglés, que bajo capa fomentaba la insurrección de nuestras colonias, y Bello continuó en Londres como agente de sus paisanos desde 1810 hasta 1829. Durante aquellos años, que fueron para él de penalidades y estrecheces, completó su educación, ya en las bibliotecas, ya en el trato de doctos varones ingleses y españoles, como James Mill, lord Holland, D. José María Blanco (White), y D. Bartolomé J. Gallardo. De entonces datan sus primeras investigaciones sobre filología castellana y sobre los monumentos poéticos de la Edad Media. En 1823 publicó, asociado con el colombiano García del Río, una revista titulada *Biblioteca Americana o Miscelánea de Li-*

Su prosa no es brillante, ni muy trabajada, pero es modelo de sensatez, de cordura y de caudalosa doctrina. Escribía como hablaba, enseñando siempre, con maravillosa claridad y orden didáctico,

*teratura, Artes y Ciencias*, y en 1825, con el mismo García del Río y los españoles Mendívil y Salvá, otra más extensa é importante, el *Repertorio Americano*. En la una ó en la otra están sus mejores poesías, juntamente con numerosos artículos en prosa, algunos de ellos de gran novedad, erudición é importancia, entre los cuales merecen especial recuerdo las *Indicaciones sobre la conveniencia de reformar la ortografía*, y el tratado *del uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa*. En 1829 se decidió á abandonar el cargo de secretario de la legación de Colombia, que ejercía en Londres, y á aceptar las proposiciones del Gobierno de Chile, que le nombró oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. En aquella República encontró Bello su segunda patria, y el medio más adecuado para el completo desarrollo de su acción educadora, por la cual se le compara con D. Alberto Lista. Ya en el colegio de Santiago, ya en su propia casa, comenzó á dar cursos de humanidades, de filosofía moral, de derecho de gentes y derecho romano, ejerciendo además el magisterio de la crítica en el periódico oficial *El Araucano*. Dos materias solicitaron con preferencia su atención por ser de utilidad más inmediata en un Estado naciente: el Derecho Internacional, como base para el arreglo de las relaciones exteriores, y la Gramática de la lengua patria, que estaba afeada en Chile con más barbarismos y corruptelas que en ninguna otra parte de América. Sus excelentes libros didácticos sobre una y otra materia no han envejecido aún, y más ó menos modificados continúan sirviendo de texto en todo el continente americano. Coronó vida tan aprovechada y fecunda con dos empresas á cual más gloriosas: la creación de la Universidad de Chile, de la cual fué primer rector en 1843, formulando su programa científico en un admirable discurso inaugural; y la redacción del *Código Civil Chileno* (modelo de otros de América), que se promulgó en 14 de Diciembre de 1855. El crédito de su sabiduría y rectitud era tal en sus últimos años, que se le escogió como árbitro en cuestiones internacionales, como la del Ecuador y los Estados Unidos en 1864, y de Colombia y el Perú en 1865. Falleció en 15 de Octubre de aquel mismo año, dejando el nombre más venerable en la historia americana. El desarrollo de la civilización chilena fué en gran parte obra suya. En sus mocedades pagó algún tributo á las ideas del siglo XVIII; pero en Chile estuvo siempre del lado de los principios católicos y conservadores y de la tradición española, que revive poderosa y lozana en sus escritos, cuya colección es el principal monumento de la cultura americana. Esta colección oficial, publicada en cumplimiento de una ley de 5 de Sep-

como quien va más atento al provecho común que á la vana ostentación del saber propio. En su espíritu recto y bien equilibrado, se juntaban dichosamente la audacia especulativa, que abre nuevos

tiembre de 1872, consta de 15 volúmenes: El primero contiene la *Filosofía del entendimiento*, el segundo los *Estudios sobre el poema del Cid*, el tercero las *Poesías*, el cuarto la *Gramática castellana*, el quinto los *Opúsculos gramaticales*, el sexto, séptimo y octavo los *Opúsculos críticos y literarios*, el noveno los *Opúsculos jurídicos*, el décimo el *Derecho internacional*, los tomos XI, XII y XIII los Proyectos y Estudios para el Código Civil, el XIV los *Opúsculos Científicos*, de los cuales el más extenso es un tratado de Cosmografía, el XV una *Miscelánea* de artículos de varias materias, especialmente sobre libros de viajes.

La *Vida de D. Andrés Bello*, publicada en 1882 por el laboriosísimo investigador literario D. Miguel Luis Amunátegui, uno de los discípulos predilectos que Bello dejó en Chile, es uno de los trabajos más completos que en su línea pueden encontrarse sobre ningún autor castellano, y compite en riqueza de materiales con las mejores biografías inglesas. Reálzanla gran número de cartas literarias y políticas de Bello y de sus amigos, y varios opúsculos importantes, que no han encontrado lugar en la colección de las *Obras* por estar incompletos ó por cualquier otra causa. En esta biografía amplió y refundió Amunátegui los varios estudios biográficos que antes tenía publicados sobre su maestro; pero todavía en las introducciones á los diversos tomos de las *Obras* ha encontrado mucho que añadir á la *Vida*.

Hay otro libro indispensable para el conocimiento de la biografía y de las ideas de Bello, si bien debe ser consultado con prudente cautela, porque su autor, hombre de talento, pero acérrimo secuaz del positivismo filosófico, juzga á su antiguo maestro desde el punto de vista de su escuela ó secta, y unas veces pretende hacerle suyo, y otras le trata con sequedad y dureza como á enemigo de «*la emancipación intelectual*», tirando á disminuir ó desvirtuar su mérito é influencia. Me refiero á los *Recuerdos literarios* de don J. V. Lastarria (Santiago de Chile, 1878).

Acerca de Bello y sus obras, comienza á formarse lo que los alemanes llaman una *literatura*. Para los trabajos anteriores á 1881, nos remitimos al esmerado catalogo que formó D. Miguel Antonio Caro en el *Homenaje del «Repertorio colombiano» á la Memoria de Andrés Bello en su centenario* (Bogotá, 1881), al cual pueden añadirse ya muchos artículos. Pero pocos tan dignos de memoria como el admirable prólogo del mismo Caro á la edición (por otra parte muy incompleta) de las *Poesías de Bello*, publicada en 1881 en la *Colección de escritores castellanos*; y los *Estudios gramaticales é introducción de las obras filológicas de Bello*, por el escritor colombiano D. Marco Fidel

rumbos, y el sentido de la realidad, que convierte y traduce la especulación en obra útil. De los resultados de su varia y rica cultura personal, adaptó á la cultura chilena los que en su tiempo eran adaptables; y por eso, más que en la filosofía pura, insistió en sus aplicaciones; más que en el Derecho natural, en el Derecho positivo; más que en la filología propiamente dicha ni en la alta crítica, en la gramática. Los tiempos lo pedían así, y él se acomodó sabiamente á los tiempos, comenzando el edificio por los cimientos y no por la cúpula. Poco le importó ser tachado de pedagogo tímido, de intolerante purista, de enemigo de la emancipación intelectual. Sin imponer cierto género de disciplina austera es imposible enseñar á hablar, á pensar, á leer, á un pueblo que acaba de salir de la menor edad. Otros, por desgracia de las repúblicas americanas, siguieron distinto camino; y con aprender el francés y olvidar el latín y el castellano; con maldecir de las instituciones coloniales por el mero hecho de ser españolas, y con calcar servilmente las de los Estados Unidos, diéronse ya por suficientemente emancipados é imaginaron haber llegado de un salto á lo que, si no se conquista por esfuerzo propio, racional y metódico, y en virtud de evolución no forzada, será siempre vana apariencia de libertad y cultura, y trampantojo sin realidad ni eficacia. Por haber sido la enseñanza de Bello el más fuerte dique contra toda novedad temeraria; por haber respetado en el derecho el elemento tradicional y la eterna fuente de la sabiduría escrita del pueblo romano; por haber sido toda su vida conservador á la manera inglesa, como Jovellanos entre nosotros; por haber representado en América el tipo más puro de la educación clásica, y la más alta magistratura en lo tocante á la lengua, fué aquel gran maestro blanco de las iras de todos los insurrectos literarios, de todos los niveladores democráticos, y hubo quien, como el famoso argentino Sarmiento, se atreviese á pedir

Suárez, en la misma colección. (Madrid, Diciembre, 1885). Entre nosotros contribuyó más que nadie, á la justa estimación del nombre de Bello, don Manuel Cañete en varios opúsculos críticos, especialmente en el discurso que leyó en sesión pública de la Academia Española en el aniversario del nacimiento del poeta (1881).

en letras de molde su perpetuo ostracismo de América por el crimen capital é inexpiable de saber demasiado y de ser demasiado literato.

Afortunadamente, Bello había ido á asentar su cátedra en un pueblo americano que, menos dotado de condiciones brillantes que cualquier otro, á todos aventaja en lo firme de la voluntad, en el sentido grave y maduro de la vida, en el culto de la ley, en el constante anhelo de la perfección y en la virtud del respeto. No llegó á educar poetas, porque la tierra no los daba de suyo, pero educó hombres y ciudadanos, y su espíritu continúa velando sobre la gran república, que por tantos años ha sido excepción solemne entre el tumulto y agitación estéril de las restantes hijas de España.

No procede juzgar aquí á Bello como escritor polígrafo; pero no sería justo, tratándose de tal varón, recordar sólo su gloria de poeta. Es cierto que sus versos han de ser en definitiva lo que de sus obras conservará valor absoluto, porque la misma índole didáctica de los demás trabajos de Bello, y el constante progreso que va renovando las materias sobre que principalmente versan, acabará por relegarlos á la historia de la ciencia: única inmortalidad que pueden esperar los libros doctrinales cuando desaparecen de la común enseñanza. Pero hoy todavía son útiles y enseñan mucho; y por otra parte sería difícil caracterizar el arte docto y laborioso de los versos de Bello, sin representarnos primero, aunque sea de un modo general, el mundo de ideas que removió su espíritu, y el rico fondo de cultura, sobre el que pudo echar raíces y brotar lozana, con pompa de flores y de frutos, la planta de su exquisita poesía.

Bello fué filósofo; poco metafísico, ciertamente, y prevenido en demasía contra las que llamaba *quimeras ontológicas*, de las cuales le apartaban de consuno el sentido de la realidad concreta, en él muy poderoso, su temprana afición á las ciencias experimentales, la estrecha familiaridad que por muchos años mantuvo con la cultura inglesa, el caracter especial del pueblo para quien escribía, y finalmente, sus hábitos de jurisconsulto romanista y sus tareas y preocupaciones de legislador. Pero fué psicólogo penetrante y agudo; paciente observador de los fenómenos de la sensibilidad y del en-

tendimiento; positivista mitigado, si se le considera bajo cierto aspecto, ó más bien audaz disidente de la escuela escocesa en puntos y cuestiones muy esenciales, en que más bien parece inclinarse á Stuart Mill que á Hamilton. En la *Filosofía del Entendimiento*, que es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana (dicho sea sin menoscabo del aprecio que nos merecen los ensayos de algunos pensadores cubanos), predomina sin duda el criterio doctrinal de la escuela de Edimburgo, como podía esperarse de la fe inquebrantable de Bello en las creencias primordiales del género humano y en el testimonio de conciencia; pero hay patentes desviaciones, que ponen el libro á dos pasos de la doctrina contraria, como si en el espíritu de su autor combatiesen reciamente la audacia especulativa y la prudencia práctica. Su doctrina sobre la noción de causa, que para él no es ni principio universal ni principio necesario con necesidad absoluta, sino que se confunde con la ley de sucesión y conexión de los fenómenos, parece idéntica á la que en la *Lógica* de Stuart Mill se propugna; salvo que Bello, como creyente religioso, afirma, á despecho de su sistema, la realidad de la causa primera, libre é inteligente, ordenadora del mundo, al paso que Stuart Mill, sólo como posible acepta el antecedente incondicionado y universal. La idea de substancia queda también vacilante en el sistema de Bello, quien propiamente no reconoce más percepción substancial que la del propio *yo*, duda mucho de la existencia de la materia, no repugna la hipótesis de Berkeley, según la cual los modos de las causas materiales son modos de obrar de la energía divina, y existen, por tanto, originalmente en la substancia de Dios bajo la forma de leyes generales; y llega, aunque sea por transitorio ejercicio ó gimnasia de la mente, á conclusiones resueltamente *acosmistas* que, negando la substancialidad de la materia, convierten el universo físico en «un gran vacío poblado de apariencias vanas, en nada diferentes de un sueño». Pero no consiste en estas ráfagas de idealismo escéptico la verdadera originalidad de la filosofía de Bello, el cual, por otra parte, siguiendo la buena tradición hamiltoniana, defiende vigorosamente contra el Dr. Brown la percepción intuitiva y la unidad de la conciencia; consiste, sobre todo, en sus magistrales análisis, de los cuales pue-

de servir de tipo el que aplica á la memoria y á la sugestión de los recuerdos, y especialmente á las que llama *anamnesis* ó percepciones renovadas, y que él distingue sutilmente de los demás elementos que concurren al fenómeno de la memoria. Su doctrina del método inductivo, aunque derivada evidentemente de fuentes inglesas, muestra que estaba profundamente versado en la filosofía de las ciencias experimentales.

Bello no dejó escrita su filosofía moral que, á juzgar por ciertos pasajes de un artículo suyo contra la teoría de Jouffroy (1), quizá no hubiera salido exenta de todo resabio de utilitarismo, si bien interpretado en el más noble sentido, y disculpable en quien había recibido, muy mozo aún, la influencia directa de Bentham, cuyos manuscritos tuvo que descifrar por encargo de James Mill, durante su permanencia en Inglaterra. Pero si no ha dejado ningún libro de Filosofía del Derecho, es insigne á lo menos como tratadista de Derecho de Gentes. Los *Principios* de esta ciencia, que publicó en 1832 y fué retocando y mejorando mientras le duró la vida, han sido obra clásica en América, han corrido en España bajo el nombre del peruano D. José María Pando, que se los apropió casi á la letra; y hoy mismo conservan todo el valor que puede tener un manual de esta clase después de los profundos cambios que el Derecho internacional ha experimentado en estos últimos años (2). Sirvió de base á éste, como á tantos otros libros de Derecho Internacional, la obra de Vattel, pero fué Bello de los primeros que sintieron la necesidad de reformarla, reuniendo y metodizando la doctrina esparcida en voluminosas colecciones de jurisprudencia mercantil y en repertorios diplomáticos: empresa tan árida y prolija como útil, en que precedió a Wheaton, y en que, á despecho del trabajo de compilación, no se echa de menos nunca ni el juicio sereno, ni la claridad de método, en extremo adecuado á la ense-

(1) *Opúsculos literarios y críticos*, tomo 1.°, pág. 337-386.

(2) Á suplir estas deficiencias se encaminan las notas y apéndices con que el profesor colombiano, D. Carlos Martínez Silva, ha ilustrado el *Derecho internacional* de Bello en la edición de Madrid de 1883 *(Colección de escritores castellanos)*.

ñanza, ni la propiedad y pureza del lenguaje, que tan desatendida suele andar en esta clase de libros. La ciencia española, que después de sus grandes teólogos del siglo XVI, fundadores de esta rama de la ciencia jurídica y precursores de Grocio, apenas podía contar entre sus sucesores más nombres dignos de consideraciones que los de Finestres, Dou y Abreu, ni más tratadista sistemático que Olmeda, puro abreviador y expurgador de Vattel, tuvo por primera vez en el manual de Bello un claro, elegante y compendioso resumen, si no de los principios abstractos de la ciencia, á lo menos de su parte positiva y de las prácticas y convenciones más generalmente admitidas entre los pueblos cultos.

Mucho mayor esfuerzo, y tal que por sí sólo bastaría para inmortalizar la memoria de un hombre, fué la redacción del *Código Civil Chileno* de 1855, anterior á todos los de América, salvo el de la Luisiana; y uno de los que, aun obedeciendo á la tendencia uniformista que tuvo en todas partes el movimiento codificador de la primera mitad de nuestro siglo, hacen más concesiones al elemento histórico y no se reducen á ser trasunto servil del Código francés.

Sección de las más numerosas é importantes forman en el conjunto de las obras de Bello las relativas á cuestiones filológicas: su célebre *Gramática de la lengua castellana* (1847), sin duda la que en nuestro siglo ha obtenido más reimpresiones y ha servido para estudio de mayor número de gentes y ha logrado comentadores y apologistas más ilustres (1): su *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, que con ser trabajo de sus primeros años, anterior á su viaje á Inglaterra (si bien no publicado, y sin duda con grandes enmiendas, hasta 1841), no deja de ser el más original y profundo de sus estudios lingüísticos: sus *Principios de ortología y métrica* (1835), definitivos en cuanto á la doctrina general, y universalmente admitidos hoy por los mejores prosodistas, especialmente en las cuestiones relativas á sinalefa y hiato, que parecen agotadas por Bello. No pertenecen estos libros suyos al novísimo

(1) Sobresalen entre ellos D. Rufino J. Cuervo y D. Miguel Antonio Caro, que en repetidas ediciones de Bogotá y París han dado nuevo lustre á los tratados gramaticales de Bello.

movimiento de la filología histórica, y ya bastarían sus fechas para indicarlo; pertenecen á la escuela analítica del siglo XVIII, pero á esta escuela en su más alto grado de perfección, aplicada por un entendimiento vigoroso y sutilísimo, que logra defenderse de la abstracción ideológica (á que fácilmente conduce el abuso de las teorías gramaticales), merced á la observación diaria y familiar del uso de los maestros de la lengua. Así es que á él se debe, más que á otro alguno, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivía respecto de la latina, que torpemente querían adaptar los tratadistas á un organismo tan diverso como el de las lenguas romances; y á él también, en parte, aunque de un modo menos exclusivo, el haber desembarazado nuestra métrica de las absurdas nociones de cantidad silábica, que totalmente viciaban su estudio. Y aunque la *Análisis de los tiempos de la conjugación* parezca á primera vista trabajo más ideológico que práctico, y más adecuado para mostrar la admirable perspicuidad y fuerza de método de su autor en este ensayo de álgebra gramatical, que para guiar al hablista ó al escritor en el recto uso de las formas, accidentes y matices del verbo, y especialmente en la expresión de relaciones temporales, todavía es grande el provecho que de él se saca, no sólo como modelo de disección gramatical, sino como repertorio sintético y autorizado de los valores, así propios como metafóricos, de las formas verbales, sin cuyo exacto conocimiento no es hacedero dar al lenguaje aquel grado de precisión y transparencia que se requiere para que sea fácil vehículo de la idea. Los tratados gramaticales de Bello son, ciertamente, obras de transición: traspasan los límites de la gramática empírica (como lo era todavía la de Salvá); pero no llegan á invadir los de la moderna gramática comparativa; pertenecen al período intermedio, al período razonador y analítico. Los defectos que en ellas pueden señalarse, son defectos propios de la escuela de Beauzée, de Du-Marsais, de Condillac, de Destutt-Tracy, pero muy mitigados por el genial espíritu de Bello, que á cada paso se sobrepone á las inevitables influencias de su educación. Bello estudió aisladamente el castellano: le estudió por vía discursiva y en su estado moderno: no pretendió hacer la gramática histórica de la lengua: no quiso, ni quizá hubiera podido, ponerle en relación

con las demás lenguas romances, pues aunque la *Gramática* de Diez se había publicado entre 1836 y 1842, los principios de su método no habían salido aún de Alemania, y Bello no sabía alemán. Además, su objeto no era erudito, sino esencialmente práctico; quería restablecer la unidad lingüística en América y oponerse al desbordamiento de la barbarie neológica, sin negar por eso los legítimos derechos del regionalismo ó provincialismo. Y esto lo consiguió plenamente: fué aún más que legislador, por todos acatado: fué el salvador de la integridad del castellano en América, y al mismo tiempo enseñó, y no poco, á los españoles peninsulares, perteneciendo al glorioso y escaso número de aquellos escritores y preceptistas casi forasteros, como Capmany, Puigblanch, etc., de quienes pudiéramos decir, como Lope de Vega de los hermanos Argensolas, «que vinieron de Aragón (ó de Cataluña ó de cualquiera otra parte) á reformar en Castilla la lengua castellana».

A los méritos eminentes de filólogo corresponden en Bello otros, no menos positivos y memorables, de investigador y crítico literario. Hasta la publicación de sus obras completas no se le ha hecho plena justicia en esta parte por lo disperso de sus trabajos y por ser de gran rareza en Europa, y aun inasequibles á veces, las revistas y periódicos en que primitivamente los dió á luz. En las cuestiones relativas á los orígenes literarios de la Edad Media y á los primeros documentos de la lengua castellana, Bello no sólo aparece muy superior á la crítica de su tiempo, sino que puede decirse sin temeridad que fué de los primeros que dieron fundamento científico á esta parte de la arqueología literaria. Desde 1827 había ya refutado errores que persistieron, no sólo en los prólogos de Durán, sino en las historias de Ticknor y Amador de los Ríos: errores de vida tan dura, que, después de medio siglo, todavía no están definitivamente desarraigados, y se reproducen á cualquier hora por los fabricantes de manuales y resúmenes. Bello probó antes que nadie que el asonante no había sido carácter peculiar de la versificación española, y rastreó su legítima filiación latino-eclesiástica en el ritmo de San Columbano, que es del siglo VI, en la *Vida de la condesa Matilde*, que es del XI, y en otros numerosos ejemplos: le encontró después en series monorrimas en los *cantares* de *gesta* de

la Edad Media francesa, comenzando por la *Canción de Rolando;* y por este camino vino á parar á otra averiguación todavía más general é importante: la de la manifiesta influencia de la epopeya francesa en la nuestra; influencia que exageró al principio, pero que luego redujo á sus límites verdaderos. Bello determinó antes que Gaston Paris y Dozy, la época, el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la *Crónica de Turpin.* Bello negó constantemente la antigüedad de los romances sueltos, y consideró los más viejos como fragmentos ó rapsodias de las antiguas gestas épicas compuestas en el metro largo de diez y seis sílabas interciso. Bello no se engañó ni sobre las relaciones entre el *Poema del Cid* y la *Crónica General*, ni sobre el carácter de los fragmentos épicos que en esta obra aparecen incrustados y nos dan razón de antiguas narraciones poéticas análogas á las dos que conservamos, ni sobre las relaciones entre la *Crónica del Cid* y la *General*, de donde seguramente fué extractada la primera, aunque por virtud de una compilación intermedia. Aun sin saber árabe, adivinó antes que Dozy la procedencia arábiga del relato de la *General* en lo concerniente al sitio de Valencia. Comprendió desde la primera lectura el valor de la *Crónica Rimada*, encontrando en ella una nueva y robusta confirmación de su teoría sobre el verso épico y sobre la transformación del cantar de gesta en romance. Bello, con el solo esfuerzo de su sagacidad crítica, aplicada á la imperfecta edición de Sánchez, emprendió desde América la restauración del *Poema del Cid*, y consiguió llevarla muy adelante, regularizando la versificación, explicando sus anomalías, levantando, por decirlo así, la capa del siglo XIV, con que el bárbaro copista del manuscrito había alterado las líneas del monumento primitivo. En algún caso adivinó instintivamente la verdadera lección del códice mismo, mal entendida por el docto y benemérito Sánchez. La edición y comentario que Bello dejó preparado del *Poema del Cid*, infinitamente superior a la de Damas-Hinard, parece un portento cuando se repara que fué trabajada en un rincón de América, con falta de los libros más indispensables, y teniendo que valerse el autor casi constantemente de notas tomadas durante su permanencia en Londres, donde Bello leyó las principales colecciones de textos de la

Edad Media, y aun algunos poemas franceses manuscritos. Pero en Chile ya no tuvo á su disposición la *Crónica General*, y por mucho tiempo ni aun pudo adquirir la del *Cid* publicada por Huber. Cuarenta años duró este trabajo formidable, en que ni siquiera pudo utilizar Bello la imperfecta reproducción paleográfica de Janer, que sólo llegó á sus manos en los últimos meses de su vida, ni siquiera las conjeturas, muchas veces temerarias, de Damas-Hinard, cuya traducción no vió nunca. Y, sin embargo, el trabajo de Bello, hecho casi con sus propios individuales esfuerzos, es todavía á la hora presente, y tomado en conjunto, el más cabal que tenemos sobre el *Poema del Cid*, á pesar de la preterición injusta y desdeñosa, si no es ignorancia pura, que suele hacerse de él en España. No hay que decir las ventajas enormes que su *Glosario* lleva al de Sánchez, ni el valor de las concisas, pero muy fundamentales, observaciones sobre la gramática del Poema. Un libro de este género, que comenzado en 1827 y terminado en 1865, ha podido publicarse en 1881 sin que resulte anticuado en medio de la rápida carrera que hoy llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe. El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos en esta materia (1).

Nunca tuvo tales adivinaciones y rasgos de genio la modesta crítica de D. Alberto Lista, con quien á veces, en su condición de educador, se ha comparado á Bello. Pero es cierto que Bello, aunque muy superior en originalidad y en riqueza de doctrina, tiene evidentes semejanzas con Lista en la tendencia general de sus ideas literarias, y en aquella especie de templado eclecticismo, ó de clasicismo mitigado, que aplicaba al examen de la literatura moderna. En este concepto, los *Opúsculos literarios y críticos* del uno tienen cercano parentesco con los *Ensayos críticos y literarios* del otro, obra que Bello tenía en grande estima. No rehuía Bello la crítica

(1) Á ellos hay que agregar hoy el de un sabio joven, que ha coronado dignamente la obra de estos preclaros varones. Bien se entenderá que me refiero á D. Ramón Menéndez Pidal.

de pormenor, la crítica de preceptista y de gramático, y gustaba de aplicarla, sobre todo, á los que hacían intolerante ostentación de ella. Así trituró el pedantesco juicio de Hermosilla sobre Moratín y Meléndez, con no menos caudal de humanidades y de buenas razones, aunque con menos donaire que simultáneamente lo hacía en España D. Juan Nicasio Gallego en ciertos diálogos inolvidables. Pero en general picaba más alto, y, como Lista, gustaba de enlazar la crítica parcial de las obras con las teorías literarias generales y con los principios del gusto, que eran en él los que podían esperarse de un filósofo escocés sólido y sobrio y de un clásico á la inglesa: modo de entender el clasicismo que, aun en los períodos más académicos, ha sido mucho más amplio y más favorable al libre vuelo de la fantasía que el sistema de la escuela francesa. Así es que Bello, traductor admirable de Byron y de Víctor Hugo, y recto apreciador de la antigua comedia española y de la poesía épica de la Edad Media, no necesitó, para hacer justicia á la poesía moderna, ni renegar de su antigua fe, ni quemar lo que había adorado, ni tampoco incurrir en la manifiesta contradicción en que, por bien intencionado patriotismo, solía incurrir Lista reprobando en Víctor Hugo lo mismo que en Calderón admiraba. Bello no transigió nunca con los desmanes del mal gusto, ni con las orgías de la imaginación; pero sin ser romántico en la práctica, y conservando sus peculiares predilecciones horacianas y virgilianas, supo distinguir en el movimiento romántico todos los elementos de maravillosa poesía que en él iban envueltos, y que forzosamente tenían que triunfar y regenerar la vida artística.

Y ahora la consideración del crítico nos pone en frente del poeta; á cuyas rimas es tiempo de atender, después de esta digresión, acaso larga, pero que no juzgamos inoportuna para comprender qué especie de hombre era Bello, y cuál había de ser el carácter dominante en su poesía, que no fué sino la flor del árbol de su cultura. Voz unánime de la crítica es la que concede a Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan. La poesía de Bello es reflexiva, y no sólo artística, sino en alto grado artificiosa, pero con docto.

profundo y laudable artificio, que en un espíritu tan cultivado venía á ser segunda naturaleza. Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela, y en dos ó tres composiciones únicamente. Bello, de quien no puede decirse que cultivara, á lo menos originalmente y con fortuna, ninguno de los grandes géneros poéticos, ni el narrativo, ni el dramático, ni el lírico en sus manifestaciones más altas, es clásico é insuperable modelo en un género de menos pureza estética, pero sembrado por lo mismo de escollos y dificultades, en la poesía científica descriptiva ó didáctica; y es, ademas, consumado maestro de dicción poética, sabiamente pintoresca, laboriosamente acicalada y bruñida, la cual á toda materia puede aplicarse, y tiene su propio valor formal, independiente de la materia. En este concepto, más restringido y técnico, puede llamarse á Bello creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español, por lo cual sus versos no se confunden con los de ningún otro contemporáneo suyo, ni con los de Quintana y Gallego, ni con los de Moratín y Arriaza, ni con los de Lista y Reinoso, ni con los de Olmedo y Heredia.

Las cualidades sustanciales de esta poesía han sido apreciadas por Caro mejor que por ningún otro en las palabras siguientes: «hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía; y ostenta, él más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo.»

Estos justos loores han de entenderse de aquellas escasas poesías de la edad madura de Bello, en que su estilo llega á la perfección más alta. Y para declarar cuáles sean éstas, conviene dividir sus *Poesías* en tres grupos ó series, que corresponden exactamente á los tres grandes períodos de su larguísima vida: el de educación en Caracas hasta 1810, el de estancia en Inglaterra hasta 1829, y el de magisterio en Chile hasta 1865.

Las poesías del primer período, que Bello seguramente no hubiera publicado nunca, apenas tienen interés más que como tanteos y ensayos, que nos dan la clave de la formación de su gusto y de la vacilación que forzosamente había de acompañar los primeros pasos de su musa hasta que regiamente posase su sandalia de oro en las selvas americanas. Unas veces se le ve arrastrado por el prosaísmo del siglo XVIII, como en dos lánguidos, fastidiosos y adulatorios poemas en acción de gracias á Carlos IV por la benéfica expedición enviada á América á propagar la vacuna: poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que aquel mismo acontecimiento inspiró simultáneamente á Quintana. El numen de Bello no puede volar todavía con alas propias; pero cuando traduce ó imita, aparece fácil, ameno y gracioso, como en las elegantes octavas en que parafrasea la égloga segunda de Virgilio; en la linda y verdaderamente horaciana odita *Al Anauco*, y en el delicado y suave romancillo heptasilábico que se titula imitación de *La nave* de Horacio, y lo es en cuanto á los pensamientos, pero no en cuanto al estilo, que está evidentemente trabajado sobre el modelo de las *Barquillas* de Lope. Los primeros orígenes literarios de Bello quedan patentes con esto: Horacio y Virgilio y la escuela italo-española del siglo XVI, con algunos toques, aunque pocos y sobriamente aplicados, de la manera del siglo XVII, más independiente y fogosa. No en vano había sido Bello lector asiduo de Calderón antes de someterse á la disciplina de Horacio.

Un soneto, no más que mediano, a la victoria de Bailén, pone término á esta primera época literaria de Bello, el cual por trece años, dedicados en Inglaterra á acrisolar y depurar su gusto con el estudio de la lengua griega y de las literaturas modernas, guarda silencio (apenas interrumpido por los bellos tercetos de la epístola á Olmedo, más familiar de tono, pero no menos pulcra y limada que cualquiera de las de los dos hermanos Argensolas), y sólo le rompe para el público en 1823 y 1827, publicando en las dos revistas que dirigió, sus dos composiciones magistrales; muy desigual una de ellas, aunque sembrada de trozos bellísimos, por lo cual nunca pasó del

estado de fragmentos; admirable de todo punto la otra, y tal, que por sí sola vincula la inmortalidad al nombre de Bello. Estas dos composiciones son la *Alocución á la Poesía*, más propiamente intitulada *Fragmentos de un poema sobre América* y la *Silva á la Agricultura en la Zona Tórrida*. Una y otra se comprenden bajo el rótulo genérico de *Silvas Americanas*, y si bien se repara, son partes de un mismo conjunto, y debieron entrar juntas en el plan primitivo. Pero publicada la *Alocución*, y convencido sin duda el mismo Bello de su desigualdad, fué enfriándose en la continuación del poema, y determinó aprovechar la parte descriptiva de los fragmentos publicados, para una nueva composición de más reducidas dimensiones, de más unidad en el plan, y de tal perfección de detalles, que hiciera olvidar la obra primitiva, enriqueciéndose con sus más bellos despojos. Por eso en la *Alocución á la Poesía* y en la *Silva á la Agricultura*, son casi idénticas las enumeraciones de los vegetales del Nuevo Mundo, y muy semejantes los epítetos con que están caracterizados; y hasta hay dos ó tres versos que se han conservado intactos:

Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmín la tuna cría;
Donde tremola *el algodón su nieve*
*Y el ananás sazona su ambrosía;*
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
*Cuaja en urnas de púrpura su almendra.*

Quien compare esta poética enumeración con la que luego se lee en la *Silva á la Agricultura*, comprenderá el lento y sabio artificio con que Bello no se cansaba de volver al yunque sus versos; y no dejará de advertir al mismo tiempo que el círculo de sus ideas poéticas no era muy amplio cuando tan fácilmente caía en la tentación de copiarse á sí mismo. Pero, por una parte, la perfección de la segunda prueba es tal, que justifica esta especie de *auto-plagio*, si

vale la frase; y por otra la *Alocución á la Poesía*, aun descartando de ella todo lo que con mejoras pasó á *la Zona Tórrida*, tiene bellezas propias, así históricas como descriptivas, que notaremos después y que hacen deplorar más amargamente que el buen gusto del autor no hubiese atenuado la monotonía prosaica de algunos trozos, que parecen pura *gaceta* rimada, de ínfima calidad poética. Son, pues, ambas *Silvas* dos hermanas de muy desigual belleza, pero es imposible separarlas en el juicio, porque aun predominando en la una el carácter histórico-geográfico, y en la otra el descriptivo y moral, vienen á formar juntas una especie de poema americano, en que se cantan el clima, el suelo, las producciones y los hombres, se ensalza á los guerreros de la independencia, se dan consejos útiles y civilizadores para lo porvenir.

El carácter de estas *Silvas* de Bello ha sido perfectamente definido por D. Miguel A. Caro, llamándolas *poesía científica*, no en el sentido de que den la enseñanza de ningún arte ó ciencia, en cuyo caso serían muy científicas, pero no serían poesía; sino en el sentido de que dan bella y viva y concreta realización á ciertos conceptos sobre la naturaleza, la moral y la historia, y se engalanan con hermosas descripciones de objetos naturales y de labores humanas, fielmente ajustadas á la precisión y al rigor del conocimiento científico, pero interpretado y transformado éste por el espíritu poético, que es una manera ideal y bella de concebir, sentir y expresar las cosas, cualesquiera que ellas sean. Tal linaje de poesía es ciertamente tan legítimo como cualquier otro, cuando el poeta sabe encontrarle; y no hay razón para restringir los dominios del poeta, privándole de los goces de la contemplación científica, que ya en sí misma tiene á veces algo de estética, y encerrándole en un subjetivismo de pasión, que puede ser enfermizo y estéril. La facultad de convertir lo científicamente entendido y contemplado en fuente de emoción poética, es rarísima; pero por lo mismo es más digna de alabanza en quien la tiene, y no ha de confundirse de ningún modo con la exposición rimada y pueril de cualquier enseñanza. La enseñanza directa y formal podrá ser incompatible con la poesía (aunque no lo fuera en las edades primitivas, en que la poesía fué el único lenguaje humano), pero la ciencia no lo es ni lo

ha sido nunca. Si se rechaza el término de poesía didáctica, acéptese á lo menos el de poesía científica, como no se quiera excluir del arte á algunos de los más grandes poetas que en el mundo han sido. Cuando la contemplación científico-poética llega á su grado más alto, todo el sistema del mundo cabe sintéticamente en los inmortales exametros de Lucrecio. Cuando una musa más apacible vaga por senderos más risueños, nace el arte divino de la descripción virgiliana, analítica y precisa; y á él pertenecen, aunque naturalmente á larga distancia, las dos *Silvas* de Bello. Que su ambición fué la de ser el poeta de unas *Geórgicas* nuevas, bien claro lo dijo en aquellos versos de la *Alocución á la Poesía:*

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano, ¡oh Diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona.....

Pero aunque no lo dijera, bien claro se deduciría de su estilo y de innumerables y patentes reminiscencias; aunque en las *Silvas Americanas* abunden también las imitaciones de otros poetas clásicos, y especialmente de Horacio. Uno de los más hermosos y celebrados pasajes de la *Agricultura en la Zona Tórrida;* aquellos versos de tan severa exhortación moral á la juventud americana; aquella pintura enérgica de la depravación y licencia de la vida muelle y afeminada de las ciudades en contraste con los austeros y varoniles hábitos de la vida rústica, es imitación muy ajustada, y en los últimos versos llega á ser traducción, de la oda 6.ª del libro 3.º del lírico latino, *Delicta Maiorum:*

*Motus doceri gaudet Ionicos*
*Matura virgo, et fingitur artibus*
*Iam nunc, et incestos amores*
*De tenero meditatur ungui.*

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

.....Crece
En la materna escuela
De la disipación y el galanteo

La tierna virgen; y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.

.......... ....................

*Non his juventus orta parentibus*
*Infecit aequor sanguine punico,*
*Pyrrumque et ingentem cecidit*
*Antiochum, Annibalemque dirum:*
*Sed rusticorum mascula militum*
*Proles, sabellis docta ligonibus*
*Versare glebas, et severae*
*Matris ad arbitrium recisos*
*Portare fustes.....*

.... ..... . ....... ..... .......

No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la robusta mano
Que tostó el sol y encalleció el arado (1),
Y bajo el techo humoso campesino
Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

Pero el influjo de Horacio es siempre secundario é incidental en el arte de Bello, que nunca tiene la concentración lírica de su modelo, y que prefería sus *Sátiras* y *Epístolas* á sus odas. Bello no es, en rigor, poeta horaciano, sino poeta profundamente virgiliano. Y esto no sólo por la traducción casi literal de muchos versos, epítetos é imágenes de las *Geórgicas*, que va incrustando en sus *Silvas*, y que por lo regular nunca han sido mejor traducidos, v. gr.:

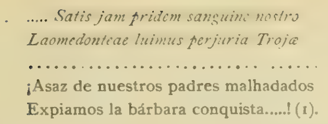
*Illius inmensae ruperunt horrea messes*

.................................

Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.....

(1) En este hermoso verso parece descubrirse también una reminiscencia de Quevedo en sátira de asunto muy análogo y hablando también del arado:

Que un tiempo *encalleció* manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron.....



..... *Satis jam pridem sanguine nostro*
*Laomedonteae luimus perjuria Trojæ*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista.....! (1).

Sin contar con otros muchos en que las imágenes de la poesía antigua aparecen rejuvenecidas por el espectáculo de un mundo nuevo, de un nuevo cielo y nuevas constelaciones:

*Maximus hic flexu sinuoso elabitur Anguis*
*Circum, perque duas in morem fluminis Arctos,*
*Arctos Oceani metuentes aequore tingi.....*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
..... Donde á un tiempo el vasto
Dragón del Norte su dorada espira
Desvuelve en torno al luminar inmóvil
Que el rumbo al marinero audaz señala;
Y la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala.

Pero el espíritu del poeta de Mantua no revive sólo en los detalles de las *Silvas Americanas*, sino en el plan mismo, en la concepción general de una y otra, que son dos pensamientos virgilianos. Bello canta la Zona Tórrida como Virgilio a Italia. El *Salve fecunda zona*..., es un eco del *Salve magna parens frugum*... El poeta llama a los americanos á la labor del campo y á las artes de la paz, como Virgilio congregaba á los pueblos itálicos después del sangriento tumulto de las guerras civiles. La enumeración triunfal de las ciudades y de los héroes en la *Alocución á la Poesía*, recuerda en seguida el desfile de las sombras de los futuros romanos, que va mostrando á Eneas su padre Anquises en los Campos Elíseos.

Y aún hay más: el arte docto é ingenioso de la dicción de Virgilio; aquellos procedimientos suyos para injertar y transponer las bellezas ajenas; aquel artificio de la imitación *compuesta*, que (como

(1) Parece por el giro de la frase que Bello, además del texto, recordó aquí la traducción de Fr. Luis de León:

.....que ya *asaz* con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.....

notó delicadamente Sainte-Beuve), combina muchos elementos en una sola frase, y les da bajo esta forma definitiva un valor y un alma nueva, «dos ó tres colores que vienen á fundirse en un solo rayo, dos ó tres jugos diversos que no componen más que una sola miel», es el secreto mismo de la excelencia del estilo de Bello, que en lo descriptivo y *geórgico* resulta, sin duda, el más virgiliano de nuestros poetas, como Garcilaso lo es en lo *bucólico* y en las divinas bellezas de sentimiento. La poesía agrícola de Bello nació, como la de Virgilio, del amor simultáneo á la naturaleza y á los grandes poetas de otros tiempos; en su varia y complicadísima urdimbre han entrado hilos de innumerables telas, y, sin embargo, el color de la trama parece uno.

En la poesía de Bello han de distinguirse dos elementos distintos, pero no antagónicos. Por una parte, Bello es el último discípulo de aquella escuela descriptivo-didáctica, derivada de Virgilio y de nuestro Columela: continuada por los poetas humanistas del Renacimiento, como Fracástor, el mayor de todos á pesar de lo ingrato y repugnante de su asunto, como Vida en el poema *del juego del Ajedrez* y en el de la *cría de los gusanos de seda*, como Pontano en el *De Hortis Hesperidum sive De citrorum cultu:* tradición que después, con inspiración menos fresca y lozana, pero con notable habilidad para realzar lo prosaico y pequeño, «*addere rebus angustis honorem*», convirtieron en patrimonio suyo, casi exclusivo, los versificadores latinos de la Compañía de Jesús, autores de innumerables y muy elegantes poemas didascálicos de materia botánica y agronómica, como los *Huertos* del P. Rapin, el *Praedium Rusticum*, de Vanière, el *De Connubiis florum*, de La Croix, y otros muchos que cantan parcialmente algunas de las producciones celebradas por el mismo Bello, v. gr., el café (*Faba arabica-Caffeum*), asunto de dos diversos poemitas de Tomas Bernardo Fellon y Guillermo Massieu. Obra maestra de este género es la *Rusticatio Mexicana*, del guatemalteco P. Landívar, que, como libro americano, no parece creíble que fuese ignorado por hombre de tan inmensa lectura como D. Andrés Bello. De esta poesía latina jesuítica (llamada así con entero rigor, puesto que apenas se puede citar, aun entre sus cultivadores seglares, ninguno que no saliese de las aulas de la Com-

paña (1) es una degeneración la poesía descriptiva del siglo XVIII en lenguas vulgares, especialmente la que floreció en Francia con el abate Delille y sus discípulos. Pero este género, que en latín se tolera, y aun divierte, como una especie de gimnasia recreativa, resulta pueril y enfadoso en una lengua vulgar, en que ni siquiera existe, ó es mucho menor, el mérito de la dificultad vencida. Versificar enteras la física, la historia natural, la agricultura y la jardinería, como pretendió Delille, era una tarea absurda, de la cual toda su habilidad de versificador, riqueza de vocabulario, y destreza en el uso de las perífrasis, no podían sacarle airoso. Así es que Bello, que estimaba mucho el talento de Delille, y que tradujo medianamente un fragmento de sus *Jardines* y admirablemente otro sobre *La Luz*, que vale por cualquiera composición original, se guardó bien de imitar en sus propias *Silvas* la taracea prolija y menuda de aquel hábil mecánico de versos; y tratando el paisaje y la agricultura americana de un modo casi lírico, puso en él la emoción del desterrado, el severo magisterio del moralista, la pasión del ciudadano comprometido en lucha civil, la elevada y serena contemplación científica, y otros elementos de interés humano, que en vano se buscarían en el arte frívolo del abate Delille: mero pasatiempo de sociedad sin jugo de ideal poético (2).

Lo que salvó á Bello del contagio de la falsa poesía didáctica, fué, no sólo su virtud poética, que era muy real aunque pareciese templada y modesta, sino el severo y formal estudio de la ciencia del mundo físico y de sus leyes, al cual se había consagrado muy joven,

(1) Por ejemplo, nuestro D. Ignacio Lopez de Ayala, elegante autor de dos poemas latinos, uno sobre las termas de Archena y otro sobre la pesca de los atunes *(Cetarion)*.

(2) Más nobles ejemplos de una poesía sabia y análoga á la suya pudo encontrar Bello en Italia. Me parece indudable que conoció el *Invito a Lesbia Cidonia*, poemita del sabio Lorenzo Mascheroni, que viene á ser la descripción de un gabinete de Física. Bello pertenece, en cierto modo, á la misma familia poética que el abate Parini, y construía sus versos con un artificio parecido al de *Il Giorno*, donde también se canta con ingeniosas perífrasis el café, el azúcar, el cacao, y se alude á la conquista de América, con el espíritu filantrópico del siglo XVIII.

estimulado por el ejemplo y los consejos de Humboldt. Y he aquí el segundo elemento cuya presencia reconocemos en las *Silvas Americanas*, y que templa y robustece el impulso literario, impidiendole degenerar en vano *dilettantismo*. Si algún género de creación artística puede reclamar como suyo el siglo XVIII, es sin duda el consorcio de la literatura y de la ciencia, la invasión del espíritu naturalista en la prosa de Buffon, de J. Jacobo Rousseau, de Bernardino de Saint-Pierre; sin contar con aquella especie de *monismo* poético que centellea en algunas páginas de Diderot. El grande heredero de la tradición científica del siglo XVIII, destinado á sobrepujarla muy pronto y á hacer entrar en nuevas vías el pensamiento moderno, heredó también aquellas luminosas condiciones de exposición; y desde el *Viaje de las regiones ecuatoriales* hasta el *Cosmos*, mereció por medio siglo el nombre de mago de la ciencia, juntando en rara armonía las cualidades de genio inventivo y las de expositor animado y brillante. Humboldt tiene que reclamar también su parte en el canto de Bello; y para no citar más ejemplos, el bello mito de la diosa Huitaca y del civilizador Nenqueteba, y del despeñamiento del Tequendama y la inundación del valle de Bogotá, en la *Alocución á la Poesía*, está tomado de los *Paisajes de las cordilleras*, y el mismo Bello lo declara así en una nota.

De la originalidad de la tentativa de Bello dentro de la literatura española, no puede dudarse; lo cual no quiere decir que carezca de algunos y muy calificados precedentes: la *Grandeza Mexicana* en lo descriptivo, el *Poema de la Pintura*, de Pablo de Céspedes, en lo didáctico. Nada á primera vista más remoto de la manera laboriosa y un tanto rígida de Bello que la abundancia despilfarrada del obispo Valbuena; pero la semejanza reside, no sólo en la comunidad del tema americano, sino en ciertos detalles de labor fina y prolija que no deja de intercalar Valbuena en medio de la intemperante prodigalidad de sus descripciones. Pero por punto general, es cierto que en ellas, lo mismo que en las del Ariosto, su maestro predilecto, domina lo *fantástico* sobre lo *icástico*, al revés de lo que acontece en Virgilio y en Bello. Céspedes pertenece á la escuela de éstos últimos, aunque en sus octavas, lo mismo que en sus cuadros, la corrección del dibujante y el arte clásico de la composición no em-

pezca á lo brillante y armonioso del colorido. Céspedes, discípulo asombroso de Virgilio, si ya no rival y émulo suyo en episodios como la descripción del caballo y el elogio de la tinta, tiene más alma poética, más empuje y grandeza que Bello; pero el numen que le inspira es también el numen de las *Geórgicas*, aunque aplicado a diversa materia; y fué sin duda el racionero cordobés uno de los principales maestros que enseñaron á Bello el arte exquisito de ennoblecerlo todo con los matices y lumbres de la dicción poética, como él había descrito y ennoblecido la cuadrícula y la concha de los colores.

El sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí solo bastara á dar vida á un género especial de poesía. El paisaje en nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poemas caballerescos quimérico y arbitrario. Sólo por lujo y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizandolos con epítetos pintorescos. Lope de Vega tiene muchas en sus comedias, y aun en composiciones líricas como el *Canto del Gigante á Crisalda*, inserto en la *Arcadia*. Al mismo género de descripción, pero con más acentuado carácter de exactitud naturalista, pertenece la égloga de Pedro Soto de Rojas, *Marcelo y Fenijardo*, que seguramente Bello habría leído en el *Parnaso Español*, de Sedano.

Pero hay antecedentes más inmediatos. D. Miguel A. Caro, autor del juicio más profundo que conocemos sobre las obras poéticas de Bello, ha hecho notar no sólo las analogías indudables, sino las deliberadas imitaciones que el poeta venezolano hizo de algunos pasos del muy estimable poemita de Arriaza, *Emilia ó las Artes*, obra que quedó incompleta y yace injustamente olvidada, con estar sembrada de elegantes versos y felices descripciones, y ser sin duda de lo más limado que nos dejó su autor, renunciando por esta vez á sus hábitos de improvisación. El ingenio frívolo y ameno de Arriaza no alcanzó, sin embargo, á dar unidad ni transcendencia poética á su obra, que se reduce á una serie de vistosos paisajes de abanico; por lo cual, y por otras razones, queda inferior á las *Silvas Americanas;* pero es cierto que Bello le imitó «en ciertos toques descriptivos y en el arte de versificar», y aun en imágenes y comparaciones, como

puede notarse en la siguiente, en que notoriamente la ventaja es del poeta español:

ARRIAZA

Y como si en jardín de avaro dueño,
Que entre sus flores vive aprisionado,
Dama gentil se asoma, de halagüeño
Mirar, que con su ruego y con su agrado
Del severo guardián desarma el ceño;
Que entra alegre, y se arroja, y el nevado
Pecho reclina al suelo, y las hermosas
Manos perdidas vagan por las rosas;
Y escogiendo fragancia y colorido,
En tantas flores párase indecisa;
Mas codiciosa del botín florido,
Son su despojo al fin cuantas divisa:
Hasta que expira el plazo concedido,
É involuntario el pie mueve remisa,
Pareciéndole al paso que se aleja
Flores más lindas las que atrás se deja.....

BELLO

Como en aquel jardín que han adornado
Naturaleza y arte á competencia,
Con vago revolar la abeja altiva
La más sutil y delicada esencia
De las más olorosas flores liba;
La demás turba deja, aunque de galas
Brillante, y de süave aroma llena,
Y torna, fatigadas ya las alas
De la dulce tarea, á la colmena.....

¿Y no habrá fundamento para decir, aunque no se haya notado hasta ahora, que ciertas octavas de *La Agresión Británica*, de Maury, publicada en 1806, contienen ya como el programa de *La Agricultura en la zona tórrida*, y pudieron y debieron influir en Bello, que tanto admiraba la pericia técnica del vate malagueño, y que le tenía por uno de los más primorosos artistas métricos de nuestra lengua? Pues Maury, en *La Agresión*, no sólo poetiza, con perífrasis de la misma familia que las de Bello, la cochinilla, el añil, el palo de campeche y la caña de azúcar, sino que en robustísimas octavas

canta la grandeza de los Andes, de la cual le parecen débil remedo las cordilleras de Europa:

Si bien Pirene en puntas de diamante
Á las etéreas auras se sublima,
Y del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los recios brazos tiende y falda opima;
La esmalta Cerescon pincel brillante
Mientras marmórea nieve orla su cima,
Y se derrumba en rugidor torrente,
Ó se liquida saludable fuente:
Si Apenino en su altura excelso niega
Que humano pie sus términos transite,
Y antes allá se espacia en grata vega,
Que al delicioso Edén quizá compite;
Y humillándose más, rendido llega
Á perderse en la concha de Anfitrite,
Á un lado envuelto en olas espumosas,
Al otro en frutos y odorantes rosas:
Débil remedo son de la alta, ingente
Sierra adusta y feraz, trono de Pales,
Que alzando, en medio al Ecuador, la frente,
Del Austro vió los yermos arenales,
Y eslabonando fué la zona ardiente,
Y va á encontrar las Osas boreales;
Que tanto en montes se enriscó fecundo
El hemisferio occidental del mundo.
Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,
Hórrida, veis hermosos bosques fríos;
Do los barrancos que el verdor oculta
Abismos son y piélagos los ríos;
Y un monte y otro monte allí sepulta
En cavernosos cóncavos sombríos
El rojo mineral y tersa plata,
Á los hijos del sol dádiva ingrata.

El arte de la descripción americana, á lo menos de la descripción por grandes masas, estaba adivinado, pero había que descargarle de tanta pompa y fausto retórico, y éste fué el triunfo de Bello, siempre más sencillo y modesto, aun en su majestuoso artificio.

Pero no puede decirse que al imitar al poeta andaluz le mejorase siempre. Había dicho Maury de la cochinilla y del añil:

Mientras purpúreo el insectillo indiano
*Ya del sidonio múrice desdoro,*
Los albos copos á teñir se apresta
Cual púdico rubor frente modesta.
Se apresta el polvo que en pureza tanta
Copia el zafiro del cerúleo cielo.....

Y escribe Bello:

Bulle carmín viviente en tus nopales
*Que afrenta fuera al múrice de Tiro,*
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbre del zafiro.

El segundo verso es casi idéntico, salvo poner *Tiro* en vez de *Sidón*. El *carmín viviente* es una de aquellas felicísimas invenciones de expresión pintoresca en que Bello no tiene rival; pertenece al mismo género que los *sarmientos trepadores, las rosas de oro y el vellón de nieve del algodón, las urnas de púrpura del cacao, y los albos jazmines del café.* Pero en su línea no vale menos la delicada comparación del *púdico rubor* en que Maury enlaza de un modo tan feliz como inesperado lo físico con lo moral. Y en la descripción de la caña de azúcar triunfa también el vate de Málaga sobre el de Caracas. Los tres versos de Bello:

Tú das la caña hermosa
De do la miel se acendra,
Por quien desdeña el mundo los panales.....

son compendio, pero no sustitución ventajosa, de esta octava de *La Agresión Británica:*

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano
Predilecta del sol, frondosa crece,
Y esclavo della el útil africano,
Tal vez con ayes lánguidos la mece?
Liba la abeja almíbares en vano
Á cuantas flores primavera ofrece:
Con más dulzura el tributario arbusto
En nevado panal deleita el gusto.

Y después de esta disección, quizá en demasía prolija, dirá alguno: ¿qué le queda propio á Bello, tributario de tantos poetas y pro-

sistas distintos? A mi entender, le queda casi todo: le queda su maravilloso estilo, del cual ha dicho el gran poeta colombiano Pombo que «es un manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro». Le queda aquel peregrino sabor, á la vez latino y americano, que al mismo tiempo que nos halaga el gusto con la quinta esencia del néctar clásico, estimula el paladar con el jugo destilado de las exóticas plantas intertropicales. En los cantos de Bello llegan á nosotros los sones de la avena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaraví* amoroso, que suena desde el lejano *tambo*, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz Austral, y se perciben en el ambiente tibio y regalado las luminosas huellas del *cocuyo* fosforescente. Le queda la fusión de lo antiguo y de lo novísimo, de la precisión naturalista y de la nostalgia del proscrito; el arte de dar cierto género de vida moral á lo inanimado, personificando al *maíz «jefe altanero de la espigada tribu»*; haciendo desmayar dulcemente al *banano*, rendido bajo el peso de su carga; mostrándonos la solicitud casi maternal con que el *bucare* corpulento ampara á la tierna *teobroma*, y poetizando, como ya notó Caro, la lucha por la existencia en las plantas á cuyas raíces viene angosto el seno de la tierra. Y no le quedan sólo detalles exquisitos, sino cuadros de gran composición clásica, como el incendio y la repoblación de las florestas, que por cualquier lado que se le mire es digno de las *Geórgicas* (1); pinturas épicas é idílicas, como la edad de oro de Cundinamarca y *el salto audaz del Bogotá espumoso* y la montaña abierta por el cetro divino de Nenqueteba.

(1) En el cuadro del incendio me parece que recordó Bello otro muy semejante, que se halla en una silva atribuída con algún fundamento á Rioja, tanto por su estilo como por hallarse en el mismo códice (M. 82 de la Biblioteca Nacional) que contiene sus poesías. Pueden cotejarse las dos descripciones. Véase la del antiguo poeta:

No así vagante llama
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa;
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio oscuro,

¿Quiere esto decir que las *Silvas Americanas* carezcan de defectos? Toda obra del ingenio humano los tiene, por breve que sea su extensión. *La Zona Tórrida* se acerca á la perfección de estilo en cuanto cabe, pero todavía puede notarse, en medio de tantos granos de oro puro, alguna muestra de metal más vil, alguna perífrasis afectada y pseudoclásica; por ejemplo, aquella rebuscadísima hablando del café:

Y el perfume le das que *en los festines*
*La fiebre insana templará á Lieo.*

La parte moral de la misma *Silva* comienza admirablemente, pero se prolonga demasiado, tiene ciertas trazas de sermón, y sólo la nobleza de la frase protege y realza algunos pasajes, que evidentemente fueron pensados de un modo prosaico. Pero donde la desigualdad llega á ser intolerable, es en ciertos fragmentos de la *Alocución á la Poesía.* Al ponerla en mi colección, cercené íntegra la segunda parte; no en verdad por escrúpulos patrióticos, puesto que las injurias contra España á nadie perjudican más que á la memo-

Émula de los astros:
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino,
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas,
Y en el sólido tronco y más secreto
Del laurel y el abeto,
Estalla, gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto oscurecida,
Ni de la inmensa pluvia destruída.

BELLO

¿Qué miro? Alto torrente
De sonorosa llama
Corre, y sobre las áridas rüinas
De la postrada selva se derrama.
El raudo incendio á gran distancia brama,
Y el humo en negro remolino sube,
Aglomerando nube sobre nube.
Ya, de lo que antes era
Verdor hermoso y fresca lozanía,
Sólo difuntos troncos,
Sólo cenizas quedan: monumento
De la dicha mortal, burla del viento.

ria de su autor, y por otra parte están tan floja y desmayadamente dichas, que no prueban gran convicción en el ánimo de Bello, sospechoso en su tiempo de tibio republicanismo, y de hacer un poco el papel del patriota por fuerza; ni pueden hacer gran mella en quien no tuvo reparo en insertar y elogiar el *Canto* de Olmedo *á Bolívar.* Pero literariamente da pena (aunque por otra parte nos parezca á los españoles justo castigo de un malo y descastado impulso) ver á tal hombre como Bello empleado en la afanosa tarea de tejer un catálogo histórico de los *libertadores* y de sus hazañas, en versos que á veces (sin irreverencia sea dicho) nos parecen dignos de alternar con los dísticos de la Historia de España del P. Isla. ¿Quién diría que el delicioso poeta virgiliano tuvo valor para afear una de sus obras más selectas con renglones de esta guisa?:

Y la memoria eternizar desea
De aquellos granaderos de á caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ni sepultada quedará en olvido
La Paz, que tantos claros hijos llora,
Ni Santa Cruz, ni menos Chuquisaca,
Ni Cochabamba.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ni tú de Ribas callarás la fama,
Á quien vió victorioso Niquitao,
Horcones, Ocumare, Vijirima,
Y dejando otros nombres que no menos
Dignos de loa Venezuela estima.....
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
«Muera (respondes) el traidor Baraya,
Y que á destierro su familia vaya.»
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Ortiz, García de Toledo, expira,
Granados, Amador, Castillo, mueren,
Yace Cabal, de Popayán llorado
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Gutiérrez, el postrero aliento exhala.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Indudablemente no era tarea digna de Bello la de versificar este padrón de vecindad, por mucho que naturalmente halagase la vanidad de los Aquiles y Diomedes de la epopeya americana.

Claro que no todo en la segunda parte de la *Alocución* es de este género trivial y fastidioso; Bello no podía dormitar tanto tiempo seguido. Magnífico es, por ejemplo, y de emoción muy virgiliana, el recuerdo que tributa á su infortunado amigo y Mecenas Javier Ustáriz:

Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo,
Aun en la edad obscura
En que el premio de honor se dispensaba
Sólo al que á precio vil su honor vendía,
Y en que el rubor de la virtud, altivo
Desdén y rebelión se interpretaba.
La Música, la dulce Poesía,
¿Son tu delicia ahora como un día?
¿Ó á más altos objetos das la mente,
Y con los héroes, con las almas bellas
De la pasada edad y la presente
Conversas, y el gran libro desarrollas
De los destinos del linaje humano?
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
De mártires que dieron por la patria
La vida, el santo coro te rodea:
Régulo, Tráseas, Marco Bruto, Decio,
Cuantos inmortaliza Atenas libre,
Cuantos Esparta y el romano Tibre.

Miranda, Roscio «de la naciente libertad no sólo defensor, sino maestro y padre», San Martín y otros capitanes y próceres de la independencia, están digna y decorosamente celebrados. Y es grandiosa la imagen con que el poeta excusa la preterición del elogio de Bolívar, el más grande de sus héroes, pero no el predilecto de su alma:

Pues como aquel samán que siglos cuenta,
De las vecinas gentes venerado,
Que vió en torno á su basa corpulenta
El bosque muchas veces renovado,
Y vasto espacio cubre con la hojosa
Copa, de mil inviernos victoriosa;
Así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
Digna de que la lleven dulce rima
Y culta historia al tiempo más lejano.

Las poesías del tercer período de Bello se dividen naturalmente en dos grupos: el de originales y el de traducciones. Versos originales hizo pocos en Chile, y menos aún por iniciativa propia: algunas odas patrióticas, de las cuales la mejor es la que compuso en 1841 al *Diez y ocho de Septiembre*, correcta, elevada, llena de sabias enseñanzas políticas: un canto elegíaco y semirromántico, *El Incendio de la Compañía*, muestra palpable de que Dios no llamaba á don Andrés Bello por los caminos del nuevo lirismo; algunas sátiras literarias chistosas y de buena doctrina; bastantes composiciones ligeras, fábulas, versos de álbum y otras bagatelas. Ninguna de ellas puede despreciarse, porque Bello es siempre gran maestro de lengua y estilo poético; pero es cierto que no añaden ni una hoja de laurel á su corona.

Donde volvemos á encontrar al excelente poeta de otros tiempos es en sus traducciones é imitaciones. La edad y los áridos y constantes estudios habían podido resfriar su vida poética propia, que siempre fué menos ardiente que luminosa; pero en cambio le habían hecho comprender y sentir cada día mejor la inspiración ajena, y penetrar en el secreto de los estilos más diversos. Gracias á eso, pudo un mismo hombre dar propia y adecuada vestidura castellana á obras de inspiración tan diversa como el *Rudens*, de Plauto, y *El Sardanápalo* y el *Marino Faliero*, de Byron; *El Orlando enamorado*, de Boyardo; un fragmento de los *Niebelungen*, y varias fantasías y *Orientales*, de Víctor Hugo. En estas traducciones ó adaptaciones Bello hizo milagros, y, atendiendo á algunas de ellas, sobre todo al largo fragmento del *Sardanápalo* y á los catorce cantos que dejó traducidos del poema de Boyardo refundido por el Berni, no se le puede negar la palma entre todos los traductores poéticos de la pasada generación literaria, que los tuvo excelentes en España y en América. Entrar en el mecanismo de estas versiones y compararlas con los originales, sería ciertamente tarea útil y fecunda en grandes enseñanzas de lengua y de versificación; pero aquí no podemos ni intentarla siquiera. Las de Víctor Hugo no son traducciones ni quieren serlo, sino imitaciones muy castellanizadas, en que Bello se apodera del pensamiento original, y le desarrolla en nuestra lengua conforme á nuestros hábitos líricos, á las condiciones

de nuestra versificación y á la idiosincrasia poética del imitador. Y esto lo consigue de tal modo, que una de esas imitaciones, la *Oración por todos*, es sabida de todo el mundo en América, y estimada por muchos como la mejor poesía de Bello, la más humana, la más rica de afectos; y no hay español que habiendo leído aquellas estrofas melancólicas y sollozantes, vuelva á mirar en su vida el texto francés sin encontrarle notoriamente inferior. Habrá acaso error de perspectiva en esto: yo no lo sé, pero consigno el hecho como parte y como testigo. Lo mismo acontece con la titulada *Moisés en el Nilo*, «bella en francés (dice Caro), más bella, intachable en la versión castellana de Bello». Y tratándose de versiones poéticas, el voto de D. Miguel Antonio Caro me parece el primer voto de calidad en nuestra lengua.

Para mí la obra maestra de Bello, como hablista y como versificador, es su traducción del *Orlando enamorado*, que incompleta y todo como está, es la mejor traducción de poema largo italiano que tenemos en nuestra literatura. Podrá lamentarse que el intérprete, en vez de ejercitarse en Boyardo, no hubiera empleado el tiempo en alguno de los tres épicos mayores; pero el gusto individual, la casualidad, el deseo de caminar por senderos menos trillados, bastan para explicar esta predilección. Por otra parte, el Boyardo fué gran poeta, de no menor fantasía y seguramente de más invención que el Ariosto, y merece bien este homenaje póstumo de la musa castellana, que en el siglo XVI le debió inspiraciones muy felices. Bello ha encabezado todos los cantos con introducciones jocoserias de su propia cosecha, en el tono de las del Ariosto; y así en ellas, como en la traducción de las octavas italianas, derrama tesoros de dicción pintoresca, limpia y castiza, dócil, sin apremio ni violencia, al freno de oro de una versificación acendrada, intachable, llena de variedad y de armonía, dignísima de estudio en las pausas métricas y en la variedad de inflexiones, sin caer en aquel escabroso y sistemático aliño que hace de tan áspero acceso las octavas de *Esvero y Almedora*, único poema del siglo XIX en que el prosodista ha ido acompañando constantemente la labor del poeta.

El dominio de la octava real que había adquirido Bello merced á esta gran faena, quiso aplicarle luego á un cuento ó leyenda origi-

nal, en el género de las de Mora, titulada *El Proscripto*, en que á través de una fábula sencilla y doméstica se proponía describir tipos y costumbres de la época colonial. Pero este ensayo no pasó del canto quinto, y aunque las octavas son generalmente buenas y la narración corre fácil é interesante, con bellos rasgos en la parte seria, hay que confesar que la parte cómica está muy lejana del donaire de Batres, con quien ningún poeta americano puede competir en esto.

El nombre de Bello suscita inmediatamente en la memoria el de otro venezolano, D. Rafael María Baralt, también filólogo y poeta, honra de América por su nacimiento y educación, benemérito de España por haber escrito y publicado aquí sus principales obras (1).

(1) Nació D. Rafael María Baralt en Maracaibo el 3 de Julio de 1810. Pasó su infancia en Santo Domingo, y no regresó á Venezuela hasta 1821. En la Universidad de Bogotá hizo sus estudios de latinidad y filosofía, y comenzó los de jurisprudencia, que hubo de interrumpir para lanzarse en la revolución venezolana de 1830, que definitivamente separó á Venezuela de Colombia. Entrando en el servicio militar, llegó á capitán de artillería. En 1841 se trasladó á París con objeto de imprimir su *Historia de Venezuela;* en 1843 pasó á España con una Comisión histórico-diplomática, y en Sevilla y en Madrid residió todo lo restante de su vida, adquiriendo nacionalidad española y desempeñando puestos importantes, como el de director de la *Gaceta* y administrador de la Imprenta Nacional. En 1853 tomó posesión de plaza de individuo de número de la Real Academia Española. Falleció en Madrid el 4 de Julio de 1860. La biografía más extensa que hay de él es la que escribió D. Juan Antonio Losada Piñeres en sus *Semblanzas Zulianas.*

Falta una colección de sus escritos que sería importante. Muchos de ellos andan dispersos en los varios periódicos de que fué director, redactor ó colaborador, tales como *El Siglo XIX*, *El Tiempo* y *El Espectador*.

Como escritor político figuró primero en el partido progresista y semidemocrático, y luego en la Unión liberal. En 1849 publicó, en colaboración con D. Nemesio Fernández Cuesta, una serie de folletos políticos, entre los cuales pertenece á Baralt sólo el titulado *Libertad de Imprenta.*

Pero las obras más importantes de Baralt son su *Resumen de la historia de Venezuela* (París, 1841-1843, tres volúmenes), en la cual tuvo por colaborador histórico, no literario, á D. Ramón Díaz; el *Diccionario de Galicismos* (Madrid, 1855), el *Diccionario Matriz de la lengua castellana*, que no pasó de las primeras entregas, y el discurso de recepción en la Academia Española.

La colección de sus poesías, esmeradamente corregidas por él y dispuestas

Pero considerado como poeta, Baralt está á gran distancia de Bello, aunque en cierto modo pertenezca á su escuela. Hay en las poesías de Baralt constante nobleza y corrección de estilo, buena y escrupulosa conciencia literaria, todos los primores que nacen del trato asiduo con los modelos, del conocimiento sólido de la lengua, del buen juicio en el plan y en la distribución de los pensamientos, del prudente y sobrio uso de cuantas figuras recomiendan los preceptistas; pero, con rara excepción, son versos sin alma, construídos de una manera exterior y mecánica, empedrados de reminiscencias de todas partes, revelando en cada estancia la fatiga que costaban al autor y que se comunica al lector irremediablemeute, sin que todos los méritos que hemos reconocido basten á compensarlo. La frialdad de Baralt no es la frialdad del grande artista que por amor á la belleza pura y marmórea se levanta sobre su propia emoción personal y la excluye de su obra; es la frialdad del gramático que se ejercita en los versos como en un tema de clase. Su *Oda á Cristóbal Colón*, que tanto aplauso obtuvo cuando fué premiada por el Liceo de Madrid en 1849, es, sin duda, pieza de esmerada y prolija literatura, pero demasiado larga y metódica, poco lírica, en suma, y compuesta de piececillas de mosaico, cuyas junturas se ven muy á las claras. Aun la misma descripción de América, hecha en cuatro gallardas estrofas, que son quizá lo mejor de la oda, está tejida, en parte, con pensamientos y frases conocidísimas de Arguijo, Góngora y otros poetas nuestros. Pero aquí, por raro caso, lo que Baralt pone de su cosecha no vale menos que lo que traslada. Compárense estas dos estrofas:

> Allí raudo, espumoso,
> *Rey de los otros ríos*, se dilata

para la prensa, debe publicarse, según acuerdo tomado, hace bastantes años, por la Real Academia Española, á cuyo ilustre Secretario perpetuo, D. Manuel Tamayo y Baus, debimos, en 1892, el haber podido examinarlas despacio.

El cuaderno de *Poesías* de Baralt, impreso en Curazao en 1888 por la misma casa editorial (Bethencourt y Compañía), que ha hecho el buen servicio de reimprimir su *Historia de Venezuela*, no contiene sino mínima parte de sus obras poéticas.

Marañón caudaloso.
*En crespas ondas de luciente plata.*
*Y en el seno de Atlante se dilata.*
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Allí fieros volcanes,
Émulo al ancho mar lago sonoro,
Tormentas, huracanes:
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata, las arenas oro.

Consideradas como ejercicio de imitación y alarde de estilo, las poesías de Baralt tienen mérito indudable dentro de aquel movimiento de reacción que contra los desenfrenos del lirismo romántico pareció iniciarse después de 1844, volviendo por los hollados fueros de la lengua poética y por la cultura y aseo del estilo, é intentando reanudar la tradición de las escuelas salmantina y sevillana de principios del siglo. En este camino se fué demasiado lejos, y por huir de lo desordenado, exuberante y monstruoso, vino á darse en lo tímido y apocado; por aversión al desaliño se cayó en lo relamido y artificioso; resucitáronse todo género de inversiones, perífrasis y latinismos: la majestad sonora se confundió muchas veces con la pompa hueca, con el énfasis oratorio y la rimbombancia, naciendo de aquí un género de falso y aparatoso lirismo, que por mucho tiempo dominó y aún domina en todos los versos que pudiéramos llamar oficiales, en los poemas de certamen y en las odas de circunstancias. A vueltas de algunas composiciones recomendables en su línea, pero de todo punto inferiores á los modelos de Quintana, Gallego y Lista, este neoclasicismo póstumo, de tercera ó cuarta mano, únicamente ha servido para conservar ciertas tradiciones métricas de buen origen, cierto respeto a la sintaxis y á la prosodia, que nunca están de más y deben exigirse a todo el mundo.

Baralt fué, no sólo de los mejores hablistas, sino de los más poetas entre los que siguieron esta tendencia. No le faltaba imaginación; tenía caudal de ideas, y meditaba largamente el plan de sus odas. En ocasiones parece que sólo le falta libertad para mover los brazos, y que con pequeño esfuerzo podría romper las ligaduras que voluntariamente se impone en cada frase. Él, que escribía una prosa tan limpia, tan desembarazada, tan sabrosa, parece sometido en la

poesía á un canon inflexible, que le entorpece los mejores impulsos, que le enturbia los más felices conceptos, que le aparta casi siempre de la expresión natural y le hace sudar por trochas y veredas desusadas en busca de un género de perfección convencional y ficticia. La poesía de Baralt no carece de afectos humanos, limpios y generosos, ya de religión, ya de patria, ya de amistad; y cuando por rara excepción deja correr con alguna libertad esta vena de sentimiento, como en la preciosa silva *A una flor marchita*, que tiene algo de la melancolía y ternura de Cienfuegos, con una pureza de estilo que Cienfuegos no mostró nunca; ó bien en las apacibles liras del *Adiós á la Patria*, ó en algún idilio en prosa, como *El Arbol del buen pastor*, resulta mucho más poeta que en las odas de aparato; por ejemplo, en la pomposa declamación *A España*, donde no se ve otro propósito que el de acumular versos sonoros.

No quisiéramos haber sido demasiadamente duros con la memoria de tan insigne humanista, cuyo nombre es gloria indisputable de esta Academia (1). Fué gran literato y poeta mediano; pero no hay composición suya, aun de las más endebles, que como dechado de dicción no pueda recomendarse. Y además, fué poeta sensato, penetrado de la dignidad de su arte, incapaz de envilecerle en objetos triviales ni afearle con inmundo desaliño: sacerdote convencido de una religión literaria de muy austera observancia: duro con las flaquezas de estilo de los demas, pero todavía más rígido consigo propio, como lo prueba el increíble tormento que daba á sus ideas, hasta encontrarles la forma que él creía más perfecta: amanerado sin duda, pero con amaneramiento noble y decoroso: enamorado ferviente de un ideal técnico; lo cual siempre es digno de respeto, y más en días en que la lengua y el gusto andaban por el suelo, y en que la cultura literaria parecía amenazada por un aluvión de traductores bárbaros, de dramaturgos frenéticos y de líricos destartalados é incomprensibles. Si Baralt, como otros muchos, exageró la reacción y fué á dar en la poesía académica del siglo XVIII, escuela que había tenido sus grandes días, pero cuya restauración era ya inoportuna y tenía que ser infecunda, la misma dureza y extre-

(1) La Española, ne nombre de la cual escribí la presente *Historia*.

mosidad de la reacción que simultáneamente con él hicieron por los años de 1848 diversos críticos, prosistas y poetas, prueba la gravedad de aquel estado de anarquía, y la necesidad de ponerle algún remedio. La educación de Baralt había sido rigurosamente clásica; y en Sevilla hubo de confirmar sus principios literarios con el trato de Lista y sus últimos discípulos. Esta es la filiación que se trasluce en sus versos, de los cuales bien puede decirse que pertenecen á la escuela sevillana mas que á ninguna otra. Pero no había dejado de tener algunas veleidades románticas, de las cuales abjuró luego; y hay entre sus versos inéditos un poemita fantástico, *El último día del mundo*, en dos cuadros y un prólogo, con variedad de metros, coros de espíritus y aquelarre de diablos; ensayo que prueba que pasó como tantos otros por la influencia de Espronceda, y que no le faltaban condiciones para brillar en un género enteramente opuesto al que por último vino á adoptar. Hay en este poema un jugo, una vida, una lozanía que luego rara vez tornan á encontrarse en sus versos; sin duda porque el exceso de disciplina á que tan rígidamente se sometió vino á agostar en parte las flores de su fantasía.

En cambio, como prosista merece toda clase de elogios, y aventaja no poco á D. Andrés Bello, cuya prosa, aunque sabia y doctrinal, no tiene ninguna cualidad relevante. Por el contrario, en Baralt, la vocación de prosista, que suele ser tardía, apareció desde el primer momento. Su *Historia de Venezuela* estaba escrita antes de 1841, y ya el escritor aparece en ella completamente formado. No es esto decir que como obra de historia esté exenta de defectos: la parte antigua no es más que un resumen elegante y rápido de los cronistas más conocidos, sin ninguna investigación propia, y con graves omisiones. En la parte moderna, es decir, en los dos tomos consagrados á narrar la guerra de separación, no siempre brilla la imparcialidad más rigurosa, aunque el historiador parece diligente y bien informado por testigos y actores de aquel complicadísimo drama; pero la narración es de las mas interesantes y animadas: clara y progresiva, sin que la atención se distraiga en los innumerables episodios: amplia unas veces sin caer en difusión, otras veces densa sin caer en obscuridad: interrumpida hábilmente con retratos

de los personajes, que son como descansos en la interminable procesión de las operaciones de aquellas guerras tan continuas, tan menudas, tan difíciles de exponer sin producir confusión y hastío. Sólo pueden notarse algunos galicismos bastante graves, que en otro autor lo parecerían menos, pero que pasman en quien iba á ser luego tan acérrimo perseguidor de ellos.

La obra maestra de Baralt es sin duda su discurso de entrada en la Academia Española: discurso que, á juicio nuestro y sin ofensa de nadie, no cede á ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado. Al ocupar la silla ennoblecida por Donoso Cortés, parece que Baralt sintió toda la grandeza del empeño en que tal situación le colocaba; y al juzgar las ideas y estilo de su predecesor, no sólo se mostró el pulcro escritor de siempre, sino que levantándose mucho sobre su manera habitual, y haciendo bizarro alarde de aptitudes de pensador, hasta entonces no sospechadas en él como no fuese por algún rasgo fugitivo de sus opúsculos políticos, se levantó á las cimas serenas de la contemplación filosófica, y desde allí, con acrisolada lengua, tan rica de precisión como de vigor y armonía, con un sentido tradicional á la vez que expansivo, con audacia mesurada y solemne, con suave moderación de estilo, tanto más insinuante cuanto mas apacible, reivindicó los fueros de la razón humana, escarnecidos por las elocuentes paradojas de Donoso; hizo el proceso del tradicionalismo filosófico y del escepticismo místico, mostró el peligro que para la integridad de nuestro modo de ser nacional, así en la esfera del pensamiento, como en su manifestación escrita, envolvían las doctrinas de la escuela neocatólica francesa, de que Donoso había sido intérprete elocuentísimo; y mostró, finalmente, con el ejemplo, no menos que con la doctrina, cuál debía ser el verdadero temple de la moderna lengua castellana aplicada á las más altas materias especulativas. Este magnífico discurso, aislado como está, nos hace entrever un Baralt muy superior al que en el resto de sus obras y en el tenor de su vida se nos aparece.

Pero ni el discurso de recepción, que, por las graves controversias que suscita, no podía ser del agrado de todos; ni sus libros de Historia, que apenas se han leído en España, y que Baralt tenía

muy buenas razones para desear que no fuesen más leídos; ni sus artículos y folletos políticos, condenados por su misma naturaleza á vida muy efímera; ni la grande y quizá temeraria empresa de su *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*, que apenas pasó de proyecto, han dado al nombre de Baralt la fama y autoridad de que disfruta en España y en América por su tan popular *Diccionario de Galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso* (1855). Apenas hay ejemplo de otro trabajo filológico que, emprendido y llevado á término por un escritor particular, haya conseguido tan fácilmente ser recibido y acatado por la opinión general. En este sentido, el libro de Baralt, que era antídoto necesario contra la nube de barbarismos con que una turba inepta deshonraba y envilecía la más rica y sonora de las lenguas neolatinas, ha hecho mucho bien, y ha hecho también algún daño, al caer en manos de pedantes que le toman como una especie de Alcorán, y aplican á tontas y á locas sus sentencias, cerrando los ojos ante galicismos que son evidentes, por más que Baralt no los registrase, y tildando con fea nota palabras y giros, que ó no lo son aunque él los pusiese, ó deben tolerarse como necesarios. La obra de Baralt es un ensayo docto, ingenioso y ameno, con razón muchas veces, con chiste casi siempre. Hasta cuando no acierta enseña, y más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta. Las equivalencias que propone suelen ser largos rodeos, y á veces no quieren decir ni por asomo lo que dice el galicismo censurado. Otro inconveniente grave de la obra, y lo que la da el carácter casuístico y arbitrario que amengua en parte su valor, es la ausencia de una clasificación general de los galicismos, según sean de palabra, de giro ó de concepto, además de otra clasificación histórica que permitiese distinguir los verdaderos galicismos de aquellas otras palabras que pertenecieron en un tiempo á todas las lenguas romances ó á varias de ellas, y que cualquiera de las hijas del latín puede reivindicar con pleno derecho. Baralt parece extraño á todo estudio de gramática comparada, y preocupado sólo con levantar un muro entre el castellano y el francés, suele dar en deci-

siones caprichosas, que parecen hijas del mal humor más que de un sistema racional y consecuente. Pero con todos sus defectos, y á condición de no tomarle por oráculo, el *Diccionario de Galicismos* es libro que no puede faltar de la mesa de ningún escritor que estime en algo la pureza de dicción.

Ni Bello ni Baraît dejaron discípulos en Venezuela. El primero llevó su actividad literaria á Chile; el segundo á la Madre Patria, donde obtuvo consideración y honores, sin que nadie le tuviese por extranjero. La literatura venezolana, apartada totalmente de la severa disciplina de aquellos filólogos, se abrió á la licencia romántica, representada allí especialmente por Abigáil Lozano y Maitín. Pero antes de hablar de ellos conviene decir algo de dos notables escritores que Venezuela dió al romanticismo peninsular, como había dado dos al clasicismo. Estos dos poetas románticos fueron el General Ros de Olano y D. José Heriberto García de Quevedo.

Don Antonio Ros de Olano sólo fué caraqueño por la casualidad del nacimiento, y á los once años abandonó su patria, de la cual dice en un soneto:

> Nací español en la ciudad rïente,
> Rodó mi cuna entre perpetuas flores,
> Besé las aves de plumaje ardiente;
> Trajéronme de niño mis mayores;
> Hoy, en mi patria histórica, la muerte
> Las junta en un amor con dos amores.

Su vida militar y política está demasiado reciente para que pueda ser juzgada con la severa imparcialidad propia de la Historia. Tomó parte en grandes sucesos, *vivió mucho* en la plena extensión del vocablo, y no fué vulgar en nada. A tres revoluciones, á la primera guerra civil y á una guerra nacional va unido su nombre, si no como actor principal, como de los más señalados entre los de segundo orden, con cierto carácter personal y excéntrico en cuanto hizo ó intentó. El mismo puesto le corresponde en las letras, donde, aun afiliado á uno de los grupos romanticos, describió siempre una órbita solitaria.

Era, sin duda, hombre de notable ingenio, de rara cultura y de muy varias facultades, que así le hacían apto para la guerra como

para el consejo, para la oratoria parlamentaria como para la poesía y la novela. Pero no se aventurará mucho quien crea que su primordial vocación fué la literaria, cultivada con tal celo en medio de los azares de su vida, á despecho de la vulgarísima preocupación que persigue á los militares escritores, como si mucha parte de la mejor y más clásica literatura española no fuese obra de soldados. Ni los versos ni la prosa fueron nunca para Ros de Olano distracción pueril ó petulante alarde de invadir ajeno campo, sino que en ellos depositó lo más hondo de su naturaleza moral, lo más sutil y refinado de su espíritu, que era de los más complicados y nebulosos que pueden encontrarse.

Ros de Olano pertenecía á aquella clase de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria, sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida. Rara vez, sobre todo en prosa, decía las mismas cosas que todo el mundo, ó las decía de la misma manera; pero consiste en que tenía un peculiar modo de ver y de sentir, el cual fielmente se reflejaba en su estilo. Podrá agradar más ó menos, pero es cierto que hace pensar, que interesa por la extrañeza y que no se parece á otro escritor alguno de los nuestros, aunque sí á Richter, á Hoffmann y á Edgar Poe entre los extraños. Su ardiente amor á la naturaleza se trueca en vértigo panteísta; su idealismo, en visión cataléptica; su sensibilidad, en punzante neurosis. En esta literatura dolorosa, pero tentadora, todas las sensaciones se aguzan hasta confinar con el delirio; lo material se evapora; lo ideal se materializa; los contrarios parece que se requieren amorosamente y que se abrazan para producir creaciones disformes; cree uno ir entendiendo, y de súbito pierde el hilo y vuelve á hundirse en una sima más lóbrega, que improvisamente parece aclararse por el rápido transito de algún fantasma luminoso. Todo lo más discorde resulta aquí consecuente y lógico. Y todo esto lo expone Ros de Olano en una prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Hoffmann y de Quevedo.

Después de *El Diablo las carga* y otros ensayos de novela más ó menos revesada, llegó á la cúspide del género en *El Doctor La-*

*ñuela* (1863), especie de logogrifo filosófico, que hasta ahora no ha sido totalmente descifrado por nadie, como tampoco lo han sido otros cuentos posteriores, v. gr., la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tácito*, el *Origen del apellido de los Palominos de Pancorvo*, y otros no menos recónditos, que hacen á Ros de Olano precursor notorio de los enigmáticos escritores que ahora arman tanto ruido en Francia con nombre de *decadentistas* y *simbolistas*. En vida del General decía Alarcón en el prólogo que puso á sus obras: «Todavía no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos.»

Como poeta perteneció Ros de Olano á aquella fracción del romanticismo que tenía á Espronceda, no ya por maestro, sino por ídolo. Espronceda le admitió á su mas íntima familiaridad; escribieron juntos una comedia; el gran poeta le dedico *El Diablo Mundo*, y á su frente puso Ros de Olano un prólogo *mistagógico* y apocalíptico, desarrollando no sé qué huecas teorías sobre la epopeya en sus relaciones con la historia de la humanidad, para deducir la obligada consecuencia de que el poema de su amigo iba á completar y eclipsar las tres ó cuatro únicas epopeyas que él reconocía, y que eran á modo de piedras miliarias en el camino de la evolución humana. Este ensayo de estética romántica, que pareció muy profundo en 1840, sacó de pronto el nombre de Ros de Olano de la semiobscuridad literaria en que había vivido hasta entonces, y desde aquel día, él y Miguel de los Santos Álvarez, cuyos versos citaba Espronceda por epígrafe del canto 2.°, fueron conocidos por todos los españoles como los *Dii Minores* de aquel Parnaso. Pero Miguel de los Santos (cariñoso nombre con que todo el mundo designaba á aquel pesimista sin hiel) no ha dejado en sus escritos, con ser muy ingeniosos, más que una pequeñísima parte de su ingenio, de cuya extensión y originalidad difícilmente se formarán idea los venideros. Ros de Olano, más afortunado ó más diligente en esto (á pesar de calificarse él propio entre los escritores *ovíparos* y no *vivíparos*), ha dejado, además de sus novelas, un tomo de poesías líricas, del cual pueden entresacarse media docena de sonetos de primer orden,

dignos de los honores de cualquier Antología castellana; los bellos romances descriptivos del *Lenguaje de las Estaciones*, á pesar de algunas tintas excesivamente grises, que de vez en cuando rompen la armonía bucólica y venatoria del conjunto; la fábula dramática de *Galatea*, no original del todo, pero ricamente versificada, con mucho lujo de paganismo poético; algunas octavas del poema burlesco *La Gallomagia*, y aquí y allá, aun en composiciones más desiguales, trozos arrogantes de descripción poética, como éste que tomo de una poesía de su extrema vejez, quizá la última de todas las suyas, *Meditación sobre el Cedro Deodara:*

¿En dónde estoy? Un tiempo más remoto
Desde el inculto monte á la llanura
Y del estrecho valle á las colinas,
El ágil gamo y la velluda fiera,
So el pabellón de próvidas encinas
Vivieron en la rústica pradera.....
Y tranquilos y en paz aquí vivieron,
Sin que del cazador les acosara
Ni venablo, ni jara,
Ni alevoso arcabuz..... Que nunca vieron
Suelta de los lebreles la traílla
En *demanda* feroz ó á la carrera,
Ni el aullido tenaz de su garganta,
Y el noble son de venatoria trompa
Dentro del bosque plácido advirtieron
Al jabalí ó la mansa cervatilla
El repentino trance en que murieron
Traspasados del plomo ó la cuchilla.

En prosa quedarán de él, más que sus novelas, las relaciones que escribió de algunos episodios de sus campañas, con más llaneza que de ordinario, en estilo vigoroso y realista, pero iluminado siempre por la rojiza llama de cierta fantasía tétrica y misantrópica, que recuerda la de Goya en *Los Desastres de la guerra* (1).

(1) Nació D. Antonio Ros de Olano en Caracas, en 1802, según el *Parnaso Colombiano*, y á los once años vino á España. Comenzó su carrera como Alférez de la Guardia Real; sirvió muy honrosamente en la guerra de los siete años; tomó parte activa en la política; fué uno de los generales que, unidos

*

Si á sus ambiciones poéticas hubiesen correspondido sus fuerzas, gran poeta habría sido D. José Heriberto García de Quevedo. Si por la grandeza de los propósitos y por la trascendencia de los asuntos hubiera de graduarse el mérito de las obras de ingenio, García de Quevedo, autor de tres poemas filosóficos y humanitarios, hubiera tocado la meta, y sería otro Goethe ú otro Byron. Pero no basta la voluntad pertinacísima, ni la confianza en sí propio, ni la admiración por los excelsos poetas y el sentimiento de sus bellezas, ni el amor desinteresado y noble á las ideas, para simular aquel género de inspiración divina que en los grandes monumentos poéticos campea. Era García de Quevedo escritor muy culto, familiarizado desde muy temprano con las principales literaturas extranjeras, conocedor de varias lenguas, versado en la vida política y diplomática, no ajeno á lecturas sólidas de religión y filosofía, y muy engolfado en lucubraciones sociales, de las cuales había deducido una especie de doctrina optimista, que tal como la expone en sus poemas, convertiría el universo en nueva Jauja. Era, además, hombre de sentimientos nobles y caballerosos, bizarro é intrépido de su persona, enemigo de la grosería y del desorden, protector de los débiles y de los injuriados, no sin alguna punta de quijotismo y arrogancia, que fácilmente le hacía degenerar en quimerista atropellado y petulante. En el fondo, muy buen sujeto, y de un corazón de oro; sin más grave defecto que la altanería enfática de su persona y estilo, derivada de cierta *megalomanía* ó desequilibrada aspi-

á D. Leopoldo O'Donnell, iniciaron el movimiento revolucionario de 1854, y formaron el partido de la Unión Liberal. Como Director general de Infantería, preparó la contrarrevolución de 1856 y el desarme de la Milicia Nacional. Mandó en la guerra de África (1859-1860) uno de los cuerpos de ejército, obteniendo por premio de sus brillantes servicios el título de Marqués de Guad-el-Jelú. De nuevo, aunque por breves horas, volvió á la vida revolucionaria en Septiembre de 1868. Murió en Madrid, en 1887.

Entre sus obras recordamos, además de las citadas en el texto, la comedia *Ni el tío ni el sobrino*, compuesta en colaboración con Espronceda.

Sus *Poesías*, con un prólogo de Alarcón (que había militado á sus órdenes en la gloriosa campaña de Africa), forman un tomo de la *Colección de escritores castellanos* (Madrid, 1886).

ración de grandezas, que en su vida le conducía á remedar la caballería andante, y en literatura le llevaba á componer epopeyas simbólicas y trascendentales.

A estas buenas y malas partes de su carácter y de sus ideas no correspondían exactamente las de su ingenio, con no ser éstas vulgares ni mucho menos. Era un poeta de segundo orden, que temeraria y constantemente se empeñó en empresas de aquellas que sólo para el genio están reservadas. Pero el fracaso inevitable de su tentativa no debe hacernos olvidar lo que estas obras contienen de estimable, y los indicios que dan de lo que hubiera podido valer su autor en género menos ambicioso; limitándose, por ejemplo, al cultivo de la poesía lírica, en que había comenzado á ensayarse con muy buen éxito, cuando en 1849 dió á luz sus *Odas á Italia*, que contienen trozos de bella poesía histórica y de inflamada elocuencia política y algunas felices imitaciones de los metros y del estilo de Manzoni. Fué García de Quevedo de los primeros que, separándose del trillado sendero de la imitación de los románticos franceses, volvió los ojos a una poesía más afín á la nuestra, mucho más adecuada á nuestro gusto, mucho más enlazada con nuestra tradición clásica; y así en estas odas como en la parte de colaboración que tuvo en el *Poema de María*, dejó muestras evidentes de su predilección por los poetas italianos y del aprovechado estudio que había hecho de ellos. La más antigua traducción, entre las innumerables que en castellano se han publicado de la oda del *5 de Mayo*, fué la suya, aunque sea, por cierto, de las más infelices.

Estas primeras odas pusieron tan en boga por algún tiempo en los círculos literarios el nombre del joven venezolano, desconocido la víspera, que Zorrilla, que estaba entonces en el apogeo de su popularidad, no tuvo reparo en aceptarle por colaborador nada menos que en tres poemas, *María*, *Ira de Dios* y *Un cuento de amores*. Y aunque generalmente se tenga por muy inferior la parte que trabajó García de Quevedo, á mí no me lo parece tanto; no porque Zorrilla deje de ser poeta superior y fuera de comparación, sino porque aquellos poemas suyos son de notoria decadencia, y por decirlo así, trabajos de librería, salvo algún fragmento, en que quedó impresa la garra del león. García de Quevedo, que no tenía

su reputación hecha, procedió, naturalmente, con más timidez y con más estudio, y aunque en el poema de la Virgen uno y otro salieron del paso con el socorrido recurso de versificar la prosa del abate Orsini, todavía en medio de aquel fárrago, rimado de prisa y para cumplir un compromiso editorial, encontró el continuador medio de intercalar algunas composiciones líricas dignas de vivir por sí solas: *La Ascensión* (á pesar del terrible recuerdo que su título sugiere, y que el autor de ningún modo trató de esquivar, antes adoptó el metro y alguna idea de Fr. Luis de León); la *Predicación del Evangelio*; las octavas á la *Fe cristiana*. En los otros poemas, especialmente en *Un cuento de amores*, García de Quevedo, que tenía notable habilidad para remedar estilos ajenos, imita de tal modo la pompa y lozanía del estilo de Zorrilla, que algunas veces se confunde con él.

Otro tanto puede decirse de los bellos trozos que hay lastimosamente perdidos en los tres poemas filosóficos de García de Quevedo, *Delirium*, *La Segunda vida*, *El Proscripto*. Estas obras, en las cuales su autor fundaba las más fantásticas esperanzas de inmortalidad, nacieron muertas, y son de aquel género de tentativas épicas sobre las cuales puede repetirse la fatal sentencia: «es la mejor epopeya que ha salido este año». No es fácil dar idea de tan extrañas y desmesuradas composiciones, cuyo fondo viene á ser la redención por el amor, terminando con una especie de palingenesia social. El autor acumula cuadros de toda especie y de todas las épocas: batallas, amores y desafíos; y emplea alternativamente la forma lírica, la dramática y la narrativa, con toda variedad de estilos y de metros; pero como no tenía mucha imaginación, resulta estéril y monótono en medio de tanta abundancia, no acierta nunca á presentar un cuadro que se grabe indeleblemente en la memoria, aturde y marea con tanta procesión de personajes reales y alegóricos, y por buscar la novedad cae en invenciones tan estrafalarias como la de hacer que la enamorada Julieta vuelva á la vida, se levante de su lecho de mármol en Verona y eche á andar por las calles de la ciudad hasta que tropieza con un coronel austriaco, que se apresura á violarla. Algunos episodios históricos, por ejemplo, los romances relativos á las campañas del Gran Capitán (en que se

observa una imitación no mal hecha del estilo de las narraciones poéticas del Duque de Rivas) y algunos fragmentos líricos de noble entonación, como la *Oda á la libertad*, son lo único que puede salvarse del naufragio de estos poemas. De las numerosas obras dramáticas de García de Quevedo, que ensayó todos los géneros: la tragedia clásica, el melodrama, la comedia de costumbres, el drama social, la comedia de capa y espada, la zarzuela, no ha sobrevivido ni un solo título en la memoria de las gentes. Rarísima fué la que llegó á representarse, y ninguna con éxito, aunque en esto hubiera cierta injusticia, pues entonces, como ahora, se representaban y aplaudían cosas peores que éstas, que al cabo arguyen loable aplicación y respeto al arte. La más interesante de estas piezas es *Isabel de Médicis*, fundada en una novela del florentino Guerrazzi, *Isabella Orsini*. También se ejercitó García de Quevedo en el cuento en prosa, en la relación de viajes y en la crítica, pero sin éxito notable. Su laboriosidad, su fe artística, la nobleza de su alma, su positiva instrucción, la rectitud de sus ideas y la amenidad con que generalmente escribía, merecían mejor premio del que obtuvieron. Su nombradía fué de las más efímeras; las grandes esperanzas con que había empezado su carrera no se realizaron nunca; su idealismo generoso, pero intemperante, le llevó á estrellarse mil veces en la prosa; su vida resultó una novela sin sentido, y cuando una bala perdida le mató en las calles de París, hasta en el azar de esta muerte sangrienta, pero sin gloria, pareció visible la misma ironía trágica que le había perseguido siempre (1).

(1) Nació García de Quevedo en Coro el año de 1819, y se educó en Puerto Rico desde la edad de seis años. Continuó sus estudios en Francia y en España, y luego emprendió largos viajes, no solo por el continente europeo, sino por Asia y América. Fué ciudadano español siempre, y sirvió con lucimiento, primero en la Guardia Real, y después en la diplomacia. Entre los diversos *lances de honor* de su vida, es célebre el que en 1855 tuvo con Alarcón, que entonces redactaba *El Látigo*. García de Quevedo se distinguió por lo fervoroso de sus sentimientos monárquicos y por su adhesión personal á la reina D.ª Isabel. Murió en París el 6 de Junio de 1871, á consecuencia de un balazo que recibió al pasar por una de las barricadas en los días de la *Commune*.

Sus *Obras poéticas y literarias* están reunidas en dos tomos de la colección

Y ahora ya es tiempo de volver los ojos á Caracas, que por los años de 1842 á 1848, según expresión del notable escritor colombiano Camacho Roldán, «merecía el nombre de la Atenas de América». «Allí se reimprimían ávidamente las más notables producciones de la literatura española contemporánea y traducciones de la francesa.» Puede decirse que el romanticismo hizo simultáneamente su entrada en América por Venezuela y por Buenos Aires. De Venezuela pasó á Nueva Granada, y de Buenos Aires á Chile.

Dos poetas venezolanos personifican especialmente este movimiento: Abigáil Lozano y José Antonio Maitín. Uno y otro han disfrutado en América gran popularidad, la cual, en parte, dura todavía; pero sus méritos distan mucho de ser iguales ni equivalentes.

*Abigáil* Lozano (que era varón, á pesar de su nombre femenino), es, sin duda, uno de los más huecos y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse. Sus composiciones son un conjunto de palabras sonoras, que halagan por un momento el oído y dejan vacío de toda forma el entendimiento. Para él la poesía no era más que el arte de hacer versos rimbombantes y estrepitosos. Se leen sus odas á Bolívar, y nada se encuentra que no pueda aplicarse por igual á cualquier otro héroe ó á cualquier otro asunto, porque el autor no concreta ni determina nada. Sólo sacamos en limpio que la deidad tutelar de las montañas americanas colgó de las ramas de una palmera una inmensa campana de metal, y que a su primer tañido fulguró en los horizontes un letrero que decía *Libertador*. En

de Baudry (París, 1863). El primero contiene todos los poemas que en el texto se citan, y además *La Caverna del Diablo* (leyenda fantástica) *Tisaferna* (monólogo en prosa), *Pensamientos* (también en prosa) y muchas poesías líricas, entre ellas algunas versiones de Filicaia, Manzoni y Byron, y una coleccioncita de poesías chinas traducidas del francés.

El segundo tomo comprende sus obras dramáticas, á saber: *Nobleza contra nobleza*, *Un paje y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera*, *Isabel de Médicis*, *La Huérfana*, *El Candiota*, *Patria y Amor en porfía* (imitación, en verso, de *Alicia*, de Octavio Feuillet, leyenda dramática, arreglada después á nuestra escena por D. Mariano Catalina), *Coriolano*, *El Juicio público*, *Contrastes* (en colaboración con el Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas), *Tinieblas y luz*, *Treinta mil duros de renta*, y finalmente, cuatro novelas cortas y otros opúsculos en prosa.

otros versos todavía más absurdos, compara á Bolívar con Jehová, que sacó los mundos de la nada, y vuelve al consabido letrero:

Pasó mi edad de niño, mas luego me hice hombre:
Vi en un salón suntuoso la forma de un varón:
Ávida la pupila buscó á sus pies el nombre,
Y sorprendida el alma deletreó: *Simón.*
¡Él es!..... *aletargados mis labios pronunciaron,*
¡Él es!..... en sus contornos el eco remedó:
Trémulas mis rodillas de hinojos se postraron:
¡Él es!..... convulso el labio de nuevo repitió.
Tú fuistes ese hombre, magnético dibujo,
Colgado por adorno sin voz en la pared!
Tú fuiste el rayo ardiente que el Ávila produjo,
Que atosigó de Iberia la sanguinaria sed.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Washington y otros héroes atletas que lidiaron
Son átomos tan sólo que giran junto á ti;
Los Alpes un coloso sobre su cima alzaron,
Mas yo sobre los Andes más grande que él te vi.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Parece imposible amontonar mayor número de disparates, y, sin embargo, esto pasó por modelo de lirismo y de libertad de inspiración, y Abigáil Lozano, que no tenía más condiciones que las de versificador rotundo, aunque monótono, inundó la América del Sur de alejandrinos calcados sobre el patrón de las *Nubes* de Zorrilla, y tuvo una plaga de imitadores, hasta que vino á arrancarle la palma el montañés Fernando Velarde con los bloques graníticos de su *Canto á la cordillera de los Andes*, capaz de dejar afónico á un recitador de pulmones de hierro.

De todos los poetas del romanticismo español, el predilecto de los americanos fué Zorrilla, que por muchos aspectos era el que menos convenía para maestro de la poesía de un Mundo Nuevo. Pero como no podían imitarle en lo épico, donde está su verdadera grandeza, le imitaban en lo lírico, donde Zorrilla es no sólo desaliñado, sino muchas veces incoherente, y casi siempre exterior y superficial, disimulando con el lujo asiático de la versificación la penuria de ideas y emociones. Concretado el zorrillismo americano á la reproducción de esta parte mas endeble de la obra del maestro,

hubo de exagerar naturalmente los vicios de su estilo, y Abigáil Lozano fué la caricatura venezolana de Zorrilla. Poeta sin gusto, sin estudios, pero de muy buen oído y de cierta fantasía que pudiéramos decir *pirotécnica* ó de farol de iluminaciones, fué uno de los grandes corruptores del gusto en América; y la tolerancia que hasta críticos muy estimables, fascinados por el número y sonoridad de sus rimas, tuvieron con él, contribuyó á acrecentar el daño, haciendo incurables sus resabios. Con mejor escuela y dirección, algo más hubiera valido el que á veces encontraba versos tan suaves y delicados como éstos de su poesía *A la Noche:*

Huyó la luz..... Las sílfides nocturnas
Rápidas cruzan el dormido viento,
*Y vierten sobre el mundo soñoliento*
*El opio blando de sus negras urnas.*

En los alejandrinos, que eran su especialidad, de la cual abusó por lo mismo, acierta muchas veces con la factura elegante y graciosa:

¡Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perenal,
Y tus garcetas blancas, que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
¡Acaso un Dios marino visita en la alta noche
Tu alcázar incrustado de concha y caracol,
Y tiran los delfines su misterioso coche,
Que se hunde entre las aguas al asomar el sol!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . (1)

D. José Antonio Maitín fué poeta muy diverso de Abigail Lozano, y sin duda el mejor de la escuela romántica de su país. No está exento del pecado de zorrillismo, pero aun esta imitación es en él más racional que en Abigáil. Por otra parte, bien se le pueden per-

(1) Nació D. Abigáil Lozano en Valencia de Venezuela el 25 de Mayo de 1821. Empezó á publicar sus versos por los años de 1843 en *El Venezolano*, de Caracas. Figuró en el partido conservador de su país, siendo varias veces Diputado y Cónsul de Venezuela en París. Murió en Nueva York en Julio de 1866.

donar los insulsos cuentos ó leyendas de *La Máscara* y de *El Sereno*, y el hinchadísimo paralelo de Bolívar con Alejandro, César y Napoleón, en gracia de sus composiciones de sentimiento, en que no imita á nadie, y en que, dejándose llevar de su índole tierna y afectuosa, rivaliza muchas veces con Milanés, y otras le vence. Su vida modesta y apacible, pasada en gran parte en el delicioso valle del *Choroní*, entre pájaros y flores, se refleja fielmente en el manso raudal de sus composiciones, que parecen nacidas sin esfuerzo; tal es su claridad y limpieza. El poeta acierta, sin embargo, á mantenerse en la línea que separa lo natural y sencillo de lo trivial y prosaico; rara vez cae en amaneramiento sentimental, y en medio de su llaneza de estilo y de la poca ó ninguna novedad de los pensamientos, conserva el inefable aroma del sentimiento poético:

¿Qué nos importa vivir
Si, aunque cien años contemos,
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?
¿De qué vale un año más
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Más inquieta que fugaz?
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Vendrá el día en que renuncie
A esta gran naturaleza,
A su pompa, á su belleza,
Y mi último adiós pronuncie.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
En vano entonces la tierra
Brotará plantas y flores:
No más veré los primores
Que ella en sus senos encierra.
En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia:
No más desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En vano levantará
Su blando arrullo la fuente;
Que su murmurio inocente
Para mí no sonará.
Ni habrá un eco en el oído,
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni placer para el sentido.
Entonces, luna, del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo;
Entonces tú seguirás
En tu marcha misteriosa,
Y mi tumba silenciosa,
Blanca luna, alumbrarás.

Á un grande infortunio doméstico debió Maitín sus mejores inspiraciones. *El Canto fúnebre*, consagrado a la memoria de su mujer, y que no es en rigor tal canto, en la acepción tradicional, sino una serie de diez y seis composiciones líricas enlazadas entre sí por un mismo estado de sentimiento, abunda en bellezas de una especie de poesía íntima y familiar, que entonces era nueva en la literatura castellana, y que luego ha producido maravillas, siendo no pequeño honor para Maitín el haber sido de los primeros en descubrir esta vena. La poesía de los afectos domésticos, entendida con el profundo realismo con que la han entendido los ingleses, ó con la ternura varonil (si vale la expresión) con que la vemos en el gran elegíaco de las *Contemplaciones*, no cuadraba á la índole blanda y femenina del ingenio de Maitín; pero también él tuvo el don de las lágrimas y supo arrancarlas a sus lectores (1). Escribió para dar expansión a un

(1) Nació Maitín en Puerto-Cabello, el 21 de Octubre de 1804. A consecuencia de los sucesos de la guerra, hubo de pasar á la Habana, donde recibió educación. Allí conoció al literato colombiano D. José Fernández Madrid, que andando el tiempo le hizo entrar al servicio de su república. Fué Secretario de la Legación de Colombia en Londres. Pero el amor á la tierra natal y al retiro le hizo abandonar en 1834 la vida diplomática. Desde entonces vivió casi constantemente en el pintoresco pueblecillo de Choroní, donde compuso la mayor parte de sus versos. Falleció en 1874. En 1835 y 1836 ha-

gran dolor de su alma y no para levantar figura. Ni siquiera rehuye los pormenores que parecen más caseros; y el *lecho en desorden, la tela aún no bien fría, la muda labor abandonada*

Caliente todavía
Con la presión reciente de su mano;

contribuyen a la verdadera y honda emoción que produce el conjunto.

Indicaremos algo sobre los demás poetas venezolanos que en nuestra colección figuran. Don Fermín Toro, orador, poeta, naturalista y por todos conceptos uno de los hombres mas notables de la República (1807-1873), es autor de una poesía deliciosa y verdaderamente etérea *A la ninfa de Anauco*. Los demas versos que he visto de él no valen tanto, ni con mucho, pero en todos hay rasgos de talento y lujo de dicción. Se atrevió a cantar la Zona Tórrida después de Bello, haciendo estudio de no encontrarse con él. Sus tendencias eran clásicas, como lo prueba el *Canto á la Conquista*. Cítase como la más importante de sus obras el poema *Hecatonfonía*, que no llegó á terminar. Sólo hemos visto un notable fragmento consagrado á las antigüedades americanas.

Fueron también poetas, más ó menos clasicos, D. Luis Alejandro Blanco, D. Juan Vicente González, D. Cecilio Acosta y D. Jesús María Morales Marcano. González, hombre de estupenda memoria y excéntrico carácter, fué mas celebrado como maestro y educador, como preceptista y como escritor polémico, que como poeta. Tienen mérito, no obstante, sus versos políticos, por ejemplo, los titulados *Amor y paz*, en cuya versificación se notan reminiscencias de los poetas italianos. También D. Cecilio Acosta, varón excelente y venerable cuanto desgraciado (1819-1881), escribió más en prosa que en verso, aunque sus condiciones eran más de poeta que

bía escrito dos tragedias clásicas, que no tuvieron éxito. La lectura de los versos de Zorrilla le hizo cambiar de rumbo desde 1841. En 1851 publicó en Caracas la colección de sus versos. *Obras Poéticas de José A. Maitín. Comprende..... las obras publicadas por el autor en diversas épocas y algunas otras piezas inéditas.*

de prosista. En prosa y en verso fué dechado de corrección y pulcritud; pero en sus artículos y discursos pecaba un tanto de verboso y redundante, complacíase demasiado en el rodeo de las palabras, y era de los hablistas que parece que se escuchan. Nada de estos defectos ó muy poco, hay en sus poesías, no intachables de forma, pero delicadas y patriarcales. *La Casita blanca, La Gota del rocío, El Véspero*, me parecen tres joyas. El diplomático y ministro Morales Marcano (1830-1888) dejó inédita una traducción de Horacio, de que se han publicado algunas muestras, que si no están libres de algún reparo en lo tocante á la inteligencia del texto, prueban sólidos estudios de humanidades y méritos relevantes de versificador acrisolado y numeroso.

En la poesía ligera y en la sátira política han dejado fama el donoso improvisador D. Rafael Arvelo, que llegó á Presidente de la República, y el humanista D. Jesús María Sistiaga (1823-1889), autor de ingeniosas fábulas y cuadros de costumbres, como *La Vida en Río Chico*, *Una corrida de toros*, etc. La gracia de estos poetas, por tan local, pierde algo al pasar á Europa.

Después de Maitín y Toro, los poetas venezolanos que han adquirido mayor celebridad (excluyendo los que aún viven) son don Eloy Escobar, D. José Ramos Yépez y D. Francisco G. Pardo. Escobar (1824-1889) se distinguió principalmente en el género elegiaco, unas veces con las formas clásicas y otras con metros y estilo que recuerdan a nuestro malogrado Aguilera. D. José Ramos Yépez (1), bizarro general de marina, gran patricio, honra de Maracaibo, dejó, además de dos leyendas en prosa poética (*Anaida* é *Iguaraya*), gran número de versos, que muestran su aptitud para muy diversos géneros, desde la meditación filosófica y el epitalamio clásico, hasta el devoto y popular villancico. *La Ramilletera* es una de sus más agradables composiciones. D. Francisco G. Pardo (1829-1872) fué versificador gallardo y robusto, aunque un tanto viciado por los habitos de la falsa y aparatosa poesía de certamen.

(1) Supongo que su verdadero apellido sería *Yepes*, alterado por la pronunciación americana. Nació en 1822 en Maracaibo, y por un fatal accidente se ahogó en aquel lago el 22 de Agosto de 1881.

*El Porvenir de América*, *La Libertad* y otras odas suyas pertenecen á este género. Más sinceridad y más ímpetu lírico hay en la oda á Méjico después del fusilamiento de Maximiliano; y mucha gala y esplendidez de dicción en las octavas que sirven de preludio á un poema que dejó inédito sobre Caracas: octavas que, por otra parte, son un remedo harto patente de las de Zorrilla en la introducción á los *Cantos del Trovador*.

De todo lo expuesto puede inferirse, no sólo la abundancia de la cosecha poética en Venezuela, sino la variedad de rumbos que ha tomado la inspiración de sus cantores. Allí, aunque en menor grado y con disciplina menos severa que en Nueva Granada, se han conservado tradiciones de buen gusto, que resistieron á la avenida romántica y que hoy mismo hacen reverdecer los lauros de Bello y de Baralt en la frente de un suave poeta místico, de origen italiano, tan digno de loa por la elegante sencillez de sus versos, como por la pureza de vida espiritual que en ellos se manifiesta (1). Siguiendo dirección totalmente opuesta, un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones intelectuales de nuestro siglo, dió cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y á la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fué poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó á nuestra lengua todo el *Buch der Lieder*, de Enrique Heine, invirtiendo muchos años en dar á su traducción el mayor grado de exactitud posible, y llegando á remedar á veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos. Llamóse J. A. Pérez Bonalde: fué amigo mío: me honró en 1885 con la dedicatoria de su mejor trabajo literario: hoy no sé si pertenece al mundo de los vivos. Por dos distintos caminos ha llegado á mí la noticia de su muerte, pero no de un modo tan autorizado que no deje algún resquicio á la duda. Por eso me he abstenido de insertar en la *Antología* versos suyos y de consagrar-

(1) Alúdese aquí á D. José Antonio Calcaño, que falleció poco después de la publicación de este libro.

les el detenido estudio que por su valor intrínseco y su especial carácter reclaman. Mi amistad espera y desea que el triste rumor no se confirme, y que Pérez Bonalde pueda todavía leer su nombre en estas líneas, expresión fiel del aprecio en que siempre tuve su ingenio y su nativa bondad, deplorando su amarga filosofía (1).

(1) Era cierta desgraciadamente la noticia de la muerte de Bonalde, en quien perdió la literatura venezolana uno de sus mayores ingenios.

Sobre el movimiento intelectual de los últimos años puede consultarse el libro de D. Gonzalo Picón Febres, *La literatura venezolana en el siglo XIX* (Caracas, 1906).

FIN DEL TOMO PRIMERO

# ÍNDICE

De la presente edición de las «Obras completas» del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, se imprimen

25 ejemplares en papel japonés, y
100 en papel de hilo, con filigrana propia.

No se venderán por separado los tomos de ninguna de estas ediciones especiales. La persona que adquiera el tomo I de una de ellas se entiende comprometida para los tomos siguientes, hasta que se dé por terminada la publicación de todas las obras.

OBRAS COMPLETAS

DE

# DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

EDICIÓN DEFINITIVA, REVISADA POR EL AUTOR

---

*TOMOS PUBLICADOS*

TOMO I.—*Historia de los Heterodoxos españoles.* Tomo I.

» II.—*Historia de la Poesía hispano-americana.* Tomo I.

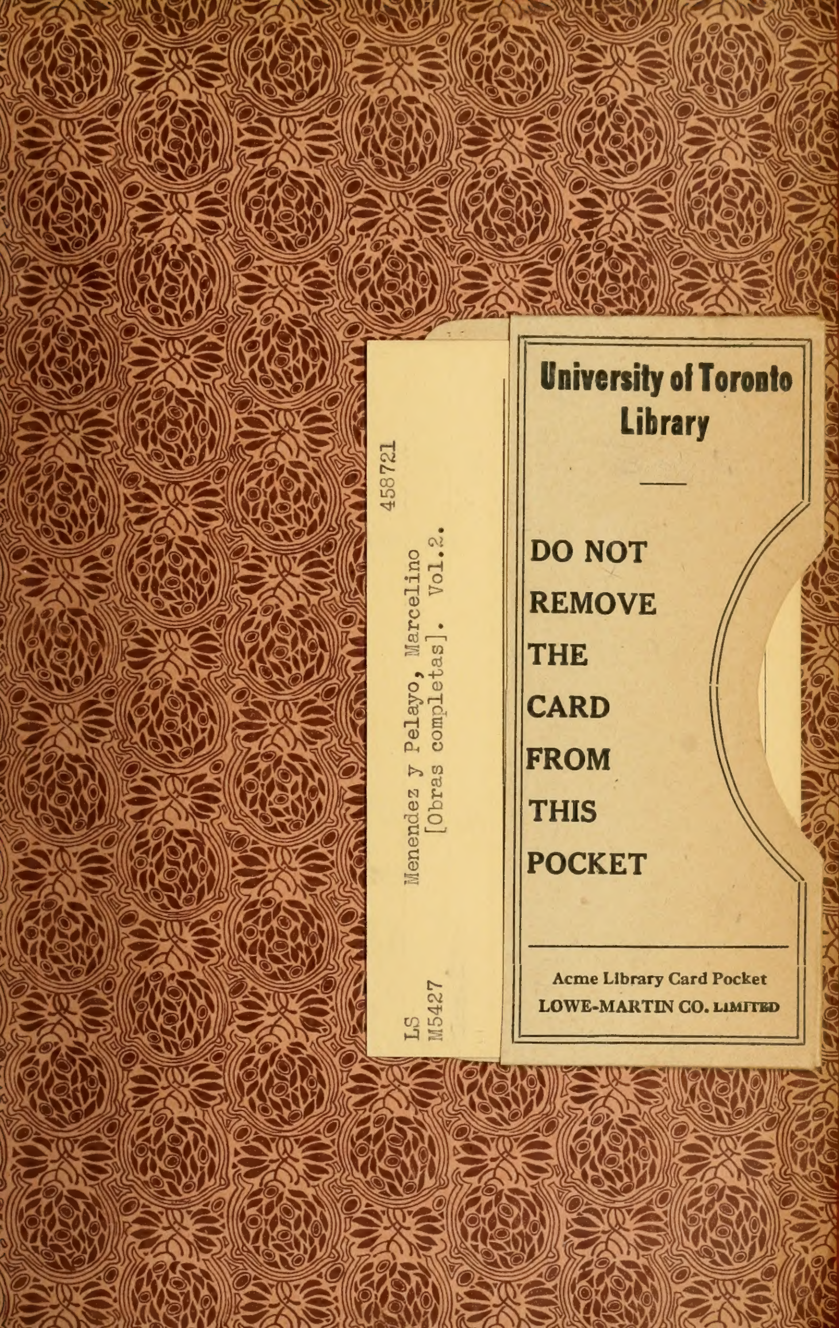
*EN PRENSA*

*Historia de la Poesía castellana en la Edad Media.* Tomo I.

*Historia de los Heterodoxos españoles.* Tomo II.

*Historia de la Poesía hispano-americana.* Tomo II.





LS
M5427
Menendez y Pelayo, Marcelino
[Obras completas]. Vol.2.
458721
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

